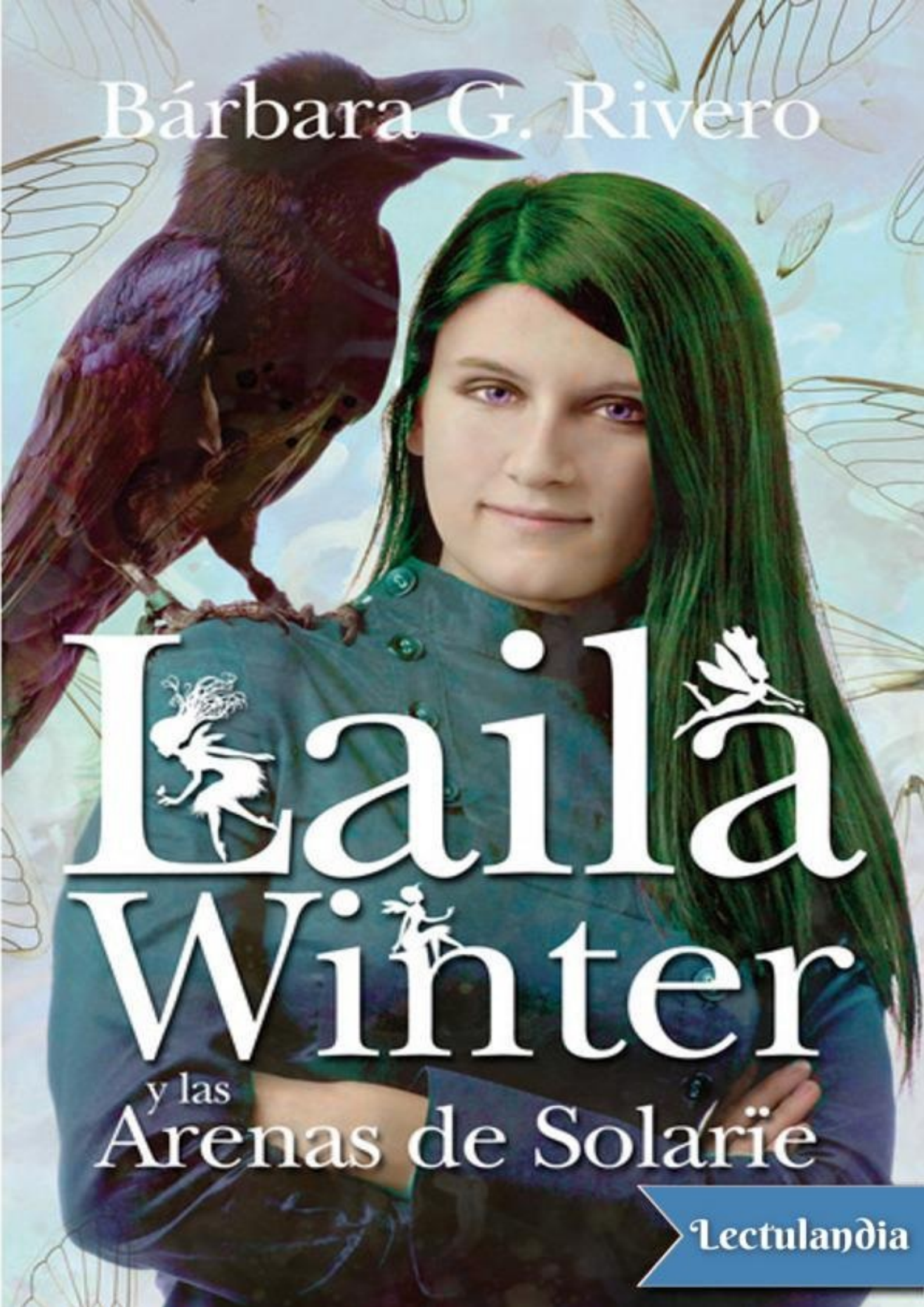
Bárbara G. Rivero



Laila Winter

y las Arenas de Solarïe

Lectulandia

Laila Winter es una chica que está a punto de cumplir los dieciséis años y tiene un pequeño problema: su pelo es de color verde. Por esta razón todo el mundo la rechaza y se burla de ella . Cuando comienza el verano , el día de su cumpleaños, su padre le hace un regalo muy especial: un libro con cinco gemas que perteneció a su madre y que guarda un misterio escondido en sus páginas en blanco. Ese misterioso libro es la llave de entrada a Solarïe, el reino de los cinco soles. Un mundo lleno de intrigas y peligros del que no querrá regresar, ya que gracias a la ayuda de tres hadas muy peculiares comienza a vivir un intenso y emocionante viaje para conseguir el tesoro concedido por la reina Hellia: un Grano de las Arenas de Solarïe, y en el que también descubrirá que al igual que sus nuevas amigas, ella también tiene poderes especiales.

Lectulandia

Bárbara G. Rivero

Las Arenas de Solarïe

Laila Winter 1

ePub r1.0
Fauvar 09.10.13

Título original: *Laila Winter y las Arenas de Solarïe*
Bárbara G. Rivero, 2008

Editor digital: Fauvar
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Jack Crow colgó el teléfono.

Se quedó mirándolo unos instantes y luego se dirigió con pasos felinos en busca de algo que beber. La conversación le había secado la garganta.

Llegó a la cocina y buscó en la nevera una lata de cerveza. Se la llevó al salón y se sentó pesadamente en el sofá frente a la chimenea apagada.

Su mente comenzó a divagar. Muchas veces se había preguntado para qué quería tantos muebles inútiles en una casa tan grande y viviendo solo. Pero claro, en algo tenía que gastar tantísimo dinero. Ser mercenario le aportaba enormes beneficios, pero Jack nunca había necesitado nada más que lo imprescindible para sobrevivir.

Y además de mercenario, también era cazador. Cazador de presas un tanto… especiales. *Alguien* le pagaba muy bien por cada una de ellas, pero ahora ese *alguien* quería un asunto diferente.

Tenía que conseguir un objeto extraordinario. Y tenía que lograrlo sin que sus dueños se diesen cuenta de que se lo llevaba. A Jack Crow nunca le había gustado la palabra «robar». Además el objeto en cuestión estaba en un lugar extraordinario, pero la persona que le había llamado, ese *alguien*, le había asegurado que recibiría ayuda para conseguirlo.

A pesar de tantas facilidades, Jack había puesto un precio desorbitado.

La voz al teléfono no se alteró. Pagaría lo que fuese necesario, como de costumbre.

—¿Cuánto tiempo tengo para hacerlo? —preguntó tomando notas mentales.

—Todo el verano —respondió *alguien.*

—¿Y la ayuda?

—Te será entregada dentro de poco. ¡Ah! Se me olvidaba. Antes quisiera que me hicieras un nuevo encargo… Uno de los de siempre. Es un favor personal.

Jack Crow asintió mecánicamente y cogió su libreta.

—¿De quién se trata esta vez? —preguntó garabateando con una pluma.

La voz al teléfono se lo dijo. Luego colgó y Jack se fue en busca de su cerveza. Cuando regresó, echó una ojeada a la dirección y al nombre escrito con su pulcra caligrafía:

Laila Winter

Lo subrayó dos veces y miró a la chimenea. Sería un trabajo sencillo sin duda.

1
Laila Pelomoco

El sol brillaba con especial intensidad sobre el lago Lomond aquel día dieciocho de junio. El último día oficial del curso escolar en el colegio de Lomondcastle.

Laila miraba distraída por la ventana de la clase mientras Mrs. Peabody hablaba sobre las últimas recomendaciones de los cursos de verano. Con su voz estridente nombraba todas y cada una de las ventajas de permanecer en Lomondcastle durante julio y agosto.

A Laila esas increíbles ventajas sobre la equitación, los paseos en barca en el lago, las excursiones a Aberdeen o los estudios sobre la flora local le interesaban tan poco como al resto de la clase, pero ella no se molestaba siquiera en disimularlo. Ahogó un bostezo con la palma de la mano. Afortunadamente estar sentada en la última fila del aula de quinto curso dejaba libertad para hacer muchas cosas… como escribir un diario.

Lo había intentado durante años, pero nunca se había sentido tan desgraciada como el día anterior, tanto como para que sus sentimientos más profundos salieran a la luz y ella pudiera expresarlos con palabras. Ni siquiera sabía cómo había tenido fuerzas para salir de la cama y enfrentarse al nuevo día, pero fingir estar enferma en Lomondcastle era algo impensable, castigado con gran severidad.

Mordisqueó el lápiz mientras pensaba unas frases que fuesen impactantes, las primeras que anotó en el cuaderno de anillas:

Odio mi pelo
Odio a esa bruja

Sí. Era un buen comienzo. Su pelo había sido siempre el causante de todos sus problemas y Mrs. Peabody era la peor rata de alcantarilla que podía existir en toda Escocia.

Nuevamente miró por la ventana dejando que su imaginación y sus sentimientos volasen juntos hacia el cálido día de principios de verano.

El último día de clase siempre era el mejor, aunque a Laila le daban igual tanto el primero, como el de en medio, como el último.

No tenía muchas amigas, no. Realmente no tenía ninguna. Hacía ya casi dieciséis años que había nacido y en todo ese tiempo no había sido capaz de mantener una amistad. Ni siquiera una amistad imaginaria.

Su mano divagaba sobre el papel y cuando Laila se fue a dar cuenta, había dibujado una caricatura bastante exacta de la profesora, arruinando sus primeras frases literarias. Arrancó la hoja y la arrugó produciendo un sonido de rasgado en mitad del silencio general. La profesora acalló de golpe su estúpida charla, y

veinticinco pares de ojos se volvieron hacia ella, ávidos de novedades en el horrible tedio de la última hora de colegio.

—¡Señorita Winter! —exclamó Mrs. Peabody al tiempo que la cara se le volvía de color rojo colapso.

Odiaba a las niñas. Las odiaba más aun cuando alcanzaban la edad de las tonterías adolescentes, y su hora de clase era la más estricta. La señorita Peabody siempre se vanagloriaba en el claustro de profesores de ser la única que mantenía a raya a esa panda de degeneradas.

Laila levantó la mirada desafiante. La bruja no iba a empeorarle más aun el día. Bastante tenía con los recuerdos vergonzosos de la tarde anterior, cuando cometió el error de acudir a la fiesta. El resto de sus compañeras sonreían maliciosamente, y allá en la primera fila las primas Lizzel y Sandy, siempre juntas, comenzaron a susurrar secretos sobre ella.

Laila las odiaba a todas.

—¡Señorita Winter! —repitió la bruja avanzando como una locomotora por entre las filas de bancos—. ¡Levántese cuando le hablo!

Laila se levantó de su silla con una lentitud irritante, manteniendo todavía firme la mirada en las gafas de culo de vaso de Mrs. Peabody. Por un momento soñó que aplastaba esas gafas contra la vieja cara, y salía a hombros de clase, vitoreada como una heroína. La profesora se acercó a su mesa, y como un rayo cogió la bola de papel arrugado que ella había dejado descuidadamente.

Todo el orgullo de la chica desapareció y las piernas comenzaron a temblarle. La profesora desdobló el papel y se lo acercó ridículamente a la cara, a escasos centímetros de la nariz. Abrió mucho los ojos detrás de las horribles lentes, y su rostro, del color de la grana, se puso completamente pálido.

—¡Laila Winter! —gritó ahogada por la rabia mientras guardaba el funesto papel en un bolsillo—. Irá usted ahora mismo al despacho del director Westfield para contarle por qué suspende usted mi asignatura de francés este curso.

—¡Qué! —se atrevió a exclamar la muchacha, y al momento se arrepintió.

Bajó la cabeza mientras se mordía nerviosamente los labios.

—¿Acaso no está usted de acuerdo con mi opinión? —se volvió la maestra susurrando melosa como una víbora.

Laila no dijo nada. Quería que se la tragara la tierra. Las risitas eran audibles pero ahora no parecían molestar a Mrs. Peabody. Al contrario, sonreía triunfante. Se giró pomposamente de nuevo hacia la pizarra.

La muchacha comenzó a recoger los lápices y cuadernos en medio de la expectación general, y caminó en dirección a la puerta del aula.

—Pelomoco —susurró Sandy con maldad cuando pasaba cerca de ella. Lizzel rió abiertamente, y después la clase entera a sus espaldas mientras ella cerraba la puerta.

Laila suspiró intentando no darse pena de sí misma y echarse a llorar. Se alisó la falda de tabla del uniforme y se puso a andar por el pasillo odiando al mundo en general. Odiaba a esas engreídas de la clase que horas después se marcharían con sus papis y sus mamis hacia lejanos lugares de veraneo, sin importarles más que la peluquería o la manicura, o el nuevo chico que iban a conquistar durante las vacaciones. Ese pensamiento le dolió más que el insulto: «Pelomoco». Se tocó instintivamente el cabello y un largo mechón verde escapó del peinado cayendo sobre sus ojos.

Lo odiaba. Odiaba aquel raro y desagradable color que le había tocado en suerte. Realmente parecían cascadas de mocos cayendo por su cara. Lo había cortado varias veces casi al cero, lo había teñido de mil colores, pero era inútil. Al día siguiente al despertar, siempre estaba del mismo tamaño y el mismo horrible color, como si fuese parte de una pesadilla.

Cuando Laila tenía seis años e ingresó en el internado de Lomondcastle para jóvenes señoritas su pelo causó mucho revuelo, pero todas eran muy niñas entonces, y las preguntas que le hacían no tenían ninguna maldad. Algunas profesoras pensaron que el padre de Laila era algún millonario excéntrico que dejaba que su hija fuese disfrazada como le apeteciese.

Inmediatamente lo lavaron y restregaron durante semanas pero el color verde nunca desapareció. Las profesoras de primaria se enfadaron muchísimo, y escribieron varias veces a Mr. Winter sobre los hábitos físicos de su hija. Nunca obtuvieron otra respuesta que grandes sumas de dinero. Dos años después, todo el profesorado estaba acostumbrado al *patrocinio económico* del padre de la niña, y abandonaron el tema, que por otro lado solo consistía en su pelo, pues el resto de Laila, cejas incluidas, era absolutamente normal.

Lo que las otras niñas no le perdonaban era la condescendencia que creían que tenían otros profesores con ella. Laila siempre se había quejado de dolor de espalda desde que llegó, y aunque soportaba bien las clases de equitación, no resistía la gimnasia ni la esgrima, y los profesores la habían liberado alegando no pretender hacerle daño a una niña.

Y esto era lo que las otras no podían soportar. Sus padres también eran ricos pero no compraban las calificaciones de sus hijas. La odiaban por ello y por el desprecio que creían que Laila demostraba por las normas del colegio.

Pero la realidad era bien distinta. La chica se esforzaba mucho en todas las asignaturas y sacaba notas justas. Gimnasia le resultaba insoportable porque el dolor en la espalda la hacía encogerse en un rincón, y el profesor Walsh, que nunca había aceptado ni una sola libra del padre de Laila, estaba completamente convencido de que esos dolores de espalda eran reales a pesar de todas las pruebas y radiografías que el médico del colegio le había realizado.

Las pocas niñas con las que se había relacionado la habían dejado cuando comprobaban que era un poco rara. No solo el pelo verde, sino esa vida que llevaba, solitaria y llena de libros, sin que le interesasen lo más mínimo los temas mundanos.

Desde los diez años, las chicas eran invitadas durante el curso escolar a las fiestas de Lomondfield, el colegio vecino para chicos, donde se educaban los que serían los futuros grandes empresarios y políticos de varios países de Europa y América. Con aquellos diez años Laila había ido a su primera y última fiesta, y decidió no volver jamás porque en aquella ocasión Daniel Kerry había tenido la feliz ocurrencia de llamarla «Pelomoco» por primera vez, y el odioso mote había permanecido para siempre desde entonces junto a su nombre: Laila Pelomoco.

Las chicas con las que fue a aquella fiesta, las gemelas Doreen y Kathy McCallum, habían ido distanciándose de ella hasta que se quedó completamente sola. Meses después, un banco descubierto bajo la sombra de un gran olmo en los jardines de Lomondcastle fue su mejor refugio. Allí pasaba desapercibida mientras leía sin parar todo lo que cayese en sus manos. Y allí había sido donde había comenzado también su pesadilla que acabaría la tarde anterior, en la fiesta.

Laila se sentó en uno de los sillones frente a la puerta del despacho del director Westfield. Mientras esperaba contempló las altas paredes revestidas de madera oscura que se extendían por todo el castillo georgiano, los cuadros de antiguos directores y las vitrinas llenas de trofeos. Afortunadamente Mrs. Peabody no había conseguido ninguno del que vanagloriarse cuando era joven.

Hacía frío en el castillo. Incluso en el más caluroso día de verano, la temperatura nunca permitía vestir camisas de manga corta. Laila se arrebujó en el sillón mientras los minutos pasaban.

El director Westfield estaba ocupado. Durante esa semana realizaba entrevistas a los padres de las futuras alumnas que ingresarían el siguiente curso. Solo la mitad de las peticiones eran atendidas, y de ellas, la cuarta parte cumplían los requisitos para ingresar en el colegio Lomondcastle: buena familia, grandes aspiraciones, varias cartas de recomendación, un expediente familiar impecable… Muchas veces Laila se había preguntado cómo demonios había sido admitida allí. Su padre era absolutamente desconocido en cualquier esfera social o política. Vivía como un ermitaño en su mansión irlandesa llorando en solitario a su difunta esposa.

Pensar en su padre le entristeció aún más. Se veían muy poco y cada año que pasaba lo encontraba más viejo y taciturno. Después de cada verano Laila nunca quería volver a Lomondcastle, pero su padre no quería ni oír hablar del tema. Un par de fríos besos y una despedida en el aeropuerto. Así hasta las vacaciones de Navidad y luego otro verano. Y otra Navidad y otro verano. Año tras año.

El pomo de la puerta giró crujiendo la vieja madera y Laila salió del sopor en el

que había caído poniéndose en pie como un resorte. Del despacho salieron, una a una, las tres chicas más raras que Laila había visto en su vida. Parloteaban y reían sin cesar de un modo escandaloso, dándose codazos al parecer muy contentas tras su conversación con el director del colegio.

Una de ellas, la más guapa, era rubia platino, de un rubio tan subido que no se podría conseguir más que en una peluquería. Otra era morena de piel muy blanca. Parecía española o italiana y era la menos charlatana de las tres. Pero la última… ¡tenía el pelo violeta!

Pasaron junto a Laila rápidamente y la rubia la miró con descaro unos segundos más de lo educadamente correcto. Laila estaba acostumbrada, aunque en aquellos momentos no sabía de qué se asombraba aquella princesa de la cirugía estética teniendo una amiga con un pelo tan estrafalario.

Las tres, altas y muy delgadas, se colocaron a la vez las gafas de sol, y vestidas con faldas de cuero muy cortas, camisetas ajustadas de colores chillones y unas botas negras de tacón alto, parecían mayores que Laila. Los vestidos eran completamente estrambóticos, y la muchacha no sabía si echarse a reír o tenerles pena, porque sin duda, si habían sido admitidas, esta sería una de las pocas ocasiones que les quedaba para vestir así.

Mientras Laila se alisaba la falda de cuadros en un movimiento inconsciente, aparecieron por detrás de la esquina del corredor Lizzel Sinclair y su prima Sandy Madison. La campana del final de clase no había sonado y Laila supo que Mrs. Peabody las había enviado como espías para ver si ella obedecía el castigo. Las dos se habían quedado paralizadas de asombro durante unos segundos al ver a las tres chicas, y luego se miraron tratando de contener una carcajada. Pasaron junto a las desconocidas mirándolas de arriba a abajo con descortés impertinencia y entonces Lizzel comentó en voz alta:

—¡Teníamos a Pelomoco y ahora parece que vamos a sufrir a Barbie Halloween!

Las tres muchachas se pararon en seco y la morena se volvió.

—Oye, niña… —dijo con una suave voz musical.

Lizzel se volvió desafiante dispuesta a comenzar una pelea de las que le gustaban, pero antes de que pudiese abrir la boca, la morena levantó el dedo corazón en un obsceno gesto impensable en los muros de aquel castillo y movió los labios diciendo: «¡Bésame el culo!».

Acto seguido se volvió y las tres siguieron riendo y charlando, dejando a Lizzel y a Sandy con la boca abierta y el disgusto dibujado en sus caras en una mueca desagradable. De pronto Laila sintió una tremenda simpatía por las tres desconocidas. Deseó con todas sus fuerzas que estuviesen admitidas en el próximo curso.

—Pase señorita Winter —dijo el director en el marco de la puerta. Miraba unos

impresos y al parecer no se había dado cuenta de nada.

Laila entró en el despacho y la puerta se cerró tras ella.

El director Westfield caminó distraídamente hacia su mesa mientras Laila esperaba de pie el permiso para sentarse. Era un hombre frágil y apocado que escondía su timidez tras unas gafitas redondas y un enorme bigote tan rojo como su ya escaso cabello. Era evidente que estaba a gusto en su puesto, pero se dejaba manipular por todo el claustro de profesores, especialmente por Mrs. Peabody o cualquier otro que le levantase la voz. Muchas veces las chicas lo habían visto completamente arrinconado, cediendo a todos los caprichos y exigencias, y como resultado apenas le tenían respeto.

Su despacho, casi siempre a oscuras, estaba completamente lleno de estanterías donde envejecían cientos de libros, panfletos, peticiones de ingreso, cartas y almanaques, y algunas viejas redomas dispersas sin nada en su interior. Todo era un desconcertante desorden que ni las limpiadoras se atrevían a tocar. El señor Westfield permanecía a veces allí dentro durante días y nadie sabía qué hacía o de qué se alimentaba, pero tampoco se le echaba de menos.

Tras un buen rato leyendo papeles, el director pareció darse cuenta de la presencia de Laila, y después de carraspear la invitó a sentarse.

—¿Qué ha ocurrido esta vez, señorita Winter?

El director levantó sus ojos azules mirando a la muchacha como suplicándole que no fuese un nuevo desastre con Mrs. Peabody. Laila volvió a recordar a la muchacha morena levantando el dedo y un súbito arranque de rebeldía la sacudió.

—Mrs. Peabody me envía para decirle que ha recapacitado sobre mi aprobado en francés…

—¿Y? —suspiró el director.

—Quiere que suba usted la calificación a notable —mintió sin tartamudear.

El director la miró sobresaltado ante la novedad tan benevolente de la terrible profesora. Parpadeó incrédulo pero la chica irradiaba sinceridad y aplomo. Desvió sin querer la mirada al verdor de sus cabellos y se sonrojó por el descuido.

—Umm… ¿Eso es todo? —murmuró distraídamente el hombre mientras volvía a revisar una montaña de papeles.

—Sí —contestó Laila.

—Bien. Lo confirmaré con Mrs. Peabody. Puede usted marcharse y que pase un feliz verano.

Laila se levantó inmediatamente, aún aterrada por la mentira y por las posibles consecuencias en cuanto ambos profesores hablasen, ¡pero ahora era libre! Las malas noticias llegarían en septiembre; sin embargo ella se haría perdonar por su padre. A fin de cuentas no le prestaba mucha atención.

Cruzó en solitario las grandes salas y pasillos del colegio, decoradas con tapices y

armaduras medievales, y luego se encaminó a la acristalada galería exterior que comunicaba el edificio principal del castillo con uno de los torreones donde se alojaban los dormitorios. Más allá de los cristales podían divisarse los bosques y campos que pertenecían al colegio, y por el otro lado las canchas de baloncesto, los establos, las piscinas y todo lo que tuviese relación con los deportes al aire libre.

Aún apretaba firmemente los libros contra su pecho cuando sonaron las campanas que ponían fin al curso escolar. Unos minutos después los pasillos se llenaron de risas y alborotos. La algarabía crecía mientras chicas de todas las edades salían de las aulas, algunas guardando la compostura, otras corriendo y empujando para llegar a las habitaciones. Gritos y deseos de buenas vacaciones se escuchaban por todos lados, pero Laila no se dio cuenta de nada. Más allá de los jardines, en el aparcamiento principal, tres jóvenes estrafalarias saltaban dentro de un Mustang descapotable de color rosa chillón y al momento salían disparadas hacia la salida de Lomondcastle dejando una nube de tierra polvorienta tras de sí.

❧ ❧ ❧

Al día siguiente Laila estaba ya lista a primera hora de la mañana. Un taxi la recogería para llevarla a Edimburgo y de allí en avión hasta Dublín, donde su padre la iría a buscar al aeropuerto. Le sobraba tiempo y podía pasar toda la mañana de compras por Princess Street si así lo deseaba.

Otras chicas también se marchaban pronto y alguna la saludó brevemente antes de partir con sus padres. Afortunadamente Lizzel y Sandy no aparecieron. No acostumbraban a madrugar si podían evitarlo, y era evidente que Mrs. Peabody y el director no habían conversado en ningún momento. Probablemente él estaría encerrado en ese tugurio que tenía como despacho y a lo mejor se había perdido entre las montañas de papeles.

Al llegar al aeropuerto dejó las maletas del equipaje en consigna y luego volvió a la ciudad.

Había cierto revuelo, y grupos de policías patrullaban las calles, pero Laila no se enteró hasta que compró el periódico del día.

Al parecer, dos noches atrás alguien había entrado en el grandioso castillo de Edimburgo, pero el ladrón o los ladrones no habían robado nada. La policía descubrió rastros hasta la mismísima Piedra del Destino, uno de los símbolos más importantes de las antiguas monarquías escocesas, pero entonces las huellas desaparecían súbitamente. La increíble forma de entrar a través de los más altos ventanales y luego desaparecer sin robar nada los tenía completamente desconcertados. La noticia terminaba con el comentario de «Bromistas en el castillo» y una crítica hacia la seguridad, teniendo en cuenta que además de la Piedra, en el castillo se exponían las valiosísimas joyas de la corona escocesa, que ni siquiera habían interesado a los

hábiles visitantes nocturnos.

Laila terminó de leer el periódico mientras desayunaba en una agradable cafetería antigua del centro. Luego indagó por las calles en tiendas de belleza en busca de una peluca morena. La idea le había venido de golpe, y al final encontró una muy aceptable de larga melena. Sabía que no la podría llevar en el colegio sin ser nuevamente víctima de burlas, pero cuando tuviese un fin de semana libre la podría usar y acudir a fiestas con gente desconocida que no la mirase como si fuera un bicho raro.

Y entonces, regresando en taxi al aeropuerto, volvió por fin y de forma completamente clara a su mente la horrible tarde de la fiesta de los chicos de Lomondfield.

Leyendo en su banco favorito bajo el gran olmo diez días atrás, Laila había escuchado por casualidad a Lizzel y a Sandy en una conversación privada, supuestamente muy enfadadas hablando de varios chicos del colegio vecino. Algunos de ellos eran muy criticados y otros demasiado favorecidos para su gusto.

—¡Y ese estúpido de Daniel Kerry quiere invitar a la estropajosa de Pelomoco! —decía Sandy conteniendo su rabia.

—Es increíble —respondía Lizzel con su voz estridente—. El chico más guapo del campus y esa bicho raro…

—No lo consentiré —dijo de nuevo Sandy—. Daniel es mío. Siempre me ha gustado y estoy segura de que yo también le gusto.

—Desde luego —confirmó Lizzel—. Lo que pasa es que es muy tímido y solo necesita un pequeño empujoncito…

—¡Pues esa asquerosa no va a conseguir quitármelo! Esta tarde vienen algunos chicos a Lomondcastle a jugar un partido de polo y es mi oportunidad para hacer que me invite a la fiesta de fin de curso.

Laila lo había escuchado todo sin moverse, completamente paralizada para que no notasen su presencia, oculta tras un recodo poco visible. En un principio no creyó ni una sola palabra, pero al final el odio de Sandy la había convencido y su corazón palpitaba con fuerza.

¡Daniel y ella! A veces lo había sorprendido mirándola a hurtadillas durante el partido de algún deporte que los de Lomondfield practicaban en su colegio, aunque siempre pensó que aquellas miradas estaban dirigidas hacia su pelo.

Las dos chicas se alejaban y Laila se atrevió a levantarse del banco donde había permanecido como una estatua. En su mente comenzó a formarse el plan de acercarse a Daniel Kerry aunque tuviese que estar expuesta a burlas y miradas todo el día.

Lo que Laila no sabía era lo mucho que estaban riéndose de ella las dos primas, que hacía tiempo que habían descubierto su escondrijo y habían tramado una burla

cruel creyendo que cuando Laila se acercase a Daniel, él la despreciaría.

Por la tarde, después de haber desechado y forjado una y otra vez el mismo plan, Laila se acercó junto a otras chicas al campo de polo. El equipo de Daniel se enfrentaba en partido amistoso a otro de un curso mayor en el que estaba Tony Sinclair, el hermano de Lizzel.

Tony aparentaba más edad debido a su altura y a su peso, y castigaba a su caballo excesivamente jugando sucio y violento. Al final el equipo de Tony se alzó con una injusta victoria pero las chicas vitorearon a ambos equipos por igual.

Daniel bajó de su montura y se dirigió a un pequeño puesto de equipamiento accesorio con toallas y botellas de agua. Con su taco al hombro miró a Laila, que se había colocado allí estratégicamente, y levantó la otra mano saludándola. A pesar de haberse reído de ella y haberla insultado cuando eran niños, era uno de los pocos que le dirigía una palabra amable cuando se veían.

Laila enrojeció y sintió que le temblaban las piernas. El se acercó y comenzó a secarse el sudor de la cara con una toalla.

—Hola.

—Hola —repitió ella—. Buen partido.

—Sí, bueno, no ha sido todo lo malo que podría haber sido —dijo él con pesar.

Laila desvió la mirada por la torpeza de su comentario. Daniel había perdido.

—¿Qué tal va todo? —preguntó el muchacho, inseguro, mirándola a los ojos.

—¡Bien! —contestó Laila mientras asentía tontamente con la cabeza.

—Vale.

Pasaron varios embarazosos segundos en silencio mientras otros chicos se acercaban y comenzaban a usar toallas o a beber las botellas. Laila vio que Sandy se acercaba como un toro embistiendo, y Lizzel detrás con una sonrisita en la cara.

—¿Vas a la fiesta? —preguntó ella en un acceso de frenética prisa.

—Sí —repuso el chico mientras arrojaba la toalla a una cesta.

Nuevo silencio en el que Laila se preguntaba por qué no se decidía.

—Hola Daniel —dijo Sandy histérica, llegando a la carrera—. Buen partido. ¿Te está aburriendo Pelomoco?

Daniel se sonrojó al recordar que él era el culpable del mote. Laila por el contrario estaba pálida y petrificada y se disponía a iniciar una vergonzosa retirada. Lizzel llegó jadeando tras el paso de su prima con ánimo de empezar cualquier pelea.

—Laila no me aburre —dijo el chico de repente—. Únicamente le preguntaba si quería venir conmigo a la fiesta de fin de curso.

Laila abrió los ojos como platos.

—¡¿Qué?! —gritó Sandy groseramente sin importarle quedar en evidencia.

Daniel la miró con cara de asombro, sin entenderla bien del todo.

—Claro que sí —respondió Laila de inmediato.

—Bien —dijo él sonriendo y agitó su mano—. Allí nos veremos. ¡Hasta luego!

Y se alejó como si no hubiese pasado nada.

Laila aprovechó el desconcierto general para poner pies de por medio antes de que Lizzel iniciara una salva de insultos.

—¡No puede ser! —decía Sandy con voz ahogada apretando los puños con rabia.

—No te preocupes —dijo una voz ronca a sus espaldas—. Esa payasa llena de mocos no va a fastidiar a mi primita.

Era Tony, el hermano de Lizzel, que al parecer lo había escuchado todo.

Sandy y Lizzel lo miraron pero el chico, hundido en pensamientos tenebrosos, sonreía con una mueca torcida mientras se secaba su cara sudorosa con una toalla.

Después los días pasaron increíblemente rápidos en medio de exámenes y calificaciones hasta que llegó el final del curso.

La fiesta estaba en pleno apogeo pero Laila y Daniel apenas habían hablado unas palabras en toda la noche. Absurdamente, ambos estaban avergonzados. Todas las chicas llevaban sus mejores vestidos de diseñadores muy cotizados y ellos llevaban el traje de gala escocés, pero la pareja no llamaba la atención porque desentonasen en el atuendo. Todos estaban pendientes, especialmente de ella.

—No es bueno para tu reputación haberme invitado —dijo ella desafiante.

—Eso da igual —respondió Daniel—. No hagas caso de la gente. Yo hace tiempo que quería disculparme…

—Eran cosas de crios —cortó ella nerviosa, deseando no volver a recordar la experiencia.

A pesar de todo, Laila notaba que él no estaba a gusto. Casi nadie de Lomondfield se había acercado a saludarle, ni siquiera para felicitarle por la última victoria de polo dos días atrás, y se aburría mirando con ansiedad a su grupo de amigos sin pareja que parecían estar divirtiéndose a lo grande. La muchacha se arrepentía de estar allí, avergonzándolo y sufriendo ella por la soledad en la que estaban inmersos.

—Voy por refrescos —dijo él y desapareció de inmediato.

Laila se quedó sola junto a una columna, sin saber si agradecérselo o enfurecerse, porque Daniel ni se había molestado en preguntarle si quería beber algo. Simplemente se había marchado desentendiéndose de ella. No pasaba nada. Le comprendía. Permaneció triste mirando el baile de sus compañeras de Lomondcastle.

—¿Estás sola? —la sobresaltó Tony Sinclair saliendo de la nada. Apestaba a cerveza que había estado bebiendo a escondidas en su habitación y su mirada era muy turbia y pegajosa.

Le pasó un brazo por encima de los hombros de forma desagradable. Laila intentó deshacerse de él, pero Tony la arrinconó salvajemente hacia la pared.

—Eres muy guapa a pesar de tener mocos en el pelo —susurró en su oreja con una mueca horrible, completamente borracho—. Realmente eres la chica más guapa del colegio…

—¡Suéltame! —gritó ella.

Pero la música alta y la oscuridad del salón jugaban en su contra. Laila forcejeaba muy asustada pero Tony era fuerte y grueso y le aprisionaba ya las muñecas contra las caderas.

De repente le dio un beso brutal en los labios y Laila se sintió mareada por el asco y el olor a alcohol.

Cuando se liberó vio que Daniel Kerry estaba allí, mirándolos paralizado, con dos vasos de refresco en las manos y el asombro dibujado en su cara. Con una mirada de absoluto desprecio, se dio media vuelta y se perdió entre las parejas que bailaban.

Laila intentó ir tras él, pero Tony la agarró del brazo. —Pe… lo… moco —susurró con una sonrisa beoda—, me… me has manchado las manos con las… babas de tu pe… pelo…

Y vertió en la cabeza de Laila todo el contenido de refresco de su vaso.

La muchacha se sintió morir de vergüenza mientras le caían los goterones por la cara manchando su vestido, y como ocurre siempre en la vida, todo el salón pareció darse cuenta a la vez y la música se detuvo de repente. Laila fue nuevamente blanco de cientos de miradas y la cruel risita histérica de Lizzel se escuchó en medio del silencio general, resultando tremendamente contagiosa.

Laila le dio un manotazo a la horrible bestia de Tony y salió corriendo del salón mientras las risas arreciaban. Aunque las lágrimas le arrasaban los ojos, todavía tuvo tiempo de ver a Sandy acercarse a Daniel Kerry en una actitud extremadamente comprensiva y cariñosa.

—¿Le ocurre algo señorita? —le preguntó el taxista mirando por el espejo retrovisor.

Laila se sobresaltó por la interrupción de sus pensamientos y al momento notó que había estado llorando silenciosamente en el taxi sin darse cuenta.

—No es nada, gracias —dijo secándose las lagrimas con el dorso de la mano.

El taxista no insistió. De todas maneras tampoco tenía muchas ganas de consolar a una de esas punkis raras de hoy en día. ¡Mira que pasearse tan fresca con el pelo verde en plena mañana, como si tal cosa!

Volvió a comprobar que no lloraba más y guardó silencio el resto del trayecto.

El viaje en avión fue corto aunque monótono. La lluvia británica la persiguió durante todo el vuelo, pero cuando llegó a Dublín, el cielo, que estaba completamente encapotado, guardaba un delicado equilibrio entre la calma y la tempestad.

Bajó del avión y recogió las maletas de la cinta transportadora en el área de

equipajes. Luego subió por las escaleras mecánicas a la gran sala comercial de espera. Allí buscó ansiosamente a su padre mientras las dudas y el nerviosismo luchaban por ocupar su estómago.

De repente un extraño se le abalanzó corriendo desde lejos gritando su nombre. Al principio no reconoció al hombre que se le venía encima, pero poco a poco se dio cuenta de que era su padre y se quedó muda por la sorpresa. Su padre, el desconocido, la abrazó con fuerza durante un largo rato y cuando Laila se deshizo de su gigantesco apretón, lo miró incrédula.

Y sin embargo era cierto, sí, era su padre. Laila estaba asombrada. Lo esperaba viejo y huraño, con la eterna mirada ausente y las ropas raídas, pero allí estaba él, joven y sonriente como nunca, con un traje bien cuidado y la cara afeitada. Incluso desprendía el olor de un caro perfume.

—¡Laila, hija! —hablaba en voz alta—. ¡Qué alta estás! ¡Y qué guapa!

La miraba como si hubiesen pasado miles de años y no unos pocos meses desde las Navidades. La abrazó de nuevo de una forma tan cariñosa que ella ya no tuvo ninguna duda: algo le había ocurrido a su padre en todo este tiempo. Y rápidamente se formó su primera sospecha. Una mujer.

Hablaron sin parar durante todo el camino a casa, viajando por pequeños pueblos y condados, atravesando el verdor irlandés lleno de fantasmas y supersticiones. Laila le contó muy por encima cómo había sido el semestre escolar, sin mencionar en absoluto ninguna de sus desventuras, pero con el firme propósito de volver a intentar convencer a su padre para que le permitiese no regresar jamás a Lomondcastle.

Cuando llegaron a Cavan compraron pan recién hecho, jamón, crema ácida y frutas, café y té, además de algunos periódicos y revistas. Volvieron al coche y cuando dejaron el pueblo atrás, torcieron en un cruce abandonando las carreteras secundarias, a través de un camino rural que llevaba a Winter Manon Los altos fresnos bordeaban el camino como guardianes silenciosos de los bosques. Entonces el padre de Laila le confirmó su terrible sospecha.

—Laila, tengo algo que contarte, hija.

Ella guardó silencio expectante, temiendo lo peor.

—Verás —siguió él—, quizás no te has dado cuenta pero me he quitado la barba…

—Sí —terció ella—. Te encuentro muy bien papá. Estás… más joven.

—¡Oye! —se escandalizó en broma el padre—. Yo siempre he sido joven.

—Bueno, pues ahora más. Ya sé… ¡Te has apuntado a un gimnasio en Cavan!

Su padre rió abiertamente.

—De ninguna manera. Lo que pasa es…

—No me lo digas. Me lo estoy imaginando —cortó ella enfadada.

—Ah, ¿sí, eh listilla? ¿Y qué es lo que imaginas?

—Es evidente, papá. Vas más arreglado y te has quitado aquellas ropas de pordiosero. Además te has cortado el pelo como ese actor…

—¿Qué actor?

—George Clooney.

—¡Ah! Ese.

Laila guardó silencio unos instantes pero enseguida volvió a la carga.

—En definitiva, que has conocido a una chica, ¿no?

Su padre desvió los ojos del camino un momento para fijarlos en los de su hija.

—No se te puede ocultar nada. Estás hecha una bruja.

—¡Ja, ja!

—Mira, Laila, seguro que te gusta. Es una persona encantadora. Tan bondadosa, tan inteligente… Es maravillosa, de verdad.

—Vale papá.

Otra vez silencio. Laila habría querido aparentar estar alegre y despreocupada, pero notaba que en su interior odiaba ya a aquella desconocida desde que olió el perfume nuevo de su padre. Le estaba quitando a la única persona que quería y la chica decidió que hiciese lo que hiciese aquella mujer, no le gustaría ni por asomo.

El estómago se le hizo un nudo pensando que su maravilloso verano estaba empezando a enfriarse muy rápidamente.

El coche se detuvo frente a la verja que guardaba la finca de los Winter. Sean Winter, el padre de Laila, había construido con sus propias manos el sólido muro de piedra rojiza, la misma vieja piedra de la que estaban hechos los cimientos de Winter Manon El hombre se bajó del coche para abrir la verja de hierro y Laila lo siguió con la mirada intentando descifrar los sentimientos de su padre hacia la desconocida.

Sin duda era más joven que él, y seguro que era una cazafortunas. Sí. Iba detrás del dinero de su padre. Pues bien, Laila iba a frustrar sus planes y la perversa dama volvería a su casa con el rabo entre las piernas. En su imaginación ya le había puesto la cara de Milady, la pérfida condesa de Los Tres Mosqueteros, la novela de Alejandro Dumas.

Nuevamente se pusieron en marcha y atravesaron los verdes y cuidados terrenos que rodeaban toda la mansión. Ella abrió la ventanilla e inmediatamente sintió el frescor de la lluvia que habría caído horas antes y el olor de las juncias, los helechos y los acebos que delimitaban la casa como la de un cuento de hadas. Los fresnos se perdían ya en las lindes del boscoso jardín y aquí y allá crecían prímulas, rosas salvajes y otras plantas fragantes. Ese maravilloso olor lo llevaba Laila grabado a fuego, y por primera vez se dio cuenta de que en el banco del gran olmo del colegio olía de forma muy parecida.

Por fin dejaron atrás los árboles del camino y la gran casa apareció ante su vista. Viendo los rojos ladrillos, Laila advirtió cuánto la había echado de menos. Era casi

tan grande como un castillo, y la fachada del primer piso estaba completamente invadida por la hiedra trepadora que Sean Winter podaba casi a diario. Grandes ventanales se abrían hacia los jardines, y en los extremos, cuatro imponentes torreones delimitaban los muros de piedra roja dándole un aspecto de fortaleza medieval.

El enfado del viaje desapareció en cuanto entró en la casona. Todo seguía igual que siempre y los viejos muebles no habían sido sustituidos por otros más modernos ni se notaba ningún toque femenino invasor. Suspiró tranquila mientras comprobaba cada esquina, cada sillón y cada mesa en un rápido vistazo. El olor de la vieja madera de los suelos y el tabaco de cereza de su padre todavía estaban allí presentes impregnando cada rincón. Y aunque Laila le había dicho mil veces que dejara la apestosa pipa, ahora sabía que no podría vivir sin ese olor inconfundible, y deseaba con toda su alma que la señorita desconocida fuera una fervorosa fanática antitabaco para odiarla aún más.

Subió corriendo las escaleras hacia su habitación en la segunda planta y su padre la siguió más entusiasmado. Abrió la puerta y comprobó que no olía a humedad ni a rancio, sino a fresco y a limpio y que todo estaba recién ordenado. Su padre habría contratado, como siempre, a la hacendosa Mrs. Petipott de Cavan para tenerlo todo a punto. Estaba tan contenta que le abrazó de nuevo habiendo olvidado el disgusto. Su padre le acarició suavemente sus extraños cabellos.

—Tengo un regalo para ti —le dijo.

—¿Un regalo? —dijo ella levantando la vista.

—Sí. Está ahí mismo, sobre tu cama.

Laila paseó su mirada por la habitación y sobre la colcha vio un paquete envuelto en papel dorado con una cinta azul.

—¿Y por qué? —le preguntó.

—Bueno… —dijo su padre rascándose la cabeza—, por el final del curso, por tu regreso… y porque dentro de dos días cumples ya dieciséis años.

—¡Es cierto! —dijo ella riéndose—. Lo había olvidado con todo el jaleo del colegio y todas las cosas del viaje.

—Pues yo no me olvidé, señorita resabiada. Anda, ábrelo.

Laila tomó el regalo que tenía evidente forma de libro. Lo desenvolvió muy cuidadosamente para no romper el papel y contempló el ejemplar parpadeando. No se dio cuenta de la expectación que se dibujaba en la cara de su padre.

El libro, de pequeño tamaño, no era excesivamente grueso y tenía las portadas de suavísimo cuero pardo. Sobre la cubierta principal estaban incrustadas cinco piedras redondas y pulidas, formando entre ellas la figura de un pentágono, con ángulos rectos en su base. Cada piedra era de un color diferente aunque no tenían brillo alguno. Parecían gastadas o rozadas, muy poco valiosas, pero Laila jamás había visto

un libro así.

Miró las piedras una a una. La superior era blanca, transparente como un diamante, aunque era dudoso que alguien pusiese un diamante de ese tamaño en un libro y encima lo puliese para hacerlo redondo. Le seguía en sentido de las agujas del reloj un topacio amarillo profundo, que destacaba por su color sobre el resto de las piedras monótonas. Luego una aguamarina de un color azul perfecto, pero parecía que tuviese inclusiones verdes en su interior. La siguiente en el ángulo inferior izquierdo era una amatista, con un núcleo profundamente violeta y los bordes transparentes, del color del amanecer. La última era una piedra blanca mate, lechosa iridiscente, del mismo tamaño que las anteriores. Parecía una piedra luna, y sin duda hubiese sido muy bella si no estuviera tan gastada. Luego el pentágono se completaba de nuevo con el supuesto diamante.

Laila tocó cada una de las frías piedras y deslizó la mano por toda la cubierta y el lomo en busca de un título, pero no había nada. Ni siquiera una letra o un signo. Ninguna marca de uso aunque el libro parecía muy antiguo. El cuero se conservaba en perfecto estado pero no ofrecía ninguna evidencia sobre sus orígenes.

En conjunto el libro era asombrosamente bello. La alineación de las piedras era perfecta, aunque no era un pentágono regular. «Hubiese sido mejor un hexágono», pensó Laila.

Abrió el libro con la certeza de encontrar algo maravilloso en su interior, pero todas las páginas estaban en blanco.

—¿Un diario? —preguntó a su padre.

—Bueno —dijo él, dudoso— no del todo. En la segunda página hay algo escrito. Léelo.

Laila buscó pero la segunda página era completamente blanca.

—No hay nada.

—¿No? —dijo su padre cogiendo el libro de sus manos. Miró una y otra vez y pasó las páginas a gran velocidad. Cerró el libro cansinamente y se lo devolvió. En sus ojos había la sombra de una duda.

—¿Había algo y se ha borrado? —insistió Laila.

—¡No! —su padre hizo una pausa—. No, ya sé lo que ha pasado. Me he confundido y he escrito la dedicatoria en otro libro sin darme cuenta.

Y se echó a reír estruendosamente por la supuesta torpeza.

—Escríbemela de nuevo —rogó ella sonriente.

—Quizás no sea tan buena idea a fin de cuentas —dudó su padre—. No creo que yo tenga derecho a escribir sobre un libro que era de tu madre…

—¡Un libro de mamá! —interrumpió ella volviéndolo a mirar con más atención.

—Sí. Ella lo dejó aquí cuando…

Se calló bruscamente.

Laila miró a los ojos azules de su padre. El mismo color que ella había heredado, y notó una nube de tristeza que los ensombrecía.

—¿Cuando qué? —preguntó molesta consigo misma por ahondar en la herida.

Su madre, Carol Winter, había muerto de una terrible enfermedad meses después de nacer ella y Laila no tenía ningún recuerdo de su cara ni había fotos en la casa. Ni una sola, y era extraño, porque su padre fotografiaba cualquier cosa siempre que llevase su cámara a mano. Ella no quería hacer recordar a su padre los malos años de soledad llorándola, pero la curiosidad y la amenaza de la «nueva novia» pudieron con ella.

—¿Qué le pasó? —insistió.

—Eh… sí… cuando ella enfermó y su estado empeoraba día a día tuvimos que ir al hospital en Dublín. Ella sabía que no regresaría jamás y que en cualquier momento podía… eh… morirse. Entonces me dio este libro para ti. Ella dijo que te lo diese cuando fueses ya mayor para afrontar la responsabilidad de tenerlo contigo, y yo creí que éste era el momento adecuado.

Su padre estaba de nuevo muy triste y melancólico. Los años volvieron sobre él de golpe y Laila se mordió los labios arrepentida.

—¡Bueno! —exclamó poniendo una sonrisa alegre mientras apretaba el libro en su regazo—. Me encanta el regalo, papá. Es maravilloso.

Volvió a abrazarlo y le plantó sendos besos en ambas mejillas. Algunas nubes desaparecieron de la mirada de su padre.

—Pero todavía tengo quince años —siguió ella parloteando desenfadadamente—. El veintiuno de junio es pasado mañana. ¿Por qué no me lo has guardado hasta entonces?

—Pues verás… —su padre se había puesto colorado. Suspiró profundamente y luego lo soltó todo de un tirón—. He invitado a Monique a celebrar tu cumpleaños aquí los tres juntos. Tiene muchas ganas de conocerte y yo de que la conozcas a ella.

Laila se quedó petrificada. No esperaba aquello. Endureció su mirada dispuesta a iniciar una dura discusión pero se detuvo. Los ojos de su padre de nuevo estaban alegres y la tristeza parecía haber desaparecido. Se mordió la lengua y apretó con fuerza el libro hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó él esperanzado, casi suplicante—. Me gustaría que te llevases bien con ella, hija. Es una persona maravillosa. Muy simpática y muy alegre. Laila, estoy seguro que te va a encantar…

—De acuerdo, de acuerdo —cortó ella la retahíla de virtudes de mal talante—. Que venga si quiere. ¿Dices que se llama Monique?

Sean Winter sonrió francamente.

—Es francesa. Así que te prohíbo cualquier comentario gracioso sobre Francia o lo más mínimo sobre cualquiera de sus costumbres.

—De acuerdo —consintió ella—. Pero por favor dile que no cocine, ¿eh? Solo me faltaban en mi cumpleaños varios platos de la *nouvelle cuisinne.*

Puso los ojos en blanco y parpadeó lánguidamente intentando imitar a Lizzel Sinclair cuando se las daba de mujer interesante. Su padre rió con fuerza.

Ambos bajaron al comedor para prepararse unos legendarios sandwiches estilo Winter con jamón, huevos, tocino y salsa de eneldo.

—De todas formas —dijo ella masticando con la boca llena—, ¿por qué me has regalado el libro antes de tiempo?

—No comas con la boca abierta —gruñó él entre bocados.

Ambos volvieron a reír. Era maravilloso estar en casa. Desde el comedor se veían los viejos fresnos y el jardín con sus parterres llenos de rosas y tréboles. Hacía mucho tiempo que Laila no se sentía tan bien e incluso comenzó a pensar que la tal Monique quizás no era mala del todo. ¡Aunque por supuesto iba detrás del dinero de su padre, la muy bruja!

—Quería darte el libro a solas —contestó su padre a la pregunta y luego siguió como una forzada confesión casi entre susurros—. Tenía algo escrito… es decir, la dedicatoria… y yo quería que guardases ese libro en secreto y que no se lo enseñases a nadie. Por eso no te lo quería dar delante de ella el día de tu cumpleaños. Ella es muy buena, pero este libro…

—¿Sí? —le animó ella con la intriga mordiéndole de nervios.

—Laila, escucha bien esto —dijo de pronto su padre muy serio—. Este libro tiene algo. Yo no sé muy bien lo que es y no me gusta decir la palabra «mágico», pero es algo que no te puedo explicar. Ocurren cosas en el libro que no son visibles ahora, pero lo han sido o lo van a ser. No sé.

—¿Qué cosas ocurren? —dijo ella alarmada.

De repente le asustaba tanta seriedad en su padre. No mentía jamás y desde luego nunca había tenido delirios ni signos de demencia o de locura. Su padre era cuerdo hasta el aburrimiento. Dejó el libro a un lado evitando tocarlo y miró el pentágono de las mortecinas piedras con inquietud creciente.

—No sé qué cosas son —negó su padre—. Sé que no son cosas malas ni peligrosas, pero son muy misteriosas, o mágicas si tú lo prefieres así. A veces están escritas y a veces no. Ocurre cuando cambian las estaciones. Te escribí una dedicatoria debajo de una frase en la segunda página. Eso fue en marzo, en el cambio de invierno a primavera, y luego lo envolví como regalo y lo guardé a salvo hasta hoy. Y ahora está completamente en blanco.

—Y esa frase… ¿qué decía?

—No lo sé —volvió a negar—. No conozco el idioma. Otras veces hay cosas escritas por la mitad del libro pero nunca logro entender nada. No es inglés, desde luego, ni francés o español, ni dialectos latinos o germánicos.

Laila sabía que su padre pasaba mucho tiempo leyendo o estudiando todo tipo de cosas. No necesitaba el dinero y no tenía que trabajar, pero siempre se mantenía activo aprendiendo cosas nuevas, y el hecho de que no reconociese un idioma era algo sorprendente.

—Pero ¿cómo empezaba la frase? —volvió ella a preguntar mientras cortaba en dos una manzana.

—«Deliphes» es la primera palabra. Todo el resto se me olvida siempre.

—¿Y las letras desaparecen seguro?

—Te lo prometo —contestó su padre—. Durante años he tenido el libro escondido entre otros libros, ¡qué mejor sitio! Pero nunca he podido resistirme a echarle un vistazo de vez en cuando. A veces no hay nada y otras veces hay páginas y páginas escritas.

—¿Y qué tenía que ver mamá con todo esto?

Su padre guardó silencio.

—No lo sé —dijo por fin.

Y Laila notó que le mentía. Lo supo con dolorosa certeza. No sobre los misterios del libro, sino sobre su madre. Y presintió que aún sabía muchas más cosas misteriosas pero también le había quedado muy claro que no se las iba a contar.

Por ahora.

2
Un paseo desagradable

Al día siguiente el cielo amaneció plomizo, y una lluvia suave y persistente evitó que Laila pudiese pasear por la finca investigando sus viejos rincones secretos durante toda la mañana. Arregló su habitación y deshizo las maletas del día anterior, pero su mirada volvía una y otra vez al extraño libro. Al final se decidió a abrirlo, pero se desilusionó al comprobar que todas las páginas seguían igual de blancas que la noche anterior.

Un delicioso aroma a bacón frito le llegó desde la cocina, y enseguida bajó a desayunar. Su padre, ataviado con un delantal, estaba preparando el desayuno como si fuera un gran chef.

—Buenos días, princesa —le saludó.

E inmediatamente le sirvió el bacón con huevos fritos, zumo de naranja y tortitas de miel.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien —dijo Laila—. Al principio extrañé la cama pero me dormí enseguida. De todas formas, la espalda me duele un poco de nuevo.

Cogió una revista y se puso a leer los cotilleos de la realeza británica. No se dio cuenta de que su padre se había quedado paralizado al oír sus palabras. Mientras ella leía, se sirvió su plato y luego desayunó sin decir ni una palabra. Al rato Laila notó su mutismo y levantó la mirada de la revista.

—¡Qué silencio! —comentó como por casualidad.

Su padre ensayó una sonrisa forzada.

—¿Te duele la espalda muchas veces? —preguntó con ansiedad.

—Sí —respondió ella sin importancia—. Cuando cambia el tiempo o hago gimnasia… Pero bueno, estoy acostumbrada.

Luego, con un gracioso gesto se colocó un verdoso mechón de pelo que colgaba sobre sus ojos.

—¿Has mirado el libro? —preguntó su padre de repente.

—Sí, pero no había nada —respondió dudosa—. ¿Pasa algo, papá?

—Mira, hija —dijo él con preocupante seriedad—, hay cosas que quisiera contarte. Cosas que quizás te las tenía que haber contado hace mucho tiempo, y me arrepiento por ello. Quizás todo habría sido más fácil para ti en el colegio, y en tu vida en general.

—Papá, me estás asustando —dijo ella dejando la revista a un lado.

La habitación pareció de repente más sombría. Desde la ventana se podía ver caer la lluvia cada vez más fuerte y el viento comenzó a soplar con una intensidad tormentosa.

Su padre se levantó y empezó a recoger los restos del desayuno. Dejaba claro que no quería hablar del tema o que estaba muy nervioso. Amontonó los platos en el fregadero y cerró la ventana mirando hacia fuera con precaución. Luego se volvió hacia su hija con cara de haber tomado una determinación.

—Laila, te prometo que te lo contaré todo cuando pase tu cumpleaños.

—¿Por qué, papá? —gritó ella levantándose de la silla. Sin darse cuenta agarró la revista y la abrió violentamente sin querer, volcando el vaso de zumo de naranja. Aquello la enfureció aún más.

—¡Estoy harta de secretos! —siguió gritando—. ¡Es algo que tiene que ver con mi pelo, o con mi espalda! Estoy cansada de que se rían de mí en clase… ¡Harta! Y ahora resulta que tú lo sabes todo y no me lo dices…

—Tranquila, princesa —dijo él apabullado, acercándose para intentar consolarla —. No es nada malo, te lo aseguro.

Pero Laila echaba chispas y no quería ser consolada. Su padre la abrazó pero ella permaneció quieta y fría sin devolverle el abrazo. Sean Winter suspiró disgustado.

—Te lo prometo, nenita, te lo diré todo cuando volvamos a estar solos. Si ahora te empezase a contar cosas sobre tu madre quizás te enfadarías, y yo quiero que Monique te encuentre tan encantadora como siempre, que no estés rara o pensativa todo el tiempo…

—¡Así que es eso! —gritó ella más enfadada—. ¡Por lo visto ella es la única que te importa! Ahora resulta que lo que pasa es que quieres que esa Monique esté a gusto con nosotros. Monique por aquí, Monique por allá…

—Por favor, Laila, confía en mí —suplicó su padre, pero ella estaba fuera de sus casillas.

—¡No quiero confiar en ti! ¡No quiero que venga esa mujer! La odio. Y a ti también.

Y subió corriendo las escaleras hacia su habitación cerrando la puerta con un fuerte golpe.

Su padre palideció y se sentó cansinamente en una de las sillas de la cocina, mirando hacia un punto lejano en el bosque, más allá de la lluvia.

Laila se tiró sobre su cama boca arriba, mirando las vigas de madera del techo mientras dejaba fluir toda su rabia. No lloraba, porque le parecía ridículo hacerlo. Lo que sentía era un odio intenso que la carcomía por dentro. Al rato se dio cuenta de que también estaba molesta consigo misma. Ella tenía razón, por supuesto, pero tampoco era como para haber formado el típico numerito de niña caprichosa y malcriada de las series de televisión, que se escapa a su cuarto sintiéndose completamente incomprendida. ¿O sí lo era? Laila tenía en la cabeza un torbellino de sentimientos encontrados que la hacían sentir mucho peor. Por un lado, esa Monique asquerosa que detestaba, y por otro su padre, mintiéndole y guardándole secretos

durante años. ¡Y encima no se los decía! ¿Acaso su padre creía que todavía era una niña pequeña incapaz de entender cualquier respuesta? ¡Y qué podía saber él de su vida en Lomondcastle! Nunca había ido a visitarla ni conocía sus problemas, ni le importaban. Laila cogió el libro de las piedras de la mesilla queriendo estrellarlo contra la pared, y entonces comprendió que, efectivamente, se estaba comportando de una manera muy infantil. Volvió a dejarlo donde estaba y permaneció pensativa hasta que el sueño la venció.

Cuando sonó en el recibidor el timbre del teléfono, Laila se despertó confusa, sin saber dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. Miró alrededor reconociendo su habitación.

Abajo, su padre contestaba la llamada y parecía muy contento.

«Será esa estúpida», pensó enfurecida de nuevo mientras abría la ventana. La lluvia había cesado dejando ver un cielo limpio y azul.

—¡Laila! —la llamó su padre—. ¡Laila, baja!

Ella abrió la puerta despacio y no contestó. Quería seguir con la pantomima del enfado, aunque se sentía ya más calmada, con ganas de reconciliarse con su padre. A pesar de todo, también quería hacerle sufrir un poco. No iba a bajar ahora corriendo porque él la llamase.

—¡Laila! —gritaba su padre con impaciencia.

Cuando se decidió por fin, llegó al salón donde su padre aguardaba junto al teléfono, pero lo acababa de colgar. Ella le miró con duro gesto.

—Deja de mirarme así, Laila. No he cometido ningún crimen. ¿Por qué has tardado tanto? —y sin esperar su respuesta siguió—. ¿Sabes quién acaba de llegar a Cavan?

Ella puso los ojos en blanco temiendo lo peor.

—¡Sir Richard! —soltó él de un tirón con gran alegría.

Laila se quedó boquiabierta.

—¿Sir Richard Brown? —preguntó ella mientras notaba que la felicidad le subía por el estómago.

—Sí señorita —afirmó su padre con una sonrisa—. Me ha preguntado por ti. Quería hablar contigo pero has tardado mucho, hija. Él tenía algunas cosas que hacer y no podía quedarse esperándote.

—¡Oh, cuánto lo siento! —dijo ella desanimada mientras se mordía los labios. Luego pareció tener una idea y le brillaron los ojos—. ¡Vamos a Cavan a verle, papá! Llévame, por favor. Le daremos una sorpresa.

—Vaya, vaya. La señorita ya no está enfadada, ¿eh? —dijo su padre con sorna—. ¿No me odiabas hace un rato hasta la muerte?

Laila tragó saliva mientras se alisaba el cabello. Realmente ya no estaba enfadada y la escena de la cocina quedaba un millón de años atrás. Tampoco sentía que hubiese

odiado mucho a su padre. Bueno, un poco. Pero solo un ratito.

—Ven aquí —dijo su padre estrechándola entre los brazos, y esta vez ella sí le devolvió el abrazo—. No creas que no sé lo mal que lo pasas.

La tomó por los hombros mirándola fijamente.

—Te prometo firmemente que cuando volvamos a estar solos, tú y yo, te lo contaré todo. Pero ahora quisiera que no dijeras nada de esto a nadie. ¿De acuerdo?

Ella leyó la firmeza de su promesa en sus ojos y aceptó, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Y cuando me lo cuentes, si no me gusta —dijo ella con maldad—, ¿podré quedarme aquí y no volver nunca más a Lomondcastle?

Su padre se echó a reír.

—Oh, cuánto lo siento, querida —negó él—, pero es que estoy seguro de que a la larga nuestro pequeño secreto te va a gustar, y vas a estar deseando volver al colegio para encontrarte con tus «viejas amigas».

La misteriosa respuesta dejó confundida a Laila durante unos segundos, pero inmediatamente volvió a su deseo principal.

—Entonces, ¿nos vamos a Cavan?

—No, princesa —dijo él—. Sir Richard está muy cansado del viaje. Se ha hospedado en el hotel Cabra Castle en Kingscourt, como siempre, y querrá descansar después de deshacer las maletas. De todas formas…

—¡Qué!

—Le he invitado a tomar el té esta tarde.

—¡Oh, papá! —gritó ella golpeándole un brazo cariñosamente—. Te lo has guardado hasta el final.

Su padre se rió como un niño travieso.

—Esta tarde iré a recogerle al hotel. Tú te quedarás aquí esperándole como una educada damisela de colegio de pago, teniendo el té preparado, con todos los pasteles que se te ocurran para sorprender a sir Richard.

—Sí, sí —dijo con impaciencia, y se puso a dar vueltas por la sala a grandes pasos—. Ahora mismo me pondré a hacer trufas con coñac; es una receta que me dio la cocinera del colegio, que me quiere mucho, y también haré tartitas de almendra.

Y acto seguido se metió en la cocina el resto de la mañana. Cuando llegó la hora de almorzar, no solo había cocinado las trufas y las tartitas, sino que también había hecho buñuelos de crema, pastas de canela y canapés de chocolate y menta.

—¡Qué exagerada! —exclamó su padre al ver los pasteles—. Seguro que quieres matar al pobre sir Richard de una indigestión. Encima has vaciado la despensa —bromeó—. Mañana tendremos que ir a comprar más cosas para tu cumpleaños, si es que no nos estalla la barriga esta tarde…

Una servilleta cruzó la habitación estampándose contra su cara.

Después de recoger las sobras, Laila ordenó el comedor y su padre se marchó al hotel Cabra Castle para recoger a sir Richard. La lluvia había cesado definitivamente y la muchacha decidió por fin pasear por los jardines y el bosquecillo cercano. Su padre y sir Richard aún tardarían casi una hora en regresar, y si preparaba ahora el té, sin duda lo tomarían frío.

Salió de la casa y paseó sobre la hierba mojada hasta la parte posterior. Luego se fue alejando hacia el bosque de helechos y acebos que crecían junto al muro construido por su padre y lo ocultaban por completo, simulando una pared natural de salvaje vegetación. Al rato de su agradable paseo, se quitó los zapatos y sintió la fresca aspereza de las hierbas del césped que ya se confundían con bajos matorrales de tréboles y otras plantas salvajes.

Se tumbó mirando pasar las nubes entre las más altas ramas de los helechos y al momento se encontró pensando en sir Richard tal y como lo recordaba.

Ahora tendría unos sesenta y seis o sesenta y siete años, y era el abuelo que cualquier niña hubiese deseado tener. Tenía el cabello blanco como la nieve y unos ojos azules, profundos como los de un halcón. Su padre y ella lo habían conocido muchos años atrás, cuando Sean Winter y sir Richard participaban en un campeonato de caza en los bosques del norte del condado, muy cerca de la frontera con Irlanda del Norte. Laila recordaba la impresión de sir Richard cuando vio de cerca el color de su pelo, y en vez de poner cara de extrañeza o decir algún comentario desagradable, el caballero le regaló flores de las que había estado recogiendo durante la cacería. Al parecer, la caza en sí no le interesaba mucho, pero haciendo como si no tuviese importancia, sir Richard había ganado la máxima puntuación en aquellas jornadas y recibió su trofeo como si fuese uno más entre miles.

Laila se enamoró platónicamente de él en aquel momento. Sir Richard fue desde entonces la cara que imaginaba cuando leía cualquier libro de reyes y princesas, o el caballero rico y magnánimo de las novelas inglesas de niños huérfanos.

Su padre y él hicieron amistad inmediatamente y durante años el caballero, ahora ya un anciano, visitaba Cavan todos los veranos sólo para estar con ellos. Siempre le traía a ella montones de regalos de los sitios en los que había estado durante el invierno, pues sir Richard había sido cónsul de Inglaterra en varios países, y aunque estaba ya retirado, no había abandonado su sueño de conocer el mundo entero, o de agujerearlo, ya que su otra gran pasión era la arqueología.

Se había quedado viudo muy joven, y sus dos hijos, una mujer y un hombre, vivían en América y Laila jamás los había visto. Pero tampoco preguntaba por ellos. Cuando sir Richard llegaba, Laila quería tenerlo entero para ella sola, como el abuelo perfecto que había vivido cientos de aventuras y misterios, y la idea de una mujer y dos hijos no encajaba en su esquema de solitario aventurero cazando leones en

África, visitando pirámides aztecas o conquistando princesas en altas torres de palacios en la India.

Casi se estaba quedando dormida de nuevo cuando el crujido de una rama a sus espaldas la sacó repentinamente de su sopor. Se levantó de un salto mirando hacia atrás con recelo, hacia el tupido bosquecillo, lleno de helechos y espinos. Las espesas ramas le impedían ver nada más que sombras y, por primera vez, Laila se dio cuenta de lo lejos que estaba de la casa. Siguió mirando hacia los árboles, pero el verde era casi impenetrable.

Sintió cómo el miedo iba creciendo pesadamente en su estómago, de una forma irracional, dando un paso hacia atrás. Su corazón palpitaba desbocado mientras su cerebro le decía una y otra vez que no había nada que temer, que solo había sido la rama de un árbol por el viento. Pero se le había puesto la carne de gallina, como si un sexto sentido le avisase de un terrible peligro. El susurro de las hojas caídas y otro crujido más cercano, lleno de malignidad, le hicieron sentir la necesidad de echar a correr hacia su casa, solo que parecía que las piernas se le hubiesen vuelto de goma, negándose a obedecerla.

La horrible sensación de ser observada era muy fuerte y Laila se dio cuenta, como en una lenta pesadilla, de que el bosque permanecía completamente quieto y silencioso. No se escuchaban ahora los sonidos de los pájaros ni el canto de las cigarras que la habían acompañado unos minutos atrás. Los árboles eran traicioneros y oscuros enemigos que la observaban expectantes, mientras el tiempo se detenía y el mundo quedaba congelado en unos terribles segundos.

Con los ojos desencajados por el miedo, Laila dio otro paso hacia atrás, y en ese momento, de la espesura, surgió la negra figura de un hombre encapuchado.

Laila sintió de pronto que había empezado a sudar. Siendo incapaz de moverse, su corazón latía a punto de estallar mientras veía que el hombre se acercaba despacio, sin ningún temor. La miraba con unos ojos codiciosos, llenos de maldad, observándola detenidamente, meditando unas oscuras posibilidades. Levantó un brazo enfundado en negro para tocarla.

Laila chilló de terror, pero el hombre, que permanecía mirándola tranquilamente tras el pasamontañas, bajó el brazo como si se lo hubiese pensado mejor, y se llevó la enguantada mano al cinto, donde tenía una bolsita de cuero. La abrió lentamente y sacó algo que arrojó a la cara de Laila. Ella cerró los ojos instintivamente mientras una lluvia de arena blanca caía sobre su rostro y sus cabellos. El impacto de los miles de granos tuvo la virtud de sacarla de su horrible inmovilidad, y con un nuevo grito histérico echó a correr hacia la casa con toda la velocidad que le daban sus piernas y el corazón latiéndole a cien por hora.

El misterioso hombre se quedó un momento paralizado por la sorpresa, como si no hubiese esperado la reacción de huida, y gracias a ello Laila tomó ventaja

suficiente. Enseguida comenzó a perseguirla por instinto, pero desde lejos vio aparecer dos figuras que salían corriendo de la casa. Al parecer, el padre de la muchacha y otro hombre habían llegado antes de lo que él esperaba y se acercaban a Laila, que corría y gritaba señalando hacia donde él estaba. Vio cómo se reunían las tres figuras y de un salto se internó en el bosque, perdiéndose en la espesura sin que pudiesen ya encontrarlo.

Laila aún temblaba cuando cogió su taza de té, pero la agitación de sus manos era tan violenta que tuvo que soltarla de nuevo sobre el plato. Había estado llorando sin parar mientras su padre y sir Richard trataban de consolarla como podían.

Después de abrazarse a su padre, llorando tras la desenfrenada carrera, habían entrado en la casa y sir Richard había cogido una escopeta internándose en el bosque sin resultado. Regresó furioso, maldiciendo en varios idiomas, pero luego abrazó también a la chica, tan dulcemente como su padre. Sean Winter llamó a la policía y, mientras daba todas las explicaciones por el teléfono, Laila y sir Richard permanecieron en completo silencio, cada uno absorto en pensamientos distintos.

Después de un rato, el anciano caballero comenzó a contarle las aventuras que le habían sucedido durante el invierno, cuando había estado viajando por Egipto y por España, y al final del té Laila reía y aplaudía al escuchar cómo una condesa española le había ayudado a escapar por la ventana de su casa mientras llegaba su marido. Ella le había arrojado a través de esa misma ventana su abanico de madera de palosanto con incrustaciones de nácar y marfil, para que él siempre la recordara. Y ahora ese abanico era uno de los regalos que sir Richard tenía guardado para ella. Por supuesto era mentira que el abanico hubiese pertenecido a ninguna condesa, y Laila lo sabía, ya que además, en el papel de regalo ponía claramente «Calle Sierpes — Sevilla», pero sin duda el grandioso aventurero había tenido romances como ese por todo el mundo.

—¿Estás ya mejor? —le preguntó el caballero recostándose en el sillón, al ver que el color volvía al rostro de la muchacha.

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. Gracias, sir Richard.

—Te he dicho mil veces que no me llames sir Richard, pequeña mocosa malcriada —gruñó él mientras apuraba su coñac.

Laila le iba a contestar otra barbaridad cuando entró su padre. La policía llegaría enseguida y rastrearían la zona antes de que cayese la noche.

—Ese hombre está ya lejos de aquí —contestó sir Richard en respuesta a la supuesta acción policial, negando con la cabeza. Suspiró al tiempo que echaba una apreciativa mirada a la escopeta—. No creo que vuelva.

—Espero que tenga razón, sir Richard —dijo Sean Winter—. Laila se ha llevado un susto muy desagradable hoy.

—Ella es fuerte —dijo el anciano guiñándole un ojo a la chica—. Y además, aquí

va a estar su viejo tío Richi, que se va a quedar con ella esta noche y todas las que hagan falta…

—¿De verdad? —exclamó ella saltando de alegría lanzándose en sus brazos—. ¡Oh, sir Richard!, quiero decir, tío Richi, así estarás mañana con nosotros en mi cumpleaños.

—¡Es cierto, jovencita! —dijo el anciano dándose un teatral golpe en la frente con la mano—. Y tengo un regalo muy, pero que muy especial que he traído de Egipto. Vaya, hombre. Lo he dejado en el hotel.

—No importa —decía Laila dando ya grandes pasos por todo el salón, mareándolos a todos—. Mañana nos vamos a Cavan a comprar cosas para la cena y así te llevamos al hotel y recoges el regalo…

De repente se calló y enrojeció al darse cuenta de la impertinencia que acababa de decir, pero su padre y sir Richard reían abiertamente.

—Gracias, sir Richard —dijo su padre—. No podría contar con alguien mejor en estos momentos. Me siento muy violento al pensar que va a abandonar usted su hotel, sin ninguna pertenencia…

—Bobadas, Sean —cortó el anciano haciendo un gesto con la mano—. Sabes que me encanta estar aquí. Vosotros sois como mi familia.

Una nube ligera pasó por sus ojos y enseguida se desvaneció.

Instantes después llegó la policía y tras unas preguntas rutinarias que el padre de Laila contestó, unos cuantos hombres armados se marcharon a inspeccionar los alrededores.

Cayó la noche y Laila improvisó una suculenta cena con budín de carne y jamón, y como postre, los pasteles que ella había preparado y que no habían probado durante el té.

—Eres una experta cocinera —la felicitó sir Richard satisfecho.

E inmediatamente pasó a relatar otra fantástica aventura de un cocinero japonés que había preparado *fugu* venenoso en una de las fiestas de su consulado.

La historia fue interrumpida por los policías, que llegaron para decir que no había de qué preocuparse. Eso sí, habían descubierto que parte del muro posterior de la finca se había derrumbado por las lluvias, posiblemente años atrás, y era sin duda el sitio por el que el agresor había entrado y había vuelto a huir. No había ni rastro del hombre, pero dos policías patrullarían la zona durante la noche.

Sean Winter les dio las gracias y les invitó a pasar para cenar algo, pero los policías rehusaron y se marcharon. Luego volvió a reunirse con su hija y con sir Richard, que esperaban impacientes las novedades.

Tras la agradable cena, sir Richard volvió a contar viejas y nuevas historias que adornaba exageradamente. Laila le escuchaba embobada, sin poder apartar los ojos de él. Y es que era muy difícil resistirse al antiguo caballero.

Había visitado medio mundo y conocía todas las leyendas de civilizaciones perdidas, y su charla amena, llena de sorpresas y golpes de efecto, hacían de él un compañero irresistible.

Laila lo adoraba, pero ni por ello pudo evitar abrir la boca en un gran bostezo. Enseguida se disculpó, pero fue suficiente para que su padre la mandase inmediatamente a la cama. Ella apenas protestó. Al fin y al cabo, estaba rendida por las emociones del día. Dio las buenas noches y se dirigió hacia su habitación.

Sir Richard y su padre comenzaron a hablar entre susurros, pero cuando Laila llegaba ya al final de la escalera, pudo oír perfectamente al caballero decirle a su padre:

—Le arrojó sal a la cara, Sean. Y tú ya sabes lo que eso significa.

La respuesta de su padre fue inaudible.

3
El cumpleaños de Laila

El día de su cumpleaños Laila se despertó muy temprano. Había dormido sin pesadillas, pero al momento recordó al hombre de negro del bosque y cómo se había sentido posteriormente segura y a salvo con su padre y con sir Richard. Luego habían pasado la tarde intentando animarla y casi lo habían conseguido. Sin embargo, la sombra del miedo seguía allí.

Se levantó y abrió las ventanas de par en par dejando pasar la luz de una mañana radiante. Sus ojos se desviaron hacia los jardines y observaron con temor los árboles lejanos. No había signos de nada anormal. Y aunque los hubiese, ella no se habría dado cuenta.

Decidió ir a desayunar, y después de asearse cogió el misterioso libro de las piedras para enseñárselo a sir Richard. Le interesaba mucho lo que él dijese, porque sabía tantas cosas misteriosas que sin duda lograría descubrir el origen del libro de inmediato. Pasó las páginas en blanco con rapidez, y ya iba a cerrarlo cuando de repente se detuvo con un estremecimiento que le recorría los dedos. Volvió a pasar las hojas lentamente, de una en una, buscando…

Había visto algo antes, una sombra entre las páginas, y allí estaba. Casi en medio del libro, como si fuese el inicio de un capítulo independiente, había una sola palabra escrita en la mitad de una página:

Solarïe

Laila la miró detenidamente, grabándola en su mente, observando sus filigranas curvas y el color de cada letra. Parecía escrita con tinta de luz y resplandecía intensamente. Fue pronunciándola muy despacio, en un susurro, mientras pasaba las yemas de los dedos por los bordes, sintiendo un cosquilleo. Y de repente el dolor de la espalda se hizo insoportable. Más terrible que nunca. Como si algo tirase de sus huesos hacia fuera, intentando arrancarle la piel, intentando estallar y… y… ¡crecer! Esa era la palabra.

Laila cayó al suelo, doblándose de dolor, con el libro palpitando, abierto a su lado. Con lágrimas en los ojos, pudo mover los dedos agarrotados poco a poco en su dirección hasta que lo cerró de un manotazo. El horrible dolor cesó al instante, tal y como había aparecido y Laila creyó haberlo soñado. Se tocó inmediatamente la espalda y la nuca esperando advertir algo grotesco e informe que le hubiese crecido de los omóplatos, pero no había nada, ni siquiera una zona más dolorida que otra.

Se levantó y contempló el libro con respetuoso terror. Miró cada una de las cinco piedras desde la altura y luego de un puntapié lo mandó debajo de la cama. Decidió que no se lo enseñaría a sir Richard, porque por nada del mundo volvería a tocarlo.

Además, por un misterioso motivo, ahora no quería que nadie lo viese, y la promesa hacia su padre de no mencionar el tema del libro le pareció completamente coherente.

Bajó a desayunar todavía con la cara pálida por el recuerdo. Su padre estaba allí, leyendo el periódico que cada mañana le dejaba un repartidor en la verja de la finca. Sir Richard al parecer aún dormía y ella sintió la necesidad de confiarse a su padre.

Le dio los buenos días e inmediatamente le contó que había una palabra escrita en el libro. Su padre dejó el periódico a un lado y le hizo un gesto para que hablase más bajo. Luego se levantó y cerró la puerta de la cocina.

—Cuéntamelo todo —le pidió nervioso, mientras le servía zumo de melocotón y tostadas.

Y Laila le describió lo que había pasado con pelos y señales: el dolor que había sentido al rozar la palabra «Solarïe», que estaba escrita con tinta de luz y cómo había cedido el dolor cuando cerró el libro de golpe.

—Si quieres —dijo ella temerosa—, solo por ti, iré a buscar el libro y te lo enseñaré.

—¡No! —dijo él alarmado.

Laila, que ya se había levantado, se detuvo intrigada.

—No —repitió su padre conservando la calma—. Cuando estemos a solas, Laila. Sir Richard es como un padre para mí, pero cuando tu madre me dio este libro dijo claramente que solo tú y yo podíamos saber de su existencia.

Laila volvió a sentarse en la mesa mientras su mirada se volvía más oscura. Notaba el enfado crecer en su interior. Quizás también lo sintió su padre, que rápidamente cambió de tema.

—Mi princesa cumple hoy dieciséis años —exclamó—. Ya eres toda una señorita, y creo que a esa cara tan bonita le sentaría de maravilla esto…

Y sacó de un cajón de la alacena una caja plana envuelta con mucho cuidado.

—Feliz cumpleaños —dijo dándole el regalo. Laila le miró a los ojos mientras tomaba el paquete. Esta vez no era un libro, sin ninguna duda. Se trataba de una caja de piel azul de una conocida joyería londinense. Volvió a mirar a su padre con una sonrisa incrédula al tiempo que la abría.

Sobre el negro terciopelo resplandecía un collar de esmeraldas engarzadas en una fina cadena de oro, dando una doble vuelta. Laila abrió los ojos desmesuradamente mientras las contaba. Dieciséis esmeraldas, de un verde tan intenso como sus cabellos, formaban el atrevido collar.

—¡Oh, papá! —gritó llena de emoción—. Es maravilloso. Jamás imaginé que hubiese algo tan bonito.

Le abrazó dándole varios besos seguidos y luego le indicó que le ayudase a abrochárselo. En ese momento entró sir Richard por la puerta, dando los buenos días. Inmediatamente fijó su mirada experta en las piedras y lanzó un agudo silbido de

admiración.

—¡Maravilloso regalo! —exclamó con envidia—. No sé si el mío podrá competir con algo tan fantástico. ¿Me permites verlo, querida?

Laila se quitó el collar y se lo alargó. Sir Richard lo examinó con atención durante varios minutos y luego se lo entregó a la muchacha. Los ojos le brillaban.

—Fascinante —dijo—. Las piedras son de una pureza asombrosa y no encuentro ninguna inclusión que delate su origen. ¿Colombianas, tal vez?

—Acierta usted, como siempre —dijo Sean Winter con una sonrisa, y el anciano se sintió complacido.

—Una vez —dijo mientras se sentaba a la mesa y comenzaba a servirse una taza de té—, conocí a una dama que tenía los ojos del mismo color…

Laila se rió dispuesta a escuchar la nueva historia, pero de repente tuvo ganas de meter algo de cizaña.

—Una dama viene esta tarde a mi cumpleaños —dijo malévolamente.

Sir Richard puso cara de sorpresa.

—¡Laila! —la reprendió su padre—. ¡Y usted, sir Richard, no intente echar más leña al fuego! —y se volvió hacia su hija—. Anoche estuve hablando con sir Richard acerca de Monique, y desde luego le parece que es una de las cosas más sensatas que me han podido ocurrir.

Laila miró al anciano caballero. Sus ojos le gritaban «traidor, traidor». El le guiñó un ojo con complicidad.

—Bueno —puntualizó sir Richard—, primero tendré que conocer a la joven doncella para poder juzgarla…

Y de repente, Laila se imaginó al caballero coqueteando con la francesa y sintió una punzada de celos.

—Pero por supuesto —continuó él a la vez que cogía el periódico—, jamás te sustituirá nadie en mi corazón, princesa.

Ella sonrió mientras se le subía un rojo encendido a la cara.

—¿Has leído ya el diario, Sean? —le preguntó sir Richard al padre de Laila sin darse cuenta de la turbación de la muchacha.

—Sí —repuso su interlocutor—. Lo más destacado es el intento de robo que ha habido esta noche en Londres —Laila se sobresaltó—. Al parecer los ladrones consiguieron llegar a las joyas de la corona y forzaron el cristal. Tal vez se lo pensaron mejor en el último momento, cuando ya lo tenían todo a su alcance. La prensa dice que no se han llevado nada, pero no saben cómo desaparecieron los ladrones de allí.

Laila permaneció pensativa mientras recordaba el otro intento de robo que había tenido lugar en Edimburgo pocos días atrás.

Durante toda la mañana estuvieron en la ciudad, visitando varias tiendas donde compraron todo tipo de alimentos, frutas y pasteles, así como objetos de aseo para sir Richard por si decidía quedarse en Winter Manor alguna noche más. El padre de Laila compró también bombones y flores y un delicioso perfume que envolvió como regalo.

Luego fueron al hotel y recorrieron los lujosos salones y jardines mientras sir Richard se aseaba y se cambiaba de ropa. Al final, el caballero apareció portando una pequeña maleta de viaje, dejando claras sus intenciones de permanecer junto a ellos algunos días más.

En sus manos traía un pergamino amarillento atado con una cinta.

—¡Para mi princesa! —exclamó dándole a Laila su regalo.

Ella lo desenrolló con cuidado. Notaba que el papiro era muy antiguo y valioso. Casi se deshacía bajo el tacto de sus dedos. Por nada del mundo quería dañarlo y provocar el disgusto de sir Richard.

Lo observó con atención, pero los dibujos estaban muy estropeados. Varias figuras egipcias dirigían su mirada hacia un trono donde otra figura, sin duda una reina del antiguo Egipto, sostenía un objeto redondo en sus manos y miraba hacia lo alto, hacia dos seres alados que parecían volar.

El pergamino había perdido gran parte de la escena y la mayoría de los colores, especialmente los rojos y los azules, que aparecían dañados o quemados. La cara de la supuesta reina era borrosa y las figuras voladoras apenas eran visibles, pero en conjunto, el pergamino era fascinante.

Abrazó a sir Richard agradeciéndoselo profundamente. Ella sabía cuánto adoraba el anciano las reliquias antiguas, y el hecho de desprenderse de una de ellas significaba un gran sacrificio. Luego se lo enseñó a su padre, entusiasmada, pero Sean Winter miraba el reloj con preocupación y solo le echó un rápido vistazo. El padre de Laila sabía que cuando llegasen a Winter Manor él tendría que marcharse a Dublín para recoger a Monique en el aeropuerto.

Regresaron a la mansión y después del almuerzo su padre se marchó, y Laila y sir Richard pasaron la tarde en la cocina preparando platos suculentos.

—¿Te ha gustado mi regalo? —preguntó el anciano caballero por enésima vez mientras se llenaba las manos de harina.

—Es absolutamente increíble —contestó ella—. ¿Cómo lo conseguiste, tío Richi?

—Bueno, tengo algunos contactos —reveló él, socarrón—. Al parecer es muy antiguo. Más antiguo que las pirámides y los faraones. Según me contaron, data de hace por lo menos cincuenta mil años. ¿No te parece insólito? No hay estudios ni excavaciones que confirmen que en ese tiempo el hombre supiese manejar la fabricación de papiros o crear colores, ni desde luego, vivir en una sociedad con reyes o reinas. Aunque claro, en algunas cuevas prehistóricas hay dibujos extraños de

animales y cazadores, como parte de rituales a los dioses para conseguir sus favores durante la temporada de caza, pero no tan antiguos como este pergamino.

Laila le escuchaba fascinada, absorta por sus grandes conocimientos, y él se explayaba al tener un auditorio tan fiel.

—He investigado un poco el tema —seguía hablando—, y al parecer existió una fabulosa civilización en el desierto del Sahara, que fue castigada por los dioses y se hundió en las dunas de arena para siempre. Una terrible tormenta los azotó durante meses y los sumergió bajo metros de arena para que nadie pudiese encontrar ni las ruinas. Todavía no se han realizado excavaciones porque no se sabe en qué lugar del Sahara podría estar, y costaría mucho tiempo y dinero, y porque además, como pasa con la Atlántida, todo podría ser simplemente un cuento para niños. Eso sí, como ocurre con todas las leyendas, la ciudad estaría construida con una tecnología muy superior a la nuestra, hoy inimaginable, y encerraría increíbles tesoros perdidos para siempre.

Laila había dejado de cocinar hacía rato, y entonces se limpió las manos y fue en busca del pergamino. Ardía en deseos de enseñarle también el libro de las piedras, pero después de recordar el lacerante dolor, decidió que debajo de la cama podría seguir unos cuantos años más. Al momento regresó a la cocina y ambos se pusieron a inspeccionarlo.

—Esta figura —explicó sir Richard medio en broma señalando a la reina— parece ser la gran jefa del cotarro. Tiene algo en sus manos. Quizás un teléfono portátil o algo para comunicarse con estos seres que vuelan, que sin duda deben ser los dioses que luego les van a castigar por hacer llamadas a larga distancia…

Laila se rió con sus frívolas palabras, sin dejar de mirar a la reina. En aquel momento decidió que estudiaría para ser historiadora y arqueóloga.

—Por otra parte —siguió sir Richard con un brillo en su mirada—, en otros manuscritos que encontré en Birmania y que también hablaban de esta legendaria civilización a la que llaman Hiña, estos seres voladores podrían ser algo así como ángeles…

—¿Ángeles? —preguntó Laila confundida.

—Ángeles, espíritus elementales, hadas en definitiva.

—¿Hadas? —repitió ella incrédula, sintiendo que la magnífica historia se caía en pedazos.

—Pues sí —afirmó el caballero—. La creencia en estas hadas viene de muy antiguo, quizás representadas como ángeles, primero en la religión judía y luego en la cristiana, y se las siguió adorando por druidas celtas ya en tiempos más cercanos. Aquí en Gran Bretaña es donde mayor número de creyentes en hadas ha habido siempre…

—¿Tú crees en hadas? —le cortó poniendo un gesto ridículo.

—¡Por supuesto que no! —rió él—. Pero es muy curioso que algo así esté detallado en varios sitios distintos en el tiempo y en el espacio, ¿no te parece, querida?

—Pues sí, pero bueno —respondió ella—, las únicas hadas que conozco son viejas regordetas con una varita mágica en la *Cenicienta* o en la *Bella Durmiente*, y son simples cuentos infantiles que dejé de leer hace años.

—Desde luego —afirmó sir Richard—. Y con ese collar de esmeraldas que llevas, no te pega nada leer la *Cenicienta*.

Laila le arrojó un puñado de harina a la cara, envolviéndolo en una nube blanca tras la que solo se veían sus ojos azules. Segundos después, la cocina era un campo de batalla lleno de masas de pastel, harina y huevos rotos.

—¡Oh, vaya! —exclamó sir Richard riendo mientras esquivaba un proyectil con forma de fresa—. Mira cómo está todo, y ni siquiera hemos hecho la mitad de los preparativos que tu padre quería tener listos…

—¡Que se fastidie! —dijo ella con cierto rencor, pero se detuvo mirando a su alrededor asustada por el estropicio.

Habían malgastado montones de alimentos, y de inmediato se pusieron a recogerlo todo. Sir Richard se reía bajito y de vez en cuando le tiraba a la muchacha migajas sueltas de pastel. Al final pudieron ordenar toda la cocina y dejar varios pasteles horneándose, antes de salir a la piscina de la mansión para relajarse un rato hasta que llegase el padre de Laila con la misteriosa invitada.

Por fin sonó el claxon del coche y ambos salieron chorreando de la piscina, secándose rápidamente con toallas y albornoces. Sir Richard subió a su habitación a toda prisa, pero ella se quedó para abrir la puerta, sintiendo que la primera impresión que iba a dar era desastrosa.

Y al llegar a la entrada, con el verde cabello pegado a la cara y el agua chorreando a sus pies, la primera visión que Laila tuvo de la desconocida Monique fue completamente horrible.

Mientras su padre terminaba de apilar interminables maletas, ella se encontró cara a cara con una mujer rubia, bellísima, con un cabello muy cuidado y cada mechón perfectamente colocado en su sitio.

La miró asombrada por el lujo y el *glamour* que desprendía la extranjera, mientras balbuceaba unas palabras de bienvenida. Monique sonreía de manera encantadora, con unos labios rojos perfectos y unos dientes blanquísimos de cirugía estética dental. Laila se sintió más fea y patosa que nunca porque aquella era la Milady de su pesadilla, aunque le faltaba el lunar en el pómulo.

—Tú eres Laila, ¿verdad? —dijo con un suave acento francés—. Encantada de conocerte.

Monique le dio dos besos en las mejillas y avanzó hacia el recibidor sin dejar de

sonreír.

Laila la siguió con la mirada, aún embobada, mientras la francesa pisaba con mucho cuidado, esquivando los charcos de agua que la muchacha había dejado. Su padre entró detrás, cargado de maletas, y le hizo un gesto para que le ayudase con el resto del equipaje.

Cuando hubieron trasladado todo al interior, Laila se dio cuenta de que Monique se manejaba perfectamente dentro de la casa y la aborreció aún más si eso era posible.

Al momento bajó sir Richard, vestido con sus mejores galas, y se dirigió a la francesa como un perfecto lord inglés, besándole la mano y haciéndole mil galanterías.

—Sir Richard Armand Brown, a sus pies señorita Soirett —que era el apellido de Monique, y sin parar de hablar la condujo al salón principal para que tomase asiento.

Se comportaba como el mejor anfitrión del mundo y por un instante, Laila y su padre se quedaron solos en el recibidor.

—Será mejor que me cambie —dijo ella desanimada, ensayando una sonrisa.

—Sí —dijo su padre, de repente perdido en medio de las maletas—. Todo va a ir bien, Laila. Te lo prometo.

La muchacha subió las escaleras y cuando llegó a su habitación decidió darse una larga ducha mientras pensaba cómo iba a comportarse. Para su sorpresa se encontró buscando sus mejores vestidos a la vez que se esmeraba en alisar su enmarañado cabello.

Al darse cuenta apartó con rabia los ornamentos y decidió ponerse unos pantalones vaqueros, los más viejos y estropeados que tenía, y un amplio y desgastado jersey azul con el escudo de Lomondcastle. El resultado no la convencía en absoluto, pero estaba decidida a no dejarse embrujar por los encantos de esa vampiresa de novelas.

Bajó al salón, donde los tres adultos mantenían una animada conversación.

—¡Aquí está nuestra princesa! —la saludó sir Richard levantándose de su sillón, y le subió la manga del enorme jersey para darle un beso en la mano también.

Laila sonrió con torpeza, pero el anciano levantó la mirada y le hizo un nuevo guiño de complicidad. Ella comprendió que el caballero le quería decir que no había sido hechizado por la francesa y que estaba de su parte.

Sin embargo, Monique era absolutamente encantadora. Poseía una hábil conversación y muy a pesar de Laila, les sorprendió a todos contando divertidas anécdotas del hospital donde trabajaba como cirujana. Al final, Laila estaba riéndose con las numerosas historias que ella narraba. Sir Richard no quería quedarse atrás y contó cómo unos caníbales habían intentado guisarlo en una olla de barro hasta que la hija del jefe de la tribu salvó su vida para casarse con él. El caballero huyó la noche

antes de su boda mientras todo el poblado de salvajes celebraba la fiesta bailando danzas tribales hasta el amanecer.

Sin dejar de reír, Laila y sir Richard fueron en busca de los pasteles que habían estado cocinando, dejando a la pareja a solas unos momentos.

—Es deliciosa —dijo sir Richard ya en la cocina.

—¡Anda ya! —replicó Laila enfadada—. Lo que pasa es que es muy falsa. Cuenta cosas muy divertidas, pero sus ojos permanecen igual de fríos. Ella no se ríe por dentro.

—No digas bobadas —la reprendió él—. Lo que te ocurre es que no puedes soportar que te esté cayendo bien.

Laila sabía que sir Richard tenía razón; sin embargo, no por ello iba a dejar de buscar todos los defectos posibles de Monique Soirett.

—Seguro que es una mentirosa —insistió ella—. Estoy completamente convencida que va tras el dinero de mi padre.

—Eso es ridículo, Laila —se impacientó sir Richard—. La señorita Soirett tiene suficiente dinero para permitirse la vida que lleva. ¿No te has dado cuenta de cómo viste y las joyas que tiene?

Y le echó a Laila una mirada completamente desaprobadora. Ella se secó el sudor de las manos en el viejo pantalón vaquero y se mordió los labios.

—Creí que estabas de mi parte…

—¡Estoy de tu parte! Pero creo que tu padre se merece una oportunidad de ser feliz, así que deja de actuar como una niña pequeña y malcriada, y empieza a pensar que hay más gente a tu alrededor aparte de ti misma.

Sir Richard nunca le había hablado tan seriamente, ni la había regañado jamás, y a Laila se le saltaron las lágrimas.

El caballero se fue con dos bandejas, dejándola allí en la cocina. Ella se secó los ojos con la mano y por primera vez en su vida deseó estar lejos de Winter Manon.

Cuando regresó, ya más calmada, Monique estaba fumando un pequeño y elegante cigarro mientras bebía una discreta copa de crema irlandesa. No era, pues, una fervorosa fanática antitabaco, y Laila comenzó a desesperarse porque no encontraba ninguna prueba real para odiarla.

—Feliz cumpleaños —dijo con su interminable sonrisa.

Buscó en su bolsito de diseño y sacó un pequeño paquetito cuadrado. Se lo entregó a Laila, que por un momento se quedó observándolo sin saber qué hacer.

—¡Vamos, ábrelo! —le dijo sir Richard sonriendo, pero con una mirada de advertencia.

Dentro de la cajita había una pareja de pendientes de oro blanco con corales rojos en forma de estrella. Verdaderamente, Monique demostraba tener un muy buen gusto, a la vez que atrevido, para un diseño que solo llevaría una quinceañera.

Le dio las gracias y se inclinó hacia ella para que le ayudase a ponérselos. Entones el collar de esmeraldas resbaló por el cuello de su jersey quedando al descubierto. Laila vio, por un momento, que los ojos de Monique resplandecían llenos de codicia.

¡Así que era cierto! El corazón le saltó de júbilo al descubrir que ella tenía razón sobre la francesa, aunque nadie más parecía darse cuenta. Su padre y sir Richard seguían en una conversación cada vez más superficial que a Monique parecía gustarle bastante.

«Es una bruja», pensó Laila mientras la analizaba detenidamente con nuevos ojos.

La noche llegaba a su fin y la celebración iba decayendo, aunque ella no quería dejar a aquellos dos hechizados bajo el poder de la extranjera. Tras muchas insinuaciones de su padre, Laila dio las buenas noches y emprendió el camino a su habitación.

¡Valiente cumpleaños! Había tenido regalos muy valiosos, pero ninguno de ellos le importaba tanto como la desdicha de sentirse incomprendida por las dos personas que más quería. Cuando hubo subido el primer peldaño, su padre, que había salido del salón, la detuvo llamándola. Ella se giró con la pierna puesta ya en el segundo escalón.

—Solo quería agradecerte lo mucho que te has esforzado con Monique —dijo él.

Laila sintió que el corazón se le partía en pedazos. Deseaba poder decirle lo miserable que era la francesa y lo engañado que estaba, pero también veía la felicidad en sus ojos, que era lo que más le dolía.

—También quería decirte que te quiero, hija. No lo olvidarás, ¿verdad?

Laila lo miró extrañada.

—Claro que no, papá. ¿Por qué iba a olvidarlo? Él sonrió.

—Por nada, princesa. Dame un abrazo. Uno grande, ¿vale?

Ella lo abrazó durante un largo rato. Luego se separaron y su padre le acarició la cara. —Vete a dormir, anda.

Ella seguía sorprendida sin moverse. Tuvo la extraña sensación de que su padre se estaba despidiendo de ella. Entonces él levantó la mano y le dijo:

—Adiós, hija. No me olvides.

Dio media vuelta y regresó al salón con sus dos invitados.

Laila subió despacio a su habitación y cerró la puerta pensando en esas últimas palabras. Se sentía desconcertada e intranquila. Se tumbó vestida en la cama, dando vueltas, incapaz de conciliar el sueño. Pasaban los minutos haciéndose eternos, y al final decidió levantarse y, por hacer algo, se miró en el espejo del cuarto de baño para ver cómo le quedaban los pendientes de coral. Abajo comenzó a sonar el gran reloj de pared con su suave sonido de gong. Las doce horas que indicaban que el día de su cumpleaños se había terminado. Comparó ante el espejo los dos regalos, y pensó que

sin duda el collar de su padre era un millón de veces más hermoso que los pendientes.

Al salir, se detuvo como petrificada en el umbral de la puerta. De debajo de la cama salía una potente luz que había inundado casi toda la habitación. Se agachó lentamente sintiendo que el corazón comenzaba a latirle muy rápido. Allí estaba el libro, arrojado con violencia horas atrás. Una de sus piedras brillaba como un faro en la noche. Se quedó un rato mirándolo, así agachada, y luego tomó la decisión de recogerlo. Tanteó debajo del canapé hasta tocar su suave cuero y apartó la mano rápidamente. No ocurrió nada. Lo cogió con seguridad y lo levantó del suelo, observando la intensa luz que provenía de la piedra amarilla. Abrió el libro con cuidado y buscó hasta la página donde estaba escrita la palabra «Solarïe».

Los ojos se le abrieron como platos. Bajo esa palabra había empezado a escribirse una frase, con la misma tinta luminosa, como si una mano invisible fuese grabando sobre la página en blanco unos signos en un idioma completamente desconocido.

Laila fue deletreando con dificultad una a una las palabras mientras iban apareciendo. Sin saber por qué, sintió que conocía aquellas palabras:

Deliphes mu nansala Phaera Solis.
Portie danu tarsis ast Spherie Solarïe.

Después leyó la frase de un tirón en voz alta y el libro tembló en sus manos.

De pronto, en medio de la habitación, apareció un punto de luz amarilla que fue alargándose poco a poco hacia las alturas, transformándose en una línea luminosa. Laila pestañeó incrédula, refregándose los ojos, mientras la fina línea se iba ensanchando.

«Se está abriendo una puerta», pensó ella tras observar detenidamente aquel prodigio, y al momento se dio cuenta de que tenía razón. El hueco de luz era cada vez más evidente, aunque el resto de la habitación permanecía en sombras.

Laila intuía, con su corazón acelerado, que se le estaba invitando a entrar, y no sabía por cuánto tiempo la puerta de luz permanecería abierta, aunque algo en su interior le decía que el tiempo precisamente no le sobraba. Tenía que darse prisa y no sabía por qué. Así que era cuestión de decidirse. Miró hacia la entrada de la habitación esperando ver aparecer a su padre para explicarle todo el misterio, pero no fue así.

Su padre estaba abajo. Con Monique.

El resentimiento se apoderó de ella. Seguramente no la echaría de menos. La bruja Milady le tenía absorbido el cerebro y no veía más que a través de sus ojos. Miró de nuevo la misteriosa puerta de luz, pensando que lo mejor sería desaparecer para siempre. Total, qué importaba.

Con el corazón palpitándole desbocado, Laila tomó una decisión, sin pensárselo por más tiempo. Aferró fuertemente el libro con las dos manos y, muy despacio,

atravesó la extraña puerta mientras dejaba que la luz amarillenta la envolviera.

4
Solarïe

La luz fue aumentando en intensidad hasta que Laila sintió que se le quemaban los ojos tras los párpados cerrados. De repente, miles de voces comenzaron a gritar extrañas palabras, taladrándole los oídos, chillando con desesperación algo como una advertencia. Un dolor lacerante se apoderó de su estómago y entonces notó que tiraban de ella para todos los lados, intentando desencajarle los brazos, golpeándole, arañando su cara y sus piernas. «No entres —parecían gritar—. Está prohibido. No cruces la puerta… no cruces…».

Sintió mucho miedo. No podía abrir los ojos y el dolor aumentó violentamente. Laila se cubrió la cara y la cabeza con los brazos para evitar los golpes, mientras su cuerpo se convulsionaba y caía hacia abajo… hacia abajo…

Le pareció que se deslizaba por un tobogán a gran velocidad, y entonces cesaron los arañazos y los empujones, y los millares de voces desaparecieron de repente, quedando un silencio atronador. Cuando por fin se atrevió a mirar, se encontró arrodillada sobre una planicie dorada.

Lo primero que pensó fue que efectivamente se le habían quemado los ojos, pues todo a su alrededor estaba desdibujado y solo lograba ver tonos ocres y dorados. Delante de ella, una línea de luz intensa se convirtió en un punto y luego desapareció. Su habitación y su casa también habían desaparecido y a su alrededor todo seguía siendo de color amarillento.

Laila se fijó en sus brazos, esperando encontrarlos llenos de heridas, pero no fue así. No tenía ni un rasguño, y la sensación de dolor iba desapareciendo a gran velocidad. ¿Acaso había muerto? Cuando alguien moría no sentía dolor. Eso decían.

Se levantó y entonces se dio cuenta de que todavía apretaba fuertemente el libro de las piedras contra su pecho. Estaba muerta con un libro en la mano. El brillo de la piedra amarilla seguía allí, pero no tan intenso. Simplemente parecía que había cobrado vida sobre el resto de piedras de la cubierta. Laila acarició la superficie de cuero. Como quería tener las manos libres pensó que, ajustándolo un poco, el libro cabría en uno de los bolsillos traseros del pantalón vaquero. En efecto era así, y lo dejó mientras miraba a su alrededor con más atención.

Era de día, sin duda, y se encontraba en un paisaje completamente irreal, de pie sobre una alfombra de oro, que se extendía por todas partes hasta donde alcanzaba la vista. Los contornos se definían, y poco a poco pudo divisar lejanas montañas, bosques de árboles y un lago dorado, y más allá del lago, la silueta de una ciudad llena de torres y luces que se elevaban hacia las alturas. Podría no estar muerta al fin y al cabo. Podría ser simplemente un sueño. En realidad estaría en su habitación, tumbada en su cama, dormida profundamente, soñando con un lugar maravilloso,

lejos de su vida cotidiana y su rutina.

Si era así, le gustaría volver a soñar con un sitio como aquel más veces. Solo que algo le decía que no era un sueño. Había cruzado una puerta muy dolorosa y en su bolsillo notaba la firme presión de un libro que le molestaba.

Cuando sus ojos le permitieron ver con total claridad, lo primero que le llamó la atención fue el cielo. En lugar de ser azul, era suavemente dorado; pero lo sorprendente fue que cinco soles cruzaban la bóveda igual que un cometa y su estela. El primero era el más grande, aunque todos brillaban con igual intensidad y se dirigían ya al ocaso en la línea del horizonte.

«No estoy en la Tierra», pensó llena de asombro. Acababa de hacer un viaje interplanetario gracias a un libro mágico y de repente su mente reaccionó de manera primaria y elemental: el aire no era el de la Tierra. Sintió que los pulmones se le contraían mientras su mente le decía que no podría respirar, que se iba a asfixiar.

Pero… ¿no acababa de hacerlo? Lo intentó, inspirando con calma por los orificios de la nariz a la vez que desaparecía su angustia y el pecho se distendía. ¡El aire era respirable! Algo denso y con una tenue fragancia a flores, pero respirable a fin de cuentas. Volvió a inspirar profundamente hasta que el miedo de la asfixia desapareció.

Se detuvo de nuevo en el cielo, con sus cinco astros en un arco perfecto, maravillada de que algo así pudiese existir en algún lugar del universo. Después de contemplar el increíble espectáculo, Laila siguió admirando la planicie que terminaba en el gigantesco lago dorado. Apenas había viento, y sin embargo la extraña alfombra se mecía con una callada brisa. Se agachó para ver mejor de qué se trataba. Pequeños tallos surgían de la tierra dorada, terminando cada uno de ellos en un diminuto corpúsculo luminoso, como si fuese un pequeño capullo de seda brillante, y el conjunto de todos los tallos formaba la supuesta alfombra de oro que al principio creyó pisar. Laila pasó la mano por la superficie, acariciando las luminosas flores y estas parecieron vibrar agradecidas.

Caminó sobre ellas con cuidado, sintiéndose completamente extraña a ese mundo irreal, deseando averiguar dónde estaba y quienes serían los habitantes de aquel planeta paradisíaco, porque mirando a la lejana ciudad no había ninguna duda de que en aquel sitio había seres vivos.

Mientras pensaba en todo esto fue acercándose a un grupo de altos árboles que bordeaban el lago. Contempló los gruesos troncos notando que eran extremadamente lisos y dorados, sin arrugas ni imperfecciones, y que el suave color de oro se extendía incluso a las ramas y a las hojas, que solo en las copas más altas adquirían una tonalidad verdosa. Las ramas se elevaban curvándose y retorciéndose en arcos y volutas como si fuesen columnas de una iglesia gótica, y en sus extremos colgaban racimos de frutas parecidas a naranjas de oro, a punto de caer.

Laila rozó la superficie de los troncos mientras se adentraba en el bosquecillo en dirección al lago. Las raíces de los árboles estaban a la vista y se hundían en la tierra formando prisiones arbóreas, y dentro de esas jaulas se podían ver arriates de nuevas plantas más oscuras que preferían crecer en las sombras de esas raíces.

Dentro del bosque, entre los árboles, el aire era más denso aún, impregnado por una neblina donde se mecían hojas doradas y volaban flores blancas y semillas de vilanos, junto a corpúsculos luminosos arrastrados por la brisa, igual que el tiempo decadente cuando empieza el otoño.

La muchacha siguió observándolo todo asombrada, intentando rememorar cada detalle de increíble belleza, cada color y cada olor, incapaz de imaginar qué tipo de criaturas podrían habitar aquel mundo misterioso.

De pronto, creyó escuchar un sonido agudo y se dio cuenta de que no estaba sola. Voces agudas daban pequeños gritos, y Laila se acercó hacia el lago con el corazón palpitante, rodeando con cuidado los grandes troncos, hasta que pudo sentir el ruido creciente del agua al romper en pequeñas olas contra la orilla. Según se acercaba, las voces iban creciendo de tono, y Laila se aventuró a echar un vistazo sacando la cabeza de detrás de un árbol donde se había escondido.

En la orilla, sentados sobre las hojas de unos juncos acuáticos, dos pequeños seres con alas parecían discutir acaloradamente. Al principio, Laila pensó que eran extrañas libélulas algo más grandes de lo normal, pero al momento advirtió que sus pequeños cuerpos desnudos tenían aspecto humano, con una piel dorada que brillaba contra sus sombras en el agua. Uno de los seres tenía el cabello rojo como el fuego y el otro tan dorado como su cuerpo, y sus alas transparentes zumbaban al tiempo que la conversación aumentaba de tono. Laila creyó que estaban acusándose mutuamente.

Mientras parpadeaba incrédula, sin darse cuenta, salió del árbol para ver mejor. Dio un paso aplastando la hierba y los dos seres se volvieron en su dirección cesando de golpe la airada pelea. De inmediato se alzaron en el aire dispuestas a huir.

—¡Esperad! —gritó frenéticamente, avanzando hacia las dos figuras. No estaba dispuesta a permitir perder la oportunidad de poder comunicarse con alguien o con algo vivo de aquel lugar.

Fracasó estrepitosamente al tropezar con una de las raíces del árbol y terminó en el suelo. Sus ojos se llenaron de lucecitas, y una nube de polvillo dorado se levantó dispersándose poco a poco en el aire.

Se sentó acariciándose las rodillas doloridas y por el rabillo del ojo vio que uno de los seres se había acercado con curiosidad a escasos centímetros de su cara. Muy despacio, se giró hasta encararse con él y se lo quedó mirando fascinada mientras su mente registraba que estaba en presencia de… «¿Un hada?». Parpadeó incrédula. Aquel ser no medía más de un palmo, y era idéntico a los dibujos que existían en los libros fantásticos de cuentos para niños. Después de asegurarse que no estaba

soñando, Laila comprobó que no sabía nada sobre hadas, nada en absoluto. No creía en ellas, así que nunca le habían preocupado más que como fábulas, a pesar de que Irlanda era el lugar ideal para los creyentes en cuentos y mitos populares.

No sabía si aquel ser que tenía delante iba a comprender su idioma, pero estaba dispuesta a intentarlo a toda costa, al menos para dejar de estar sola, y si tenía suerte, podría averiguar muchas cosas sobre aquel extraño mundo en el que se encontraba.

—Hola —dijo con el tono de voz más suave y cordial que supo usar.

El hada chirrió unas palabras agudas y luego dio una vuelta completa alrededor de su cabeza.

—No te entiendo —susurró Laila despacio, intentando frenar la imparable retahíla que el ser había comenzado a soltar, aunque la pequeña hada no parecía querer escucharla y seguía cada vez más rápido y más fuerte su histérico parloteo.

De repente apareció la otra hada y se puso a increpar a su compañera. Laila permaneció en silencio, observando cómo los dos seres discutían sin cesar delante de sus narices, sin ya importarles en absoluto su presencia. Los zumbidos parecían tener una cadencia lógica y poco a poco ya no sonaban como chirridos agudos. No supo exactamente cuándo ni cómo, pero de pronto los sonidos comenzaron a tener sentido formando sílabas y después palabras, como piezas de un puzzle que fuesen encajando en su cabeza, y al final, de manera asombrosa, la chillona conversación fue perfectamente entendible.

Al parecer, el ser, el… ¿hada? que acababa de llegar, que tenía el pelo rojizo, regañaba a la otra por estar hablando con una… ¿nemhirie?, mientras una tercera amiga se había perdido cuando viajaban por los bosques de… *Krum*… *Grum*. Algo así. Ahora se echaban las culpas una a la otra, sin atender a razones, mientras se volvían más agresivas. Al final llegaron a las manos y Laila se cansó del agudo parloteo.

—¡Ya basta! —gritó tapándose los oídos, pero por un momento… ¿Había hablado en su lengua?

Las dos hadas la miraron boquiabiertas e inmediatamente se encararon con ella.

—Tú eres una nemhirie, ¿no? —le increpó airada la del pelo rojizo—. Entonces, ¿cómo es que puedes hablar nuestro idioma?

—Sí, se supone que los nemhiries no pueden saber lo que decimos —cortó la otra a gran velocidad—. Así que te ordenamos que no nos entiendas más.

Laila se quedó de una pieza.

—Pero… ¿qué bobadas estáis diciendo? —se enfadó también de manera absurda —. No soy una… nemhirie ni nada parecido, ni sé dónde estoy. Y si comprendo vuestra conversación, no es culpa mía. Yo tampoco sé por qué hablo vuestro idioma. Solo quiero saber qué sitio es este y cómo puedo llegar a aquella ciudad —dijo señalando hacia la lejana urbe.

Se levantó enfadada sin esperar y los dos seres miraron hacia arriba alzando sus cuellos exageradamente, mientras ahora sus cabezas quedaban a la altura de las rodillas de Laila.

Al instante volaron hasta su cara a gran velocidad.

—Pues si no eres una nemhirie, ¿dónde están tus alas? —preguntó de nuevo la del pelo rojizo con curiosidad.

—¿Mis alas? —se sorprendió Laila.

—¡Claro! —afirmó la del pelo dorado—. Seguro que están bajo esa piel tan ridícula que las solarïes usáis.

—No caben, estúpida —chilló la primera mientras tiraba del jersey azul de Laila para mirar en su interior—. ¿Lo ves? No hay nada.

Laila dio un manotazo espantando al irritante ser y se colocó el jersey correctamente.

—Y además, mira su pelo —revoloteó de nuevo tirándole de varios mechones.

—¡Ay! —se quejó la muchacha.

—No eres una Solarïe —la acusó la del pelo dorado, ya convencida—. Eres una nemhirie.

—¡Ya está bien! —gritó Laila sintiendo que entraba en el juego de una conversación delirante en la que ella no llevaba el control—. A ver, ¿qué diablos es una nemhirie?

Las dos hadas se quedaron mirándola un momento y luego se pusieron a cuchichear muy bajito entre ellas, riéndose.

—¡No sabe lo que es una nemhirie! —rió la del pelo dorado—. ¡Qué tonta!

—¿Cómo te llamas? —preguntó la otra cambiando de tema.

La muchacha sintió que comenzaba a perder la paciencia. Allí estaba, hablando con dos libélulas humanas mientras se esfumaba el tiempo que tenía para explorar aquel fantástico mundo o para llegar a la lejana ciudad de las altas torres, donde seguramente encontraría mejores respuestas que las que aquellas dos chillonas hadas le estaban ofreciendo.

—¡Cómo te llamas! ¡Cómo te llamas! —gritaban ahora las dos a coro, dando vueltas por su cabeza, mareándola.

—¡Laila! —exclamó ella para hacerlas callar.

Las hadas la miraron enfadadas.

—Te hemos preguntado que cómo te llamas, no que nos insultes.

—Ya lo he dicho. Me llamo Laila. Laila Winter. Ese es mi nombre —dijo con énfasis.

—¿Eso es un nombre? —dijo la del pelo rojizo echándose a reír agudamente. La otra la imitó.

—¡Laila Winter… Laila Winter…! —canturrearon con aire burlón.

De repente, la muchacha se vio aplastando a las dos hadas con sus manos, como si fueran mosquitos. Luego las arrojaría al lago y nadie se enteraría de nada.

—Yo soy HibiscodelamañanadeLuthus —dijo orgullosamente el hada del pelo rojo.

—¿Cómo? —exclamó Laila sintiendo que se le aflojaban las mandíbulas por la risa, abandonando su plan asesino.

—Y yo soy NenufardelmediodiadeSolandis —replicó la otra más pomposamente.

Laila se tapó la boca ahogando una carcajada.

—Os puedo… ¿os puedo llamar Hibisco y Nenúfar? —preguntó mientras controlaba la risa y dominaba las pequeñas convulsiones del esfuerzo por mantenerse seria.

—Pues no —se enfadó el hada del pelo rojo—. Y si lo vuelves a decir te haremos un hechizo para que te salga pelo verde por las orejas y la nariz.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Laila levantando las manos, como intentando calmarlas.

—Eso está mejor —dijo la dorada NenufardelmediodiadeSolandis mientras cruzaba los brazos en un gesto de firmeza.

—¿Y vuestra amiga? —preguntó Laila para cambiar de tema, mirando a su alrededor en busca de más seres como ellas.

—¿Qué amiga? —preguntó HibiscodelamañanadeLuthus extrañada.

—Sí, ¿qué amiga? —repitió la otra.

Laila las miró con seriedad.

—Antes estabais discutiendo porque se os había perdido una amiga en… ¿el bosque de Krum?

Las dos hadas se miraron sin comprender y una de ellas pareció recordar algo lejano.

—¡Síii… ya me acuerdo de ella! ¿Cómo se llamaba? —preguntó Nenúfar.

Hibisco se mordisqueó un dedo, meditando pensativa mientras Laila comenzaba a intuir que lo mejor que podría hacer era alejarse poco a poco de aquellas dos chifladas. Sin duda la olvidarían en cinco minutos, pero si el resto de habitantes de aquel planeta eran como ellas, acabaría loca antes de saber dónde se encontraba.

—¡La secuestraron! —gritó Nenúfar acordándose de golpe. Laila dio un brinco por el susto—. Veníamos a Solandis a solicitar audiencia con la reina Hellia, y al atardecer de Luthus cruzamos el bosque de Krum y…

De repente se calló observando sospechosamente a Laila, estrechando sus ojos hasta convertirlos en rendijas.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó la muchacha intrigada.

—¡Has sido tú! —gritó de repente el hada, señalándola acusatoriamente con un dedo.

—¿Qué? —se defendió la chica dando un paso hacia atrás.

—¡Sí! —confirmó chillonamente Hibisco—. ¡Una nemhirie en los bosques!

Ambas callaron de pronto y volaron alejándose unos metros de ella.

—¡Quiere matarnos! —la acusó de nuevo Nenúfar. Su cara se convirtió en una máscara de odio.

—¡Qué tontería! —gritó Laila—. Yo no tengo a vuestra amiga.

Pero fue inútil tratar de entenderse. Las dos hadas estaban fuera de sí y se lanzaron contra ella como dos pequeñas flechas luminosas. Laila sintió los aguijonazos agudos en la piel y al mirarse la mano vio dos pequeñas heridas que sangraban.

—¡Estáis locas! —les gritó comprendiendo que iba a tener que correr hacia la profundidad del bosque si quería librarse de los dos frenéticos seres.

Dio media vuelta caminando altanera sobre la alfombra dorada, tratando de alejarse con disimulo hacia un grupo de árboles más frondosos y distantes, con zancadas cada vez más largas, intentando mantener su aplomo en todo momento mientras calculaba que la distancia hasta los árboles sería casi como de dos estadios de fútbol. Definitivamente todo debía ser un sueño. Sí. Un sueño desquiciado.

De repente se levantó una brisa que iba haciéndose más fuerte hasta convertirse en un zumbido atronador.

Miró hacia atrás y vio que las dos hadas giraban en una extraña danza, lanzando gritos al aire mientras sus alas vibraban con furia. Del suelo comenzaron a elevarse cientos de corpúsculos luminosos, girando en riadas que se agrupaban como grandes bandadas de pájaros, dando vueltas formando una gigantesca cortina de luz, agrandándose cada vez más hasta alcanzar el tamaño de una descomunal tormenta. Las flores volaban en remolinos de viento, chocando entre sí unas con otras en medio del caos, produciendo chispas eléctricas mientras flotaban más corpúsculos hacia el interior del enorme torbellino. Las chispas descargaron rayos que cruzaban las columnas de flores, y uno de ellos consiguió atravesar el aire cayendo a escasos metros de donde estaba Laila, dejando un círculo chamuscado a sus pies.

La chica abandonó toda compostura y echó a correr mientras su cerebro le gritaba una y otra vez que estaba dentro de una pesadilla y que despertaría en cualquier momento. Pero las pesadillas no solían hacer daño, y a su alrededor seguían elevándose columnas de flores que al rozarle la piel le producían pequeñas descargas al tiempo que volaban a fundirse con la gran tormenta de las hadas.

Aunque corría con todas sus fuerzas, los glóbulos luminosos ya estaban alcanzándola, y Laila comenzó a sentir pequeños pinchazos en los brazos y en el cuello mientras jadeaba por el esfuerzo de correr. Los árboles estaban cada vez más cerca, pero ella se debilitaba y la vista se le empañaba en una nebulosa de furia y lágrimas. Algunas de las pequeñas heridas de la piel habían empezado a sangrar y los

brazos apenas le respondían. Cada vez tenía más sueño y menos ganas de seguir luchando. Era mejor caer sobre la dorada hierba y entonces…

¡No! No podía dejar que esos pensamientos la dominasen. Tenía que seguir. Aunque fuese dentro de una pesadilla, no iba a dejarse vencer. La primera línea de árboles estaba ya a su alcance y Laila empezó a dar manotazos a ciegas, llena de coraje, intentando alejar a los ahora millones de flores que trataban de posarse en sus cabellos, en su piel y en sus ropas.

Al final, perseguida por un río de luz, atravesó los primeros árboles cuando las piernas ya le fallaban. Las centelleantes flores asesinas fueron desprendiéndose de su jersey y de sus cabellos al contacto con la oscuridad, y la gigantesca masa se detuvo delante de los árboles, buscando un claro por el que llegar a su presa.

Laila cayó sobre la tierra, rendida, aunque aún tuvo fuerzas para mirar hacia atrás y ver la amenazadora tormenta que volaba impotente como una colosal colmena de abejas furiosas. Gateó por el suelo desesperada, adentrándose en la profundidad del bosque, dejando que la oscuridad y el silencio la acompañasen hasta que no tuvo fuerzas y se derrumbó sobre un manto de hojas caídas donde se quedó profundamente dormida.

Entonces soñó con su casa, muy lejos, imposible de alcanzar, más allá de un bosque dorado que no podía atravesar aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, y entonces, en la lentitud pegajosa de los sueños, aparecía el hombre de negro y le arrojaba un puñado de flores luminosas a la cara mientras reía con crueldad.

Se despertó sobresaltada pensando que estaba en su cuarto, y al darse cuenta de la realidad hundió la cabeza entre los brazos con desesperación. No había otra cosa que desease más en ese momento que poder abandonar aquel maldito mundo y regresar junto a su padre, sir Richard, e incluso a la codiciosa Monique. Sí, seguro que aprendía a quererla si era capaz de regresar.

De repente se acordó del libro de las piedras y se tanteó el bolsillo con inquietud. El libro seguía allí. Suspiró aliviada, sacándolo y contemplándolo con devoción. Sin duda allí tenía que estar la clave para volver, y Laila comenzó a pasar las hojas en blanco en busca de la página escrita con las frases que habían abierto la puerta a aquel país de locos.

No se había equivocado. Debajo de las misteriosas palabras habían surgido otras muchas que llenaban casi la cuarta parte del libro, completamente incomprensibles, y al final de todas ellas, en la última página escrita, había otra frase bien separada del resto que le decía a gritos que era su salvación.

En el momento en que se disponía a leerla, oyó en las cercanías las voces de las dos horribles hadas que seguían buscándola, todavía discutiendo si mirar en dirección norte o en dirección sur. De un salto se puso en pie, sintiendo los brazos entumecidos y algunos pinchazos dolorosos en las manos mientras se guardaba el libro en el

bolsillo del pantalón. Corrió internándose en el bosque y luego se arrastró lentamente sobre el suelo hasta las raíces de un viejo árbol, y dentro de la jaula que formaban se acurrucó sin hacer ningún ruido. Las voces se fueron haciendo más lejanas hasta que desaparecieron.

Pasó un rato antes de que Laila saliese de su escondrijo. Miró a todos lados antes de ponerse en pie. La idea de leer su libro seguía martilleándole la cabeza, pero al final decidió que podría echar algún vistazo más a aquel mundo antes de volver a casa. De todas formas el libro estaba allí, siempre a mano, y ya tenía localizada la página y las frases que con toda seguridad le devolvieran a su planeta en menos de un minuto.

Siguió caminando hacia el interior del bosque sin saber cuánto tiempo había pasado desde que hubiera salvado la vida. El cielo aún permanecía claro a través de las altas ramas, por lo que dedujo que no había dormido mucho tiempo. Intentó orientarse para caminar en la dirección que recordaba que podía estar la ciudad, pero era completamente absurdo si no salía de aquel laberinto de árboles en algún momento.

Entonces un nuevo sonido la dejó paralizada. Era un ronroneo repetitivo muy distinto al causado por la tormenta de flores, pero aun así, Laila corrió a esconderse tras un árbol mientras pensaba que aquel sonido mecánico que se iba acercando le recordaba mucho a la realidad de su vida cotidiana. Al final se percató de que el sonido se parecía mucho al motor de un coche, con un conductor que hacía chirriar las ruedas sobre la hierba húmeda al esquivar los árboles.

Pero, ¿qué diablos hacía allí un coche, en mitad del bosque de un mundo absurdo, perdido de la mano de Dios? Laila no pudo contener más tiempo la curiosidad y se fue desplazando sigilosamente alrededor del tronco al tiempo que el ruido del motor cesaba.

Su sorpresa fue mayúscula: entre los árboles, a escasos metros de donde ella estaba, había aparcado un Mustang rosa chillón y tres chicas estrafalarias, una morena, una rubia y otra con el pelo violeta saltaban de su interior, susurrando entre ellas mientras miraban a todos lados como temiendo ser vistas. No se lo podía creer. Eran las tres mismas que había visto en Lomondcastle. ¿Pero qué demonios hacían ellas allí?

Vestían largas túnicas blancas, como si fuesen sacerdotisas, aunque enseguida se las quitaron y las echaron al coche, dejando al descubierto sus faldas cortas y camisetas ajustadas y estridentes. Sin embargo había algo más. Algo increíble para Laila: un par de alas transparentes nacían de cada una de sus espaldas, primero plegadas y entumecidas, y luego extendiéndose lentamente, desperezándose hasta parecer grandes alas de mariposas de suaves tonos azules, malvas y dorados.

Laila las contempló anonadada y por un momento quiso frotarse los ojos para

estar segura de aquello. Su mente se negaba a creerlo, pero no le quedaba más remedio que aceptar lo que veía: eran hadas. Tres hadas con la apariencia de su misma edad, paseándose a sus anchas por dos mundos completamente diferentes, sin temor alguno. Si algo así era visto en Inglaterra, la revolución social, histórica y mediática sería la más grande de todos los tiempos.

De inmediato se internaron en el bosque, y Laila decidió seguirlas sin pensárselo dos veces, pasando de árbol en árbol o agachándose por entre los arbustos cuando el terreno clareaba. No sabía cómo, pero las tres chicas que ella había visto en el colegio de Lomondcastle cuatro días atrás, normales y corrientes, eran hadas de cuentos de niños para nada sorprendidas con el paisaje que las rodeaba, caminando con decisión en completo silencio. De repente, la chica del pelo violeta se detuvo un momento y se giró en dirección al árbol donde ella se ocultaba. Laila creyó que la habían descubierto y permaneció temblorosa con el corazón desbocado, pero después de unos segundos, acurrucada sin atrever a moverse, escuchó que las tres reanudaban su camino.

Poco después llegaban a la entrada de un pequeño valle que se abría entre los árboles, con una garganta que se perdía en la oscuridad de las montañas. Las tres se detuvieron frente a una de las paredes rocosas que formaban la entrada de la garganta y una de ellas tocó algo en la roca durante unos segundos. Se produjo un brillo en la pared y entonces una parte de la roca desapareció, dejando a la vista un agujero excavado en piedra por el que las tres chicas entraron.

Laila se acercó despacio, pendiente en todo momento de cualquier sonido, hasta que llegó a la caverna y estudió el destello que había percibido. Tres pequeñas gemas de color blanco, violeta y amarillo estaban incrustadas formando un triángulo en la roca, y aún brillaban como si tuviesen luciérnagas en su interior. Luego miró hacia la oscuridad. Unos escalones de piedra se perdían en las profundidades y Laila los fue bajando sin hacer ruido, de uno en uno, hasta que anduvo a ciegas y tuvo que avanzar tanteando las paredes, internándose dentro de la montaña. Poco después los escalones terminaban y desde allí partía un pequeño túnel donde al final brillaba pobremente una luz azulada.

Recorrió el estrecho pasadizo que desembocaba en una gigantesca sala circular, iluminada por varias antorchas de fuego azul que ardían en las paredes.

La enorme cueva estaba llena de objetos, algunos acomodados en pequeñas estanterías excavadas en la piedra y otros dispersos por el suelo o amontonados en columnas formando un gran almacén caótico, atestado de cosas que no se podían ver bien por las sombras que producían las llamas azules en las paredes. Laila creyó distinguir cofres con joyas relucientes, vestidos, una bicicleta, alfombras, cajas, sombreros, plumas, cuadros y telas enrolladas, libros de todos los tamaños, bolas de cristal con humo en su interior, botellas y frascos y un montón de sacos llenos que

todavía no habían abierto.

Las tres hadas inspeccionaban el gigantesco desorden, apartando cosas para poder pasar. La que tenía el pelo violeta llevaba algo entre las manos con tanto cuidado que caminaba más despacio que las otras, como si portase agua que pudiera derramarse. Al parecer buscaban un lugar libre de cachivaches, pero las montañas de supuestos tesoros se apilaban por todas partes y no les era posible hallar un hueco digno. Al final, al no encontrar lo que buscaban, la del pelo violeta pronunció unas palabras y el objeto permaneció flotando en el aire. Parecía un pequeño frasco de cristal con líquido en su interior, aunque Laila ya no tuvo más tiempo de seguir investigando. A su lado, flotando junto a su oreja, la chillona voz de NenufardelmediodiadeSolandis la sobresaltó haciendo que se le saliese el corazón por la boca.

—¡Oh! —gritó el hada, que al parecer la había seguido en silencio descubriendo el escondite de la caverna, mientras señalaba a las tres chicas con el brazo extendido —. ¡Han robado a la reina Mab! Verás cuando se entere de esto…

E inmediatamente hizo vibrar sus transparentes alas con una mueca de maldad, zumbando como un abejorro, dispuesta a salir por el túnel a gran velocidad en dirección al exterior.

De pronto, en aquel instante de confusión, Laila presintió que no debía dejar escapar al odioso ser, y con una rapidez asombrosa que ignoraba que tuviese, dio unos pasos y alargó el brazo atrapando a la pequeña hada entre sus manos, apretando fuertemente mientras sentía el vibrar de las alas furiosas entre los dedos. Miró su puño, boquiabierta por la hazaña, y por el rabillo del ojo le pareció ver a HibiscodelamañanadeLuthus revoloteando por el túnel en dirección a la caverna, más retrasada, sin saber lo que había ocurrido. Laila miró a las tres chicas que se habían dado cuenta inmediatamente de su presencia, y permanecían paralizadas dentro de la caverna, con la sorpresa y el miedo dibujados en sus caras, y les hizo un gesto de silencio. Luego se ocultó en las sombras dejando que Hibisco se acercase. Era evidente que su misión había sido permanecer en la entrada de la caverna vigilando, pero desde luego, o había desobedecido la orden a voluntad, o se le había olvidado, y ahora se acercaba en un vuelo lento, como si fuese una mosca zumbona aturdida por el otoño. Laila apretó con más firmeza a su prisionera, que intentaba morderle la mano, y esperó.

HibiscodelamañanadeLuthus llegó a la iluminada caverna y se quedó paralizada en el aire. No pudo hacer más movimientos. En ese instante, la mano libre de Laila la rodeó haciéndole perder la visión y permaneció en esa prisión, tan aturdida y quieta que la chica pensó que se le había escapado, y a punto estuvo de abrir la mano para comprobarlo. Inmediatamente Hibisco intentó escapar pero ya era demasiado tarde. Laila volvió a la caverna circular, mostrando sus trofeos a las tres asustadas hadas, sin ningún temor.

Durante unos largos segundos ninguna habló, pero al momento, las tres chicas tomaron el control de la situación.

—Vaya, vaya —dijo la rubia mientras lanzaba a las otras dos una mirada cómplice—. La nemhirie de Lomondcastle.

Laila se quedó desconcertada unos segundos al saberse reconocida.

—¿Nos estabas espiando? —dijo la morena con cara de enfado.

—¡No! —mintió Laila.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —siguió su interlocutora con voz fría mientras sus gestos se endurecían.

Laila no supo qué responder. Con más tiempo les hubiese explicado mil cosas, pero ahora se había quedado en blanco. Les enseñó las manos cerradas con las dos hadas furiosas atrapadas en ellas.

—Huía de ellas —consiguió explicar temblorosa—. Hicieron una tormenta de flores y querían matarme. Todavía no sé por qué.

—¿Huías de dos pixis? —se burló la del pelo violeta entrando en la conversación. Luego se echó a reír con una risa suave y siseante. Las otras la imitaron.

—Las puedo dejar libres —dijo Laila agriamente—. Dicen que robasteis algo a una tal reina Mab… quizás sea eso que está ahí flotando en el aire, ¿no? Las atrapé cuando se marchaban para contárselo.

Las tres hadas se quedaron petrificadas, borrándose la risa de sus caras.

—¡No, no! —gritó la rubia acercándose. Luego dulcificó su expresión—. Dámelas por favor, te aseguro que no les haremos daño.

Laila dio un paso atrás reticente.

—¡Oh, vamos! —dijo la morena impaciente—. Es mejor para todas, ¿no? Las dejaremos aquí, encerradas en estas dos botellas.

Y al momento chasqueó los dedos y dos recipientes redondos surgieron en el aire.

—Pero… ¿y si se mueren? —dudó Laila mientras se maravillaba por la magia que acababa de presenciar.

—Ellas iban a matarte a ti —dijo la del pelo violeta—, y quizás nos hubiesen metido en problemas a nosotras…

—Sí, pero…

—Tranquila —dijo la rubia que ya había llegado a su altura y le pasaba un brazo por los hombros como si fueran grandes amigas de toda la vida—. No van a morir, te lo aseguro. Son como la mala hierba, nunca se puede acabar con ellas. Solo las dejaremos aquí hasta que se les olvide todo este asuntillo.

Y de pronto estaba todo hecho. Sin querer, Laila les había entregado a sus prisioneras. Las botellas se deslizaron suavemente por el aire en dirección a ellas. Luego las metieron en los recipientes y las taparon con tapones de corcho. Las dos pixis gritaban silenciosamente tras el cristal, golpeando las paredes de sus celdas cada

vez con más violencia, y Laila sintió compasión de los dos pequeños y crueles seres, pero se guardó muy bien de demostrarlo ante las nuevas desconocidas.

Después se sintió amablemente arrastrada fuera de la caverna y la puerta de roca reapareció, ajustándose a la pared, sin huecos ni fisuras, con la simple excepción de las tres gemas, ahora apagadas.

Las cuatro chicas permanecieron en silencio durante unos segundos y luego sonrieron.

—Bueno —dijo Laila esperanzada, tomando la iniciativa— creo que tengo cientos de preguntas sin contestar, pero creo que lo correcto sería que nos presentásemos, ¿verdad?

—Yo soy Cyinder —dijo la rubia inmediatamente, dándole dos besos sin esperar ni un segundo. Parecía tan deseosa de hacerse notar como las dos pixis—. Cyinder de…

En ese momento recibió un codazo de la morena y se calló.

—Yo me llamo Nimphia —dijo la del pelo violeta, estrechándole la mano con solemnidad.

—Aurige —se presentó la morena que le tendió la mano sin apenas rozarla.

—Yo me llamo Laila —les dijo ella—. Laila Winter.

Aquella chica rubia, llamada Cyinder, se acercó a ella mirándola con gran atención y después inspiró, oliendo sus cabellos..

—¿De qué reino eres? —preguntó desatendiendo la mirada de advertencia de la tal Aurige.

—¿De qué reino? —preguntó Laila extrañada—. Bien, supongo que de la Tierra…

—Nunca había oído hablar de ese reino —comentó Nimphia.

—No… eh… quería decir, del planeta Tierra.

Las tres se miraron sorprendidas, y luego se echaron a reír por la respuesta, dejando a Laila cortada mientras se le subían los colores a la cara.

—Todas nosotras vivimos en «el planeta Tierra» —dijo Aurige con sarcasmo—. Simplemente estamos en Ïalanthilïan, el reino de la Bella Gente.

Laila se quedó perdida unos instantes. No le sonaba aquella palabra nada en absoluto, y además le parecía completamente impronunciable.

—Eh… oh… —balbuceó tontamente—. Perdonad… ¿Y qué sitio es ese?

—Ïalanthilïan es uno de los siete nombres del mundo que los nemhiries conocen como Faerie —le aclaró Nimphia.

—¡Faerie! —exclamó Laila. Algunas piezas encajaban definitivamente en su cabeza—. ¡El mundo de las hadas! ¿De verdad existe?

—¡Eh! Mucho cuidado —protestó Cyinder—. Así es como nos llaman los humanos. ¡Y todo por culpa de las shilayas!

—Déjalo Cyinder —dijo Nimphia apaciguándola—. Ella no puede saberlo.

Luego la miró con más detenimiento.

—¿O quizás sí? —murmuró para ella misma en voz alta.

—¿Saber qué? —preguntó Laila.

—Mejor que no enfades a Cyinder con ese tipo de insultos típicos de los nemhiries —le reveló Nimphia—. Si quieres ser verdaderamente amable, deber saber que se nos conoce como el Pueblo Bello, o como antes te dijimos, la Bella Gente.

«Menuda cursilada», pensó Laila de inmediato.

—¿Y qué le pasa a la palabra «hadas»? —insistió.

—Ya estamos otra vez —se enfadó Cyinder—. Bueno, ya está bien. Se acabó. Hagamos el hechizo de olvido de una vez y terminemos con ella.

Laila se puso rígida. No le gustó en absoluto lo de «terminemos con ella».

—Pero es que no parece que sea una nemhirie común —susurró Nimphia, sin importarle dar información una vez que iban a hacerle olvidar todo.

—Un momento —protestó Laila en voz alta—. Yo no he hecho nada. Solo quiero saber unas cuantas cosas…

Pero Aurige ya estaba chasqueando los dedos mientras murmuraba unas palabras. Una sensación electrizante fue subiendo por sus manos y sus brazos hacia su cabeza y Laila luchó con todas sus fuerzas contra aquel vértigo que la inundaba, nublándole la vista. Al final, sorprendentemente, no sintió nada. Seguía allí tal cual y las miraba con cara de boba, dispuesta a reírse como si le hubiesen gastado una broma. Iba a abrir la boca cuando Nimphia se le adelantó.

—¿Ha funcionado? —preguntó dudosa.

—Por supuesto que sí —afirmó Aurige con seguridad—. Mira su cara de conmoción. Ahora mismo está en trance y dentro de poco no recordará nada.

—Pobrecilla —se compadeció Cyinder pareciendo que iba a llorar—. No me debería haber enfadado tanto. Me caía bien.

Laila siguió en silencio, pensando deprisa. Al parecer no había sido una broma, solo que la supuesta magia no funcionaba con ella. Siguió escuchando sin perder detalle, con la cara alelada manteniendo el engaño. Ahora podría enterarse de una vez por todas, ya que las tres hadas se encontraban libres para decir lo que quisiesen sin tapujos.

—Es una nemhirie —afirmó Nimphia rodeándola como si fuese una estatua—, pero es extraña, excepto porque no tiene alas, podría ser de Faerie. ¿No la oléis?

—Sí, pero mira su pelo —dijo Cyinder—. No pertenece a ninguno de los cinco reinos.

—No —negó de nuevo la morena—, pero tiene esto.

Y sacó de golpe el libro de las piedras del bolsillo. Laila dio un brinco y las tres se quedaron paralizadas unos segundos.

—¿Estás segura de que está en trance? —repitió Nimphia.

—Seguro —confirmó de nuevo Aurige—. Necesitaría un gran poder para evitar mi conjuro, y yo apostaría que, a pesar de su olor, no es más que una simple nemhirie.

—¿Y ese libro? —preguntó la rubia Cyinder con interés.

—Tiene las cinco piedras —dijo Aurige mientras lo observaba. Lo abrió y pasó las páginas hasta las hojas escritas—. No entiendo nada de lo que pone. ¿Alguna puede traducirlo?

Las otras dos intentaron leer pero luego negaron con la cabeza.

—Ya me lo temía —se apesadumbró la morena—. No es de Faerie, pero tampoco es de ninguno de estos humanos nemhiries. En fin, nos lo llevaremos y lo estudiaremos. Luego, cuando estemos a solas después de las clases, volveremos para compararlo con el tapiz.

—¿Y qué haremos con ella? —preguntó Nimphia señalando a Laila.

—La dejaremos aquí, por supuesto —dijo Aurige.

—¿Aquí? —protestó Cyinder—. Podrían ocurrirle mil cosas. Esas dos pixis eran lo mejor con lo que se podría haber encontrado y ni siquiera ha sabido dominarlas…

—¡Bah! —respondió la morena—. Se las arreglará. Nosotras tenemos ya un montón de problemas como para añadir uno más. Y piensa en lo que diría tu madre si te viese aparecer con una desconocida que no sabemos ni de dónde procede.

—Creo que no le importaría —atajó la rubia—. A veces pienso que no le importa nada de lo que hago. —No digas eso —la regañó Nimphia—. Todas estamos en la misma situación y la hemos elegido por voluntad propia, así que no te pongas a darte lástima ahora.

Cyinder bajó la cabeza con resignación.

—De acuerdo—consintió—. Vamonos a Solandis de una vez.

Y las tres se marcharon en dirección al Mustang, dejando a Laila allí sola. La muchacha no había perdido el tiempo y cuando escuchó el ronroneo del motor al alejarse, se acercó a las tres gemas y las tocó sin muchas esperanzas. Al momento se iluminaron y Laila sintió un cosquilleo de emoción. ¡Las piedras le habían obedecido! Se miró los dedos, sorprendida por aquel prodigio, pero lo olvidó al instante.

La roca se había abierto y Laila bajó las escaleras, siguiendo el pasadizo hasta la sala circular. Allí estaba el pequeño frasco que habían robado, flotando en el aire, rodeado por un aura violeta que lo mantenía a dos metros del suelo. Alargó el brazo y lo cogió. Era un pequeño tarro de esencias, como las miniaturas de perfumes que algunas chicas de su colegio coleccionaban, gastándose decenas de libras cada vez que salía uno nuevo al mercado. Lo abrió y se lo acercó a la nariz. El aroma era muy suave y Laila sintió que nunca había olido algo tan maravilloso. Lo tapó de nuevo mientras leía la etiqueta: «2743S. Noche en Luthus». Lo guardó en el bolsillo

deseando tener una nueva ocasión para olerlo, pero tuvo miedo a que se le cayera o se rompiese, y entonces la idea que había concebido para vengarse de aquellas tres ladronas de libros no tendría efecto.

Cuando ya se marchaba se volvió para mirar a las dos pixis encerradas que golpeaban frenéticamente el cristal de su prisión, dispuesta a liberarlas. Sus pequeñas caras se contorsionaban en muecas de odio, lanzando sus silenciosos aullidos. La del pelo rojo alzó sus manos en garras indicando que en cuanto saliera de allí le arrancaría los ojos. Tras esto, Laila prefirió no acercarse siquiera y esa fue la última vez que vio con vida a las dos hadas.

Se dio media vuelta y echó a correr por el túnel dispuesta a llegar a aquella ciudad de Solandis aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

5
Las coleccionistas

Para cuando Laila llegó a las puertas de la supuesta ciudad de Solandis, ya había tenido tiempo de maldecirse cien veces por la torpeza de haberse dejado robar tan tontamente el libro de las piedras. Había permanecido fingiendo un estado de shock que no era real. Y todo, ¿para qué? ¿Para tratar de descubrir algo más sobre lo que le rodeaba? Al final, aquellas tres estúpidas la habían dejado sola y abandonada con varios cientos de preguntas más sin resolver, y ahora sin el libro, su única posibilidad de volver a casa si lograba recuperarlo.

Durante su largo camino siguiendo las huellas del Mustang marcadas en la hierba, el espectáculo de los cinco soles había dejado de interesarle. Había visto cómo se iban hundiendo en el horizonte uno tras otro, y cuando ya solo quedó el más pequeño y el cielo se volvía rojizo del atardecer, el primero de ellos nacía ya por el este, con lo cual nunca era de noche en aquella odiosa tierra monótonamente dorada.

Las prioridades de Laila para entonces eran recuperar el libro, investigar qué relación guardaba su madre con todo aquello, y averiguar cómo salir de allí. Ya le había quedado claro que el libro tenía un lenguaje incomprensible para las tres chicas, con lo cual no podía pertenecer a ese… ¿Faerie? ¿De verdad se encontraba en el mundo de las hadas? Por más que lo pensaba, era incapaz de creerlo. Sin embargo, no tenía más remedio que hacerlo a la vista de todo lo que le había ocurrido, y más ahora que por fin alcanzaba las puertas de la increíble ciudad.

Los muros de Solandis estaban hechos de luz pura, y llegaban al cielo como cortinas de la aurora boreal. Laila alargó el cuello hacia arriba sin lograr ver el final, que se confundía con el cielo del amanecer.

Detrás de los muros se podían divisar grandes avenidas que subían por una empinada ladera, abarrotada de edificios y altas torres de estilo veneciano, hasta un castillo dorado cuya entrada se difuminaba entre nubes de neblina. Aquí y allá surgían también pequeñas casas con forma de hongos con sombreros puntiagudos, como setas que hubiesen crecido a la sombra de los altos árboles que bordeaban los paseos.

En el momento en que Laila atravesó el muro de luz, dos figuras altas aparecieron ante sus ojos impidiéndole el paso. Tenían rostros andróginos, casi masculinos, rubios con bellos ropajes llenos de bordados, y los ojos dorados mirándola con fiereza.

—¿Qué deseas, extranjera? —preguntaron firmemente.

Laila dudó unos segundos y al momento tuvo una idea.

—Tengo audiencia con la reina Hellia —dijo recordando la misión de las dos pixis, ahora encerradas en la cueva de las gemas.

No parecieron muy impresionados pero ambos guardianes se apartaron dejándole

libre el paso, aunque siguieron observando sus cabellos mientras caminaba. Como Laila supo algún tiempo después, Solarïe era un mundo abierto, sin ánimos de guerra ni enfrentamientos con otros reinos, completamente sobrecargado y decadente, donde los guardias solo cumplían una misión burocrática: saber quién entraba, quién salía y por qué.

Paseó por las avenidas resplandecientes con los ojos muy abiertos, asombrándose ante todo lo que veía. Cientos, miles de supuestas hadas, hombres y mujeres con alas, paseaban y charlaban alegremente, entrando y saliendo de los edificios, mientras algunas pixis revoloteaban chillonamente por entre los tejados con forma de hongos y las altas fachadas góticas.

Los hombres hadas llamaron su atención por su aspecto tan raro y femenino, además eran muy escasos y siempre caminaban en pequeños grupos apartados. Parecían mujeres y sus mismos vestidos no tenían nada que envidiar a los de ellas.

Algunas hadas vestían muy pomposamente, con largos vestidos dorados y telas de gasas, pero la mayoría iban con faldas raras, pantalones y togas de siglos pasados. Llevaban joyas y sombreros exuberantes, grandes coronas y collares, cada cual más vistoso o estrafalario, pero todos sin excepción eran rubios, con los cabellos tan amarillos que parecían teñidos y los ojos dorados como faros. Algunos se habían pintado el pelo con mechas azules o violetas, pero nadie llevaba el color verde de Laila y la miraban con curiosidad cuando se cruzaban con ella. Las alas, transparentes, llenas de celdillas, eran de un suave blanco dorado, y algunas hadas habían colocado montones de pírsines en ellas.

Las calles eran muy similares a las de las ciudades humanas, con coches igualmente raros y estrafalarios rugiendo por el asfalto, o aparcados unos sobre otros, flotando en el aire como si estuviesen en literas invisibles. Todo era tan asombroso que la mente de Laila apenas podía registrar cada detalle sin perderse uno nuevo.

Siguió paseando, contemplando a la Bella Gente con el mismo descaro con el que la miraban a ella, buscando el Mustang rosa en todo momento por entre las filas de coches doble y triplemente aparcados en el aire, sin por ello dejar de curiosear por las ventanas de los altos edificios y de los bajos hongos de sombrero picudo, llenos de muebles y objetos extraños que al parecer no usaban nunca. Solo los compraban y almacenaban, porque algunos tenían incluso los envoltorios de las tiendas.

Siguió observando los establecimientos que se multiplicaban aquí y allá a lo largo de las grandes avenidas principales, donde se vendían objetos curiosos de todo tipo: una tienda llamada *Tauro Mezquita* mostraba en sus escaparates increíbles zapatos voladores con alas, un abrigo rojo del que nacían fresas, un vestido que cambiaba de color, y un cinturón que era una serpiente viva con ojales. Alfombras mágicas en otra tienda de estilo oriental, joyas de diseño, sombreros, pasteles y comidas para llevar. Un gran y populoso establecimiento con el rótulo «Shilayas de Krum» vendía néctar

de ambrosía como comida rápida, y estaba abarrotado de hadas más jóvenes que guardaban cola, hablando y empujándose, con prisas por alcanzar el mostrador principal.

Por haber, había hasta un cine con varias carteleras donde se veían los rostros de al parecer famosas actrices hadas en actitud lánguida y sensual. También había papelerías de periódicos y prensa rosa donde se destapaban los escándalos sociales más picantes que pudiese haber en un mundo de hadas. La palabra «Ailorïa» aparecía una y otra vez en ese tipo de revistas, como si fuese un insulto al rostro que mostraban.

Laila estuvo tentada de coger una de las revistas y curiosearla, pero cuando iba a hacerlo se dio cuenta de que estaba perdiéndose en la nebulosa de la ciudad, olvidando su objetivo, cambiando de rumbo como si estuviese de compras en cualquier avenida metropolitana de Londres o Nueva York.

Cuanto más se acercaba al castillo, más lujosos y espectaculares se volvían los comercios… Tiendas de muebles que hubiesen hecho las delicias de cualquier anticuario, lujosos vestidos cargados de diamantes, pastelerías llenas de golosinas y tartas increíbles adornadas con joyas, tiendas de perfumes e inciensos en pequeños tarros como el que ella llevaba en el bolsillo… Nuevamente estuvo a punto de entrar para ver si vendían «Noche en Luthus», y por segunda vez se resistió con gran esfuerzo.

Pero al llegar al escaparate más ricamente adornado de todos, no pudo evitar que se le hiciese la boca agua: una espectacular confitería hecha con oro macizo, diamantes, perlas y zafiros donde se exponían los más raros pasteles nunca vistos. *Deseos de Nur* era su nombre, y la barroca decoración era excesiva incluso para los gustos más atroces, pero Laila recordó que llevaba horas sin comer mientras traspasaba el umbral y desviaba los ojos, asombrada entre tanto lujo exagerado y tantas golosinas. Al final, eligió un volcán de frambuesas con lentejuelas de oro del que caía un pequeño reguero de lava de fresa.

—Dos soles —le pidió la dependienta, un hada vieja y regordeta que movía las alas alegremente.

Laila se quedó petrificada, con la mano extendida sobre el mostrador y el pastel de volcán recién cogido en el extremo de los dedos.

—No… no tengo dinero —confesó pensando qué diablos eran dos soles y a cuánto equivalían en libras esterlinas.

—Si no hay dinero, no hay comida —dijo el hada regordeta enfadada, mientras le quitaba el pastel de las manos y lo colocaba de nuevo en el expositor.

Luego le dirigió una mirada llena de extrañeza.

Laila se marchó, fijándose con pena en unas trufas de limón que desprendían chispitas azules, a medio sol la unidad, según marcaba un pequeño cartelito. Salió de

la recargada tienda notando que le hacían ruidos las tripas, observando mejor los escaparates, con lo que se dio cuenta de que todo llevaba marcado unos precios, más o menos elevados según el artículo o el lujo del comercio.

Desalentada continuó su camino en dirección al palacio, dispuesta a seguir con su plan de denunciar a las ladronas de perfumes ante esa famosa reina Hellia, y entonces, al cruzar una calle, percibió por el rabillo del ojo un coche de torio rosa inconfundible, que se desviaba de una avenida principal y bajaba por una empinada cuesta en dirección al este. Aceleró el paso intentando perseguir al Mustang que, lejos en la distancia, doblaba por otras calles más estrechas.

Laila notó que según se alejaba del centro y del castillo, las calles se achicaban y se ensombrecían, con edificios más viejos y grises, hasta que llegó, bajando cuestas y rampas, a calles desiertas con muros ruinosos, perdida toda la luz y la grandiosidad de los edificios que tanto había admirado momentos atrás. Nadie paseaba por allí, y el bullicio parecía haber quedado atrás, a cientos de años de distancia. Riachuelos de agua sucia correteaban calle abajo, ensuciando las baldosas y paredes, depositando un sedimento grisáceo que teñía todo lo que encontraba a su paso. Olía a rancio en el aire, y del suelo surgía una neblina pestilente que amenazaba con tragarse sus zapatos. Las casas, ciegas por las ventanas desvencijadas, parecían ocultar misteriosos secretos que la gente de Solandis prefería olvidar o ignorar por completo.

Llegó a una plaza abandonada, donde se aparcaban varios coches en columnas, entre los que estaba el Mustang rosa, y allí había un solo edificio con todas las ventanas rotas y las puertas cerradas, excepto la entrada principal. Sobre ella, un gran cartel anunciaba tres palabras:

RARO. GRANDE. DIFÍCIL

Laila miró el cartel y luego la entrada llena de sombras, asomándose a un recibidor oscuro lleno de embalajes que se perdía en un angosto pasillo. En la distancia creyó oír voces, y se adentró, atravesando soportales de arcos y patios rodeados por columnas grises y mohosas hacia el interior de la casa.

Subió a una entreplanta iluminada con globos de luz incandescente hasta llegar a las puertas de una estancia donde se podían ver varias mesas en hileras y una pizarra. Varias hadas, unas veinte o treinta, estaban sentadas en los pupitres, atentas a un hada de mayor edad, vestida completamente de negro, con el cabello rubio recogido en un moño, que les explicaba algo aplastando varias veces una tiza contra la pizarra. El ambiente general era de tristeza y letargo; sin duda había conocido momentos mejores, y Laila se asomó descaradamente a través de la puerta hasta que la profesora la vio.

De inmediato ensayó una sonrisa de bienvenida a la vez que la clase entera seguía su mirada, desviando las cabezas hacia la recién llegada.

Cyinder, Aurige y Nimphia dieron un respingo en sus asientos, palideciendo ante la sorpresa. Laila levantó una mano y las saludó con una sonrisa irónica.

—¡Oh!, tenemos una invitada —exclamó la maestra dirigiéndose hacia ella—. Pasa, pasa querida, no te quedes ahí.

Las alumnas y alumnos la miraron asombrados mientras Laila daba unos pasos al interior de la sala.

—¿Quién eres? —le preguntaba la profesora sin dejar de hablar—. ¿Has rellenado nuestra solicitud? ¿Por qué no has empezado el curso con todos los demás? Oh, querida, no eres de Solarïe, por eso te has retrasado…

Y Laila afirmaba o negaba, según le convenía, a la avalancha de preguntas de la maestra.

—Oh, por favor, siéntate, siéntate querida. Luego rellenaras la matrícula. No has perdido mucho, si acaso algún sencillo conjuro de desapariciones sin importancia pero, oh… eso sí, tendrás que ponerte al día en la técnica de los nemhiries de abrir cerraduras…

Laila la miró un momento para asimilar lo que estaba escuchando.

—¿Cómo? —preguntó entre escandalizada y asombrada.

La profesora se detuvo, dudando de repente, calculando si aquella extraña era una alumna tardía o si por el contrario había cometido un tremendo error.

—A ver, querida, ¿cómo has dicho que te llamabas? —le preguntó de nuevo prestando más atención a sus cabellos y a su fisionomía.

—Eh… Laila —respondió—. LailadelamanecerdeSolandis.

Un resoplido contenido y algunas risitas fugaces se escucharon en medio de la clase. La profesora la miró con curiosidad.

—¿Tu madre era una pixi? —preguntó asombrada.

Laila se dio cuenta de su metedura de pata demasiado tarde.

—Bueno… —improvisó poniéndose colorada—, ese es mi alias, mi alias de… de trabajo.

—Ah —asintió pensativamente la maestra—. ¿Llegaste a rellenar nuestro formulario? No recuerdo una petición con un nombre tan… tan…

Se quedó en silencio, sin saber qué adjetivo añadir y luego sonrió con forzada diplomacia.

—Con las prisas lo perdí —resolvió Laila con la misma sonrisa política.

—Entonces —siguió la profesora intentando borrar la duda de su cara sin conseguirlo—, ¿podrías demostrar que perteneces… uh… al gremio?

Para entonces Laila ya sospechaba que en aquella escuela las enseñanzas distaban un poco de lo normal. Las desapariciones y el abrir cerraduras, la localización del colegio en el barrio más siniestro y apartado de la ciudad, las tres chicas que le habían robado el libro y sus colecciones de tesoros en la cueva…

Arriesgando el todo por el todo, Laila se metió la mano en el bolsillo lentamente y sacó el frasquito de perfume.

La cara de la profesora se iluminó, radiante como una mañana de verano, y Laila echó un vistazo a las tres amigas mientras toda la clase lanzaba un «¡Ahhh!» de admiración.

Las tres permanecían mudas, con los ojos como platos, y Laila vio cómo Aurige apretaba los puños con rabia. Si alguna de las tres decía ahora que el frasco era de ellas, quedarían en el más espantoso ridículo. ¡Haber sido robadas por una nemhirie!

—¡Magnífico! —exclamó la profesora loca de contenta—. ¡Eres toda una profesional, querida! No has podido elegir mejor escuela para perfeccionar tus habilidades. ¿Me permites?

Tomó el frasco y leyó la etiqueta. Inmediatamente lo destapó y lo olió poniendo cara de éxtasis. Por toda la clase se escucharon murmullos y gestos de aprobación.

—Sublime —alabó con los ojos cerrados. Luego le devolvió el perfume—. Para mañana nos relatarás, punto por punto, cómo realizaste la hazaña de entrar en el Reino Blanco de Tirennon, señorita… —y la miró de nuevo interrogante.

—Laila Winter, profesora —dijo ella humildemente, y luego subió el tono de voz dirigiéndose a las filas de pupitres—. Pero yo quería decir que esto fue muy fácil de conseguir porque…

Miró a las tres hadas que mantenían la cabeza agachada, esperando la burla. Cyinder se mordía los nudillos de la mano y Nimphia garabateaba con su lápiz sin querer levantar la vista.

—Porque… —tragó aire—, porque fue un trabajo en equipo que llevábamos planeando mucho tiempo Cyinder, Aurige, Nimphia y yo.

La profesora la escuchó asombrada y luego se volvió a las tres recién nombradas con una sonrisa de incredulidad en el rostro. Lo mismo hicieron a la vez las decenas de hadas que se sentaban a sus alrededores.

—¿De veras? —preguntó—. Me siento muy orgullosa de las tres, queridas.

Las tres muchachas habían levantado la cara sin dar crédito a lo que habían escuchado y miraban a Laila con la sorpresa pintada en el rostro.

Se escucharon unas palmadas, y al momento toda la clase las aplaudía y vitoreaba, silbando y gritando como si jaleasen a unas campeonas. Laila no podía creerse el tumulto que se había formado por tan poca cosa, y seguía sonriendo a todos, levantando una mano de vez en cuando. Si todos estaban locos allí, ella no iba a desentonar por nada del mundo. Cyinder y Nimphia también sonreían y saludaban, hablando con todos aquellos que se acercaban a felicitarlas, pero Aurige permanecía más distante, con sus fríos ojos puestos en ella.

—Y ahora… —dijo la profesora en voz alta intentando calmar el alboroto.

Los aplausos se fueron silenciando.

—Ahora, queridos, podría anunciar casi con total seguridad, que tenemos un equipo para poder competir en el concurso anual de los Gremios de los Cinco Reinos.

Nuevos aplausos arreciaron mientras la profesora sonreía dejándoles continuar la fiesta.

—Como sabéis —alzó la voz para hacerse oír—, la academia de Popea IV de Solarïe lleva ya casi quince años sin poder participar en tan prestigioso concurso —luego bajó la cabeza entristecida—. Nuestro lema, «Raro, grande, difícil», hace años que no brilla con la fuerza de los tiempos de la gran Popea I, mi bisabuela que, como recordaréis por la historia del Gremio, fue capaz de hacer desaparecer todo un barco del mundo nemhirie y que regaló al Gremio de Airïe como símbolo de amistad eterna. Nuestros candidatos fueron rechazados en estos últimos quince años, al no haber podido presentar una prueba de nuestras técnicas más avanzadas. Pero este año, aún con el más exigente de los jurados, creo que las señoritas Laila Winter, Aurige de Lunarïe, Cyinder de Solarïe y Nimphia de Airïe van a ser fuertes candidatas para ganar el trofeo…

Ya no pudo seguir hablando. La clase entera se había puesto en pie, gritando y jaleando mientras sacaban a hombros a las cuatro chicas.

Poco después, las cuatro estaban sentadas en unas sillas de cristal alrededor de una mesita de oro en la misma recargada y lujosa pastelería que había visitado Laila horas antes, *Deseos de Nur,* frente a varios pasteles de hojas doradas y batidos de bayas azules y margaritas. Para entonces, Laila ya se había enterado por Cyinder, muy amiga suya ahora, que Nur era el último y más pequeño de los cinco soles de Solarïe. Solandis era el mayor, cabeza de todo el arco solar, al que seguían Luthus, Qentris y Cálime, acabando en el último, rojizo y misterioso Nur.

—Bueno —dijo Aurige manteniendo fría la mirada a la vez que rompía el silencio —, ya se acabó la farsa. Devuélvenos el perfume de la reina Mab y nosotras no denunciaremos tu engaño a la profesora Popea.

—De eso nada —contestó tranquilamente Laila mientras bebía un sorbo del batido, encontrándolo excesivamente empalagoso—. Devolvedme vosotras primero mi libro.

—¿Qué libro? —dijo Nimphia incapaz de fingir.

—Mirad, no quiero problemas —dijo Laila llanamente—. No os he dejado en ridículo a pesar de que me intentasteis hechizar en la caverna, y luego, creyendo que lo habíais conseguido, me robasteis mi libro, un objeto muy preciado para mí si quiero volver a mi mundo… nemhirie, como le llamáis. Encima me dejasteis tirada en mitad del bosque. Eso no se le hace a las amigas…

—¿Quién ha dicho que seamos tus amigas? —inquirió Aurige con brusquedad.

—Déjalo ya —le cortó Cyinder—. Ella tiene razón. Nos comportamos mal

dejándola sola. Los nemhiries lo pasan fatal cuando llegan a Ïalanthilïan, y nosotras no hicimos nada en absoluto por ayudarla.

—Pero es que nos estaba espiando —insistió Aurige menos convencida.

—No os espiaba —se defendió Laila—. Cuando os vi en el bosque acababa de escapar de aquellas dos horribles… lo que sean, y os reconocí de Lomondcastle. No os podéis imaginar la alegría que sentí al veros, aunque vuestras alas… me chocaron un poco.

—Se pueden hacer más pequeñas —dijo Cyinder—, y también se pueden plegar. Por eso no las viste en tu colegio.

—Además, os comportabais de una forma tan misteriosa…

—Y nos seguiste para no quedarte sola, ¿verdad? —sugirió Nimphia, deseosa de ayudar.

Laila asintió mientras la morena lanzaba a su compañera una mirada desaprobadora.

—Está bien —aceptó Aurige al final, cruzando los brazos por detrás de su cabeza en actitud indolente—, pero al menos sufriste un poquito, ¿verdad?

—¿Acaso eres una sádica? —preguntó Laila, incrédula.

—Los lunarïes son así con los nemhiries —dijo Nimphia sin darle importancia.

—Ah, es cierto —dijo Laila con cinismo—. La señorita Aurige pertenece a Lunarïe. Otro dato que ninguna de las tres me contó: que hay cinco reinos, ¿no?

—Pues sí. A Aurige le encanta hacerse la misteriosa —dijo Cyinder con una sonrisa—. Como ya sin duda sabes, estamos en Solarïe, el reino de la luz de Ïalanthilïan, donde vivimos en paz y armonía, sin meternos con nadie, queriendo solo que nos dejen ser libres. Lunarïe, donde nació Aurige, es todo lo contrario. Viven de noche y se pasan toda la vida bailando a la luz de la luna o pronunciando conjuros malignos y llenos de misterio…

—Menos rollo —dijo Aurige riendo traviesamente.

—Luego está Airïe —siguió Cyinder sin detenerse por la interrupción—, el reino de Ïalanthilïan del aire. Son todas unas locas que van y vienen sin control alguno, volando todo el día, creando remolinos y tempestades o ligeras brisas, según se les antoja.

—¿Pero qué dice esta? —protestó Nimphia sin mucha convicción—. Se cree que es la mejor. Ya te darás cuenta lo horteras y exagerados que son los solarïes, Laila Winter. Ellas no pueden tener un sol como todo el mundo, sino cinco. Y suma y sigue…

Laila, que estaba segura de esa afirmación, creía que las tres se estaban enfadando, pero al contrario, se hacían guiños y muecas riéndose tontamente como niñas pequeñas.

—Finalmente está Acuarïe —dijo Aurige bajando la voz hasta convertirla en un

siseo. Laila pensó que volvía a querer crear cierto misterio, pero Cyinder y Nimphia se habían puesto serias—. Han cerrado su reino y apenas las conocemos. Nunca salen de su mundo de agua…

—Y son unas estúpidas insoportables —añadió Cyinder en voz baja—. Se creen superiores a todas las demás, incluso al Reino Blanco. Son intratables.

—Nunca nos han dejado entrar allí —confesó Nimphia—. Parece como si ocultasen algo. Una vez mi madre mandó dos emisarios para hablar con la reina Tritia y volvieron malheridos, como si les hubiesen atacado sin haberse dignado a recibirlos.

—¿Tu madre manda emisarios? —preguntó Laila, asombrada.

Aurige chasqueó la lengua, contrariada.

—Eso carece de importancia —cortó rápidamente—. Lo que interesa es que se han vuelto muy reservados. En los últimos tres mil años nadie ha visto a un acuarïe, salvó en el concurso de los gremios.

—Que son gremios de ladrones —apuntó Laila levantando una ceja.

—Es una forma grosera de decirlo, pero bueno —comentó Nimphia—. Preferimos decir coleccionistas de objetos.

—Y las Acuarïes siempre ganan —siguió Cyinder con rabia—. Recogen el trofeo y se marchan sin siquiera dignarse a presentar sus respetos a la vieja Maeve. Los deben tener por miles.

—Tiene cierta lógica —declaró Aurige—. El robo está penado en Ïalanthilïan con el exilio. Si el concurso es secreto y está fuera de la ley, no puede constar en ningún sitio que han estado por aquí. La reina Maeve es la reina Blanca, del reino de la élite —dijo mientras encogía dos dedos de cada mano formando unas comillas—, y aplica la ley con mucha severidad. El gremio de Tirennon lo pasa muy mal cada vez que se celebra el concurso.

—Bah, la élite —se burló Cyinder—, otros pomposos insoportables. Gobiernan todo nuestro mundo y nada escapa a su control. Dudo que las acuarïes pudiesen ocultar algo a la reina Mab.

—Vosotras ocultasteis algo —dijo Laila sacando el pequeño perfume. Todas lo miraron con ojos brillantes.

—Fue perfecto —recordó Nimphia suspirando—. Mi plan fue perfecto.

Laila lo puso en medio de la mesa y luego miró a las tres chicas dejando claras sus intenciones de devolverlo, mostrando así toda su confianza.

De mala gana, Aurige sacó el libro de un bolsillo de su falda y se lo entregó. La muchacha lo recogió con ansiedad, acariciando la cubierta y cada una de las piedras. Luego lo abrió buscando las páginas de Solarïe.

—¿Entiendes lo que dice? —preguntó Cyinder.

—Ni una palabra —negó Laila con la cabeza—. Pero aquí está el modo de volver

a mi casa.

Luego lo cerró y lo guardó en su pantalón.

—¿Es que te vas a marchar? —preguntó Nimphia con un deje de tristeza en su voz.

—Creo que puedo esperar —dijo Laila con una sonrisa—. Aún tengo muchas dudas por resolver. Pero por favor, ¿podríais decir Faerie en lugar de íala… ía…? No me sale.

Las tres se miraron unos momentos con una sonrisa burlona y luego asintieron.

—Me alegro de que te quedes —dijo Cyinder finalmente—. Todas nos alegramos, ¿verdad Aurige?

Luego le dio un codazo.

—Está bien —consintió la morena al rato con una mueca—. Pero que quede claro que yo no estaba deseándolo.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Cyinder guiñándole un ojo a Laila.

Después de comerse los dulces, las cuatro se pusieron en pie como si hubiesen tenido el mismo pensamiento, dispuestas a abandonar la barroca pastelería. Cyinder pagó con unas monedas de oro que tenían la efigie de una mujer.

—¿Eso son soles? —preguntó Laila mientras salían de la cafetería.

—Oh, sí —contestó la rubia—. No valen mucho. Aquí cada uno puede fabricar miles de ellos. Observa.

Hizo un giro en el aire con el dedo índice y al momento surgieron una cuantas monedas doradas que cayeron al suelo tintineando.

—¿Lo ves? —dijo Nimphia—. Otra de las estupideces de este reino. Todo el mundo tiene todo lo que necesita, pero se empeñan en imitar a los nemhiries, es decir, a los humanos mortales, en todo.

—¿Podría quedarme con algunas? —preguntó Laila—. Antes pasé un poco de hambre.

—Todas las que quieras —contestó Cyinder, y giró las dos manos, cayendo cientos de monedas que empezaron a rodar calle abajo.

Laila recogió dos grandes puñados y los guardó en sus bolsillos.

—¿Entonces no necesitáis el dinero? —preguntó sin comprender la contradicción.

—¡Qué va! —siguió Nimphia—. Ni la dueña de la pastelería lo necesita. Hace pasteles como Cyinder monedas, pero todo forma parte de un círculo vicioso al que estamos acostumbradas.

—Decadencia —protestó Cyinder—. Por eso me fui de casa. Esto tiene que renovarse.

—¿Qué es lo que tiene que renovarse? —preguntó Laila.

—Ya lo irás viendo —comentó Aurige—. Es muy largo y complicado de contar.

Siguieron caminando hacia el Mustang en silencio, regresando a la podredumbre

de los callejones donde estaba la escuela de ladrones. Laila quería hacerle preguntas a Cyinder acerca de aquella zona fantasmagórica; sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario que pudiese molestar a su rubia compañera. Siguió andando mientras cavilaba, dejando su mente divagar.

—¡Vosotras podéis viajar a mi mundo! —exclamó Laila de repente, cayendo en la cuenta.

—Y sin libro —añadió Aurige, perspicaz, sin dejar de caminar.

—¿Cómo lo hacéis? —quiso saber la muchacha.

—No sé —contestó Cyinder—. Desde siempre nosotras hemos podido viajar a vuestro mundo simplemente con desearlo. Es como atravesar un ligero velo y ya está.

—¿No tenéis que pasar por ninguna puerta? ¿Ninguna luz?

—No —observó Nimphia mientras chasqueaba los dedos. Habían llegado junto al coche y lo estaba haciendo bajar.

—Es que fue horrible —confesó Laila—. Parecía como si me arañasen o me golpeasen por todas partes, gritándome que no entrase.

—Qué raro —se extrañó Nimphia—. Durante años hemos conocido a algún que otro nemhirie perdido, casi siempre en Lunarïe, fíjate bien, y nos dijo que la sensación de llegar a Ialanth… a Faerie era maravillosa, como si atravesasen un túnel lleno de paz y descanso.

—O no se dan cuenta —dijo Aurige—. Simplemente caminan por un jardín o un bosque durante la noche equivocada, como en los solsticios de verano e invierno, y de repente se encuentran en las puertas del Palacio de la Noche, en Lunarïe.

—¡Pues conmigo parecía que no me querían dejar pasar! —protestó Laila.

Aurige la miraba incrédula mientras abría la puerta del coche y se sentaba al volante. Las demás la imitaron y Laila permaneció de pie en la calle sin saber qué hacer.

—Ven con nosotras —la invitó Cyinder a unirse a ellas con toda naturalidad.

Abrió la portezuela del coche haciéndole un gesto para que subiera. La muchacha no se lo pensó dos veces. No sabía por qué, pero se sentía muy a gusto con aquellas chicas.

—¿Dónde vamos? —preguntó sentándose junto a Nimphia en el asiento trasero.

—A dejar el perfume en su sitio —le regañó Aurige—. Ahora que somos noticia, ya no nos libra nadie de que nos inscriban en la Universidad Blanca. Y todo por tu culpa.

—Se supone que nadie sabe lo del robo, ¿no? —contestó la muchacha con ironía —. ¿No es un secreto penado con el exilio? Además, ¿qué es la Universidad Blanca?

—¿Es que no sabes nada? —se impacientó la lunarïe acelerando hacia los muros de Solandis.

—Allí es donde nuestras madres quieren que vayamos a estudiar, para

prepararnos para el futuro, ya sabes —le dijo Cyinder, volviéndose desde el asiento de delante, pero Laila no sabía nada de nada—. Están deseando que nos matriculemos. Nos tendrían bien controladas.

—Oye —dijo Nimphia—. Podrías apuntarte tú también. Así estaremos siempre juntas, aquí y en tu colegio.

—No es mala idea —corroboró Cyinder intentado sujetarse la dorada melena, que se le enredaba por la velocidad.

Aurige frunció el ceño y Laila vio su gesto por el espejo retrovisor.

—No creo que pueda —dijo dudosa ante la mueca de la morena—. No soy un hada… perdón, quiero decir que no soy de aquí.

—Pues algo tienes de Faerie —objetó Nimphia—. Hueles como nosotras, algo contaminada, eso sí, pero el olor está ahí, ¿verdad chicas?

—Sí —reconoció Cyinder—. Algo raro tienes, para ser una nemhirie, claro.

—Mirad —protestó Aurige—, no es de ningún reino, no tiene alas, no tiene poderes…

—¿Y? —la animó Cyinder a continuar.

Aurige se calló.

—Reconócelo, lunarïe —gritó la rubia riendo—. Sabes que es verdad.

—Dejadme en paz —se enfadó y aceleró de nuevo.

—Está enfadada porque guardas un misterio para ella —susurró Nimphia a su lado—. Los nemhiries comunes jamás podrían haber resistido su hechizo de olvido. Es muy poderoso, te lo aseguro.

—No le caigo bien —cuchicheó Laila.

—Te equivocas —dijo la chica de Airïe sonriendo misteriosamente.

Luego vio la mirada de la morena a través del retrovisor y se calló.

Atravesaron los muros de luz y se dirigieron a toda velocidad hacia el enorme lago, donde los cinco soles, ya en el firmamento, se reflejaban sobre las aguas doradas. Laila pensó que iban a chocarse violentamente y a hundirse, pero las ruedas del Mustang atravesaron la acristalada superficie levantando una bruma de oro que las salpicó, mojándoles las ropas.

Aurige siguió a mayor velocidad, saliendo del agua después de haber atravesado todo el lago en diagonal, aplastando las flores que antes se habían levantado en una tormenta infernal. Poco a poco fue aminorando mientras cruzaba los primeros árboles del bosque, y luego siguió lentamente, sorteando troncos y raíces hasta llegar al claro que todas conocían.

Caminaron hacia la garganta oculta entre los árboles hasta llegar a la pared de piedra. La sorpresa fue mayúscula. Aurige apretó los puños con rabia al ver la entrada de la cueva al descubierto.

—Olvidaste cerrar al salir —acusó a Laila con los ojos centelleantes—. Parece

que tenías mucha prisa, señorita nemhirie.

Laila miró hacia la oscuridad. No recordaba haber cerrado la cueva, pero tampoco le sonaba haber tenido aquel descuido. Se volvió hacia las otra dos, aunque en esta ocasión no trataron de defenderla.

—Lo siento —musitó—. De verdad, lo lamento muchísimo.

Cyinder le dio unos golpecitos de consuelo en la espalda y luego bajó detrás de Aurige, que había desaparecido en la oscuridad, altanera, sin querer escuchar sus excusas.

Las siguió por las escaleras con Nimphia pegada a sus talones hasta que escuchó la exclamación de asombro de la lunarïe, que ya había llegado a la gran sala circular. Cuando entró se quedó sin aliento: todo estaba completamente arrasado. Los objetos apilados en montañas yacían rotos y destruidos en el suelo, y los más delicados que atesoraban en las estanterías de piedra estaban hechos añicos, destrozados en un horrible caos, lleno de cristales y basura, como si un ciclón hubiese pasado por allí destruyendo todo cuanto hubiese estado a su alcance.

—Tampoco era necesario romperlo todo —se volvió Aurige furiosa, encarándose con Laila con las lágrimas en los ojos.

—Yo no he sido, de verdad —se defendió ella, con el horror y la sorpresa reflejados en su cara.

—¿Pues quién si no? —le gritó la morena—. Nadie más sabía nuestro escondite. Tú entraste a robar nuestro perfume y decidiste vengarte de nosotras. ¡Has sido tú…!

—Lo prometo —balbuceó Laila tratando de esconderse detrás de Cyinder de la furia de la lunarïe—. Yo no fui, créeme. Te lo juro.

—¿Y el tapiz? —preguntó Aurige a Nimphia—. ¿Está a salvo?

La Airïe buscó por las paredes hasta descubrir una tela hecha jirones, que colgaba como una bandera arrasada en una guerra.

—Destrozado por completo —contestó con desaliento.

Laila miraba desesperada el terrible caos, y de repente descubrió en el suelo, entre los restos de cristales rotos, una pequeña ala de libélula hecha pedazos.

—Mirad —señaló con terror mientras su voz creaba ecos en la oscuridad de la caverna—. ¿Acaso creéis que yo sería capaz de hacer esto?

Las tres hadas observaron los pequeños restos mutilados de una de las pixis y luego se miraron aterradas entre sí.

—Esperad —susurró de repente Nimphia.

Y su voz fue como una orden. Laila, Aurige y Cyinder guardaron silencio, mientras el hada del aire buscaba a su alrededor, escuchando algo imperceptible.

—Aquí hay algo —siguió en susurros con los ojos desorbitados—, o alguien.

Laila sintió que se le erizaban los vellos y un súbito miedo creció desde lo más profundo de su ser. De pronto, la cueva parecía un lugar siniestro y lleno de peligros.

Aurige y Cyinder sabían que el aire y sus sonidos eran dominio de Nimphia, y si ella había oído algo, sin duda estaba en lo cierto. La luz se ensombreció, y el aire se volvió frío y pestilente. Un segundo después se escuchó en la caverna un goteo ronco, como si alguien se riese con la boca llena de fango, burbujeando una respiración entrecortada.

—¡Laila, márchate! —gritó de repente Aurige en el momento en que detrás de las sombras aparecía una figura monstruosa, algo irreal que se reía dejando a la vista varias hileras de dientes puntiagudos y unos ojos negros, profundos como simas infernales, donde se reflejaban las mortecinas antorchas azules.

Ninguna de las cuatro acertó a dar un paso mientras una pesadilla que caminaba como un hombre, arrastrando patas y pezuñas, salía de su escondite entre las sombras y los destrozos, con el único deseo de matar y comer.

Cyinder empujó a Laila hacia la salida; de una de sus manos surgió una bola de luz incandescente que arrojó contra la bestia.

Laila dio unos pasos hacia atrás tropezando con Nimphia. A la luz del hechizo contempló un rostro de hiena que no olvidaría nunca, una cara de orejas picudas que babeaba con una boca llena de dientes como cuchillas, sin rasgo humano alguno, que miraba a sus presas desde un cuerpo de más de dos metros de altura, completamente cubierto de áspero pelo negro y brazos con enormes garras que levantó para protegerse la cara del impacto de la bola de luz.

La bestia rió de nuevo con su horrible gorgoteo. Mantenía los ojos cerrados y olfateaba con su hocico localizándolas una por una en la creciente oscuridad. Luego rugió con inusual alegría ante lo que prometía ser una caza interesante.

Nimphia, detrás de Laila, la arrastró salvajemente al pasadizo y ambas echaron a correr hacia las escaleras del final del túnel. Momentos después estallaba una nueva bola de luz, y Cyinder y Aurige empezaban a correr a través del angosto pasillo.

La bestia aulló enfurecida y comenzó a perseguirlas, arañando el suelo, lanzando zarpazos y dentelladas salvajes como un loco asesino, gruñendo su gutural lenguaje, oliendo desesperadamente la comida que se le había negado durante miles de años.

A pocos escalones de la salida, Aurige tropezó, y Cyinder lanzó otra bola mientras la chica chillaba de dolor y miedo en la escalinata. Laila y Nimphia habían llegado ya al exterior y gritaban con ansiedad mirando hacia abajo.

—¡Aurige! —escucharon el horrible lamento de Cyinder a la vez que una luz estallaba nuevamente entre las sombras.

Nimphia entró en la cueva gritando violentas palabras y de inmediato surgió un frío vendaval en la oscuridad que arrojó a Laila al suelo.

Momentos después salían las dos arrastrando a una Aurige desvanecida, con una tremenda herida en la espalda que sangraba con muy mal aspecto, y una de sus preciosas alas rasgada con tres monstruosos cortes.

Laila las ayudó sintiendo el avance de las horribles pezuñas, que rasgaban la roca de los escalones con mayor lentitud conforme la luz se hacía más fuerte, pero decidido por completo a terminar su trabajo y alimentarse.

Corrieron hacia el Mustang sin querer volver la vista atrás, jadeando por el esfuerzo de transportar a Aurige que pesaba como si estuviese muerta, pero los gruñidos y los zarpazos seguían, cada vez más cerca, ahora entre los árboles y los matorrales de un mundo que parecía haberse negado a prestarles ninguna ayuda.

Como en una pesadilla, consiguieron llegar al coche y meter a Aurige dentro mientras por entre los árboles asomaba ya el monstruo, que abría y cerraba las garras, avanzando implacable hacia ellas. Sus ojos, negros como abismos, decían que iba a matarlas sin piedad, y que iba a divertirse muchísimo haciéndolo.

—¡Arranca! —gritó Laila a Cyinder, que hacía todo lo que podía con las manos temblorosas—. ¡Arranca, por Dios!

Pero era imposible. El coche no se movía, y la infernal bestia llegó de un salto hasta el capó, hundiéndolo hacia dentro. Después trepó por el cristal, arañándolo con sus garras, sonriendo a la vez que se relamía con la lengua los dientes de cuchillas. Laila vio sus malvados ojos llenos de locura fijarse en ella especialmente.

«Voy a ser la primera», pensó con una horrible corazonada.

Entonces, desde más allá de los árboles, un agudo silbido atravesó el aire y una flecha se clavó en el hombro de la bestia. La enorme hiena cayó del coche al suelo por el brutal impacto lanzando un rugido furioso, y en ese momento Cyinder consiguió poner en marcha el motor. Aceleró de golpe derrapando sobre la tierra y salió a enorme velocidad dejando al ser atrás. Mientras este se arrancaba la flecha como si fuese una vulgar espina, las siguió con la mirada, prometiendo encontrarlas en cualquier otro momento.

Laila vio cómo se alejaban de aquella pesadilla y luego buscó en el bosque, en la dirección desde la que había venido la flecha hasta clavarse en la piel de aquella cosa. Un nuevo sobresalto la hizo agitarse en el asiento de atrás mientras sostenía a la mortecina Aurige entre sus rodillas.

A lo lejos, perdido entre los árboles, un hombre cubierto de negro con pasamontañas y una enorme ballesta observaba cómo ellas se alejaban en el coche, y luego, súbitamente desapareció en la arboleda.

—Se está muriendo —dijo Nimphia entre lágrimas, negando con la cabeza mientras miraba a Aurige.

—¡De eso nada! —exclamó Cyinder apretando el acelerador al máximo, liberándose de golpe de todo su carácter alegre y superficial—. Iremos a Lunarïe. Allí la curarán.

—Pero Titania se enfadará —temió Nimphia.

—¡Que se pudra Titania! —gritó Cyinder completamente fuera de sí, con el

viento y la velocidad aullando a su alrededor—. ¡A ver si por una vez se molesta en preocuparse por su hija!

6
Lunarïe

Quizás fuese porque Laila se encontraba inmersa en profundos pensamientos sobre la pesadilla que habían vivido, o quizás porque el cambio fue muy sutil, pero de repente, mientras Cyinder parecía hacer volar al Mustang dejando atrás a los cinco soles, la cegadora claridad de Solarïe desapareció dejando paso a los tonos malvas del anochecer, que fueron oscureciéndose hasta que creyó que se había quedado ciega, después de haber estado acostumbrada a tanta luz. Había pasado en escasos segundos del día a las sombras.

Laila miró hacia atrás esperando divisar Solarïe en la lejanía, pero el oscuro mundo lunar les rodeaba por todos lados como si siempre hubiesen estado allí. Las estrellas brillaban sobre el negro firmamento, y una única luna, enorme, dominaba el reino sin competencia alguna.

Y entonces comenzaron a caer desde una gran altura. Laila sintió un tremendo vértigo al darse cuenta de que flotaban en el aire cuando segundos antes pisaban la firme tierra dorada del mundo de la luz. Lanzó un chillido que se perdió en la noche. Cyinder la imitó con una risa histérica.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó a continuación con la cara desencajada por el miedo mientras el Mustang caía contra los árboles de un creciente bosque, atravesando jirones de nubes.

—¡Siempre se me olvida que Lunarïe está a distinta altura que Solarïe! —gritó Cyinder a la vez que pisaba los frenos inútilmente y hacía girar el volante en todas direcciones.

No parecía muy asustada por la tremenda caída en picado, pero los árboles se acercaban a una velocidad suicida y Laila se agachó sobre el cuerpo de Aurige buscando con desesperación un paracaídas.

—¡Nimphia! —gritó Cyinder contra el viento—. ¿A qué estás esperando?

El hada del aire pareció salir de un letargo en el que había estado inmersa, con los ojos desencajados por el terror, e inmediatamente se dio cuenta de la apurada situación.

—¡Hassha! —gritó con unas palabras hechas de aire, y al momento el coche frenó su mortífero descenso, planeando suavemente mientras rozaba ya las copas de los árboles.

Cyinder aceleró sin haber tocado la tierra todavía y el motor rugió alcanzando el suelo. El coche salió disparado como un tren a alta velocidad, arrasándolo todo a su paso.

Laila levantó la vista recobrando el pulso normal después de haber sentido que el corazón se le salía por la boca, pero se volvió a cubrir la cara con las manos,

intentando protegerse de los violentos impactos contra arbustos y frondosas ramas que arañaban la pulida superficie rosa de la carrocería. La Solarïe trataba de dominar el Mustang buscando un camino despejado en medio del bosque en dirección al lejano Palacio de la Noche, cuya silueta se recortaba, negra y afilada, contra la gigantesca y fantasmal luna.

Algo pasó rozando el automóvil y atrás se escucharon gritos de protesta mientras se alejaban por un sendero lleno de gruesas raíces y giros inesperados.

—¿Hemos atropellado a alguien? —preguntó Laila a Cyinder, que seguía sin detenerse.

—Creo que sí —afirmó dudosa—. Quizás algún duende o algo. No sé.

Luego encendió de golpe las luces del coche, que hasta entonces habían permanecido apagadas como si no existiesen, no las hubiesen necesitado, o a Cyinder no le hubiese importado aquella minucia.

Bajo la luz de los faros la frenética carrera era aún peor, pues se podían ver venir las ramas o los troncos de los árboles antes de que Cyinder virase con brusquedad, pasando como grandes sombras o aplastándolas, a punto de hacerse pedazos contra cualquier roca en medio del camino o cualquier árbol de los que surgían constantemente a su paso.

Por fin llegaron a una senda llana y firme, y la mayoría de la espectral arboleda quedó atrás. Cyinder frenó en seco, dejando largos surcos marcados en el camino hasta que pudo detener el Mustang.

Delante de ellas, bajo una suave pendiente, se extendía un vasto laberinto de setos que se alejaba decenas de kilómetros por todos lados hasta las lindes del negro palacio. Cyinder se giró en el asiento para hablar con sus compañeras.

—¿Estáis bien? —preguntó, más por cortesía que por interés.

—Creo que voy a vomitar —dijo Laila terriblemente mareada.

—Dentro del coche no, te lo advierto —le dijo la rubia con dureza.

Parecía otra, distinta a la alegre Solarïe con la que había compartido risas y bromas horas antes. Laila supuso que el cúmulo de los sucesos vividos, como llevar a sus espaldas el peso de la vida de Aurige, el horrible ataque del monstruo y la oscuridad de un mundo nocturno la afectaban, dejando mella en su amable carácter.

Contuvo las náuseas intentando no recordar a la aterradora bestia, pues sus pensamientos volvían una y otra vez a la caverna y a aquel rostro inhumano, evocando imágenes horribles que se entremezclaban con otras peores sobre lo que les podía haber ocurrido.

—¿Y tú, Nimphia, estás bien? —preguntó de nuevo Cyinder.

El hada del aire seguía con los ojos abiertos como platos y un terror imposible descrito en ellos. Estaba claro que la bestia le había afectado demasiado, pero poco a poco, haciendo un gran esfuerzo, logró salir del trance en el que se encontraba.

—Sí —afirmó con la cabeza aún medio atontada—. ¡¿Y Aurige?! —chilló acordándose de golpe.

La morena presentaba sombras violáceas bajo los ojos y un rostro demacrado y cetrino.

—Está peor —dijo Laila, que la sostenía en sus rodillas—. Sin embargo, respira más tranquila.

—Quizás sea el aire de Lunarïe —aventuró Nimphia—, o la luna. Esto nos podría dar algo más de tiempo a favor para llegar ante Titania.

Cyinder arrancó de nuevo el coche, aumentando ligeramente su velocidad mientras bajaba la suave loma llena de oscuros arbustos. De repente el cielo se iluminó por miles de fuegos artificiales azules, que salían como geiseres de detrás del castillo y se extendían por el firmamento rivalizando con la luz de las estrellas.

—¿Qué es eso? —preguntó Laila impresionada.

—Pixis de Lunarïe —contestó Nimphia mirándolos—. Viven en los jardines de Nictis y a veces se unen en grandes bandadas que sobrevuelan todo el reino. No son peligrosas.

Laila dudó, acordándose de las dos malogradas hadas que había conocido.

—Cruzaremos el laberinto por el camino que Aurige nos enseñó —anunció Cyinder mientras enfilaba una de las múltiples entradas a través de los altos setos—. Con un poco de suerte, las pixis se acercarán movidas por la curiosidad de nuestras luces y nos servirán de guía.

Atravesaron la primera fila de setos y perdieron de vista el castillo negro. Pronto la oscuridad se llenó de pequeñas luces azules, diminutos fuegos fatuos que volaban alrededor del coche, riendo y chillando, rodeándolas como una nube de gas. Laila pensó que hubiese sido mejor viajar con el silencio de los dos faros del coche antes que tener que soportar los agudos grititos y la algarabía, que a veces podía ser más peligrosa que estar a ciegas.

Los setos cortados como paredes se abrían a derecha y a izquierda, pero Cyinder dirigía el automóvil con decisión sin dudar en ningún momento. Avanzó con la estela azulada pegada a las ruedas, y poco a poco las pixis, ya fuese por vagancia o por desinterés, se fueron rezagando hasta que volvieron a estar solas.

—¿Hay siempre tantos peligros en Faerie? —preguntó Laila, incapaz de guardar esa duda por más tiempo. Nimphia se volvió hacia ella.

—Nunca —fue la firme respuesta. Luego los ojos se le llenaron de lágrimas—. Lo que nos atacó en nuestro museo, lo destrozó y casi mata a Aurige, es algo completamente absurdo y desconocido en nuestro mundo. Nadie mata a nadie aquí, no hay bestias tan horribles. Somos un pueblo tranquilo, no como vosotros.

—Perdona —le dijo Laila, herida—, en mi mundo tampoco hay esos monstruos, ni nadie es capaz de crear una cortina de rayos para quemar vivo a alguien. Y eso lo

hicieron tus amables y simpáticas pixis, ¿eh?

—No os enfadéis —dijo Cyinder, mirando a Laila por el espejo—. Aquí hay peligros, como en todos lados, pero son siempre alguna desaparición misteriosa en los bosques, o algún enfrentamiento político…

—Y nadie mata a nadie, ¿no? —insistió tercamente Laila.

—Bueno, eso es tan exagerado como decir que en el mundo de los nemhiries ningún humano haría daño a otro.

Laila refunfuñó en el asiento sin querer dar su brazo a torcer. Pasaron varios minutos en silencio, escuchando solo el ruido del motor. Luego Nimphia se giró en su dirección con cara de arrepentimiento.

—Es la influencia de Lunarïe —se disculpó—. La oscuridad me ataca los nervios. Lo siento.

—Yo también —dijo Laila ensayando una sonrisa—. Me dejé llevar por la rabia. No pasa nada.

—Como sigamos mucho tiempo aquí, dentro de poco vamos a ser como Titania —dijo Cyinder mientras giraba en otro recodo.

Permanecieron silenciosas durante unos momentos.

—¿De verdad es la reina de Lunarïe? —preguntó Laila.

—Sí —afirmó Nimphia mirando los setos oscuros.

—¿Y es la madre de Aurige? —insistió.

—Sí.

—¿La misma Titania de Shakespeare?

—¿Ese quién es? —preguntó Nimphia extrañada, girándose hacia ella.

Laila la miró interrogante.

—Pues un escritor —respondió—. Ya está muerto, pero escribió sobre ella y Oberón, y sobre todo vuestro mundo de had… de Faerie.

—Si era un nemhirie, seguro que se perdió una noche en los bosques de Lunarïe —dijo Cyinder—. No hay otra explicación para que los conociese. Titania nunca baja a vuestro mundo. Antes preferiría revolcarse en barro.

Nimphia lanzó una risita histérica al imaginárselo.

—Lo impresionante —siguió Cyinder con la mirada puesta en el laberinto—, es que ese escritor tuyo pudiese salir de Lunarïe y vivir para contarlo.

—¿Qué has querido decir con lo de vivir para contarlo? —preguntó Laila asustada.

—No sabes cómo es Lunarïe —le reveló—. Aquí hay que tener mucho cuidado con lo que dices o incluso con lo que piensas. Si hablas una palabra más alta que otra, o molestas a Titania o a cualquiera de sus duquesas, puedes encontrarte con un cuchillo en la garganta antes de contar hasta tres.

—Pues menos mal que Faerie no es violento —dijo Laila mientras se palpaba el

cuello de manera inconsciente.

Se giró hacia Nimphia por si había escuchado su comentario, pero la chica había vuelto a perderse en oscuros pensamientos sin ninguna intención de mantener la conversación, por lo que el trayecto siguió monótono mientras en el cielo volaban miles de pixis azules en dirección al bosque, como bandadas de aves emigrando hacia el sur.

Tras un último recodo el laberinto quedó por fin atrás y ante sus ojos aparecieron los negros muros de ónice y obsidiana de Nictis, el Palacio de la Noche.

Cyinder condujo el coche por un cuidado jardín lleno de flores malvas y violetas donde brillaban congeladas miles de gotas de rocío, pequeños diamantes de hielo que lanzaban destellos a la luz de la luna. Parecía como si el palacio estuviese suspendido en medio de un infinito firmamento lleno de estrellas por todos lados, y solo la enorme luna diferenciaba el cielo real del imaginario.

«Es maravilloso», pensó Laila mientras el Mustang se detenía y las tres bajaban del coche, la única incongruencia en aquel mundo de sueños.

Con mucho cuidado depositaron a Aurige sobre el estrellado césped en el regazo de Nimphia. Laila se agachó junto a ella para arreglarle el cabello y las ropas, inspeccionando la espantosa herida. Las puertas del palacio comenzaron a abrirse como si los habitantes hubiesen sabido de su presencia. Al momento hizo su aparición un hada estirada y enjuta, con el cabello negro y alas oscuras, que bajaba las escaleras a toda prisa. Se diría que flotaba, ya que el filo de su negro y vaporoso vestido apenas rozaba las pulidas escalinatas.

Cuando llegó ante ellas miró primero a Cyinder con ojos interrogadores, y luego se fijó en el cuerpo desfallecido, poniendo cara de horror. Se acercó a Aurige con cara de sorpresa sin que pareciese notar la presencia de Laila ni de Nimphia.

—Duquesa Geminia —la saludó Cyinder con una inclinación de cabeza que la otra ignoró.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió con voz fría y cristalina.

—Un accidente —abrevió Cyinder, resuelta a no dar más explicaciones—. Queremos ver a la reina Titania ahora mismo.

—Comprendo —contestó el hada con la mirada puesta en Aurige sin mover un dedo.

Cerró los ojos concentrándose y al momento varias hadas vestidas con túnicas violetas surgieron de la noche y recogieron el cuerpo de la joven sin pronunciar una palabra, transportándola en el aire hacia el interior del edificio con gran delicadeza.

Laila y Nimphia se levantaron y la duquesa Geminia las observó reparando en ellas por primera vez.

—Una nemhirie… —dijo señalando a Laila con un imperceptible gesto de su mano.

—Es amiga nuestra —contestó Cyinder, que ya comenzaba a subir los peldaños hacia el gran portalón abierto ante ellas.

—No puede entrar en Nictis —dijo con firmeza la duquesa, cerrándole el paso.

—Sí puede —la contradijo Cyinder con una voz que no admitía réplica.

La duquesa miró con frialdad a la rubia Solarïe mientras sus ojos destellaban peligrosamente.

—Titania jamás ha consentido que un… nemhirie —dijo con asco la última palabra—…que un humano cruce las puertas del palacio negro. Ni yo tampoco —advirtió suave como una serpiente.

—Ya me imagino que tú tampoco —respondió Cyinder con cinismo y los ojos tan fríos como los de ella—, pero todavía, aquí y ahora, duquesa, no ha nacido quien niegue la entrada en el reino de Lunarïe a una princesa de Solarïe y a sus amigas.

—¡Cómo te atreves! —se agitó la otra bajando la voz.

Su cara se desencajó en una máscara de rabia mientras sus manos apretaban los suaves velos de su vestido. Al final bajó la cabeza e hizo una servil reverencia a la vez que Cyinder terminaba de subir los escalones seguida por Nimphia y Laila, que la miraba con los ojos muy abiertos y la cara llena de preguntas.

—Luego te lo contaré —susurró Cyinder sin detenerse.

Siguieron a la comitiva hasta el palacio, y Laila sintió que perdía el aliento por la grandiosidad de la sala en la que entraba. Altísimas columnas de obsidiana se elevaban, curvándose en arcos ojivales y capiteles, y grandes cristaleras llenas de colores como gigantescos caleidoscopios formaban los muros hacia arriba, hacia el cielo estrellado, pues no había techos ni bóvedas en Nictis. Largos velos del color de la noche caían desde las alturas, meciéndose y agitándose con la brisa nocturna, separando las enormes estancias en salas y salones más pequeños donde tal vez se entretejían las intrigas de un mundo doblemente oscuro y traicionero.

Por el aire flotaba un dulce aroma a madreselvas y a dama de noche. Numerosas hadas de porte regio y alto rango se unían en silencio a una comitiva que se estaba convirtiendo en un funeral.

Laila se sintió atemorizada en aquella atmósfera de muerte, y además le pareció que ella, Nimphia y Cyinder, no estaban vestidas correctamente en aquel sitio. Así se lo hizo saber a su amiga del aire con un susurro. Nimphia asintió, y con un gesto transformó las faldas y vaqueros de las tres en vaporosos vestidos negros. Cyinder puso cara de desagrado por un momento, pero luego aceptó el cambio con resignación. Los zapatos desaparecieron y Laila se encontró caminando descalza por un suelo frío y cortante. Se sentía muy rara enfundada en aquel traje de luto largo y oscuro, y de pronto se acordó de su libro, que para su alivio, seguía acomodado en un bolsillo secreto entre los pliegues.

Llegaron por fin ante las puertas del salón de trono, que se abrieron solas

silenciosamente, y las atravesaron mientras Laila miraba a todas partes boquiabierta, sin palabras para poder describir la magnificencia y la frialdad de aquella corte.

El suelo era negro, tan pulido que parecía el agua de un lago sin fondo, y en él se reflejaban las estrellas y la pálida luna. Atravesaron la superficie creando pequeñas ondas como si fuesen olas, caminando hacia el trono elevado sobre escalones donde aguardaba Titania, la reina de Lunarïe.

Era tan hermosa como distante, y su larga cabellera, negra como ala de cuervo, caía hasta su cintura como hilos de seda. Llevaba un vestido que parecía hecho con la noche, cuajado de estrellas que se mecían suavemente alrededor de su estrecho talle, y que terminaba en suaves jirones que descendían varios peldaños a su alrededor. En su cabeza, una corona de diamantes realzaba la frialdad de su mirada, y un único punto de color en su piel de alabastro: unos labios rojos como la sangre que daban vida a su perfecto y anguloso rostro.

No se movió ni se acercó corriendo hacia su hija. Esperó a que la dejaran flotando sobre el negro lago sólido y luego permaneció impasible hasta que la mayoría de la comitiva desapareció. Quedaron en el inmenso salón las tres amigas, la duquesa Geminia y otras dos ataviadas damas, la condesa Bernicatte y la condesa Urania, damas de compañía de la reina, que se arrodillaban ante ella sin despegar la vista del suelo.

Cyinder se inclinó doblando una rodilla y las otras dos la imitaron. Y entonces, como si se diese cuenta por primera vez de la presencia de sus invitadas, Titania reparó en Laila y dio un respingo mientras perdía el color de su ya pálido rostro.

—Ithirïe —susurró a la vez que su voz quedaba ahogada por el sonido de su vestido al ponerse en pie.

—Reina Titania —dijo Cyinder, que seguía su extraña mirada en dirección a Laila —. Os suplicamos vuestra ayuda y la de vuestras sacerdotisas. Fuimos atacadas por algo que…

Siguió hablando, pero parecía que la reina no la escuchaba. Bajaba los escalones, como si estuviese hipnotizada, sin dejar de mirar a Laila, la cual se había puesto en pie y daba unos pasos atrás llena de temor.

—… y entonces Aurige, ¡vuestra hija…! —siguió hablando Cyinder, aumentando insolentemente la voz hasta casi convertirla en un grito mientras observaba el paso vacilante de la reina.

Ella pareció notar su tono perentorio y la miró contrariada. Luego desvió su mirada hacia su hija como si fuese una perfecta desconocida, y volvió sus oscuros ojos a Laila, que permanecía quieta como una estatua.

Las tres permanecieron en silencio. Titania se giró bruscamente en dirección al trono.

—¡Titania, vuestra hija se muere! —chilló Cyinder de repente, perdida toda

compostura diplomática, creando ecos de cristal que volaron fantasmales hacia las alturas.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó Titania, peligrosa como una cobra, los ojos furibundos por la ira, con una voz tan fría como las estrellas.

Laila vio que la duquesa Geminia sonreía de placer.

—Vuestra hija, Aurige —siguió la Solarïe más apaciguada, bajando el rostro hacia el suelo—, fue atacada por un ser demoniaco…

—Me has llamado Titania —siguió la reina imperturbable—, y para ti, insolente Solarïe, soy la Reina Titania —remarcó su título—, reina de Lunarïe, y los lazos de amistad que me unen a tu madre no son lo suficientemente estrechos como para otorgarte la confianza que has creído merecer.

Cyinder abrió la boca, incrédula por la extrema dureza de la reina y por su absoluta indiferencia por Aurige y luego la cerró de golpe.

—Mis sacerdotisas se encargarán de ella —anunció regresando al trono. Después de sentarse miró de nuevo a Laila.

—Pero… —objetó Cyinder.

—Mis sacerdotisas —recalcó Titania sin dejar opciones—, se encargarán de ella.

Y de esta forma dejó claro que la audiencia había concluido. Las tres muchachas fueron conducidas fuera del salón por la duquesa Geminia y las dos condesas, que las acompañaron hacia las estancias de invitados, donde podrían acomodarse y descansar.

Una vez que perdieron de vista la horrible cara de satisfacción de la dama Geminia, las tres se sentaron abatidas sobre los numerosos cojines que inundaban los aposentos, llenos de velos y columnas orladas por malvas y orquídeas, y tres mullidas camas con largos doseles que se negaron a probar.

—¿Es siempre así? —logró preguntar Laila, dando rienda suelta a su furia y a su frustración.

—O peor —dijo Nimphia acomodándose sobre los almohadones—. Parecía que tenía un especial interés por ti. Me pareció que cuando te vio puso cara de susto.

—¡Cara de susto! —dijo Cyinder desdeñosa—. No creo que nada asuste a un ser tan frío y tan cruel.

Luego agarró un cojín y lo apretó con sus manos.

—¡Su propia hija! —exclamó dolida. Puso una voz cómica y movió la cabeza como un payaso—: «Los lazos de amistad que me unen a tu madre…».

—Así que también eres una princesa… —le dijo Laila con una sonrisa llena de complicidad.

—¿Y de qué sirve? —respondió ella levantándose, dando grandes zancadas a través de la habitación.

—«No ha nacido quien niegue la entrada en el reino de Lunarïe… ¡a Cyinder, la

justiciera de Solarïe!» —la imitó Laila con voz cavernosa.

La rubia la miró unos instantes y al final se echó a reír mientras Nimphia se cubría las manos ahogando una risita. Laila también comenzó a reírse y las tres acabaron haciendo gestos grandilocuentes imitando a la duquesa Geminia, dando grandes pasos y poniendo miradas asesinas por toda la estancia.

—Te has ganado una enemiga de por vida —le dijo Nimphia riendo al tiempo que se tiraba sobre los cojines.

—¡Oh, sí! —afirmó Cyinder—. En cuanto Aurige se recupere, tendremos que salir de aquí volando. No quiero encontrar mis ojos en un tarro de cristal cuando despierte.

—No creo que se atreva a tocarte —dijo Laila—. Tu madre exigiría respuestas y caería sobre ella toda su furia.

—¿Toda su furia? —se carcajeó Cyinder con amargura—. Su mayor enfado fue cuando no logró combinar adecuadamente su último pintalabios con el color de sus zapatos. Rompió todos los espejos del palacio.

—¿En serio? —dijo Laila, incrédula, sin saber si reírse o apenarse—. ¿Y tu madre? —pregunto a Nimphia—. ¿Tú también eres de sangre real? Ella asintió.

—Mi madre es la reina Zephira de Airïe —explicó—. Pero no me llevo mal con ella.

—Por eso envía emisarios, como los que mandó a Acuarïe —recordó Laila.

—Nimphia no tiene motivos para ser rebelde —dijo Cyinder tirándole un cojín a la cara.

—¿Ah, no? —protestó Nimphia—. ¿Y qué me dices de la presión de tener dos hermanas pequeñas, y tener que ser siempre el ejemplo que tienen que imitar? «Nimphia, camina con la espalda recta. Nimphia, no hables tan alto y no pongas los codos en la mesa. Nimphia, vuela sin mover las alas, que pareces una mosca…».

—Horrible —se burló Cyinder poniendo los ojos en blanco.

—¡Calla! —dijo Nimphia con la cara seria.

—No te enfades, chica —dijo la rubia riéndose.

—¡Calla! —repitió llevándose un dedo a los labios mientras observaba las cortinas de la entrada.

Inmediatamente se hizo el silencio, y Laila y Cyinder se miraron con el terror pintado en sus ojos. Alguien apartó suavemente los velos. Apareció ante ellas un hada vestida con una sencilla túnica malva, sin adornos de ningún tipo, que les sonreía con amabilidad.

—Disculpad, jóvenes damas —dijo haciendo una graciosa reverencia—. Me envía mi señora Titania para acompañaros al Templo de Altaïr, donde va a realizarse el rito de curación de la dama Aurige.

Las tres estaban sorprendidas, y luego se pusieron en pie dubitativas. La

sacerdotisa comenzó a caminar hacia los corredores. La siguieron a través de pasillos y grandes estancias, bajando las escaleras hasta salir fuera del palacio, que parecía abandonado. Al momento se les unieron dos hadas más, y Laila se sintió excesivamente protegida, casi una prisionera. Lo mismo debieron notar Cyinder y Nimphia, que se pusieron rígidas, llamando la atención del hada que les había ido a recoger.

—No temáis —dijo en respuesta a sus dudas—. Mi nombre es Mistra, y soy sacerdotisa de Lunarïe. Ellas son mis compañeras, Tauria y Virge. Os acompañaremos a través de los jardines de Nictis. No tengáis ningún miedo.

—No tenemos miedo —contestó Cyinder—. Pero me siento más como una prisionera que como una invitada.

—Oh, no, por favor —dijo Mistra mirándola profundamente—. Titania vela por vuestra seguridad. El palacio se queda ahora demasiado… desierto.

—No nos íbamos a aburrir —dijo Nimphia mientras caminaban hacia el laberinto sobre el jardín de estrellas.

—Desde luego —apuntó la que se llamaba Tauria—. El aburrimiento no es algo por lo que la reina Titania se preocupe.

Las tres amigas se quedaron en silencio pensando en esas misteriosas palabras. Mistra inició una conversación tratando de ser amable cuando cruzaban ya los setos, girando al oeste en el primer recodo, según tomó nota Laila mentalmente.

—La dama Aurige se pondrá bien —dijo con una sonrisa encantadora.

—Eso espero —dijo Laila por primera vez, con un suspiro.

—Es fuerte —comentó la sacerdotisa—, aunque la enfermedad que la domina es terrible. Ha sido un milagro de los dioses que la hayáis traído a tiempo.

—Sí —dijo Cyinder ausente, reacia a contestar más que con monosílabos.

—Las heridas no eran importantes —siguió hablando Mistra mientras caminaba, como si fuese una disertación académica—. Apenas llegaron a la dermis profunda. En el ala derecha le quedará una pequeña cicatriz, pero nada más. Lo grave ha sido el veneno que le fue inoculado.

—¿Veneno? —se alarmó Nimphia.

—Sí. Un veneno misterioso y poco conocido. Las sacerdotisas más antiguas del templo no recuerdan algo así desde los tiempos del Nuïteniriïan. Yo, desde luego, no había nacido —dijo con voz cristalina.

Laila no entendía nada de lo que decía la sacerdotisa, pero siguió escuchando con la máxima atención, igual que Cyinder y Nimphia.

—De todos modos —añadió Virge—, nos alegramos de que la hayáis traído a Lunarïe. Como sabéis, ningún otro reino guarda ya los secretos y las pociones de curación. Fórmulas antiguas, incluso de los Reinos Perdidos…

—Por cierto —interrumpió Mistra mirando a Laila—, ¿de qué reino eres? Nunca

he visto un color de cabellos como el tuyo, y soy de las pocas que he podido visitar Acuarïe —añadió orgullosa.

—Soy humana… es decir, nemhirie —dijo Laila intentando ser cortés.

La sacerdotisa la miró con teatral sorpresa.

—Por supuesto. Perdona mi grosería, dama Laila.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó extrañada.

Cyinder le dio un codazo para que guardara silencio.

—No es un misterio —dijo girando hacia el oeste en un recodo—. La dama Aurige os nombraba a todas en sueños. Nosotras la hemos cuidado hasta ahora, aplicándole bálsamos y sencillos ungüentos para cicatrizar sus heridas. Parece que os tiene mucho aprecio. Quizás sea esa la causa de que mi señora Titania se preocupe por vosotras. Lo único que desea es la felicidad de su hija.

Cyinder, Laila y Nimphia se miraron con incredulidad, pero se abstuvieron de hacer cualquier comentario ante la lealtad de la sacerdotisa.

Siguieron caminando. Siempre giraban hacia el oeste, hasta que atravesaron los últimos setos, tras los cuales había un camino empedrado que discurría alrededor de un tranquilo lago lleno de nenúfares. Más allá, recortadas sobre el manto de estrellas, se alzaban las columnas de un gran templo de piedra, parecido a una catedral ovalada, llena de ventanales y angostos torreones.

—El templo de Altair —anunció Mistra sin necesidad—. Pasad, amigas de la dama Aurige. Liberad vuestros corazones de todo temor.

Las tres chicas permanecieron indecisas un momento, mirando hacia el edificio. Al volver la vista atrás, las tres sacerdotisas habían desaparecido en una suave neblina.

—No saben nada, mi señora —dijo Mistra inclinando la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó Titania.

—Sin ninguna duda —respondió la sacerdotisa—. La chica humana está tan desconcertada por todo lo que le rodea como cualquier nemhirie. Sus ojos y su mente no demostraron ningún conocimiento cuando nombramos los Reinos Perdidos y el Nuïtenirïan.

—Bien —dijo Titania—. Ahora dejadme.

Mistra se inclinó de nuevo y desapareció junto con sus compañeras.

Titania se levantó del trono y bajó los peldaños en silencio. Luego atravesó el salón hacia un pequeño reservado, apartando los oscuros cortinajes hasta que llegó a unos aposentos cuya existencia nadie conocía.

En medio de la estancia, flotando en el aire, se hallaba un gran espejo negro cuya superficie no reflejaba nada, ni siquiera la imagen de su reina. Titania lo miró despacio, calculando posibilidades.

«Y sin embargo veo la mano de la reina Serpiente», pensó. Luego, decidida, acarició la oscura superficie que pareció vibrar a su contacto.

—Maeve —pronunció con un susurro.

Una imagen se fue formando poco a poco ante sus ojos mientras el negro se fundía en un blanco cegador.

—¿Querías verme, Titania? —dijo una voz cálida y aterciopelada desde el espejo.

La reina de Lunarïe se arrodilló reverencialmente.

—Señora —repuso levantándose—. Necesito vuestro consejo.

La Reina Blanca asintió, bella y serena tras la superficie.

—Dime Titania. Sabes que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

—Como sabéis —cortó Titania con impaciencia—, mi hija nunca ha sentido el menor respeto hacia mi casa y hacia la monarquía, y viaja creyéndose independiente en compañía de la hija de Hellia y de la hija de Zephira.

—Sí, lo sé —respondió la otra con una sonrisa comprensiva.

—Hasta ahí todo resulta tolerable —siguió Titania—. Al fin y al cabo son princesas. Nunca se mezclarán con el populacho, pero ha ocurrido algo… Un imprevisto.

Maeve la miró en silencio.

—Tiene una nueva amiga. Nunca lo adivinaríais, majestad. Podría ser una Ithirïe…

—¡Cómo! —se sobresaltó Maeve.

Titania estudió su rostro con atención, sin perder detalle.

—No es seguro —susurró la reina de Lunarïe—. Parece una nemhirie desastrosa, no tiene alas ni conocimientos…

—Retenía allí a toda costa —ordenó Maeve cortante—. Enviaré a dos mensajeros a por ella.

Titania hizo una servil reverencia bajando la cabeza y la imagen del espejo desapareció. Cuando la superficie se volvió completamente negra, la reina Titania permaneció un momento perdida en sus pensamientos. Luego sonrió para sí misma y salió de allí a toda prisa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Laila mirando a Cyinder.

—Entremos —dijo ella—. No me arriesgaría a volver por el laberinto sin que nadie nos guiase.

—Qué sacerdotisas tan misteriosas —comentó Nimphia cruzando las puertas del templo—. Parecía que nos estuviesen vigilando.

—Yo creo que eran algo así como la guardia personal de Titania —dijo Cyinder —. ¿No os habéis dado cuenta de que fuimos acompañadas por simples vestales en lugar de su prestigiosa corte de honor? Lo lógico sería que a dos princesas las

acompañaran duquesas y condesas. Gente de rango.

—Sí que es extraño —afirmó Laila—, pero no te pongas ahora a dártelas de noble, ¿eh?

—Anda ya. Lo que ocurre es que Titania no se fía de sus damas de compañía.

De pronto, unas voces sobrenaturales surgieron del interior del templo e interrumpieron su conversación. Las tres atravesaron el recibidor. Entraron en una impresionante sala, fría y desapacible, que a Laila le recordó a las oscuras iglesias renacentistas, llenos de arbotantes y estilizadas columnas que se elevaban hacia las alturas, con estrechas cristaleras que terminaban en arcos de medio punto, más austeras aún que las del Palacio de Nictis.

En el centro, sobre un altar de mármol negro, reposaba el cuerpo de Aurige, rodeada por cientos de hadas vestidas de negro que entonaban el sobrenatural y repetitivo cántico. Sus voces, desde los tonos más graves hasta los más agudos, se elevaban persiguiéndose en una espiral de sonido hacia las estrellas. Otras hadas, vestidas como sacerdotisas, comenzaron a danzar alrededor de Aurige, moviendo sus manos y sus alas como si se meciesen sobre el viento de una forma hipnótica, girando sobre sus pies con los ojos en éxtasis y la cabeza vuelta hacia atrás.

Laila observó un movimiento entre el coro de la nobleza, y al momento la duquesa Geminia apareció entre las demás, confundiéndose con ellas mientras cantaba disimulando haber estado allí siempre.

Les hizo un gesto a Cyinder y a Nimphia por si lo habían advertido y las tres siguieron con la mirada puesta en la duquesa sin perderla de vista.

—¿Por dónde habrá venido? —susurró Nimphia a Cyinder, que levantó los hombros en un ademán de impotencia.

El cántico cesó bruscamente y las danzarinas se arrodillaron todas a la vez con las manos extendidas hacia el centro en una coordinación perfecta. Poco a poco las hadas se fueron apartando, dejando paso a dos sacerdotisas muy mayores con largos cabellos blancos y alas marchitas que transportaban un recipiente de gran tamaño lleno de algo que brillaba con una luz fantasmal. Llegaron junto a Aurige y, después de entonar extrañas palabras, se embadurnaron las manos en un barro verde y pegajoso, y se dedicaron a untarlo por todo el cuerpo de la lunarïe hasta que esta quedó completamente cubierta, incluso los cabellos y las alas.

Después le abrieron la boca y le hicieron tragar una porción de la viscosa sustancia.

Aurige pareció volver en sí al momento, incorporándose con los ojos muy abiertos, tosiendo y jadeando mientras vomitaba la sustancia verdosa, pero las sacerdotisas la obligaron a tumbarse a la fuerza y a beber otro enorme trago del purulento fluido. Después la cubrieron con velos y sedas, y varias hadas más jóvenes la ayudaron a incorporarse. De la nada surgió una litera de ébano donde la

acomodaron y comenzaron a salir hacia las puertas del templo, hacia la noche, seguidas por dos hileras de sacerdotisas encabezadas por las damas Geminia y Urania, entonando un cántico ahora más alegre y esperanzador.

Aurige estaba casi desvanecida sobre el diván, pero aún así percibió la presencia de sus amigas e intentó levantar un brazo sin conseguirlo.

Las tres se incorporaron a la procesión mientras Laila volvía la cabeza hacia el altar y el atrio, intentando descubrir una puerta o una entrada que explicase la misteriosa aparición de la dama Geminia. Al final siguió el paso de sus compañeras dándose por vencida.

—Estaría escondida —sugirió Nimphia después, cuando comentaron lo sucedido en las habitaciones privadas—. O apareció de repente. Yo lo hago a menudo.

—No puede ser —negó Cyinder—. No tiene sentido. Venía de algún sitio. Estaba obligada a presenciar la ceremonia, pero cuando llegamos solo estaban esas gatas negras de Urania y Bernicatte.

—Habrá una sala secreta o un pasadizo —dijo Laila.

—De todas formas, tengo la sensación de que eso no es lo importante —dijo Cyinder testaruda—. Presiento que Titania quería que fuésemos allí por alguna razón. ¿Os fijasteis que ella no estaba?

—Cierto —dijo Laila—, ni las tres sacerdotisas que nos acompañaron.

—Bueno, eso es normal —comentó Nimphia—. Titania no se va a molestar en acudir personalmente para cuidar de su hija.

Laila se compadeció de Aurige en su interior. Ahora comprendía su carácter fuerte y violento.

—¿Cuándo podremos verla? —preguntó.

—Supongo que pronto —respondió Cyinder—. La sustancia aquella fue milagrosa.

—Vuelve la sacerdotisa Mistra —avisó Nimphia escuchando los cambios de sonidos y volúmenes en el aire.

Las tres se levantaron de los cojines y efectivamente, segundos después la joven hada apartaba los velos de la entrada requiriendo su atención.

—Mi señora Titania desea hablar con vosotras —dijo con una leve sonrisa.

En esta ocasión no se hicieron de rogar. De inmediato la siguieron hacia la sala del trono.

—No te vimos en la ceremonia —dijo Cyinder como quien no quiere la cosa.

—No —sonrió Mistra—. Yo sirvo a la reina personalmente. Los dioses no me bendijeron con dones curativos, ni habilidades para ser útil en una ceremonia de purificación como esta.

—Tampoco vimos a la dama Geminia —añadió Laila con una corazonada.

Mistra se detuvo en seco y luego se volvió para mirarlas con ojos interrogadores.

—Tendría cosas que hacer —dudó mientras sus ojos se oscurecían, desaparecida toda sonrisa.

Luego siguió caminando en silencio, sin volver a abrir la boca hasta que se despidió de ellas en el salón real. Titania las esperaba con una fría sonrisa, y de inmediato las tres se dieron cuenta de que estaba intentando ser amable. Les hizo un gesto para que se acercasen y de pronto, después de cerciorarse que nadie la veía, abrazó a Cyinder y le dio un beso cariñoso en la frente. Sin mediar palabra hizo lo mismo con Nimphia y luego se acercó a Laila dudando. Al final, después de mirarla con detenimiento, levantó su mano y acarició suavemente sus cabellos.

—Gracias —dijo con una voz que volvía a ser fría como el hielo—. Habéis salvado la vida de mi hija y os debo mucho.

Cyinder aún no se había recuperado de la sorpresa, pero bajó la cabeza con deferencia mientras Nimphia hacía lo mismo.

—¿Cuándo podremos verla, majestad? —preguntó el hada del aire.

Titania no se molestó en contestar de inmediato. Caminó por el gran salón hacia las ventanas y descorrió los pesados cortinajes dejando entrar el frío de la noche y la luz de las estrellas.

—Aurige se quedará aquí —anunció—. No podéis verla porque está descansando y yo no puedo arriesgarme a que sufra otra agresión como esta si viaja con vosotras, comportándose como una descerebrada. Es la princesa de Lunarïe y mi heredera, y ya es hora de que se eduque como tal.

—¡Qué! —dijo Cyinder en voz alta. Sus ojos echaban chispas.

Titania se volvió con un gesto duro. Cerró los ojos intentando controlarse hasta que sus facciones se suavizaron de nuevo.

—Entiendo que os duela, pero soy yo quien decide lo que Aurige debe hacer con su vida.

Cyinder y Nimphia no pudieron creer lo que habían oído. Nunca habían pensado que alguna vez tuvieran que separarse, y de las tres, precisamente Aurige era la que menos deseos tenía de ser reina en su vida.

—Al menos podríamos despedirnos de ella —sugirió Nimphia sintiendo que no podía oponerse a una lógica tan fría, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No es lo que deseo —dijo la reina después de un rato—. Pero os debo algo, y el agradecimiento de la reina Titania no debe resultar mezquino. Id al jardín de las rosas nocturnas, en las lindes traseras del palacio. Haré que mis sacerdotisas lleven a Aurige unos momentos hasta vuestra presencia. Que no se diga que soy una mala madre —hizo una pausa—. Luego os marcharéis, puesto que ya no tenéis nada más que hacer en Nictis.

Las despidió y se encaminó al elevado trono.

—Ha sido horrible —dijo Cyinder mientras salían del palacio frotándose la frente, donde Titania la había besado—. No sé si es peor su frialdad o su cariño.

—Nos cogió absolutamente desprevenidas —corroboró Nimphia—. ¡Qué rara es! Tan pronto se comporta como un témpano que como un volcán.

—Estaba fingiendo, seguro —dijo Cyinder—. Nos quita a Aurige, pero nos abraza como si nos quisiera y al momento vuelve a abofetearnos. Cuando nos encontremos con Aurige, intentaremos un plan de huida que se me está ocurriendo.

—A mí no me besó —dijo Laila.

—No le gustan los nemhiries, ya lo sabes. Es una pura lunarïe y seguro que hizo un gran esfuerzo por tocarte el pelo.

Laila se meció los cabellos. Atravesaban el jardín estrellado, rodeando el imponente castillo hasta alcanzar los acristalados muros posteriores. Nadie se les cruzó en el camino.

El jardín nocturno era sobrecogedoramente bello. Miles de arbustos crecían formando senderos interminables, y en ellos asomaban rosas que iban desde el blanco más puro en el momento de abrirse, hasta el violeta más oscuro y aterciopelado de la noche, cuando caían sus pétalos. Nacían y morían a gran velocidad, abriéndose y cerrándose mientras sus fragancias inundaban la noche y miles de pixis de Lunarïe revoloteaban buscando el néctar en las corolas.

—Increíble —susurró Laila adentrándose en el jardín.

Cyinder y Nimphia la siguieron embelesadas con el suave aroma inundando sus sentidos. Laila cerró los ojos y se sentó en el césped frente a cientos de rosas que giraron sus capullos en su dirección, naciendo y muriendo ante sus ojos, cubriendo sus pies descalzos de cascadas de pétalos. Se dio cuenta de que estaba terriblemente cansada.

«No debo dormirme ahora», pensó, luchando contra el agradable sopor que la invadía.

Pero sus ojos se cerraban. El olor era demasiado perfecto, demasiado intenso. Antes de perder la consciencia vio cómo Nimphia y Cyinder se desplomaban y los pétalos comenzaban a cubrir sus rostros y sus cabellos.

Cuando los enviados del Reino Blanco llegaron, Titania no tuvo ningún problema en indicarles el camino hacia el jardín de rosas nocturnas. Incluso en un intento de demostrar su lealtad, los acompañó personalmente hasta la entrada.

—Serás recompensada por esto, Titania —habló un hada blanca como la nieve mientras sus ojos, que nunca habían visto Lunarïe, quedaban maravillados ante las bellísimas rosas y su embriagador perfume.

Aurige bajó cansinamente los escalones del palacio, saliendo desde sus

habitaciones hasta el salón de festejos. Aún le dolían las heridas, pero habían pasado ya varias jornadas lunares y estaba casi restablecida por completo. De hecho, las pesadas sacerdotisas le habían dado ya permiso para salir de sus aposentos y lo único que deseaba era encontrarse con Cyinder y con Nimphia. Bueno, y con Laila también, por qué no reconocerlo. Le caía bien y le encantaba ver su cara de disgusto cuando la molestaba.

Entró en la sala esperando verlas. Sabía que no se habían marchado porque el Mustang seguía en las puertas del Palacio de la Noche, aunque ellas no estaban en las habitaciones de invitados.

Su sonrisa se truncó al ver sentada a su madre al final de una larga mesa de banquetes, saboreando con tranquilidad una taza de té.

—Pasa, Aurige —ordenó desde la distancia sin acercarse ni preocuparse por su estado de salud.

La muchacha caminó como si la empujasen hacia la mesa en contra de su voluntad, con una fuerza que tiraba de ella hasta que estuvo a pocos metros de su madre.

—¿Dónde están mis amigas? —preguntó con dureza.

—Se han marchado —dijo su madre sin mirarla, poniendo la taza de té sobre el plato.

—Mentira —cortó Aurige.

Titania sonrió con frialdad sin intentar contradecirla.

—¿Tanto te importan? —le preguntó—. ¿Tanto quieres a esas pueblerinas? ¿A esa… nemhirie?

—¡¿Y a ti qué más te da?! —gritó irritada Aurige—. ¿Desde cuándo te importa mi vida y con quién voy?

Titania se levantó airada.

—Ya basta. Ahora dime, ¿desde cuándo conoces a la nemhirie? ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Qué te ha contado de su mundo?

—¿De su mundo? —repitió Aurige de mala gana—. ¡Pues qué me va a contar! Nada que merezca la pena.

—¿Y si no fuese una nemhirie? —susurró su madre.

—Valiente estupidez —contestó Aurige tratando de alterarla—. ¿Y si Oberón te engañase con otra?

La cara de Titania se quebró como un cristal.

—¿Ves, mama? —siguió—. Las preguntas estúpidas exigen respuestas estúpidas.

—Márchate, Aurige —dijo Titania cerrando los ojos—. No te soporto. Vete y no vuelvas. Tus amigas están en el jardín de las rosas nocturnas. Recógelas y márchate.

—¿Están dónde? —gritó la chica con el rostro descompuesto por la ira—. ¡Cómo has sido capaz, madre! ¡Cómo!

Titania la miró indiferente.

—Maeve lo ordenó —susurró tomando de nuevo un sorbo de té.

—¡Cómo no! —gritó Aurige fuera de sí—. ¡Titania, la sierva de Maeve! Ella manda y tú te arrastras como si fueses su perro faldero. ¡Te odio mamá!

Echó a correr hacia las puertas del palacio sin volver la vista atrás.

—Date prisa, hija —dijo Titania a nadie en absoluto mientras su mirada se perdía en un punto, más allá de las estrellas.

Aurige condujo el Mustang a gran velocidad, marcando las huellas de las ruedas en las falsas estrellas del jardín. Mientras aceleraba y trataba de despejar de su mente el odio que la colmaba, tomó nota de regañar duramente a Cyinder por los destrozos y arañazos que tenía la carrocería. Y así, como una bala, cruzó los primeros arbustos de rosas de la noche, aplastando y destrozando todo lo que encontraba a su paso.

Sintió el perfume inundar su olfato pero hizo caso omiso, obligando a rugir al automóvil, arrasando con salvaje alegría el magnífico y embrujador jardín.

Al fin las encontró, tres montañas de pétalos donde solo sobresalían ya sus cabezas, sumidas las tres en el narcotizante aroma que las hacía vagar por un país de sueños sin fin. Saltó del coche y las arrastró una a una con renovadas energías mientras su cuerpo se quejaba diciendo que aún estaba convaleciente.

Luego puso en marcha el motor, pensando si dar una vuelta completa a toda la extensión de rosas nocturnas y acabar con ellas definitivamente, cuando a la luz de los faros vio dos figuras quietas como estatuas, blancas como la nieve, hechizadas ante unos grandes arbustos. Los pétalos comenzaban ya a cubrir sus pies.

Giró el volante haciendo chirriar las ruedas del Mustang y tras dejar el palacio de Nictis atrás, enfiló el laberinto de setos sin ver que, desde una de las grandes cristaleras, la ya lejana figura de Titania la observaba marcharse con una mueca de placentera y calculada alegría.

7
La corte de Blackowls

Laila soñaba.

En su sueño le faltaba la respiración. Miles de flores blancas la aprisionaban como si estuviese dentro de un capullo de seda, y cuando conseguía salir, las flores desaparecían y no había nada más que un largo camino de piedras blancas. Comenzaba a recorrer la senda que brillaba como la plata, pero poco a poco se iba estrechando hasta que al final se encontró haciendo equilibrios sobre un cuerda blanca. Ahora era un puente que colgaba sobre un profundo precipicio y en cada extremo un hada sostenía la cuerda con firmeza. Una era Titania y otra la dama Geminia, y ambas le incitaban a cruzar.

—No tengas miedo —le decían—. Nosotras sostenemos la cuerda.

Laila avanzó lentamente. Miró hacia abajo, hacia un enorme pozo oscuro sin fondo, lleno de estrellas que brillaban con malignidad. Cuando parecía que caminaba más segura, Titania balanceó uno de los extremos a la vez que lo aflojaba riéndose cruelmente.

—¡Salta, nemhirie, salta! —gritaba con unos ojos donde ardían témpanos de hielo.

La cuerda quedó libre y Laila comenzó a caer sintiendo toda la angustia del vértigo mientras abría la boca dejando escapar un grito silencioso.

Abrió los ojos sobresaltada. El Mustang acababa de tomar un socavón imprevisto en el camino y Laila había botado en el asiento cuando soñó que caía. Giró la cabeza a todos lados asustada. Estaba en un coche, en mitad de un bosque lleno de árboles retorcidos, en plena noche cerrada. A su lado había dos muchachas vestidas de negro, una rubia y otra con el pelo violeta, que dormían profundamente. Laila no se sorprendió porque tuviesen alas en la espalda. Poco a poco los recuerdos fueron volviendo y entonces reparó en el conductor.

—¡Aurige! —exclamó con alegría poniéndole una mano en el hombro.

La lunarïe dio un brinco por el susto y frenó con un chirrido de neumáticos a escasos centímetros de un grueso tocón que pensaba esquivar segundos antes.

—Casi me matas —se quejó dándose la vuelta para mirar a su interlocutora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laila fijándose en sus alas, una de las cuales presentaba tres arañazos cicatrizados—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —confirmó ella—. He mandado a mi madre a tomar viento otra vez. Eso ha pasado.

Laila se puso seria. Volvió a sentir compasión por ella.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. Lo último que recuerdo es el palacio. Hablábamos con alguien… Espera —dijo recordando—, era con tu madre…

—Me lo imagino. No le des más vueltas. Olvídate de mi madre y punto, no hablemos más de ella.

Laila se bajó del coche y se sentó en el asiento de delante dispuesta a consolarla, pero al ver su duro gesto recordó que Aurige odiaba las sensiblerías.

—¿Dónde estamos? —preguntó de nuevo para cambiar de tema, observando los árboles visibles bajo los faros, silenciosos guardianes que se perdían en la oscuridad —. ¿Seguimos en Lunarïe?

—Eso me temo —dijo Aurige con un suspiro—. Atravesé el laberinto, pero parece ser que con las prisas me equivoqué en un par de recodos. Al final hemos llegado a este bosque lleno de trampas y caminos sin salida. No hay carreteras ni zonas conocidas. Creo que estamos en un punto muerto.

Abrió la portezuela mirando a izquierda y derecha, y salió del coche bajo la luz de los faros, caminando alrededor para inspeccionar el terreno. Los viejos troncos y arbustos espinosos crujían de vez en cuando, susurrando entre sí. Algunos insectos nocturnos se habían acercado curiosos, y revoloteaban como luciérnagas sobre los haces de luz. Un búho ululó en un árbol cercano.

Aurige se acercó a sus compañeras, dormidas en el asiento trasero, y las sacudió hasta que comenzaron a dar signos de vida. Lentamente fueron saliendo de su soporífero estado abriendo los ojos y bostezando como si hubiesen dormido miles de años. Cyinder parpadeó y después de un momento reconoció a su compañera de Lunarïe. Puso cara de sorpresa e inmediatamente la abrazó mientras comenzaba a hacerle mil preguntas. Después fue el turno de Nimphia, y Aurige se vio de nuevo sometida al mismo interrogatorio: sí, estaban todavía en Lunarïe, sí, ella estaba bien, y no, de su madre no quería ni oír hablar. Sobre lo que a ellas tres les había ocurrido, la morena prefirió guardar silencio.

Como no iban a sacarle una palabra más sobre lo sucedido, Cyinder y Nimphia comenzaron a mirar a su alrededor, dándose cuenta de la nueva situación. Salieron del coche y Laila las imitó. De inmediato notó la fría y pinchante tierra bajo sus pies descalzos y se dio cuenta de que aún vestían todas los negros vestidos de luto.

—Nimphia —dijo a su amiga—, ¿te importaría devolverme mis vaqueros?

La de Airïe miró a Laila y luego a su propio atuendo, mientras Cyinder lanzaba una maldición al darse cuenta de cómo iban vestidas. Al momento cambió las negras sedas por cómodos pantalones, jerséis y zapatos deportivos, llenos de colores chillones.

—No entendéis el espíritu de Lunarïe —les dijo Aurige, desdeñosa, mientras ella misma transformaba sus propias ropas por otras igual de cómodas.

—¿Sabes dónde estamos entonces? —preguntó Nimphia, contenta con el cambio.

—Por supuesto —contestó Aurige con superioridad—. Estamos a las puertas del Bosque de Blackowls, los dominios de Oberón.

—¿En serio? —dijo Cyinder dando un gritito de emoción. Aurige la miró poniendo los ojos en blanco.

—Me encanta tu padre —suspiró Nimphia—. Es tan valiente y tan guapo…

—Oye, que no es mi padre —la contradijo ella con disgusto—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Es su padrastro —le susurró Cyinder a Laila. Iba a añadir que no comprendía cómo un rey de los duendes como él podría haberse enamorado de una bruja como Titania, cuando percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Le había parecido que un arbusto había cambiado de sitio—. ¿Habéis visto eso? —preguntó alarmada.

—¿El qué?

Otro buho ululó más cerca y Aurige observó detenidamente las copas de los árboles.

—No os separéis —les advirtió.

—¡Ay! —exclamó Laila mirando a Cyinder—. ¿Por qué me pellizcas?

—Yo no he sido —protestó la chica.

—¡Eh! —gritó Nimphia al sentir que algo le tiraba de los cabellos.

De pronto se escucharon risitas agudas y varios arbustos y matorrales se acercaron hacia ellas, rodeándolas.

—¡Duendes! —exclamó Aurige.

En ese momento, una algarabía de gritos, risas y aullidos surgieron por todas partes como si hubiesen caído en una emboscada.

—¡Yujuuuuuu!…

—¡Yaiyaaaa!…

Cientos de figuras oscuras y salvajes surgieron de troncos huecos, copas frondosas y arbustos. Laila observó asustada rostros pintarrajeados, vestidos con plumas, pieles y hojas, que las cercaban gritando y danzando. Uno de ellos tocaba un caramillo asombrosamente mal. Otro llevaba un gorro con alas de lechuza que le daba un aspecto aterrador, y varios duendes más se cubrían la cara y giraban a su alrededor, poniendo muecas de espanto como si tuviesen intenciones de morderlas.

Aurige, que pareció asustarse al principio, se dirigió al que tocaba el caramillo y se lo arrancó de golpe de los labios estrellándolo contra el suelo. El horrible sonido agudo cesó y con él toda la algarabía. Las figuras dejaron de bailar, y Laila pudo comprobar que en realidad apenas superaban la media docena.

Parecían jóvenes de su misma edad, con caras aniñadas y traviesas, y naricillas respingonas. Altos, como adolescentes humanos, y sucios, como si no se hubiesen lavado en la vida, sus orejas eran puntiagudas y llevaban los cabellos largos o recogidos en pequeñas trenzas que se les enmarañaban alrededor de la cara dándoles un aspecto oscuro y grotesco.

—¿Por qué has hecho eso, Aurige? —le preguntó dolido el duende mientras

recogía los restos del caramillo.

—Me estaba dando dolor de cabeza —respondió la otra—. Pero no esperaba menos de ti, Puck, nos has dado un buen susto.

—¡La dama Aurige siempre fastidiándonos la fiesta! —dijo otro duende con pena —. ¿Es que no tienes otra cosa que hacer?

—Oh, tengo miles de cosas que hacer más importantes que hablar con unos desarrapados como vosotros.

—Nosotros, ¿desarra… desaparra… desapaqué? —respondió el del gorro de lechuza—. ¡Encima que os damos una increíble bienvenida nos insultas!

—¿Qué es esa cosa? —preguntó un duende que llevaba varias colas de zorro atadas alrededor de la cabeza acercándose al Mustang.

—¡No lo toquéis! —gritó Aurige viendo sus intenciones—. ¡Ni se os ocurra!

Y por esa misma advertencia, Puck saltó dentro del coche y empezó a toquetear todos los mandos y a girar el volante. Aurige se abalanzó hacia él y detrás Laila, Cyinder y Nimphia, guiadas por el mismo impulso. Inmediatamente todos los duendes se lanzaron hacia el automóvil iniciando una batalla campal, gritando y aullando. Intentaban subirse, a la vez que las cuatro chicas trataban inútilmente de impedir que llegaran a los asientos, tirando de ellos o sacándolos a la fuerza mientras esquivaban golpes y patadas.

Cyinder le arrancó el gorro de alas de buho a su dueño con un grito salvaje y este le pegó una patada en la espinilla, haciendo que la muchacha se agachase de dolor en el momento mismo en que varias bellotas pasaban como proyectiles justo por donde había estado su cabeza unos segundos antes. Las bellotas se estrellaron contra el cristal delantero del coche y contra Puck, que había descubierto la bocina del Mustang y la hacía sonar estruendosamente una y otra vez.

Nimphia trataba de arrastrar a un duende que había abierto la puerta y se aferraba con saña al manillar de la portezuela, mientras la chica tiraba de sus piernas hacia atrás con todas sus fuerzas. El duende tenía todo su cuerpo en el aire, dando patadas que Nimphia trataba de esquivar mientras reía por lo cómico de la situación. Dos duendes emplumados la agarraron por los brazos haciéndole cosquillas y pellizcándola, tratando de ayudar a su amigo.

Laila consiguió meterse en el asiento del copiloto y trató de empujar fuera del coche a Puck, que había conseguido poner en marcha los limpiaparabrisas. El chorro de agua salpicaba el cristal incesantemente y caía a tierra formando un charquito de barro. El duende se rió por su descubrimiento, pero al momento se vio empujado fuera del coche y cayó dando con la cara en el suelo.

—¡Eh! —gritó riéndose con renovadas energías—. ¡Para esto si puedes! —aulló mientras le lanzaba pequeñas piedras y semillas que había recogido rápidamente en la caída.

Laila las esquivó agachándose y luego levantó la cabeza sonriendo.

—¡Has fallado, has fa!… —cortó al recibir un impacto de barro en la cara.

—¡Lo siento! —gritó Aurige con una sonrisa y las manos llenas de lodo—. ¡Era para él!

—Con que sí, ¿eh? —gritó Laila lanzándole una bellota que había caído en el salpicadero.

Momentos después recibía una nueva lluvia de semillas lanzadas por Puck, que había aprovechado su ventaja con el despiste de la chica.

Todos siguieron luchando y formando una algarabía terrible, gritando y pataleando hasta que fueron cayendo al suelo, rendidos, uno a uno. Laila se recostó junto a Cyinder, que a pesar de los innumerables golpes y arañazos mantenía intacto el gorro de lechuza sobre su cabeza.

—¡Qué paliza nos han dado! —dijo Nimphia, contenta a pesar de todo, alegre como si hubiese conseguido liberarse del todo de las pesadillas que la habían atormentado.

—¡Anda que vosotras…! —gimió Puck arrastrándose hacia ellas.

—Os lo merecíais —gritó Aurige con manchas de barro y hojas pegadas en la cara y el pelo, victoriosa sobre el Mustang, que lucía el peor aspecto de su historia.

—Ha sido una buena batalla —dijo el de las colas de zorro, que había perdido algunas y comenzaba a recoger las que encontraba tiradas por el suelo—. ¿Verdad, Puck?

—Digna de duendes —afirmó el otro mientras se sentaba en la tierra intentando recomponer el caramillo destrozado.

Durante unos instantes nadie habló y en la noche solo se escucharon jadeos y respiraciones entrecortadas.

—¿Quiénes son tus amigas, Aurige? —preguntó Puck al rato, tirando a lo lejos los restos del instrumento musical—. Son muy guapas.

—Eres un descarado, duendecillo —le increpó ella—, espera a que le contemos a Oberón lo que has hecho con mi coche.

—Sí, sí —contestó Puck sin darle importancia con un gesto de la mano, mirando a las tres desconocidas con picardía—, pero ¿quiénes son?

—Yo soy Cyinder —dijo la rubia de Solarïe poniéndose en pie mientras comenzaba a sacudirse la tierra y a arreglarse los cabellos.

—Encantado, Cyinder —dijo el duende levantándose de un salto—. Yo soy Puck, guardián de los Bosques de Blackowls, ladrón de niños y terror de viejas solteronas —e hizo una graciosa pirueta en el aire.

—Ella es Nimphia —señaló Cyinder a su amiga, que reposaba junto a otros dos duendes en un tronco, felices con las caras llenas de heridas y arañazos—. Y esta es Laila —presentó a la muchacha, que también intentaba levantarse a duras penas.

—Nosotros somos Bratt, Ryn y Todd —se presentó el perdedor del gorro de lechuza a sí mismo y a otros dos duendes que tenían la cara llena de pinturas de guerra—. Y ellos son Piko, Somm y Dandy —nombró al resto de sus compañeros tumbados junto a los árboles, que habían empezado a mordisquear las bellotas usadas como proyectiles.

Laila supo en ese momento que jamás se aprendería todos los nombres, no porque no hubiese puesto interés, sino porque todos parecían iguales.

—¡Venid! Vamos a ver a Oberón —dijo Puck animando a sus compañeros a levantarse.

Aurige puso cara de disgusto, pero Cyinder y Nimphia gritaron emocionadas afirmando con la cabeza. La miraron esperando su aprobación y ella cerró los ojos indicando que se resignaba profundamente, aunque no era su deseo en absoluto.

—¿Y quién vigilará la entrada del bosque? —preguntó un duende que podía ser Ryn o Somm de igual manera.

—¡No importa! —gritó Puck animado—. ¿Crees que cuatro viejas intrigando todas las noches en Nictis pueden tener interés en venir a nuestras fantásticas fiestas?

Aurige lo miró asombrada mientras las demás se echaban a reír. La definición del Palacio de la Noche no había podido ser más corta y certera.

—¡Venid, venid! —gritaron los duendes corriendo, riendo y saltando hacia el bosque.

Ellas comenzaron a seguirlos, intentando mantener su ritmo, pero las figuras aparecían y desaparecían entre las sombras, tras los troncos, saltando de rama en rama, alegremente internándose cada vez más adentro, sin dejar de avanzar.

—Creí que solo había hadas en Faerie —jadeó Laila apartando de milagro la gruesa rama de un acebo en su camino.

—¿Qué te tengo dicho de esa palabra? —le dijo Cyinder enfadada.

—¡Disculpa! —gritó Laila con cinismo—. Creí que solo había Gente Bella en Faerie.

Nimphia se echó a reír por el comentario.

—También hay muchas otras criaturas —le explicó desde delante—, hay como ves, duendes, gnomos, elfos y silfos, hay ogros, *trolls*, cíclopes, espíritus… La mayoría son pacíficos y amables, a no ser que tengan hambre, claro, y viven en todos los reinos. También conviven en Faerie la mayoría de animales que viven en vuestro mundo, y otros que solo verás aquí: pegasos, unicornios, mantícoras…

—Espero que nunca veamos una —deseó Cyinder.

—Pues a mí me gustaría —objetó Nimphia—. Siempre he deseado tener una mantícora como mascota.

—¿Dragones también? —preguntó Laila con miedo.

—Desaparecieron hace mucho tiempo —respondió Nimphia apartando otra rama

—. Hace miles de años que no se sabe nada de ninguno.

—A veces me gustaría saber más Historia —suspiró Cyinder—. Así sabría qué les pasó a los dragones, entre otras cosas.

—Eso implicaría matricularnos en la Universidad Blanca —dijo Aurige, que encabezaba el grupo, siguiendo en la oscuridad a la algarabía de duendes que gritaban sin parar.

—Pues hagámoslo —repuso Cyinder molesta—. Estoy cansada de la incultura de Solarïe. Os digo que algún día pienso cambiar las cosas.

—Le darías una alegría a mi madre —contestó Nimphia.

Laila no tuvo necesidad de ver la cara de Aurige para saber lo que la suya diría. Siguieron adentrándose durante un gran trecho, sorteando grupos de árboles, vadeando arroyos y saltando pequeños riachuelos. A veces se cruzaban con pequeñas pixis que brillaban con luz azulada y se les unían un rato hasta que se aburrían, o veían grupos de hadas danzando a la luz de la luna, formando corros donde bailaban desnudas con collares de flores en la cabeza y en el cuello y las saludaban al pasar para luego seguir su nocturna danza.

—'¿No viven todas las hadas de Lunarïe en Nictis? —le gritó Laila a Aurige.

—No —contestó la otra desde delante—. Solo la realeza vive allí. Cuatro viejas que se pasan las noches intrigando —añadió dolida—. La gran mayoría habita los bosques y son muchas las que prefieren vivir en los dominios de Oberón. Les resulta muy divertido. Yo misma pasé unos cuantos años en Blackowls hasta que me cansé.

—¿Por qué? —preguntó Laila, pero casi estuvo a punto de tropezarse con uno de los duendes, Piko o Dandy, o cualquiera de ellos, que se había detenido.

Habían llegado a Blackowls.

En mitad de un gigantesco claro en el bosque aparecía de repente toda una enorme ciudad amurallada, llena de almenas y puentes levadizos sobre un foso, como si hubiese caído entera del cielo sobre los árboles, aplastando la vegetación y haciéndose su propio hueco, con torres, casas y edificios que perfectamente podrían no haber existido un día antes, construidos sobre un suelo de adoquines que no había en el resto de Lunarïe. La gente entraba y salía sin cesar a través de las murallas exteriores, donde crecían raíces de árboles y todo tipo de plantas trepadoras haciendo que la mayoría del muro estuviese camuflado en la propia arboleda.

Innumerables antorchas pendían de los grandes sillares de piedra que formaban la muralla, iluminando la ciudad, y dando la bienvenida a todo aquel que llegase desde los bosques. Caminaron despacio hacia la ciudadela mientras los duendes correteaban excitados aquí y allá, por entre los tenderetes de comerciantes que habían surgido con el tiempo alrededor de los muros, perdiéndose entre la multitud. Las murallas ofrecían un aspecto impresionante. Fuertes, gruesas y seguras, donde colgaban desde las alturas cientos de pendones con los escudos de armas de cientos de casas. En

mitad de la entrada principal, sobre una cancela de hierros oxidados, colgaba una pancarta de tela con alegres colores donde se podía leer:

Esta Noche, Gran Concurso Mensual

KHAMADIRION NEMHIRIE

—¿Qué significa «Ahamadirion Nemhirie»? —le preguntó Laila a Cyinder mientras leía el anuncio una y otra vez sin lograr traducir la primera palabra.

Cyinder carraspeó, visiblemente turbada, y le lanzó una mirada a Aurige, que sonreía recordando viejos tiempos. No parecía querer contestar y Laila buscó a Nimphia para que le diera una respuesta.

—Es un dialecto de los duendes —dijo Nimphia por fin—. Significa… «Estresa al Nemhirie» —tradujo un tanto dubitativa.

—¿»Estresa al Nemhirie»? —repitió Laila sin comprender.

—Es un juego —le aclaró Aurige—. Como verás, siempre hay juegos y concursos en Blackowls. Oberón y su corte están siempre de juerga, celebrando fiestas, bebiendo vino y cerveza hasta emborracharse mientras cuentan batallas y hazañas inexistentes. Todo esto desquicia a mi madre —siguió con una sonrisa, ignorando las miradas de desaprobación de Cyinder y Nimphia.

Laila miró de nuevo hacia el pendón del concurso, aprendiendo y memorizando la nueva palabra. Caminaron entre los tenderetes de comerciantes y el bullicio de gente que entraba y salía sin cesar de la ciudad. Pequeños duendes y pixis correteaban haciendo cabriolas, altos caballeros vestidos con ropajes medievales curioseaban los puestos y algún que otro duende huía hacia los bosques al tiempo que se escuchaban gritos furiosos: «¡Cogedlo! ¡Al ladrón!».

Laila echó un vistazo a los comercios que crecían por todos lados. La mayoría vendían armas: espadas y arcos de todos los tipos y tamaños, pequeñas dagas y fundas, pócimas y ungüentos milagrosos traídos exclusivamente del Templo de Altaïr, arneses y cinchas para los caballos, mantas, petos y sayos, cotas de malla y armaduras completas. En otros, los vendedores pregonaban a gritos cerveza fresca de margaritas, licores de Solarïe y remedios contra la resaca. Almendras confitadas y ambrosía a una pieza de cobre la unidad, redomas llenas de sustancias de todas las texturas y colores y puestos de aves de todo tipo listas para guisar o usar en cetrería, según el gusto del comprador.

—Tened cuidado con vuestras pertenencias —susurró Aurige, y Laila se echó mano al bolsillo trasero tranquilizándose de inmediato al palpar el libro.

Anduvieron con cuidado entre las caravanas de gentes y carromatos de bueyes, avanzando hacia la ciudad interior, llena de casas bajas hechas de adobe y madera, rústicas y pobres, en nada parecidas a las relumbrantes avenidas de Solarïe.

Por las calles reinaba el bullicio, y miles de duendes, hadas vestidas con pieles, pixis y caballeros de aspecto humano reían y celebraban corros y festejos alrededor de las incontables tabernas y mesones que florecían por doquier como setas en otoño.

—¡Venid! —las sorprendió Puck apareciendo de repente entre el gentío. Llevaba en sus manos montones de objetos robados y Aurige empezó a regañarle de nuevo.

—No son para mí —protestó el travieso duende con una sonrisa picaresca mientras hacía como que lloraba.

—¿Para quién son? —se interesó Nimphia con amabilidad.

—Oh, dulce Nimphia —dijo el duende bailando a su alrededor, contento de tener a alguien interesado—, sin duda tú serías la dama dueña de mi corazón si no estuviese ya ocupado por la bella y cruel Artemisa Tallodeoro, hija de Clavelia Bosqueverde, que a su vez era prima segunda de Vilania Hojasdeotoño, emparentada con la mismísima…

—¡Basta! —le gritó Aurige cortando la retahíla de golpe—. Llévanos ante Oberón y después te puedes marchar con tu… Artemisa Clavellina, o como se llame.

El duende pareció dolido, pero las guió por las alegres calles hasta la entrada del castillo de piedra. Las puertas estaban abiertas de par en par y las cuatro amigas siguieron al duende, que había comenzado a tocar una pequeña flauta «encontrada por ahí», haciendo las delicias de Laila mientras Aurige se tapaba los oídos.

Llegaron al salón principal donde varios grupos de caballeros se sentaban en largas mesas, bebiendo y cantando canciones algo subidas de tono, riendo cuando alguno perdía el equilibrio y caía al suelo víctima de los efectos del alcohol.

En medio de un grupo de amigos sentados alrededor de una mesa, cantando especialmente mal con una jarra llena de cerveza en la mano, Oberón obsequiaba a sus convidados con unos versos que relataban la historia de un hada algo desvergonzada y casquivana, que movía las alas al parecer de forma muy picante. Luego todos coreaban los versos del estribillo principal y movían sus jarras brindando en el aire.

Las risas y las canciones invadían el salón mientras entraban y salían vasallos humanos llevando varias fuentes de comida: lechones, pollos y pavos, corderos asados con licores, y frutas y aves profusamente adornadas en platos dignos de un gran festín.

En el momento más álgido de la canción, cuando el hada de la historia iba a comenzar a desvestirse, Oberón vio a Aurige, que lo miraba desde el centro de la sala con ojos reprobadores y los brazos en jarras. El rey de los duendes se calló de repente, quedándose como una estatua, y varios de sus invitados protestaron exigiendo el final de la historia, pero la mayoría giró la cabeza hacia el mismo punto que su rey.

El salón enmudeció de golpe y fueron muchos los que, bajo pretexto de necesitar

aire puro o rumiando que ya era tarde, se marcharon rápidamente.

—¡Querida Aurige! —gritó Oberón mientras se recomponía, apartando la jarra de cerveza como si fuese veneno—. ¡Mi querida hija! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Avanzó hacia ella, sin embargo Aurige hizo un duro gesto para contener tanto cariño. El rey se quedó dubitativo unos segundos, aunque luego alzó la voz potente.

—¡Oíd! ¡Que corra el vino y la danza! Mi hija ha venido a visitarme.

Inmediatamente el salón del castillo volvió a cobrar vida y de nuevo se escucharon jarras entrechocándose y canciones alegres como si nunca se hubiesen interrumpido.

—Escucha —se acercó a la lunarïe con gestos conspiradores—. ¿Cómo está tu madre? ¿Está bien? ¿Me… me echa de menos?

—Te adora —mintió Aurige.

—Aaahh, bribona —dijo el rey riendo encantado—. No cuentes mentiras a tu viejo padre.

—Tú no eres mi padre —le dijo ella, feliz a pesar de todo.

—Oye… —dijo él apartando su comentario con un gesto de la mano mientras miraba a las tres chicas—. ¿Y estas guapas mozas quiénes son?

Laila escuchó que Cyinder y Nimphia suspiraban como dos colegialas. Aurige puso mala cara, pero se las presentó y Laila entendió el por qué de los suspiros.

Oberón, el rey de los duendes, era absolutamente encantador. A pesar de ser muy alto y grande, su estatura, lejos de dar miedo, confería seguridad y aplomo. Tenía unos vivaces ojos castaños que reían a la vez que su sonrisa, grande y sincera, y un cabello negro y rizado que se le pegaba a la frente por el sudor, pareciendo un dios griego. El hoyuelo que tenía en la mejilla de su barbado rostro era sin duda el causante de miles de suspiros de hadas por todo Faerie. De repente Laila sintió una punzada de nostalgia por su propio padre.

Oberón besó primero la mano de Laila y luego la de Nimphia, que casi se desmaya de emoción. Luego se quedó embobado unos segundos mirando a Cyinder, pues su rubio cabello era tan excepcional que llamaba con creces su atención.

—Cyinder de Solarïe —repitió su nombre con galantería—. La más bella entre las bellas —luego miró a Aurige con picardía—. ¿No tendrá tu amiga un grano de las Arenas de Solarïe por aquí, verdad? Así mi más fervoroso deseo se haría realidad…

—Eres terrible —le contestó Aurige con severidad.

—Bueno —siguió el rey algo decepcionado—, ¿y qué ha traído esta vez a mi dulce y simpática hija hasta mis puertas? ¿Acaso encontrarte con mi hijo Archero? Pues tengo que advertirte que no termina sus estudios hasta dentro de dos semanas.

—Ha sido un equívoco —le contestó ella con maligna sinceridad—. No tengo ningún interés en Árchero para tu información. Tu lacayo, Puck, nos enredó después de destrozar mi coche y hemos acabado aquí.

—Ah, ese bribón —siguió Oberón con una sonrisa igual de maligna—, se merece unos azotes, pero… ¿qué tal tú en la Universidad? ¿Apruebas todo?

La sonrisa de Aurige desapareció.

—Ya veo —comprendió el rey—. Está bien, no pasa nada. Al menos os quedaréis esta noche. Estamos ya en la final del concurso «Avergüenza al nemhirie», y los rivales están muy empatados. ¿Os quedaréis a verlo, no?

—¿«Avergüenza al Nemhirie»? —repitió Laila mirando a Nimphia con los ojos muy abiertos—. Creí que habías dicho…

—¡Qué más da! —dijo Aurige tratando de desviar el tema—. Además ya nos vamos…

—No, no, no —dijo Laila muy seria—. Yo quiero ver eso.

—Así se habla, chica —palmeó Oberón animado. Ignoró el gesto de desagrado de Aurige y condujo a las cuatro muchachas hacia otra sala más grande aún, hablando sin parar mientras se agarraba del brazo de Cyinder y de Nimphia.

La nueva nave estaba repleta de duendes y caballeros, que como Laila supo después, habían sido hombres que en otro tiempo se perdieron en Faerie y nunca regresaron o no desearon regresar.

—Es un concurso muy sencillo y muy popular —les explicaba Oberón mientras les mostraba la sala—. En ese gran espejo —dijo señalando una enorme circunferencia plateada que flotaba en mitad del salón— podemos ver siempre el mundo de los nemhiries, cómo y dónde queramos. Los participantes eligen a un nemhirie entre todos y luego van practicando trampas y situaciones que tienen que estar encadenadas, mientras el nemhirie cae en ellas sin percibir nunca ningún rastro de magia. Cuanta más larga es la cadena de casualidades, mayor es la puntuación. Mirad, va a participar sir Pierre Landcroft. Es un caballero que encontré una noche merodeando por Nictis, hace ya casi doscientos años. Es muy hábil, mirad.

Laila lo siguió con la mirada sin querer dar crédito a lo que había escuchado, hacia el gran espejo, que se había iluminado como una gran pantalla de televisión, y un hombre de unos cuarenta años se plantaba ante ella moviendo los dedos de la mano igual que en un duelo del Oeste americano. La expectación era enorme, y aquí y allá se hacían apuestas con monedas de cobre, objetos, caballos y todo aquello que se pudiese apostar.

En la pantalla apareció desde lejos la imagen de una ciudad cualquiera en el momento actual, con edificios y rascacielos acristalados, plazas y jardines, que se fueron acercando como si los estuviesen sobrevolando, hasta llegar a una populosa calle llena de gente que se dirigía a sus trabajos o a sus hogares en medio de la rutina diaria. Un ejecutivo con sombrero y paraguas caminaba tan tranquilo leyendo el periódico entre la multitud.

—Ese —señaló sir Pierre Landcroft mientras la imagen se agrandaba y todos

seguían sus pasos con desbordante entusiasmo.

El hombre caminaba por la acera con su maletín, en un día completamente normal, ojeando el periódico con la misma cara de aburrimiento de siempre. De pronto, sir Pierre hizo un gesto ondulante con la mano y un violento golpe de viento arrancó el sombrero de la cabeza del ejecutivo, haciéndolo volar varios metros hasta que aterrizó en el suelo. El hombre corrió a cogerlo y se agachó en el momento en que pasaba a su lado una obesa mujer cuyo vestido se abrió como un paracaídas por la mágica brisa. El hombre se alzó, quedando atrapado bajo la tela de la falda, sufriendo unos instantes de verdadera angustia mientras en el castillo se producía una explosión de risas atronadoras.

Como el hombre no lograba deshacerse de su embozo y la señora estaba enseñando sus piernas y su faja a toda la calle, la dama le arrebató el paraguas y le dio un buen golpe en lo que era su cabeza bajo las faldas. El hombre se cubrió con las manos logrando salir de su prisión, y después de librarse de la molesta señora recogió su sombrero y su paraguas.

Sir Pierre hizo un nuevo gesto y un autobús, precisamente el que el hombre tenía que coger para llegar a su casa, pasó a gran velocidad por su lado más pronto de lo habitual. Sujetándose el sombrero, el caballero echó a correr para alcanzar la parada. Un segundo después resbalaba de manera estrepitosa al tiempo que el maletín se le abría y varios folios escapaban volando.

—La típica piel de plátano —comentó Oberón balanceándose por la risa y se escuchaban gritos de aprobación, aumentando las apuestas por toda la sala.

A Laila aquello le parecía horrible. Ver cómo atormentaban a un sencillo humano igual que ella, el cual no sabía por dónde le estaba viniendo tanta mala suerte junta, mientras se pegaba porrazos por todos lados y le ocurrían mil desgracias seguidas… Aunque bueno, eso de meter el pie en el cubo de agua de un limpiacristales porque el paraguas se le había abierto de repente tapándole la vista, era bastante gracioso. Poco después se partía de risa en compañía de Aurige y Nimphia, aunque esta reía en muy contadas ocasiones, manteniendo el gesto serio todo el tiempo, como si no le gustase que se metiesen con los nemhiries. Cyinder había ido a apostar varias monedas de oro de Solarïe a favor de sir Pierre.

Cuando su turno terminó, toda la sala aplaudía a rabiar. Parecía que iba a ser el vencedor indiscutible.

—Es buenísimo —comentó Cyinder en voz alta, aplaudiendo entusiasmada.

Corrieron el vino y la cerveza mientras la concurrencia se relajaba. Nimphia hizo aparecer cuatro batidos de bayas silvestres en el aire y enseguida se pusieron a beberlos. Poco después hacía acto de presencia el segundo finalista: un duende bastante alto de nariz picuda y pelo de color zanahoria, que inmediatamente se puso frente al espejo.

—Es Fripp Coladeconejo —les reveló Oberón aplaudiendo a la vez que toda la sala.

La circunferencia volvió a iluminarse y todos volvieron a sobrevolar altos edificios de una ciudad desconocida, en dirección a un parque público donde varios transeúntes caminaban felices o montaban en barca sobre un lago. Había una chica vestida primorosamente con una pamela, que miraba impaciente su reloj de pulsera.

—La dama —dijo el duende.

La imagen se acercó mientras un chico vestido de manera muy clásica con pajarita corría hacia ella con un ramo de flores.

—Oh, oh, ya veo —relató Oberón como improvisado comentarista, inventando una historia sobre la marcha—. La dulce y fea Miss Mofletes Colorados, solterona empedernida, lleva esperando cinco años una cita como esta y el joven galán, sir Pies Ligeros, acude raudo en busca de su amada…

En el momento en que la joven olía el ramo de camelias con una turbada sonrisa, el duende Coladeconejo hizo un pellizco con los dedos y una avispa salió de entre las flores posándose en la frente de la muchacha.

El salón estalló en risas cuando ella empezó a gritar y a gesticular, y el novio, en un improvisado esfuerzo por ahuyentar al insecto, le golpeó la cara con el ramo un par de veces. La joven le quitó las flores con ira y las arrojó con fuerza hacia atrás, de tan mala suerte que se estrellaron contra la cara de un policía sonriente que pasaba en ese momento.

Laila gritó de emoción mientras Cyinder y Aurige se doblaban por la risa y se escuchaban nuevos aplausos.

La pareja huyó hacia el lago, y él se montó en una de las barcas estirando el brazo para ayudar a la chica a subirse. Increíblemente una misteriosa ráfaga de viento alejó la embarcación unos metros, y el novio, sin control sobre el bote, tiró de la muchacha que acabó zambulléndose en las aguas. La pobrecilla lloraba, pero Laila no recordaba haberse reído tanto en su vida. Tras varias peripecias más, la pareja rompió su compromiso definitivamente y la chica, mojada, contusionada y multada, se marchó a su casa sin volver la vista atrás.

Los aplausos eran atronadores y la elección del ganador iba a ser muy difícil.

—Si yo pudiese hacer esto —dijo Laila en voz alta—, ya sé a quien le haría una cadena de ahamadirion…

—¿En serio? —le dijo Oberón sonriente—. ¿Por qué no pruebas?

—¡¿Qué?! ¿Yo? —se asustó la chica—. Oh, no, no. No podría… No sé cómo hacerlo. Soy una humana normal y corriente, una nemhirie, no podría…

—Claro que sí —la animó el rey—. Sir Pierre es un nemhirie también. Mientras respires aire de Lunarïe y la luna esté llena, los nemhiries pueden hacer cosas mágicas.

—Inténtalo —gritó Cyinder emocionada.

—Pero el concurso…

—¡No importa el concurso! —gritó el rey. Luego se dirigió al salón entero—: ¡A ver! ¿Quién quiere disfrutar con una participante de última hora?

Cientos de voces gritaron afirmando y Oberón empujó suavemente a Laila hacia el espejo.

—No, no —negaba la chica resistiéndose, pero entonces vio la cara de Aurige, que la retaba a hacerlo.

Sintió que el orgullo la dominaba, y después de pasear la vista por la sala abarrotada, dio la vuelta enfrentándose al espejo, que comenzaba a iluminarse. En su mente fijó la imagen de Escocia y todos se vieron volando por bosques y verdes prados hasta acercarse velozmente a un castillo: el colegio de Lomondcastle.

Comenzaba a amanecer cuando la imagen se acercó entrando por un ventanal, directamente en busca de una sola persona, atravesando pasillos y salas llenas de armaduras, cruzando bajo las escaleras donde el viejo Bert estaba subido, como cada mañana, mientras limpiaba las altas cristaleras, hasta que se colaron por el ojo de la cerradura de una habitación.

Mrs. Peabody dormía plácidamente, con la cabeza llena de rulos y la cara untada con su mascarilla de crema de pepino. La imagen era aterradora, pero en el castillo se escucharon algunas risas.

—¡Oooh! ¡Vaya engendro! —exclamó Oberón.

Un pequeño ratón olisqueaba los zapatos de la profesora, puestos sobre la alfombra, y Laila levantó la mano bruscamente. El pobre animal se vio de repente despedido hacia las alturas y cayó justo en la misma cara de Mrs. Peabody, que al instante abrió los ojos al sentir el impacto.

El encuentro con el roedor fue disparatado y la maestra comenzó a gritar con chillidos histéricos que resonaban por los pasillos. La mujer se golpeaba la cara y el pelo frenéticamente pintarrajeándose las manos y los cabellos con la crema de pepino, mientras los rulos se deshacían cayendo hacia el suelo. En el castillo las risotadas llenaban la sala y algunos aplaudieron apostando por Laila.

Mrs. Peabody tanteó la mesilla, temblando y gritando como si estuviese poseída, buscando sus enormes gafas y el interruptor de la lamparita de noche, y entonces, misteriosamente, el ratón apareció ahora en la mesilla y empezó a olisquearle los dedos subiéndose por su mano, correteando por su brazo. La profesora lanzó varios gritos más mientras creía definitivamente que una horda de ratas había invadido el colegio, y salió de la cama corriendo hacia la puerta sin darse cuenta de su horrible aspecto.

El director Westfield había salido de su habitación al oír los chillidos, y se acercaba rápidamente por el pasillo con su bata entre las manos, pensando que se

había declarado un incendio en la habitación de la profesora. En el momento que iba a llamar, la puerta se abrió y ante él apareció la imagen fantasmal de una loca con greñas, rulos verdes y los ojos abiertos como platos, con la cara completamente descompuesta en aullidos de terror. El director gritó al verla y Mrs. Peabody lanzó también otro chillido por el inesperado encuentro, llevándose las manos a la cara. El hombre reaccionó aterrorizado, poniéndole a la profesora la bata sobre la cabeza en un intento de cubrir la horrenda visión, y luego salió corriendo en dirección a su cuarto. El castillo de Blackowls se vino abajo mientras la sala entera aplaudía y reía como nunca.

La profesora, cegada por la bata, avanzó trastabillando, corriendo por los pasillos gritando como una demente, directamente hacia Bert, el limpiacristales, que estaba subido en lo alto de su escalera. En el castillo la gente gritaba de risa mientras animaban a Laila a continuar. Oberón lanzaba sonoras carcajadas y hasta Aurige daba palmas sin darse cuenta.

La profesora corrió hacia las escaleras y entonces, como por un milagro, una pastilla de jabón mojado apareció justo debajo de sus pies descalzos, y Mrs. Peabody resbaló de forma cómica cayendo sentada de culo mientras con una pierna golpeaba la pata de las escaleras. Con el golpe el limpiacristales perdió la estabilidad y comenzó a balancearse peligrosamente. El pobre Bert hizo lo que pudo para no caerse, pero no logró evitar que su cubo de agua sucia resbalase desde el alto peldaño, cayendo sobre la cabeza de Mrs. Peabody en el instante en que la profesora conseguía liberarse de la prenda y miraba a todos lados con sus ojillos miopes. Empezó a llorar sin consuelo mientras la imagen se iba desvaneciendo y la gente aplaudía a rabiar, riendo y elevando sus copas al aire, brindando por Laila. La chica vio apagarse el espejo sin creer todavía lo que había sido capaz de hacer, con las manos temblorosas, mientras Cyinder y Nimphia se acercaban a ella felicitándola. También Aurige se acercó con una sonrisa y le estrechó la mano con fuerza.

—Bueno, bueno —gritó Oberón imponiendo calma con los brazos levantados—. Tenemos una ganadora: ¡la nemhirie Laila Winter!

Laila abrió los ojos sorprendida mientras el salón se venía abajo. Algunos protestaban porque tenían que pagar las apuestas que habían perdido, pero aún así, todos, incluso Pierre Landcroft y Fripp Coladeconejo, la felicitaron demostrando ser inmejorables jugadores.

Luego todos brindaron levantando sus jarras y Oberón comenzó a cantar una divertida canción sobre un nemhirie que buscaba un tesoro oculto en los bosques de Sunwanda, una región perdida en los confines de Faerie.

Nimphia renovó los batidos, esta vez de rosas y caléndulas, y las cuatro los fueron saboreando mientras escuchaban la divertida canción. Sin embargo, Laila apenas prestaba atención. La visión del castillo de Lomondcastle le había traído otra vez

recuerdos de su propio mundo y de su padre, y sintió crecer la nostalgia y la tristeza en su interior. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se marchó? Comenzó a inquietarse al darse cuenta de que si pasaba un poco más de tiempo en Faerie tal vez desease no regresar nunca a su casa. De pronto, las ganas de volver se hicieron demasiado fuertes.

Así se lo contó a sus compañeras, y al momento todas la miraron boquiabiertas, mudas por la sorpresa.

—Pero, ¿no te lo estás pasando bien? —preguntó Cyinder, incapaz de comprender el deseo de su amiga.

—Muy bien —respondió ella de corazón—. Nunca en mi vida lo había pasado tan bien.

—¿Entonces? —insistió Nimphia.

—Echo de menos a mi padre. Todo es fantástico y vosotras sois… bueno, ya sabéis, pero yo no soy de aquí. Tengo que volver.

—Pero ya te hemos dicho que sí que perteneces a Faerie —dijo Cyinder sin digerir su respuesta.

—Deja que se vaya —espetó Aurige demasiado enfadada—. Si no quiere estar con nosotras lo mejor que puede hacer es volver con sus nemhiries.

Laila permaneció en silencio después de sus palabras, que le habían sentado como un mazazo, y Cyinder miró a la lunarïe con una mueca de desaprobación.

—Incluso ganaste el concurso —le dijo intentando suavizar las palabras de Aurige.

—Bueno, todas sabemos que sir Pierre era mejor que yo. No sé por qué gané.

—Sí —dijo la Solarïe, que había perdido varias monedas de oro apostando—, pero para ser completamente novata fuiste la mejor. Y eso fue lo que juzgó Oberón.

—No alabes tanto el juicio de mi padrastro —cortó Aurige con dureza. Luego se puso en pie y se alejó hacia la salida.

—No le hagas caso, Laila —le dijo Nimphia viendo cómo se marchaba—. A veces tiene esos prontos.

—Parece que me odia —suspiró Laila—. Ya no sé qué hacer para caerle bien.

—No te preocupes —la animó Cyinder—, te aseguro que no te odia. Es que le cuesta mucho abrirse a los demás. Los lunarïes son así.

Y para contradecirla por completo, en ese momento apareció Oberón riendo y bailando, y se puso a decirles mil galanterías. Aunque Cyinder y Nimphia sonreían de placer, Laila se sentía triste y desdichada. Se levantó del banco de madera dispuesta a marcharse y sacó el libro del bolsillo mientras les hacía gestos a sus amigas indicando que se iba. No quería hacerlo, pero parecía haberse encaprichado con la idea y ya nada le iba a hacer cambiar de opinión.

Al final la despidieron con cara triste sin haberla hecho desistir de su propósito,

que cada vez era más fuerte. Quisieron acompañarla, sin embargo Laila les dijo que prefería recordarlas así, riendo felices con el rey de los duendes mientras ella buscaba algún sitio tranquilo para leer en su libro la clave que le abría las puertas a su mundo. Nimphia comenzó a llorar y Oberón se dio cuenta de la situación en ese momento.

—Vuelve pronto —la despidió con una sonrisa—. Ven cuando quieras a Blackowls. Hay miles de nemhiries esperando tu ahamadirion.

Laila sonrió sintiendo que se le encogía el corazón. Cuando volviese a su casa no sabía si el libro volvería a funcionar alguna vez en su vida.

—De todas formas —le dijo Cyinder acordándose de repente, con una gran sonrisa—, nos veremos en tu colegio en septiembre.

—¡Es cierto! —gritó Laila. Y de repente se sintió increíblemente contenta—. Solo estaremos separadas unos cuantos días. Eso si no han pasado miles de años en mi mundo desde que me fui, claro.

—Podría ser —dijo Oberón pensativo mientras Laila ponía cara de susto, pero Cyinder le hizo señas negándolo con una gran sonrisa.

—Adiós —dijo ella por fin.

Luego se dio media vuelta sin querer mirar hacia atrás. A pesar de todo sentía una tristeza enorme, pues nunca en su vida había tenido amigas y se dio cuenta, antes de cruzar el puente levadizo, que ya las echaba de menos.

Caminó hacia el bosque atravesando los puestos comerciales, ahora vacíos mientras la ciudad descansaba, y cuando llegó a la primera línea de árboles se sentó sobre un viejo tocón y abrió el libro buscando las páginas escritas de Solarïe.

—¿No pensabas despedirte, nemhirie? —le dijo una voz.

Laila levantó la mirada del libro y se encontró con la figura de Aurige que tenía los ojos clavados en ella, contemplándola con severidad. Permaneció en silencio unos instantes.

—Te he estado esperando —siguió la chica—, para decirte que no nos veremos en septiembre.

La cara de Laila se ensombreció. Luego Aurige se quitó un pequeño colgante que llevaba al cuello con una lechosa piedra luna, tan redonda y pulida como la del libro, y se la entregó. Laila puso cara de sorpresa mientras miraba el regalo sintiendo que el corazón le palpitaba.

—Nos veremos mucho antes —siguió la lunarïe, ahora con una pequeña sonrisa amistosa que se notaba que le costaba mucho conseguir—. Iremos a buscarte.

Luego se dio media vuelta y se marchó corriendo hacia el castillo antes de que Laila pudiese decir ni una sola palabra de agradecimiento. La muchacha observó el colgante que resplandecía lleno de vida y luego se lo puso al cuello.

Volvió a abrir el libro de las piedras hasta que encontró la frase que le había llamado la atención desde el día en que trataba de huir de las dos pequeñas pixis de

Solarïe:

Idsitas nu Nansali
Portie danu tarsis ast Spheris Nemhiria

Inmediatamente lo leyó, y un punto azul brilló ante sus ojos como si fuese una pixi de Lunarïe. Al momento la luz se estiró más y más hacia las alturas formando la línea que ya conocía y luego se ensanchó hasta alcanzar el tamaño de una puerta.

Laila miró hacia atrás, hacia el castillo. Y la lejana figura de Aurige junto a las puertas de la muralla, con sus largos cabellos negros y sus alas violetas, levantó la mano despidiéndola con un sencillo gesto.

8
Regreso a Winter Manor

Las seis de la mañana.

El despertador de la mesilla indicaba exactamente esa hora cuando Laila acostumbró sus ojos a la oscuridad. La luz azulada había sido tan intensa como miles de fuegos fatuos brillando juntos en un pantano, pero en esta ocasión no sintió dolor. No hubo daño ni gritos. Y cruzar la puerta fue tan suave como un dulce sueño.

Miró a todos lados reconociendo cada rincón y cada mueble, intentando descubrir alguna diferencia en su habitación, que permanecía a oscuras, mientras la luz del amanecer comenzaba a filtrarse a través de las cortinas.

Todo parecía estar en su sitio y no había ni siquiera una capa de polvo en la mesilla ni telarañas en los muebles, como ella se había imaginado. Nada estaba revuelto, que es lo que Laila temía si su padre hubiese notado su ausencia y se hubiese vuelto loco de desesperación buscándola. En su imaginación, Laila había creado ya una fantasía en la que un padre, solo y viejo, yacía en una butaca llorando de dolor por los incontables años en los que ella había estado ausente.

Pero no había signos de semejante sufrimiento. La casa parecía oscura y deshabitada con tanto silencio. Laila abrió la puerta de su cuarto mirando hacia el corredor lleno de habitaciones cerradas. Quizás llevaba meses perdida y su padre había vendido Winter Manor, trasladándose a otra ciudad mientras cientos de detectives la buscaban por todo el mundo. Pudiese ser que la casa tuviese ahora nuevos dueños, que no se atrevían a entrar en la habitación de ella por las leyendas de una chica que desapareció allí misteriosamente una noche, y todo se había conservado intacto dentro de la habitación.

Bajó en silencio las escaleras de madera hacia el recibidor, intentando notar los cambios en el mobiliario, cuando se le ocurrió que los nuevos dueños podían tener perros o mascotas, y Laila se preparó para cualquier eventualidad.

Llegó a la cocina sigilosamente, y la encontró atestada de platos y vasos sucios apilados en el fregadero. Tenía que ser una familia enorme para dejar tanta basura de una vez tras la cena. La portezuela que daba al jardín trasero estaba abierta, y Laila la cruzó notando el primer frescor de la mañana en su rostro. Miró hacia los parterres de rosas y los lejanos árboles de la finca cuando de repente creyó escuchar el sonido de dos voces distintas que conversaban entre susurros. Le pareció extraño que dos personas se reuniesen a esas horas de la mañana en el jardín en lugar de hacerlo dentro de la casa, y Laila se dirigió hacia ellas.

Solo tenía que doblar la esquina para saber de quiénes se trataba cuando la conversación cesó. Transcurrieron unos segundos en completo silencio y alguien pareció alejarse de allí. Luego escuchó el sonido de las pisadas de la segunda persona

acercándose hacia donde estaba ella. Sintió pánico al comprender que iba a ser descubierta en pocos segundos, quizás por el propietario de la casa que la tomaría por una ladrona, y se movió rápidamente en dirección a la entrada de la cocina mientras el corazón le palpitaba con violencia. Alcanzó la puerta del recibidor y de repente una alta y oscura figura tropezó con ella. Laila chilló de terror y las luces se encendieron.

—¡Qué ocurre! —gritó la figura alarmada de Sean Winter con la mano en el interruptor—. ¡Dios mío, Laila, qué susto me has dado! ¿Se puede saber qué haces en la cocina a estas horas?

Laila le miró paralizada por el miedo, y poco a poco la expresión de sus ojos desorbitados fue cambiándose por la de una enorme sorpresa al reconocerle.

—¡Papá! —exclamó con emoción a la vez que lo abrazaba fuertemente.

La calma renació en Laila, que permaneció en silencio abrazada unos instantes mientras regresaba por completo a los recuerdos de su vida cotidiana.

Los platos sucios formaban parte de su fiesta de cumpleaños. Todavía podía ver restos de tartas, las copas de coñac y la crema irlandesa que habían estado bebiendo aquella noche. Es decir, la noche anterior. Apenas habían transcurrido seis horas en el mundo real, pero le habían parecido semanas enteras, y las fantasías sobre siglos de ausencia desaparecieron. Laila sonrió al comprender que, definitivamente, estaba en casa.

Miró a su padre, que también le sonreía. —Me alegro de que hayas vuelto, hija. Me alegro muchísimo.

Laila se separó de él con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Pero cómo lo sabes? —preguntó embobada.

—Me acerqué a tu habitación cuando Monique y sir Richard se fueron a dormir. Llamé a la puerta, pero no me contestaste, y entonces entonces abrí y supe que te habías marchado. Me he pasado la noche despierto, pensando que ya nunca volverías.

—Pero…

—¡Hola! —sonó de pronto la voz de sir Richard, que entraba desde el jardín por la puerta de la cocina—. ¡Qué tempraneros estamos hoy!

El caballero entraba algo azorado, y de repente Laila se dio cuenta de que era él quien había hablado en voz baja con otra persona momentos antes. Lo miró sorprendida por su descubrimiento, y más aún porque le hubiese encantado correr hacia el anciano y abrazarle, pero su misteriosa actitud y el hecho de que en realidad solo llevaba fuera de casa seis horas le hicieron recapacitar para mostrarse más comedida.

—¿Qué haces vestida a estas horas? —preguntó sir Richard, extrañado.

Laila se miró los pantalones. Tenía toda la ropa sucia, el cabello lleno de greñas y la cara arañada por la batalla en los bosques de Blackowls. Sintió que se ponía colorada y abrió la boca para contestar con cierto sarcasmo digno de la mismísima

dama Geminia.

—Salí al jardín —mintió. Sir Richard dio un pequeño respingo y se quedó mirándola fijamente—. Me encanta oler las flores cuando empiezan a abrirse por la mañana. A veces parece que susurran cosas.

—¿Y usted, sir Richard? —preguntó el padre de Laila con amabilidad—. ¿También se ha desvelado? ¿No ha pasado buena noche?

—Oh, no —dijo el anciano rápidamente sin dejar de mirar a la chica—, los viejos ya no necesitamos dormir mucho tiempo. Salí al jardín a respirar el aire del amanecer. Es curioso que no nos hayamos encontrado ¿no, Laila?

—Me enredé en una zarza —dijo ella ordenándose los sucios cabellos—. No me debería acercar tanto a las flores. A veces son muy peligrosas.

Sir Richard permaneció analizándola unos segundos, pero luego pareció restar importancia a la conversación y comenzó a preparar agua caliente para el té.

—No deberías salir sola de la casa a estas horas —dijo enfadado—. Te recuerdo, jovencita, que hace dos noches lo pasamos muy mal. No queremos que vuelva a repetirse ningún incidente desagradable.

Laila lo miró por un momento intentando descubrir a qué se refería y de repente se acordó de la figura del hombre de negro saliendo de los árboles. Pero antes de poder evitarlo, la imagen se asoció con otra de una flecha hundiéndose de golpe en el hombro de una monstruosa hiena, que reía con la boca llena de dientes y trepaba sobre el capó de un Mustang.

Laila dio un paso hacia atrás como si estuviese viviendo aquel momento y se llevó las manos a la cara porque, en sus más profundas pesadillas, aquella bestia lograba subir por el coche y se abalanzaba contra ella mientras lo último que veía era el entrechocar de unas cuchillas puntiagudas. Su padre se alarmó al observar su enorme reacción de terror.

—Tranquila —dijo apartándole las manos de la cara y acariciándole una mejilla —. Sir Richard no quiso asustarte.

El anciano también se quedó mudo unos instantes al ver su expresión.

—Lo siento —se disculpó con sincera preocupación—. No quise decir eso, princesa. Es solo que estamos todavía asustados y no queremos que andes por ahí sola sin nadie para protegerte.

Laila asintió, con la cabeza embotada y los ojos vidriosos nadando en una pesadilla.

—Disculpad—dijo después de unos momentos—. Me he comportado como una cría. Necesito… necesito ir a mi habitación.

Se dio media vuelta sin mirarles a las caras y caminó con pasos inseguros hacia la escalera.

—Duerme un poco —le dijo su padre desde abajo cuando ella comenzaba a subir

los peldaños.

—Anda ya, Sean —protestó sir Richard mientras el agua silbaba en la tetera—. Lleva toda la noche durmiendo. Un buen desayuno es lo que necesita.

Laila llegó a su habitación como si tuviese las piernas de plomo. Habían transcurrido solo seis horas en su mundo, pero le había parecido que en Faerie llevaba días enteros correteando por distintos reinos de hadas, y ahora, tras la alegría inicial de haber vuelto, el mal recuerdo de los bosques de Solarïe la había dejado muy agotada.

El cansancio se adueñó de su cuerpo y se sentó pesadamente sobre su cama. Entonces notó un bulto en el bolsillo del pantalón: el libro de las piedras que se aplastaba con su cuerpo. Laila lo sacó mirándolo como quien mira con cariño a un viejo compañero de aventuras.

Los ojos se le cerraban, pero Laila notó un brillo que no había visto antes. Por primera vez descubrió que la piedra luna, al lado izquierdo del diamante, también brillaba con una luz iridiscente como si estuviese viva. La tocó y luego abrió el libro mientras el sueño parecía evaporarse.

Ahora había muchas más páginas escritas, hojas y hojas enteras justo antes del capítulo de Solarïe. Casi un cuarto de libro que empezaba en una página con el nombre de Lunarïe. Volvió a mirar la cubierta de cuero y luego recorrió las hojas llenas de frases incomprensibles. Una y otra vez pasaba la vista desde las hojas a las piedras incrustadas, porque allí había otra pieza tratando de encajar en el rompecabezas. Entre la piedra de Lunarïe y el topacio de Solarïe estaba el diamante, tan muerto como la aguamarina y la amatista; y sin embargo, entre las hojas de Lunarïe y las de Solarïe no había hojas en blanco esperando ser escritas con las supuestas descripciones del reino al que el diamante representaba.

Laila estaba segura ya de que el diamante indicaba el Reino Blanco. ¿Pero dónde estaban sus páginas? Podría ser que las piedras no guardasen ningún orden concreto sobre el cuero, aunque la muchacha sospechaba que sí. No había nada al azar en Faerie.

Siguió pensando en el misterio de las piedras y las páginas mientras rozaba lentamente cada gema con los dedos. Entonces creyó percibir una pequeña rugosidad entre la piedra de aguamarina que sin duda era de Acuarïe, y la amatista de Airïe que tenía el mismo color que el cabello de Nimphia.

Volvió a tocar el espacio vacío y se sobresaltó al sentir de nuevo el diminuto defecto. Sí. Allí estaba. Sin duda una pequeña marca que se había borrado con el tiempo o que alguien había intentado eliminar. Cuanto más la tocaba, más evidente se hacía, y la emoción la inundó por su descubrimiento. ¡Alguna vez allí había habido otra piedra! Entonces se acordó de que en una ocasión había observado que la figura del pentágono irregular era incorrecta. «Habría sido mejor un hexágono», recordó

haber pensado la primera vez que vio el libro.

Comenzó a dar grandes pasos por la habitación intentando desentrañar el enigma mientras a su cabeza volvían las imágenes de los momentos vividos junto a sus amigas. El corazón se le llenó de orgullo al darse cuenta: ¡Sí, tenía amigas! Ella, Laila Pelomoco, la que siempre era objeto de burlas y vivía sola y apartada de todos, tenía a las tres amigas más increíbles que cualquier chica pudiese soñar. Y encima una de ellas tenía el pelo violeta, y ese hecho le importaba un rábano. Laila se miró corriendo en el espejo de su habitación, que le devolvió una imagen greñosa y sucia, pero radiante.

Volvió en busca de su libro y lo guardó en el cajón de la mesilla junto con los puñados de monedas de Solarïe que también había llevado en el pantalón vaquero. En cuanto las tres volviesen a por ella, les haría partícipes de su descubrimiento, y sin duda se lanzarían a nuevas aventuras. Se sentó impacientemente sobre el colchón deseando no haber regresado tan pronto. ¡Si total, solo habían pasado seis asquerosas horas nemhiries! En su mente cruzó la loca idea de volver a pronunciar las palabras mágicas, pero luego lo pensó mejor porque ¿cómo las iba a encontrar? ¿Y si no estaban en Solarïe? Lo más probable es que se encontrasen todavía divirtiéndose en Blackowls, y Laila no quería viajar sola a Lunarïe ni por todo el oro del mundo.

Aferró el colgante de Aurige mientras las dudas y las ansias por volverlas a ver se hacían más fuertes y la carcomían por dentro. Se dio cuenta entonces del largo y aburrido verano que le quedaba por delante, y todo en Winter Manor le pareció monótono y tedioso. Se recostó en la cama con los ojos abiertos imaginando que viajaban en el Mustang rosa chillón a la vez que toda una galería de imágenes desfilaba por su mente. Al final el sueño la venció.

Más tarde, un suave sonido repetitivo se fue introduciendo en su somnolienta mente, irritándola como si fuese un molesto mosquito. El ruido de unos nudillos en la puerta fue devolviéndola a la realidad poco a poco.

—¿Estás bien? —preguntó su padre detrás de la puerta.

Laila abrió los ojos todavía sobresaltada. La luz entraba a raudales por la ventana y el reloj marcaba ya casi las dos de la tarde.

—Sí, sí —consiguió decir con la boca pastosa mientras se incorporaba trabajosamente.

Llegó hasta la puerta y la abrió para encontrarse con la cara preocupada de su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó con los malos modos del despertar.

—Llevas durmiendo toda la mañana, hija. Quería saber si vas a bajar a comer. Hace tiempo que te estamos esperando.

—Sí —asintió con la cabeza—. Por favor, empezad sin mí. Tengo que asearme antes de bajar.

—¿Estás bien?

—Muy bien, papá. Te lo aseguro.

—Me lo contarás todo, ¿verdad? —preguntó su padre.

—¿Y tú a mí? —le respondió ella sin comprometerse.

Sean Winter afirmó con la cara seria.

—Cuando estemos solos, Laila. Te lo prometí.

Luego se marchó y Laila lo siguió con la mirada mientras le odiaba un poquito. Se metió en su pequeño cuarto de aseo y alcanzó la ducha dejando que el agua caliente corriese libre sobre su cabeza, mientras enjabonaba los verdes cabellos y cada centímetro de sucia piel hasta que desapareció todo rastro de barro y porquería. Cuando volvió a la habitación sintió todos los músculos relajados y por primera vez, rodeada por todas las cosas reales de su cuarto, pensó que todo podía haber sido un sueño. Se miró al espejo y la imagen le devolvió el brillo de las dieciséis esmeraldas colgadas en su cuello bajo el colgante de la piedra luna de Aurige.

Laila se quitó el collar cuidadosamente y lo miró unos instantes en su mano. Ya no le pareció tan valioso ni tan fantástico. Era un soborno de su padre por los años de mentiras y misterios, y la chica se enfadó y lo arrojó al fondo de un cajón queriendo olvidarlo para siempre. Se puso ropas limpias y bajó a toda prisa al salón, donde todos la aguardaban sentados a la mesa, con medias sonrisas educadas cargadas de impaciencia.

—Lo siento —se disculpó reparando por primera vez desde su vuelta en la perfecta Monique Soirett.

Entonces advirtió que ya no la encontraba tan impresionante, y que la mayoría de sus encantos se dispersaban como el humo en un huracán. Su belleza y su *glamour* seguían allí mientras iniciaba una interesante conversación, pero para Laila ya no tenía ni el más mínimo interés. Permaneció en silencio devorando la comida, pues no se había dado cuenta hasta ese momento del hambre que tenía. Sir Richard la miraba asombrado mientras los platos desaparecían uno tras otro.

—Princesa, comes como una lima —dijo entre risas—. Parece como si llevases mil años en el desierto.

—Es cierto —se avergonzó Laila mientras se contenía y dejaba un trozo de pan sobre la mesa, mirándolo con pena.

—Querida —le dijo Monique con un guiño cómplice entre mujeres—, no puedes permitir volver al colegio con varios kilos de más. Tu novio no querrá verte de nuevo…

Laila se atragantó por la supuesta broma y la odió profundamente por la estupidez de su comentario.

—¿Tienes novio? —preguntó sir Richard de inmediato con la curiosidad de un abuelo.

—Claro que no —respondió con la cara roja de vergüenza.

—¡Ah, picarona! —siguió el caballero con una sonrisa.

—De verdad que no —protestó Laila vehemente—. ¿Tú crees que con este pelo alguien va a querer ser novio mío?

Los tres adultos se sobresaltaron y permanecieron callados sin saber qué decir. La respuesta les había cogido por sorpresa y Monique miró a su plato azorada.

—Es mejor ser gorda que tener el pelo verde —siguió, contenta por haberlos avergonzado mientras volvía a coger el trozo de pan y se lo llevaba a la boca.

—No digas tonterías, princesa —dijo sir Richard al momento, tratando de mejorar la violenta situación—. No importa que seas gorda o flaca, verde o amarilla. Yo sería novio tuyo si tuviese cincuenta años menos. Lo importante está aquí —dijo tocándose el pecho a la altura del corazón.

—En mi colegio no —insistió ella con terquedad.

—Ya está bien, Laila —le advirtió su padre, cansado de su enojo.

La chica siguió refunfuñando en silencio y la comida transcurrió sombría y sin una palabra. Después Sean fue a preparar café para Monique, y Laila se levantó y comenzó a recoger los platos. Seguro que Cyinder, Nimphia o Aurige no habían lavado un plato en sus vidas. Regresó al comedor y se sentó taciturna en un sillón frente a la chimenea apagada.

—¿Te ocurre algo, Laila? —preguntó sir Richard, que veía su carácter alterado, tan distinto de un día para otro.

La muchacha negó con la cabeza mientras en su interior se sentía cada vez más fuera de lugar. Ojalá viniesen pronto a buscarla. Acarició su colgante de Lunarïe y una nueva idea fue cobrando forma en su mente. A lo mejor podía divertirse un poco mientras los días de verano pasaban.

Cuando su padre entró con la bandeja de café, Laila se giró en el sillón con una amplia sonrisa de inocencia. Esperó a que le sirviera el café a la francesita y cuando esta se llevó la taza a los labios hizo un gesto imperceptible con los dedos mientras la miraba expectante.

—Delicioso, Sean —dijo Monique con amabilidad después de beber un pequeño sorbo—. Estás aprendiendo a hacer el café mejor que el té.

—Gracias a ti —le respondió él, cariñoso.

Laila se miró las manos con desagrado. No había ocurrido nada en absoluto y luego observó a sir Richard por si se había dado cuenta de algo, pero el caballero había iniciado una conversación enunciando las ventajas del té inglés sobre el café europeo. Laila agitó su mano varias veces más, cada vez más impaciente y su padre la miró extrañado.

—¿Qué te ocurre?

—Eh… una mosca —respondió al momento—. Me está molestando.

Luego se levantó enfadada consigo misma.

—Me voy al jardín —dijo. Su padre y sir Richard la miraron inquietos—. Solo estaré sentada en el porche —añadió impaciente al ver sus caras.

Luego se marchó sin mirar atrás. Se sentía defraudada porque por un momento había soñado con lograr un Ahamadirion Nemhirie allí mismo y ver la cara de Monique cuando se le cayese el café sobre el vestido. Recordó que Oberón le había dicho que solo podría hacer magia cuando respirase aire de Lunarïe y la luna estuviese llena, pero por un instante creyó que…

Bueno, qué importaba. Podría intentarlo más veces hasta cansarse. Tenía todo un largo y aburrido verano para hacerlo. Miró hacia la lejana cancela, al final del sendero de fresnos, con cara soñadora esperando ver aparecer un Mustang rosa, pero nada ocurrió. Cayó la tarde y luego empezó a oscurecer mientras brillaba una pequeña luna en cuarto creciente.

Sir Richard fue a buscarla y se sentó con ella en un balancín, contemplando las primeras estrellas vespertinas.

—A ver, jovencita —dijo por fin—. ¿Qué te pasa? Llevas todo el día rara y silenciosa, sin querer hablar con nadie. Vamos, cuéntaselo a tu tío Richi.

Laila puso cara de fingida sorpresa.

—No me engañes, princesa. ¿Es por Monique?

—¡No! —exclamó ella inmediatamente, pero luego recapacitó—. Bueno, sí.

—Veamos —dijo el anciano caballero con calma—. ¿Qué es lo que no te gusta de ella?

—Todo —resumió Laila, aunque siguió hablando sin darse cuenta mientras descubría sus sentimientos—, y nada en particular. No sé, tío Richi. No es nada en contra de ella. Quizás es por mí. Es que…

—Te sientes sola, ¿verdad?

Laila afirmó con sinceridad aplastante.

—Y no te ha gustado lo de los novios, ¿no? —volvió a preguntar. Laila fijó su mente confusa en Daniel Kerry y sintió una pequeña punzada—. Ya llegarán, princesa —siguió el caballero hablando como si fuese su mejor amigo—, y cuando eso ocurra ya verás que tu precioso pelo no tiene nada que ver.

Laila le miró y tuvo ganas de abrazarle. Volvió a sentir brotar su antiguo afecto por sir Richard, pero entonces recordó su misterioso comportamiento a tan extrañas horas. ¿Con quién hablaba? ¿Había dejado entrar a alguien en casa de su padre sin su permiso? Laila no fue capaz de preguntarle porque no quiso estropear el momento en el que estaban inmersos.

—Pero no la tomes contra ella —decía el caballero—. Es un poco… bueno, ya sabes… —le dijo dándole un codazo significativo y Laila se echó a reír—. Cuando tú te vayas en septiembre, tu padre se quedará solo. ¿Eso no te importa acaso?

¿Prefieres que pase el invierno aquí, sin nadie, viendo cómo transcurren los años mientras tú te alejas cada vez más?

—Es que ella va detrás de su dinero —terció Laila molesta.

Sir Richard suspiró impaciente.

—Ya hemos hablado de eso, Laila. Además, ¿y qué si fuese cierto? Yo no lo creo porque Monique es una mujer libre e independiente, tiene un buen trabajo y no le falta de nada, pero si en vez de ella tu padre hubiese conocido a otra que realmente estuviese interesada en su fortuna, entonces ¿qué pasaría? ¿Acaso lucharías contra sus sentimientos? Para ti es mejor que esté solo toda la vida y que acabe sus días en un ataúd de oro, ¿no?

Laila lo miró intentando entender aquella filosofía tan alejada de su forma de pensar.

—Podrías mirarlo de esta manera, princesa —le dijo el anciano—: tu padre compraría el amor de una mujer que no lo abandonaría en la vida.

—Pero eso es horrible —dijo la chica asombrada.

—Hay cosas peores —susurró sir Richard para sí mismo.

—¿No sería mejor que mi padre encontrase a una mujer que lo quiera por lo que es y no por su dinero?

—¿Y quién dice que no lo pueda hacer? —siguió el caballero con un guiño—. Entonces mandaría bien lejos a la señorita Soirett, pero mientras tanto no puede dejar pasar la oportunidad. Tu padre vive lejos del mundo, retirado de la vida y de la gente. No es fácil que las mujeres acudan a su puerta en manadas para que pueda elegir. Y yo creo que ella no es mala persona.

Laila suspiró entendiendo la certeza de sus palabras.

—Nunca te había oído hablar con una lógica tan fría —le dijo a sir Richard.

—Ni yo a ti tan seria y tan pensativa —respondió el caballero—. Anda, deja de darle vueltas a la cabeza con tantas cosas y vamonos a cenar, que es tarde. Y recuerda que tu padre no es ningún tonto, ¿de acuerdo?

Laila sonrió y ambos se levantaron dejando el balancín del porche. La cena fue más agradable que la comida y Monique incluso dedicó todo su tiempo a aconsejar a Laila sobre vestidos y diseñadores de París intentando ser amable. Finalmente Laila se fue a su habitación recordando las palabras de sir Richard mientras se prometía a sí misma que no volvería a interferir en la vida de su padre.

Se sentó sobre la cama y sacó el libro de las piedras de la mesilla. Bajo la luz de la luna las dos gemas vivas brillaban intensamente, pero en el interior las páginas no mostraron ninguna novedad. Lo dejó y al instante se quedó dormida.

Los días pasaron lentos en el interminable verano. El padre de Laila y sir Richard propusieron varias excursiones divertidas, pero ella siempre quería permanecer en

Winter Manon Todos los días miraba el libro de las piedras, cada vez con mayor ansiedad, mientras los recuerdos se hacían borrosos y el desencanto y la duda hacían mella en su carácter, cada vez más taciturno y malhumorado.

Al cabo de casi dos semanas Laila ya dudaba de que hubiese conocido a tres hadas, aunque la existencia del colgante de Aurige y la presencia del libro evitaban que creyese que definitivamente todo había sido un sueño.

Cada día Laila estaba más enfadada con sus tres amigas. Se habían olvidado de ella y el hecho de saber que en alguna parte las tres estaban juntas divirtiéndose en un mundo increíble la sacaba de sus casillas con más frecuencia. A mediados de julio se desanimó por completo y guardó el colgante de la piedra luna junto al collar de esmeraldas.

Pasaba los días encerrada en su habitación, ignorando los intentos de su padre y de sir Richard por animarla. Y aunque el tiempo transcurría con lentitud nunca tuvo una oportunidad de poder hablar a solas con su padre. Monique lo perseguía todo el día, llevándolo de aquí para allá, yendo de compras a todas partes, paseando por todos los rincones de Cavan, y en definitiva, infiltrándose en su vida hasta hacerse completamente imprescindible.

Un día, pasada ya la mitad del mes, cuando el mundo real parecía haber dominado la vida de Laila, el correo trajo dos cartas para ella.

Richard, que le estaba devorando las piezas sistemáticamente como un adversario temible.

—Jaque —dijo el caballero mientras movía uno de sus intactos alfiles.

Laila abrió los ojos atónita ante la jugada e intentó buscar una solución al problema planteado. Apenas le quedaban piezas importantes, así que movió un peón hacia delante intentando distraer la atención del caballero.

—Tsk, tsk —negó sir Richard cruzando con la reina casi todo el tablero en diagonal—. Jaque mate —Laila miró la nueva jugada una y otra vez, pero no había remedio, había perdido—. Nunca debes perder de vista a la reina —le recomendó su contrincante, feliz como un niño que ha hecho una travesura.

En ese momento llegaron Monique y su padre, felices de su largo paseo. Habían caminado por toda la finca mientras Sean le mostraba a la francesa todas sus posesiones. En una mano traía varias cartas y revistas acumuladas en el buzón. Entregó a Laila dos sobres que llevaba en la otra mano, uno de color crema y otro blanco.

—¿Para mí? —se sorprendió ella al recibir las cartas.

Miró el primero de los sobres, una carta formal de color crema escrita a máquina con su nombre y dirección. Le dio la vuelta para ver el remitente y casi se le cae de las manos: Sr. Daniel Kerry y su dirección en Londres.

—¡Es de Daniel! —dijo sin querer en voz alta. Inmediatamente la escondió tras el

segundo sobre mientras levantaba la vista hacia los tres adultos, que la miraban con sonrisas de conspiradores.

—¿Daniel? —preguntó su padre con una ceja levantada.

—¡Casi nos hace creer a todos que no tenía novio! —dijo sir Richard riendo con tono jocoso.

—No es mi novio —protestó Laila con fuerza, poniéndose colorada como un tomate—. Me voy a mi habitación —dijo levantándose rápidamente, haciendo caer al suelo algunas piezas de ajedrez.

Salió corriendo mientras los otros reían, haciéndola sentir muy violenta con el corazón latiendo desbocado. Cuando llegó a su cuarto se sentó sobre la cama y volvió a mirar el sobre de color crema, incrédula. Lo abrió rápidamente y extrajo una fina hoja de papel también en color crema.

«Estimada Laila:

Espero que te encuentres bien y que estés pasando un feliz verano.

Te escribo unas letras para pedirte disculpas por mi actuación y mi comportamiento para contigo en la fiesta de fin de curso del colegio de Lomondfield.

Mi mejor amigo, Norbert Strasser, me contó lo que te hizo Tony Sinclair. Al parecer lo había planeado todo mientras bebía cerveza en su habitación, y fue allí donde mi amigo supo lo que iba a ocurrir, sin que le diese tiempo a contármelo a mí.

Siento mucho mi comportamiento y desearía, si es posible, que me perdonases. ¿Me escribirás, por favor? Así sabré que has recibido mi carta y que al menos has leído estas letras.

Te habrá sorprendido que conozca tu dirección. No te preocupes. El profesor Walsh es un gran amigo de mi padre de la infancia y él me la facilitó. Espero que este secreto quede entre tú y yo.

Sinceramente desearía que pudieses perdonarme.

Escríbeme. Nos veremos de nuevo en septiembre.

Afectuosamente, Daniel Kerry.»

Laila leyó la carta una y otra vez, memorizándola palabra por palabra, sintiendo que la felicidad le subía desde el estómago a la cabeza. Se dirigió a su escritorio y tomó papel y lápiz para redactar una respuesta. Tras unos segundos de garabatear frases, rompió el papel y lo arrojó a la basura. Al cuarto folio roto empezó a pensar que tal vez se estaba precipitando. Miró por la ventana mientras en su cabeza nacía la idea de que tal vez todo fuese una broma. Leyó de nuevo la carta con frialdad. ¿Y si era un juego de Lizzel Sinclair y de Sandy Madison? Laila no conocía la letra de Daniel y sería un grave error caer en una trampa tejida por las dos primas, que sí

tenían acceso a las fichas de los archivos del colegio.

Apartó la hoja de color crema y entonces se acordó del segundo sobre. Volvió a la cama a por él y lo cogió desconfiando de todo. No tenía remitente ni señas de identidad pero lo más asombroso era la forma de dirigir la misiva:

Laila Winter
Irlanda

Y eso era todo.

Con esos datos la carta había llegado a su destino correctamente sin errores de ningún tipo. Entonces reparó que en el sobre tampoco había ningún sello pegado y empezó a ponerse nerviosa mientras una sonrisa iba abriéndose paso en su cara.

Abrió la carta y extrajo un papel amarillo intenso, escrito con letras góticas retorcidas que brillaban con chispitas de luz.

«Querida Laila:

Bienvenida al club de las Coleccionistas
Querida Laila:
Bienvenida al club de "Las Coleccionistas".
El próximo día dieciocho de Julio de vuestro calendario nemhirie, al atardecer de Qentris, pasaremos a recogerte para iniciar los entrenamientos para el Concurso de los Cinco Reinos.»

«Tenemos muchas cosas que contarte», añadía otra letra diferente, como si hubiesen dictado la carta en voz alta y las frases se hubiesen escrito solas según el tono de voz.

Hasta pronto —decía el primer tipo de letra.

Cynder
Nimphia
Bueno, yo también

«Querida Laila», leyó mientras de su cabeza desaparecían todos los Daniel Kerry del mundo. Laila sonrió encantada. ¡Por fin tenía noticias de ellas! Leyó un par de veces más el mensaje y luego lo guardó junto con la carta de Daniel en el mismo cajón donde reposaban el collar de esmeraldas y el colgante de la piedra luna.

¡El 18 de julio al atardecer de Qentris! ¿Y eso en qué momento del día era? Además el 18 era pasado mañana. Laila empezó a planear cómo iba a marcharse de

Winter Manor poniéndole una excusa razonable a su padre.

Bajó corriendo las escaleras hacia la cocina y sin pensar abrió el cajón de los cubiertos. Iban a necesitar un cuchillo afilado, por supuesto. Necesitarían algo para protegerse si alguien las atacaba. Y cuerdas. Cuerdas gruesas, claro. A ver de dónde sacaba ella cuerdas gruesas para trepar muros… Y en ese momento se dio cuenta de lo que estaba pensando: trepar muros.

Ella no tenía ni idea de escalar muros ni de robar, ni de sortear trampas ni evitar medidas de seguridad. Comenzó a venirse abajo mientras se quedaba mirando embobada una pared de la cocina, con la vista perdida en la imagen de ella misma atascada en lo alto de un muro sin saber saltar hacia abajo. Claro, las otras tenían alas. A ver cómo lo hacía ella. Pensó que todo iba a ser un desastre y los ánimos empezaron a desinflarse como un globo.

En ese momento entró su padre en la cocina. Venía a preparar unos aperitivos y se quedó atónito al verla allí plantada con un gran cuchillo en la mano.

—¿Pero qué haces? —preguntó asombrado.

Laila miró el cuchillo y lo soltó inmediatamente en la mesa como si fuese una serpiente venenosa.

—Nada —dijo con cara de inocencia—. Iba a prepararme un sandwich de jamón y queso…

Su padre se quedó mirándola durante unos segundos y luego cambió de tema.

—¿Y la carta? —preguntó mientras sacaba unas latas de cerveza de la nevera.

—¿Qué carta? —repitió ella asustada.

—La de ese chico que te ha escrito… Daniel, ¿no?

—¡Aaahh! —respiró aliviada acordándose—. No era nada, de verdad. Un compañero de Lomondfield —y de pronto lo soltó todo de golpe—. Papá, también me han escrito unas amigas del colegio. Van a venir a buscarme pasado mañana porque me invitan a pasar lo que queda del verano con ellas. Viven en Dublín y vendrán a recogerme en su coche…

Sean Winter se quedó parado mientras trataba de asimilar toda la información que Laila acababa de dispararle a bocajarro.

—¿Unas amigas del colegio? —preguntó extrañado—. ¿Pero no las odias?

—Esas no. Otras amigas.

—¿Y cuánto tiempo? —siguió él, dubitativo.

—Bueno… casi todo lo que queda de verano.

—¿Todo? —repitió algo alarmado—. Pero si prácticamente acabas de llegar…

—Oh, papá, por favor —suplicó Laila—. Siempre dices que debería tener amigas y que tengo que relacionarme con la gente…

—Y esas amigas —dijo su padre con cara seria—, ¿de verdad son de por aquí?

Laila comenzó a afirmar, pero al ver la mirada de su padre negó lentamente con la

cabeza.

—Tenemos que hablar, hija.

—Sí, papá, tenemos que hablar —confirmó ella seria también—. Hay miles de cosas que tengo que preguntarte sobre el libro y sobre mamá, pero no has tenido tiempo en todo el mes para mi… Solo para Monique. Ahora soy yo la que no tiene tiempo, así que todas esas cosas van a tener que esperar. ¿Me dejas ir?

—De acuerdo —dijo su padre de mal talante—, me quedaré solo otra vez. Monique se marcha dentro de una semana y acaban de llamar inesperadamente a sir Richard. Tiene que marcharse de inmediato a Londres por un asunto de su consulado.

—¿Qué? —se sorprendió Laila al escuchar las nuevas noticias—. ¿Cómo que se marcha?

—Sí, hija. Parece que no le queda más remedio.

Laila se dirigió rápidamente al porche a la vez que comenzaba a sentirse culpable. Monique y sir Richard conversaban tranquilamente y ambos la miraron socarrones.

—Dice mi padre que te marchas —soltó ella de golpe al caballero, que al momento puso un gesto serio.

—Así es, princesa —dijo él—. Ha surgido un problema importante y reclaman mi presencia en Londres.

—Pero tú ya no tienes nada que ver, ¿no? —insistió caprichosa.

—A veces sí —le dijo el anciano cogiéndola de las manos—. Así es la vida. Me iré mañana por la mañana.

Laila se mordió los labios, pensativa.

—¿Pero qué nos cuentas de esa carta que recibiste? —preguntó sir Richard con tono festivo—. ¿Definitivamente existe un príncipe encantador para mi princesa?

—No, no —negó ella con tristeza—. Lo que ocurre es que también me han escrito unas amigas del colegio que me invitan a pasar el verano con ellas, pero creo que no podré ir.

—¿Y eso por qué? —preguntó sir Richard asombrado.

Laila echó una mirada significativa a su padre, que llegaba con una bandeja de bebidas y canapés. Monique también siguió su mirada.

—No te preocupes —le dijo la francesa haciéndole un guiño.

Sean Winter comenzó a servir las cervezas en vasos y entonces Monique, como si se le acabase de ocurrir una brillante idea, dijo de pronto en voz alta:

—Oh, Sean, ¿te gustaría venir conmigo a París dentro de una semana? París está precioso en verano y así podrías conocer dónde vivo y a mis amigos.

El padre de Laila la miró sorprendido por la pregunta, y luego a sir Richard y a su hija, que también se había quedado paralizada por la audacia de la francesa. La muchacha comprendió la jugada y sonrió alegremente.

—Oh, sí, papá —gritó con emoción—. Será estupendo que salgas de esta vieja

casa y que veas mundo.

—Pero…

—Tienes que conocer París, papá. Dicen que es maravilloso, Monique tiene razón.

Su padre se alarmó por el repentino cambio de actitud de su hija para con su invitada hasta que comprendió lo sucedido.

—Laila os ha contado que la han invitado unas amigas a pasar el verano, ¿verdad? —les preguntó a los tres con cara de enfado—. Y habéis tramado este teatro para que ella se salga con su capricho.

—De verdad, Sean —dijo Monique disgustada—, tu hija tiene razón. Necesitas salir de aquí, respirar otro aire, conocer gente…

—Y además, ¿qué ocurre si Laila tiene amigas? —terció sir Richard—. Es lo normal. Lo que no es lógico es que pase su vida aquí encerrada entre tres viejos, perdóname querida, no iba por ti —le dijo a Monique, que puso una sonrisa comprensiva.

—No creo que esté preparada para salir de aquí —negó su padre con terquedad —. Solo tiene dieciséis años. Lo mejor será que olvidemos todo este asunto.

—¡¿Pero por qué, papá?! —gritó Laila enfadada.

—¡Porque sí! —dijo él rotundamente con la cara airada, dando un fuerte golpe con su lata de cerveza cerrada sobre la mesa—. No puedes irte. Aquí estás segura.

Laila apretó las manos fuertemente y entonces, sin saber cómo, la lata de cerveza del padre se abrió de sopetón salpicando espuma por todos lados.

—Los nervios te juegan malas pasadas, Sean —rió Monique mientras le ayudaba a limpiarse la cara—. La próxima vez que te enfades, deja las bebidas tranquilas.

Laila miró el rostro confundido de su padre y de pronto vio que sir Richard la observaba fijamente. Sus ojos de halcón parecían haber relampagueado un momento, pero quizás había sido una ilusión porque, de inmediato el anciano reía con fuerza ante la cara pasmada de Sean Winter.

—¡Ahí tienes tu castigo! —le dijo probando un sorbo de su cerveza. Sean gruñó.

—Está bien —dijo al fin. Luego miró a Laila como si fuese a regañarla—. Puedes ir, pero me tendrás que escribir todas las semanas o llevarte un teléfono móvil para llamarme.

Laila dio un salto de alegría y comenzó a bailar a la vez que se llevaba las manos a la boca como si tocase un improvisado caramillo.

—Yo te daré mi dirección en París para que a tu padre no le falten nunca ni una de tus cartas —le dijo Monique.

—Esto es una conspiración —protestó Sean Winter, algo más animado, pensando en las nuevas perspectivas.

—Yo no lo hubiese dicho mejor —rió sir Richard.

—Cállate ya, Laila —pidió su padre mientras ella bailaba y producía los terribles sonidos—. Nos estás mareando a todos.

La chica se detuvo risueña, y entonces por primera vez en su vida le dio las gracias a Monique con toda sinceridad.

—De nada —respondió ella sonriente—. Yo también estoy encantada de tener a tu padre conmigo todo el verano.

Pero a pesar de todas sus palabras amables, por un instante Laila creyó percibir que detrás de su cortesía y su sonrisa perfecta, los ojos de Monique seguían fríos e impasibles como el hielo.

9
Raro, Grande, Difícil

Al día siguiente por la mañana, sir Richard había recogido todas sus pertenencias y se disponía a partir hacia su hotel para terminar de hacer las maletas. Un ambiente melancólico llenaba la casa, y Laila se despidió de él muy apenada a pesar de la emoción que sentía por volver a Faerie. El anciano caballero se acercó a ella con una triste sonrisa en los ojos.

—No te apures, princesita —le dijo después de despedirse de Monique—. Nos veremos pronto. Tengo la intención de visitarte este invierno en Lomondcastle. A ver si para entonces consigo algún viejo pergamino más de nuestra fantástica civilización perdida para ti.

Laila sintió que iba a llorar, y se abrazó a sir Richard con fuerza. No quería que se marchase, y a pesar de todo, sabía que no había sido sincera del todo con él. No le había contado lo que le había ocurrido en su vida recientemente, y hablar con él acerca de Faerie era lo que más hubiese deseado en aquel momento.

Sir Richard le acarició los cabellos y luego la saludó con la mano mientras se metía en el coche. Sean Winter iba a llevarle a Cavan, y ella y Monique se dedicarían a ordenar y limpiar la habitación que el caballero había ocupado casi durante cuatro semanas. Cuando el automóvil se alejaba por el campo, Laila ya lo echaba de menos, y subió hasta su habitación para seguirlo de lejos con la vista hasta que se perdió en una curva bajo los fresnos. Buscó el viejo papiro guardado en un secreter con la intención de volver a recordar a sir Richard, allí, en el hotel Cabra Castle en el momento que se lo estaba regalando, y se tumbó en la cama para estudiarlo mejor.

Volvió a mirar la imagen de la reina egipcia sentada en el trono que contemplaba a los dos seres alados suspendidos en el aire, y entonces se percató de lo que realmente estaba viendo. Sintió que le cosquilleaban los dedos por la emoción mientras el corazón comenzaba a latirle fuertemente.

«Ángeles o hadas», le había dicho sir Richard en aquella ocasión ya lejana. «Podría ser una civilización muy antigua, de casi cincuenta mil años, que fue castigada por estos seres. La reina tiene algo en sus manos, como un teléfono portátil», fue recordando cada vez más emocionada.

¿Pero cómo se llamaba aquella civilización? Por más que lo intentaba, Laila no conseguía acordarse. Se fijó detenidamente en las figuras voladoras, apenas visibles ya por el desgaste del tiempo. Parecían tener el cabello ocre o rojizo, igual que las alas.

«Solarïes», pensó Laila con alegría y extrañeza a la vez. Los Solarïes eran pacíficos. Jamás hubiesen castigado a ninguna civilización humana hundiéndola en las arenas del desierto para siempre.

El golpeteo de unos nudillos en la puerta la sacó de sus disquisiciones, y en la entrada apareció la cara sonriente de Monique.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó.

Laila apartó el pergamino a un lado, doblándolo para taparlo como quien no quiere la cosa. —No necesito nada, gracias.

—Es por si tienes que hacer las maletas… —insistió la francesa entrando en la habitación—. ¡Qué dormitorio tan bonito!

Laila se quedó sorprendida unos momentos por un hecho que jamás había pensado: las maletas. No se le había cruzado por la imaginación que tuviese que llevarse nada a Faerie, pues allí tenía todo lo que necesitaba y más, pero debía fingir que se llevaba algo en su excursión falsa.

Monique se sentó en la silla del tocador algo apurada. Estaba claro que su intención era hablar de otra cosa diferente a vestidos y preparativos de viaje. Después de unos momentos en silencio pareció tomar una decisión.

—Bueno, Laila —dijo por fin con su acento francés—. Quisiera que fuésemos buenas amigas. Sé que al principio no te gustó ver a una desconocida que… que en fin, invadía un poco la casa de tu padre y tu vida en general, pero yo… —Laila seguía atentamente su conversación mientras la francesa dudaba—, yo… no tengo intención de suplantar a tu madre. Solo quiero que nos conozcamos bien y que nos apreciemos. Tu padre es una persona maravillosa. Un hombre que tiene todo lo que una mujer podría desear y yo… bueno, quiero que sepas que me gusta mucho y… y…

—Y quieres casarte con él —soltó Laila con una sonrisa traicionera.

Monique tragó saliva mientras se le subía el rubor a la cara. —Es pronto para decir algo así —dudó sonriendo como una tonta.

—Pues por mí, perfecto —contestó Laila como si no le diese importancia.

—¿De verdad? —se asombró la francesa.

—De verdad. Ya tengo dieciséis años, y algún día me iré a la universidad y luego haré mi vida… Tampoco quiero que mi padre esté solo eternamente, claro. Sería muy egoísta por mi parte.

—¡Cuánto me alegro de que nos entendamos tan bien! —dijo Monique poniéndose en pie completamente satisfecha—. Creí que yo no te gustaba, cielo. Incluso llegué a pensar que me odiabas.

—¿Odiarte? —exclamó Laila con cara de pasmosa incredulidad—. Para nada, en absoluto. Una mujer como tú, libre e independiente, con un buen trabajo —recitó las palabras de sir Richard—, jamás pensaría que estuvieses interesada en mi padre, por ejemplo, por su dinero…

Monique se sobresaltó y sus músculos se tensaron.

—¿Qué has querido decir? —preguntó muy seria.

—Nada —negó Laila inocentemente—. Que me alegro que seas tú y no otra…

Eso quise decir.

La mujer avanzó con altanera dignidad hacia la puerta mientras la furia se le notaba en los ojos.

—En serio, Laila, querría que nos llevásemos bien. Sería lo mejor para las dos —advirtió.

Y luego salió de la habitación con la cabeza muy alta.

«Pequeña víbora», creyó escuchar Laila en un susurro enfadado por el pasillo.

Movió la cabeza satisfecha y volvió a coger el pergamino olvidándose de Monique al momento. Realmente se había dado cuenta de lo poco que le importaba que su padre se casase con ella. A pesar de la conversación con sir Richard, si ocurría algo así, ella se marcharía a Faerie y no regresaría nunca. Pensó otra vez en el equipaje mientras sus ojos vagaban por el amarillento papiro. Podría preparar una serie de maletas y dejarlas luego en el maletero del Mustang. Y esta vez se llevaría con ella el libro y el pergamino.

Buscó en sus armarios ropa cómoda: pantalones vaqueros y una chaqueta grande llena de bolsillos, y guardó en ellos sus preciados tesoros, doblando cuidadosamente el papiro junto con el libro. Ya tenía dos nuevos misterios que resolver con sus amigas: los extraños Solarïes de cabellos rojizos y la sexta piedra desaparecida.

El resto del día transcurrió sin más incidencias. Monique estaba un poco seria y miraba a Laila de vez en cuando con suspicacia. Al final acabó por apartar sus sospechas, pues la muchacha siempre lucía un rostro de candorosa inocencia cuando sus ojos se encontraban. Durante la cena, Laila intentó de nuevo practicar un ahamadirion con ella sin resultado, y entonces recordó el incidente de la lata de cerveza el día anterior. ¿Había sido ella, o el golpe que había dado su padre en la mesa? Volvió a hacer un gesto brusco con sus manos, y sin embargo la copa de Monique no se partió por la mitad ni nada parecido. Desencantada, abandonó la idea y siguió cenando, pensando en sus tres compañeras. Llegarían al día siguiente, pero no sabía en qué momento. ¿Y si era de madrugada? Resultaría muy extraño para su padre y para Monique verlas aparecer en mitad de la noche en un Mustang rosa chillón.

—¿Tienes ya las maletas hechas? —preguntó su padre como si le hubiese leído el pensamiento.

—Sí —mintió ella—. Solo faltan algunas cosas de aseo.

—¿A qué hora vendrán? —preguntó Monique por tratar de participar en la conversación.

Laila se quedó callada sin saber qué decir, y su padre la miró esperando su respuesta.

—Eh… al atardecer.

—¿Y esa, qué hora es? —insistió su padre extrañado.

—Pues eso, al atardecer. Antes de que se haga de noche —replicó Laila molesta, como si fuese una respuesta completamente lógica.

Su padre abrió la boca para contestar, y en ese momento el sonido de un claxon tocado a toda potencia en la misma puerta de la casa les hizo saltar de sus asientos. Laila miró a su padre sorprendida, y vio el mismo gesto repetido en su cara y en la de Monique.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó la francesa.

—¿La cancela está abierta? —preguntó el padre de Laila levantándose.

La muchacha también se había puesto en pie. Había reconocido aquella violenta bocina, y se precipitó hacia la entrada a gran velocidad. Cuando abrió la puerta, allí mismo, delante de sus narices, Cyinder, Aurige y Nimphia la esperaban sonrientes metidas dentro del coche. Era ya noche cerrada, pero Cyinder se quitó las gafas de sol que llevaba puestas y la saludó.

—¡Justo a tiempo! —gritó alegremente sacudiendo su rubia melena sin sus luminosos y dorados ojos—. ¡Mírame! Me he puesto lentillas azules para que nadie se extrañe si me ve…

Laila las miró de una en una, muda de asombro, y luego dirigió la vista hacia su reloj de pulsera dudando ya si se había confundido de día. Pero no había duda. Todavía era diecisiete de julio.

—Venga, sube —dijo Nimphia invitándola con un gesto de su mano.

—Es que llegáis con un día de antelación —les informó mientras se acercaba al Mustang. Se sentía de pronto tan contenta que era incapaz de pensar en nada más.

—¡No! —exclamó Nimphia, atónita, sacando un pequeño artilugio colgado de una cadena—. No es posible. Mi reloj de tiempo funciona a la perfección.

—Tu reloj es una porquería —dijo Aurige contrariada. Luego miró a Laila—. Siempre está inventado cosas que no funcionan. Un día casi nos pillan por culpa de su «infalible» ganzúa electrónica.

—Bueno —dijo Laila con alegría—: mejor. No sabéis cuánto os he echado de menos. Os he estado esperando desde el primer día que pisé mi casa—. Luego miró hacia las puertas abiertas—. Pasad, por favor. Tengo todo preparado pero bueno, me gustaría despedirme de mi padre. Como no os esperábamos hasta mañana…

—¿Tu padre está dentro? —preguntó Cyinder con sorpresa.

—Sí —susurró Laila bajando la voz—, y su novia también.

La cara de Nimphia brilló de emoción.

—Su novia —exclamó abriendo la portezuela—. ¿Quieres decir que no es tu madre? Tengo que ver eso.

—¿Ver el qué? —preguntó Laila asombrada.

—Nimphia se muere por ver una ailorïa —dijo Aurige, despectiva, saliendo del coche junto con Cyinder.

Laila recordó que había visto esa misma palabra impresa en varias portadas de revistas en los kioscos de Solarïe, pero el término, aunque imposible de traducir, le sonaba muy feo.

—No vayáis a decir nada raro ¿eh? —les suplicó—. Y supongo que llevaréis las alas bien guardadas…

Y entonces cayó en la cuenta de que las tres vestían trajes negros ajustados desde los pies al cuello, como si fuesen los ladrones de las películas. Se tapó la boca intentando camuflar la risa y las guió hacia el interior de la casa.

Su padre y Monique aguardaban en el comedor expectantes, y Laila observó la cara de asombro de la francesa cuando vio entrar a las tres chicas completamente enfundadas en cuero negro.

—Papá, Monique —presentó Laila—, estas son mis amigas, Aurige, Cyinder y Nimphia.

—Buenas noches, señores nemhiries —saludo Nimphia contentísima, mientras recibía un codazo de Aurige—. ¡Ah! Perdón. Señores humanos.

Laila no sabía dónde esconderse mientras aguantaba la risa. La cara de su padre permanecía fija y atónita en el cabello violeta del hada del aire, como si no lograse terminar de creer lo que estaba viendo.

—Buenas noches —logró contestar Monique con una sonrisa de anfitriona perfecta y los ojos abiertos de par en par.

—Nos hemos adelantado un día —contó Cyinder como si fuesen conocidos de toda la vida—, pero nos marcharemos enseguida… ¡Oh! ¿Para eso sirven? —dijo tocando los atizadores colgados al lado de la chimenea—. Creía que eran para desatascar los baños…

Sean Winter desvió la mirada hacia su hija que se mordía una mano intentando controlar una carcajada.

—Sí, papá —dijo inmediatamente contestando a su mirada—. Me tengo que marchar.

—Pero es muy pronto… —repuso el padre—. Quiero decir que es muy tarde ya. Tú y tus amigas podríais dormir aquí esta noche y os vais mañana cuando sea de día.

—¡Oh, sí! —gritó Nimphia emocionada.

—No —cortó Aurige de golpe—. Nos vamos ya.

Laila miró indecisa a su padre y luego subió corriendo las escaleras hacia su habitación. Cogió la maleta vacía, y la chaqueta de bolsillos, el libro y el pergamino, y bajó saltando los escalones de dos en dos. Luego entró en el salón. Cyinder se había sentado junto a Monique llevando la voz cantante mientras le explicaba al padre de Laila que el Mustang era muy seguro y que no tenían nada que temer porque condujesen de noche.

Nimphia no apartaba la vista de ella, de una manera tan intensa que la mujer se

puso tan nerviosa que estuvo a punto de soltarle una insolencia.

—Ya estoy —dijo Laila soltando la maleta sobre el suelo.

Su padre se acercó a ella con cara de preocupación por el repentino carácter que estaban tomando los acontecimientos.

—¿De verdad no preferirías quedarte hasta mañana? Yo me sentiría más tranquilo sabiendo que te vas de día, y además mañana ya me habría hecho a la idea…

Laila dudó mirando hacia Aurige. También ella sentía que se estaba precipitando. Todo era demasiado rápido y ya no iba a tener oportunidad de hablar a solas con su padre. La lunarïe negó con la cabeza.

—La clase de Popea empieza dentro de una hora —dijo con severidad—, y tenemos que estar allí sin falta. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

El padre de Laila no entendía nada de lo que estaba diciendo, pero se dio cuenta de que la chica morena estaba decidida a marcharse a toda costa. Tragó saliva impotente y abrazó a su hija.

—No importa —dijo intentando convencerse a sí mismo, sin querer ahondar más en el tipo de amigas que su hija tenía—. El final del verano llegará pronto y nos veremos de nuevo. Yo me lo voy a pasar en grande en París.

—¿De verdad, papá? —preguntó Laila mirándole a los ojos—. ¿Me prometes que vas a intentar conocer gente, y a olvidarte de esta casa unos cuantos días?

—Te lo prometo, cariño. Y tú, ¿me prometes que llevas el teléfono móvil?

Laila se puso colorada y buscó el pequeño artefacto, guardándolo en un bolsillo. Las tres extrañas chicas se despidieron de él y de Monique alegremente. Incluso la que era rubia les dio dos besos en las mejillas a cada uno. Luego se fueron hacia el coche y Laila se despidió también de la francesa.

—Adiós, Monique —le dijo—. Cuida de mi padre, ¿vale?

—Claro que sí, cielo —respondió ella con una sonrisa radiante—. Tú diviértete y no te preocupes por nada.

Laila se dio media vuelta alejándose hacia el recibidor. Sentía pena y alegría a la vez, y le estaba costando marcharse más de lo que había imaginado durante tantos días solitarios.

Cuando alcanzó la puerta de la casa oyó un gritito de exclamación de la francesa.

—¡Ay! —escuchó—. Sean, se ha roto mi copa.

Se quedó paralizada unos segundos, dispuesta a volver al comedor y ver con sus propios ojos lo sucedido, pero Cyinder le hacía señas para que subiese al coche de una vez. Al final corrió hacia el Mustang metiendo la maleta en el asiento trasero junto a Nimphia.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó.

—Nada en absoluto. Es para despistar.

Nimphia puso cara de extrañeza mientras Aurige arrancaba el motor y

maniobraba el coche en dirección a la salida de Winter Manor. Tomó velocidad a través del camino empedrado y Laila miró hacia atrás. Su padre y Monique estaban en la entrada y se despedían moviendo las manos. Ella devolvió el saludo todo el rato hasta que desaparecieron de su vista al doblar un recodo de árboles.

—Tu padre es muy guapo —dijo Cyinder con las gafas de sol puestas de nuevo en medio de la noche cerrada—. Y ella es una ailorïa por completo.

—Desde luego —corroboró Nimphia—. Nunca había visto una tan de cerca.

—Pero, ¿qué es exactamente una ailorïa? —preguntó Laila al tiempo que el coche tomaba más velocidad enfilando hacia el portón de altos hierros que permanecía cerrado—. ¡Oye, que nos vamos a matar! —le gritó a Aurige con la voz quebrada por el pánico, viendo cómo se acercaba la verja.

—En absoluto —contestó la morena—. Solarïe está aquí mismo.

Pisó el acelerador y de repente todo a su alrededor comenzó a hacerse borroso. Entonces la noche comenzó a clarear y los árboles a su alrededor perdieron definición como si se estuviesen desvaneciendo.

El aire se volvió algodonoso, lleno de jirones de nubes blancas y pálidas mientras la verja, ya a pocos metros, se desdibujaba convirtiéndose en humo. En pocos segundos los tonos ocres y dorados inundaron el paisaje a la vez que la noche se convertía en día. Laila miró asombrada al nuevo cielo amarillento, y cuando sus pupilas se acostumbraron a la claridad percibió que el tercer sol, Qentris, acababa de ponerse e iniciaba el descenso Cálime, seguido de cerca por el quinto, Nur.

Respiró profundamente el aire lleno de extrañas fragancias que ya casi no recordaba. Al momento sintió la cara salpicada por una bruma dorada que destellaba a su alrededor, y vio cómo el Mustang atravesaba la superficie del lago dorado en dirección a la lejana ciudad de Solandis, con sus enormes muros de luz perdiéndose en el cielo.

—¡Impresionante! —exclamó asombrada.

—Sí —afirmó Cyinder con una sonrisa mientras se volvía hacia ella poniéndose las gafas de sol sobre la cabeza.

—Demasiada claridad —protestó Aurige entrecerrando los ojos.

—Mira en el agua —le dijo Cyinder a Laila sin hacer caso de la lunarïe —. Frena un poco, Aurige, y da una vuelta grande por el lago.

Laila se atrevió a mirar por el borde del coche, igual que Cyinder y Nimphia, que también se había asomado con curiosidad. Cuando la nube de agua dejó de salpicarlas, Laila distinguió entre las ondas una forma oscura, lejos, a mucha profundidad, apenas perceptible bajo el dorado cristal acuoso. No podía definir lo que era ni el tamaño que tenía.

—¿Qué es? —preguntó Laila levantando la vista.

Aurige conducía en amplios círculos como si estuviesen haciendo un recorrido

turístico.

—Una ciudad —dijo Cyinder resplandeciente de orgullo—. Toda una urbe sumergida, perdida en el recuerdo de todos. La ciudad de Soumur.

Aurige lanzó una protesta de desencanto y aceleró de nuevo en línea recta hacia tierra firme.

—¡Oye! —protestó Cyinder al perder su espectáculo.

—Lleva todo el verano dándonos lecciones de Historia —se quejó la morena—. Es uno de los motivos por los que no pudimos ir a buscarte antes.

—Sí —afirmó Nimphia a su lado—. Entre otras cosas, claro. Cuando te fuiste nos quedamos un poco más en Blackowls. Oberón insistió en que estuviésemos allí porque Árchero, su hijo, iba a llegar pronto y quería que él y Aurige se encontraran a solas.

Laila le echó un vistazo a Aurige, que movía la cabeza contrariada.

—Además, iban a comenzar las fiestas de los Búhos Asesinos —añadió Cyinder recordándolo con voz soñadora—. Te lo perdiste, fue increíble. Soltaron a los Búhos Asesinos, que volaban como sombras camuflándose entre los árboles, y tenías que cazarlos antes de que ellos te cazaran a ti. El premio eran gorros de plumas de búhos. Conseguimos cuatro —dijo mientras abría la guantera sacando unos sombreros con alas como el que había llevado un duende… Ryn… *¿o* tal vez Dandy?—. Uno de ellos es para ti —Cyinder le dio un sombrero mientras le repartía otro igual a Nimphia, y luego se ponía el suyo con una mano y con la otra le encasquetaba el cuarto a Aurige.

Laila se sintió algo desencantada por no haber estado allí, y trataba de imaginarse la escena. Sin duda habrían celebrado miles de juegos raros y divertidos, cantando y bailando todas las noches, olvidándose del mundo y de las preocupaciones mientras ella se aburría en Winter Manor, pero tuvo que reírse al ver el aspecto que tenían las cuatro viajando a gran velocidad a través de los dorados campos de Solarïe.

—De todas formas, Aurige nos obligó a marcharnos antes de que apareciese Árchero —explicó la rubia.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque veo las intenciones de mi padrastro —contestó Aurige desde delante moviendo el gorro de plumas—. Y nunca me voy a someter a un hombre ni a la carga del matrimonio. Que quede claro.

—Pero el amor es bonito —suspiró Nimphia, soñadora, inclinándose hacia delante.

—Bueno, pues todo para ti —le respondió la lunarïe—. ¡Ea! Te regalo a Árchero.

—No, mujer —dijo Nimphia con cinismo—. No me enfrentaría jamás a los planes que tu madre y tu padrastro tienen para ti.

—Te muerdo como sigas hablando —le advirtió Aurige conduciendo cada vez

más deprisa.

—A lo mejor es guapo —la irritó aún más la de Airïe.

—Es muy guapo —replicó Aurige rabiosa—, pero no quiero acabar mis días suspirando por un hombre como hace mi madre cuando cree que no la veo.

—Total —se apresuró Cyinder a cambiar de tema—, que después de eso nos marchamos a Solarïe, y entonces resultó que Titania había estado hablando con nuestras madres. Al parecer estaban muy enfadadas con nosotras por haber visitado a Oberón, y ahora es definitivo que pasemos el invierno en la Universidad Blanca. Incluso la misma reina Blanca, Maeve, estaba de acuerdo con nuestras madres. Nos hemos enterado que ocurrió algo en Lunarïe cuando fuimos allí que la disgustó mucho, pero no sabemos qué cosa fue. Eso nos lo ha contado Puck, que se entera de todo.

—Ese miserable se pasea por Nictis como si fuera su casa —dijo Aurige enfadada —. Un día va a tropezar con Geminia cuando se cambia las enaguas y va a acabar en una olla de aceite hirviendo.

Laila rió al imaginarse al duende dentro de la cazuela mientras tocaba alguna flauta. Descubrió que los recuerdos de su casa se volvían ya vagos y difusos, y la pena y la sensación de culpa por su padre desaparecían como la nieve bajo el sol.

—Entonces nos obligaron a matricularnos —Cyinder siguió—. Dijeron que ya estaban cansadas de tanto libertinaje. Date cuenta, ¡nosotras libertinas! ¡Pero qué se han creído!

—Y te hemos matriculado a ti también —añadió Nimphia riéndose.

—¿Qué?

Aurige se echó a reír traviesamente.

—Pues claro. No íbamos a ser nosotras las únicas que bajásemos a los infiernos. Aquí el pastel se reparte para todas por igual.

—¿Pero cómo voy a llevar dos escuelas a la vez? —se desesperó Laila, comenzando a agobiarse.

—Perdona, tres escuelas —la corrigió Cyinder—. Popea está deseando verte en acción.

—¡Oh, Dios! —exclamó acordándose—. Se va a llevar un gran chasco porque no tengo ni idea de robar ni saltar muros ni nada…

—Bueno, Laila —dijo Nimphia—, para eso están los entrenamientos.

Laila bajó la cabeza negativamente. Iba a ser terrible.

—El caso es que Cyinder lleva leyendo el libro *La Nueva Historia de Faerie* desde que nos matriculamos —la informó Aurige.

—Es una de las asignaturas de primer año —dijo la Solarïe justificándose mientras Aurige y Nimphia ponían cara de desánimo—. Quiero que sepáis que estoy muy interesada y que me voy a tomar en serio las clases. Las cosas en Solarïe

cambiarán algún día. Ya no soporto que mi madre se pasee por el palacio con un boa de plumas que se ha comprado en *Tauro Mezquita,* invitando a cenar a pixis, a shilayas y a duendes solo porque no dejan de adularla.

—Eso es horroroso —se compadeció Nimphia con voz apenada.

—Aunque me mate estudiando —dijo Cyinder moviendo la cabeza con amargura —, Solarïe volverá a ser un día lo que fue. ¿Sabíais que durante cinco mil años la capital de Faerie estuvo aquí, en Solandis?

—¡Basta! —protestó Aurige.

—A mí me parece interesante, en serio —terció Laila.

—Te lo parece ahora, claro. Ya veremos cuando lleves dos semanas oyendo hablar de lo mismo.

—Y la historia de nuestra matriculación en la Universidad es otra de las causas de nuestro retraso —siguió Cyinder relatando mientras ignoraba de nuevo a Aurige.

—Anda, cuéntale la tercera, bonita —dijo la lunarïe con cinismo.

Cyinder se rió traviesa.

—Bueno —dijo risueña—, recuerdas cómo quedó el Mustang, ¿verdad? Según Aurige fue por mi culpa, aunque yo sigo diciendo que no.

Laila asintió dándose cuenta por primera vez de que la carrocería estaba ahora impecable, sin arañazos ni abolladuras y la pintura rosa brillaba más intensa y resplandeciente que nunca.

—Tuvimos que llevarlo al carísimo y célebre taller de reparaciones de Madame Manzanilla TédepuerrodeLuthus.

—¿Madame Manzanilla Tédequé? ¿Y esa quién es? —preguntó Laila con curiosidad sintiendo que comenzaba a reírse.

—Una pixi majadera que tiene un local en la Avenida de los Cinco Amaneceres —contestó Aurige con sorna—. Allí reunió un día a un grupo de pixis locas, dispuestas a todo por dinero, y comenzaron a arreglar motores de coches averiados. Como caben por todas partes, son capaces de detectar las averías más difíciles.

—Y ahora están forradas —añadió Nimphia—. Son unas careras pero están muy cotizadas, y conseguir que te atiendan ya cuesta una fortuna.

—¿Pero por qué no lo arreglasteis vosotras mismas? —preguntó Laila.

—¿Nosotras arreglar el coche? —se asombró Cyinder como si fuese algo impensable. Hasta Nimphia se sorprendió.

—Claro, con vuestros poderes, o una varita mágica —les dijo Laila con la lógica de miles de cuentos de hadas a sus espaldas.

—¡Pero qué dices de varita mágica! —se ofendió Aurige escandalizada—. Ni que fuésemos shilayas.

Laila cerró la boca sin saber si seguir hablando o no, porque cada vez que preguntaba algo se producía un nuevo descubrimiento sorprendente sobre el carácter

de las hadas. Ahora se moría por saber qué demonios era una shilaya.

—En definitiva —siguió contando Cyinder—, tardaron muchísimo en arreglar el coche. Yo no paraba de fabricar soles para esas codiciosas hasta que un día nos avisaron que ya estaba a punto. Estábamos cansadas de tanto caminar para arriba y para abajo a todos lados. Vivir sin coche es terrible. En fin, cuando llegamos, Madame Manzanilla arrancó el Mustang y el motor se fue a pique. ¡Casi le da un colapso nervioso! Porque si no arregla el coche, devuelve el dinero, ese es su lema. Inmediatamente su ejército de pixis se lanzó hacia nuestro coche y lo investigó por dentro y por fuera.

—¿Y qué te crees que era? —gritó Aurige mientras alcanzaban ya la ciudad de Solandis—. Pues una pixi loca que se había metido a beberse el líquido de frenos y se había quedado atrapada en la correa de la distribución. Cuando la sacaron tenía todas las alas rotas. Se fue volando para Madame Manzanilla hecha una furia y le pegó una dentellada en la nariz. Ahora está en el hospital de pixis, y Madame tuvo que ser asistida por una pixi cirujana que pudo reconstruirle el tabique nasal.

—Aunque le ha quedado la nariz como una coliflor —rió Nimphia—. Lo último que sabemos es que se ha tenido que gastar todos los soles que le pagamos para que al menos le cambiaran la forma de coliflor por la de una margarita.

Laila rió también mientras Aurige conducía el Mustang a través de los colosales muros de luz. De inmediato se vieron rodeados por la multitud que paseaba, charlando y riendo por las grandes y doradas avenidas. Miles de hadas sorprendían a Laila por la extravagancia de sus vestidos y atuendos. Casi ninguna volaba por el aire, que sí estaba lleno de pixis chillonas zumbando por todos sitios. La Bella Gente entraba y salía sin cesar de tiendas y locales, comprando cosas que llevaban en vistosas bolsas que flotaban tras ellos, o hacían colas frente a abarrotados comercios y salas de cine. Las joyas y coronas brillaban en sus estilizados y delgados cuerpos, adornándolos de mil maneras, a cada cual más estrafalaria y rocambolesca.

—Esta ciudad es enorme —alabó Laila.

Unas hadas con las alas llenas de plumas de pavo real pasaron cerca del coche y saludaron a Cyinder.

Siguieron subiendo despacio por la empinada avenida en dirección al castillo, cruzándose con otras supuestas amigas de la Solarïe, pero la mayoría de la gente estaba inmersa en crear dinero y gastarlo rápidamente en los lujosos comercios, con una actitud tan descabellada como absurda, entrando y saliendo de los altos edificios, que resplandecían blancos y dorados bajo la luz rojiza de los dos últimos soles, con miles de banderitas azules y amarillas que ondeaban en la brisa como si viviesen en un perpetuo desfile.

—¿Nunca se cansan de comprar cosas? —preguntó Laila, asombrada.

—Jamás —fue la tajante respuesta de Cyinder—. Solarïe tiene cientos de espías

trabajando en el mundo nemhirie, buscando siempre información sobre las últimas modas. Luego, los propietarios de las tiendas contratan a Moda-Modificadores que cambian todo lo que sea gris y aburrido, dándole un toque personal. Siempre hay miles de cosas nuevas e interesantes.

La muchacha miró a Nimphia, que movía la cabeza como diciendo: «No tienen remedio».

—De todas maneras hay menos gente de lo habitual —siguió Cyinder con la voz preocupada y el rostro ensombrecido.

—Pero si esto está a reventar —se extrañó Laila mirando a la muchedumbre que paseaba alegre tal y como ella recordaba.

—Sí, pero no es igual que cuando empezó el verano. Si te fijas bien, verás que la mayoría reflejan en sus caras cierto nerviosismo en lugar de felicidad, y las risas que escuchas son más de histeria que de alegría. La gente de Solandis está alborotada.

Laila observó mejor los grupos de gente que caminaban en dirección contraria al coche. Al principio no notó nada extraño, pero poco a poco percibió que en realidad las risas sonaban chillonas y forzadas, más altas y absurdas de lo habitual. Los ojos dorados de las hadas no brillaban, sino que miraban huidizos en todas direcciones, como esperando encontrar un peligro detrás de cada esquina. Los numerosos grupos intentaban dar apariencia de seguridad, cuando realmente lo que querían era protegerse de la soledad.

«Tienen miedo», pensó Laila, descubriendo que sus sospechas eran ciertas cuanto más recorrían las calles y más se alejaban del bullicioso centro.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó por fin.

Las tres hadas guardaron silencio unos momentos.

—El monstruo hiena —dijo Aurige con voz siniestra, y Laila abrió los ojos como platos al oírla—. Ha habido muchas desapariciones en los bosques. Pixis contando cosas, Solarïes que viajaban y nadie más ha vuelto a saber de ellas, gente que empieza a marcharse… Alguien llegó un día y comenzó a gritar en medio de una plaza abarrotada que le había atacado una hiena de al menos tres metros de altura. Mató a sus amigos, y él estaba medio loco, con varias heridas que le cruzaban el pecho.

—La gente se puso histérica ese día —siguió Cyinder muy seria—. Fueron al palacio a pedir explicaciones, y mi madre les atendió agasajándoles y haciéndoles fiestas. Como ella no sabía qué ocurría, organizó un gran desfile de moda otoño-invierno, y la mayoría de la gente volvió a la normalidad. Los nobles de palacio les dijeron que todo había sido una broma, ¿sabes? La nueva moda nemhirie de películas de cine de terror, y que el herido era un actor promocionando «Los dientes de la Bestia», una película que se estrenó al día siguiente en todas las pantallas de la ciudad.

Laila se quedó pasmada al enterarse de las noticias, y mucho más al averiguar la absoluta decadencia de la corte de Solarïe y de todo el reino en general.

—Pero hubo muchos que no se lo creyeron —contó la pobre Cyinder con la voz quebrada por la vergüenza que sentía hacia su madre—. Siguen los rumores de muertes y desapariciones, y ahora casi todo el mundo está asustado. No se atreven a volver a hablar con mi madre porque en el fondo de sus corazones saben que no servirá para nada, y se reúnen en grandes grupos incluso para comprar un pastel. Nadie sale ya de la ciudad y aunque Solandis parece ser la misma de siempre a los ojos de los extranjeros, por dentro está rota y dividida entre los que aún tienen fe ciega en mi madre y los que desconfían de ella.

Laila notó la pena y la furia de Cyinder, y se compadeció enormemente de ella. Debía sentirse muy desgraciada teniendo una madre así. Entendía que intentase por todos los medios prepararse para reinar con sabiduría cuando llegase la hora. Vio que apretaba los puños con rabia y frustración, y en ese momento tomó la decisión de ayudarla en sus planes en todo lo que ella pudiera.

Aurige y Nimphia permanecían silenciosas bajo el ambiente, ahora sucio y opresivo, de las viejas y solitarias edificaciones de la alejada parte este de la ciudad. Tras escuchar a su amiga, todas se habían quedado incómodas con mal sabor de boca. Aurige terminó de bajar la sucia cuesta que conducía a la plazoleta de la escuela de Popea IV, con su ruinoso y desvencijado edificio y el gran cartel «RARO, GRANDE, DIFÍCIL» en el exterior.

Las cuatro bajaron del Mustang, abandonando los gorros emplumados y se dirigieron, silenciosas, hacia el oscuro portal.

—Es aún peor —le susurró Nimphia, que se había quedado rezagada a propósito para que Cyinder no la escuchara—. Hay gente que dice haber visto al monstruo en la misma ciudad. Y lo más terrible es que se empieza a cuchichear que no es un solo monstruo…

De repente a Laila los callejones le parecieron demasiado solitarios y oscuros, y miró con preocupación a Cyinder, que caminaba delante con Aurige. La lunarïe trataba de parecer contenta y animosa por una vez en su vida, contando bromas e insultos sobre las duquesas Geminia y Urania, y poco a poco, la rubia consiguió poner una sonrisa.

Varias chicas y chicos esperaban fuera del aula la llegada de Popea. Algunas se acercaron a saludarlas, y Cyinder les presentó a Laila como si fuese del reino de Airïe.

—Me alegro de conocerte—dijo un hada llamada Calantra, también vestida de negro igual que el resto de los alumnos, con mechas de color turquesa en sus dorados cabellos—. Todos estuvimos muy apenados por tu enfermedad y deseábamos que te recuperases pronto.

—¿Mi enfermedad? —se asombró Laila con la boca abierta.

Nimphia le dio un sutil codazo, pera ella siguió con cara pasmada.

—Sí —dijo un chico con alas, cuyo nombre era Aiyo. Llevaba unas lentillas de color naranja que le daban un ligero aspecto demoníaco—. Estuvimos esperándote para que nos contaras cómo conseguiste el perfume de Maeve, pero Aurige nos contó que comiste comida nemhirie por error y te indigestaste.

Laila permaneció en silencio, tratando de ordenar rápidamente sus pensamientos. Así que le sentó mal la comida nemhirie…

—Sí, sí… —consiguió decir mientras se le subía una mueca de desagrado a la cara que los otros tomaron por vergüenza—. Fue terrible. Menos mal que logré vomitarla casi toda.

Calantra hizo un gesto de asco a la vez que asentía comprendiéndola.

—No sabía que las de Airïe os teñíais el pelo —observó Aiyo, fijándose en el verde cabello de Laila.

—Yo misma lo llevo teñido —cortó rápidamente Nimphia, y esbozó una sonrisa.

—Ah, ¿sí? —dijo el chico mirándola con interés.

—Claro, ¿nunca has estado en Airïe? —preguntó burlona. Aiyo negó con cara de ridícula ignorancia—. Bueno, pues un día vendré con mi cabello natural y ya entenderás por qué nos lo solemos teñir.

—Dímelo, por favor —suplicó el chico, con las llamas de sus ojos ardiendo de impaciencia.

Nimphia puso cara de tener un gran secreto que no podía desvelar, pero que al final, tras una supuesta lucha interna, iba a contarle al muchacho. Se acercó a él, misteriosa, y miró a todos lados para asegurarse de que nadie más la oía. Al momento se acercó Calantra con la máxima atención.

—Es transparente —susurró Nimphia como si fuese el secreto mejor guardado de Faerie.

—¡No! —exclamó Aiyo, tan asombrado como Calantra.

Laila y Aurige intentaron contener la risa al ver sus rostros inocentes y crédulos. Varias hadas más se acercaron y al momento toda la escuela sabía que Nimphia tenía el pelo invisible. Unas lucecitas surgieron en el aire uniéndose y de pronto la profesora Popea apareció entre los alumnos. Llevaba un traje negro idéntico al de los demás y el cabello recogido en un serio moño.

—Sentaos, por favor —dijo después de unos momentos de teatral silencio. Miró a Laila con una sonrisa y la saludó—. Me alegro que estés mejor, Laila Winter de Airïe. La experiencia debió ser terrible.

—Eh… sí —balbuceó ella acomodándose en un pupitre junto a sus amigas—. Gracias, profesora Popea.

—Bien —dijo la profesora dirigiéndose a toda la clase—. Sin duda todos estaréis

ansiosos por conocer las nuevas noticias —relató haciendo una prolongada pausa—. Ayer os comenté que hoy se decidía en qué reino iba a celebrarse el Concurso de los Gremios este año. Como sabéis, en cada edición, los gremios presentan sus candidaturas y a sus equipos participantes, con un detallado curriculum de sus avances, sus técnicas y el objeto adquirido más espectacular… Pues bien, queridos —siguió con una sonrisa iluminada—, tengo el honor de anunciaros que el Concurso de los Cinco Gremios se celebrará aquí, en Solarïe.

La clase entera permaneció callada unos segundos mientras asimilaban la noticia, pero luego estallaron en aplausos atronadores, felicitando a Cyinder y a las otras, y felicitándose entre sí.

—Nuestro equipo de este año ha entusiasmado al jurado. Las técnicas descritas por Nimphia de Airïe junto con el objeto logrado, que no era grande, aunque sí raro y difícil, fueron decisivas a la hora de galardonar al gremio del reino elegido. Eso sí, los del Reino Blanco estaban molestos porque se le había robado un perfume a su reina.

Muchas hadas se giraron en dirección a Nimphia, que estaba radiante de orgullo, para felicitarla más efusivamente y Aiyo levantó el pulgar en señal de aprobación.

—Sabéis también que las acuartes, al ser las vencedoras de ediciones pasadas, tienen siempre el derecho a organizar el siguiente Concurso de Gremios. Pero ellas jamás presentan candidatura, pues han prohibido la entrada a todos en el reino del agua. Así pues, hemos superado después de quince años todas las expectativas que nuestro gremio pudo imaginar. Nuestro equipo, aquí presente —sonrió a las cuatro chicas mientras caminaba entre las mesas—, es algo peculiar. Una lunarïe, dos Airïes y solo una Solarïe de nuestro gran pueblo, pero eso convierte al gremio de Solarïe exactamente en lo que luchamos todos por ser: un reino libre y plural donde no se juzgan razas ni credos, que convive pacíficamente y acepta a todo el mundo como su igual…

Aurige intentó ocultar un bostezo por el discurso, tan preparado y grandilocuente que parecía sacado de un ensayo de conferencias. Otros estudiantes también abrían la boca aburridos, o se dejaban caer sobre las mesas, pero nadie quería interrumpir a la profesora Popea en su momento de gloria.

—La mismísima Reina Hellia ha sido puntualmente informada. Tranquila, Cyinder —le dijo a la chica, que había abierto los ojos con pavor—, no sabe que tú participas en el equipo. Ni siquiera sabe que perteneces a la escuela.

—Ni siquiera sabe que existo —bufó Cyinder por lo bajo.

—Y entonces, enormemente complacida por tan gran honor —siguió la profesora —, la Reina Hellia ha ofrecido un gran trofeo para aquellos que ganen el concurso: un Grano de las legendarias Arenas de Solarïe.

En el aula se escucharon exclamaciones y susurros de admiración.

—¡Qué! —gritó Cyinder levantándose de la silla sin poderse contener, con la cara descompuesta.

—Así es, querida —la miró Popea algo cortada por su reacción—. Tu madre ha sido extremadamente generosa.

La clase quedó en silencio y Laila miró a su amiga sin comprender nada. Cyinder volvió a sentarse con la mirada puesta en algún punto en el infinito.

—Todo Solarïe sabe el valor de semejante tesoro —añadió la profesora con seriedad—, y por eso mismo conseguirlo será prácticamente imposible. ¿Te desagrada su decisión, querida Cyinder?

—No, no —dijo ella dudosa, con el rostro lívido—. Siento la interrupción, profesora Popea —se disculpó, perdida en profundos pensamientos.

Laila se fijó en sus dos compañeras y comprendió que Hellia tal vez había cometido de nuevo una enorme barbaridad con tal de ganar fama y popularidad.

—No es nada, Cyinder —dijo la profesora algo más contenta—. Bien, sigamos. No sé todos los pormenores del concurso pues es un secreto bien guardado, pero estad atentas porque sé que el lugar elegido será la Gran Torre de Cálime, el edificio prisión de Solandis durante las Guerras Faéricas.

Un nuevo silencio se apoderó de la sala entera y Popea disfrutó con su nuevo golpe de efecto.

—Todos aquellos que tenéis el honor de estudiar en la Universidad Blanca conocéis mejor la Prehistoria de Faerie, así que no entraré en detalles. Solo deciros que nadie ha entrado allí durante milenios y se supone que está completamente vacía.

Toda la clase seguía sus palabras sin perder detalle, cada uno dejando volar la imaginación de una forma diferente. Todos excepto Cyinder, que parecía perdida, y Laila, que no tenía ni idea de semejantes historias.

—Solo se supone que está completamente vacía —remarcó bien Popea sus palabras—, pues tampoco ha salido nadie de allí en todo este tiempo. El Grano de Solarïe será depositado en algún lugar y solo dos de los cinco equipos podrán optar al premio.

»Este año el concurso será algo diferente, pues participamos todos los gremios, incluidos Acuarte y el gremio Blanco, y la selección de equipos finalistas será más difícil. Cada gremio llevará en su poder la gema emblemática de su reino, así que vosotras portaréis nuestro gran topacio, símbolo de la dorada luz del gran sol Solandis.

»Habréis de conseguir al menos otra piedra estandarte de cualquier otro equipo para poder entrar en la Torre de Cálime. Así, en esa primera parte del concurso, todos podremos seguir las evoluciones de las técnicas de sustracción, agilidad e inventiva de los equipos. Los dos gremios que consigan tener dos gemas serán los vencedores, y aquel que permanezca solo con la suya o la pierda a manos de otro gremio será

descalificado.

»Una vez que las puertas de Cálime se abran, el resto será absolutamente desconocido. Y eso es todo —concluyó satisfecha ante su impresionado auditorio. Luego caminó de nuevo hacia la pizarra dispuesta a continuar las lecciones—. Y ahora, querida Laila Winter, si fueses tan amable, nos podrías honrar con una demostración de técnicas de sustracción instantánea.

La chica se giró sobresaltada al escuchar su nombre, sin haber atendido a la última frase. Aún trataba de comprender el significado de la Torre de Cálime, las gemas y eso de las Guerras Faéricas.

—Perdone, ¿cómo ha dicho? —logró preguntar mientras aclaraba sus ideas.

—Que si nos harías una demostración —repitió aguardando sonriente con toda la clase expectante.

Laila puso cara de horror, pero Nimphia, que había estado inquieta mirándola a ella y a la profesora, levantó la mano y dijo:

—Profesora Popea, Laila aún no se encuentra completamente restablecida. Al parecer comió sal en los alimentos nemhiries y no puede moverse tan rápido como siempre.

—¡Sal! —exclamó la profesora sin dar crédito.

Varios susurros recorrieron la sala y todas las hadas observaron a Laila con respeto y pena, como si le hubiese ocurrido una gran desgracia. Ella las miró como si tal cosa, sin saber lo que pasaba. La palabra «sal» fue nombrada varias veces por entre las filas de alumnos.

—Pobrecita —se compadeció la profesora con cariño—. ¿Te dolió mucho, mi niña?

—Eh… pues no… es decir, ¡sí! —dijo inmediatamente y luego miró dolorida a Aurige, que acababa de darle un fuerte pisotón.

—En ese caso —dijo la profesora a la clase con triste resignación—, tendremos que posponerlo para más adelante. Lo importante es que te recuperes y estés en plena forma para nuestro gran momento.

Luego se volvió a la pizarra y comenzó a repasar una lección sobre vuelo nocturno que Laila no pudo aprovechar. A la salida, Calantra y Aiyo se despidieron deseándole suerte y una pronta recuperación, y Laila se reunió con Cyinder, que aún andaba cabizbaja y enfadada.

Caminaron hacia el Mustang y Aurige condujo en silencio subiendo las cuestas de dorados adoquines, ahora sucios y grises, por entre casas y edificios llenos de pobreza y abandono. Aparcaron junto a la cafetería *Deseos de Nur,* que brillaba más ostentosa que nunca, llena de opulentos pasteles a cada cual más extravagante. Nimphia pidió un gran surtido de dulces de arándanos con alas, trufas de limón, volcanes de frambuesa, helados y batidos de frutas azules de los bosques de Krum.

—Te has pasado —dijo Laila cuando la vio llegar con la bandeja cargada de pasteles.

—Hay que coger fuerzas —repuso ella y luego se dirigió a Cyinder—. Y tú tienes que animarte, mujer.

—No tengo apetito —se ofuscó la rubia, pero enseguida cogió un volcán y se dedicó a saborear la lava de fresa que manaba sin parar.

—Bueno —dijo Laila detrás de su batido azul—, ya es hora de que me contéis qué es lo que pasa.

—¿ Por dónde quieres que empecemos? —preguntó Nimphia.

—Por donde sea. Por los Granos de Solarïe, y después seguís con la Torre, la Guerra y las shilayas, que todavía no sé qué son.

Aurige torció el gesto y después de unos segundos comenzó a hablar.

—Los Granos de Solarïe son unas pequeñas perlas que guardan en su interior un poder inmenso. Forman parte de las Arenas de Solarïe, una especie de objeto sagrado que imbuye vida y poder a este reino.

—Eso es una manera muy simple de describirlo —cortó Cyinder nerviosa—. Forman parte de las leyendas y las tradiciones de la casa real de Solarïe. Desde que existimos, cada reino posee un don, un regalo. Un objeto sagrado de poder tan indescriptible e inmenso que el reino entero depende de él. Sin las Arenas, Solarïe moriría, y aquí en este reino, ese objeto es mucho más importante para nosotros. Cada granulo significa la vida y el poder de una reina que en algún momento pidió su Último Deseo y murió por él, sucumbiendo al sacrificio que se exige para realizarlo.

—No lo entiendo —dijo Laila sorprendida—. ¿Un deseo es capaz de matar al que lo pide?

—Verás —explicó la Solarïe—, en Faerie, las cosas que somos capaces de hacer y que a vosotros los nemhiries os parecen tan increíbles, eso que todos llamamos magia, lo logramos deseando realizar nuestra voluntad en forma de deseos. Cuando conjuro monedas —e hizo aparecer unas cuantas—, lo que ocurre es que deseo hacerlas y gasto un poco de energía mágica en el hechizo. Es decir, que me canso un poco. A todas nos ocurre, pero nos recuperamos lentamente porque en Solarïe o en Lunarïe, por ejemplo, esa energía fluye por todos lados. Si como alimentos me recupero antes, igual que vosotros los nemhiries.

»Pero hay hechizos y deseos que no todos podemos realizar. Suponen un gran agotamiento, o no tenemos el poder suficiente para ejecutarlo. Cuando una reina pide su Ultimo Deseo, ese Deseo es tan importante que para realizarse requiere toda su energía, ¿entiendes? Hasta la de su sangre y la del aire que respira. Entonces la reina muere realizando un último sacrificio final y deja tras de sí una dorada perla nacarada como símbolo del amor hacia Solarïe. Esa perla se guarda de generación en generación y engrosa el tesoro conocido como las Arenas de Solarïe.

»Actualmente esas Arenas están constituidas por veinticinco perlas, veinticinco reinas que dieron su vida por este mundo que pisamos, pues ese Último Deseo no puede ser algo banal o intrascendente. Tiene que ser una cosa por la que una reina moriría. Lo más importante es que esa perla que queda encierra en su interior el mismo poder que tuvo la reina mientras estuvo viva, y el que lo posea podrá pedir un deseo de igual magnitud sin arriesgarse a morir. Entonces, el Grano de Solarïe se perderá para siempre y su poder desaparecerá, por lo que a fin de cuentas, es más importante que la propia reina. ¡Y ahora mi madre va a entregar uno de ellos como trofeo de un estúpido concurso! —acabó con los ojos llenos de furia dando un fuerte golpe en la mesita de cristal.

—No te preocupes —la consoló Nimphia de inmediato—. Recuperaremos ese Grano y lo devolveremos al tesoro de Solarïe.

Cyinder levantó la cabeza y las miró de una en una.

—¿De verdad? —preguntó.

—¡Pues claro! —gritó Aurige con un pastelito en la mano, agitándolo delante de su nariz—. ¿Acaso crees que vamos a permitir que esas apestosas de Acuarte se lo lleven?

—Es que siempre ganan —se quejó Cyinder, llorosa.

—Este año, no —dijo Laila intentando sonar convincente—. Me tenéis que enseñar todo lo que sabéis y trabajaremos muy duro para que nadie te robe un tesoro tan importante.

Cyinder pareció animarse un poco, y devoró varias trufas de limón con chispitas azules.

—Mi madre es estúpida —dijo con la boca llena—. Nunca se para a pensar sus acciones. Apuesto que el Grano que va a donar es el de su abuela Ansunia. La odiaba, ¿sabéis?

Nimphia y Laila sonrieron al ver aparecer de nuevo a la auténtica Cyinder.

—Lo conseguiremos, ¿verdad? —repitió la rubia esperanzada, cada vez con más ánimo.

—Claro que sí, chica —dijo Aurige—. ¡Raro, grande y difícil! Nosotras, Las Coleccionistas imbatibles, que fuimos capaces de robar a la mismísima vieja Mab.

—¡Ejem, ejem…! —tosió Laila.

—Ah, sí —dijo Aurige torciendo el gesto—. Vas a tener que esforzarte mucho, nemhirie. Todo va a depender de las cuatro.

—¿Y a ti no te gustaría ganar el Grano para Lunarïe? —le preguntó Laila con intención.

—¿A mí? ¡Qué va! Yo pertenecí al gremio oscuro hace muchísimo tiempo, pero luego llegaron algunas serpientes y lo mejor que pude hacer fue marcharme de allí. No te imaginarías nunca quiénes están en el gremio de Lunarïe…

—¿Quiénes? —preguntó Laila interesada tragando un pastel con alas.

—Núctuna, que es hija de Geminia y la capitana del equipo, un mal bicho te lo aseguro; Casiopea, hija de Urania, y Nandia y Caliope, que son hijas de la duquesa Lea, a quien no llegaste a conocer. Te aseguro que yo jamás pertenecería a un gremio así.

—Suena horrible —contestó Laila moviendo la cabeza con desagrado.

—Más que horrible —dijo Cyinder.

—¿Y tú, Nimphia? ¿No querrías el Grano de Arena para Airïe?

—Oh, no, amiga mía —dijo meneando los violáceos cabellos—. Airïe es mi casa, pero la amistad está por encima de todo.

—¡Qué bonito! —ironizó Aurige—. ¡Con lo poderoso que es y tú siempre hablando como en las películas nemhiries!

—¿Es que acaso las veis? —se sorprendió Laila gratamente.

—Por supuesto —dijo Nimphia—. Lo primero que conseguí en mi vida fue un aparato de televisión. El chasco fue ver que aquí no funcionaba, por eso cuando tengo que ir a Airïe a ver a mi madre, me escapo de vez en cuando y me voy a vuestro mundo a ver películas.

Laila se rió imaginándola en mitad de cualquier cine lleno de gente, con los ojos fijos en la pantalla, devorando palomitas… De repente la cara se le ensombreció porque acababa de acordarse de una idea que le rondaba molesta por la cabeza.

—Oíd —dijo a las tres en general—. ¿Qué es eso de la sal?

Las tres se llevaron rápidamente un pastel azucarado a la boca.

—En Faerie odiamos la sal —dijo Cyinder masticando—. Es horrible. A mí me pone los pelos de punta.

—¿Pero qué tiene de malo?

—Es como veneno, te lo aseguro —respondió Nimphia—. Te deja paralizada sin posibilidad de moverte, con la boca llena de asco y ganas de vomitar. Incluso es dolorosa y te quema si la tocas en gran cantidad. Se dice que los nemhiries podrían capturarnos si nos arrojan sal. Nos inmovilizarían y no nos quedaría más remedio que someternos a sus deseos como si fuesen nuestros amos.

—Eso son tonterías —protestó Aurige—. Dudo que ningún nemhirie pudiese acercarse a menos de diez metros de mí sin que yo supiese sus intenciones.

Laila permaneció en silencio, con los ojos fijos en un punto, mientras sus recuerdos volvían a aquel día de mediados de junio y al hombre de negro, y sintió un escalofrío.

—Un hombre me arrojó sal —dijo despacio en voz alta.

Las tres la miraron con sorpresa.

—¿Por qué? —preguntó Aurige.

—No lo sé.

—¡Lo sabía! —gritó Nimphia a la vez—. Tú eres de Faerie.

—¡Pero yo no soy un hada!

Cyinder gruñó, pero Laila no le hizo caso.

—Pues alguien piensa que sí lo eres —insistió Nimphia—. Si no, nunca hubiese hecho una cosa así. Trataba de capturarte.

Laila permaneció en silencio acordándose de todo lo que ocurrió entonces, el miedo que sintió al ver al hombre allí plantado, sin apenar tocarla, lanzándole a la cara aquel puñado de sal, y luego él se sorprendió por algo mientras a ella le daba tiempo a escapar. Ahora le quedaba muy claro que el agresor no esperaba que ella pudiera moverse después de echarle la sal.

—De pequeña quería ser un hada —relató con la mirada ausente—. Creo que todas las niñas lo hemos deseado alguna vez en la vida, pero es una fantasía común y corriente. Yo no soy un… no soy de Faerie, os lo aseguro.

Aurige negó con la cabeza.

—Lo que tú querías ser era una shilaya. Alas, varitas mágicas con las que cumplen tus deseos… ¿desde cuándo se ha visto que Faerie cumpla deseos de los nemhiries? Por otra parte es impensable que tú fueses un hada. No tienes alas y estas son muy importantes. Son nuestra identidad y no tenerlas es no tener nada ni pertenecer a Faerie. No puedes ser un hada. Vamos a ver, intenta mover el vaso de tu batido…

Laila la miró con desconfianza, tratando de descubrir la burla en sus ojos, pero Cyinder y Nimphia también aguardaban expectantes. Pensó que estaban locas y entonces fijó su atención en su vaso vacío encima de la mesa, intentando concentrarse como en los tableros mágicos con letras escritas para convocar espíritus.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó desesperada, con la cabeza llena de miles de imágenes absurdas.

—No pienses en nada. Solo has de desear mover el vaso.

Laila siguió con la mirada fija, sin parpadear, cada vez con más intensidad.

—Parece que lo vas a matar —observó Nimphia riéndose—. No se trata de que muevas el vaso con la mente, se trata de desearlo. Cree firmemente que puedes hacerlo. Cree en tu deseo, vamos.

Ella siguió intentándolo mientras las tres la observaban en silencio.

—No puedo —dijo al final abandonando la concentración.

—¿Lo veis? —dijo Aurige triunfante.

—Espera —susurró Nimphia—. Vuelve a intentarlo.

Laila suspiró con resignación. Cerró los ojos y apretó los párpados con intensidad. La mente se le llenaba de lucecitas por el esfuerzo y comenzó a marearse.

—Es inútil —y al momento comenzaron a latirle las sienes.

Sus tres amigas permanecían en silencio con los ojos fijos en el recipiente, sin dar

crédito a lo que veían. El vaso no se había movido ni un milímetro, pero el batido, antes agotado, caía rebosando por el borde del vaso, manchando la mesa de líquido azulado. En el rostro de Laila se dibujó una mueca de incredulidad. Cyinder y Nimphia sonreían.

—Habéis sido vosotras —las acusó pensando que trataban de engañarla—. Habéis deseado que consiguiese hacerlo y os ha salido bien.

—Desde luego, yo no —la corrigió Aurige—. Más bien todo lo contrario.

—Yo sí —dijo Cyinder.

—Y yo también —susurró Nimphia—, pero te puedo asegurar que lo que deseábamos Cyinder y yo es que movieses el vaso, no que lo llenases hasta que rebosase.

Aurige levantó la mirada con los ojos tan abiertos que parecían a punto de devorarla. Miles de preguntas pugnaban por salir de su boca, pero solo pudo balbucear una:

—¿Quién eres tú?

10
El entrenamiento de Aurige

—Te repito un millón de veces que no sé cómo lo he hecho —dijo Laila enfadada mientras el Mustang zumbaba por las avenidas de Solandis en dirección a la zona oeste de la ciudad.

La dueña de *Deseos de Nur* se había enojado mucho por haber rellenado un batido gratis, y al final Cyinder tuvo que fabricar más monedas en el aire para calmarla. Nimphia bajó el coche de la columna al tiempo que Aurige atosigaba a la muchacha una y otra vez con preguntas cuya respuesta ella desconocía por completo.

—No puede ser —decía la morena de Lunarïe conduciendo por callejones cada vez más oscuros y siniestros, y Laila trataba de ignorar su desprecio contemplando los ruinosos edificios que parecían echárseles encima.

La ciudad de Solandis parecía haber crecido de fuera hacia adentro. Mientras el centro era populoso y brillante, la periferia permanecía pobre y abandonada como si las hadas hubiesen preferido mudarse con los años, arrimándose al palacio como polillas a la luz. La desmedida luminosidad de las grandes avenidas, como la de Qentris o los Cinco Amaneceres, contrastaba de una forma brutal con las callejuelas cuyos nombres ya se habían perdido en el olvido del tiempo.

La academia de Popea IV quedaba hacia el este del Castillo, pero la nueva zona oeste no tenía nada que envidiar a la de la escuela de ladrones. Sucias y dejadas casas se torcían a punto de derrumbarse y la basura se acumulaba por todas partes en medio de aquel abandono insano. Pequeñas ratas correteaban entre los desperdicios o corrían a esconderse en sus profundas madrigueras. Ni un alma caminaba por allí y Laila se asustó.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—A entrenar —gruñó Aurige su breve respuesta.

A su lado Nimphia la miraba con despierta curiosidad y Cyinder se había vuelto taciturna de nuevo, como si el sofocante y angustioso ambiente le hubiese devuelto a un estado de perpetua melancolía.

—De verdad que no sé cómo lo hice —volvió a decirle Laila a Aurige para tratar de quitarle el enfado mientras la morena aparcaba en mitad de la calle—. No sé por qué te enfadas ahora.

La lunarïe levantó los hombros con desgana.

—Quizás te haya ocurrido lo mismo que en Blackowls —respondió desdeñosa saliendo del coche—. Conseguiste realizar el ahamadirion porque estabas en Lunarïe y ahora has logrado hacer algo por la luz de Solarïe, estoy segura.

—Pues quizás —contestó Laila algo molesta ante la actitud de su amiga. En el fondo de su corazón le había encantado hacer aquel prodigio.

—No os enfadéis —dijo Nimphia caminando sobre los adoquines a la vez que intentaba esquivar los charcos de agua sucia—. Si Laila es capaz de hacer *algo*, lo sabremos en los entrenamientos, y si todo es debido a la magia que hay en Solarïe, mejor. Podremos aprovecharlo en nuestro favor para el concurso.

Aurige gruñó de nuevo sin estar completamente convencida.

Caminaron en silencio escuchando solo el eco de sus pasos, cada una recordando las explicaciones que Popea les había contado acerca de las dos partes de la competición, hasta que llegaron a una fila de edificios pegados unos con otros. Aurige entró en un siniestro portal vacío del que partían varias escaleras. Cyinder, Nimphia y Laila la siguieron.

Las paredes estaban llenas de moho y por todos lados la pintura se caía a pedazos dejando visibles enormes desconchones de ladrillos de oro. El olor a humedad era intenso y desagradable, y la luz mortecina apenas se filtraba por entre los tablones de madera que cegaban las ventanas.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Laila en voz baja.

—Nuestro cuartel general —respondió Nimphia—. Aquí estamos lejos de miradas indiscretas y podemos planear nuestras acciones sin temor a interferencias.

Pasaron a una habitación muy bien acondicionada, con las paredes limpias y pintadas, y varias sillas y sillones alrededor de una larga mesa de caoba. Un tablón de corcho en la pared estaba lleno de recortes de periódicos, algunos viejos y amarillentos y otros bastante recientes. Laila se acercó a echarles un vistazo y dos de los titulares le resultaron sorprendentes y conocidos a la vez:

«BROMISTAS EN EL CASTILLO»

Se trataba de la noticia de cómo uno o varios ladrones habían penetrado en el castillo de Edimburgo hasta llegar a la Piedra del Destino para marcharse luego de manera misteriosa sin robar nada. Laila había leído esa misma noticia hacía un mes en una cafetería de la capital de Escocia mientras hacía tiempo para coger el avión.

«LADRONES EN LA TORRE»

Era el recorte que narraba el supuesto intento de robo de las joyas de la corona inglesa en Londres días después del primer asalto.

Laila quitó los trozos de periódicos del corcho y miró a sus amigas con los ojos abiertos de par en par.

—¿Fuisteis vosotras? —preguntó boquiabierta.

Nimphia y Cyinder sonrieron y Aurige puso cara de superioridad.

—Por supuesto —dijo, todavía molesta por el secreto que no lograba descubrir de la nemhirie.

—Pero no robasteis nada —recalcó Laila levantando una ceja.

—No nos interesaba.

Cyinder chasqueó la lengua, contrariada por los modales de la lunarïe.

—No buscábamos joyas —aclaró la rubia—. Vamos tras las Piedras de Firïe.

Se produjo un silencio misterioso.

—¿Las qué? —preguntó Laila, interesada.

—Hace tiempo que descubrimos en un tapiz escondido el dibujo de unas piedras rojas, que tal vez fuesen rubíes, y llevamos años investigando todo lo que tenga relación con ellas, porque no sabemos qué son ni a quién pertenecen.

—Verás —interrumpió Nimphia—, cuando conseguimos el perfume de Maeve, Noche en Luthus, no era la primera vez que lográbamos entrar en el Reino Blanco. Ya lo habíamos hecho antes, pero es un secreto que no sabe nadie. Fuimos a la Universidad solo por el hecho de decir: «¡Mirad, hemos estado aquí y no os habéis dado ni cuenta!». Un buen reto en definitiva.

»Era de noche y en el edificio no había ni estudiantes ni guardianes. Recorrimos enormes salones blancos y nos paseamos a nuestras anchas buscando algo que llevarnos, pues nunca pensábamos volver a poner los pies allí. Caminamos por el gran comedor y la biblioteca y llegamos a un salón de conferencias y congresos, decorado con cientos de tapices de la Historia de Faerie, pero de entre todos había uno más grande que ocupaba toda la pared principal. El tapiz era muy bonito, con las cinco piedras de los cinco Reinos, y todo el resto lleno de signos y frases extrañas que me recuerdan a tu libro.

»Las tres parecíamos estar de acuerdo en que ese era el objeto indicado: raro, grande y difícil, y lo descolgamos cuidadosamente de la pared a la vez que vigilábamos en todo momento por si alguien aparecía. Cuando estábamos enrollándolo para llevárnoslo, una esquina de la arpillera se desprendió porque estaba mal cosida, y nos pareció que aquella obra de arte estaba a punto de desmoronarse en nuestras manos… Aurige intentó volver a unir ese fondo de tela al tapiz, sin resultado.

«Entonces descubrimos que la tela que se había desprendido tenía un color distinto al de la arpillera normal, como si fuese otro cuadro pegado debajo del primero, y entonces nos dimos cuenta de que aquello podía ser algo mucho más raro y difícil aún —hizo una pausa y contuvo la respiración—. Fuimos despegando lentamente una tela de otra y ante nuestros ojos apareció un segundo tapiz oculto, que no era tan grande, pero sí asombrosamente extraño y lleno de colores. Me encantaría que pudieses verlo. Estaba lleno de piedras que jamás habíamos visto en Faerie, en torno a una gran gema negra pintada en el centro. A su alrededor estaban bordados varios dibujos de animales, y cientos de símbolos y palabras escritas en oro y plata que partían como rayos en todas direcciones, rodeando otras piedras, seis más, que no

mostraban ningún orden conocido dentro de los actuales reinos de Faerie.

«Inmediatamente decidimos quedarnos con el tapiz oculto y volvimos a colocar el grande justo en el sitio en el que estaba. Lo estudiamos durante mucho tiempo, pero no tuvimos ninguna referencia para compararlo hasta que vimos tu libro, y en todo este tiempo nunca quisimos volver a la Universidad Blanca por si acaso. Cuando lo colgamos en nuestra cueva por primera vez, nos dimos cuenta con pena de que muchas piedras y dibujos se habían destruido en el viaje desde Tirennon a aquí, pues el tapiz parecía increíblemente viejo y se deshacía poco a poco como si fuese mantequilla.

»De todas formas, de los restos que quedaron pudimos sacar algo en claro: unas piedras únicas, rojas como la sangre, rodeadas por cientos de hilos de oro y plata como si fuesen lo más importante del mundo. Los bordados a su alrededor parecían llamas de fuego y salamandras, indicando algún tipo de poder sobrenatural que, al menos para el autor, debía ser lo más sagrado y sobrecogedor de todo… Reconocimos restos de lo que podrían ser las Arenas de Solarïe, dibujadas allí muy pequeñas y sin vida, casi sin importancia.

—¡Ja! —saltó Cyinder—. Seguro que el autor no tenía ni idea cuando hizo el tapiz.

Nimphia la miró molesta por la interrupción, y luego siguió con la intrigante historia.

—El caso fue que había otros objetos sagrados, algunos muy raros de los que no habíamos oído hablar nunca, y otros que reconocimos enseguida. Yo descubrí, medio deshecha, la Caja del Arpa de los Vientos de Airïe, pero aquellas piedras rojas eran sin duda las más importantes.

—Y la gema negra del centro también era muy misteriosa —contó Aurige, interesada ahora en recordar todos los detalles como si nunca hubiese estado enfadada—. Las inscripciones la rodeaban como burbujas de plata, saliendo rayos bordados en todas las direcciones que se perdían hasta los bordes, que estaban repletos de piedras preciosas. Ha sido una pena perder el tapiz de la forma en que fue destrozado.

Todas guardaron silencio mirándose unas a otras, sin atreverse a decir lo que estaba en sus mentes: la bestia hiena con su risa gorgoteante, que ahora parecía campar a sus anchas por Solarïe. Laila sacó el libro y el pergamino de los bolsillos y se los mostró a sus amigas.

—Son las cinco gemas de los Reinos —dijo Cyinder tocando la cubierta de cuero del libro—. Es totalmente distinto a nuestro tapiz, y ahora ya no lo tenemos para estudiarlo en conjunto.

—¿Y este dibujo? —insistió Laila desplegando el papiro. Aurige lo observó detenidamente.

—Es muy extraño —comentó para sí misma—. Parece como si una nemhirie pudiese convocar al reino de Faerie.

—¿Son Solarïes esas dos hadas? —preguntó Laila ignorando la cara de desagrado de Cyinder ante la funesta palabra.

—No —negó la rubia—. Parece que tuviesen los cabellos rojos…

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Aurige fijando sus ojos en el objeto redondo que llevaba la reina en las manos.

—Me lo regaló un amigo —dijo Laila con orgullo pensando en sir Richard.

—Es increíble que algo así haya llegado a manos de un nemhirie —musitó la morena—. ¿Te dijo qué representaba?

—Pues sí —contestó Laila—. Dijo que era una civilización humana muy antigua, y que esas hadas los castigaron hundiéndolos en el desierto del Sahara para siempre.

—Eso no puede ser —negó Cyinder categóricamente—. Los nemhiries pueden ser muy molestos, pero de ahí a acabar con toda una civilización es completamente imposible.

—Pues lo hicieron —insistió Laila, vehemente, defendiendo las palabras del anciano caballero—. Si tuviésemos ese tapiz vuestro, seguro que descubríamos más cosas.

—De todas maneras ya no hay solución —siguió Nimphia apesadumbrada apartando la vista del pergamino—. Tenemos que conformarnos con lo que sabemos y ahora esas piedras son el verdadero motivo de nuestro club de coleccionistas. Las llamamos las Piedras de Firïe porque esa palabra parecía estar trenzada a su alrededor con flores y pequeñas llamas de fuego, y permanecía más o menos intacta frente al resto, que se caía en pedazos.

—Pero, ¿qué es Firïe? —preguntó Laila mientras doblaba el papiro y lo guardaba de nuevo en los bolsillos de su chaqueta.

—Podría ser cualquier cosa —negó Aurige con la cabeza—. Desde un lugar desconocido hasta el nombre de alguien que pudo ser muy importante, o incluso la firma del mismo autor del tapiz…

Laila miró su libro y de repente sintió un cosquilleo de emoción.

—Pues creo que tengo que deciros algo que también es importante —dijo como si hubiese resuelto parte del misterio—. Tocad las piedras del libro, mirad —les mostró —. Entre Acuarïe y Airïe hay una pequeña muesca…

Aurige le quitó el libro de las manos y pasó sus dedos rozando la cubierta suavemente como las patas de una araña. Luego miró a Laila sorprendida mientras pasaba el libro a las otras.

—Falta una piedra —dijo Nimphia emocionada con el rubor tiñendo sus mejillas.

—¡Firïe! —aventuró Cyinder con un gritito.

—¡Pues claro! —siguió Laila divagando como si encajasen piezas de un

rompecabezas—. Firïe es un reino. Ha desaparecido y nadie sabe dónde está o si existe todavía, y las Piedras son su objeto sagrado. Además fueron los que castigaron a la civilización humana…

—Lo dudo mucho —terció Aurige—. Si hubiese otro reino en Faerie, ¿no crees que sabríamos dónde se encuentra o qué fue de él?

Todas se quedaron calladas ante la certeza de sus palabras.

—Cuando estuvimos en Lunarïe —recordó Nimphia—, la sacerdotisa Virge dijo algo de los Reinos Perdidos, ¿no os acordáis?

—Sí —rememoró Cyinder con la mirada fija en el libro—. ¿Qué fue lo que dijo?

—Yo no me acuerdo —dijo Laila—. Creo que estaba muy asustada para prestar atención a sus palabras. Me estaba fijando en el camino que nos marcaba Mistra por si acaso nos dejaba tiradas en mitad del laberinto.

—¿Mistra, abandonaros? —dijo Aurige desdeñosa—. Pero si es incapaz de hacerle daño a una mosca… Es tonta perdida.

—Pues bien que supo hacerse la intrigante —dijo Cyinder de mal humor al recordar su visita al Palacio de la Noche.

Aurige levantó los hombros como si le diese igual que no la creyesen.

—Creo que al final nos va a venir muy bien estar matriculadas en la Universidad —se animó la rubia, contenta de tener una excusa más para obligar a sus compañeras a que estudiasen.

—De todas maneras ahora ya no vamos a conseguir aclarar mucho más —dijo la lunarïe —. Lo mejor que podríamos hacer es dedicarnos a pensar en el concurso. Popea ha dejado bien claro que el concurso será casi imposible ganarlo, así que tendremos que comenzar a planearlo en serio.

—¿Cuándo va a ser? —preguntó Laila.

—A mediados del agosto nemhirie —respondió Nimphia para ayudarla a aclararse.

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Por lo pronto, vamos a investigar esa supuesta capacidad tuya para rellenar batidos —ironizó Aurige.

Laila se enfadó, pero Cyinder y Nimphia lanzaron una risa estruendosa.

—Ahora en serio —rió Nimphia—, es fundamental que seas capaz de mover objetos o trasladarte de un sitio a otro, o que puedas hacerte invisible.

—¡Ja, ja! —ironizó Laila—. *¿Y* qué tal si además vuelo como Superman o levanto un tren de miles de toneladas?

—Eso nos ayudaría mucho —le tomó el pelo Aurige.

La muchacha clavó en ella sus ojos furibundos con ganas de soltarle un insulto, pero Nimphia intervino rápidamente.

—Así no hacemos nada —regañó a la lunarïe —. El tiempo vuela y tenemos

mucho trabajo por delante. Yo me dedicaré a planear paso a paso cada movimiento de la primera parte del concurso y trataré de perfeccionar la ganzúa electrónica para que no nos dé más fallos. Cyinder, tú harás de relaciones públicas e investigarás todo lo que puedas sobre la Torre de Cálime, y tú, Aurige, ayudarás a Laila en sus entrenamientos para hacer realidad deseos, ya sea porque puede ella sola o porque sea gracias a Solarïe, pero tendrás que conseguir que se adecué a nuestros proyectos.

—¿Y yo por qué?

—Porque sabes que eres la mejor en técnicas de combate y ocultamiento —suspiró con cansancio—, así que deja de hacerte la dura. Tú misma has dicho que todo depende de las cuatro.

Aurige refunfuñó con desagrado, aunque en realidad le había gustado que quedasen claras sus habilidades y su maestría en encantamientos oscuros, por lo que al final aceptó.

Nimphia creó de inmediato un gran pergamino de la nada y comenzó a escribir anotaciones trazando flechas y esquemas mientras se perdía en sus planes.

—Iré al palacio —anunció Cyinder sombría—. Intentaré averiguar qué se sabe de esa torre en la biblioteca, así que me llevo el coche.

—Te acompaño —dijo Aurige al momento.

—De eso nada —ordenó Nimphia que había levantado la vista del plano—. Tú ayudarás a Laila.

Aurige chasqueó la lengua, contrariada, pero obedeció a Nimphia contra todo pronóstico, y Cyinder abandonó la habitación cabizbaja. Laila miró seriamente a la lunarïe, que apretaba con fuerza los puños.

—No hace falta que me ayudes —dijo la muchacha con rencor—. Puedo intentar hacerlo yo sola.

—¿Tú sola? —se carcajeó la morena—. Ni en un millón de años lo lograrías, nemhirie.

—¡Callaos las dos! —gritó Nimphia enfadada—. Necesito silencio para concentrarme. Marchaos a otro sitio.

Ambas abandonaron la estancia como si hubiesen recibido un latigazo.

—Se pone hecha una furia cuando tiene su vena creativa —dijo Aurige confidencialmente y Laila se asombró de que su compañera pasase tan rápido de despreciarla a estrechar su amistad.

Llegaron a otra habitación llena de escombros y basura donde no había mesas ni asientos, y ambas permanecieron de pie frente a frente. Aurige volvió a adoptar una actitud retadora y distante.

—Bueno —dijo chasqueando los dedos—, aquí vamos a estar hasta que comiences a dar señales de un esfuerzo productivo.

En mitad de la habitación apareció un cómodo sillón de cuero y Aurige se sentó

en él sin invitar a Laila, tumbándose sobre sus alas, con la derecha deformada para siempre por los tres cortes recibidos en la cueva.

—Como ves, yo puedo sentarme. Tú, no. Haz un sillón y te sentarás. Crea comida y comerás —de repente apareció una piedra afilada y negra en su mano—. Conjura un escudo y te defenderás de esto.

Hizo un gesto con su mano y la piedra salió disparada impactando contra el hombro de Laila. La muchacha acusó el golpe con sorpresa y un grito de dolor escapó de sus labios. Se volvió furiosa hacia Aurige con lágrimas naciendo en sus ojos.

—¡Pero qué te has creído! —le gritó—. ¡Eso duele! Se supone que me tienes que enseñar, no matar.

—Vaya, vaya —rió Aurige con crueldad—. Una nemhirie llorona. Apuesto a que papaíto te ha dado siempre lo que has querido, y ahora la nemhirita no tiene a papi que le saque del apuro y se pone a llorar.

—Pero ¿por qué te portas así conmigo? —preguntó Laila furiosa—. Yo nunca te he hecho nada.

Una nueva piedra voló hacia su cabeza y Laila se apartó a tiempo de sentir un lacerante dolor en su oreja. Se tocó la piel y sintió los dedos mojados con gotas de sangre.

—¡Estás loca! —le gritó completamente convencida de que su amiga había perdido el juicio, y al momento se dirigió hacia la salida dispuesta a reunirse con Nimphia. La puerta se cerró con violencia delante de sus narices y Laila escuchó un clic en la cerradura.

Se giró hacia la lunarïe con la cara descompuesta y los puños apretados.

—Abre ahora mismo.

—Abre tú —contestó la otra con sarcasmo mientras se acomodaba con vagancia en el sillón.

Una nueva piedra de bordes cortantes apareció en su mano y al momento cruzó el aire disparada en su dirección. Laila se apartó y la piedra se estrelló contra la pared. Aurige torció el gesto.

—Eres estúpida —escupió la lunarïe —. Imagina que eso hubiese sido una Piedra de Firïe o el Grano de las Arenas de Solarïe. Ahora estaría hecho añicos.

—¡Pues no haber intentado matarme con él! —gritó Laila llena de miedo.

Aurige rió de nuevo y esta vez apareció una pequeña daga plateada en su mano. Laila parpadeó incrédula notando que las manos le empezaban a sudar, y miró desesperadamente hacia la puerta deseando ver aparecer a Nimphia. Retrocedió con rapidez hasta que su espalda chocó contra la pared. La daga zumbó y Laila se cubrió la cara con las manos, paralizada de terror. Escuchó el aire cortándose en un silbido mientras la cabeza se le llenaba de negros pensamientos de muerte, y se convulsionó esperando el impacto final. Luego silencio. Pasaron los segundos más lentos de su

vida, y Laila se extrañó de no sentir dolor alguno. Se arriesgó a echar un vistazo y al momento chocó su cabeza contra la pared en un acto reflejo.

Delante de ella, a escasos centímetros, la daga plateada brillaba en medio de sus ojos congelada en el aire. Su mirada aterrorizada se desvió hacia la lunarïe que estalló de furia en ese momento.

—¡Estúpida! —le chilló levantándose con la cara contraída mientras se acercaba hacia ella—. ¡Lo tienes que parar! Ahora estarías muerta si yo hubiese querido clavarte la daga de verdad. ¡Y no se te ocurrió otra cosa que taparte la cara!

Aurige cogió la daga inmovilizada y dándose la vuelta la arrojó certeramente contra el cojín del sillón, donde se hundió hasta el mango. En ese instante Laila se abalanzó sobre ella con toda su furia, harta de insultos y desprecios, cogiéndola desprevenida por sorpresa y las dos trastabillaron mientras comenzaban a luchar, golpeándose y tirándose de los pelos. La morena chilló de dolor cuando Laila la cogió por su cabellera arrancándole finos mechones de color azabache, pero de repente la muchacha sintió el golpe de una bofetada en la mejilla que la hizo tambalearse.

La violencia y la rabia crecieron rápidamente en el ambiente, que se llenó de patadas, gritos y arañazos, y en un momento ambas se separaron jadeando, mirándose la una a la otra, con las caras llenas de heridas y moretones, dando vueltas en círculo como dos boxeadores.

Los ojos de Aurige relampaguearon peligrosamente y Laila sintió correr la sangre ardiendo por sus venas. Una piedra apareció en la mano del hada de Lunarïe y salió disparada en dirección a Laila como si fuese una bala. La muchacha no se movió. De repente la cabeza se le quedó en blanco, un destello invadió su mente con una fuerza sobrecogedora cegándole la vista, y un sentimiento que llegaba de miles de años atrás hizo que levantase su mano en un gesto lento y poderoso. La piedra se incendió en mitad del aire, volatilizándose sin llegar a rozarla.

Aurige parpadeó sorprendida, y Laila, que por un momento se había quedado sin habla, se miró el brazo extendido sin dar crédito a lo que había hecho, mientras un humo negro se disipaba en el aire de la habitación. Luego miró a la lunarïe, que permanecía muda con el rostro asombrado, convertido en una mueca cómica.

—Muy bien nemhirie —reconoció asintiendo con la cabeza, muy sorprendida a su pesar.

—¿Qué he hecho? —balbuceó Laila incrédula a la vez que la agresividad la abandonaba.

—No lo sé. No conocía esa técnica con fuego.

Laila volvió a mirarse la mano y luego la sacudió con un ademán teatral intentando que apareciese una llama en el aire.

No ocurrió nada.

—Y ahora, ¿por qué no lo puedo hacer de nuevo?

—Parece que no lo deseas con suficiente fuerza —dijo Aurige cansada, sentándose en el sillón junto a la daga—. O no estás ahora suficientemente enfadada.

Laila se dejó caer en el suelo agotada, con los ojos vidriosos y los brazos llenos de cortes y contusiones, y el hilillo de sangre cayendo de su oreja. Respiraba entrecortadamente mientras miraba a Aurige sin pestañear.

—¿Acaso has estado provocándome todo el tiempo para que hiciese esto?

—No esperaba que lo consiguieras —sonrió la lunarïe con maldad—, pero sí, quería saber si castigándote un poco, tu mente iba a reaccionar de una manera poco convencional para un nemhirie.

—De verdad, eres una sádica.

Una nueva piedra voló rauda hacia ella y aunque Laila la vio a tiempo y trató de detenerla, no ocurrió nada y sintió un fuerte impacto contra la palma de la mano.

—¡Ay! —exclamó de dolor con los dedos agarrotados.

Aurige movió la cabeza de izquierda a derecha.

—Quizás seas un hada —le dijo enfadada—, pero tienes la cabeza llena de cosas nemhiries. No nos vas a causar más que problemas.

—¡Podrías dejar de apedrearme! —gritó Laila más dolorida por su actitud que por el daño de la piedra.

—Y tú podrías concentrarte de una vez. ¿Acaso no te importa Cyinder? Está hundida, aunque no seas capaz de imaginar cuánto. Su única oportunidad para conservar el honor que su madre ha perdido es recuperar el Grano de las Arenas de Solarïe, y nosotras vamos a conseguirlo aunque tenga que matarte a golpes, nemhirie.

Laila la miró fijamente sin parpadear y luego se levantó despacio tragando saliva. Aurige se puso en pie e hizo desaparecer el sillón. Ambas estaban listas de nuevo. Aurige lanzó una piedra que golpeó a Laila en el estómago haciendo que se le saltasen las lágrimas, pero en esta ocasión se mordió los labios tratando de no quejarse. La chica intentó vaciar su mente de todo mientras las piedras volaban una a una hacia ella, alejándose de sus recuerdos, de Winter Manor, de Daniel Kerry, del hombre de negro y de todo lo que se escondía en torcidos recovecos y con los que convivía sin saberlo.

Dos nuevos proyectiles surgieron desde direcciones diferentes y ambos se abalanzaron hacia Laila. La muchacha levantó una mano con la palma abierta y los dedos estirados. Entonces sintió el golpe de una de las piedras en su espalda.

—¡Muy bien, nemhirie! —gritó Aurige. Laila abrió los ojos que había cerrado para no ver acercarse los proyectiles. La piedra dirigida hacia su rostro estaba suspendida a pocos centímetros—. ¡Has parado una de dos!

Laila sonrió a pesar del dolor que tenía entre los omóplatos.

—¡Ahora esquiva esta! —la lunarïe lanzó otra piedra a gran velocidad. Cuando Laila izó su mano de nuevo, la piedra cambió de rumbo y dio una curva

impactándose contra su hombro.

—¡Ay! ¡Tramposa! —gritó dolorida.

Aurige rió.

—No creas que es fácil —le dijo—. Y te aseguro que Núctuna y Casiopea te destrozarán en un segundo. Son despiadadas y su único objetivo será ganar.

—¿Podrían matarme? —preguntó Laila con miedo.

—No está permitido en Faerie que la Gente Bella se mate entre sí —le advirtió la otra—, pero te aseguro que no les importará decir que fue un accidente. A estas alturas la duquesa Geminia ya le debe haber contado a su hija la humillación que Cyinder le provocó.

—¿Cómo lo sabes? Tú estabas inconsciente.

—Cyinder me lo contó —dijo la lunarïe oscuramente haciendo aparecer varias piedras en el aire—. El resto lo sé yo.

Y lanzó todas las piedras sin esperar ni un segundo. Dos de ellas golpearon a Laila en las piernas y sus rodillas se doblaron, pero otras dos permanecieron suspendidas en el aire, inmóviles, mientras el resto se estrellaba contra la pared.

—Vas progresando —comentó Aurige con aprobación.

—¿No podríamos parar un poco? —suplicó Laila, dolorida por todo el cuerpo.

—No —negó la morena con dureza—. Seguiremos hasta que domines esta sencilla técnica defensiva.

Laila no sabía si desesperarse o estar de acuerdo con ella; sin embargo volvió a erguirse orgullosamente y durante lo que le parecieron horas eternas siguieron practicando sin parar. En un momento, cuando el cansancio y las piedras la tenían al borde del agotamiento, Aurige le lanzó de nuevo la daga plateada y Laila volvió a sentir el pánico llenando todos los rincones de su cerebro como una marea oscura. Apretó las manos con intensidad mientras el arma volaba hacia ella y de repente sintió otra vez aquella fuerza antigua que la avasallaba. La daga se detuvo apenas a un palmo de su pecho y Laila la miró como si fuese algo nuevo, con los ojos perdidos en una nebulosa. El arma giró en redondo en el aire y salió despedida hacia Aurige, a una velocidad tan increíble que casi atravesó a la lunarïe por la mitad. Aurige consiguió apartarse de la trayectoria a duras penas y la daga se incrustó contra el podrido yeso de la pared detrás de ella.

La muchacha morena permaneció de pie, llena de asombro, mirando a Laila que permanecía con la vista perdida detrás de una cortina de neblina. Aurige abrió la boca para decir algo y en ese momento Laila comenzó a convulsionarse de dolor. Cayó al suelo gimiendo y retorciéndose mientras se curvaba gritando, tratando de aferrarse a su propia espalda.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó Aurige desconcertada.

—Mi… mi espalda —logró decir Laila con voz entrecortada—. Duele…

Y de nuevo se agitó violentamente en el suelo entre alaridos. Aurige se acercó a ella y la agarró de los brazos tirando hacia arriba. Hizo aparecer el sillón y la sentó de golpe.

Laila gritaba con el dolor más fuerte que nunca, con esa sensación de los huesos tirando de ella, rasgándose y rompiéndose por dentro. Aurige musitó unas palabras teñidas de oscuridad y le puso la mano en los ojos. Al instante la muchacha pareció relajarse y miró a la lunarïe con agradecimiento antes de caer en un profundo sueño.

En cuanto Aurige comprobó que su respiración se volvía tranquila y pausada, salió abriendo la mágica puerta en busca de Nimphia. Inmediatamente entraron en la habitación, ambas con cara preocupada. Nimphia aún llevaba un pergamino en la mano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—No lo sé. Comenzó a gritar y a retorcerse después de devolverme una daga que casi me mata.

—¿Una daga? —la miró Nimphia—. Te has pasado, Aurige.

—No, no me he pasado —contestó la otra con la cara colorada—. Sabe defenderse muy bien.

Nimphia movió la cabeza con desaprobación y se acercó a Laila poniéndole la mano en la frente.

—Era la espalda —dijo Aurige—. Algo le pasa ahí.

—Ahora está tranquila —susurró Nimphia mientras ambas le daban la vuelta en el sillón, poniéndola boca abajo.

—Le hice un hechizo de sueño —explicó la lunarïe inspeccionándole la espalda en busca de alguna herida.

Palpó todas las vértebras y los omóplatos buscando algún golpe ocasionado por alguna de sus piedras e intentando que Nimphia no notase su preocupación.

De repente tocó algo. Retiró la mano de la espalda de Laila como si hubiese tocado fuego.

—¿Qué es? ¿Qué tiene?

—Nada —contestó después de unos segundos, con la mirada fija en la muchacha —. No tiene nada. No sé lo que le pasa.

—Eres una mentirosa, lunarïe.

—¡Pues tócala tú! —se enfadó Aurige.

Nimphia dudó y examinó atentamente la espalda de su amiga sin descubrir ningún defecto. Luego levantó la mirada hacia la morena, que permanecía silenciosa.

—No hay nada —confirmó. Luego la cambió de postura y movió a Laila agitando sus hombros hasta despertarla.

La muchacha abrió los ojos como si no supiera dónde estaba hasta que enfocó la cara de Nimphia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó incorporándose, mirando a todos lados.

—El agotamiento —dijo Aurige—. Creo que necesitamos un descanso.

Nimphia miró a la lunarïe con la cara contraída por la mentira y ayudó a Laila a ponerse en pie. Las tres abandonaron la habitación hacia el despacho general. Se sentaron en silencio y Nimphia volvió a desplegar su plano revisando todas las anotaciones. De vez en cuando miraba a sus dos amigas con preocupación.

—Entonces, ¿lo he conseguido? —preguntó Laila animada sin parecer recordar nada de lo que había ocurrido minutos antes.

—Casi —dijo Aurige—. Pero no está mal para tu primer día. Nimphia miró a Aurige seriamente y en ese momento oyeron las pisadas de Cyinder que regresaba por fin. Estaba muy animada y pasó a relatarles inmediatamente todo lo sucedido después de sentarse en uno de los sillones.

—Ya ha llegado el Gremio de Airïe —anunció contenta mientras se relajaba.

—¿Ya? —se sorprendió Nimphia abandonando el plano.

—Sí. Son muy simpáticas. Todas las de tu reino, claro, porque ha venido una delegación entera. Veréis, yo estaba en el palacio y tuve una discusión con mi madre. Nos pusimos a gritarnos las dos acerca del Grano de Arena, pero le dio igual. Me fui de allí para no tener que aguantar su estúpida cara y me presenté en la biblioteca. ¡No os lo vais a creer, apenas hay libros! Encontré un mapa antiguo, un callejero de Solandis —sacó un pergamino enrollado de color ocre, gastado y roto por los bordes, y se lo entregó a Nimphia que lo recogió con avidez—. Quizás nos sirva, ¿no?

El hada del aire lo examinó atentamente. En el plano antiguo se veía el castillo y luego, separada a gran distancia, una primera corona de edificios que empezaban a crecer hacia el interior, formando las primeras avenidas radiales. Todas se acercaron juntando sus cabezas para ver el mapa mejor. Solandis era aún una ciudad muy pequeña, con pocas edificaciones o lugares de interés. Nimphia señaló un círculo apartado hacia el oeste.

—La Torre de Cálime —dijo—. Veamos cómo es.

Hizo un gesto circular con los dedos y la circunferencia dibujada pareció crecer hacia arriba, volviéndose tridimensional mientras aparecía un cono con la cúspide más grande que la base, rodeado por un halo violeta.

—Es más grande por arriba que por abajo —se sorprendió Laila.

—Sí, pero no nos deja ver su interior —se decepcionó Nimphia rodeando la mesa, mirando el edificio desde todos los ángulos.

El cono desapareció volviendo a ser un círculo pintado.

—Está protegido por magia antigua —observó Aurige.

—Lo mismo me ocurrió a mí —contó Cyinder—. Por eso lo cogí y me lo guardé, por si acaso vosotras erais capaces de averiguar los secretos de dentro. Pero el caso fue que en ese momento anunciaron con trompetas la llegada de una gran comitiva de

Airïe, y tuve que salir a toda prisa y reunirme con mi madre, poniendo cara de diplomática. Las de Airïe eran muchísimas, como si viniesen todas para una reunión monárquica, pero está claro que cuatro de ellas pertenecen al Gremio del Aire sin duda.

—Han llegado muy pronto —comentó Nimphia extrañada—. ¿Sabes quiénes son nuestras competidoras?

—No. Mi madre y yo tuvimos que saludarlas a todas y agasajarlas, pero no logré descubrir cuál de ellas pertenecía al gremio y cuál no. Mi madre ha organizado una fiesta increíble, y así es como he podido escabullirme en medio del bullicio, y venir hasta aquí. Creo que mañana las conoceremos en la escuela de Popea. Y vosotras, ¿qué tal? —preguntó a Laila y a Aurige después de una pausa.

—Bien —contestó la lunarïe secamente.

—He conseguido detener objetos en el aire —contó Laila orgullosamente mientras se acariciaba los golpes de brazos y piernas.

—Vaya, eso está bien. Dentro de poco podrás hacerte invisible —le dijo con un guiño.

—Pues espero que no sea a base de bombas —musitó Laila en voz baja.

Aurige sonrió en silencio.

Más tarde se fueron a almorzar pasteles y helados en su cafetería favorita. La dueña las vio entrar con desconfianza, pero Cyinder, que estaba de muy buen humor, hizo tantas monedas que al hada regordeta no le importó si multiplicaban los pasteles y batidos cuatro o cinco veces.

—He estado estudiando la clasificación eliminatoria tal y como nos la contó Popea —dijo Nimphia mientras tomaba una trufa llena de chispitas—. Una de nosotras tendrá que llevar el gran topacio consigo y las demás tendremos que protegerla con hechizos defensivos a la vez que tratamos de conseguir otra gema.

—Bueno —dijo Laila—, podemos escondernos de los otros equipos hasta que se cansen.

—¿No estuviste atenta a las explicaciones? —la regañó Aurige con severidad—. Es una carrera contra el tiempo. Si los otros gremios se vencen entre sí, nosotras nos descalificaremos aunque conservemos el topacio.

Laila recordó las palabras de Popea y agachó la cabeza apesadumbrada por su torpeza.

—De acuerdo, no importa —la consoló Nimphia—. Mi mejor plan, de todos los que he trazado, es que una de nosotras defienda a la portadora de la gema contra todos los posibles ataques y las otras dos intenten conseguir la gema del otro gremio. Me duele decirlo, pero Airïe parece el más vulnerable, así que nos concentraremos en ellas.

Aurige asintió de acuerdo.

—¿Quién llevará la piedra? —preguntó Cyinder.

—Aún no lo tengo decidido, pero tú, Aurige, serás la defensora principal.

—¿Por qué yo? Prefiero atacar. Se me dan muy bien los hechizos de combate. Incluso podría llevar yo la piedra. No me la quitarían ni aunque me matasen.

—Sí, podría ser —dudó Nimphia pensativa—. No lo sé. Lo decidiremos según Laila se defina como atacante o defensora durante este tiempo.

Aurige le lanzó a la muchacha una rápida mirada de arrogancia, como dudando de que fuese capaz de realizar ninguna de las dos cosas.

—Está bien —dijo Nimphia recordando los primeros avances—. Lo principal es concentrarnos en Airïe y tratar de defendernos de Acuarïe y de Lunarïe. El Reino Blanco no creo que nos dé muchos problemas. Lo suyo es la política y la diplomacia, no sirven para el combate.

Laila sintió que iba poniéndose cada vez más nerviosa, al igual que sus compañeras. Los deseos de participar en el concurso se hacían más fuertes y ella debería esforzarse en los entrenamientos con mayor dureza cada día que pasara. Ya se veía conquistando incluso la gema de Lunarïe, brillando en su puño mientras la ciudad de Solandis caía rendida a sus pies.

Al día siguiente la escuela de Popea era un hervidero. Había más estudiantes de lo habitual y Laila supo después que eran antiguos alumnos de Popea, que habían acudido a conocer a sus homónimas de Airïe. Todos esperaban impacientes la llegada del gremio en la sucia plazoleta, pero Popea se había encargado de adecentar el edificio del colegio, que brillaba blanco y lustroso en medio de los grises callejones.

De pronto, en mitad del cielo, cruzando bajo el arco de los tres últimos soles, cuatro estelas azuladas surcaron el firmamento como estrellas fugaces a gran velocidad y giraron en el aire en un ángulo imposible, dirigiéndose hacia los estudiantes congregados.

—Impresionante —le dijo Aiyo a Laila sin aliento mientras las cuatro estelas volaban como flechas hacia la mitad de la plaza.

Cuando ya estaban a escasos metros y todo el mundo creía que se estrellarían sin remedio, las cuatro hadas frenaron lentamente sin apenas mover sus alas y se posaron de puntillas en el suelo, en un espectáculo de armonía perfecta. Los alumnos las vitorearon y las aplaudieron, encantados, y las cuatro sonrieron haciendo una gentil reverencia. Luego caminaron hacia la profesora Popea y la saludaron con deferencia mientras Laila las observaba en medio de la admiración y el murmullo general.

Todas llevaban sus largos cabellos trenzados en distintos mechones malvas y azules simulando el color del viento, y sus ojos, algo separados —como los de Nimphia—, brillaban violáceos como si no tuviesen conjuntivas blancas, sino azuladas. Sus vestidos de vuelo eran largos jirones de gasas que caían flotando a su

alrededor, y Calantra suspiró al lado de Laila deseando poseer alguna vez unos trajes como aquellos. Las hadas del aire sonreían cordialmente a todo el mundo demostrando que se encontraban a gusto en Solarïe.

Popea las acompañó dentro del edificio y todos los alumnos las siguieron, asombrándose de la limpieza y del orden impecable que reinaba por todas partes.

—Seguro que después de esto, Popea ha necesitado dormir como una marmota —rió Cyinder, arrastrada por la riada de alumnos y antiguos estudiantes que abarrotaban el colegio, dispuestos a no perderse detalle.

La profesora les agasajó con regalos y les hizo partícipes de sus supuestas técnicas más avanzadas, aunque Aurige, Cyinder y Nimphia sabían que Popea les estaba detallando viejas técnicas para no revelar más de lo debido del Gremio de Solarïe.

Las de Airïe asentían complacidas y contestaban a todas las preguntas sobre su mundo y sobre el gremio con gran amabilidad. Una de ellas, llamada Vinta, hizo entrega a la profesora de una caja de cristal negro, a través del cual no se podía ver su interior.

—Es un presente del Gremio de Airïe —le dijo con orgullo mientras todos los alumnos creían percibir que una brisa primaveral pasaba junto a ellos—. Contiene el viento de Simún, y os lo entregamos en honor al gran Gremio de Solarïe y a nuestra querida Popea I, que hermanó nuestros gremios al regalarnos el trasatlántico Reina Katrina, el cual honra ahora nuestra ciudad de Silveria.

Los alumnos aplaudieron entusiasmados y la profesora Popea vertió algunas lágrimas al recordar a su difunta bisabuela. Al final de la clase, Nimphia se dirigió hacia las hadas de su mundo tratando de atravesar los grupos de estudiantes que se arremolinaban junto a ellas, todos intentando hablarles o llamar su atención. Consiguió que la vieran y estuvo charlando bastante tiempo hasta que los estudiantes comenzaron a dispersarse. Al cabo del rato se reunió con sus amigas con la cara radiante.

—Ya sé quiénes son —les dijo mientras echaban a andar hacia el Mustang—. No pertenecen a la nobleza, pero son encantadoras. He quedado con dos de ellas, Silfila y Arissa, en la puerta de *Deseos de Nur.* Las otras dos, Nubibla y Vinta se sienten algo indispuestas. Dicen que hay demasiada luz en Solarïe. Demasiados soles y poco viento. Se marchan a la residencia que Hellia ha dispuesto para toda la convención de Airïe. Al parecer ha instalado gigantescos ventiladores en los techos y en las paredes de las habitaciones y los sirvientes apenas pueden atenderlas porque pasan el día luchando contra huracanes artificiales.

—Demasiados soles —gruñó Cyinder.

—¡Anda ya! —rió Nimphia—. Están encantadas de estar aquí. Solo tienen que aclimatarse.

Se montaron en el coche y recorrieron los callejones por donde caminaban grupos de estudiantes en dirección a la parte luminosa de la ciudad.

—Me encantaría volar —suspiró Laila, soñadora.

—¡Pues como no te compres unas alas! —dijo Aurige con cinismo.

Laila la miró enfadada de nuevo y de repente los ojos se le iluminaron por un recuerdo.

—¡Cuando llegué a Solandis por primera vez, vi unos zapatos con alas en una tienda, en la avenida principal que llega hasta el castillo!

—¡Seguro que era la tienda de *Tauro Mezquita}*. —exclamó Cyinder.

—Sí. Ese era el cartel de la puerta —recordó Laila con alegría.

Todas se miraron sorprendidas unos momentos.

—¡Magnífica idea! —se entusiasmó Nimphia—. Te compraremos unos zapatos con alas después de hablar con Silfila y con Arissa, y veremos qué puedes hacer con ellos.

—Ya me veo teniendo que rescatarte de lo alto de una montaña —gruñó Aurige mientras dirigía el coche con cuidado entre los grupos de gente de la Avenida de Qentris.

Cuando llegaron a las puertas de la cafetería, Silfila y Arissa estaban ya allí, aguardándolas.

—Son rápidas —susurró Cyinder con desánimo.

—¡Bah! —dijo Aurige levantando los hombros con desdén—. Dudo que en la oscuridad sean capaces de volar mucho.

Nimphia hizo las presentaciones y luego todas se sentaron alrededor de dos mesas acristaladas llenas de manjares. Las de Airïe no comían ni hablaban demasiado, y cuando lo hacían sus voces eran sonidos susurrantes que parecían aire frío de la mañana.

—Dicen que tú estás inscrita como del reino de Airïe —comentó la que se llamaba Arissa dirigiéndose a Laila.

Silfila rió y pareció que una ventisca de nieve caía sobre el local.

—Perdóname —dijo todavía riendo mientras tomaba un volcán de frambuesa—. Es que eso es tan difícil de creer que me hace gracia que vuestra profesora se lo haya tragado.

—Veras —replicó Cyinder algo molesta—. Laila es una buena amiga, y muy buena dentro del gremio. Forma parte del equipo desde que Popea IV se hizo cargo de la escuela.

—Pero es una nemhirie —terció Arissa algo desconcertada.

—¿Y qué? —dijo Aurige cortante.

—En Airïe, los nemhiries son nuestros sirvientes —aclaró Silfila sin mala intención—. No tienen derechos ni leyes, y nunca podrían participar en nuestra

comunidad ni en nuestros gremios.

Laila se puso colorada y miró a Nimphia con cara acusadora por no habérselo contado nunca. Su amiga agachó la vista sin querer enfrentarse con ella.

—Entonces, ¿son esclavos? —preguntó la muchacha agriamente.

Las de Airïe parecieron sorprendidas.

—Discúlpanos, Laila Winter, pero así es. Son costumbres ancestrales de cada reino. Nosotras siempre hemos imaginado que si los nemhiries pudiesen capturarnos, no seríamos más que objetos de laboratorio o atracciones de feria.

Laila siguió sonrojada aun dándose cuenta de la certeza de las palabras de Silfila.

—De todas formas —siguió Arissa con naturalidad—, no creas que van con cadenas ni les damos latigazos. Esas cosas solo ocurren en vuestro mundo. Nosotras estamos hablando contigo sin tener ningún prejuicio. Los nemhiries que llegan a Airïe por casualidades del destino son nuestros sirvientes y lo tienen asumido. Se les trata bien y se les cuida.

«Como mascotas», pensó Laila enfadada.

—¿Y quién es vuestra capitana? —cambió Cyinder de tema rápidamente.

—Vinta —contestó Silfila sin dudar—. Es tan rápida que os quitaría vuestra piedra sin que os diese tiempo a contar hasta tres.

—¡Por supuesto! —dijo Aurige socarrona—. Esto suena a reto. ¿Os gustaría apostar?

—¡Claro! —exclamaron las dos a la vez muy contentas—. ¿Qué nos apostamos?

Las cuatro amigas se miraron dudosas.

—¿Qué tal la propia gema estandarte? —dijo Silfila con sus ojos violetas brillando de emoción—. Así, si ninguna de nosotras llega a la final, al menos podremos tener un pequeño recuerdo que llevarnos de vuestro gremio.

—De acuerdo —aceptó Cyinder, satisfecha, sabiendo que estaba prohibido regalar el gran topacio—. Preparaos para perder vuestra amatista. No parece que tengáis mucha confianza en ganar el trofeo.

—Todas sabemos cómo es Acuarïe —contestó Arissa—. Nos hemos enfrentado a ellas varias veces.

—Y Lunarïe tampoco se queda atrás —dijo su compañera mirando a Aurige, que levantó sus cejas en actitud despectiva.

Todas siguieron charlando y criticando a los diversos gremios mientras acababan la bandeja de pasteles sin darse cuenta, poniendo verdes a profesores, mundos, y al Reino Blanco, que con su Universidad parecía una dictadura.

Después de despedirse de las de Airïe, las cuatro emprendieron un paseo por la populosa Avenida de Qentris en busca de los zapatos de alas mientras Nimphia hablaba maravillas de su mundo, radiante de que sus congéneres hubiesen causado tan buena impresión. Laila permanecía callada, pensando todavía en cómo se trataba

a los humanos en Airïe.

Cruzaron los escaparates de montones de tiendas hasta que llegaron a la que Laila recordaba. No estaba situada entre las más lujosas pero por sus artículos dejaba entrever que era una de las más caras. Contemplaron el gran escaparate, aunque los zapatos no estaban allí.

Cuando entraron en la tienda sonó una escala musical de cascabeles. La tienda permanecía en sombras frescas y agradables, con los suelos llenos de alfombras de seda y las paredes forradas de seda roja, y varios sillones grandes donde sentarse mientras varias hadas se probaban ropas estrafalarias en los probadores. Algunas velas ardían en sitios estratégicos, desprendiendo un suave olor a la vez que creaban un círculo negro alrededor de la llama donde se podían ver pequeñas estrellas brillantes. Un señor alto y delgado, con las alas y la piel blanquecina como la de un cadáver, salió inmediatamente de detrás del mostrador a recibirlas y saludó a Cyinder con gestos exagerados y grandilocuentes.

—¡Querida dama Cyinder! —le dijo con una enorme reverencia que casi se quiebra la espalda—. ¡Qué ocasión tan estupenda para enseñarte mis artículos de otoño! ¿Cómo está la reina Hellia? Hace tiempo que no viene a visitarme y tengo para ella unos «ex-qui-si-tos» vestidos de nieve recién traídos de la región de Albala Norte que harán que toda la corte la envidie durante todo el invierno.

—Mi madre está bien —cortó la rubia con una sonrisa intentando frenar al dueño de la tienda, el propio Tauro Mezquita en persona.

—Sentaos, sentaos, jóvenes damas —siguió él hablando rápidamente, indicándoles varios lujosos sofás mientras sus alas zumbaban frenéticas de emoción.

—Mira, Tauro, estamos buscando unos zapatos con alas que tenías en el escaparate hace algunos días.

—¡Oh! —se desilusionó el comerciante poniendo una teatral cara de pena que alargaba aún más su rostro—. Creo que no me queda ninguno, dama Cyinder. Tuve que destruirlos porque casi me arruinan. ¡Los tuve dos días en los escaparates y nadie los compró! Casi me echo a llorar y pierdo mi negocio. ¡Dos días enteros expuestos y ni un comprador!

—Terrible —susurró Aurige al oído de Laila con maldad—. No sé cómo no se ha cortado las venas.

—¿Y no queda ya nada de eso? —preguntó Cyinder terriblemente decepcionada —. Estoy dispuesta a pagar lo que sea por ellos, Tauro, lo que sea. Y mi madre te estará agradecida eternamente, tú lo sabes. Dicen que una shilaya ha abierto un nuevo comercio en la Avenida de Luthus Azul y está teniendo un gran éxito. Creo que mi madre está interesada en ver sus colecciones.

Tauro Mezquita se puso verde como el pelo de Laila y los ojos se le nublaron ante la sutil amenaza.

—Creo que algo me queda dentro, dulce Cyinder —dijo apresuradamente con cara de espanto mientras ignoraba al resto de compradoras, algunas de las cuales se marcharon ofuscadas. Al momento se dirigió hacia su almacén haciendo una nueva reverencia dolorosa.

—Lo tienes dominado —dijo Nimphia con una sonrisa.

Al cabo de un rato regresó con una caja llena de polvo con las esquinas rotas y una gran sonrisa en los labios.

—Tenemos suerte —exclamó con alivio—. Un par se ha salvado de la quema que hice. Creo que se escaparon volando antes de que me diese cuenta, pero he mirado su precio, querida mía, y son extremadamente caros…

—¿Cuánto? —exigió Cyinder.

—Un billón de soles —contestó el otro con una sonrisa lobuna.

—¿Cómo? —gritó la rubia con los ojos abiertos como platos. Varios compradores miraron en su dirección con cara molesta.

—Sí —dijo el vendedor con humildad rastrera—. Son los únicos que quedan en todo Solarïe.

Cyinder miró a sus amigas con la cara descompuesta y Aurige y Nimphia se levantaron con la intención de marcharse. Laila las imitó y miró a Cyinder negando con la cabeza. La rubia se volvió al vendedor.

—De acuerdo, Tauro, me los quedo. Pero como vea unos iguales, te aseguro que tendrás que marcharte a las Montañas Shilayas para vender pasteles de moscas.

El vendedor palideció aún más y comenzó a envolver la caja con un precioso papel de aguas de oro mientras la rubia se concentraba y cientos de monedas comenzaban a caer del aire a sus pies. Laila quiso tirar de ella pidiendo ayuda a las otras dos, pero Aurige le hizo un gesto para que se callara.

Las monedas seguían cayendo sin parar y comenzaban a formarse grandes montañas relucientes. El rostro de Cyinder estaba perdiendo su brillo natural y varios surcos de ojeras aparecieron bajo sus ojos cerrados. Las mullidas alfombras se llenaron de oro ante las miradas asombradas de los demás compradores. Las piernas le temblaron y la muchacha sintió que se desvanecía cuando cayeron las últimas monedas. Aurige la sostuvo y luego miró al vendedor.

—Está todo, ¿verdad? —preguntó con una peligrosa sonrisa mientras Nimphia y Laila acudían en su ayuda tras coger la caja de los zapatos.

—Eh… sí —dijo el vendedor, dudoso ante aquella sonrisa lunar.

—Pues creo que le falta una propina —insistió ella a la vez que chasqueaba los dedos.

Salieron de la tienda justo antes de escuchar un grito y subieron la avenida sin mirar atrás al tiempo que el resto de compradores salían despavoridos para nunca más volver.

Llegaron al Mustang y depositaron a la desvanecida Cyinder en el asiento de atrás. Aurige arrancó el motor cuando todas estuvieron dentro y salió corriendo hacia el cuartel general.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Laila mientras llevaban a Cyinder a cuestas hasta los sillones del despacho.

—Oh, nada. Solo cucarachas de Lunarïe —rió la muchacha—. ¡Les encanta el oro! Nunca más se podrá deshacer de ellas.

Laila se imaginó la escena con cara de asco. Al rato Cyinder pareció volver en sí y abrió los ojos rodeados de profundas ojeras.

—¿Los tenemos? —susurró con voz ahogada.

Nimphia alzó la caja triunfante y sacó los zapatos que Laila recordaba. Cyinder sonrió con cansancio.

—Ahora ya puedes volar —le dijo a Laila antes de volver a quedarse dormida.

Al atardecer de Nur, cuando afuera el cielo se tornaba rojizo y por el otro lado la claridad indicaba que Solandis comenzaba a amanecer, Cyinder se reunió con ellas completamente restablecida. Les sonrió con una alegre mueca victoriosa, y después de comentar su proeza, todas se volvieron a dedicar a estudiar los planes de robo.

—¿Os disteis cuenta de las alas de Silfila y de Arissa? —dijo Cyinder todavía con cara de sueño—. Parecen hechas para ganar. Son tan estilizadas… Ni siquiera las tuyas son así, Nimphia.

—Quizás con sus esclavos no ha tenido tiempo de perfeccionarlas y se le han puesto gordas —dijo Laila con acidez.

Aurige se rió y Nimphia torció el gesto mientras el rubor se le subía a la cara.

—Yo no tengo la culpa de cómo son las cosas en Airïe —se defendió—. A mí me gustan mucho los nemhiries. Si tú soñabas de pequeña con pertenecer al Pueblo Bello, yo siempre quise ser una nemhirie.

Cyinder y Aurige la miraron sorprendidas.

—¡Pero qué dices!

—Pues sí —confirmó Nimphia con la cabeza muy alta—. ¿Acaso ninguna se ha dado cuenta de que Faerie es completamente decadente?

—No —contestó Aurige—. ¿Por qué decadente?

—A ver, ¿qué hacemos que valga la pena? ¿Cómo evolucionan nuestras sociedades? Estamos ancladas en un tiempo y una forma de ser que no tiene sentido. ¿Por qué no avanzamos tecnológicamente?

—No nos hace falta.

—Esa es la respuesta cómoda y decadente. La realidad es que si seguimos así nos extinguiremos.

—Pareces un filósofo catastrofista —dijo Laila.

—Ya. Pero mira bien: Solarïe imita a los nemhiries. Mira cómo se ha comportado el tal Tauro Mezquita hace un rato. Lunarïe vive inmerso en su propio mundo intrigando contra todo, en Airïe tenemos esclavos en lugar de hacer las cosas por nosotros mismos, Acuarïe se ha encerrado en sí mismo y ha levantado murallas inaccesibles. Las fronteras se hacen más evidentes, y Faerie se deshace en reinos más pequeños, más estrechos de mente.

—¡Pero en mi mundo ocurre igual! —señaló Laila—. Las naciones se dividen y se enfrentan cada vez más a pesar de esos adelantos que te maravillan.

Nimphia guardó silencio y luego la miró dudosa.

—¿En serio?

—Pues claro. Somos igual de decadentes.

—¡Y yo que creía que vivíais en paz y armonía gracias a vuestro desarrollo!

—Y yo que vosotras vivíais etéreas y angelicales, como espíritus bondadosos que cuidáis de las flores y habláis con los vientos, que investigáis la magia…

—¡Esas son las shilayas! —exclamó Cyinder con desprecio.

—Investigar la magia está bien —afirmó Nimphia—, y hablar con los vientos puede ser divertido durante, no sé… ¿quinientos años? Después se convierte en una pesadilla de aburrimiento. ¡Todo el día cuidando flores! ¿Tú te pasarías la vida cuidando flores? Nosotras preferimos pasar a la acción.

Las cuatro se echaron a reír contándose virtudes y defectos mutuos.

—Estamos locos —dijo Laila después de que Nimphia relatase que en Airïe la realeza se dedicaba todo el tiempo a ser los más rápidos o a superar récords de horas en vuelo.

—Hay ciudades enteras en el aire —contó Nimphia como si fuese un chiste—. Y dicen que la vieja Boreus, una anciana de la ciudad de Silveria, perdió un ala volando contra un huracán hace cientos de años y todavía hoy sigue flotando sin control, arrastrada por las corrientes de viento que recorren el reino. Dicen algunos que la han visto surcar los cielos intentando descender a tierra sin conseguirlo. ¡Todo un record insuperable!

—Pobrecilla —exclamó Cyinder mientras se secaba lágrimas de la risa.

—Hay que seguir con los entrenamientos —dijo Aurige recobrando la seriedad—. Está claro que el gremio que considerábamos vulnerable tiene una gran ventaja sobre nosotras, así que nos esforzaremos más aún y cuando cambie el mes iremos al Caldero de la Arpías para practicar vuelo.

—¿A dónde? —preguntó Laila con curiosidad.

—El Caldero de las Arpías es un sitio tenebroso —dijo Cyinder—. Puede ser peligroso ir allí. Laila aún no vuela y las arpías podrían destrozarla.

—No ocurrirá nada de eso —aseguró Aurige dirigiéndose a la muchacha—. Antes practicaremos magia de invisibilidad. Además, también perdimos un huevo de

arpía en nuestra cueva, y es hora de que empecemos a reconstruir nuestra colección privada.

Después de aquello, durante varios días de julio, Laila siguió practicando sin descanso hasta que pudo detener todos los objetos que Aurige le arrojaba. Cyinder se unió a ellas y le explicó cómo debía concentrarse para lograr hacerse invisible. Al parecer tenía que estar tranquila y relajada mientras deseaba ver desaparecer su cuerpo parte por parte.

—Pero eso es muy lento —se quejó Laila—. Pasaré días enteros hasta que consiga desaparecer por completo.

—Cuando lo consigas, la siguiente vez será más fácil y más rápido. Así hasta que logres tomar el control inmediato de todo el cuerpo y desaparezcas al momento.

Entonces comenzaron los ejercicios. De nada servía enfadarse por no lograrlos, porque Laila tenía que permanecer relajada y concentrada. Al final del segundo día había conseguido hacer desaparecer una pierna. Se miró muy orgullosa mientras se tocaba y comprobaba que su trozo de cuerpo aún seguía allí realmente.

—Y ahora, ¿cómo lo hago reaparecer?

—¿Quién ha hablado de hacer reaparecer? —le dijo Aurige.

Laila se quedó sorprendida y comenzó a agobiarse. ¿Acaso iba a ir por la vida como si la hubiesen mutilado? Cyinder comenzó a reírse, y Laila entendió que la lunarïe trataba de gastarle de nuevo una broma pesada y se enfadó.

—Solo tienes que volver a desear ver tu cuerpo completo —le dijo la rubia entre risas.

Un día después, Laila casi había logrado volverse invisible de cintura para abajo. Empezaron a entrenarla para que pudiese detener objetos a la vez que se concentraba en seguir medio invisible. Aurige se divertía viendo caer lluvias de proyectiles sobre Laila mientras su cuerpo titilaba, a veces sin una mano o sin la cabeza, deteniendo piedras, pero nunca de cuerpo entero. Entonces Cyinder se compadecía y paraban para tomar algún tentempié.

Nimphia, mientras tanto, trataba de perfeccionar varios artilugios que había inventado, como la ganzúa electrónica, los visores de espectros o unas gruesas cuerdas que se enroscaban en el lugar elegido haciendo un nudo corredizo cuando se lanzaban hacia arriba. Más de una vez tuvieron que sacarla de un ovillo de nudos donde había quedado atrapada al haber intentado lanzar una de las sogas contra las vigas del techo. Cuando la cuerda no lograba su objetivo, caía contra su dueño tomándolo inmediatamente por el objeto donde debía enroscarse como una serpiente. Otras veces estudiaba los zapatos alados. Laila le había comentado que le estaban pequeños de talla y le hacían daño en los talones. Intentó por todos medios aumentar la horma, pero aquellos zapatos se resistían a cualquier modificación.

Entre horas, la muchacha se los ponía y se elevaba unos centímetros, con las blancas alas vibrando en sus talones, pero pasaba la mayor parte del tiempo caída en el suelo como si llevase patines de hielo que no conseguía dominar.

En las clases de Popea el ambiente era cada vez más animado. Todos las saludaban y les deseaban suerte varias veces al día. La profesora trataba de explicarles todo lo que podía, entregándose en esa tarea como si fuese una cuestión personal.

—Las trampas de sal podrían ser vuestro fin —contaba con voz dramática—. Dentro de Cálime pueden existir muros de sal o cataratas enteras que protejan el Grano de Solarïe, no se sabe. Pero si caéis en una trampa de este tipo, tendrá que entrar un equipo de rescate a por vosotras para llevaros a Lunarïe enseguida, donde curarían vuestras heridas. Entonces perderemos, y con nosotros todo Solarïe.

Nimphia seguía atentamente todas las explicaciones de Popea y luego en la casa tachaba y retocaba los ya cientos de planos que se enrollaban a sus pies. Después de los almuerzos volvían a practicar ejercicios de defensa, y Aurige comenzó a enseñar a Laila antes del final de julio cómo llegar de un sitio a otro de forma instantánea.

—Es muy sencillo, pero para eso tienes que dominar completamente la invisibilidad. Observa.

Al momento desapareció de su vista y enseguida volvió a entrar en la habitación abriendo la puerta, como si llegase de nuevas.

—Eso es imposible para mí —dijo Laila—. Por muchos pasteles que me coma o mucho aire de Solarïe que respire, no me puedo transportar en un segundo de un sitio a otro.

—Pues tendrás que conseguirlo —contestó Aurige irritada sin dejar opciones.

Era tremendamente dura con Laila y lo sabía, pero en el fondo de su corazón estaba encantada de los progresos que la muchacha hacía como su alumna y no quería pensar que ahora se echase atrás. Incluso había pensado enseñarle un par de hechizos oscuros si era capaz de realizarlos. Y ya estaba segura de que Laila sí que podía sin ninguna duda, después de examinarle la espalda aquel día al principio de los entrenamientos.

—¡Vamos, nemhirie! —le gritaba una y otra vez mientras Laila parecía temblar, con los zapatos alados puestos a varios centímetros del suelo, y sus piernas y brazos desapareciendo al tiempo que contenía objetos lanzados con violencia.

* * *

—Mañana iremos al Caldero de las Arpías —le dijo Aurige a Cyinder cuando Laila descansaba en otra habitación, curándose de las heridas del día.

—¿No eres un poco dura con ella? —preguntó la rubia mirando a la pared que daba a su dormitorio.

—En absoluto —respondió Aurige sin pestañear—. Laila está como dormida mentalmente y tiene que despertarse. Tiene un potencial enorme, pero apagado. Me atrevería a decir que casi como el nuestro.

—¿Te refieres a…?

—Sí —cortó la morena—. Como la realeza.

—Pero tú misma te negabas a creer que ella perteneciese a nuestra gente. Tú eras la primera que asegurabas que solo era una simple nemhirie.

—Laila nunca será ya de Faerie —dijo Aurige misteriosamente mirando más allá de las paredes.

—¿Y aquel dolor de espalda que me contaste? —preguntó Cyinder esperanzada —. ¿Y si fuese que le están creciendo alas?

—No —negó Aurige con rotundidad—. Nunca tendrá alas, te lo aseguro.

—¿Y por qué no?

—¡Pues porque no! —contestó la lunarïe furiosa. Luego se sentó en una silla y permaneció absorta en profundos pensamientos, negándose a decir ni una sola palabra más.

11
El caldero de las arpías

Cuando Luthus comenzó a amanecer siguiendo la estela de Solandis, las cuatro chicas subieron al coche y Aurige condujo a través de la parte deshabitada de la ciudad hasta la gran avenida de Qentris, donde aceleró hacia los muros de luz. Apenas había gente por las calles, pero la mayoría de los comercios empezaban a abrir ya sus lujosas puertas.

Poco a poco Laila se había acostumbrado a dormir cuando se ponía Cálime, el cuarto sol, y a despertarse cuando salía Solandis. La claridad, que al principio la dejaba desvelada, terminó por parecerle algo absolutamente natural y ya apenas echaba de menos la oscuridad de la noche.

Aquella mañana el aire dorado resplandecía limpio y fresco, y pronto dejaron atrás la ciudad dirigiéndose hacia el suroeste, cruzando campos llenos de corpúsculos luminosos donde revoloteaban las pixis, que luchaban compitiendo con las abejas por el polen de las flores.

El Mustang zumbaba dejando tras de sí dos surcos marcados en la dorada alfombra y Nimphia hablaba sin parar de los últimos retoques que había hecho en la ganzúa electrónica.

Muy lejos, en el cielo, vieron pasar las cuatro estelas de Airïe que cambiaban de dirección caprichosamente.

—Son magníficas —admiró Cyinder, que hasta ese momento había estado todo el camino callada y pensativa, mirando a Laila de vez en cuando por su espejo retrovisor.

—Pero solo volando no van a ganar —advirtió Aurige desdeñosa—. Hay que robar un Grano dentro de una torre. No hay espacio para tanto vuelo.

—Se pasan los días haciendo demostraciones para la gente de Solandis, que está encantada con ellas —dijo Cyinder—. Las adoran, como a todo aquello que es novedoso. Solandis se ha vuelto de Airïe. Todos los comercios exhiben artículos relacionados con el aire o con el vuelo. Han copiado los vestidos de Arissa y Silfila, y se venden enseguida. Sé que hay gente interesada en que al final del concurso, las de Airïe se queden a vivir en Solandis. Así podrían aprender de ellas a volar sin mover las alas.

—Los de tu reino están mal de la cabeza —rió Nimphia, halagada.

—De todas formas, está sirviendo para que la gente olvide los terrores del demonio hiena. Todo ha vuelto casi a la normalidad —suspiró la rubia—. Tus amigas han salvado a Solandis del caos.

—Sí, pero Aurige tiene razón. No van a ganar solo volando.

—Quizás no crean verdaderamente que ellas puedan llegar hasta la Torre de

Cálime —dijo Aurige—. La mayoría de la gente de Solandis cree que Acuarïe y Lunarïe serán las finalistas.

—¿No confían en nosotras? —se extrañó Laila.

—Quieren confiar —contestó Cyinder—, pero el Gremio de Solarïe lleva quince años sin participar y no tienen muchas esperanzas. La gran mayoría solo piensa en disfrutar con el espectáculo.

—Y eso que el Concurso de los Cinco Gremios es secreto y el robo está penado con el exilio —volvió a decir Laila con los cabellos enmarañados alrededor de la cara.

—En Solarïe un concurso así no puede ser secreto —rió Aurige mientras se distanciaban cada vez más de la ciudad, cruzando por en medio de un bosquecillo de árboles blancos como la nieve.

—¿Dónde está el Caldero de las Arpías? —preguntó Laila después de un rato de viaje silencioso, cuando la ciudad de Solandis hacía tiempo que había desaparecido a sus espaldas.

—Allí —indicó Cyinder, señalando con la mano hacia una lejana formación montañosa que ocupaba el horizonte, teñida de rojo bajo los dos soles y el amanecer de Qentris.

El Mustang pareció volar sobre la alfombra de oro hacia la plana cadena de montículos que se iban agrandando ante su vista, formando colinas que luego se convirtieron en montañas.

—El Caldero de las Arpías es una montaña hueca y yerma como un volcán —explicó Cyinder—. Posiblemente lo fue hace mucho tiempo, millones de años tal vez, y al explotar destruyó por completo cuanto había a su alrededor, quemando campos y árboles en kilómetros a la redonda. La tierra quedó estéril, y nunca ha vuelto a crecer nada allí. La explosión debió ser algo espeluznante. Miles de toneladas de roca y gases volaron hasta grandes distancias, y aún hoy se pueden encontrar restos y sedimentos volcánicos en los bosques de Krum y más allá, en las Montañas Shilayas.

»Las arpías se fueron a vivir allí con el paso del tiempo. Creo que la arena calcinada y el olor a azufre las atrae. Viven en los riscos de los acantilados, en cuevas excavadas en la roca, y allí tienen sus grandes nidos, hechos de huesos y ramas secas. Muy pocas son las que consiguen poner huevos, así que los nidos permanecen vacíos la mayoría de sus vidas. Encontrar un huevo será muy difícil, y robarlo, aún más.

—¿Qué apariencia tienen las arpías? —preguntó Laila con la boca seca.

—Son… bueno, son como buitres con cabeza de mujer —contestó Nimphia—. Poseen garras en lugar de pies. Como no tienen manos en sus alas, han adaptado sus bocas hasta hacerlas como picos de aves para poder atacar a sus presas y devorarlas. Pero conservan los ojos y los cabellos de mujeres. La mayoría son viejas, con mechones grises y costras en el cráneo, pues no pueden impedir que los cabellos se

les llenen de parásitos, y para quitárselos se picotean unas a otras hasta que se hacen heridas. Cuando vuelan, lanzan unos gritos espeluznantes para comunicarse entre sí, y cazan juntas aturdiendo a sus presas con sus alaridos…

Laila miró inquieta las crecientes montañas. La historia de Nimphia era espeluznante, y desde luego ella no tenía ninguna intención de ponerse al alcance de ninguno de aquellos monstruos. Los picos de roca se recortaban ya visibles contra el cielo, terribles y afilados dientes de sierra, como si el destino caprichoso hubiese perdido el tiempo en pulir las gigantescas piedras hasta convertirlas en guardianes tenebrosos en lo alto de las montañas.

El Mustang avanzó subiendo por una ladera de tierra oscura, adentrándose en un bosque de troncos calcinados, fosilizados igual que espinas de pescado, que se alzaban retorcidos con sus ramas en forma de garras ganchudas.

—¡Qué sitio tan escalofriante! —comentó Laila sintiendo que se le ponía la carne de gallina.

Aurige aminoró la velocidad. De entre toda la formación rocosa, una montaña destacaba sobre todas las demás, con las piedras recortadas como cuchillas en la cima a punto de caer rodando por sus paredes verticales. El viento pegajoso levantaba nubes de polvo que apestaban a azufre quemado, colándose por entre los troncos abrasados de los árboles, haciendo crujir sus ramas igual que huesos secos en medio de la pestilencia.

—¿Teníamos que venir aquí obligatoriamente? —preguntó Nimphia con pavor mientras el coche se detenía en la ladera de la montaña.

—Es terrorífico —confirmó Cyinder saliendo del coche a la vez que estiraba su cuello hacia arriba, hacia los terribles guardianes de piedras que se difuminaban en la distancia—. Todavía no comprendo cómo fuimos capaces de conseguir el otro huevo de arpía.

—Yo pienso que es el mejor sitio para un entrenamiento completo —dijo Aurige —. Las arpías, sin duda, aún se acuerdan de nosotras, pero no esperarán que volvamos y eso nos da ventaja. Hay peligros, acantilados, un objeto que robar… Probaremos todas nuestras habilidades y las tuyas, nemhirie. Si algo ocurre, tendremos a punto varios hechizos de combate.

—Yo no sé ninguno —protestó Laila con miedo, mirando a todos lados mientras esperaba ver a una criatura horrible salir volando de dentro de la montaña.

—No te preocupes —dijo Nimphia—. Ya los aprenderás en otra ocasión. Nosotras te defenderemos. Tú solo preocúpate de evitar a las arpías y de recoger el huevo cuando alguna de nosotras te lo lance.

—¿No sería mejor que yo os esperase en el coche?

—Entonces no sería un entrenamiento —replicó Aurige desplegando sus alas lentamente.

Laila asintió con desánimo.

—¿Por dónde entraremos? —preguntó mirando las gigantescas paredes de roca desnuda cuyos bordes cortantes se elevaban fundidos entre sí, sin huecos ni aberturas visibles.

—Por arriba —señaló Nimphia hacia la cima llena de dientes.

—Nimphia y Cyinder te ayudarán —dijo Aurige—. Yo volaré primero para asegurarme de que todo está en orden. Estamos todas de acuerdo, ¿verdad? —les preguntó mirándolas una a una por si aún había la más mínima duda.

Nadie respondió, y la lunarïe dio por sentado que había llegado la hora de pasar a la acción. Tomó impulso y Laila vio asombrada cómo se desplazaba hacia arriba, aleteando silenciosamente con sus alas violáceas hasta que llegó al borde dentado. Vista desde abajo era muy pequeña, casi un punto borroso y distante, y momentos después sintió que Nimphia y Cyinder la agarraban de los brazos y tiraban de ella suavemente.

El vértigo la inundó al ver sus pies separarse de la tierra, y el estómago se le puso como una bola pastosa. Vio cómo se alejaban del Mustang, que se hacía cada vez más pequeño hasta convertirse en un coche de juguete rodeado por pinchos negros a cientos de metros, parecidos a agujas saliendo de la tierra quemada. Sintió un escalofrío. Si ahora se soltaba de sus amigas, caería como una piedra y se ensartaría contra las siniestras ramas en una agonía insoportable.

—No mires abajo —le recomendó Nimphia, cuyas alas se movían muy despacio.

—Creo que no puedo evitarlo —balbuceó Laila tratando de hacerse oír contra el viento mientras sentía que el desayuno se le subía por la garganta.

La cabeza le daba vueltas, y cuando creyó que iba a vomitar sin remedio, las dos hadas la depositaron en un estrecho borde de suelo rodeado de dientes rocosos. Laila jadeó apoyándose en una de las gigantescas rocas y cerró los ojos para no mirar al precipicio, pero enseguida la voz imperiosa de Aurige la obligó a tomar conciencia de su precaria situación.

—Volaremos abajo, hacia el caldero de la montaña por la parte este, que está en sombras —oyó que decía la lunarïe —. Las arpías que tienen allí sus nidos todavía están durmiendo y las otras estarán ciegas por la luz de Luthus y de Solandis. Creo que llegaremos al suelo sin ningún riesgo.

—¿Y qué haremos cuando estemos allí? —preguntó Laila fijándose en las sombras de la gigantesca olla de piedra.

—Yo iré a buscar un huevo de arpía en las cavernas ocultas a la luz —explicó la lunarïe —. Cyinder y Nimphia vigilarán desde el borde por si empieza a haber jaleo, y tratarán de llamar la atención de las arpías para que las persigan llegado el caso. Si no ocurre nada, tú esperarás en tierra, y cuando yo consiga algún huevo, te lo lanzaré y tú lo detendrás en el aire ensayando la técnica de parar objetos. Pero si nos

descubren y las arpías te atacan tendrás que hacerte invisible y correr, porque ellas son capaces de olerte y detectar nuestra presencia. Y te perseguirán, aunque andarán algo despistadas.

—Pero todavía no he conseguido desaparecer del todo —se quejó Laila, horrorizada ante lo que le esperaba.

—Pues tendrás que esforzarte. Son capaces de destrozarte en segundos con sus garras y sus dientes, y van a estar muy enfadadas si descubren que les estamos robando a sus crías. Cyinder y Nimphia tratarán de protegerte, y en el peor de los casos tendremos que salir pitando hacia el coche.

—¡Pues vaya plan!

—Si tienes alguno mejor… —la invitó Aurige con cinismo.

—¡Claro que sí! ¡Irnos de aquí enseguida!

—Cobarde —gruñó la morena con desdén echando a volar hacia las sombras de la montaña.

—¿Cobarde yo? —repitió Laila mientras Cyinder y Nimphia volvían a sujetarla de los brazos iniciando el vuelo hacia el fondo del caldero.

Desde dentro el paisaje era aún peor. El olor a azufre y a salitre era casi irrespirable, y jirones de nubes amarillentas se filtraban desde la tierra, dispersándose y envenenando el aire. Por todas partes había restos de animales medio devorados y trozos de huesos secos de los seres que habían servido como alimento a aquellos bichos. La arena grisácea se extendía en la enorme planicie hasta las paredes, ennegrecidas por la lava calcinada, formando bordes de cuchillos cortantes. Ninguna planta crecía allí dentro y el calor era sofocante.

Cyinder y Nimphia se despidieron de ella deseándole buena suerte y al momento alzaron el vuelo dirigiéndose hacia la pared occidental iluminada por los soles. Laila permaneció sola en la hondonada mientras el silencio se adueñaba de todo el paisaje desolado a su alrededor. Al rato comenzó a observar las evoluciones de Aurige, que trataba de llegar a las cuevas ocultas sin ser vista. Vio cómo volaba despacio y con calma, y la envidió por la seguridad que demostraba en todo lo que hacía. Cyinder y Nimphia esperaban en el borde dentado, preparadas para realizar maniobras de distracción en cuanto Aurige estuviese en peligro.

La muchacha aprovechó aquellos momentos de tranquilidad para calzarse los zapatos con alas que había traído con ella. Las dos alas blancas, una en cada zapato, comenzaron a zumbar un poquito y Laila se elevó casi un metro en el aire. Aquello no se parecía ni en sueños al vuelo con Cyinder y Nimphia, pero era un logro. Caminó despacio en el aire, tratando de mantener el equilibrio a la vez que pensaba que tal vez sería buena idea practicar la invisibilidad. Volaría un poco hacia un montículo de rocas que había a lo lejos y se sentaría sobre él relajadamente hasta que desapareciese por completo. Menudo susto se iba a llevar Aurige cuando no la viese.

Dio unos pasos flotando, imaginándose la escena con gran satisfacción, y entonces, de repente, comenzó en las alturas una tremenda algarabía.

Laila miró hacia arriba asustada y en ese momento vio a Aurige salir de una cueva excavada en la sombría pared, perseguida por una súbita muchedumbre de grandes pájaros negros con cabezas grotescas que chillaban llenos de ira. La muchacha desestabilizó el vuelo rasante de sus zapatos al intentar correr hacia la figura de la lunarïe, pero se cayó al suelo. Levantó la vista al tiempo que veía cruzar a Nimphia y a Cyinder como rayos en dirección a Aurige. La rubia lanzó una brillante bola de luz que dispersó a las arpías por unos segundos.

Laila se dio cuenta de que las monstruosas aves aún no la habían descubierto, atentas y furiosas con las ladronas de huevos, a las que sin duda habían reconocido, y se levantó despacio, tratando de buscar a Aurige por entre los cientos de bichos que salían ahora de todas las cuevas y comenzaban a formar círculos, organizándose para un ataque.

Nimphia atravesó las nubes de arpías como una bala y los grupos de pajarracos se dispersaron, aunque al instante se reagruparon y comenzaron a perseguirla. Cyinder se unió a ella con más lentitud, entrando a propósito en el campo de visión de aquellos seres que no cesaban de lanzar gritos guturales y silbidos agudos, los cuales chocaban contra las paredes creando miles de ecos, con la única intención de alertar a sus congéneres y convocarlos para la caza.

De nuevo apareció Aurige, tratando de sortear a los grupos de arpías que atravesaban el espacio del caldero en todas direcciones. Llevaba un gran huevo negro en cada mano e intentaba descender y aproximarse a tierra, buscando a Laila inútilmente.

La muchacha no se atrevía a moverse porque su situación, hasta ahora relativamente cómoda, se volvería muy peligrosa si alguna arpía se daba cuenta de su presencia. Y realmente, solo tenían que desviar sus horribles cabezas hacia el suelo para que una cosa así ocurriese. El griterío era insoportable, pero las arpías no la habían visto ni la habían detectado todavía porque sus tres enemigas estaban en el aire y no recordaban que hubiese ninguna otra.

Laila no tenía dónde esconderse. Sus amigas volaban, luchando y esquivando las garras de las arpías, las cuales se lanzaban salvajemente hacia ellas como demonios alados, con sus espantosas caras deformadas por la rabia y sus picos curvos abriéndose y cerrándose espasmódicamente mientras chillaban comunicándose entre sí. Arriba, Cyinder lanzaba una nueva bola de luz y Nimphia castigaba a un grupo de aves con una tromba de aire helado.

La muchacha pensó en resguardarse al abrigo del montículo de rocas que había visto antes, y lo buscó desesperada. Por fin lo encontró y de repente se sintió extraña. ¿No estaban esas rocas un poco más lejos antes? Parecían haberse movido o ella se

había desplazado sin darse cuenta, pero lo cierto era que las distancias estaban equivocadas.

«Imposible», pensó.

Laila tenía la referencia de la pared de la olla en sombras justo a su izquierda, y esa pared no se había movido. Volvió a mirar a la agrupación de rocas con asombro. Debía ser su imaginación.

Dirigió su mirada hacia el cielo lleno de monstruosas aves y vio a Nimphia lanzar una ráfaga blanquecina de viento contra un grupo de arpías que habían conseguido acorralar a Cyinder, y la rodeaban riendo con sus voces guturales y chillonas. El impacto dio en el blanco y una arpía cayó en barrena, estrellándose contra el suelo en la otra parte de la explanada mientras ella contenía el aliento.

En ese momento, por el rabillo del ojo, vio la sombra oscura de Aurige volar hacia ella y oyó que le gritaba, llamándola por su nombre. Laila no quería ser descubierta, pero supo que las intenciones de la lunarïe eran lanzarle los dos huevos de las arpías para poder luchar sin trabas. Antes de que pudiese prepararse mentalmente ya le estaba arrojando el primero, que voló como una piedra en picado hacia ella. La chica visualizó el objeto cayendo a gran velocidad, aunque fue incapaz de detenerlo. Segundos después, el enorme huevo negro lleno de costras y erosiones se estrellaba a su lado, salpicándola de un fluido anaranjado y viscoso que apestaba a carne podrida. Laila sintió que iba a vomitar, pero pronto su sexto sentido le avisó de que ya no tendría tiempo para hacerlo.

Efectivamente, las arpías la habían descubierto al ver caer, entre graznidos, a una de sus preciadas criaturas aún no nacidas. De inmediato parecieron comunicarse entre sí. Como depredadoras que eran, conocían a la perfección cuál podía ser la presa más débil del rebaño, y aletearon volando en círculos, chillando y riendo, sin prestar ya atención a los intentos desesperados de Cyinder y Nimphia, que se habían dado cuenta de lo que iba a ocurrir. Sus dos amigas intentaron bajar hacia ella; sin embargo, las aves les impidieron el paso, uniéndose en grandes grupos de murallas aladas que interferían cualquier intento de rescate a su futura víctima, mientras se estrechaban en círculos creando una espiral dispuesta a probar la sangre y a vengarse de los robos de sus crías.

Aurige lanzó el segundo huevo con la intención de provocar a las arpías y que se dirigiesen hacia ella, pero sus cabezas monstruosas apenas se molestaron en mirarlo. Laila aún no había comprendido el cambio de intenciones de las aves. Solo vio el huevo zumbando cada vez más deprisa, y enseguida se concentró en él, levantando un brazo y la mano extendida como había hecho cientos de veces. El enorme huevo negruzco fue frenando su caída mientras se aproximaba hacia ella hasta que se detuvo al alcance de su mano.

¡Lo había conseguido! Miró hacia todos lados con una sonrisa victoriosa, y

entonces la boca se le quedó congelada en la cara con un rictus de terror. El montículo de rocas estaba ahora mucho más próximo, ya no cabía ninguna duda.

Y en ese mismo instante cientos de arpías volaron hacia ella a la vez, cayendo como flechas desde las alturas, obedeciendo a una misma señal de silbido ronco.

El cielo se volvió negro y las arpías extendieron sus garras, abriendo sus bocas llenas de dientes, con muecas desquiciadas dispuestas a morder, desgarrar y destrozar. La algarabía fue terrible, y Laila intentó detenerlas igual que a las piedras de Aurige. Bolas de luz intensa caían desde las alturas proyectadas por Cyinder, y Aurige lanzaba rápidas y certeras aspas de luz negra que partían a las arpías por la mitad, dejando salir sus asquerosas entrañas, que se esparcían por todos lados formando regueros de sangre anaranjada. Nimphia trataba desesperadamente de congelarlas, y aquellas que eran alcanzadas caían a tierra como bloques de hielo que se rompían en cientos de pedazos. Sin embargo fueron incapaces de contener la enorme montaña de aves que se arremolinaban en torno a Laila ocultándola de la vista, gritando y silbando con furiosa alegría.

Aurige se reunió con Cyinder y con Nimphia y las tres miraron desesperadas a la jauría de arpías que estaban comenzando a despedazarse entre sí abajo en el suelo. Parecían más furiosas aún, como si se hubiesen vuelto completamente locas.

De pronto se hizo un extraño silencio. Las arpías permanecieron quietas y calladas durante unos instantes y entonces, como si algo las hubiese espantado, todas las deformadas aves alzaron el vuelo a la vez en una cortina de alas negras y plumas, y volaron chillando a esconderse en sus cuevas arrastrando con ellas a las tres amigas, que vieron con terror cómo una inmensa nube de arpías se abalanzaba sobre ellas en menos de un segundo.

La retirada de las arpías las obligó a volar más alto, mientras las cabezas medio humanas chillaban graznidos en amplios círculos que se dispersaban hacia las cavernas. Eso les impidió ver qué era lo que ocurría, y cuando la marea negra se disolvió y pudieron acercarse hasta donde Laila había estado momentos antes, descubrieron que no había rastro de la muchacha. Las tres se miraron con terror y llegaron a la misma conclusión: Laila estaba muerta.

Pero la muchacha seguía viva aún.

Había sentido cómo las arpías alzaban el vuelo entre gritos asustados. Momentos antes se había quedado acurrucada, protegiendo el huevo con su cuerpo, cuando las aves se habían lanzado hacia ella. Mientras el terror la invadía, recordaba haber deseado no sentir los arañazos y los picotazos de las afiladas garras que la acosaban por todos lados. Recordaba haber deseado con más fuerza que nunca sobrevivir a aquello. Las arpías se rieron de ella mientras croaban cosas, chillando y silbando a su alrededor, pero extrañamente no la alcanzaban y comenzaron a empujarse, furiosas,

tratando de pasar las unas por encima de las otras hasta que empezaron a destrozarse entre ellas con tal de llegar a la muchacha y hundir sus picos en la deliciosa carne.

Y de repente se habían ido.

Laila abrió los ojos asustada, mirando a todos lados, y creyó percibir que un tenue halo verdoso como el humo desaparecía de alrededor de su cuerpo, mientras escuchaba a las aves gritar volando hacia las alturas, a refugiarse en sus inhóspitas cuevas. No tuvo mucho tiempo de pensar en aquel prodigio. Se encontraba rodeada de plumas negras y arpías destrozadas, completamente sola en todo el gigantesco caldero.

«Bueno, sola no», pensó con la cabeza embotada y los oídos atronados por el griterío. «También está el montículo de rocas».

Y entonces, espantada, se dio cuenta de lo que acababa de pensar. Volvió a fijarse en la extraña formación de piedras, que en realidad estaba ahora bastante cerca. De repente el montículo pareció crecer hacia arriba, como el cono delgado de un hormiguero, y se movió lentamente buscando algo. En medio de la pesadilla irreal, Laila presintió que aquello estaba olfateando el aire. La boca del hormiguero se giró en su dirección y Laila dio un paso hacia atrás de manera inconsciente, a un metro por encima del suelo. La apertura de aquellas rocas se había quedado mirándola como si hubiese encontrado lo que buscaba.

Otro paso atrás.

El sudor se le pegaba a la cara y apenas escuchaba el ruido que las arpías hacían allá arriba, ya que solo tenía ojos y oídos para aquella cosa. El corazón comenzó a latirle más deprisa aún y sintió que se le secaba la garganta por un miedo irracional, más profundo y salvaje que el que había sentido con las arpías. Ese miedo se estaba convirtiendo en pánico a cada segundo que pasaba.

La cosa avanzó directamente hacia ella, dejando tras de sí un reguero de arena revuelta como el que dejan los topos cuando horadan la tierra. Laila miró con desesperación en todas direcciones, buscando a sus amigas en lo alto de las paredes de una gigantesca olla de piedra extrañamente silenciosa y muerta. El vello de los brazos se le había erizado. Miró de nuevo al cercano montón de piedras vivas y sintió una sofocante necesidad de correr. Correr como alma que lleva el diablo, con aquellos zapatos que ahora eran más un engorro que una ayuda. Las pequeñas alas blancas trataban de zumbar impulsándola hacia arriba, pero con cada zancada se golpeaban entre ellas y con los tobillos de la muchacha, incapaces de maniobrar correctamente.

Aquello se acercaba cada vez más. Había aumentado su velocidad por debajo de la tierra negra hasta convertirse en algo frenético que escupía arena y piedras hacia atrás en su camino. Laila corrió a través del aire tratando de alcanzar la pared iluminada por los soles mientras jadeaba presa de un horror indescriptible, con el sudor pegado a las piernas y a los brazos, cayéndole frío por la espalda mientras se le

nublaba la vista por el miedo y el esfuerzo.

«Es imposible», le gritaba su mente una y otra vez mientras las distancias se acortaban.

Pero aquello que venía detrás de ella era muy real. Estaba llegando a la altura de sus pies y quería comérsela.

Los zapatos alados parecieron ponerse de acuerdo por fin, e impulsaron a la muchacha hacia arriba, poniéndola fuera del alcance de aquella boca de piedra en los últimos segundos. Laila miró hacia abajo incapaz de sentir alivio. El suelo se separaba a gran velocidad y la formación rocosa se había quedado detenida justo debajo de ella. El siniestro agujero giró en todas direcciones olisqueando a su presa perdida y, al no encontrarla, la tierra a su alrededor pareció vibrar con un pequeño seísmo ondulante. Como en una pesadilla, dos brazos secos y alargados con las manos terminadas en espantosas uñas, surgieron de la tierra unidos a aquel cono, que comenzó a erguirse lentamente, saliendo de debajo de la superficie.

Laila vio aparecer una gran cabeza de rata con forma triangular y un hocico alargado como el de un oso hormiguero donde brillaban dos ojos, negros como simas abisales, que en cuanto la localizaron sonrieron con una alegría desquiciada. Volvió a hundir en la tierra una enorme barriga de insecto rodeada de escamas pétreas, llena de flotadores de carne nacida enrollada, y solo quedó el hocico con la boca hacia arriba sin perderla de vista.

El terror se colaba por los resquicios de su mente mientras se preguntaba dónde podían estar sus amigas, incapaz de apartar su mirada del suelo. De pronto, sintió que algo se agarraba a sus piernas y comenzaba a tirar de ella hacia abajo. Laila chilló con todas sus fuerzas, convencida de que la cosa la había atrapado. Pero no había sido aquel monstruo… Una gigantesca arpía había volado cerca de ella y se había agarrado a sus zapatos como una rémora. Ahora quería arrastrarla hacia la explanada mientras reía cruelmente. Su cara deformada de buitre estaba cubierta de sangre anaranjada y sus ásperos y grises pelos se agitaban en ralos mechones alrededor del cráneo lleno de llagas. Sus ojos le decían a Laila que se alegraba mucho de verla.

La muchacha la pateó, con la fuerza que le daba el miedo, al tiempo que perdía altura. Golpeó violentamente a la arpía en la cara, una y otra vez, aplastando su pico curvo en medio de aquellos ojos humanos hasta que la arpía comenzó a sangrar y la soltó llena de rabia. Su caída describió una forma elíptica, como si los zapatos hubiesen perdido la estabilidad. Entonces se dio cuenta con terror de que la arpía le había quitado uno de ellos y el otro que quedaba hacía esfuerzos frenéticos por mantener el vuelo.

Cerca de ella, la arpía había comenzado a destrozar y a comerse el zapato, y Laila se vio arrastrada hacia la pared occidental contra la que se estrellaría sin remedio.

Abajo, en la tierra, la bestia seguía cuidadosamente su trayectoria, y cuando

comprendió lo que iba a ocurrir abrió la boca con horrenda alegría dejando al descubierto incontables hileras de dientes, y se hundió por completo en la estéril llanura, excavando igual que un topo gigantesco a gran velocidad en dirección a la pared del caldero.

La montaña se le venía encima, y Laila se cubrió la cara con un brazo para detener el impacto mientras salvaguardaba el huevo de arpía bajo su cuerpo. El golpe contra la roca fue brutal, y Laila rebotó un par de veces antes de sentir que estaba a punto de desmayarse. Los brazos se le quedaron rígidos en un calambre terrible, e inmediatamente comenzó a resbalar por la pared, arañándose con las cortantes rocas mientras cientos de piedrecitas y arenisca caían por su lado metiéndose en sus ojos.

Entonces su mano libre tropezó con un saliente en la pared, y se aferró a él clavando las uñas en el filo. Laila permaneció allí colgada unos segundos como una marioneta, con su cuerpo suspendido en el aire y la cara apoyada contra la piedra. Estuvo bamboleándose, incapaz de controlar sus emociones, con el corazón a punto de estallar y los dedos dolorosamente agarrotados sobre el estrecho saliente, mientras su brazo rígido se quejaba y le anunciaba que no iba a poder sostenerla mucho tiempo.

Escuchó voces que la llamaban en el caldero, pero fue incapaz de responder. No tenía fuerzas suficientes para lanzar un grito y seguir colgada a la vez en la pared. Cerró los ojos rezando para que la descubrieran a tiempo, y de repente sintió un pequeño seísmo que hacía vibrar la piedra a su alrededor. Volvió a abrir los ojos asustada. En la lejanía vio que el reguero de tierra revuelta había llegado hasta el borde mismo del caldero, y entre los montones de arena desperdigada asomaba aquel monstruo mirando en su dirección.

El pánico la invadió de nuevo y después de unos instantes con la mente en blanco decidió que iba a soltar el huevo de arpía para poder aferrarse al filo rocoso con las dos manos y quizás así poder trepar hacia arriba hasta encontrar alguna caverna donde guarecerse.

La bestia se había quedado paralizada, como calculando la dureza de la roca. Entonces volvió a hundirse en el suelo y momentos después comenzaron a volar astillas de piedra, como si la pared estuviese explotando en dirección a Laila. La muchacha no podía creerlo. Aquello estaba dentro de la propia montaña y seguía avanzando hacia ella. Cerró los ojos con fuerza y unas lágrimas de terror comenzaron a caer por sus mejillas mientras pensaba en una solución falta ya de toda cordura.

Se soltaría. Sí. Caería hacia abajo y se estrellaría contra el suelo. Mejor eso antes que acabar devorada por aquella cosa. Los gritos de sus amigas eran más fuertes cada vez. ¿Pero es que acaso no veían dónde estaba? ¿No se daban cuenta de lo que iba a ocurrir?

Aún aferraba con una mano el huevo de arpía, cuando la pared estalló justo

delante de su cara, y Laila abrió los párpados, de manera inconsciente. Una forma triangular comenzaba a abrirse paso en medio de la roca, sacando aquel hocico lleno de escamas de piedra. El hocico alargado giró hacia ella y quedaron frente a frente unos segundos. Laila sintió que el terror se había quedado congelado dentro de su estómago y empezaba a asfixiarla, apretando su corazón. Entonces, increíblemente, la cosa se giró en otra dirección, sin haberla visto.

La muchacha permaneció tan quieta como una estatua de mármol, sin atreverse ni siquiera a respirar, con los dedos clavados en la roca, mientras los segundos se hacían eternos y su cabeza pensaba a gran velocidad. El monstruo no la veía. No la veía y la tenía delante. Podía sentir su aliento podrido mientras aquel hocico grisáceo, rodeado de pequeños pelitos, olfateaba el aire.

Y entonces se dio cuenta de que ella tampoco era capaz de ver los cabellos que se le estaban arremolinando contra la frente y se pegaban a sus mejillas. La mano que sostenía el huevo de arpía también era invisible, incluso el propio huevo lo era. La mente se le nubló mientras cerraba los ojos. Había conseguido desaparecer de cuerpo entero y ni siquiera se había dado cuenta. No era el mejor momento para analizar los detalles, pero sin duda el terror la había empujado para realizar aquel milagro.

Suspiró tranquila y al momento el hocico de hormiguero se volvió de nuevo en su dirección. Laila volvió a sentir los pinchazos de miedo clavándose como finas agujas en el estómago cuando vio a la bestia olisquear el aire en su busca.

El monstruo abrió las fauces bostezando, y Laila vio con horror las hileras de dientes afilados y una lengua larga y glotona que parecía querer salir como un tentáculo de aquella boca asquerosa.

Y de repente, el monstruo la olió.

Fijó en ella sus ojos vacíos de todo sentimiento y pareció sonreír mientras se le formaban pliegues en las comisuras.

Laila vio su final. Siguió mirando fijamente aquella boca abierta que se le venía encima, incapaz de desviar la mirada, a la vez que el aliento podrido de la bestia la inundaba como si estuviese en mitad de un lago de aguas estancadas lleno de peces muertos.

Cuando las atroces mandíbulas comenzaron a cerrarse, algo brillante zumbó en el aire y se clavó con fuerza inusitada en el propio paladar abierto de la cosa. El monstruo rugió de dolor y de rabia llenando con miles de ecos las paredes gigantescas de la olla de piedra, y Laila comprobó, incrédula, que por entre sus fauces dislocadas veía claramente el mango de una pequeña daga de plata que se había hundido en la nauseabunda carne hasta el fondo.

«Aurige», pensó mientras sentía que los dedos ya no le obedecían y perdía el conocimiento.

Cayó en picado haciéndose visible, golpeándose una y otra vez contra la

mordiente roca. Una estela violeta voló como el rayo y Nimphia la recogió inmediatamente antes de chocar contra el suelo. Cyinder la ayudó mientras sobrevolaban las paredes en dirección al Mustang, y Aurige, que había recogido el huevo de arpía en el aire, observó al monstruo intentando quitarse la daga con una de sus afiladas zarpas. Cuando lo logró comenzó a manar un fluido oscuro por entre sus fauces y miró a la lunarïe con odio. De inmediato perdió el interés en ella y olfateó el aire en busca de su verdadera presa.

Aurige descubrió que observaba a sus amigas y un sentimiento tenebroso la inundó antes de echar a volar hacia el bosque de espinos.

❧ ❧ ❧

Cuando abrió los ojos, Laila vio la cara de preocupación de sus tres amigas, que la miraban con ansiedad sentadas a su lado. Se incorporó mirando con cara de pánico y Nimphia la obligó suavemente a recostarse en el camastro en el que había estado durmiendo casi dos días completos, mientras unos ungüentos de Lunarïe le cicatrizaban las heridas. Sus ojos estaban llenos de miedo, aunque cuando le contaron lo que había ocurrido, se fueron relajando.

Cuando las arpías echaron a volar, las tres tuvieron que alejarse de la estampida porque los bichos enfurecidos iban a destrozarlas si no subían lo suficiente. Además, no les dejaban ver nada de lo que estaba ocurriendo abajo. Temieron lo peor, pero cuando regresaron después de que las arpías se refugiaran en sus cuevas, Laila ya no estaba. Se alegraron mucho cuando consiguieron inspeccionar el terreno, pues no había señales de que las arpías la hubiesen matado, y empezaron a gritar su nombre y a buscarla hasta que se quedaron afónicas. También habían estado inspeccionando las cuevas por si las arpías la habían arrastrado hasta el interior.

Después de asegurarse de que las deformes aves no la habían apresado, Nimphia se dedicó a escuchar en el aire los cambios de sonido, pues no veían a Laila por ninguna parte. Al rato había sentido algo extraño, algo que aparecía y desaparecía, siendo muy difícil localizar dónde se estaba produciendo aquel cambio de volumen. Cuando se acercaron para observar la roca, Laila seguía sin aparecer por ningún sitio. Entonces la pared comenzó a temblar y se asustaron cuando vieron aparecer aquella cosa.

—Yo ya sabía que tenías que estar cerca —dijo Aurige con una sonrisa—, y tenía mi pequeña daga preparada, pero no sabía exactamente dónde estabas así que tuve que arriesgarme. Si fallaba y desviaba el tiro hacia la derecha… ¡oops, adiós nemhirie!

—No le hagas caso —dijo Cyinder mientras le daba un codazo a la morena—. Estaba tan preocupada o más que las demás.

—No es verdad —gruñó la lunarïe girando la cabeza con desdén—. Solo me

preocupaba el huevo de arpía.

Laila sonrió porque sabía que era mentira y tuvo ganas de abrazarlas a las tres. Intentó levantarse, pero las fuerzas le fallaron.

—Intenta descansar —le dijo Nimphia con preocupación—. Has sufrido una gran conmoción y me parece que todavía no estás recuperada.

—Estoy bien —protestó Laila testaruda, que no quería volver a dormir ni perderse más acontecimientos—. Solo tengo que comer algo y me recuperaré.

—Estás de suerte —dijo Cyinder ayudándola a levantarse—. He traído unos volcanes de frambuesa por si acaso se te ocurría despertar a tiempo.

—No quiero volver a oír hablar de volcanes en mi vida —dijo Laila corriendo hacia el despacho lleno de planos tirados por el suelo.

Sin embargo, en cuanto vio los pasteles se arrojó hacia ellos sin dilación, zampándose dos seguidos en pocos segundos. Cuando terminaron de comerse los dulces, Aurige salió de la habitación y volvió al momento con el huevo de arpía en las manos.

—Es tuyo —le dijo a Laila con pesar mientras lo colocaba con cuidado sobre la mesa—. Todas estamos de acuerdo en que te pertenece. Lo salvaste contra todos los peligros y realizaste todos los ejercicios superando todas las expectativas.

La muchacha miró a la lunarïe con asombro y luego observó el feo objeto lleno de costras sin saber qué decir ni qué hacer.

—Gracias —musitó sospechando que realmente el huevo debía ser muy valioso. Luego se quedó pensativa—. Creo que este huevo debería pertenecemos a las cuatro. Me habéis salvado la vida y pienso que esto podría ser el primer tesoro de nuestra nueva colección.

Las tres la miraron radiantes por su decisión y Cyinder le dio dos besos en la cara.

—Pero si nace algo, la arpía es tuya —advirtió Aurige—. Yo no quiero responsabilidades.

Laila volvió a mirar al huevo de arpía con desconfianza, creyendo ver que se movía algo en su interior.

—De acuerdo —dijo después de unos segundos de incertidumbre—. La llamaré Monique.

Nimphia se rió.

—¿Cómo la ailorïa que está con tu padre?

Laila soltó una carcajada asintiendo.

—Muy bien. Será nuestra mascota —dijo la de Airïe cubriendo el huevo con un paño de color malva—. Pero no sé con qué la vamos a alimentar.

—Con zapatos —respondió Laila mientras recordaba cómo la otra arpía había devorado su calzado con alas, haciéndole perder el control del vuelo.

—Eso me recuerda algo —dijo Nimphia—. He estado estudiando el zapato que

sobrevivió y creo que estoy a punto de descubrir el mecanismo que hace que vuele. En cuanto lo consiga, estoy segura de que podré preparar algo al respecto.

—¿En serio? —preguntó Laila, sorprendida.

—Sí, pero aún no están listos. Además, necesitaría un par de metros de cuero para dar forma a mi invento. Podría fabricarlo yo misma, pero no soy una shilaya, y prefiero ver qué tipo de cuero se vende en Solandis.

—Lo peor es que no puedo decirle a Tauro Mezquita que me devuelva el dinero —dijo Cyinder con pesadumbre.

—Ese ya tiene su recompensa —rió Aurige con maldad—. No te preocupes por él.

—¿Y qué ha ocurrido mientras yo dormía? —dijo Laila tratando de no acordarse de la escena de la lujosa tienda llena de cucarachas—. Algo habréis estado haciendo, ¿no?

—Poca cosa —contestó Cyinder con desgana—. Ayer llegó el Gremio de Acuarïe y hoy está prevista la llegada de Lunarïe.

—¿Y eso es poca cosa? —exclamó Laila atónita.

—No ha ocurrido nada de interés —explicó Cyinder—. Cuando Acuarïe llegó, mi madre y yo estuvimos esperándolas para darles la bienvenida con todas las formalidades y festejos adecuados. Apenas nos dirigieron la palabra. Llegaron encapuchadas y no pude ver bien sus rostros, aunque me pareció que tenían escamas cuando me estrecharon la mano. Sentí un escalofrío al tocarlas, como si las tuviesen mojadas con agua fría —dijo estremeciéndose por el recuerdo—. Exigieron a mi madre ser llevadas de inmediato a la residencia donde iban a alojarse y se enfadaron mucho cuando vieron que eran habitaciones normales. Crearon un lago en mitad de las alfombras y cerraron las puertas para que nadie las molestase. No han vuelto a salir de allí.

—¡Qué desagradables! —exclamó Laila con cara molesta.

—¡Desde luego! —afirmó Nimphia asqueada—. No tienen modales. No son como los de Airïe.

—Por supuesto. Seguro que tampoco tienen esclavos.

Nimphia se sonrojó.

—Que yo sepa, no hay nemhiries en Acuarïe… —dijo Aurige, pensativa.

—¡Lo ves! —exclamó Laila triunfante, mirando a Nimphia—. No todos son como vosotras.

—Allí los matan —terminó la lunarïe de manera tajante.

Laila se quedó con la boca abierta mientras se ponía pálida. Nimphia le echó una mirada rápida y victoriosa.

—Solo es una suposición —añadió Cyinder, diplomática—. Te recuerdo que no se sabe nada de ellas desde hace mucho tiempo.

—¿Las veremos mañana en la escuela? —preguntó Laila.

—Creo que no. Me parece que solo acudirán al concurso y punto. No pienses que vas a poder hacer amistad con ellas.

—¡Ni ganas! —exclamó Aurige—. Si el concurso fuese en Lunarïe, te aseguro que mi madre les daría la bienvenida que se merecen.

—¿Noto un tono de orgullo filial? —preguntó Cyinder con una sonrisita irónica.

Aurige se sonrojó solo un segundo y enseguida su tez volvió a ser tan pálida como la luna.

—En absoluto —negó con dureza mientras levantaba la cabeza, altanera.

—Está bien —dijo Nimphia tratando de calmar la conversación—. Al menos, las de Lunarïe sí se presentarán. Mañana estaremos todas allí para ver a Núctuna y a las otras. Así podremos comprobar si tienen algún fallo.

—No creas que lo vas a poder descubrir así como así —dijo Aurige todavía enfadada—. Son muy esquivas y traicioneras. De lo que digan, créete solo la cuarta parte.

Todas permanecieron silenciosas. Cyinder y Nimphia pensaban lo mismo que Laila: que eran lunarïes iguales a su amiga, pero ninguna hizo comentario alguno que pudiese molestarla aún más.

Al final, Nimphia volvió a repasar los planes y Laila preguntó a las otras dos si podrían ayudarla a practicar la invisibilidad.

—¿Crees que estás ya preparada? —le preguntó Cyinder.

—Creo que sí. Tengo que conseguirlo sin que mi cabeza esté embotada por el pánico.

—No te martirices con eso —le dijo la rubia—. Todas hubiésemos sentido miedo en tu situación.

—Te comportaste muy bien —dijo Aurige con amabilidad por primera vez. Laila se sorprendió gratamente y sonrió como si hubiese recibido el mejor halago—. De todas formas, tengo algo que decir sobre el monstruo antes de que sigamos con los entrenamientos.

Laila y Cyinder estaban expectantes. Nimphia había levantado la cabeza de los planos.

—Ese monstruo solo iba detrás de la nemhirie —anunció con voz oscura.

—¿De mí? —exclamó ella con los ojos abiertos por el terror—. ¿Pero cómo lo sabes?

—Quizás persiguió a Laila porque ella no podía volar en aquellos momentos —terció Cyinder con la cara seria.

—No —negó la lunarïe —. Es solo un presentimiento, pero estoy casi segura…

—¿Y el demonio de la cueva también? —preguntó Nimphia con un hilo de voz.

—Eso ya no lo sé. Quizás ambos son el mismo monstruo que cambia de forma.

Quién sabe.

Todas permanecieron silenciosas sin rebatir sus palabras. Por un extraño motivo, en el fondo de sus corazones presentían que Aurige no se equivocaba.

—Entonces, lo mejor que podemos hacer hoy es descansar —dijo Cyinder, y Laila sintió que le quitaban un peso de encima.

—Podríamos hacer algo mejor —anunció Nimphia mientras todas volvían la cabeza hacia ella.

Miraba el callejero de Solandis y tenía un dedo puesto en el círculo dibujado al oeste de la ciudad.

—Podríamos investigar la Torre de Cálime.



Bajo el atardecer de Nur las sombras eran largas y sinuosas. Al otro lado del mundo de Solarïe, el sol Solandis comenzaba a amanecer, pero la enorme Torre de Cálime proyectaba oscuridad sobre todo lo que la rodeaba.

Todas caminaban silenciosas, vestidas con sus trajes negros como si fuesen a dar un gran golpe en un banco. Aurige y Cyinder llevaban sus alas plegadas, pero Nimphia había decidido volar hasta lo alto de la construcción por si podía descubrir algo más que la ayudase a planear la segunda parte del concurso.

Después de recorrer las tristes calles llenas de edificaciones ruinosas, las cuatro llegaron a una zona donde las casas se detenían abruptamente. Una gran extensión de terreno vacío se desplegaba ante sus ojos, pues nunca, en toda la historia de la ciudad de Solandis, nadie se atrevió a construir nada alrededor de aquella explanada fantasmagórica.

La Torre de Cálime permanecía en medio de la creciente oscuridad como un faro silencioso y maligno que guardase en su interior terribles secretos.

Las cuatro chicas la contemplaron desde lejos, sobrecogidas por su tenebrosa influencia.

—Era cierto aquello que vimos —susurró Nimphia, atemorizada, mientras se acercaban—. Es más grande por arriba que por abajo.

—Me pregunto qué habrá ahí dentro —comentó Laila sintiendo que la piel de los brazos se le estremecía y el vello se le ponía de punta.

—Lo sabremos en cuanto entremos —dijo Aurige con seguridad.

—¿Estás segura de que lo conseguiremos? —preguntó Cyinder mientras la torre crecía ante sí a cada paso que daba.

—Desde luego. El Grano está ahí dentro. Nadie va a sacarlo de su escondrijo excepto nosotras.

Cyinder respiró profundamente, queriendo tener la misma confianza que su compañera.

—Daremos una vuelta a su alrededor para hacernos una idea aproximada de su diámetro —dijo de nuevo Aurige cuando llegaron hasta la base.

—Entonces yo voy a volar hasta allí arriba para ver si consigo descubrir algo —añadió Nimphia tomando impulso.

Al momento se deslizó por el aire y Laila la envidió por su maravilloso don para volar. La perdieron de vista y las tres comenzaron a rodear la gigantesca mole mirando hacia todos lados con inquietud. La amenaza del monstruo pendía sobre ellas como el filo de una espada y aunque Solandis estaba ya casi fuera del horizonte, las sombras se arremolinaban en torno a la torre negándose a evaporarse.

—Dentro hay gente —dijo Laila deteniéndose de pronto. Aguzó el oído, y Aurige y Cyinder la miraron dubitativas.

—¿No lo oís? —insistió la muchacha al ver sus caras.

—No —replicaron las dos al unísono.

—Gente que llora —dijo Laila acercándose más a la pared. Rozó el muro y al momento se apartó como si hubiese recibido un calambrazo. La espalda le molestó un poco.

—¿Qué has notado? —preguntó Aurige.

—No lo sé. Algo muy raro. No puedo explicarlo, pero ahora ya no escucho nada.

Laila se alejó de la pared con temor y siguieron caminando pensativas, sin apartar los ojos del muro circular, de color gris, sin ventanas ni rendijas por ningún sitio. Parecía un bloque macizo de piedra. Cuando habían recorrido ya la mitad de su circunferencia, apareció ante ellas una sólida puerta cargada de cadenas. Grabado en la roca había un círculo con cinco huecos formando un pentágono.

—Realmente nadie ha podido salir de aquí —comentó Cyinder con voz ahogada.

—Ni tampoco entrar —advirtió Laila—. Me pregunto cómo habrán hecho para esconder el Grano de las Arenas.

Aurige se acercó hasta la puerta para inspeccionar los grandes eslabones sin querer tocarlos.

—Deben haberlo escondido usando algún hechizo —dijo volviendo con sus amigas—. Las cadenas son de hierro puro, y parece que nadie las ha movido en miles de años. Nadie en Faerie puede tocar el hierro a no ser que contenga algún tipo de aleación, y el pentágono es muy obvio, tiene cinco huecos para cinco gemas. Deben haber formulado un encantamiento poniendo el Grano dentro de la Torre de Cálime sin entrar en ella.

—Entonces, ¿cómo sabemos que está dentro? —preguntó Cyinder dudosa—. ¿Y cómo sabemos que si lo está, lo han escondido en el sitio adecuado?

—En conclusión —dijo Laila irónicamente—, que hay un grano de arena, escondido en una torre y nadie sabe dónde está, ni siquiera los organizadores del concurso.

Cyinder suspiró mientras sus ánimos decaían.

De pronto vieron pasar la estela de Nimphia en el cielo, cayendo como un relámpago hacia los edificios exteriores. La miraron boquiabiertas y repentinamente todas tuvieron el mismo pensamiento: ¡el monstruo! Al momento echaron a correr en su dirección sin pensar en nada mientras Laila sentía el pánico creciendo de nuevo en su interior.

—¿Qué ocurre? —preguntó jadeando a la vez que trataba de mantener el ritmo de sus compañeras.

Cyinder negó con la cabeza y siguió corriendo en pos de Aurige, que parecía comenzar a prepararse para el combate y alcanzaba ya la primera hilera de edificaciones arruinadas. Cuando llegaron hasta donde habían visto descender a Nimphia, rauda como un cometa, comprobaron desde la distancia que el hada del aire sostenía una violenta lucha cuerpo a cuerpo con alguien que no era una de aquellas bestias. Laila se quedó paralizada. Aurige musitó unas palabras tan oscuras como la noche y un hombre vestido de negro se desplomó en el suelo sin sentido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cyinder llegando junto a su compañera, mientras observaba al desconocido con expresión asombrada—. ¿Quién es?

—No lo sé —contestó Nimphia conmocionada—. Yo estaba allí arriba tomando notas sobre la torre cuando vi que alguien, este nemhirie, nos espiaba desde la calle.

Todas se fijaron en la figura inerte y Laila se acercó después de haber recobrado la movilidad.

—Es el hombre que me echó sal —dijo después de unos instantes.

Las tres amigas tenían cara de sorpresa e incredulidad, y al momento se giraron hacia el desconocido, que ocultaba su rostro bajo el pasamontañas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nimphia—. ¿Llegaste a verle la cara alguna vez?

—No —negó Laila temblando—, pero reconozco su vestimenta y cómo eran sus brazos y su cuerpo. No se me puede olvidar.

—Pues vamos a interrogarle —dijo Aurige con una sonrisa siniestra.

De un violento tirón descubrió el rostro del agresor, que parecía sumido en un profundo trance. Laila lo observó detenidamente, pero descubrió que no lo conocía de nada. Sus rasgos eran atractivos, aunque duros como la roca. Por lo demás, aquel era un rostro más entre un millón.

—¿Lo reconoces? —le preguntó la morena.

Laila negó, sin saber qué pensar de todo aquello.

—Despertémosle pues —susurró Nimphia.

Aurige chasqueó los dedos y el hombre abrió los ojos asustado. Y entonces sí. En un momento de incredulidad, Laila dio un paso hacia atrás mientras miraba aterrada a su agresor. Ahora, con los párpados abiertos, las facciones del hombre de negro le eran muy conocidas, solo que no conseguía encajarlo exactamente en ningún rostro

de su memoria. Los ojos marrones del hombre se parecían a los de alguien, y sus pómulos, su boca y el perfil de la nariz le recordaban a alguna persona que se removía escondiéndose en los recovecos de su mente… Pero, ¿a quién?

—¿Quién eres? —preguntaba en ese momento Aurige con fiereza y los ojos brillantes de placer por el interrogatorio.

El hombre la miró, y por un momento el desdén de un mercenario se reflejó en su rostro. Permaneció callado mientras la morena le hacía varias preguntas más sin obtener respuesta.

—¿Por qué me lanzaste sal? —dijo Laila de repente en mitad de una de las preguntas de Aurige.

El hombre fijó los ojos en ella, con una extraña alegría, y sus labios se curvaron en una mueca de desprecio por algún pensamiento interior. Laila volvió a sentir que estaba a punto de desvelar el misterio.

—¿Por qué lo hiciste? —repitió, más enfadada por su propia incapacidad para recordar.

—Me pagaron por ello —dijo el hombre por fin, con una voz ronca y cruel donde se podía advertir que estaba jugando con ellas.

—¿Quién? —preguntó bruscamente Aurige.

En la mano de la lunarïe apareció una daga que brilló y la sonrisa se borró de la cara del hombre.

—No puedo decirlo —contestó de nuevo con crueldad—. Puedes matarme, hada de la luna, pero no lo revelaré, te lo aseguro.

Aurige se sorprendió por el aplomo y la frialdad de sus palabras, y bajó el arma sin querer. De repente sintió una extraña admiración por aquel nemhirie.

—Podría torturarte —le advirtió con dureza, confusa ante ese sentimiento inesperado.

El hombre volvió a cerrar la boca demostrando que no le daba ningún miedo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Laila intentando desvelar su propio acertijo.

—¿Y qué más da? Mi nombre no te dirá nada.

—Prueba a ver —susurró Aurige como una serpiente.

El hombre tragó saliva. Aquella chica morena le parecía realmente peligrosa.

—Podría decir que me llaman Jack Crow.

—Pero no te llamas así, claro —volvió a decir la lunarïe —. Ese nombre es ridículo.

—Os tendréis que conformar —contestó el hombre con una mueca sarcástica mientras se permitía guiñarle un ojo a Aurige.

—Este interrogatorio es absurdo —se quejó Nimphia—. Lo mejor que podemos hacer es que lo olvide todo y que siga su camino. Ni siquiera sabemos cómo ha entrado en Solarïe ni con qué propósito.

—Con el de espiar a Laila —dijo Aurige de inmediato—. Pero estoy de acuerdo. Vamos a borrarle la memoria a este nemhirie.

—¡No! —gritó el hombre, asustado de verdad por primera vez.

—¡Por fin algo provechoso! —dijo Aurige con alegría—. Un pequeño hechizo de olvido y todo habrá acabado.

—Por favor —pareció suplicar el hombre de negro con los ojos fijos en Laila—. Me matarán. Te salvé la vida una vez. ¡Os la salvé a todas!

—Eso es mentira —rugió Cyinder.

—¿Quién te matará? —preguntó Laila con mayor vehemencia—. ¿El mismo que pagó por lo de la sal?

—No —susurró el hombre con voz ahogada—. No. Alguien más poderoso…

—¡Quién! ¡Contesta de una vez! —gritó Aurige.

El hombre movió negativamente la cabeza y la lunarïe comenzó a musitar las palabras que le harían olvidarlo todo.

—¡Espera! —gritó Laila cortando el hechizo. La lunarïe se detuvo—. Tiene razón. Nos salvó la vida a las cuatro una vez.

—¿Cuándo? —inquirió Cyinder asombrada.

—Junto a la cueva. Disparó una flecha a la bestia hiena y pudimos escapar.

Las tres hadas miraron al hombre, incrédulas.

—¿Es eso cierto? —inquirió Aurige.

El hombre de negro asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo la lunarïe cruzando los brazos—. Puedes irte. Nuestras vidas por la tuya una sola vez. La próxima no tendremos piedad.

El hombre se levantó. Ahora que lo veía de cerca, Laila no pudo evitar perderle el miedo. Incluso sintió que le caía bien. Su figura comenzó a caminar despacio hacia la ciudad.

—¡No os espiaba! —gritó el hombre lanzándole a Aurige un beso burlón antes de desaparecer por una callejuela estrecha y sucia—. ¡Estaba haciendo lo mismo que vosotras!

Las cuatro se miraron dudosas unos segundos ante aquellas palabras, y luego, comprendiendo lo que había querido decir, se giraron a la vez hacia la gigantesca mole de la Torre de Cálime.

❧ ❧ ❧

—Estás muy pensativa —le dijo Cyinder a Laila ya en el despacho general del edificio donde vivían—. No has dicho nada desde que regresamos.

—No puedo evitarlo —contestó la muchacha mientras sus pensamientos volvían una y otra vez al hombre de negro—. Me recuerda a alguien, pero no sé a quién.

—Aurige está enfadada —siguió la rubia—. Piensa que le podíamos haber sacado

algo más que su nombre. Y todas creemos que ese hombre va a intentar robar el Grano de las Arenas.

—Yo también lo creo —contestó Laila—. Pero teníamos una deuda de honor con él y debíamos cumplirla.

—Dice Aurige que podríamos intentar abrir la puerta usando las piedras de tu libro…

—¡De eso ni hablar! —exclamó la muchacha—. Es un regalo de mi madre y no pienso estropearlo arrancando las gemas. Tendremos que esperar a que el jurado abra la torre como mejor sepa.

Y volvió a encerrarse en un hosco mutismo. La intriga la carcomía por dentro.

—Voy a envolver el huevo en una funda de plumas para que no se enfríe —dijo Nimphia entrando por la puerta. Se acercó a la mesa y retiró el paño de color malva que cubría a la posible cría de arpía.

Laila lo miró de reojo.

—¡Ya sé a quién me recuerda! —gritó Laila de pronto levantándose del sillón donde había estado sentada cavilando.

Cyinder se sobresaltó por el tono de su voz.

—¿A quién? —preguntó intrigada.

Laila le devolvió la mirada.

—¡A Monique…!

12
El concurso de los Cinco Gremios

El increíble descubrimiento había dejado a Laila completamente anonadada. El parecido del hombre de negro con la novia de su padre la había golpeado como un mazo y la había hundido en un estado de confusión donde ya nada tenía sentido. Cuantas más vueltas le daba, más tenebrosas se hacían las preguntas. ¿Quién era realmente el tal Jack Crow? ¿Guardaban en verdad él y Monique alguna relación? Y la más oscura: si era así, ¿por qué aparecían ambos a la vez en Winter Manor?

Ni siquiera la llegada del gremio de Lunarïe pudo hacerla olvidar las miles de dudas que nadaban en su cabeza.

❧ ❧ ❧

Cuando al día siguiente acudieron a la academia de Popea, volvía a reinar una intensa expectación. El gremio de Airïe estaba presente al completo, y Arissa y Silfila charlaban con varios estudiantes. Calantra, vestida exactamente igual que ellas, las había perseguido por todas partes y no perdía ocasión para adularlas, hasta que las cuatro hadas se sintieron tan acorraladas por ella que empezaron a esconderse en cuanto la veían. Aiyo se había teñido los cabellos de color violeta y ensayaba una voz tan gutural y susurrante que Cyinder llegó a creer en serio que se había quedado ronco.

La mayoría de los alumnos vestían trajes de colores malva y celeste, con plumas de varios tipos de pájaros exóticos que les daban un aspecto bastante ridículo. Solo ellas permanecían fieles a sus trajes negros de cuero, y cuando las de Lunarïe hicieron su aparición, Laila comprendió perfectamente la cara de asombro de Núctuna y los bufidos de risa contenida de Nandia y de Caliope.

Saludaron ceremoniosamente a la profesora Popea, y después de hacerle entrega de un regalo consistente en una caja de oro y marfil con dos cerraduras, permanecieron silenciosas y distantes, buscando entre el gentío a Aurige y a Cyinder. Cuando las encontraron se miraron entre ellas con complicidad, comunicándose pensamientos tenebrosos, y ya no dejaron de vigilarlas durante toda la clase.

Laila no parecía haber llamado su atención. Se diría incluso que la ignoraban a pesar del llamativo color de sus cabellos único en la clase, y la muchacha se dedicó todo el tiempo a analizarlas mientras intentaba olvidar todo lo referente al hombre de negro.

Todas eran morenas, con cabellos finos y sedosos que llevaban sueltos hasta la cintura, y la piel tan blanca como la de Aurige, solo que los ojos de las cuatro hadas brillaban mortecinos, sin fuego, demostrando que se aburrían mortalmente. Las hermanas Nandia y Caliope tenían tres pequeños lunares tatuados sobre las cejas, y

Laila vio un suspiro de anhelo en la cara de Aiyo al descubrir tan inusual adorno. Los rostros de Núctuna y Casiopea eran pálidos y serenos, tan bellos como los que Laila recordaba en todas las lunarïe s cuando ocurrió su azaroso viaje a Nictis. Sin embargo, estaban afeados por sus gestos desagradables y cínicos.

Popea se deshacía en halagos serviles hacia el reino y el gremio de Lunarïe, y ellas asentían complacidas, con los ojos fríos como témpanos de hielo. Sus sonrisas eran más de desprecio que de agradecimiento y apenas se impresionaron cuando la maestra les mostró los últimos avances en robo bajo triple presión atmosférica que Solarïe había desarrollado. Al contrario, en la cara de Núctuna apareció una cruel mueca burlona.

Cuando la profesora dio por terminada la clase algunas hadas de Solarïe intentaron acercarse a ellas, pero fueron ignoradas por las cuatro lunarïe s, que sin embargo se acercaron decididas hacia Aurige mientras el resto de alumnos se marchaba cabizbajo. ¡Desde luego no habían sido tan simpáticas como las de Airïe!

Aurige vio sus intenciones y enseguida se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. Cyinder, Laila y Nimphia la siguieron rápidamente tratando de escabullirse.

Núctuna no pareció querer darse cuenta del desplante y la persiguió casi jadeando hasta que la alcanzó a la salida del edificio.

—¡Hola, Aurige! —exclamó, molesta por la distancia que la otra le había hecho recorrer.

—¡Ah! Hola Núctuna —la saludó ella con extrañeza, como si se hubiese quedado muy sorprendida por su aparición—. ¿Qué haces tú en Solarïe?

Núctuna se puso roja de ira. Aurige sabía perfectamente que ella era la capitana del gremio de Lunarïe, y que su presencia en aquel estúpido reino era por todos bien conocida.

—Ya ves —contestó cuando el resto de sus compañeras la alcanzaban—. Se dice que la reina de este mundo regala Granos de las Arenas de Solarïe a cualquiera que le bese los zapatos. Debe ser una loca o una borracha.

Cyinder palideció ante un insulto tan grande dirigido hacia su madre. Apretó los puños mientras la sangre le ardía en la cara y sus ojos destellaban llenos de furia. Entonces Núctuna pareció darse cuenta de su presencia por primera vez.

—¡Oh, dama Cyinder! —exclamó con falsa alegría—. ¿También tú perteneces a un gremio de ladrones?

La Solarïe se sonrojó al sentirse insultada nuevamente.

Aurige sonrió.

—Cyinder es muy habilidosa —le dijo a la capitana de Lunarïe—. Es igual que tu madre.

Núctuna tragó saliva tratando de soportar el golpe con la sonrisa congelada en su pálido rostro. Laila pensó que por menos de eso, aquella chica habría sacado ya un

cuchillo y habría degollado con gusto a la hija de Titania.

—Dicen en el gremio que ahora vas con perros —dijo Caliope, que no había abierto la boca hasta ese momento.

—¿Ahora? —se extrañó Aurige—. Creí que eso era antes.

Núctuna se atragantó intentando reírse sin conseguirlo.

—Sí —confirmó mirando a sus compañeras —. Antes, cuando solo te juntabas con Airïes y Solarïes. Dicen que ahora trabas amistad con nemhiries y otros seres apestosos. Nunca creí que hubieses caído tan bajo. Me negaba a admitirlo, pero veo que es verdad.

Nandia y Caliope rieron groseramente y Casiopea miró a Laila con asco.

—Perdona, ¿te referías a mí? —preguntó Laila alzando la voz.

Núctuna la miró asombrada, incapaz de creer que una nemhirie se dirigiese a ella y le hablase como a una igual. Inmediatamente desvió la vista y siguió hablando con Aurige, ignorándola como si fuese un insecto.

—Es vuestra mascota, ¿verdad? —dijo señalándola con la cabeza.

—¡Oh, qué va! —contestó Aurige sin importancia—. Estuvimos buscando mascotas por todo Lunarïe, pero no encontramos a nadie tan inteligente como ella, ni siquiera como bicho de compañía.

Nandia y Caliope abrieron las bocas a la vez, incrédulas y horrorizadas por el insulto que las cuatro acababan de recibir. Núctuna les dijo con la mirada que se calmasen.

—Mira, Aurige, no queremos pelea —dijo la capitana—. Hemos venido a hablar contigo para tratar de hacer un pacto. Si tú quieres ir en compañía de perros nemhiries, allá tú.

Aurige permaneció silenciosa.

—El pacto que os proponemos es el siguiente —añadió, dudosa por el silencio de su congénere—: no nos atacaremos mutuamente en la primera fase del concurso. Nosotras intentaremos robar la gema de Airïe y vosotras la del gremio Blanco. Por cortesía os dejamos a las más fáciles. Así, todas ganaremos y mediremos nuestras fuerzas en la Torre de Cálime. ¿Estáis de acuerdo?

—¿Y a qué viene tanta cortesía? ¿Por qué no intentáis robar a las de Acuarïe?

Casiopea hizo un gesto de desdén.

—Eso es imposible, pero podemos eliminarlas si Lunarïe y Solarïe trabajamos juntas. Después, que gane la mejor. Aurige miró a sus amigas.

—Nos lo pensaremos —dijo después de unos instantes. Luego dio por terminada la charla y echó a andar en dirección al Mustang. Laila y las otras la siguieron.

—¡No te lo pienses mucho! —gritó Núctuna, rabiosa, a sus espaldas—. Podríamos pedírselo a las de Airïe y ellas serían más rápidas en contestar.

—¿Por qué no has aceptado? —le preguntó Cyinder ya en el coche—. Odio a esas

estúpidas, pero parece un buen plan —luego puso voz de falsete—. «Os dejamos a las del gremio Blanco, que son las más fáciles».

—No me fío de ellas. Nunca han sido tan magnánimas como para ofrecernos llegar a la final conjuntamente.

—Quizás no quieran enfrentarse a Acuarïe —dijo Nimphia desde el asiento trasero—. Pensarán que nosotras somos unas adversarias muy fáciles de derrotar si llegamos a Cálime.

—Puede ser —dudó Aurige.

—O quizás quieran competir contra nosotras para avergonzarnos —sugirió Cyinder.

—Eso podría tener más sentido. Concuerda más con la forma de actuar de Núctuna.

—¿Y por qué no nos intentan robar nuestro topacio? —preguntó Laila—. Nada podría ser más humillante para Solarïe que la derrota en la primera parte del concurso.

—Sí, pero entonces se enfrentarían a Acuarïe sin lugar a dudas —dijo Aurige—, y a ellas nunca las han vencido. Quieren descalificarlas sin riesgos.

Laila asintió dándose cuenta por fin del retorcido plan.

—De todas formas —caviló Nimphia—, si las tenemos como aliadas al principio, ya nos aseguramos un cincuenta por ciento de posibilidades de conseguir el Grano de Solarïe. Y luego, dentro de la Torre de Cálime, nadie sabe lo que puede ocurrir.

—Es cierto —sonrió Cyinder por primera vez desde que la insultaron—. Quizás nos están infravalorando. A lo mejor se llevan la gran sorpresa de sus vidas.

—¿Podremos robar al gremio Blanco con facilidad? —preguntó Laila sabiendo que no se había preparado contra ellas.

—Yo creo que sí —dijo Nimphia—. La asistencia de las blancas es meramente diplomática. No son muy buenas pero se les invita siempre porque, en fin… son el reino de la élite y su reina Maeve es la que gobierna todo Faerie. Mejor no disgustarlas.

—De acuerdo —dijo Aurige por fin mientras llegaban a su cuartel general—. Hablaré con Núctuna y le diré que aceptamos. Pero yo sigo creyendo que tienen otro plan oculto.

Durante la última semana antes del concurso, Laila intensificó los ejercicios de invisibilidad y detención de objetos. También intentaba transportarse de un sitio a otro, pero aquello le resultaba imposible. Conforme pasaban los días, los entrenamientos empeoraban ante el enfado de Aurige, que la corregía y le exigía cada vez más.

—No puedo seguir —dijo por fin—. No soy capaz de concentrarme.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —le espetó la lunarïe enfadada, mientras todas las piedras caían a su alrededor—. Hoy no has hecho ni un ejercicio en condiciones.

—No lo sé. No hago más que pensar en Monique y en mi padre.

—¡Olvídate de ellos! —rugió Aurige—. El concurso es dentro de dos días. No puedes tener la cabeza pensando en nemhiries.

—¡Ese nemhirie es mi padre! —gritó Laila ante su frialdad.

Aurige se quedó callada y vio cómo cerraba los ojos agotada por el esfuerzo. La muchacha se sentó en el suelo.

—¿Por qué dos personas, tan parecidas físicamente, aparecerían en el mismo sitio y en el mismo momento en el tiempo? —preguntó al aire después de unos segundos.

—Porque tendrían interés en lo mismo —dijo Aurige suponiendo que la pregunta iba dirigida a ella.

Laila asintió. Se dio cuenta de que pensar en voz alta y contarle a Aurige lo que se le iba ocurriendo la ayudaba mucho. La lógica fría y certera de la lunarïe no tenía sentimientos ni estaba emborronada por las emociones.

—Y si el interés de una de esas personas se supone que he sido yo —siguió cavilando—, entonces la otra persona, Monique, no está junto a mi padre por él ni por su dinero…

Aurige la miró comprendiendo por fin lo que quería decir. Laila sintió un escalofrío por la espalda y contempló a su compañera, que permanecía seria con los ojos brillantes.

—Es como una partida de ajedrez —dijo.

—Yo no sé jugar a ese juego nemhirie —repuso Aurige desdeñosa.

—Pues deberías hacerlo —le contestó Laila perdida en sus pensamientos—. Creo que se te daría muy bien.

La lunarïe se dio media vuelta dispuesta a dejarla a solas.

—Él sería un caballo, y ella la reina… —siguió Laila hablando para sí misma.

—Deja de pensar en esas cosas —dijo Aurige desde la puerta—. Te estás obsesionando solo porque te ha parecido que dos personas tienen los mismos rasgos, y estás creando una fantasía que no nos favorece en nada ni ayudará a Cyinder. Para mí, todos los nemhiries sois iguales.

Laila se quedó pensativa. Quizás tuviese razón. Quizás solo fuese una coincidencia. Una broma del destino.

—Pero el parecido es enorme…

—Pues entonces déjalo aparcado —razonó Aurige con mala cara—. Si es como tú dices, entonces tienes ventaja sobre la ailorïa de tu padre. Sabes algo de ella que no quería que se supiese, y cuando la veas de nuevo podrás interrogarla y hacerle

preguntas sin que se dé cuenta. Y si te has equivocado y te estás calladita, no meterás la pata hasta el fondo. Tienes que ser más fría, Laila. Aprende de una vez a dejar a un lado tus sentimientos.

«¿Como tú?», pensó la muchacha.

Se levantó del suelo con decisión.

—De todas formas quiero hablar con mi padre —dijo con voz firme—. Quiero saber cómo está o si le ha pasado algo.

—Ahora no puedes irte —dijo Aurige—. Estamos a las puertas del concurso.

—Le llamaré desde mi teléfono —insistió la muchacha.

Pasó junto a ella sin mirarla y se dirigió a su habitación en busca del chaquetón donde guardaba el libro de las piedras y el pergamino de sir Richard. Registró los bolsillos hasta que encontró el pequeño aparato, y después de encenderlo marcó el número de su padre. Esperó impacientemente con el auricular pegado a la oreja, pero solo escuchó un zumbido inanimado. Cortó la llamada y repitió el proceso. Nada.

Entonces recordó que Nimphia le había dicho que los aparatos nemhiries no funcionaban en Faerie, y comenzó a ponerse nerviosa. Tenía que ver a su padre. Necesitaba hablar con él, y el hecho de no poder conseguirlo aumentaba su deseo hasta hacerlo doloroso.

Pasó toda la tarde inquieta, yendo de un lado a otro, incapaz de estar sentada más de un minuto. Nimphia y Aurige comenzaron a preocuparse.

En ese momento llegó Cyinder. Venía del palacio con la cara radiante de orgullo.

—Han llegado las del gremio Blanco —anunció tan grandiosamente como si las hadas de Tirennon estuviesen detrás de ella—. Van a vivir en el castillo porque mi madre quiere tener con ellas una deferencia especial.

—¿Las has conocido? —preguntó Aurige con curiosidad.

—Sí. Son muy serias y educadas. Tienen los cabellos y las alas blancos como la nieve y también visten de blanco riguroso. Al principio creí que eran fantasmas, os lo aseguro.

—Entonces ya han llegado nuestras rivales —comentó Nimphia—. Mañana tendremos que observarlas muy cuidadosamente en la escuela.

—Yo tengo que irme al palacio —dijo Cyinder pesarosa—. Mi madre quiere que atendamos al gremio Blanco con todos los honores. Varios nobles se han enfadado porque tenían pensado ir de compras para adquirir las últimas novedades antes del concurso, pero tenemos que estar todos allí para que las de Tirennon no tengan ni una sola queja.

Laila sonrió dando gracias porque ella no pertenecía a ninguna casa real ni tenía que comportarse de manera diplomática, soportando reuniones aburridas y discursos políticos.

—Así que mañana os veré en la escuela de Popea —siguió la rubia, mirándolas

suplicante para que le pidieran que se quedase.

—De acuerdo —dijo Nimphia—, de todas maneras ya lo tengo todo ultimado. Aurige llevará el topacio y tú serás su defensora. Laila y yo intentaremos robar las gemas, aunque no te ofendas, Laila, pretendo usarte como señuelo.

—No me importa —dijo la muchacha—. Lo entiendo.

Aurige asintió. No le quitarían la gema ni pasando por encima de su cadáver.

—Pues entonces, hasta mañana —repitió Cyinder con tristeza. Esperó unos segundos para ver si alguna la detenía, pero no fue así. Nimphia y Aurige entendían a la perfección que tenía que cumplir con su papel de princesa de Solarïe.

—¡Espera! —dijo Laila, y Cyinder se volvió sonriente—. ¿Te vas a llevar el coche?

La rubia puso cara de disgusto y de extrañeza. No era lo que esperaba.

—Pues sí —contestó dudosa—. ¿Por qué?

—Es que yo quiero ir a mi casa un momento.

—¡No! —gritó Aurige.

—¡Voy a ir quieras tú o no quieras! —gritó Laila a su vez—. Si mi padre no está allí, le llamaré desde el teléfono de mi casa y cuando me quede tranquila, volveré. No creo que tarde más de una hora.

—¡Una hora nemhirie! —exclamó Aurige—. ¡Eso podrían ser muchas horas aquí!

—¡Pues cuanto antes me vaya, antes volveré! —contestó Laila sin dar su brazo a torcer.

—¡No cuentes conmigo! —volvió a gritar la lunarïe —. ¡Ni con mi coche!

Cyinder y Nimphia se inquietaron por la situación.

—Yo la llevaré —dijo Nimphia tratando de calmar los ánimos.

—Con mi coche no —negó Aurige tozuda.

—La llevaré y volveremos a tiempo —insistió Nimphia—. Quiero que todas tengamos la cabeza en nuestro sitio. Mirad como estamos: demasiado nerviosas. Vamos a calmarnos y a tomarnos la tarde libre.

Aurige cruzó los brazos refunfuñando. Luego salió de la habitación y se encerró en su cuarto dando un fuerte portazo.

—¡Vamonos! —dijo Nimphia sin impresionarse.

Salieron del edificio y se despidieron de Cyinder, que se marchó cabizbaja hacia la avenida de Qentris. Nimphia saltó dentro del Mustang y puso en marcha el motor.

—Espero que merezca la pena —dijo muy seria mientras Laila se sentaba a su lado—. No me gusta que estemos enfadadas entre nosotras.

Subió la cuesta por las callejuelas y ambas saludaron a Cyinder con la mano al pasar junto a ella. Luego la de Airïe aceleró y Laila se sintió aplastada contra su asiento por la velocidad. Nimphia conducía mucho más rápido que Aurige.

Volaron hacia los muros de luz y después cruzaron los campos de corpúsculos

hacia el lago.

—¿Podríamos ir más despacio? —preguntó Laila con temor.

—No —contestó su compañera tajante—. No hay tiempo.

Enfiló las doradas aguas y el paisaje comenzó a fundirse a su alrededor. Los árboles se tiñeron de verde y la claridad desapareció mientras el cielo se volvía rojo y violeta.

De pronto Laila se dio cuenta de que el Mustang atravesaba los campos de Winter Manor como una flecha y sintió una alegría tremenda. Doblaron el recodo y ante su vista apareció la gran casona de piedra rojiza, con todas las ventanas oscuras y las cortinas echadas. Nimphia frenó justo delante de la entrada y Laila saltó fuera del coche. Corrió hacia la puerta y llamó al timbre.

Pasaron los segundos, pero nadie abrió. Laila miró a Nimphia con desesperación. El jardín crecía salvaje y abandonado alrededor de la casa.

—Mi padre no está —dijo en voz alta lo que había temido—. Parece que aún no ha vuelto de París. Sigue con ella —susurró.

Intentó entrar en la casa girando el picaporte, pero la cerradura estaba echada. Nimphia comprendió sus intenciones y salió del coche. En su mano apareció un fino cilindro lleno de agujeros, similar a una pequeña flauta.

—Mi ganzúa electrónica perfeccionada —le mostró—. Déjame probar.

La metió por el hueco de la cerradura. Al cabo de unos segundos el cilindro vibró y apareció una luz violácea brillante. La puerta se abrió silenciosamente.

—Increíble —musitó Laila entusiasmada, y Nimphia sonrió llena de orgullo.

Entró en la casa a oscuras y llamó a gritos a su padre, aunque sabía que no estaba allí. Luego se dirigió al teléfono del recibidor y marcó los botones aplastándolos con furia.

Esperó unos momentos.

—¿Hola? —dijo de pronto la voz de su padre al otro lado del teléfono. Laila inspiró profundamente y sintió que la calma invadía todos los recovecos de su cuerpo.

—¿Papá? —gritó al momento—. ¿Papá?

—¡Laila! —exclamó su padre—. ¿Dónde estabas? Te he llamado cientos de veces. El teléfono decía que no tenías cobertura…

—Papá, escúchame —siguió Laila a toda prisa—, no tengo tiempo. ¿Estás bien?

—Sí —dijo su padre después de unos momentos de silencio—. Estoy bien. ¿Dónde estás?

—¿Está Monique contigo? —preguntó Laila con ansiedad sin contestarle.

—Bueno —dudó su padre—, ahora está en el hospital trabajando, pero sí, estoy con ella… ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, sí —cortó ella impaciente—. Escucha papá, ¿te ha preguntado por mí?

El teléfono permaneció en silencio unos segundos.

—Pues no —contestó su padre al rato—. Solo se ha interesado cuando te he llamado y no has respondido. ¿Por qué? Oye, Laila —siguió con voz preocupada—, ¿dónde has estado? No he recibido ni una llamada y me prometiste…

—Ya sabes dónde he estado, papá —dijo ella enfada—. Lo sabes perfectamente, y ahora no tengo tiempo para explicaciones. Solo quería saber si estabas bien. ¿Seguro que Monique no te ha preguntado por mí?

—Te aseguro que no, hija. En una ocasión me ha preguntado si tú te sentías a gusto con tu pelo, pero es normal, se preocupa por ti…

Se produjo un silencio y Laila temió que se hubiese cortado la comunicación.

—¿Estás ahí, papá?

—Sí —dijo el hombre al instante—. Es que pensaba que tenías razón, Laila. Tenía que haber salido de Winter Manor hace tiempo. Me lo estoy pasando estupendamente, y Monique es realmente perfecta… Tengo una cosa que contarte, hija.

Laila sintió miles de agujas pinchándole en los brazos y en el estómago. De repente, supo lo que su padre le iba a decir. No. No quería oírlo. No estaba preparada, aún no. Y ahora menos que nunca.

—Laila, le he pedido a Monique que…

—¡Papá, no te escucho! —gritó ella cortándole la frase a la mitad—. ¡Hay interferencias!

Nimphia la miraba asombrada ante su tono de voz.

—Hija…

—¿Qué dices, papá? No consigo oírte…

Y entonces colgó el auricular con violencia.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Nimphia, perpleja, sin llegar a comprenderla.

—¡Porque se van a casar! Y no quiero oírlo.

De inmediato se marchó a la cocina dispuesta a prepararse un sandwich como hacía habitualmente cuando estaba nerviosa. Nimphia la siguió. Miraba a todos lados, curiosa y emocionada con todos aquellos aparatos nemhiries.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando una tostadora de pan.

Laila no respondió. Se había quedado como una estatua mirando hacia la despensa. Su amiga la llamó, intrigada.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada.

Laila se volvió hacia ella con los ojos brillantes.

—Tengo una idea.

Aurige y Cyinder miraban nerviosas hacia la puerta del aula de Popea. Laila y Nimphia no habían aparecido todavía y la profesora ya había presentado a las cuatro hadas del gremio Blanco. La academia volvía a estar hasta los topes de estudiantes, incluyendo a los gremios de Airïe y de Lunarïe.

—¿Dónde estarán? —susurraba Cyinder mientras Aurige levantaba los brazos con impotencia.

Popea se dirigía a sus invitadas de honor de una forma servil y humilde, como si se hallase en presencia de la mismísima Maeve. Las cuatro hadas, Alhiana, Biridde, Antion y Albia, la capitana, permanecían serias y atentas, acostumbradas a reuniones y discursos, y asentían con gravedad política a todas las explicaciones y detalles de la profesora.

Las dos amigas se inquietaban cada vez más y Popea comenzó a explicar cómo iba a ser la primera parte del concurso.

—El Gran Jurado ha recreado los muros de luz de Solandis en las afueras de la ciudad en honor a Solarïe —explicó con voz emocionada—. Un gigantesco pentágono con una puerta en cada pared por donde pasará cada gremio al interior. Nadie más podrá entrar o salir hasta que un equipo consiga la gema del otro, pero todo el mundo podrá seguir el concurso desde las afueras. En este mismo atardecer de Qentris se van a preparar grandes gradas de cristal para los espectadores.

Una vez dentro del pentágono, cada equipo tendrá que hacer gala de sus mejores técnicas.

Luego se dirigió a Cyinder y a Aurige.

—Quiero que sepáis que habéis hecho que sienta el orgullo más grande de mi vida. Os habéis esforzado y habéis conseguido que el gremio de Solarïe brille como en sus mejores tiempos. Ocurra lo que ocurra, para nuestra academia ya sois las ganadoras…

Los alumnos comenzaron a aplaudir rabiosamente y a vitorear a Popea y al gremio de Solarïe. Cyinder vio la cara de desdén de Núctuna y las muecas de desprecio de las gemelas Nandia y Caliope. Los otros gremios aplaudían cortésmente sin demasiado entusiasmo. La profesora comenzó a llorar y a soltar hipitos teniendo que abandonar la palestra por la intensa emoción.

Los estudiantes comenzaron a marcharse, entonando gritos y canciones de victoria mientras saludaban y deseaban suerte a todos los gremios. Las de Airïe abandonaron la escuela enseguida, y el gremio de Lunarïe desapareció allí mismo como si se hubiesen evaporado en medio de una neblina. Poco después se marchaban las hadas blancas, y Cyinder y Aurige permanecieron en mitad de la plaza hasta que se quedaron solas.

—¡No tenía que haberles permitido que se fueran! —hablaba la lunarïe fuera de sí mientras se dirigían al cuartel secreto.

—Seguro que llegan a tiempo —dijo Cyinder también nerviosa y con la mirada puesta en los callejones.

Apenas habían recorrido la solitaria plaza cuando el ronroneo del Mustang resonó por las callejuelas, y momentos después hacían su aparición Laila y Nimphia con caras radiantes.

—¡Por fin! —gritó Aurige corriendo hacia ellas—. ¿Se puede saber qué habéis estado haciendo?

—¡Cambio de planes! —exclamó Nimphia mientras sus amigas se subían al asiento trasero y emprendían la marcha hacia la zona oeste de la ciudad.

—¡¿Cómo que se cambian los planes?! —exclamó Aurige furiosa ya en el despacho, después de que Nimphia les hubiese puesto al corriente de su nueva idea sin querer dar los motivos.

—Sí —repitió imperturbable el hada del aire—. Laila será la portadora de la gema y tú, Aurige, la defenderás.

—Pero, ¿por qué? —gritó sin entenderlo mientras Laila permanecía callada escuchando la discusión.

—Tú eres la mejor en defensa —volvió a repetir Nimphia—, y Laila ha demostrado con creces su capacidad de salvaguardar un objeto como hizo en el Caldero de las Arpías.

—Sí, es cierto, pero si van a por ella no podrá evitar que se la roben. Todavía no tiene suficiente experiencia. ¡Perderemos sin remedio!

—No lo haremos —sonrió Nimphia misteriosamente—. Nadie va a quitarle a Laila el topacio de Solarïe.

Al día siguiente la expectación era enorme. Cientos de coches y carrozas engalanadas abandonaban la ciudad de Solandis en medio del bullicio general en dirección a los campos luminosos. Por todos lados volaban miles de pixis excitadas alrededor de la Bella Gente, que se dirigía en riadas de colores hacia las afueras, mientras surcaban los cielos cientos de estelas de Airïe, haciendo piruetas y cayendo como meteoros hacia las gradas de cristal dorado. En el centro había un increíble pentágono de luz transparente. Los muros habían sido creados escasas horas antes, aunque eran tan perfectos que parecía que llevasen allí desde el principio de la historia de Solarïe.

Las cuatro chicas tuvieron serias dificultades para hacerse paso en la impresionante marea de Solarïes vestidos con sus más estrafalarias galas, todos gritando y riendo sin parar, dispuestos a disfrutar con el espectáculo más grande de

los últimos cien años.

—Después de esto nos exiliarán —dijo Nimphia haciéndose oír en medio del tumulto—. En cuanto seamos famosas, el Reino Blanco nos detendrá por ladronas y nos castigarán con la máxima pena.

—No lo creo —dijo Cyinder a gritos—. Si recuperamos el Grano de las Arenas, mi madre nos indultará a todas, incluyéndome a mí, por supuesto.

Por todas partes se arremolinaban grupos de hadas ataviadas con las costumbres de otros reinos, con trajes vaporosos, negros, malvas y blancos, y los rostros pintados imitando a sus heroínas, con plumas en los cabellos y tatuajes en las cejas. Solo el color dorado intenso de sus cabellos les delataba como Solarïes.

Por fin pudieron llegar hasta el pentágono de luz, y Aurige, que aún permanecía enfadada y silenciosa, tuvo que aparcar el Mustang entre las elevadas columnas de automóviles, por lo menos cincuenta y siete coches por encima del suelo, antes de que cinco coches más se pusieran por encima y sus conductores comenzasen a gritarse insultos acusándose de robarse las plazas de aparcamientos.

Enseguida se dirigieron a una gran explanada donde esperaban ya los gremios de Airïe, vestidas con sus trajes de jirones de nubes, Lunarïe, de negro riguroso al igual que ellas, y el gremio Blanco, con sus togas fantasmales ondeando en la suave brisa. Los profesores de todos los gremios, excepto Acuarïe, estaban sentados en un palco de honor junto a una lujosa tarima sobreelevada, donde se había colocado al jurado compuesto por hadas de todos los reinos, serias y circunspectas, anotando cada detalle de las participantes.

Laila las miró dubitativa desde la distancia. *¿Y* si en ese momento descubrían que era una nemhirie y no la dejaban participar? Agachó la cabeza disimuladamente y palpó los abultados bolsillos de su traje de cuero comprobando que todo estaba en orden.

Todo el mundo estaba pendiente de la llegada de Acuarïe. El sol Solandis brillaba en lo más alto del cielo, enorme y gigantesco, pero de pronto comenzó a caer una lluvia fina y persistente, y en las gradas se abrieron miles de sombrillas y paraguas al momento.

Laila miró al cielo despejado mientras el agua le empapaba los cabellos y se filtraba por su vestido de cuero. Aquello podía ser fatal, y volvió la cabeza hacia Nimphia con ansiedad.

Antes de que su amiga pudiese abrir la boca, el gremio de Acuarïe hizo su aparición en medio de la extraña tormenta, y la lluvia cesó tan rápido como había aparecido. Laila suspiró aliviada. Las sombrillas multicolores desaparecieron y al momento tronaron los aplausos en el público ante la espectacular presentación del gremio del agua.

Llegaron encapuchadas, ocultando los rostros, y permanecieron todas juntas sin

dirigirse a nadie mientras en el aire sonaban miles de clarines que se confundían con el griterío hasta formar una algarabía insoportable.

Por todos lados ondeaban banderas de Solarïe, aunque también había estandartes y pendones de todos los gremios, incluso un grupo de Solarïes portaba un enorme cartel celeste que rezaba: «¡Acuarïe, estamos con vosotras!».

Laila meneó la cabeza, asombrada al leer el mensaje de la banderola, pero al instante tuvo que prestar atención, pues desde las alturas una voz chillona y estridente comenzaba a presentar el concurso a todo el graderío.

—¡Bienvenidos todos a la centésimo segunda edición del Concurso Anual de los Cinco Gremios! ¡Bienvenido, pueblo de Solandis! ¡Bienvenidos, habitantes de todos los reinos de Ïalanthilïan! Les habla EdelwissedelanochedeNur, vuestra fiel comentarista, que os contará todos los detalles de tan importante evento.

Laila escuchó con incredulidad la voz de la pixi. ¡Cómo era posible que dejaran que una de aquellas libélulas humanas comentara la competición!

—Las pixis se pusieron muy pesadas —le aclaró Cyinder cuando ella se lo preguntó—. Amenazaron con boicotear el concurso si no se les daba un sitio de relevancia.

El griterío fue aminorando mientras la descabellada pixi comenzaba a nombrar con gran pomposidad al gremio Blanco.

—Albia, capitana de la ciudad de Tirennon —gritaba la voz por toda la explanada —, Alhiana… Biridde… Antion…

Luego resonó una tromba de aplausos atronadores mientras el jurado entregaba a Albia un enorme diamante blanco. El hada lo hizo desaparecer y al momento se encaminaron hacia una de las cinco paredes del pentágono creado con los muros de Solandis.

Los aplausos volvieron a decaer cuando todas escucharon la presentación del gremio de Lunarïe.

—Núctuna, capitana de Nictis, Caliope… Nandia… Casiopea… —exclamaba la comentarista a la vez que Núctuna recogía la gran piedra luna.

Muchos las vitorearon entusiasmados, y las cuatro hadas de Lunarïe se dirigieron hacia su parte del muro pentagonal sonriendo con superioridad. Después de unos minutos, mientras el estruendo de aplausos volvía a calmarse, la voz de Edelwisse pasó a presentar al gremio de Acuarïe.

—Mármara, capitana de la urbe sumergida de Cantáride —anunció con voz potente—, Antartia… Egea… Atlantia…

Y entonces las cuatro hadas del agua se quitaron sus capuchas dejándose ver por primera vez. Se hizo un silencio impresionante, y Laila contuvo el aliento, atemorizada. Llevaban unas siniestras máscaras translúcidas pegadas a la cara, por donde fluía el agua constantemente, dándoles un aterrador aspecto de maniquíes

muertos. Las cuatro amigas las miraron con pavor, al no poder descubrir sus rostros escondidos.

Las gradas permanecieron silenciosas y, de repente, la algarabía fue tremenda, llena de aplausos, mientras los Solarïes se estremecían ante tan impresionante novedad. Varios estandartes dorados cambiaron de color, tiñéndose de celeste.

Las de Acuarïe se dirigieron al jurado y recogieron una brillante aguamarina. Una de ellas, no se sabía quién, la guardó entre los pliegues de un vestido casi transparente por donde caían riachuelos de agua.

Enseguida se escuchó la voz de la pixi comentando lo ocurrido.

—¡Impresionante! —gritó en tono jocoso—. ¡Quién tuviese un vestido como el de ellas!… Y ahora, ¡el gremio de Airïe!

Comenzaron a sonar fuertes aplausos.

—Vinta, capitana de la ciudad flotante de Silveria, Arissa… Silfila… Nubibla…

Las de Airïe levantaron los brazos y saludaron al público, que vibró en vítores por aquella muestra de cordialidad.

Seguidamente tomaron la amatista y se marcharon hacia el pentágono dejando cuatro estelas en un vuelo rasante.

—¿Por qué somos las últimas? —preguntó Laila algo molesta.

—Por la deferencia que hace Solarïe hacia el resto de reinos —contestó Cyinder.

En el aire sonaron sus nombres: Cyinder, capitana de Solandis, Aurige… Nimphia… Laila… y la muchedumbre aplaudió más fuerte y atronadora que nunca. Miles de chispitas doradas cayeron desde el cielo flotando como copos de nieve sobre los espectadores, y las cuatro sonrieron al darse cuenta de que la gente de Solandis confiaba muchísimo en ellas.

—¡Me encanta esto! —gritó Cyinder mientras recogía el topacio y se lo entregaba a Laila, la cual lo guardó inmediatamente en un bolsillo de su traje negro.

Al momento se dirigieron hacia el muro del pentágono que les correspondía. Laila sentía su corazón palpitando violentamente. Jamás en su vida había vivido algo como aquello.

—Buena suerte —deseó Nimphia, y Aurige, que todavía arrastraba la cara de enfado, se permitió sonreír por fin al tiempo que el color le volvía a la cara.

De nuevo los gritos se fueron acallando hasta que se hizo el silencio. En el aire sonaron los clarines y trompetas. En el horizonte nacían los primeros rayos de Luthus, el segundo sol. La hora había llegado.

—¡Buena suerte a todas! —chilló la voz conmocionada de EdelwissedelanochedeNur por encima del gentío—. ¡Buena suerte, Solarïe!

Al momento, en medio del muro de luz apareció una pequeña cerradura brillante con forma de estrella de seis puntas. Las cuatro se miraron dubitativas. Laila sacó el topacio del bolsillo y luego tocó con él los bordes del agujero. No ocurrió nada.

—Demasiado sencillo —gruñó Aurige.

Nimphia abrió un pequeño bolsillo de su traje y extrajo su ganzúa electrónica, que inmediatamente introdujo a través de la estrella y comenzó a manipularla con cautela. El griterío creció a su alrededor, y Laila miró asustada a todos lados.

—Alguien ha entrado ya en el pentágono —dijo Cyinder observando atentamente —. Parece que son las del gremio Blanco. Son más habilidosas de lo que pensábamos.

Aurige veía maniobrar a Nimphia, que se movía con cuidado, mientras a ella se le crispaban las manos de ansiedad. Se produjo una fuerte ovación y miles de banderines celestes ondearon en las gradas.

—¡Acuarïe ha entrado! —anunció Cyinder al momento con preocupación.

Gotas de sudor caían por la cara de Nimphia mientras hacía girar el cilindro lleno de agujeros en busca de la posición correcta para que brillara la luz violeta. Pasaron los segundos y después los minutos. Otra vez miles de gritos rasgaron el aire.

—¡Lunarïe lo ha conseguido! —gritó Cyinder, frenética.

Las manos de Nimphia comenzaron a transpirar y el cilindro salió del agujero.

—¡Déjame a mí! —exclamó Aurige.

—¡No! —gritó el hada del aire—. Solo yo sé cómo funciona.

Volvió a introducir la ganzúa en la cerradura de estrella. Sus movimientos se volvieron lentos y desesperantes. Hasta Laila quería quitarle el cilindro de las manos. El griterío irrumpió de pronto anunciando que las de Airïe ya estaban dentro.

Nimphia movió negativamente la cabeza. Sudaba a mares y las manos le temblaban. De pronto, un leve halo violeta brilló en medio de la estrella y sin querer, llena de impaciencia, giró el cilindro con demasiada fuerza. Un potente chorro de luz salió a la vez que la ganzúa se rompía en dos pedazos. La muchacha miró el trozo de cilindro en sus manos con pena.

—¡No importa! —gritó Aurige entusiasmada mientras la puerta se abría ante ellas —. Ya tendrás tiempo para hacer otra.

El muro de luz les dejaba paso y las cuatro aprovecharon aquel breve momento para cruzar en medio de la algarabía atronadora en las gradas. Segundos después la pared se cerró a sus espaldas y el silencio se adueñó de todo dejándolas sordas durante unos instantes.

Un manto blanco hecho de nubes inundaba por completo el interior del pentágono. Las cuatro se miraron entre sí en medio de espesos jirones de niebla que las rodeaban.

—El gremio Blanco ha hecho este hechizo —dijo Aurige después de unos segundos—. Está claro que prefieren esconderse a dar la cara.

—No se ve nada —dijo Laila sintiendo un escalofrío.

Nimphia lanzó una ráfaga de viento intentando despejar la neblina, pero las

nubes, que se abrían en espirales unos segundos, volvían inmediatamente a cubrirlo todo.

—Seguiremos el plan —dijo después de darse por vencida—. Cyinder y yo nos marcharemos en busca de las blancas. Vosotras dos permaneceréis juntas mientras tratamos de conseguir su diamante. Suponemos que Lunarïe va a atacar a Airïe, así que no nos preocuparemos por ellas. Si veis a una Acuarïe esconderos en la niebla y tú, Aurige, defiende a Laila contra todo lo que se mueva, aunque seamos nosotras.

Aurige asintió.

—Lo conseguiremos —sonrió Cyinder antes de desaparecer en la neblina siguiendo a su compañera. Laila le correspondió con otra sonrisa dudosa que la Solarïe ya no pudo ver.

Se hizo un silencio sobrecogedor en mitad de un paisaje fantasmagórico, en el que las chicas creían ver sombras y movimientos por todos lados. Al cabo de un rato la niebla se hizo más espesa, y apenas pudieron dar más de un par de pasos en la distancia sin perderse la una de la otra.

—No te separes —le advirtió la lunarïe medio oculta en el manto blanco—. Caminaremos por el pentágono cerca de los muros de luz. Así no estaremos mucho tiempo en el mismo sitio.

Laila asintió con la cabeza mientras atravesaban los jirones de humedad y la niebla las rodeaba como si fuese a devorarlas. Después de un rato —que a la muchacha le parecieron siglos—, el borde de la pared de Solarïe cambió bruscamente de dirección. Habían llegado al final del muro.

—Esto es enorme —susurró Laila al darse cuenta de las proporciones de aquella estructura.

Aurige no le contestó. Seguía con la mirada fija en el manto de nubes. De pronto se llevó un dedo a los labios e indicó a Laila que guardase silencio. La muchacha se quedó quieta conteniendo el aliento. Pasaron unos segundos y entonces comenzaron a escuchar pasos chapoteantes que se acercaban.

—Acuarïe s —gesticuló Aurige, moviendo los labios sin pronunciar ni un susurro.

Permanecieron completamente inmóviles hasta que el sonido de las pisadas se alejó de ellas, desapareciendo en la niebla fantasmal. Su corazón había estado latiendo a un ritmo frenético, y poco a poco las pulsaciones volvieron a la normalidad.

De nuevo se pusieron a caminar pisando las volutas de niebla que se levantaban desde el suelo y se disipaban como serpientes, para volver a unirse en nuevos cúmulos de nubes húmedas y pegajosas.

Entonces las nubes parecieron disiparse ante su vista, arremolinándose en una tromba similar a las de un túnel de viento, mientras el aire comenzaba a ulular a su

alrededor en un torbellino gigantesco. En la borrosa distancia aparecieron tres estelas violáceas que cruzaban el túnel de nubes hacia ellas a gran velocidad.

—¡Airïes! —exclamó Aurige preparándose mientras empujaba a Laila detrás de ella—. Vamos a tratar de detenerlas.

—Pero no son objetos —dudó Laila viendo que las otras se les echaban encima, raudas como estrellas fugaces.

—¡No usan hechizos para volar! ¡No tienes que contrarrestar nada! —gritó Aurige extendiendo sus manos—. ¡Piensa en ellas como si fuesen piedras!

Laila lo intentó levantado sus manos al frente como en los entrenamientos, pero veía que las otras se acercaban muy deprisa. Además no eran piedras inertes, eran hadas, y su mente pugnó entre la idea de objetos sin vida y la de seres que sentían y respiraban igual que ella.

Aurige estaba absorta en su concentración y Laila vio cómo dos de ellas, Arissa y Nubibla, comenzaban a frenarse poco a poco en mitad del torbellino. Estaban ya cerca y pudo observar sus caras de sorpresa mientras la velocidad que llevaban disminuía. Entonces ella cerró los ojos con fuerza. Su mano estaba extendida hacia Silfila, olvidándose de sus sentimientos, olvidando que eran conocidas, y la tercera hada comenzó a ralentizar su vuelo.

Las Airïes lucharon ganando terreno, pero Aurige crispaba su mano dominando sus voluntades y las hadas del aire volaron cada vez más despacio con rostros incrédulos y contrariados.

—¿Puedes contenerlas a las tres? —le gritó la lunarïe.

Laila dudó un momento, pero luego afirmó con la cabeza intentando no perder la concentración, esforzándose mientras se le caían por la frente gotas de sudor.

Aurige abandonó su hechizo y las dos hadas casi quietas volvieron a ganar impulso hasta que de nuevo sintieron que alguien las obligaba a detenerse en el aire. Laila notó que las piernas le temblaban. De pronto ya no pudo sostenerlas más y las dos hadas dominadas antes por Aurige siguieron su vuelo, ahora rápido y descontrolado.

La lunarïe había ganado el tiempo que necesitaba y comenzó a musitar un cántico oscuro. Todo ocurrió en pocos segundos. De la nada, empezaron a tejerse hilos negros de seda frente a ellas a velocidad vertiginosa, hasta formar una gran telaraña donde impactaron las dos hadas como si fuesen mariposas gigantescas.

Las alas se les pegaron a los untuosos hilos y gritaron protestando, enredándose cada vez más. Laila seguía con la mano extendida frenando a Silfila hasta que la detuvo casi delante de ella. El hada de Airïe gritó llena de furia e inmediatamente trató de lanzar sobre Laila una ráfaga de nieve, dispuesta a congelarla.

—¡De eso nada! —exclamó Aurige mientras volvía a tomar el control de la situación y manejaba a Silfila igual que a un títere.

El hada se vio lanzada de improviso hacia la tela de araña junto a sus compañeras.

Laila bajó el brazo agotada por el esfuerzo y durante unos segundos solo pudo ver a las tres Airïes agitarse entre los hilos de seda vociferando maldiciones.

—Ha estado bien mi Telaraña de la Oscuridad, ¿verdad? —sonrió Aurige acercándose a ellas y comenzando a registrarlas.

—¡Pierdes el tiempo! —gritó Silfila enfadada haciendo esfuerzos por soltarse de la trampa—. Ninguna de nosotras lleva la amatista.

—Ya, ya —respondió Aurige socarrona—. Vamos, Laila, ayúdame.

La muchacha se acercó, pero pronto comprobaron que el hada del aire había dicho la verdad. Aurige dejó caer los hombros, desilusionada.

—Vamonos de aquí —le susurró a Laila—. El hechizo no tardará en dejar de hacer efecto y la telaraña desaparecerá. Cuanto más lejos estemos, mejor.

Salieron corriendo de allí, perdiéndose en la niebla, dejando atrás a las tres Airïes que gritaban para que las soltasen y prometían vengarse de ellas.

—¿Qué estarán haciendo Cyinder y Nimphia? —preguntó Laila con inquietud cuando se hizo de nuevo el silencio a su alrededor.

—Lo que yo me pregunto es otra cosa —dijo Aurige sombría—. Si no han atacado a Airïe, ¿dónde están las de Lunarïe?

Sus dos amigas no estaban muy lejos. Habían caminado sin parar durante mucho tiempo, pero no conseguían llegar a ninguna parte.

—Creo que estamos andando en círculos —dijo Cyinder, desalentada por no haber encontrado aún a nadie contra quién enfrentarse—. ¿No sería mejor que nos separásemos? Así aumentaríamos las posibilidades…

—Espera —musitó su amiga de repente.

El ambiente se volvió más frío y húmedo aún.

—¿Airïes? —preguntó Cyinder mirando a todos lados.

—No. Acuarïe s. Vienen hacia aquí.

Las dos muchachas se desviaron de la trayectoria que llevaban mientras Nimphia escuchaba atentamente los sonidos inaudibles e indicaba cuánto tenían que separarse para no ser descubiertas.

—Son dos—dijo Nimphia—, pero parece que arrastran algo.

Permanecieron quietas y silenciosas, y al rato, de entre la niebla, surgieron dos figuras grisáceas con los rostros ocultos tras las fantasmales máscaras. No parecieron advertir la presencia de las dos, pues se dirigían invariablemente hacia algún lugar concreto. Cyinder se dio cuenta de que lo que arrastraban era el cuerpo desvanecido de un hada blanca como la nieve.

—¿Qué irán a hacer con ella? —susurró la Solarïe asustada, cuando las sombras se difuminaron a pocos metros.

—Vamos a seguirlas —propuso Nimphia con los ojos brillantes—. Así descubriremos qué es lo que traman.

Cyinder asintió y las dos avanzaron tras el rastro de los últimos jirones serpenteantes de niebla, que se desparramaban alrededor del cuerpo del hada del gremio Blanco.

—Esto no me gusta nada —dijo Aurige, moviendo las alas para que no se le enfriasen. Llegaron al segundo recodo de los muros de luz—. Se supone que las de Lunarïe tenían que acosar a las de Airïe. Si no es así, ¿dónde están?

—Quizás se hayan decidido al final por el gremio Blanco —susurró Laila.

—No lo creo —negó la lunarïe —. Presiento que están más cerca de lo que creemos.

Siguieron adelante mientras a pocos metros, en silencio, cuatro sombras oscuras las seguían estrechando el cerco.

Escondida en la niebla, Núctuna torció sus labios en una sonrisa desagradable. Odiaba profundamente a Aurige y despreciaba a la nemhirie de cabellos verdes. Dentro de su plan perfecto, lo único que lamentaba era no tener la oportunidad de atacar a Cyinder, que había tenido la osadía de levantarle la voz a su madre, la duquesa Geminia.

Su plan había sido desde el principio acosar al gremio Blanco. Sin duda eran las más fáciles de vencer. Pero también pretendía, por supuesto, humillar a las de Solarïe. Las azuzaron contra las blancas guardándose muy bien de contarles la parte final del plan. Cuando los tres gremios se encontrasen, Núctuna no tenía dudas sobre quiénes serían las vencedoras, y así, en el último momento, Lunarïe se alzaría con tres piedras: el diamante, el topacio y la piedra luna. Nunca se habría visto una victoria tan aplastante.

Solo que Acuarïe se les había adelantado.

Cuando las del gremio oscuro vieron lo que les estaba ocurriendo a las blancas decidieron que era mejor no intervenir, y se alejaron silenciosamente, perdiéndose en la niebla sin querer mirar atrás.

Cyinder y Nimphia presentían que estaban llegando a su meta. Cada vez les resultaba más difícil mantener las distancias sin ser descubiertas. Caminaron juntas más despacio. Nimphia seguía escuchando atentamente los cambios de volumen en el aire a escasos pasos por delante de ellas.

—Nos acercamos a un muro —susurró.

De pronto la niebla comenzó a disiparse lentamente y Cyinder se sobresaltó ante la escena que se abría ante sus ojos.

Tres hadas blancas yacían tiradas como muñecas de trapo junto a una pared de luz. Sus caras, ya pálidas de por sí, presentaban un aspecto macilento y mortecino, como el color de un pergamino amarillento, seco y arrugado. Las Acuarïes estaban agachadas alrededor de la cuarta, que Cyinder reconoció como Biridde, con las manos adheridas sobre su cuerpo como si fuesen sanguijuelas, mientras la muchacha, todavía con los ojos abiertos, expresaba una mueca de terror inenarrable.

La escena era grotesca, y la Solarïe intuyó que allí estaba ocurriendo algo horrible.

—¡Eh! ¡Qué estáis haciendo! —gritó dando un paso hacia ellas mientras en su mano aparecía una violenta bola de luz amarilla.

Las cuatro giraron sus caras horrendas hacia ella al unísono y la miraron sorprendidas. Una de las cuatro pareció considerar el peligro que suponía la radiante esfera en la mano de la Solarïe y de repente se puso en pie, alzando hacia las alturas una piedra en cada mano escamosa: una aguamarina y un diamante blanco y puro.

Al momento el aire se llenó de clarines y el muro de luz detrás de los cuerpos marchitos de las hadas blancas se abrió, dejando entrar un soplo de viento que dispersó los jirones de nubes. Las cuatro acuarïes salieron del pentágono inmediatamente y Cyinder escuchó el griterío en las gradas y a la gente de Solandis vitoreando enardecida al gremio del agua. La pared de luz volvió a su sitio y el silencio fue tan brutal que retumbó en sus oídos formando ecos atronadores.

Corrió hacia las del gremio Blanco seguida por Nimphia y se arrodilló junto a ellas buscando un latido en sus cuellos que indicase que estaban vivas.

—¡Aún respiran! —exclamó aliviada.

—Sí, pero por poco tiempo —respondió Nimphia después de inspeccionarlas—. Les han succionado casi toda el agua del cuerpo. Si no las curan pronto, van a morir.

Cyinder miró a su amiga, horrorizada, y luego se levantó y comenzó a golpear los muros de luz frenéticamente pidiendo socorro.

—¿Oíste eso? —dijo Aurige levantando la cabeza en medio de la niebla cuando sonaron los clarines.

—Sí —susurró Laila—. ¿Qué significa?

—Que un gremio ha ganado ya —contestó Aurige—. No podemos perder el tiempo. Solo quedamos tres equipos y en cualquier momento podrían anunciar al segundo ganador.

Siguieron caminando en silencio, nerviosas, mientras se preguntaban qué les estaría ocurriendo a sus amigas. ¿Por qué no daban señales de vida?

De pronto Aurige se detuvo en seco y aguzó el oído mirando hacia el manto blanco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laila asustada.

—Cyinder —dijo la lunarïe —. ¡Está pidiendo socorro!

—Yo no oigo nada…

—¡Tengo que ir! —exclamó Aurige con el rostro descompuesto por la preocupación—. Algo les está ocurriendo.

—Espérame, voy contigo —suplicó Laila mientras veía cómo aleteaban las alas de su amiga.

—No hay tiempo —contestó Aurige—. Quédate aquí junto al muro y no te muevas. Yo volveré enseguida. ¡No te muevas!

Y al momento voló hacia la neblina perdiéndose en ella. Laila se quedó sola en medio de aquel desierto blanco. De repente escuchó un gemido y luego un golpe seco de alguien que caía al suelo.

—A… ¿Aurige? —susurró a la vez que daba un paso inconscientemente hacia el interior del pentágono.

No hubo respuesta. Avanzó con cuidado entre la niebla y entonces vio una figura alta y oscura que miraba a otra forma caída sobre el suelo.

—¿Aurige? —la volvió a llamar, dudando.

La sombra se giró hacia ella y entre los jirones blancos apareció la figura de su amiga. La miraba con un extraño brillo en los ojos.

—Dame la piedra, nemhirie —le dijo con fiereza avanzando hacia ella.

—¿Por qué? —balbuceó Laila, que ya se había metido la mano en el bolsillo obedeciendo su imperiosa orden automáticamente.

—¡Vamos, dámela! —exigió—. Núctuna y las otras están rondando por aquí. Casi me atrapan, pero he podido librarme de una de ellas. ¡Dámela! Yo la pondré a salvo.

Laila la miró atónita y asustada por su cambio de carácter tan repentino.

—¿Y Cyinder y Nimphia?

—Están bien —dijo la lunarïe ya a su lado—. Vamos, nemhirie. Sabes que tú no puedes defender el topacio igual que yo. El gremio de Lunarïe es muy peligroso y son capaces de todo por conseguirlo.

La muchacha la contempló asombrada. No parecía Aurige a pesar de que siempre le había hablado de esa misma manera tan fría y cortante. Sus ojos brillaban furiosos, llenos de odio y de desprecio, y sus alas, oscuras y perfectas, aleteaban a la par dispersando la neblina.

Laila volvió a mirar sus alas, incrédula.

—¿Me vas a dar la piedra o la tengo que coger por la fuerza? —decía en ese momento la lunarïe.

—Está en mi pantalón —contestó Laila mientras el corazón comenzaba a latirle con violencia—. Cógela tú misma. Si Núctuna está por aquí necesito preparar mi hechizo de rocas ardientes y tengo que tener las dos manos libres.

Aurige sonrió y en sus ojos brilló una luz intensa. Se acercó a Laila y metió su mano en el abultado bolsillo.

Al momento un alarido de dolor atravesó su garganta y resonó por todos los rincones del pentágono de luz. Miró a Laila incrédula, con la cara deformada por la agonía, mientras sacaba una mano contraída llena de brillantes granos de sal.

Sus facciones se desdibujaron lentamente como si la cara se le estuviese borrando y cayó al suelo chillando horrorizada, mirándose el brazo agarrotado y la mano crispada donde comenzaban a formarse llagas y quemaduras. La cara de la lunarïe fue transformándose poco a poco en la de su peor rival: Núctuna.

Laila la miró sin asombrarse, con una expresión que no demostraba ninguna piedad, mientras la chica chillaba y pataleaba de dolor. Entonces se agachó junto a ella y rebuscó por todos los rincones de su oscuro traje hasta que su mano encontró lo que buscaba. Sus dedos se cerraron en torno a la gran piedra luna y la sacó violentamente del bolsillo donde estaba escondida.

—Deberías tener cuidado con los perros nemhiries —le susurró al oído con una enorme sonrisa—. Nuestras mordeduras son muy peligrosas.

Y entonces se levantó despacio, triunfante, alzando el topacio y la piedra luna por encima de su cabeza. Al momento sonaron miles de clarines y los muros de luz desaparecieron a la vez que la niebla se evaporaba bajo el resplandor de los grandes soles, Solandis, Luthus y Qentris. Los soles brillaron con enorme intensidad sobre su cabeza y miles de fuegos artificiales explotaron en el firmamento, pero ella solo se daba cuenta de una cosa: el colosal griterío de la muchedumbre mientras la ciudad de Solandis caía rendida a sus pies aclamando su nombre.

13
La Torre de Cálime

Después de aquello fue casi imposible para las cuatro salir de allí y escapar a su cuartel general. Los dorados campos de flores fueron invadidos por una muchedumbre de solarïes que querían ver de cerca, abrazar y jalear a sus campeonas, gritando y vitoreándolas mientras el aire se llenaba de estrellas y fuegos artificiales.

Cyinder y Nimphia consiguieron llegar hasta Aurige, que comenzaba a levantarse del suelo frotándose la frente después del violento ataque de Núctuna, y las tres localizaron a Laila que aún llevaba las dos grandes gemas en sus manos y estaba extasiada de felicidad.

Varias sanadoras se habían encargado de inmediato de las hadas del gremio Blanco, y transportaban en el aire sus cuerpos desvanecidos hacia unas grandes carpas, en medio de la avalancha de público que bajaba desde las gradas hacia el extinto pentágono.

Las tres amigas corrieron hacia la muchacha empujando y apartando a los grupos de hadas que ya se arremolinaban a su alrededor, pero en cuanto las reconocieron fue peor aún, pues algunos las intentaban alzar a hombros y llevarlas por todos los campos en dirección a Solandis mientras otros extendían sus manos hacia ellas tres, las aclamaban y les pedían autógrafos de luz.

En un momento de confusión pudieron desprenderse de los brazos que les sujetaban y consiguieron escapar, corriendo agachadas por entre el gentío hasta llegar a donde estaba Laila. Cyinder y Nimphia tiraron de sus piernas hacia abajo y la muchacha se vio arrastrada por el suelo de repente, entre cientos de cuerpos que se apretaban pugnando por llegar hasta ella, tocarla y conseguir algún recuerdo.

—¡Vamonos de aquí! —gritó Aurige intentando hacerse oír entre la multitud.

—Pero, ¿por qué? —gritó Laila, que no quería perder su momento de gloria.

—¡Nos van a matar de adoración! —dijo Cyinder con una gran sonrisa—. ¡Huyamos a nuestro escondite!

Laila miró a todos lados con gran desilusión, por entre los miles de vestidos y piernas que seguían empujándose y gritando de entusiasmo, y luego corrió detrás de las otras a través de la marea de hadas hacia el Mustang solitario entre las columnas de coches. Nimphia lo hizo bajar rápidamente y se subieron de un salto. Aurige lo puso en marcha e hizo rugir el motor.

—¡Allá van! —señaló alguien gritando más fuerte aún que las voces estruendosas de la pixi EdelwissedelanochedeNur, que parecía haber entrado en frenesí chillando sus nombres una y otra vez.

De inmediato la muchedumbre se lanzó en su persecución, y Aurige apretó el acelerador a fondo, volando directamente hacia la ciudad, mientras miles de coches

iniciaban una caravana disparatada, tocando sus bocinas y encendiendo las luces que nunca habían utilizado antes.

Las cuatro subieron por la gran avenida de Qentris y Aurige torció a la izquierda haciendo chirriar los neumáticos hacia la avenida de Luthus Azul. Las persiguieron intentando acorralarlas y entonces la lunarïe giró a la derecha y otra vez a la derecha mientras bajaba ya por calles cada vez más estrechas y grises. Parecía imposible despistarles, pero poco a poco los ánimos de sus perseguidores parecieron decaer conforme más se adentraban por los barrios en ruinas. Mucho antes de llegar al cuartel general ya se habían quedado solas, y únicamente el estruendo de los fuegos artificiales en el cielo les decía que la fiesta en Solandis no había hecho más que comenzar.

—¡Qué exageradas! —exclamó Nimphia cuando llegaron al despacho y se recostó agotada en uno de los mullidos sillones—. ¡Parece que hayamos ganado ya el Grano de las Arenas!

—¡Ha sido increíble! —dijo Cyinder, y luego se dirigió a Laila en particular, felicitándola—. Y todo gracias a ti.

Laila se sonrojó y luego miró a Aurige, que permanecía seria con los ojos entrecerrados. La lunarïe notó su mirada y sonrió un poquito.

—De acuerdo —dijo por fin con los ojos brillantes—. Reconozco que lo has hecho muy bien, nemhirie, pero hay un par de cosas que me gustaría saber.

Laila suspiró satisfecha y se relajó en su sillón.

—La primera es sobre la idea de la sal —siguió la morena—. ¿Por qué nos la ocultaste?

Laila miró a Nimphia suplicante.

—Ella creyó que pensaríais que no era buena idea, que iba a ser un error —habló la de Airïe en su favor—. No le has dado nunca ni una oportunidad, lunarïe. Quería demostrar que podía hacer cosas por sí misma aunque fuese una nemhirie y no supiese hacer grandes hechizos.

—Además, no lo tenía previsto como método para conseguir la gema —dijo Laila, ya animada—, sino como última defensa en caso de que no quedase nadie…

—¡Es decir, en caso de que yo fallase! —se enfadó Aurige.

—¿Lo ves? —habló Nimphia—. Sabíamos que ibas a buscarle tres pies al gato, y que te lo ibas a tomar de esta manera. Solo fue una idea sencilla, sin mala intención, pero estaba claro que de una forma u otra te ibas a enfadar.

Aurige gruñó. Sin embargo, el enfado desapareció en cuanto Laila puso las dos grandes gemas sobre la mesa y al final acabó por sonreír de nuevo.

—Está bien. Reconozco que fue una buena idea.

—¿Solo buena? —dijo Nimphia.

Aurige la miró.

—Muy buena idea, ¿vale? —dijo por fin accediendo.

—¡Ha sido genial! —gritó Cyinder entusiasmada—. Lástima que no podamos celebrarlo con un banquete en *Deseos de Nur.*

De repente Laila sintió hambre, y se le hizo la boca agua al pensar en los increíbles dulces que había en su cafetería favorita. Cyinder y Nimphia parecieron tener la misma idea y todas miraron a Aurige con ojos suplicantes.

—No —negó la morena—. No podemos salir de aquí. Si nos descubren nos seguirán a nuestro escondite y pronto tendremos el edificio lleno de chifladas gritando, y ya nunca más podremos disfrutar de la tranquilidad.

Todas se recostaron abatidas mientras las imágenes de los suculentos pasteles se esfumaban.

—¿Por qué no los hacéis vosotras? —preguntó Laila.

—Ya te hemos dicho miles de veces que no somos shilayas —contestó Cyinder —. No vamos por ahí cumpliendo deseos bonitos o haciendo felices a los nemhiries…

—¿Y solo por una vez? —insistió Laila suplicante—. ¿Solo una vez pequeñita? No se lo diré a nadie, lo prometo.

Cyinder la miró enfadada, pero al ver sus ojos tuvo que echarse a reír.

—¡Oh, está bien! —dijo más alegre de lo habitual—. Pero solo por ti, ¿eh? Que nadie piense que esto me gusta.

Y movió los dedos en el aire como si estuviese tocando un piano invisible. Al momento docenas de dulces y golosinas se amontonaron alrededor del topacio y la piedra luna. Había pasteles de todas las formas y tamaños, volcanes, trufas de limón, tartas con alas, batidos de margaritas, hojas de azúcar y canela tostada, caramelos de todos los sabores, bizcochos cubiertos de flores… Laila se quedó completamente extasiada ante aquel verdadero regalo de las hadas.

—¡Maravilloso! —exclamó asombrada.

—Has prometido que jamás lo contarías, ¿vale? —repitió Cyinder.

Laila asintió mientras cogía un espectacular bizcocho azul con lentejuelas. Aurige puso cara de enfado ante lo sucedido, aunque sin que nadie se diera cuenta, cambió el reguero de fresa de un volcán por lava de chocolate y lo devoró con gran satisfacción.

A pesar de que había muchos dulces, fueron capaces de acabar con casi todos, y después del increíble y proscrito banquete todas se sintieron aún mejor. Aurige cogió las dos brillantes piedras mirando a Laila.

—La segunda cosa que quería saber es: ¿cómo supiste que era Núctuna y no yo?

Laila tragó saliva. Sabía que su amiga se iba a molestar otra vez.

—Por las alas —aclaró después de unos segundos—. Ella no tenía tu cicatriz en la derecha. Aurige asintió con un rastro de furia.

—¡Maldito monstruo! —exclamó rabiosa—. Si alguna vez volvemos a

encontrarnos con él, juro que lo mataré con mis propias manos.

—¡Pero si es mejor así! —intentó animarla Cyinder—. Nadie en todo Faerie tiene unas alas como las tuyas.

La lunarïe meneó la cabeza disgustada.

—Los solarïes seríais capaces de mutilaros con tal de ser diferentes a los demás —le espetó con dureza.

Cyinder agachó la cabeza. Aquello le había dolido de verdad.

—No te pongas así, lunarïe —le regañó Nimphia molesta—. Es increíble que en el día más glorioso de Las Coleccionistas, nos estemos peleando entre nosotras.

Aurige permaneció en silencio, avergonzada.

—A mí también me gustan más tus alas así —dijo Laila—. Y creo que hemos ganado gracias a ellas.

La morena levantó la vista y se quedó unos momentos mirándolas.

—Lo siento —le dijo a Cyinder con gran esfuerzo.

Entonces hizo algo increíble: las abrazó a las tres y sus amigas se quedaron rígidas durante unos segundos sin saber qué hacer por la sorpresa. De repente las invadió una enorme sensación de camaradería, y todas se pusieron a reír y a gritar de emoción.

—¡Vaya paliza les hemos dado! —exclamó Cyinder, incapaz de guardar rencor ni tres segundos.

—¡No os podéis imaginar la cara de Núctuna cuando intentó quitarme el topacio! —añadió Laila fuera de sí, recordando la escena.

—¡Me hubiese encantado estar allí! —gritó Nimphia—. ¡Creo que yo misma le hubiese echado sal en la cara con mis propias manos!

—Se lo merece, por haberme golpeado —dijo Aurige con una sonrisa feroz.

—Ahora te odiará a muerte, Laila —dijo Nimphia—. No vas a poder ir a Nictis ni en tus sueños.

Laila rió y Cyinder agitó las manos en el aire. Miles de papelillos dorados cayeron desde el techo inundando los suelos.

—Te veo dentro de poco viviendo en las Montañas Shilayas —exclamó Nimphia riendo.

La rubia soltó una carcajada y al instante cambió su vestido de cuero por un traje de oro con velos y gasas, una varita mágica y un sombrero en forma de cono del que caía un pequeño tul. Laila se quedó de piedra ante la visión de Cyinder como hada de sus cuentos.

—¡Oh, dulce mortal! —susurró ella poniendo cara de tragedia mientras agitaba la varita mágica—. ¿Qué deseas que haga por ti?

Nimphia y Aurige estallaron en carcajadas viendo la actuación de su amiga y la expresión de asombro de la muchacha. Al momento la rubia volvió a aparecer con su

traje de ladrona.

—Seamos serias, por favor —quiso poner orden al griterío.

Todas trataron de recuperar la calma mientras Nimphia seguía riéndose bajito de vez en cuando.

—Hay una cosa que os tenemos que contar —dijo Cyinder con tono grave cuando recuperaron la compostura.

A Nimphia se le ensombreció el rostro al darse cuenta de que lo que su amiga iba a contar. Laila y Aurige dejaron de sonreír y miraron a la solarïe con atención.

Entonces les narró lo que habían visto ella y Nimphia cuando persiguieron a las acuarïes a través de la neblina, y cómo habían succionado el agua de los cuerpos de las hadas blancas hasta dejarlas como pergaminos secos al borde de la muerte. Los ojos de Laila se abrieron como platos.

—Es horrible —susurró atemorizada, tratando de imaginar la escena de las hadas cubiertas con sus máscaras de muñecas muertas y sus manos pegajosas, adheridas como ventosas a la piel de las del gremio Blanco.

—No importa —dijo Aurige con una mueca de desdén—. Ahora ya conocemos su ataque más peligroso, y sin embargo tienen muchos defectos en contra. No son capaces de detectar los sonidos en el aire como hace Nimphia, así que si no nos ven, podremos pasar por su lado y tomarles ventaja.

—Y el calor les atemoriza —recordó Cyinder cuando ella les amenazó con su esfera de luz.

—Mejor aún.

—Pero son muy buenas —objetó Nimphia—. Nadie las ha vencido nunca desde hace decenios.

—Quizás este año se lleven una gran sorpresa —sonrió Laila intentando animar el ambiente cada vez más decaído.

—De todas maneras, nos esperan en la academia en cuanto Cálime comience a atardecer —señaló Cyinder—. Podremos preguntar a Popea todas las dudas que tengamos antes de mañana.

—¿Vamos a poder llegar hasta allí sin que nadie nos vea? —preguntó Laila pensando en las multitudes que recorrían las calles de Solandis festejando su victoria.

Cyinder y Nimphia se miraron dudosas.

—Si nos vamos ya, podremos recorrer toda la periferia viajando hasta el norte de la ciudad, y después bajar sin problemas hacia el este, hasta la escuela —explicó Aurige.

Todas pusieron mala cara al pensar que tenían que abandonar su refugio y su momento de tranquilidad, pero se fueron poniendo en pie lentamente. Al final salieron del despacho protestando, y Aurige condujo dando un enorme rodeo por todo Solandis, intentando evitar cualquier calle habitada y luminosa.

La periferia de la ciudad era igual por todas partes. También en el norte los antiguos palacios y mansiones se caían a pedazos entre ruinas y escombros, sin un alma viviente que morase por aquellos parajes. La travesía les llevó mucho tiempo a través de las siniestras y retorcidas callejuelas, pero cuando consiguieron llegar hasta la plaza de la academia, vieron con terror que cientos de estudiantes las estaban esperando, la mayoría vestidos con camisetas donde se reflejaban sus efigies, y toda la plaza estaba llena de carteles y banderas con sus nombres. Muchos llevaban pelucas verdes sobre los dorados cabellos, pues ninguno de ellos, a pesar de adorar a Laila, había sido capaz de teñirse los pelos de ese color.

En cuanto las vieron aparecer comenzaron a aplaudir y a aclamarlas, y rodearon el Mustang hasta que a Aurige le fue imposible maniobrar un palmo más. Aiyo y Calantra se arrojaron sobre ellas como si fuesen sus mejores amigos y las sacaron en volandas del coche mientras cientos de alumnos, antiguos y noveles, gritaban al aire y las acompañaban a empujones hacia el interior del edificio.

Dentro del colegio les esperaba la profesora Popea, que las recibió con lágrimas de emoción y todos los honores de los que fue capaz, pronunciando uno de sus impresionantes discursos que apenas podía declamar debido a los continuos hipitos y a los inagotables aplausos de los alumnos.

Cuando la algarabía se silenció y todos quedaron satisfechos de aplaudirlas y vitorearlas, Nimphia pidió a la profesora que les contase lo que todos habían podido seguir desde las afueras del pentágono, y qué había ocurrido con las participantes del gremio Blanco. La cara de la profesora se ensombreció.

—Casi nadie pudo ver lo que ocurría —contestó con voz grave—. El hechizo de niebla impidió a la gente saber lo que estaba pasando, y todo el mundo se enfadó. Se escucharon muchas voces de protesta y amenazas de bajar al pentágono y hacerlo desaparecer, pero entonces la pixi comentarista comenzó a inventarse cosas y la gente empezó a creerse lo que estaba contando. Los profesores y los alumnos que estábamos cerca apenas veíamos sombras que se desvanecían, y a vosotras dos —les dijo a Laila y a Aurige—, caminando a lo largo del muro. Claro, que la gente gritaba a rabiar cuando aquella loca contaba que estabais luchando contra una horda de nagas enviadas por Lunarïe —se rió bajito—, o cuando Cyinder fulminó a una mantícora que estaba a punto de matar a Nimphia.

—¿A mí, una mantícora? —exclamó la airïe incrédula.

—Desde luego que no —susurró Aurige camuflando la risa—. Si acaso te la habrías quedado como mascota.

—Los profesores y el jurado nos dimos cuenta de que las del gremio Blanco casi al completo estaban sentadas contra la pared y que Cyinder golpeaba los muros de luz —siguió la profesora—, pero solo cuando terminó el concurso comprendimos lo que de verdad había ocurrido. Las blancas están ya en Lunarïe, pero no sabemos si van a

poder recuperarse.

—¿No van a descalificar al gremio de Acuarïe? —preguntó Cyinder mientras Laila escuchaba atemorizada todas las explicaciones.

—No. No han quebrantado ninguna norma y no han matado a nadie —dijo la profesora con el rostro muy serio.

—Todavía —exclamó Aurige enfadada.

Muchos asintieron con sus palabras, contrariados por la tenebrosa victoria del gremio del agua. Popea movió la cabeza indicando que estaba completamente de acuerdo con ella, pero que el jurado no podía hacer nada al respecto.

—De todas maneras, todos esperamos que les deis su merecido —les sonrió de nuevo y toda la escuela irrumpió en aplausos.

—¿Qué nos podría contar sobre la Torre de Cálime, profesora Popea? —interrumpió Cyinder en voz alta en medio del estruendo.

Todos los alumnos volvieron sus caras hacia la maestra, expectantes por oír sus palabras. La profesora tosió algo azorada.

—Ejem… eh… Bien. De esta torre no se conoce mucho en particular —explicó intentando acordarse de las historias y rumores que circulaban sobre ella—. Se sabe que antaño fue la torre prisión de Solandis durante las Guerras Faéricas, pero todo eso lo podéis encontrar en los volúmenes de Historia de Ïalanthilïan o en la Biblioteca Blanca. De todos modos, una leyenda sí es bien sabida: nadie ha podido salir de ella, pero tampoco nadie puede entrar.

—¿Y cómo lo haremos nosotras? —preguntó Nimphia, recordando su ganzúa rota con gran tristeza.

—En las puertas de la Torre hay una cerradura especial —siguió la profesora mientras las cuatro se miraban con complicidad—. En ella se colocaban antiguamente cinco gemas especiales de gran poder, hoy ya desaparecidas, y las puertas se abrían para dar paso a los prisioneros, que nunca más volvían a salir de aquellos muros. Todo eso lo podéis leer en el Tratado sobre Cerraduras y Llaves del Gremio de Solarïe. En esta ocasión, usaremos las cinco gemas estandarte, que guardan en su interior suficiente poder para volver a abrir la Torre de Cálime. Al menos eso creemos.

—¿Y por qué nadie lo había hecho antes? —preguntó Laila.

La profesora la miró triunfante, deseando responder a su cuestión con un gran golpe de efecto. —Porque durante milenios nunca hemos tenido con nosotros la gema de Acuarïe, hasta hoy —dijo con voz imponente y luego hizo una pausa—. Sin una quinta gema las puertas no pueden abrirse, y tampoco ha habido nunca ningún motivo para entrar en ella durante todo ese tiempo.

—Hasta ahora —susurró Cyinder al oído de Laila con una sonrisa.

—Tenemos que investigar la historia de la Torre —le respondió ella en voz baja.

—Mañana, cuando Cálime esté en su cénit —siguió la profesora—, usaremos las cinco gemas, dos de las cuales las tenéis vosotras, una el gremio de Airïe y dos las de Acuarïe, y las puertas se abrirán. Después de eso, todo lo que nos contéis sobre lo que hayáis visto allí dentro se escribirá en los libros de Historia.

Todos los alumnos se quedaron impresionados ante sus grandiosas palabras y volvieron a aplaudir llenos de emoción. La profesora Popea dio por finalizada aquella breve jornada y les deseó toda la suerte del mundo. Después el gremio celebró una gran fiesta de homenaje en honor de las cuatro hasta el atardecer de Nur y no cesaron las aclamaciones hasta que pudieron escabullirse, muertas de cansancio, a su cuartel escondido.

❧ ❧ ❧

Despertaron cuando Luthus estaba ya muy alto sobre el horizonte y Qentris comenzaba a amanecer. Nimphia dio un grito de asombro al descubrir lo tarde que era y de inmediato se puso a preparar y seleccionar los múltiples artefactos que había ideado, colocando en pequeñas mochilas unos visores espectrales para la oscuridad, las cuerdas de nudos instantáneos, guantes de piel de gato modificado para trepar por las paredes, y diversas llaves y palancas de las formas más extrañas. Cogió el trozo partido de su ganzúa y lo desechó a un lado con pena.

Cyinder creó un estupendo desayuno, ahora que le había cogido el gusto a eso de ser shilaya a escondidas.

—¿Crees que podrás hacerte invisible por completo? —le preguntó Nimphia a Laila dando un bocado a un pastel con alas.

—Lo intentaré —respondió ella, decidida a poner todo su empeño.

—Pues lo tienes que conseguir como sea —habló Aurige mientras desayunaba—. Tenemos que lograr ventaja suficiente sobre las acuarïes para localizar el Grano.

Laila asentía con cada palabra.

—¿Y qué dice tu libro sobre la historia de la torre? —le preguntó a Cyinder.

La rubia fue a su habitación a buscarlo y regresó al momento con un gran tomo dorado lleno de páginas envejecidas. Abrió el libro por el índice y se puso a leerlo.

—A ver… —buscó pasando su dedo por las líneas—, sí, aquí está: Torre de Cálime.

Leyó atentamente en silencio y luego miró incrédula a sus amigas.

—Solo pone lo mismo que nos explicó Popea —dijo con cara de extrañeza—: «La Torre de Cálime fue en otro tiempo el edificio prisión de Solandis durante las Guerras Faéricas» —leyó—. «Nadie puede salir de ella y nadie puede entrar».

—¿Por qué nadie puede entrar? —preguntó Laila—. Entiendo que al ser una prisión, no dejen salir a los prisioneros, pero, ¿por qué nadie puede entrar en ella?

Sus tres amigas pusieron caras de desconocer la respuesta, como si nunca se

hubiesen hecho semejante pregunta.

—Busca «Guerras Faéricas» —susurró Aurige.

Cyinder volvió al índice y repasó con su dedo todo el contenido. Luego negó con la cabeza.

—No viene nada sobre las Guerras Faéricas.

—¡Cómo que no…! —exclamó Aurige extrañada, quitándole el volumen de las manos.

Pasó las páginas y capítulos a gran velocidad, pero al final puso cara de confundida mientras cerraba el gran libro.

—Es decir —resumió Laila—, que hace mucho tiempo hubo una guerra en Faerie pero no sabéis contra quién ni por qué.

—No lo pone en los libros —dijo la morena, molesta.

—Pero la hubo —recalcó Laila levantando las cejas.

Cyinder volvió a coger el libro y miró la cubierta.

—«Nueva Historia de Faerie» —leyó como si nunca se hubiese fijado en el título.

—¿Y la «Vieja Historia de Faerie»? —inquirió Laila con ojos brillantes—. ¿Es que no hay «Vieja Historia»?

Las tres la miraron dudosas.

—Esto es muy extraño —dijo la muchacha—. No comprendo cómo se olvidan de escribir en un libro de Historia algo tan importante como una guerra entre hadas.

—Quizás no hay interés en que se recuerde —comentó Nimphia—. Olvidas que somos un mundo pacífico. Quizás la guerra fue algo vergonzoso y quieren evitar que nos acordemos de ella.

—¿Y entonces no sabremos qué tipo de prisioneros se encerraban allí para nunca más salir? —preguntó Laila—. Algo grave tuvieron que hacer para merecerse ese castigo…

Las tres permanecieron silenciosas intentando rebuscar en sus memorias inútilmente.

—Tal vez fueron gentes del reino perdido de Firïe —fantaseó Cyinder mientras abría de nuevo su enigmático libro—. No se sabe nada de ellos, ni aquí se menciona nada sobre las Piedras de Fine…

Una misma idea se iba abriendo paso en sus mentes. De repente, la Torre de Cálime parecía encerrar muchas más posibilidades que un simple concurso.

—¿Y si estuviesen allí dentro? —susurró Nimphia con emoción el mismo pensamiento que les rondaba a todas.

—No puede ser —exclamó Aurige con los ojos brillantes—. Tanto tiempo buscándolas… Es imposible que ahora puedan estar aquí mismo, en Solarïe.

Sin embargo, a pesar de la incredulidad, la idea era demasiado tentadora como para no dejarse llevar por ella. ¡Las Piedras de Firïe escondidas en la torre! No podía

haber un sitio mejor. De pronto no existía otra cosa que esas piedras y las cuatro fueron incapaces de pensar en otro motivo para querer ir a la torre, ni siquiera el Grano de las Arenas de Solarïe.

—¡Por eso nadie puede entrar! —exclamó Cyinder radiante—. ¡Allí dentro había algo más que prisioneros!

La emoción las embargó ante su inesperado descubrimiento y todas se pusieron en pie como si les hubiese entrado una prisa frenética por salir del cuartel general. Nimphia repartió las pequeñas mochilas y sin esperar ni un minuto más salieron del edificio secreto, directamente hacia los dominios de la torre.

Se internaron por el barrio oeste caminando deprisa, recorriendo las siniestras calles como si el concurso estuviese a punto de empezar y llegasen tarde. Cuando alcanzaron la enorme explanada vacía de casas y palacios, aún no había llegado nadie.

Alrededor de la torre se habían instalado vallas luminosas para que el público no se acercase demasiado a las paredes de piedra, y las cuatro se quedaron en silencio, admirando desde lejos la gigantesca mole en toda su magnificencia.

La Torre de Cálime conseguía infundir un oscuro desasosiego, y se erguía como un monstruoso faro, inquietante y solitario. Ni siquiera la luz de los tres soles y el amanecer del cuarto, que le daba su nombre, conseguían hacer desaparecer las sombras en su base.

Rodearon las vallas hasta que estuvo ante sus ojos la puerta cerrada con cadenas y el círculo con los cinco huecos excavados.

—Parece hoy más grande que el otro día —susurró Nimphia con el cuello estirado hacia las alturas. Sin querer había bajado la voz hasta convertirla en un siseo casi inaudible.

Todas comprendieron lo que quería decir. La torre parecía aún más fantasmal si eso era posible, y se diría que las observaba, retándolas a descubrir sus secretos. El viento arreció de golpe, volviéndose frío y desagradable mientras comenzaban a llegar pequeños grupos de gente. Nada más verlas se acercaban a saludarlas y a felicitarlas, pero permanecían alejados de la torre, más incluso que desde el límite de las vallas.

Varias flechas de luz violeta cruzaron los cielos y bajaron hasta los grupos de hadas confundiéndose con los círculos más numerosos, pero cuatro estelas en particular volaron directamente hacia ellas. Laila vio que el gremio de Airïe se acercaba con gran decisión. Cuando se posaron en tierra, Vinta, la capitana, se acercó a Cyinder con cara de enfado.

—Fuisteis unas tramposas —le espetó poniendo las manos en jarras.

—Nada de eso —respondió Cyinder al momento—. Jugamos bastante limpio.

—Pues todavía siento las alas muy pegajosas —comentó Silfila reprochando a

Aurige su hechizo.

La lunarïe sonrió despectivamente y todas se quedaron mirándose durante unos segundos. Al final, las cuatro airïes no pudieron aguantar más y se echaron a reír.

—Lo hicisteis muy bien —dijo Vinta con sinceridad—, y lo que la nemhirie le hizo a Núctuna lo contaremos a todo el mundo cuando volvamos a Airïe.

Laila se sorprendió por aquel comentario.

—Así, cuando vengas a visitarnos, todos nuestros nemhiries estarán deseando conocerte —añadió Nubibla.

«O deseando rebelarse», pensó Laila sonriendo.

—Teníamos una apuesta —recordó Arissa siguiendo la conversación—. Y queremos que todo el mundo sepa que Airïe siempre paga sus deudas.

Y entonces sacó de entre los pliegues de su vestido la gran amatista, que brilló lanzando destellos violáceos bajo la luz de los cuatro soles. Luego se la entregó a Cyinder, que la tomó con gran asombro y el rostro lleno de satisfacción.

—Os apoyaremos a vosotras —dijo Vinta con gesto parsimonioso—. Acuarïe no se merece nada más que encerrarse en su propio mundo y nunca volver a salir de él. Sería lo mejor para todos.

Cyinder agradeció sinceramente su gesto y deseó que alguna vez el gremio de Solarïe pudiese parecerse a ellas en cortesía y elegancia. Las de Airïe se retiraron hacia el gentío que llenaba ya la explanada y de repente comenzó a llover, pero nadie se sorprendió ya de la llegada de Acuarïe.

Aparecieron con sus horrendas máscaras bien visibles, sin ocultarlas como el día anterior, mostrándose frías y altaneras, decididamente superiores, mientras algunos grupos de solarïes las aplaudían entusiasmados. Laila se fijó en que muchos entre el público llevaban caretas imitando al gremio del agua, pero la enorme mayoría gritaba y vitoreaba al gremio de Solarïe.

El Gran Jurado y los profesores hicieron su aparición. Vieron que Popea las saludaba entusiasmada junto a otra hada oscura con el rostro contraído por la ira y la frustración. Sin duda la profesora de Lunarïe hacía tiempo que deseaba marcharse de allí, pero el protocolo del concurso le exigía que se quedase hasta el final.

La gran extensión de terreno estaba ya ocupada por la muchedumbre enardecida, y cuando el sol Cálime alcanzó su cénit en el arco solar, volvieron a sonar los miles de clarines y trompetas, y el jurado solicitó las cinco gemas. Cyinder entregó las tres que estaban en su posesión. Una Acuarïe, posiblemente la capitana Mármara, depositó su aguamarina y el gran diamante blanco en manos de una vieja y pomposa hada. Se hizo un espectacular silencio mientras la presidenta del jurado se dirigía a las grandes puertas y con mucho cuidado de no rozar las gruesas cadenas, colocó una a una las cinco gemas en los huecos, en un orden completamente distinto al que Laila recordaba en su libro.

Todo el mundo quedó expectante unos segundos en los que pareció que nada iba a ocurrir. El corazón de Laila latía apresuradamente, y Nimphia miró a su alrededor como si hubiese escuchado algo extraño, un lamento inaudible que nadie más podía percibir. Entonces las cinco piedras brillaron con un fulgor espectral, tan intenso que parecían estar quemando la cerradura mágica, y entre el gentío se escucharon exclamaciones ahogadas. De repente, sin que nadie hubiese interferido, uno de los grandes eslabones de hierro se partió por la mitad y cayó al suelo pesadamente arrastrando consigo al resto de la cadena rota. La Torre pareció estremecerse provocando un pequeño seísmo, y al momento la otra parte de la cadena comenzó a deslizarse a través de los travesaños de hierro hasta que se enrolló por completo ante las puertas. Las piedras estallaron y los restos de cristales rotos cayeron a los pies de la mole, esparciéndose en miles de fragmentos humeantes.

El público comenzó a gritar y a aplaudir con ferocidad ante semejante maravilla que no habían presenciado en miles de años.

—¡Preparaos! —dijo Aurige sacando de su mochila un visor espectral que se puso alrededor de su cabeza y los guantes de piel de gato.

Las demás la imitaron en medio del griterío, y entonces las puertas de la Torre de Cálime comenzaron a abrirse lentamente hacia fuera, haciendo un ruido atronador, girando sobre sus goznes como si una fuerza descomunal las estuviese empujando.

Todo el mundo estiró sus cuellos intentando divisar el interior, pero la negrura tras las puertas era absoluta. El Gran Jurado, que había permanecido boquiabierto, anunció de inmediato que el gremio de Acuarïe entraría primero en la torre, al haber conseguido la gema antes que Solarïe. Las cuatro hadas se dirigieron hacia el interior mientras la gente aplaudía entusiasmada.

Unos momentos después el Gran Jurado volvía a anunciar que el gremio de Solarïe tenía el acceso libre hacia la entrada de la torre, y las cuatro chicas caminaron entre ovaciones y gritos de ánimo. Pero Laila ya no escuchaba nada. Solo tenía ojos y oídos para la impresionante construcción que parecía venírseles encima.

Esquivaron con cuidado las cadenas y penetraron en la oscuridad de un largo pasillo de roca que discurría hacia el interior. Muy lejos, al fondo de la negrura, brillaba una luz titilante. Pero entonces las puertas de la torre se cerraron súbitamente a sus espaldas con un ruido siniestro. Todas se volvieron sobresaltadas por lo inesperado de la situación y al instante palparon las puertas inútilmente en busca de una rendija.

—¡Pero qué es esto! —exclamó Aurige tanteando la fina piedra—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Ninguna respondió y todas se miraron con temor mientras intentaban escuchar el griterío de fuera, pero el silencio era absoluto. Si las puertas se cerraron accidentalmente o no, fue algo que nunca supieron en sus vidas, pues cuando todo

terminó en la Torre de Cálime, aquello era lo que menos iba a importarles.

Las cuatro se volvieron de nuevo hacia el túnel sintiendo que el temor comenzaba a adueñarse de ellas ante la nueva perspectiva de la Torre cerrada. Caminaron despacio sin hacer ruido por la única senda que les quedaba, hacia la luz fantasmagórica que se vislumbraba muy a lo lejos. A Laila aquello le recordó la cueva de las gemas y el monstruo hiena.

—Deberíamos hacernos invisibles —susurró Nimphia mientras miraba a todos lados, calculando las distancias entre las paredes y los techos—. Si este túnel comunica con alguna sala, lo más probable es que las de Acuarïe nos estén esperando para atacarnos. Yo lo haría así si fuese una de ellas.

Aurige asintió, y Laila comprendió también que sería el plan más lógico. Si las acuarïes podían dejarlas fuera de juego y arrancarles el agua de sus cuerpos hasta dejarlas al borde de la muerte, tendrían todo el tiempo que quisieran para buscar el Grano de Solarïe. Miró a sus compañeras, pero de repente se llevó un susto tremendo. Estaba completamente sola en medio del corredor.

—¡Hazte invisible! —susurró Nimphia a su lado y Laila dio un salto por la sorpresa.

Intentó concentrarse a gran velocidad y varias partes de su cuerpo desaparecieron.

—Todavía te falta la mano derecha y un hombro —dijo Aurige contrariada, creando ecos en la oscuridad.

—¡Sshhh! —siseó Cyinder acercándose ya al final del túnel.

Laila intentó con todas sus fuerzas terminar de desaparecer. Incluso hizo el gesto inútil de taparse la mano visible con la otra. Mientras su hombro se evaporaba recorrieron los últimos tramos del pasillo en sombras hacia la luz que ya se hacía más intensa.

El corredor desembocaba en una gigantesca sala hecha con bloques de piedra fría donde ardían grandes antorchas de fuego verde, creando sombras danzantes en las paredes y en las grietas de las piedras. Laila, que caminaba despacio con temor a tropezarse con alguna de sus amigas, tuvo que detenerse atónita ante aquella sala mientras su mano se esfumaba en el aire.

La enorme estancia se alejaba cientos de metros en todas direcciones, como si la torre no solo fuese más grande por arriba que por abajo, sino también más grande por dentro que por fuera. A lo lejos, frente a ellas, perdido más allá de las gigantescas losas que formaban el suelo, un túnel discurría hacia el norte envuelto en sombras. Las paredes de piedra ennegrecida se elevaban hacia las alturas y por entre los bloques rezumaban gotitas de agua por la condensación de la fría atmósfera interior, cayendo pequeños hilos de agua hacia el suelo, con el mismo sonido de las grutas llenas de estalactitas. La altura de la torre era imposible de calcular, y más arriba,

donde parecía haber un techo curvo igual que el de las catedrales, se abría un agujero como el tubo de una chimenea desde donde caía un potente chorro de luz verdosa, que se unía al fantasmal fuego de las paredes haciéndolas frías e inhóspitas bajo el negruzco légamo y el constante fluir del agua entre las juntas.

Laila estiró una mano hasta que rozó a una de sus amigas y luego se acercó hacia lo que podía ser el oído.

—Las de Acuarïe han podido subir por el agujero que hay en el techo —susurró muy bajo.

—No —respondió la voz de Aurige—. Están ahí.

Laila miró en todas las direcciones, y de repente se llevó un gran susto. Muy cerca, casi detrás de ellas, escondidas en las verdosas sombras, las cuatro acuarïes miraban hacia el túnel tras sus máscaras, esperando todavía la aparición de las cuatro amigas.

—¿Qué hacemos? —siseó Laila.

—Iremos hacia el túnel de la pared norte —susurró Aurige—. Si no se dan cuenta, investigaremos esta parte de la torre antes de subir. Las piedras de Firïe podrían estar aquí abajo.

Un viento helado pareció surgir de algún sitio y las rodeó perdiéndose luego entre las sombras. Laila quiso preguntar, pero antes de dirigirse hacia Aurige escuchó la voz ahogada y susurrante de Cyinder.

—Aquí hay algo más —dijo casi inaudible.

Laila sintió su corazón palpitando con violencia mientras se alejaba poco a poco de las acuarïes apostadas junto a la entrada del corredor. Sus rivales debieron cansarse de esperar o quizás comprendieron lo que ocurría, y miraron hacia la sala vacía, hablando entre ellas con voces burbujeantes. Entonces Laila sintió varias gotas que caían sobre su cabeza. Instantes después comenzó a llover dentro de la torre con especial furia.

Laila miró hacia el techo incrédula. El aguacero arreciaba, y se dio cuenta de que era capaz de ver los contornos de sus amigas paralizadas bajo la lluvia torrencial, con el agua rebotando en sus hombros, en sus cabezas y en sus alas, salpicándolas furiosamente. Comprendió el propósito de las acuarïes, que las habían localizado de inmediato.

—¡Al túnel! —gritó Aurige en voz alta, con la lluvia resbalando por su cara, mientras Cyinder y Nimphia echaban a correr por delante de ella.

Atravesaron la impresionante sala hacia el muro norte, sintiéndose como hormigas corriendo sobre los grandes sillares de piedra hacia una pared que parecía alejarse de ellas en medio de la tempestad. Laila pensó alucinada que cuanto más corrían, más lejos parecía estar la boca del túnel, como si la torre jugase con las distancias, alargándose de manera imposible, pues lo cierto era que llevaban un buen

rato corriendo y apenas habían alcanzado la mitad del colosal salón. Las acuarïes parecían tener el mismo problema, pero avanzaban mejor bajo la lluvia, con sus máscaras fijas en ellas cuatro, dispuestas a alcanzarlas. De repente la ilusión de la torre cesó y las cuatro vieron que el túnel se acercaba a ellas a gran velocidad, como si fuese el suelo el que se moviera bajo sus pies, y entonces la oscuridad del pasillo se las tragó.

La lluvia ya no caía en el corredor. Laila se vio despedida hacia el suelo, cayendo de rodillas sobre la piedra seca y arañándose la piel. Cyinder, que ya había perdido su hechizo de invisibilidad, la recogió del suelo incitándole a seguir sin detenerse mientras las acuarïes seguían luchando contra la extraña sala circular.

El túnel seguía hacia adelante, adentrándose en la oscuridad, sin otra luz que la verdosa y mortecina fluorescencia que emanaba de entre las piedras, sin cruzarse con otros pasillos ni puertas, avanzando en la negrura mientras parecía que recorrían centenares de metros dando vueltas dentro de los muros. Laila temió que pudiesen llegar a un callejón sin salida.

Cuando ya jadeaba por el esfuerzo, el túnel finalizó abruptamente haciendo realidad su pesadilla. Un muro de piedra negra les cerraba el paso, pero a la izquierda se abría una enorme habitación tras una puerta entreabierta de rejas metálicas, con una cerradura común de manillas.

Cyinder entró en ella creando una bola luminosa que ahuyentó a las sombras por las paredes. La habitación estaba llena de cajas abiertas, mohosas y destrozadas por la humedad y los años. En otro tiempo aquello debió ser un almacén o una despensa para guardar alimentos y utensilios para los prisioneros, pero ahora no parecía otra cosa que un antro destartalado y ruinoso donde la suciedad y la pestilencia campaban a sus anchas.

Nimphia y Aurige, que también habían perdido el encantamiento de invisibilidad, entraron en la cámara detrás de Cyinder. Laila las siguió cruzando la puerta de rejas. Al momento se dio cuenta de que no había ninguna otra salida en toda la habitación, y observó desesperada los cientos de cajas apiladas y deshechas por todas partes. Los pasos se acercaban resonando por el pasillo, y cuando las acuarïes vieron el muro final se detuvieron y caminaron despacio, jactándose de haberlas atrapado. Cyinder hizo desaparecer su esfera de luz y Nimphia les hizo a todas un gesto señalando en silencio los guantes de gato. La solarïe asintió y de inmediato puso sus manos sobre los fríos sillares de piedra empezando a trepar por la pared hacia arriba como si fuese una gran araña.

Nimphia y Aurige la imitaron subiendo hacia la elevada bóveda, y Laila las miró asombrada. Ya no quedaba tiempo para ocultarse tras las cajas y lo único que tenía era la opción de la pared. Colocó su mano enguantada sobre la piedra y sintió que el guante se pegaba como una ventosa. Puso la otra mano un poco más arriba y se

impulsó escalando por el muro, incrédula, hasta llegar junto a Nimphia. Su amiga le hizo un gesto para que guardase silencio.

Dos acuarïes acababan de cruzar las puertas de rejas varios metros por debajo de ellas, y las buscaban por todos lados, mirando indecisas por entre las columnas de cajones destrozados. De repente algo pasó rozando los cabellos de Laila y esta dio un brinco que casi la hizo caer al suelo justo encima de sus enemigas. Nimphia la sujetó a tiempo. También ella había sentido algo.

Otra Acuarïe entró en la sala y entonces comenzó a llover otra vez de manera torrencial. Las tres hadas del agua buscaban por todo el almacén sin notar que justo encima, a muy pocos metros, las cuatro componentes del gremio de Solarïe permanecían quietas y agazapadas en medio de la lluvia, esperando…

Y entonces la cuarta Acuarïe entró en la sala, contrariada e impaciente por el retraso de sus compañeras. Se reunió con ellas y hablaron en voz baja. Laila miró a sus amigas, pero solo vio la mueca de Aurige, que había puesto una sonrisa feroz. Con un gesto de su mano comenzó a tejer rápidamente una enorme Telaraña de la Oscuridad. Nimphia comprendió su propósito, y muy lentamente sacó de su mochila una cuerda de nudos corredizos instantáneos. Las cuatro acuarïes estaban muy juntas, susurrando entre ellas, y entonces el hada del aire lanzó la gruesa soga en su dirección.

La cuerda voló rauda por el aire y chocó con lo primero que encontró: la espalda de una de las cuatro enmascaradas. La Acuarïe dio un respingo por la sorpresa, pero la cuerda mágica se enrolló rápidamente alrededor de ella y de todo lo que encontró a su paso. Momentos después, las cuatro hadas se vieron completamente atadas, mirando con asombro a todos lados hasta que descubrieron a sus enemigas apostadas en las alturas, a varios metros justo por encima de ellas. Aurige soltó su telaraña sobre las cuatro hadas del agua. A través de sus máscaras muertas vieron cómo la lunarïe se soltaba de la pared; sin embargo, no hicieron ningún ademán de forcejear o intentar soltarse.

Aurige se plantó frente a ellas con cara de superioridad mientras sus compañeras bajaban por el muro.

—Así que estas son las terribles acuarïes —exclamó con sorna inspeccionándolas —. No parecéis ahora muy poderosas, ¿eh? ¿Qué ocurriría si os quito una de vuestras preciosas máscaras?

Avanzó hacia las cuatro hadas envueltas en la red hasta quedar muy cerca de ellas. De repente, una levantó su brazo y atravesó las sogas y la telaraña como si nunca hubiese estado prisionera, agarrando a Aurige por el cuello. La lunarïe vio atónita cómo el resto de la cuerda caía al suelo y la red atravesaba los cuerpos de las acuarïes como si pasara a través de figuras de agua.

La fría garra se le adhirió a la piel igual que una ventosa, y Aurige comenzó a

sentir una sed horrible. Los labios se le secaron mientras veía con pavor los crueles ojos de su adversaria tras la máscara, riendo con maldad. Las otras tres acuarïes se desplegaron enfrentándose a Cyinder, Laila y Nimphia, que acudieron velozmente en ayuda de su amiga.

Una Acuarïe susurró algo, y Laila sintió unos dolorosos pinchazos en sus manos y en su cara. Las gotas de lluvia que habían caído incesantemente cristalizaron en finas y afiladas agujas de hielo, que comenzaron a clavarse como dardos, haciéndole heridas que sangraban profusamente. La muchacha gimió de dolor intentando quitárselas con desesperación a la vez que veía que varias astillas se clavaban terriblemente en las alas de sus compañeras.

En ese mismo momento, dos gigantescas bolas de luz incandescente surgieron de las manos de Cyinder, iluminando todo el almacén como si se hubiesen encendido mil bombillas de golpe, y algo entre las sombras corrió a esconderse hacia los rincones más apartados. Las agujas de hielo siseaban y se evaporaban antes de tocar el halo resplandeciente de cada bola, creando pequeñas chispas eléctricas. La solarïe lanzó una de las esferas hacia la Acuarïe que retenía a Aurige, y su enemiga apartó los brazos para cubrirse la cara. La explosión hizo tambalearse al hada del agua mientras su piel se chamuscaba y aullaba de dolor.

Cyinder acercó la otra esfera hacia su enemiga más próxima y la Acuarïe retrocedió.

—¿Quién va a dejar seca a quien? —preguntó la rubia con cinismo.

Aurige cayó al suelo y gateó hacia sus amigas agarrándose el cuello, intentando producir saliva con la que calmar su arrasada garganta. Luego se levantó furiosa dispuesta a combatir hasta el final.

Las acuarïes se habían organizado y miraban ahora a Cyinder con burla, como si ya no tuviesen ningún temor de su bola de luz. Una de ellas burbujeó unas palabras y el suelo comenzó a crepitar. El agua que había caído empezó a helarse y un río blanco avanzó hacia las cuatro amigas pegándose a las suelas de las botas. Nimphia se elevó en el aire justo antes de quedar atrapada, pero las otras gritaron mientras el hielo subía por sus piernas amenazando con congelarlas. Cyinder acercó la menguante esfera a su cuerpo para derretir la masa de agua helada, pero Laila y Aurige tiritaban de frío y la piel se les empezó a poner azulada.

Desde las alturas, Nimphia hizo saltar chispas en sus manos, y cinco pequeños rayos salieron de sus dedos vibrando en el aire, que comenzaba ya a arremolinarse a su alrededor creando nubes de tormenta.

—¡Qué vas a hacer! —gritó Aurige con los ojos desmesuradamente abiertos ante el inquietante huracán que comenzaba a formarse.

Un viento tórrido aulló alrededor de la airïe, que mantenía los ojos cerrados, sumida en una gran concentración, con las manos llenas de rayos azulados saltando

entre los dedos. Las cajas de madera podrida comenzaron a resquebrajarse y varios trozos saltaron uniéndose al torbellino. Las acuarïes la miraron con temor mientras la violenta ventisca fundía el hielo del suelo, liberando a Laila, Cyinder y a Aurige. El viento era cada vez más caliente, tanto que comenzaron a sudar y a sentir náuseas por el calor, y las hadas del agua se retorcieron y se agacharon cubriéndose los cuerpos al tiempo que varios cajones se levantaban en el aire y se convertían en pedazos por el furioso viento, volando fragmentos de madera en todas direcciones.

—¡Salid! —gritó Nimphia a sus amigas sin quitarles el ojo a las enmascaradas.

Las otras obedecieron abandonando el almacén a toda prisa. Nimphia voló de espaldas con las manos incandescentes y lanzó uno de los rayos hacia un grupo de embalajes que había servido como refugio a las acuarïes. Varios rayos más acorralaron a las hadas del agua, y Nimphia voló rauda hacia la salida. Saltaron chispas por la habitación mientras Cyinder y Laila comenzaban a empujar la puerta de rejas intentando atrancarla. A pesar de los miles de años, las bisagras chirriaron oxidadas en medio del ululante huracán y la puerta de rejas se desplazó a saltos, empotrándose contra el quicio hasta que la cerradura cedió con un clic metálico, dejando a las cuatro acuarïes prisioneras.

Dentro del almacén el viento pareció arreciar mientras se alejaban corriendo por el pasillo, pero entonces un ruido ensordecedor llegó desde detrás, desde las puertas de barrotes. Cyinder giró la cabeza en su dirección cuando su esfera terminaba de desaparecer. Entre las sombras verdosas creyó distinguir a las acuarïes, que trataban de atravesar las gruesas barras lentamente, como si sus cuerpos fuesen de gelatina líquida. Con los últimos restos de la luz pudo ver que una marea de agua comenzaba a surgir de la nada, filtrándose por los resquicios de las piedras, en la lejana pared.

Entonces el sonido de una enorme avalancha se hizo ensordecedor, y Nimphia gritó que corrieran mientras sentían que una tromba de agua luchaba con las paredes del angosto pasillo, llenando todos los espacios como una ola monstruosa dispuesta a devorarlas.

Corrieron con todas sus fuerzas sobre las piedras humedecidas, pisando pequeños charcos en un pasillo interminable, donde la salida se escondía entre recovecos y estrechas vueltas que antes no habían recorrido. Laila miró por encima de sus hombros un momento, y se aterrorizó al ver la descomunal masa de agua rugiente que avanzaba hacia ellas con la fuerza de un maremoto, aspirando el aire y tirando de ellas hacia atrás en una horrible resaca.

Podían ya sentir la humedad en sus cabellos y el horrible bramido de las aguas cercándolas cuando vieron a lo lejos el final del túnel. Nimphia voló por encima del suelo de piedra y agarró a Laila de un brazo tirando de ella sobre la superficie de la riada que ya se precipitaba sobre la muchacha, arrastrándola rápidamente hacia la luz verdosa que titilaba al final. Cyinder y Aurige la imitaron cuando el agua inundaba ya

el corredor, atravesando la boca del túnel en el último momento.

Alcanzaron la gran sala llena de antorchas verdes, inundada de charcos que atrapaban el reflejo verdoso de los fuegos. La lluvia había cesado en la enorme cámara y la atmósfera era fría y desapacible, pero iba a ser mucho peor ahora que todo el primer piso iba a quedar inundado por completo en cuanto la gigantesca ola alcanzase la entrada. Volaron hacia el centro del salón mientras el agua se desbordaba por el suelo en una marea de pesadilla, golpeando contra las columnas con la fuerza de una catarata. No quedaba otra opción que subir por el tubo de chimenea en medio del lejano techo lo más rápido posible.

—¡Las piedras no estarían en ese almacén! —gritó Aurige en medio del bramido, intentando convencerse ella misma mientras vigilaba la constante salida de agua esperando la aparición de sus enemigas—. ¡No guardarían algo tan valioso en simples cajas de madera al alcance de cualquiera! ¡Salgamos de aquí!

La lunarïe se impulsó hacia arriba volando en pos del agujero hasta que consiguió alcanzarlo y se perdió dentro de él. Cyinder y Nimphia agarraron a Laila de los brazos y tiraron de ella subiendo hacia las bóvedas. La muchacha se encontró de nuevo volando a gran altura, como en el Caldero de las Arpías, aunque esta vez cerró los ojos para no sentir el vértigo que ya había empezado a subirle por el estómago.

Atravesaron el mohoso túnel lleno de luz fantasmagórica, que iluminaba las piedras circulares dejando ver el verdín y la suciedad de años acumulada entre las grietas. La distancia les parecía interminable mientras abajo el agua seguía saliendo disparada sin parecer acabar nunca.

Poco a poco el rugido se fue perdiendo en la distancia mientras volaban, hasta que por fin llegaron a una nueva cámara circular más pequeña que el salón principal, llena de arcadas y puertas cerradas. En el techo, el agujero continuaba subiendo hacia una luz, cada vez más fuerte, y la nueva planta en la que se encontraban parecía un descansillo accesorio lleno de balcones y balaustradas como los de un monasterio abandonado.

Permanecieron unos segundos flotando en medio del aire, comprobando que el agua no ascendía por el tubo de chimenea. Después de unos instantes, miraron inquietas las galerías que discurrían a derecha e izquierda, que se perdían siniestramente en las tinieblas verdosas.

—Deben ser las habitaciones de los guardianes —susurró Nimphia examinando la grandiosa cámara—. Cyinder, ¿podrías hacer un delator?

—Creo que la magia de la torre lo impediría —negó la solarïe.

Nimphia asintió. Era lo que esperaba. Tendrían que encontrar el Grano por sus propios medios. Escudriñó de nuevo a su alrededor, desalentada. Las puertas de las habitaciones quedaban casi ocultas en sombras tras las galerías de columnas llenas de légamo y costras negras, y más allá, en el otro extremo de la circunferencia, unos ojos

vacíos y hambrientos brillaron en la oscuridad.

—Tenemos que mirar en todas las habitaciones lo más rápido posible —dijo Aurige con impaciencia—. Iremos de dos en dos, y comenzaremos desde aquí. Cada grupo irá por un extremo de la galería hasta que nos encontremos de nuevo allí delante —señaló hacia las sombras—. Tenemos que darnos mucha prisa, antes de que lleguen las acuarïes o el agua alcance este piso. Cyinder, necesitaremos luz.

La solarïe obedeció y varias esferas luminosas aparecieron junto a ella. Las mandó hacia sus amigas, y las bolas de luz viajaron rápidamente por el aire. Luego permanecieron quietas como pequeños soles al lado de sus cabezas. Laila se dirigió junto a Nimphia por la galería que partía hacia la derecha en busca de las habitaciones cerradas.

La primera de las puertas se abrió con el simple roce del hada del aire, girando hacia adentro con un ruido siniestro. Las dos muchachas se miraron unos segundos. La oscuridad era absoluta y los dos soles entraron en la habitación, derramando su luz por todos los rincones. En una esquina yacía el armazón destrozado de un camastro y una mesita junto a la pared que en otros tiempos habría servido de escritorio. Un armario cerrado de doble puerta y un baúl constituían el resto del mobiliario.

—¡Qué tétrico parece todo! —susurró Laila mirando hacia los rincones—. No hay nada que parezca personal, como si nadie hubiese usado nunca esta habitación.

Nimphia asintió. No había restos de vestidos ni ropajes, ni armaduras o cascos que hubiesen pertenecido a algún guardián. El hada giró su mano derecha y las puertas del armario se abrieron revelando que no había nada en su interior. El baúl tampoco contenía nada.

Volvieron a la galería y entraron en la segunda habitación. Luego en la tercera. Por todas partes descubrían exactamente lo mismo. Cámaras vacías sin rastro de haber sido nunca habitadas.

—Quizás no sean las habitaciones de los guardias —exclamó Laila mientras veía que frente a ellas, en el otro extremo de la galería llena de arcos y columnas, Cyinder y Aurige también avanzaban deprisa puerta tras puerta.

—Sí lo son —respondió Nimphia—, pero esto es lo más extraño que he visto nunca.

Entraron a otra cámara, igual de solitaria y desesperante que las demás, a punto ya de completar la circunferencia después de haber visitado innumerables habitaciones idénticas.

—Quizás la torre nos esté gastando una mala pasada —advirtió Laila.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nimphia mientras abría otra vez un armario vacío.

—Pues que en realidad estemos entrando una y otra vez en la misma habitación sin avanzar, como cuando corríamos a través de la sala hacia el túnel allá abajo.

Nimphia la miró angustiada por la idea y luego salió a la galería. No parecía que sucediese tal cosa, porque los soles de Cyinder y Aurige estaban ya muy cerca, pero si se detenían a observar el corredor lleno de columnas, no había diferencia alguna con el punto de partida. La circunferencia de habitaciones era perfecta, y las dos amigas podrían haber visitado la habitación contigua ya una vez o quizás no…

—Creo que me voy a volver loca —aseguró Nimphia mientras la cabeza le daba vueltas.

Las columnas parecían moverse, y cada vez que salían de una habitación el pasillo estaba exactamente en el mismo punto del principio. Laila se volvió hacia la primera puerta y sacó una palanqueta de las que Nimphia había preparado en cada mochila. Luego hizo una marca rasgando el óxido de la puerta.

—Ya no nos confundiremos —le dijo a su compañera.

Inspeccionaron de nuevo la siguiente habitación. Cuando salieron Laila se quedó petrificada. Todas las puertas a derecha y a izquierda tenían ahora las mismas marcas, exactamente iguales, rasgadas sobre el óxido.

—¡No puede ser! —exclamó Nimphia con desesperación—. La torre está jugando con nosotras.

Laila meneó la cabeza. Tampoco entendía qué era lo que ocurría. Las habitaciones podían ser las mismas, pero sus otras dos amigas estaban a punto de llegar completando la galería circular. Caminaron hacia ellas mientras sus sombras se alargaban en el muro por la luz de las esferas.

—¿Has visto eso? —gritó Nimphia mirando hacia la pared.

—¿El qué? —preguntó Laila atemorizada.

—Me ha parecido que mi sombra se movía sola —susurró la airïe sin apartar los ojos de su oscuro reflejo.

Las dos permanecieron quietas con la mirada fija en la pared, observando sus sombras sin llegar a ninguna conclusión. Siguieron hacia delante, pero la sombra de Nimphia se detuvo en el muro de piedra. Abrió la boca sonriente y varias hileras de dientes se dibujaron en la pared como si fuese una sierra.

De repente, Laila sintió que el corazón se le encogía. Miró al frente pensando que debía ser a causa del miedo y las emociones, y dio un paso hacia adelante. Comenzó a sudar y el pecho le dolió como si una mano le estuviera apretando por dentro, y jadeó asfixiándose. Dio otro paso lento y pesado mientras los ojos se le nublaban por el esfuerzo, igual que si le estuviese dando un infarto. Trastabilló golpeando con la rodilla en el suelo.

Nimphia se giró hacia ella y se quedó paralizada.

Detrás de Laila, justo a sus espaldas, una sombra alta y afilada como un cuchillo se estaba despegando de la pared y tenía un brazo oscuro extendido atravesando el cuerpo arrodillado y jadeante de su amiga.

—¡Eh! —gritó a la figura sintiendo que el miedo le paralizaba las piernas.

Aurige y Cyinder miraron sorprendidas en su dirección. La sombra se rió y de nuevo aparecieron las hileras de dientes puntiagudos. Nimphia dio un paso hacia atrás, aterrorizada, mientras su mente regresaba a una caverna y a una bestia hiena riendo y gorgoteando con las fauces abiertas.

—¡No! —gritó dando otro paso hacia atrás.

Una bola de luz viajó desde la distancia en dirección a la sombra y aquella cosa pareció molestarse ante la claridad amarillenta que se le venía encima. Sin embargo, no retiró su oscura garra y Laila cayó al suelo con los ojos abiertos y vidriosos mientras un pequeño hilo de saliva resbalaba por la comisura de los labios.

Cyinder y Aurige corrieron hacia ellas. En las manos de la solarïe se formaba ya una nueva esfera, pero el demonio de las sombras rió en voz alta con una risa negra y helada y con su otra mano cubrió la primera bola haciendo que la luz desapareciera.

—¡Más luz! —gritó Aurige desesperada, llegando junto a Nimphia.

Se dirigió hacia Laila y comenzó a tirar de sus manos; sin embargo, la sombra avanzó sobre el cuerpo de la muchacha, dispuesta a impedir que se llevasen a su presa. Aurige sintió que el corazón comenzaba a dolerle como si se lo apretasen, al tiempo que una nueva bola luminosa estallaba delante de su cara. La sombra se retiró un poco y aflojó la zarpa sobre Laila. La muchacha jadeó bruscamente. Le faltaba el aliento y parpadeó varias veces antes de volver a desmayarse.

El monstruo siguió apretando con su oscura garra, lleno de satisfacción. Cyinder gritó rechinando los dientes a la vez que surgían varias esferas resplandecientes. Comenzaba a agotarse por el esfuerzo, y Nimphia se arrastró hacia ella por el suelo mientras por el rabillo del ojo veía otra escena desarrollarse en medio del círculo vacío, más allá de las columnas y los balcones.

Las cuatro acuarïes habían llegado por fin hasta la segunda planta, y permanecían flotando en medio del aire con sus transparentes alas membranosas, como peces voladores, viendo lo que ocurría. Una de ellas hizo el ademán de volar a ayudarlas pero otra, con una fiera mirada tras la máscara, pronunció unas palabras guturales y contuvo a su compañera. Entonces, sin más dilación, volaron hacia arriba sin volver la vista atrás, desapareciendo por el agujero del techo.

Nimphia quiso gritarles, pero Cyinder temblaba, y corrió junto a ella al tiempo que Aurige empezaba a respirar ahogadamente.

La sombra rió una vez más, negra y victoriosa. Y entonces, en ese momento, logrado ya su triunfo, se detuvo en su ataque y miró hacia lo alto, hacia el agujero de donde provenía el potente chorro de luz verde por el que habían desaparecido las acuarïes. Pareció escuchar algo y se quedó inmóvil. Entonces Cyinder aprovechó su último esfuerzo para lanzar toda una riada de esferas de luz incandescente.

Las bolas comenzaron a estallar junto a la sombra, todas seguidas, y el demonio

levantó los brazos para cubrirse el rostro alargado, liberando a Laila y a Aurige. La lunarïe dejó de jadear de inmediato y tiró de Laila arrastrándola por la piedra hacia ella con las pocas fuerzas que le quedaban. Los proyectiles incandescentes siguieron impactando contra el monstruo, uno tras otro, sin darle tiempo a recuperarse, y la sombra oscura pareció encogerse en medio de las galerías de columnas que se llenaban de luz amarillenta.

Lanzó un rugido de desesperación y de dolor mientras Nimphia cargaba con Laila y echaba a volar detrás de Aurige, que ayudaba a una Cyinder temblorosa y desquiciada a cruzar el agujero en las alturas. El demonio de las sombras se lanzó en un ataque final y corrió por las paredes con una forma afilada e imprecisa en la que se dibujaban uñas alargadas y garras como cuchillos. Llegó furiosamente hasta el techo de piedra y su silueta creció alargándose fuera de la pared mientras su mano se aferraba al tobillo de Laila, que desaparecía ya por el agujero de la chimenea.

Tiró de ella hacia abajo, y Nimphia sintió el arrastre de su amiga desvanecida. Gritó con todas sus fuerzas creando ecos que rebotaron contra las piedras, y un aspa de luz cayó desde arriba girando como una hélice hasta que impactó con el brazo oscuro y lo cortó por la mitad. Nimphia siguió hacia arriba, volando a toda velocidad a la vez que tiraba del cuerpo de Laila. El monstruo de las sombras rugió de nuevo.

Su presa escapaba, y el ser se acercó hasta el agujero por el borde de piedra y miró pensativo hacia la luz verde y enfermiza. Luego se desvaneció corriendo hasta los túneles inferiores. Nunca subiría a aquella parte de la torre ni aunque lo quemasen vivo en los fuegos ardientes de Firïe.

Nimphia continuó ascendiendo, cada vez más despacio y con más esfuerzo a través del túnel, que se estrechaba peligrosamente. Por fin la boca de la chimenea pareció llegar a su final y consiguió salir en medio de un largo pasillo de piedra que discurría a través de la cima de la torre, por detrás de sus amigas, sentadas junto a las paredes rocosas. Estaban jadeando y recuperándose como si hubiesen corrido para escapar del infierno.

La ayudaron con el cuerpo de Laila, que ya respiraba más acompasadamente. La tumbaron sobre el suelo mientras la propia Nimphia descansaba moviendo las alas despacio. Al rato la muchacha abrió los ojos y las miró asustada. Trató de incorporarse. El corazón ya no le apretaba y la angustia había desaparecido, pero sentía un acuciante desasosiego en la espalda, como una pequeña descarga eléctrica.

Descansaron en silencio unos momentos. Cyinder logró ponerse en pie. Sombras violáceas nacían bajo sus ojos, pero ya se encontraba casi recuperada.

—¿Y el monstruo? —preguntó acercándose lentamente al borde del agujero, con el temor de verlo aparecer súbitamente.

—No lo sé —respondió Aurige, todavía jadeando—. No ha subido hasta aquí.

—Las acuarïes sí que lo han hecho —anunció Nimphia—. Las vi antes, mientras

nos atacaba la sombra…

—Mientras atacaba a Laila —corrigió Aurige ominosamente—. Ya está muy claro que el monstruo, sea uno o varios, solo tiene un objetivo.

La muchacha permaneció pensativa, horrorizada por aquella certeza. La sombra había ido detrás de ella, era cierto, pero ¿por qué? ¿Qué había hecho para que aquella cosa la persiguiera sin tregua por todo Solarïe?

Aurige se puso en pie mirando el largo corredor. La luz verdosa llegaba especialmente intensa desde el final del pasillo, pero no había ni rastro de sus enemigas. Alentó a las otras a seguir adelante, ahora con más urgencia, puesto que presentía que su meta estaba muy cerca. Nimphia ayudó a Laila a levantarse, y se dirigieron a través del siniestro pasaje sin dejar de mirar en todas direcciones, esperando cualquier sobresalto de las acuarïes. Sin embargo, no ocurrió nada. El pasillo terminaba al fondo en un muro cerrado, y una puerta de piedra que ocupaba casi toda la pared. Habían llegado al final.

—¿Dónde están? —preguntó Laila con extrañeza mientras notaba el dolor de la espalda cada vez más intenso.

Las cuatro llegaron hasta la puerta cerrada, pero sus rivales no aparecían por ningún sitio. La piedra era gruesa e impenetrable, rodeada por un quicio metálico lleno de fuertes tachones y bisagras oxidadas que no se habían movido durante centurias. En el centro había una pequeña chapa de oro con cuatro agujeros seguidos, uno al lado del otro, y un quinto más abajo, a la izquierda. Nimphia se agachó en el suelo, inspeccionando la roca.

—Han cruzado al otro lado —dijo tocando unos pequeños charcos de agua—. Consiguieron filtrarse por las rendijas de las bisagras.

Contemplaron la gruesa puerta con los cinco agujeros brillantes sin saber cómo demonios iban a entrar allí. Arriba, en una arcada curva, se podía leer una inscripción ennegrecida por el lodo, grabada en la piedra hacía miles de años.

—¿Qué pone ahí? —preguntó Cyinder estrechando sus ojos.

Nimphia se alzó un palmo sobre el suelo hasta las letras talladas.

—Dice… «Nïhalïae Ithirïe» —leyó, y luego hizo una pausa traduciendo aquellas antiguas palabras—: «Traidores de Ithirïe».

Las otras la miraron perplejas sin comprender. Nadie habló durante unos segundos. En sus rostros confundidos se dibujaba la misma pregunta: «¿Traidores de Ithirïe? ¿Qué significaba eso?» Volvieron a observar los cinco extraños bajorrelieves en la chapa de oro.

—No forman el clásico pentágono —dijo Laila tocándolos.

Al momento sintió un fuerte calambrazo y retiró la mano apresuradamente, llevándose los dedos a la boca con un gesto de dolor.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Nimphia mirándola con sorpresa.

—No lo sé —respondió ella lamiéndose los dedos—. Ha sido como un chispazo.

Nimphia miró los círculos con temor y luego puso suavemente cuatro dedos en los agujeros superiores. Aunque no ocurrió nada, apartó la mano rápidamente, esperando un latigazo de dolor. Laila la miró confundida.

—Tiene la forma de una mano —dijo Nimphia después de observar el quinto agujero más separado—. Aquí va el pulgar, pero no creo que el mecanismo sea tan sencillo.

Apoyó la palma entera llenando todos los agujeros con sus dedos, pero nada ocurrió. Retiró la mano de la puerta con preocupación.

—¡Se nos va el tiempo! —exclamó Aurige contrariada intentándolo ella. La puerta permaneció cerrada.

—Te toca —le dijo a Cyinder, dudando ya que consiguiesen ningún resultado.

La solarïe plantó sus dedos en los huecos, y entonces surgió una luz dorada de la extraña placa. La puerta cedió unos milímetros retumbando en el pasillo, como si se hubiese desencajado. Cyinder se miró los dedos asombrada.

—¿Por qué se ha abierto? —preguntó con los ojos como platos.

Aurige la miró levantando los hombros y empezó a empujar la puerta hacia dentro. La luz se escapaba a borbotones como si detrás de ella hubiese algo enormemente radiactivo. Laila sentía su espalda como si la llevase cargada con miles de cadenas, mientras veía ensancharse el espacio entre la puerta y la pared. Nimphia permanecía pensativa con los ojos entrecerrados a causa del molesto resplandor.

—¿Qué es la Torre de Cálime? —preguntó de pronto abriendo los ojos, ahora teñidos de verde.

Cyinder y Aurige la miraron sin comprender.

—Vamos, contestad, ¿qué es? —insistió contenta al descubrir el enigma—. Es la prisión de Solandis, ¿no? —siguió respondiéndose a sí misma al ver que las otras dudaban.

Cyinder asintió.

—Pues entonces está claro —continuó Nimphia con una sonrisa—. Es el edificio de Solandis —dijo recalcando bien sus palabras—. Por eso Cyinder ha podido abrir esta puerta. Los guardianes debieron ser solarïes, y solo ellos tenían acceso a lo que se escondía detrás.

—A los Traidores de Ithirïe —susurró la rubia.

—O a aquello que esos traidores hubiesen guardado con ellos —añadió Aurige levantando las cejas con un brillo en los ojos—. Las piedras de Firïe…

Todas se miraron y Laila volvió a observar la gran plancha de piedra abriéndose lentamente.

—¿Y por qué me ha dado a mí un calambrazo?

—No le gustarán los nemhiries —contestó la lunarïe empujando con fuerza.

La maciza piedra siguió deslizándose hasta que se abrió lo suficiente como para que pudiesen pasar. La luz las cegó durante unos segundos, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la enfermiza claridad pudieron comprobar que se hallaban en el umbral de una gran estancia de piedra negra de la que manaba un fluido verdoso por todos los rincones, brillante y horroroso, palpitando como si estuviese vivo.

No había celdas con barrotes ni rejas. La estancia era un gran semicírculo de pequeños tronos alrededor de otro más imponente, alzado sobre una pequeña escalinata, en mitad de la enorme cámara. En los escalones, al pie del gran trono de piedra, yacían los cuerpos sin vida de tres acuarïes.

Cyinder corrió hacia sus enemigas arrodillándose junto a ellas. Buscó el pulso vital en sus cuellos, pero no lo encontró. Aurige y Nimphia avanzaron hacia el semicírculo de tronos de piedra con la mirada fija en las tres acuarïes.

—¿Están…? —preguntó Nimphia con cara horrorizada sin poder continuar.

Cyinder asintió.

De repente escucharon un alarido que rasgó el aire de la cámara, y varios chillidos y lamentos surgieron de las paredes uniéndose en una cacofonía insoportable. Cyinder se levantó dando un pequeño brinco. Aurige se había vuelto hacia Laila, que permanecía atemorizada junto a la entrada.

—Laila, ven despacio hacia nosotras —le dijo con los músculos de la cara rígidos.

Cyinder y Nimphia la contemplaron extrañadas por el tono resonante de su voz en medio del griterío.

—¿Qué ocurre? —siseó Cyinder.

—¿No los veis? —susurró la lunarïe a sus amigas sin moverse ni dar un solo paso.

Las otras parpadearon sin saber de qué estaba hablando Aurige.

—Allí, junto a Laila —señaló ella impaciente hacia la puerta.

Aurige no llevaba los visores espectrales puestos, pero Nimphia se colocó los suyos lentamente mientras los gemidos cesaban. Sintió que el corazón le latía con fuerza y dio un paso hacia atrás con los ojos llenos de terror.

Cientos de espectros cadavéricos rodeaban a su amiga, mirándola en silencio tras unos rostros verdosos y fantasmales. Sus cuerpos esqueléticos se mantenían de pie en medio de un halo brillante, con sus ropas raídas y las alas secas por el paso de los años. Se quitó los visores y se los volvió a poner observando sin pestañear a los Traidores de Ithirïe.

Cyinder se colocó sus gafas y al momento ahogó un gemido que le subía por la garganta. La escena era horripilante. Decenas de cadáveres estrechaban su cerco alrededor de Laila sin llegar a tocarla, sin apartar sus vacías miradas de la muchacha, como si no existiese nadie más que ella en todo el mundo.

—¿Qué ocurre? —balbuceó inquieta, sin advertir lo que había a su alrededor.

Dio un paso hacia el interior de la sala, y los espectros la rodearon por completo como si fuesen polillas intentando alcanzar una luz eléctrica.

—Ponte los visores si quieres saberlo —susurró Aurige desde el semicírculo de tronos—, pero yo, si fuese tú, antes me acercaría hacia nosotras.

La muchacha dio otro paso hacia la cámara y se puso los visores sin esperar más. Un grito de pánico surgió de lo más profundo de su garganta y se le quedó congelado en la boca sin llegar a salir. Tragó aire mientras los labios se abrían en una mueca de horror. Al girarse descubrió que estaba rodeada por todos lados sin posibilidad de escapar. El corazón le latía con violencia, y las rodillas le temblaban tanto que estaba a punto de caerse al suelo. Los espectros siguieron avanzando hacia ella, estrechando el círculo. Laila apretó los brazos y las manos fuertemente contra su pecho mirando con pavor a todos lados.

Entonces uno de los espectros, una impresionante figura fantasmagórica que sobresalía de entre todas las demás, bajó la cabeza delante de Laila como si hiciese una reverencia. Al momento los cientos de espectros le imitaron y se arrodillaron ante la muchacha tratando de tocar sus ropas y sus botas sin conseguirlo.

Laila los miraba petrificada, incrédula ante los cadáveres fantasmales de aquellas hadas que se rendían ante ella con total sumisión. Podía ver sus cabezas ralas de las que nacían largos mechones de cabellos verdosos, y sus alas secas y marchitas desde hacía miles de años. Algunas hadas conservaban trozos de piel y músculos pegados a los huesos y aquello les daba una apariencia más horripilante aún; sin embargo, Laila comenzó a sentir una extraña pena por ellas. Todas tenían los cabellos verdes, ya fuesen greñas raídas o trenzas fantasmagóricas, pero definitivamente y a pesar de la luz que escapaba desde las rendijas del suelo, el pelo de aquellos seres había sido alguna vez igual que el de Laila.

En el aire volvieron a escucharse lamentos y gemidos, y una sola palabra repetida entre susurros: Ithirïe… Ithirïe… Ithirïe…

Laila miró a sus compañeras sin saber qué hacer. No podía moverse sin atravesar los cuerpos arrodillados, y ese pensamiento le estremecía y la llenaba de pavor.

—Pregúntales dónde está el Grano de Solarïe —susurró Nimphia desde la escalinata del trono.

Y entonces los espectros se giraron raudos hacia las tres hadas, como si no hubiesen notado su presencia antes. Los rostros cadavéricos se convirtieron en máscaras de odio intenso y abrieron sus bocas salvajes enseñando dientes y colmillos alargados. Volvieron a sonar silbidos y alaridos de rabia, y varios espectros volaron hacia las tres amigas llenos de furia, dispuestos a matarlas como habían hecho con las acuarïes.

Cientos de fantasmas se alzaron en el aire dando vueltas alrededor de Aurige,

Cyinder y Nimphia, que vieron cómo una abominable marea de espectros enloquecidos se disponía a hundir sus garras sin que ellas pudiesen pensar en cómo escapar.

—¡No! —gritó Laila espantada, con una fuerza que nacía más allá de sus entrañas.

Los espectros se detuvieron congelados ante la voz de la muchacha y la miraron con rostros que sin duda hubiesen sido de incredulidad. Uno de ellos avanzó hacia Cyinder arrugando sus labios descarnados mientras enseñaba sus dientes en una mueca de odio eterno.

Laila corrió hacia su amiga Solarïe, atravesando los cuerpos espectrales que permanecían a su lado, y se interpuso entre Cyinder, que jadeaba temblando de miedo, y el hada fantasmal. El espectro se arrodilló inmediatamente a sus pies. Todo quedó en silencio unos instantes, como si el mundo se hubiese paralizado. Los cientos de seres se habían quedado quietos rodeando a las cuatro desde el suelo y desde el aire, observando con odio a las tres hadas mientras que los que estaban cerca de Laila intentaban llegar hasta ella con total adoración.

—Te obedecen —susurró Aurige, incrédula.

Laila afirmó sin llegar a comprenderlo del todo. La figura del gran espectro se acercó lentamente atravesando a varios de sus congéneres hasta llegar junto a ella, y la miró fijamente tras sus cuencas vacías como si hubiese dudado por un momento de que Laila fuese quien él creía que era. Acercó su cadavérico rostro hasta los ojos de la muchacha y luego se convenció definitivamente. Abrió la boca desdentada, pero ningún sonido salió de ella.

Laila sospechó que a aquel espectro le resultaba incomprensible que ella no dejase que acabasen con las otras tres. Sin embargo el fantasma acató sus deseos e hizo una nueva reverencia. Nimphia mientras tanto, sintiéndose más segura gracias a su amiga, miraba a las acuarïes muertas a su alrededor. A una de ellas le habían arrancado la máscara brutalmente y su rostro, de una belleza increíble, aparecía desfigurado por la agonía de una muerte violenta y atroz. Se agachó a su lado, y sin dejar de mirar a los espectros acarició sus filamentosos cabellos azulados. Luego recogió la máscara y se puso en pie lentamente, dudando por si los fantasmas se habían enfadado.

Los seres no le prestaban atención. Seguían mirando a Laila como hipnotizados mientras ella interfería el paso delante de Cyinder con los brazos abiertos. Entonces el gran espectro levantó un brazo y señaló hacia las sombras en algún lugar de la cámara.

Laila siguió su mano extendida con la mirada. Más allá de la luz, excavado en la pared, había otro pequeño túnel escondido por el que asomaban varios peldaños adentrándose en la oscuridad. Volvió a mirar al espectro, que mantenía su brazo

extendido.

—Quiere que vayamos allí —dijo Aurige comprendiendo su gesto.

Laila se encaró con el espectro.

—¿Es eso? —le preguntó temblando—. ¿Tenemos que ir a ese túnel?

El espectro del hada no respondió ni hizo ninguna señal. Laila dudó y caminó hacia el agujero excavado en la piedra seguida de Cyinder, que no apartaba los ojos de los descarnados fantasmas. Aurige y Nimphia se les unieron y entonces varias hadas fantasmales se lanzaron hacia ellas, llenas de odio, gritando y aullando.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó Laila deteniéndose en seco junto a la entrada del pasadizo.

Los espectros estiraban sus huesudas manos hacia ellas, crispándolas como garras, y rechinaban sus dientes con rencor junto a sus amigas como si las aborrecieran. Cyinder dio un paso más hacia el túnel y las hadas chillaron en un estruendo insoportable.

—Creo que no quieren que vayamos nosotras —dijo Aurige.

Laila observó a los fantasmas alrededor de sus amigas y luego contempló al espectro, que permanecía con la mano extendida, imperturbable.

—¡Pero yo no puedo ir sola! —exclamó horrorizada comprendiendo la terrible verdad.

—Pues no queda más remedio —susurró la lunarïe—. No van a dejarnos pasar.

—¡Vete! —la exhortó Cyinder moviendo la cabeza con desesperación.

—Pero…

—No creo que nos ocurra nada —dijo Nimphia, dudosa, tragando saliva—. Saben que no pueden matarnos sin contrariarte. Te esperaremos aquí.

Laila dudó con un pie sobre el primer peldaño.

—¡Corre! —le gritó Aurige, y los espectros chillaron de odio—. Seguramente aún queda otra Acuarïe viva. Tienes que conseguir el Grano antes que ella.

La muchacha asintió despacio y miró a sus amigas rodeadas de las tenebrosas figuras antes de decidirse a subir.

Corrió por los ennegrecidos peldaños sin volver la vista atrás, subiendo por una escalera de caracol, traicionera y resbaladiza, que daba vueltas sobre sí misma hasta que creyó que los pulmones le iban a estallar. Siguió sin parar, apoyándose en el pegajoso muro, subiendo en medio de la oscuridad, recorriendo a duras penas los últimos escalones.

Giró en la última vuelta y de repente se encontró a las puertas de una gigantesca sala llena de luz blanca y cegadora que le obligó a cubrirse los visores con las manos. Pasaron unos segundos y bajó los brazos mientras sus pupilas se empequeñecían y se acostumbraban a la claridad sobrenatural. Poco a poco los contornos fueron definiéndose.

En mitad de la colosal estancia había una gran fuente de piedra ovalada flotando en el aire, y rodeándola por todos lados, inmensas cortinas de arena blanca caían interminables desde un elevado techo, como si fuese la bóveda de la catedral más grande del mundo. La arena caía sin cesar en finos velos que se acumulaba sobre el suelo, formando montañas que brillaban por encima de sus rodillas. Y detrás de ellos, el insólito recipiente lleno de la misma arena cristalina.

Laila avanzó hacia las cortinas blancas.

—Es sal —dijo de repente una voz de burbujas a sus espaldas.

La muchacha se giró sobresaltada con el corazón desbocado por el susto.

La cuarta Acuarïe estaba allí, apostada contra el muro, con sus ropas raídas y los brazos sangrando cubiertos de heridas y arañazos. La miraba con frialdad bajo la máscara por donde fluía el agua constantemente.

—¿Quién eres? —preguntó Laila con los ojos muy abiertos y el temor de enfrentarse por fin en solitario con una de sus enigmáticas adversarias.

—Me llamo Atlantia —susurró su interlocutora con desdén—. Quise ayudaros en la cámara inferior a pesar de lo que nos hicisteis en el almacén, pero Mármara me lo prohibió. Luego conseguí escapar de los Ithirïes mientras mis compañeras morían bajo sus garras, pero ahora, al final, parece que nos has vencido. Puedes cruzar los muros de sal puesto que eres una nemhirie —continuó desapasionadamente—, así que ahí lo tienes. Es todo tuyo.

Laila miró hacia la gran fuente ovalada por donde caía la sal desbordándose. Tras las cascadas, apenas perceptible por el manto blanco, una pequeña perla dorada brillaba flotando a varios palmos por encima de la superficie de piedra bellamente tallada.

Volvió el rostro hacia la Acuarïe, que observaba atentamente sus pasos.

—No temas —le dijo su rival con pesar—. No voy a hacerte nada. Si tú no puedes alcanzar el trofeo de Solarïe, nadie más lo va a conseguir.

Laila asintió y anduvo hacia las cortinas de sal dudando si atravesar la muralla. Extendió su mano hacia las cataratas, y poco a poco la fue introduciendo a través de los millones de granos blancos que rebotaron contra su piel sin producirle ningún dolor. Decidió avanzar por fin hacia la fuente y entonces escuchó un gemido ronco a sus espaldas.

Se giró asustada. El gran espectro estaba allí. Había arrinconado a la Acuarïe contra la pared, ahogándola con sus garras y una mueca de odio y aborrecimiento aún más profundo que el que había demostrado hacia sus amigas. Le arrancó la máscara de la cara y la Acuarïe jadeó mientras sus cabellos azulados caían alrededor de su rostro mortecino.

—¡Basta! —gritó Laila aterrada por la escena y por la crueldad del espectro.

El hada de cabellos verdes la ignoró y abrió su boca nauseabunda desde la que

crecieron afilados colmillos, dispuesta a abalanzarse sobre su víctima.

—¡Basta, he dicho! —chilló la muchacha desesperada, corriendo hacia el espectro mientras el Grano de las Arenas de Solarïe permanecía flotando en medio de las cataratas, a pocos metros de ella.

El fantasmal ser aflojó la presa y miró a Laila con un gesto de asombro y de incredulidad. Luego hizo una reverencia y soltó a la Acuarïe, que se estrelló violentamente contra el suelo y comenzó a respirar de forma entrecortada. Sus manos tantearon frenéticas hasta encontrar la máscara, que al momento se llevó a la cara, cubriéndola de nuevo con agua.

El espectro se plantó ante Laila, decididamente furioso, y en ese momento las paredes de la Torre de Cálime comenzaron a temblar y a moverse con la violencia de un terremoto. El suelo se estremeció y Laila perdió el equilibrio y cayó. El espectro levantó la mirada hacia la grandiosa bóveda, escudriñando más allá de la simple piedra que le separaba del cielo, y luego pareció suspirar con el cansancio de miles de años.

Las paredes de piedra seguían vibrando y la torre entera parecía gritar mientras los arcos y los cimientos se tambaleaban, y regueros de arenilla y piedras caían desde las alturas dando señales de estar empezando a desmoronarse.

Y entonces en ese mismo instante, las inmensas cortinas de sal desaparecieron y la magia que habitaba en el edificio se esfumó como si nunca hubiese existido.

Laila lo sintió en sus huesos y miró a todos lados asustada. No solo había desaparecido la magia en la torre. Todo Solarïe había cambiado.

El espectro bajó los brazos comenzando a titilar como si fuese a desaparecer en breves momentos. Laila escuchó desde más allá de las escaleras un grito desgarrado y violento, de muerte y desesperación, que le congeló el alma y la dejó petrificada.

—¡Cyinder! —gritó al darse cuenta de que había sido su amiga la que había lanzado aquel aullido agonizante.

Corrió hacia las escaleras de caracol con el corazón encogido por el miedo y la incertidumbre, pero el espectro apareció delante de ella con una imagen temblorosa, como si le quedase muy poco tiempo, y levantó el brazo señalando hacia el interior de la cámara blanca.

—¡No lo entiendes! —le gritó exasperada queriendo golpearlo—. ¡Mi amiga se está muriendo!

El espectro permaneció inalterable, impidiéndole el paso y señalando hacia la fuente. Laila se volvió con furia y frustración, y entonces, Atlantia, que había asistido a la portentosa desaparición de las cataratas de sal, se levantó con una fuerza y una velocidad increíbles y corrió hacia el recipiente. Horrorizada, Laila se dio cuenta de su intención, y se precipitó hacia ella sintiendo que el corazón se le detenía. La Acuarïe voló por el aire y extendió su mano cerrándola sobre el dorado Grano de las

Arenas de Solarïe justo cuando ella conseguía rozarlo con la punta de sus dedos. Su enemiga alzó la mano triunfante, con una sonrisa victoriosa tras la horrenda máscara.

Atlantia sostuvo el pequeño granulo entre sus dedos, mirándolo extasiada como si fuese el más preciado de los tesoros. Luego miró a Laila como si tuviese una molesta deuda. La muchacha permanecía temblorosa con la boca abierta, sin emitir ningún sonido, mientras se producía un impresionante silencio y el terremoto cesaba. Se había quedado paralizada por el desenlace y al final la Acuarïe sonrió tomando su decisión.

—Te debo mi vida, nemhirie —le dijo susurrando con voz burbujeante—, pero no te debo un Grano de las Arenas de Solarïe.

Y en ese momento desapareció.

Laila ahogó un grito, incrédula, mientras la luz blanca y cegadora desaparecía y la torre se inundaba de tinieblas. La fuente, que hasta ese momento había permanecido flotando, cayó al suelo derramando su blanco contenido como si ya no hubiese fuerza alguna que pudiese sostenerla en el aire. El mundo pareció apagarse, y a lo lejos escuchó lamentos que llegaban desde más allá de las escaleras. Con los ojos cegados por las lágrimas, Laila echó a correr hacia la sala de los tronos, pero el espectro la detuvo nuevamente sin querer dejarla salir. Laila intentó atravesarlo, pero el fantasma seguía señalando hacia la fuente caída sin compasión alguna. Miró dentro de sus cuencas vacías y no encontró ni rastro de piedad. Solo la mano extendida con sus contornos desvaneciéndose en la oscuridad. Con los últimos vestigios de su tenebrosa existencia bajó el brazo, hizo una profunda reverencia y entonces desapareció para siempre.

Laila se volvió de nuevo hacia el recipiente volcado mientras vacilaba. La sal que lo había llenado se desparramaba, blanca y brillante, por todo su alrededor. Miró a la concavidad, indecisa, y luego se agachó e introdujo su mano entre los miles de granos. El espectro quería que ella encontrase algo. Algo que nunca había sido el Grano de Solarïe.

Laila hundió el brazo hasta el codo y sus dedos rozaron una cosa fría y dura. Tanteó frenéticamente hasta que su mano se cerró sobre un objeto redondo y tiró de él, sacándolo de entre la sal. En sus dedos tenía un medallón de metal plateado lleno de signos extraños, colgando de una cadena. Lo miró incrédula y luego se giró hacia el lugar donde había visto al espectro por última vez, pero allí no había ya nadie para resolver sus dudas.

Introdujo el medallón en un bolsillo. Observó el recipiente por última vez y salió corriendo escaleras abajo en busca de sus amigas.

14
La muerte de Solarïe

La Torre de Cálime estaba siendo invadida por las tinieblas y las sombras. Laila quería llegar cuanto antes junto a sus amigas, pero le dolía terriblemente tener que contarles su fracaso. Solo la certeza de que Cyinder había sido atacada y herida de muerte por los espectros la obligaba a seguir bajando en lugar de haberse quedado junto a la fuente caída y esconderse para no enfrentarse jamás a las otras.

Algo espantoso le había pasado a Cyinder, pero otra cosa aún peor estaba ocurriendo en Solandis, fuera de la torre, y Laila se sentía culpable por haber perdido el Grano de las Arenas de Solarïe en el último momento.

La magia desaparecía y sus últimos resquicios se evaporaban por entre las paredes, que parecían menguar, como si hubiesen estado infladas por algún poderoso hechizo que las hacía grandes y tenebrosas. Sin embargo, ahora las piedras se resquebrajaban, crujían, y caían rotas desde las alturas, como si al desaparecer el encantamiento ya no hubiesen podido soportar más el paso de los siglos.

Laila bajó el último tramo de la escalera de caracol. En el umbral del túnel pudo ver la figura asustada de Nimphia que miraba en su dirección. La muchacha se reunió con ella y vio que la cara de su amiga estaba seria y macilenta. Luego se fijó en el interior de la sala sintiendo que el alma se le encogía.

La enorme estancia se encontraba cubierta de sombras. Los espectros habían desaparecido y en medio del círculo de tronos, junto a las tres acuarïes sin vida, Aurige sostenía en sus rodillas el cuerpo desvanecido de Cyinder. Se arrancó los visores y corrió hacia ellas seguida de Nimphia. Estaba llorando y la angustia le apretaba el pecho dolorosamente. Había acertado: Cyinder había muerto.

Se agachó junto a Aurige y la miró con los ojos empañados por las lágrimas.

—¿Qué le ha pasado? —logró preguntar—. ¿La… la atacaron los espectros?

Aurige negó con la cabeza.

—Quisieron hacerlo —susurró con la voz entrecortada—. Nos gritaban y nos enseñaban los dientes, pero no nos rozaron siquiera. De pronto, Cyinder se quedó como una estatua mirando hacia el techo, como si viese algo que estaba sucediendo a lo lejos, y los ojos se le pusieron en blanco. Nimphia y yo nos asustamos y tratamos de sacarla de aquel estado, pero entonces dio un grito horrible y se cayó al suelo.

—Creímos que habían sido los ithirïes —dijo Nimphia sollozando—, y yo quise gritarles y hacer un hechizo para destruirles, pero no me hicieron ningún caso. También miraban hacia arriba, igual que Cyinder, y de repente todos desaparecieron.

Laila permaneció con los ojos fijos en la cara pálida y mortecina de su amiga, que no tenía brillo alguno.

—Y… entonces… ¿Cyinder ha…? —susurró Laila, incapaz de expresar la negra

pregunta que le mordía las entrañas.

—No —dijo Aurige—. Pero no sabemos qué le ha ocurrido. Somos incapaces de despertarla.

Laila suspiró, notando que le desaparecía una piedra de mil toneladas del corazón. Entonces cayó toda la pesadez del agotamiento en los huesos. Se fijó mejor y vio que, efectivamente, la Solarïe respiraba muy lentamente, como si estuviese en un estado comatoso.

—Algo peor está ocurriendo fuera de aquí —dijo Nimphia, confirmando los presentimientos de Laila. Luego miró hacia las paredes—. Antes todo estaba en silencio, pero ahora soy capaz de escuchar a la gente gritando en el exterior. La torre ha perdido su poder.

—Yo he sentido lo mismo —explicó Laila—. Ha pasado algo y creo que yo… yo tengo la culpa.

Aurige la miró con seriedad.

—No pude conseguirlo —dijo por fin, avergonzada sin poder dirigirles la mirada —. Atlantia se me adelantó en el último momento porque yo…

—No hay tiempo para explicaciones —la cortó la lunarïe con la cara contraída mientras un nuevo seísmo hacía temblar los cimientos—. Tenemos que salir de aquí. Ya han caído algunas piedras y parece que la torre se está derrumbando.

Laila asintió sin apartar los ojos del suelo. Nimphia le puso la mano en un hombro con un gesto de consuelo.

—Esto no puede ser culpa tuya —le dijo—. No desaparece la magia de toda una torre porque la Acuarïe se llevase un Grano de Solarïe…

—Uno no —dijo Aurige levantando el cuerpo de Cyinder trabajosamente.

Nimphia la ayudó y Laila se puso en pie lentamente.

—¿Qué has querido decir con eso? —preguntó la airïe, dudosa.

—No lo sé con seguridad —replicó Aurige dirigiéndose hacia el pasillo—. Primero tenemos que salir de la torre y verlo con nuestros propios ojos.

Avanzaron por el sucio corredor de piedra, dejando a sus espaldas la puerta con su placa de oro y la inscripción de los traidores de Ithirïe. Llegaron hasta el agujero de chimenea y Aurige voló hacia abajo sosteniendo a Cyinder contra su cuerpo. Nimphia agarró a Laila por los hombros e iniciaron un rápido y pesado descenso, cayendo por el túnel a través de una oscuridad seca y ponzoñosa, sin rastro de la luz verdosa que había inundado la Torre de Cálime durante centurias. Las piedras del lejano techo se derrumbaron finalmente, cerrando el agujero sobre sus cabezas.

Cruzaron la sala de las galerías llenas de columnas y bajaron hasta el gran salón de las antorchas. Cuando atravesaron la cúspide vieron que el agua había desaparecido, escapando por viejas rendijas entre la piedra, horadando pequeñas grietas hasta que pudo salir al exterior. Esto había provocado una peligrosa

inestabilidad en las antiquísimas paredes. Los fuegos verdes estaban apagados y la colosal estancia no era más que un simple recibidor de piedra de pocos metros de diámetro.

Laila no quería mirar a su alrededor. Seguía llorando con la sensación de culpa y el fracaso martilleándole sin piedad, y no le importaba nada en absoluto que la Torre de Cálime hubiese cambiado, que se derrumbase sobre ella o que se hundiera en el abismo.

Caminaron por el corredor por el que habían entrado llenas de sueños y esperanzas, con la sensación de haberlo cruzado miles de años atrás, hasta las puertas de piedra de la salida, cerradas a cal y canto. Nimphia las empujó pero no se movieron ni un palmo y miró a Aurige, desesperada.

—¡Es una simple puerta! —gritó la lunarïe enfadada, como si llevase acumulada en el interior una enorme ira.

Dejó a Cyinder en el suelo y se puso a golpear la piedra con violencia, una y otra vez, frenéticamente, hasta que de pronto las viejas bisagras cedieron y la puerta se desencajó con un crujido sordo, desplomándose en el suelo. Nimphia la ayudó mientras varios bloques de la torre se venían abajo a sus espaldas. Nunca había visto a Aurige tan furiosa.

Cuando lograron salir de allí, el espectáculo las dejó completamente paralizadas. La luz de Solarïe había desaparecido y el cielo estaba rojo como la sangre. Arriba, en el firmamento, los cinco soles se hallaban congelados con un color oscuro y mortecino, y solo Solandis permanecía aún con un rojizo resplandor que se iba apagando sin remedio.

—¡¿Qué es lo que está pasando?! —exclamó Nimphia cuando llegaron por fin a su cuartel general y depositaron a Cyinder sobre su cama.

Las tres se hallaban cerca de ella, vigilando con preocupación su estado y su respiración mortecina. Aurige movió la cabeza recordando el cielo rojo de Solarïe.

Cuando salieron de la Torre de Cálime a punto de derrumbarse no había nadie en la gran explanada. La gente había huido aterrorizada mientras los soles se apagaban y no encontraron ni un alma a través del laberinto de callejuelas que fuese capaz de explicarles lo sucedido.

—Creo que ha ocurrido lo peor que podía pasar —contestó Aurige con la mirada fija en un punto indeterminado.

Nimphia y Laila la observaron sin poder descifrar sus pensamientos. Laila les había contado entre lágrimas todo lo que había sucedido en la sala de las blancas cascadas de sal: su encuentro con Atlantia y la aparición del espectro. Luego había escuchado a Cyinder gritar y ella corrió hacia las escaleras mientras las cataratas desaparecían, dejándole el paso libre a la última Acuarïe.

—La magia en Solarïe no ha desaparecido porque Atlantia se llevase consigo el Grano de las Arenas —dijo Aurige—. Eso es algo que estaba previsto si cualquier otro gremio ganaba el concurso.

—Entonces, ¿qué ha sido? —interrumpió Nimphia, incapaz de aguantar la tensión.

Aurige miró a sus amigas unos segundos, dudando si iban a ser capaces de asimilar su respuesta.

—Mi madre me contó una vez que todo el reino de Solarïe vive gracias a las Arenas —explicó—. Lunarïe, por el contrario, no necesita de su objeto sagrado para sobrevivir. Así que si la magia de Solarïe ha desaparecido, es porque el influjo de las perlas ha desaparecido también. Eso significa que las Arenas de Solarïe se han perdido. No hay otra explicación.

Laila abrió los ojos mientras el temor la inundaba como una marea oscura.

—¡No puede ser! —le espetó Nimphia, incrédula.

—Pues no hay otro modo que explique que el reino de Solarïe muera como se está muriendo —contestó Aurige.

Nimphia y Laila la miraron boquiabiertas.

—¿Cómo que se está muriendo? —balbuceó Laila.

—¿Acaso no os habéis dado cuenta? —preguntó la lunarïe furiosa—. Los soles se están apagando, la magia ya no existe. Hasta tú, nemhirie, lo has notado en tus huesos. La fuerza que mantenía con vida a Solarïe ha desaparecido.

La muchacha permaneció en silencio, sin querer creer la terrible verdad. No podía ser. Era un sueño, una pesadilla imposible. Laila se negaba a admitirlo. Aurige leyó en sus ojos lo que estaba pensando.

—Pues así es —volvió a confirmar con dureza—. Cyinder lo sintió, y seguramente la vida comenzó a escaparse de su cuerpo junto con la magia de las Arenas de Solarïe.

—¡Entonces yo soy la culpable! —gritó Laila levantándose de su silla con el rostro descompuesto—. ¡Si solo quedaba un Grano, yo dejé que se lo llevasen!

Aurige no le contestó, pero Nimphia se puso inmediatamente a consolarla y tiró de su mano para que volviese a sentarse.

—No fuiste tú —le dijo mientras veía que Laila se desquiciaba buscando únicamente la aprobación de la lunarïe—. Vamos, Aurige, dile que esto no puede ser culpa suya.

La morena seguía pendiente de Cyinder sin dirigirles la mirada. Estaba furiosa y quería que alguien pagase por todo lo que estaba ocurriendo, solo que sabía que era injusto. Finalmente levantó la vista.

—No voy a negar que tuviste en tus manos la oportunidad de conseguir el Grano de las Arenas, y quizás ahora todo sería distinto —dijo con una voz fría y cristalina

como la de su madre—, pero si lo que ocurrió en la sala de las cascadas fue tal y como lo cuentas, creo que todas hubiésemos actuado igual, corriendo hacia las escaleras cuando Cyinder gritó, y dejándole a Atlantia el camino libre.

Laila no contestó a pesar de que agradecía aquellas palabras. Ella no podía perdonarse tan fácilmente. No podía ni quería.

—El Grano no ha sido de verdad importante hasta ahora —siguió Nimphia intentando animar a su amiga—. Solo era el trofeo de un concurso. Nadie imaginó que esto iba a ocurrir.

—¡Sí, pero ha ocurrido! —aulló Laila con rabia—. ¡No sé lo que ha pasado, pero tuve el Grano en mis manos! Lo rocé mientras Atlantia me lo quitaba y luego desaparecía. Ahora con ese Grano yo podría pedir que Solarïe volviese a la vida.

—¡Ninguna de nosotras sabe qué es lo que ha ocurrido!

—gritó Nimphia a su vez—. ¡Deja de martirizarte por eso de una vez por todas! ¡No tienes la culpa!

Laila sollozó sin querer dar su brazo a torcer.

—Hay alguien que sí sabe lo que ha podido pasar con las Arenas —dijo Aurige con un susurro tenebroso.

Nimphia y Laila la miraron a la vez. Solo dijo una palabra, que quedó congelada en el aire como la neblina blanca en el pentágono de luz:

—Hellia.

El Mustang recorría las calles y las avenidas de la ciudad muerta de Solandis a gran velocidad. Habían recogido todas sus pertenencias y luego habían llevado a Cyinder hasta el coche, cerrando el cuartel con hechizos oscuros hasta que algún día pudiesen volver a habitarlo. Ahora irían al palacio dorado y, si era necesario, se quedarían allí a vivir hasta que la reina les explicase todo lo que había ocurrido.

Aurige había propuesto viajar a Lunarïe para intentar curar a su amiga, pero luego ella misma desistió al darse cuenta de que Cyinder no estaba aquejada de ninguna enfermedad. Simplemente su magia y su vida se escapaban al mismo tiempo que la luz de los soles.

Laila recogió su chaquetón, donde guardaba el libro de las gemas, con el topacio que todavía brillaba misteriosamente, y el pergamino de sir Richard. Nimphia apiló varios de sus extraños artilugios inventados y desechó otros con tristeza. Envolvió cuidadosamente el huevo de arpía en una manta y lo guardó en su mochila junto con la máscara de una de las malogradas acuarïes, que permanecerían ya para siempre en los muros de la Torre de Cálime.

Antes de cerrar las puertas, vieron en el suelo los cientos de papelillos dorados que Cyinder había creado de la nada, brillando en el aire mientras se disfrazaba de

shilaya, cuando todas aún reían y tenían la cabeza llena de sueños. Laila intentó no llorar a la vez que trataba de apartar aquellos pensamientos, pero fue imposible. Todo había cambiado de una manera tan horrible… El mundo perfecto de Solarïe se estaba muriendo. Cyinder se estaba muriendo. Ella misma sentía que le habían arrancado una parte de su corazón que no volvería jamás.

Aurige condujo el coche mientras la ciudad se moría ante sus ojos. Por las antes bulliciosas avenidas de los Cinco Amaneceres y Qentris, la gente corría asustada o permanecía escondida en sus casas después de observar con terror a los cinco soles congelados en el cielo, y especialmente al gran Solandis, cuya luz rojiza se perdería poco a poco hasta que llegase un horrible anochecer.

Aurige, Laila y Nimphia no lo supieron, pero en los primeros momentos la ciudad se vio envuelta en el caos. La gente de Solandis que llenaba las inmediaciones de la Torre de Cálime sintieron de pronto un profundo desasosiego, y entonces el sol de Nur se volvió rojo como una bola de fuego. La muchedumbre miró hacia las alturas a la vez que el pequeño sol se oscurecía, y de repente el cuarto sol de Cálime se apagó también.

La gente comenzó a gritar y a ponerse nerviosa. Algunos sintieron náuseas o se desmayaron igual que Cyinder mientras el resto de soles, los más grandes, perdían su luz hasta envolverse en tinieblas. Cuando el gran Solandis se volvió rojo el pánico fue absoluto, y los solarïes aterrorizados sintieron el deseo de huir y esconderse ante aquel suceso catastrófico.

Se produjeron disturbios y avalanchas, y cuando el suelo tembló, la gente huyó enloquecida, corriendo hacia sus casas, atropellándose y aplastándose unos contra otros en medio de un griterío terrorífico mientras trataban de alcanzar las ya oscuras avenidas al tiempo que el cielo se teñía de sangre. El seísmo que Laila vivió en la sala de las cortinas de sal derrumbó grandes edificios al paso de la gente y rompió la dorada tierra, tragándose casas enteras junto a sus horrorizados propietarios, que vivieron un espantoso final sepultados entre escombros y bloques de piedra sin que nadie pudiese ayudarlos.

La gente corría en todas direcciones llenos de pánico, intentando alcanzar refugios seguros mientras toda la ciudad de Solandis se tambaleaba. Huyeron hacia el palacio; sin embargo, las grandes puertas doradas estaban cerradas, y la muchedumbre de hadas aterradas y desprotegidas por su reina vieron cómo sus casas y sus vidas se hacían añicos hundiéndose en las grandes grietas abiertas en el suelo.

Luego el cataclismo cesó, y un silencio espantoso, peor aún que el mismo terremoto, envolvió toda la ciudad hasta que quedó en tinieblas cuando el último sol comenzó a apagarse. La gente se escondió en los edificios que aún quedaban en pie, esperando inútilmente el regreso de la luz y a su reina Hellia, que sin duda les salvaría de la catástrofe.

Lloraron aquel día y muchos días después. Luego la calma volvió poco a poco a la ciudad de Solandis, pero solo para que sus habitantes comprendieran que todo el reino agonizaba, y que su única esperanza era marcharse de Solarïe para siempre.

Aurige llevó el Mustang hacia el palacio sorteando los escombros y las brechas en los dorados senderos, a través de avenidas vacías en medio del llanto y la desesperación. Solandis se apagaba definitivamente y el cielo se oscurecía, más negro aún que la noche eterna de Lunarïe. El fantasmagórico paisaje en sombras se poblaba de muerte y desolación, y solo el dorado castillo al final de la avenida de Qentris brillaba como antaño y mantenía pequeñas luces encendidas en sus ventanales.

Condujo hasta las mismas puertas y luego se bajó del coche y golpeó las grandes planchas de oro macizo con sus propias manos. Nadie acudió a recibirlas ni a abrirles la entrada. Dentro del palacio, los nobles estaban más asustados que el propio pueblo, y se escondían temiendo los tumultos que se producirían en poco tiempo.

—¡Abrid! —gritó Aurige, golpeando una y otra vez—. ¡Abridnos! ¡Cyinder está con nosotras!

Nimphia se puso a gritar también, intentando reclamar la atención de los de dentro, y Laila se les unió odiando a aquellos nobles cobardes y desaprensivos.

—¡Abridnos! —aulló furiosa mientras golpeaba la puerta sin parar.

Al rato un pequeño halo de luz se abrió delante de ellas y unos ojos mortecinos las observaron asustados desde el quicio de la puerta. Aurige empujó hacia dentro con todas sus fuerzas. Notaba que quien estaba detrás trataba de cerrarles el paso.

—¡Cyinder está con nosotras! —gritó la lunarïe fuera de sí.

Laila y Nimphia la ayudaron desplazando la gran puerta, venciendo al guardián que había intentado proteger la entrada. La gran plancha dorada se abrió por completo, estrellándose con violencia contra la pared. Aurige traspasó el umbral y miró al hada, que le devolvió una mirada desquiciada.

—¡Avisa a la reina Hellia! —le gritó la lunarïe tomando el control de la situación —. ¡Cyinder está aquí, y se está muriendo!

El guardián compuso un gesto de terror mientras daba un paso hacia atrás. Luego dio media vuelta y echó a correr por la galería hasta que el sonido de sus pasos se perdió. Laila vio que a Aurige le temblaban las manos intentando controlarse. Entre todas llevaron el cuerpo inerte de Cyinder hacia el interior.

—¡Estúpidos solarïes! —exclamó la morena con rencor a la vez que depositaban a su amiga en el frío suelo.

Laila miró a su alrededor con curiosidad. Por primera vez contemplaba los grandes muros del palacio de Solandis. Más allá de la galería principal, llena de arcos dorados, se descubría un enorme jardín con fuentes y flores luminosas, rodeado por columnas altísimas bellamente talladas sobre suelos de mármol rosáceo, y alrededor de ese jardín se levantaban altos muros de oro en los que había torres y ventanales

con vidrieras cuajadas de cristales, que antes hubiesen brillado bajo la luz de los soles, pero que ahora parecían sucios y oscuros reflejos de la ciudad.

Dentro del palacio resplandecía una tenue luz, y las fuentes seguían manando agua que salpicaba el mármol. Las columnas estaban llenas de flores doradas y blancas que desprendían una suave fragancia. Parecía como si dentro de aquel recinto no hubiese ocurrido nada, y la miseria y la destrucción fuesen cosas muy lejanas que a nadie concernían. La paz y la belleza inundaban los sentidos de Laila, y de repente se imaginó que lo que habían vivido tras las puertas del palacio no era sino una pesadilla. ¿Cómo iba a ser posible que la gente de Solandis estuviese sufriendo si allí dentro se respiraba el perfume de las flores, y la quietud lo invadía todo serena y cálidamente?

Más allá del jardín se encontraba el edificio principal, que se alargaba estilizado hacia las alturas, repleto de pequeños balcones y torres picudas como los castillos de los cuentos. Laila percibió un pequeño alboroto en las puertas del mismo. Una figura dorada bajó los escalones a toda prisa y corrió sin ningún decoro atravesando el gran jardín hacia ellas con sus pies descalzos.

La misma reina Hellia en persona, con los cabellos tan largos que le llegaban a los pies, avanzaba sin esperar a su comitiva, y una aureola brillante flotaba alrededor de su cara mientras cientos de velos y gasas de seda se arremolinaban en torno a su esbelta figura. Según se acercaba, Laila pudo comprobar que la reina se parecía muchísimo a su hija, tan joven como ella, con su tez dorada y los ojos todavía luminosos. Llevaba en su frente una única joya: una tiara de oro trenzado que descendía hasta su cintura.

Impresionada, vio cómo se arrodillaba junto a su hija desvanecida y la abrazaba llorando mientras le acariciaba los cabellos y la llamaba por su nombre una y otra vez. Laila, que siempre pensó que la reina Hellia era un monstruo frívolo, sintió una gran pena por ella, y el odio que tenía acumulado contra su persona fue desapareciendo al descubrir cuánto quería a su hija.

Varias hadas de la nobleza se acercaron a su reina con la intención de ayudarla; sin embargo, ella levantó a Cyinder con sus propias manos y lentamente cruzó los jardines hacia los aposentos reales.

Aurige, Laila y Nimphia siguieron al cortejo sin que nadie se lo impidiese, aunque se dieron cuenta de que los nobles cerraban las puertas del palacio a sus espaldas. Se miraron inquietas, pero siguieron adelante, subiendo las pequeñas escalinatas por donde habían visto bajar corriendo a la reina, hasta un vestíbulo de muros elevados, todos de oro. Luego atravesaron grandes arcos hacia la que debía ser la sala del trono.

Hellia, sentada en los peldaños que conducían a un ignorado trono real, mecía a su hija como si le estuviese cantando una canción de cuna. Las tres amigas no sabían

qué hacer. Se acercaron a la reina, y después de contemplar a ambas figuras, Aurige y Nimphia hicieron una cortés reverencia. Laila las imitó torpemente.

La reina seguía cantando en susurros, con los ojos perdidos en las altas columnas, sumida en lejanos pensamientos.

—Majestad —susurró Aurige interrumpiéndola.

La reina salió de su sopor y miró a la lunarïe sin reconocerla en un principio. Luego se dio cuenta de que aquella chica morena era la hija de Titania, y le sonrió con tristeza.

—Ha sido culpa mía —dijo con voz aterciopelada—. Todo es culpa mía. Mi hija se está muriendo igual que todo Solarïe y solo yo puedo salvarla. Yo soy la culpable… Yo soy la culpable…

Las tres permanecieron en silencio escuchando sus palabras hasta que se dieron cuenta de que la reina repetía una y otra vez la misma frase, como si hubiese perdido la razón. Aurige intentó por última vez preguntarle por el destino de Cyinder, pero Hellia no le prestó más atención y siguió perdida en medio de sueños y tinieblas mientras su reino se desmoronaba a su alrededor.

Las tres amigas pasaron aquellos días angustiosos recluidas en los aposentos más lujosos de todo el palacio sin saber nada de la reina ni de Cyinder. Las habían alojado en una torre de oro, y desde las altas ventanas veían la ciudad de Solandis cayendo poco a poco en medio de la perpetua oscuridad. Se seguían produciendo pequeños seísmos de vez en cuando, aunque los muros del palacio apenas se movían. Al principio, esos movimientos de tierra les causaban pavor, pero luego dejaron de tener importancia. Algo peor estaba ocurriendo en todo Solarïe: la gente se marchaba.

Al segundo día de estar allí, Laila, Nimphia y Aurige observaron la llegada de miles de hadas atravesando las avenidas de Qentris, los Cinco Amaneceres y Luthus Azul hasta que llegaron a las puertas del castillo. Querían hablar con la reina, tal y como habían suplicado el día anterior. Sin embargo, no hubo respuesta, ni las puertas del palacio se abrieron. Las hadas, con la esperanza en la reina perdida ya para siempre, abandonaron las inmediaciones del castillo, y poco después, grandes procesiones de gente a pie y caravanas de coches cruzaban las últimas casas derruidas de la avenida de Qentris y desaparecían en la distancia.

Dentro del palacio no les faltaba nada en absoluto, y podían recorrerlo a sus anchas con total libertad, pues los nobles y las damas de compañía no ponían ninguna objeción. Pero no contestaban a sus insistentes preguntas sobre el estado de salud de Cyinder. En los primeros momentos habían recorrido los grandes recibidores y las bellas estancias, admirando las altas columnas y las increíbles estatuas blancas que decoraban cada recinto, perdiéndose en salones de música, salas de fiestas y

conferencias, gigantescos comedores llenos de cuadros y objetos increíbles, buscando siempre una señal de la reina Hellia.

Tiempo después, aburridas y hastiadas, permanecieron en la torre donde las habían alojado sin querer salir de allí, mirando por las ventanas el cielo oscuro con los cinco soles petrificados mientras la ciudad a sus pies se consumía.

—¡Esto es horrible! —exclamó Aurige protestando por cuarta vez en la misma hora—. ¡No podemos hacer nada y nadie nos dice dónde está Cyinder ni qué le está ocurriendo!

Nimphia se apartó de la ventana y miró a la habitación. Las mesas estaban llenas de pasteles y flores, y por todos lados se respiraba la suave fragancia, que en lugar de darles paz, las exasperaba y crispaba por la inutilidad que representaba el palacio. Vivían dentro de la melancolía y del desasosiego, porque no sabían a qué estaba esperando la reina para contarles qué sucedía.

Laila se reprochaba constantemente la pérdida del Grano de las Arenas, hasta tal punto que incluso Nimphia le gritó en una ocasión que dejase ya aquella estúpida cantinela. Luego se disculpó al ver la tristeza de la muchacha, pero en el ánimo de todas flotaba la ausencia de Cyinder y cualquier chispa bastaba para desencadenar una pelea.

Por hacer algo, Laila se puso a ordenar sus pertenencias, y entonces se acordó del extraño medallón que el gran espectro le había obligado a buscar entre la sal. Lo sacó del chaquetón donde lo había guardado, y lo contempló unos momentos con indecisión. Realmente aquel pedazo de metal plateado no le decía nada, aunque se preguntaba por qué el maldito fantasma había querido que ella lo encontrase antes de desaparecer.

Volvió junto a sus amigas y se lo mostró, relatándoles la última parte de su fracaso en la Torre de Cálime, que ella había silenciado por considerar que nada ya importaba. Aurige tomó el medallón y lo observó cuidadosamente con los ojos convertidos en rendijas.

Por una cara, la medalla tenía esculpida una serpiente con una cabeza en cada extremo de su cuerpo ondulante, que atravesaba todo el metal y dividía el círculo en dos partes. En la superior se podían ver cinco esferas que parecían los cinco soles de Solarïe, perfectamente separados unos de otros, y en la parte inferior una esfera plateada que sin duda representaba al reino de Lunarïe. Los bordes del medallón estaban llenos de signos extraños que Aurige no pudo descifrar. Luego le dio la vuelta girando la cadena sobre sus dedos y la lunarïe dio un salto.

En la otra cara, esculpidas sobre el metal plateado, había seis medias esferas en torno a una séptima más grande en el centro. Las dos miraron incrédulas el medallón de metal durante unos momentos.

—¡El dibujo de nuestro tapiz! —exclamó Nimphia contenta por primera vez

desde su llegada al palacio.

Aurige asintió despacio mientras le daba vueltas a la medalla sobre su asa.

—¿Qué significará? —preguntó Laila sintiendo cierta alegría por fin al descubrir que podían pensar en algo más que no fuese la muerte de Solarïe.

—No lo sé —dijo Aurige intentando descifrar el significado de los símbolos grabados sobre el metal—, pero es muy antiguo.

—Y debe guardar alguna relación con el reino de Firïe —sugirió Nimphia con una gran sonrisa—. Es igual que nuestro tapiz, así que uno de esos círculos debe pertenecer al reino perdido…

—Entonces otro representa a Ithirïe —dijo Laila con cara seria, recordando a los espectros de la torre que tenían el mismo color de cabellos que ella.

—A los traidores de Ithirïe —corrigió Aurige.

De repente a Laila le sentó mal aquel insulto.

—¡¿Y por qué van a ser traidores?! —gritó con furia.

Sus amigas se asombraron. Nimphia abrió la boca para responder pero ella siguió increpándolas.

—¡A ver, explicadme por qué son unos traidores! No sabemos qué fue lo que hicieron ni por qué se les encerró en esa maldita torre. ¿Traidores a quién? ¿A Solarïe? ¿A Lunarïe? Vivieron miles de años allí dentro hasta que se murieron sin que nadie tuviese piedad de ellos…

—Tranquilízate, chica —dijo Nimphia—, no te lo tomes como algo personal.

Laila suspiró recobrando la calma poco a poco.

—Lo siento —se disculpó—. Me dieron mucha pena. ¿Creéis que se merecieron estar allí dentro hasta el final de sus días?

—No lo sé —habló Nimphia—. Y quizás nunca lo sepamos. Ahora lo que importa es Solarïe. No tenemos nada que ver con los ithirïes.

Laila se quedó callada, dudando si aquella afirmación de su amiga era cierta. Aurige le devolvió el medallón, pensativa, y ya no volvió a hablar el resto del día. Nimphia se entretuvo cuidando el huevo de arpía y analizando la máscara Acuarïe. Laila se apostó en la ventana mirando a los cinco soles, mientras lo único que deseaba era regresar junto a su padre e iniciar un interrogatorio que no acabaría hasta que todas sus sospechas estuviesen bien aclaradas.

Llegó el tercer día, más oscuro que todos los anteriores, y las tres observaron una extraña comitiva acercarse al palacio hasta llegar junto a las grandes puertas. Desde las alturas, Laila vio a cientos de hadas vestidas como muñecas y princesas de los cuentos, con varitas mágicas y velos de seda, llamando a la reina Hellia. Nadie les abrió.

—Shilayas —anunció Nimphia—. Viven en las montañas que les han dado su

nombre, muy lejos, al suroeste de aquí.

—¿A qué habrán venido? —preguntó Laila.

—A saber qué ha ocurrido, igual que nosotras —respondió Aurige desdeñosa.

El castillo permaneció cerrado, y después de mucho tiempo junto a las puertas, las shilayas se marcharon caminando por la avenida de Qentris en su gigantesca procesión, desapareciendo en la oscura niebla que rodeaba la ciudad.

La situación se volvió angustiosa y la espera les crispaba los nervios. Ninguna quería hablar del medallón de los Ithirïes, pero de vez en cuando Aurige miraba a Laila y permanecía en un mutismo que hacía aún peor la convivencia. El confinamiento se hacía pesado y agobiante, y Laila creyó que aborrecería el color dorado para el resto de su vida. El tiempo pasaba y crecía el desasosiego.

Un día después, Nimphia les informó de que sus cálculos con el reloj de tiempo indicaban que se encontraban a veinte del agosto nemhirie, y Laila comenzó a preocuparse seriamente por la posibilidad de regresar a su casa. Tenía que hablar con su padre, y además algún día tendría que regresar a Lomondcastle, pero no podía comentar esas ideas con sus amigas sin parecer despiadada e insensible con respecto a todo lo que la rodeaba.

De repente una explosión luminosa inundó el castillo y las tres amigas se asustaron ante aquella potencia de energía inesperada. La luz atravesó las ventanas hacia el paisaje muerto de Solandis y luego se desvaneció hasta que se hizo de nuevo la oscuridad. Estaban intrigadas por aquel extraño prodigio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Laila saliendo de los aposentos hacia el corredor.

—Magia de Solarïe —contestó Aurige—. Ahora mismo solo la reina Hellia tiene poder para hacer algo así.

Buscaron por los pasillos, pero todo permanecía en silencio, envuelto en una tenebrosa luz dorada que se perdía en las sombras de las columnas.

—¿Creéis que el demonio podría atacarnos ahora? —preguntó Laila temerosa, recordando la siniestra figura de dientes afilados dentro de la Torre de Cálime.

Nimphia palideció.

—No lo creo —respondió Aurige—. Dudo que se atreva a entrar en el castillo, aunque estoy segura de que campa a sus anchas por todo Solandis.

Volvieron a la habitación y cerraron la puerta. Nimphia echó un pequeño pestillo con manos temblorosas y Laila no la culpó. En el fondo sentía el mismo pánico que ella.

—¡Hasta cuándo nos van a tener aquí encerradas sin explicarnos lo que ocurre! —exclamó Aurige fuera de sí—. ¿Qué está esperando Hellia para darnos noticias de Cyinder?

—¿Tú crees que la reina se va a dignar a contarnos a nosotras lo que pasa? —preguntó Nimphia sin apartar la vista de la puerta—. ¿Acaso tu madre estaría

obligada en algún momento a darte explicaciones de lo que ocurre en Lunarïe?

Aurige se sentó pesadamente en un diván con los brazos cruzados mientras refunfuñaba y ponía cara de enfado. Pero efectivamente Nimphia tenía razón. Nadie acudió a aclararles ningún suceso en toda la mañana. Comieron a desgana los manjares que eran cada día más escasos y sencillos. Vivir en aquella prisión de oro las estaba consumiendo por dentro y ya apenas le encontraban sabor a las cosas.

Aurige dio un golpe sobre la mesa haciendo desparramarse el agua que llenaba las copas de cristal dorado. Nimphia y Laila la miraron sobresaltadas.

—¡Ya no aguanto más! —exclamó con rabia—. Llevamos cuatro días encerradas sin saber nada de Cyinder. Ahora mismo voy a buscar a la reina Hellia y si es necesario, pondré el palacio patas arriba hasta que alguien me diga qué es lo que está pasando.

Se levantó del diván y se dirigió a la entrada de la habitación sin ver si sus amigas la seguían. Nimphia fue tras ella, y en el momento mismo en que la lunarïe descorría el dorado pestillo, el picaporte de oro giró sobre sí mismo y la puerta comenzó a abrirse. Aurige dio un paso hacia atrás.

Frente a ellas, tres hadas vestidas de rojo oscuro y la cara pintada con surcos de color sangre desde la frente hasta la barbilla las miraban reclamando su atención. Laila se puso rígida y Nimphia se llevó una mano a la boca.

—¡El atuendo de luto de Solarïe! —exclamó con un susurro entrecortado.

Laila abrió los ojos, atemorizada ante la visión de aquellas marcas sanguinolentas en los bellos rostros de las solarïes como si hubiesen sufrido una matanza. ¡El luto de Solarïe! Nunca habría imaginado una representación tan macabra. Temía lo peor.

—La dama Cyinder reclama vuestra presencia —dijo una de las hadas, con los brazos envueltos en cintas rojas tan largas que llegaban hasta el suelo.

—¿Cyinder? —repitió Aurige asombrada e incrédula a la vez—. ¿Está viva?

La dama de compañía sonrió con tristeza ante la confusión de la lunarïe.

—Acompañadnos, por favor.

Las tres se dieron media vuelta y comenzaron a caminar a través del amplio corredor lleno de columnas con flores doradas. Sus vestidos púrpura ondeaban como regueros de sangre y Aurige salió detrás de ellas inmediatamente. Laila y Nimphia la siguieron.

Al momento sintieron un tenue perfume a incienso que llenaba todo el palacio. La luz era triste y apagada en señal de duelo. Las tres amigas se miraron inquietas ante aquellos signos funerarios que inundaban cada una de las estancias que atravesaban. Finalmente llegaron a un nuevo corredor con habitaciones cerradas, y las damas las condujeron hasta unas grandes puertas de oro al final de una galería de altos ventanales emplomados, por donde se veía el triste paisaje mortecino de Solandis.

—La dama Cyinder os espera —dijo una de las doncellas haciendo una

reverencia.

Luego las tres hadas ataviadas de rojo se marcharon silenciosamente hasta desaparecer en la penumbra del corredor. Aurige empujó las puertas muy despacio, temerosa de lo que pudiese encontrar en aquella habitación.

Entonces las tres contemplaron impresionadas un bello salón recibidor de color malva, lleno de librerías ocupadas por cientos de libros. El suelo de mármol rosáceo estaba cubierto de alfombras de seda, y varios sillones se colocaban en círculo alrededor de una pequeña mesita de oro para atender a las visitas. A un lado, una puerta conduciría sin dudas a los aposentos privados de Cyinder, y al frente, más allá de los sillones, una puerta acristalada se abría a un gran balcón que daba a la ciudad. Aquella terraza estaba concebida para mirar siempre hacia la estela de los cinco soles, pero ahora la oscuridad era el único paisaje visible tras los ventanales.

En medio de la penumbra, observando la ciudad desde la baranda de piedra, una figura vestida de blanco les daba la espalda.

Las tres avanzaron hacia ella despacio y Laila sintió una punzada de inquietud. La figura de dorados cabellos sintió que algo se movía tras ella y se dio la vuelta lentamente.

Era Cyinder.

Aurige y Nimphia corrieron emocionadas, y Laila suspiró de alivio. Por un momento había temido que la figura fuese la de la reina Hellia, decidida a contarles una terrible noticia. Después de unos segundos viendo cómo se reunían las tres amigas, se acercó sintiendo una inmensa alegría y abrazó a su compañera Solarïe riendo y llorando. Aurige lanzó toda una sarta de imprecaciones que no engañaba a nadie.

—¡Mira que eres vaga! —exclamó riendo—. Cuatro días durmiendo sin parar como una marmota, y nosotras preocupadas por ti. La próxima vez te dejaremos tirada como nos vuelvas a hacer una faena como esta…

Cyinder abrió los labios en una gran sonrisa y luego las volvió a abrazar a todas fuertemente. Las ojeras se marcaban en su rostro, de nuevo dorado y luminoso, pero hizo lo posible durante aquel encuentro para que sus amigas apenas notasen su cansancio. Entraron de nuevo en el recibidor y Cyinder cerró las puertas de cristal de la terraza a sus espaldas. Les indicó que se sentasen en los mullidos sillones.

—Bueno, dormilona —dijo Nimphia por fin—. Explícanos qué es lo que te ha pasado. Llevamos cuatro días dando vueltas por el palacio sin saber nada de ti.

—No lo sé con certeza —contestó la rubia con ojos cansados y la cara seria—. Lo último que recuerdo antes de despertar en mi habitación es la cámara de los espectros en la torre. De repente fue como si me quedase sin respiración y alguien me arrancase algo del cuerpo. Sentí náuseas y me desmayé. Cuando abrí los ojos, hace un rato, mi madre tenía sus manos sobre mi frente y había mucha luz a mi alrededor. Luego me

quedé dormida hasta que mi madre me despertó diciéndome que se tenía que marchar. Ha estado conmigo todo el tiempo, sin apartarse de mi lado ni un segundo —exclamó con cariño.

—Esa luz debió ser el fogonazo que vimos en el castillo esta mañana —comentó Nimphia.

Cyinder levantó los hombros sin saber a qué se refería.

—¿No te ha contado nada? —preguntó Aurige con intensidad.

—No. Pero ha ocurrido algo espantoso, ¿verdad? —dijo Cyinder mirando hacia la oscuridad del balcón—. No percibo magia y los soles se han apagado… como si se hubiesen muerto…

Las tres permanecieron calladas unos segundos.

—Lo importante es que por fin estás bien —dijo Nimphia desviando el tema—. Tienes que descansar y reponerte por completo. Eso es lo único que importa.

—Quisiera que me contarais qué es lo que le ha pasado a Solarïe —dijo Cyinder obstinadamente, con una voz que más que de deseo, era de mandato.

Aurige y Nimphia se miraron y Laila tragó saliva.

—Tampoco lo sabemos —contestó la lunarïe con voz suave—. Tienes que descansar, como dice Nimphia. Luego, a la hora de la cena, volveremos a buscarte.

—No va a poder ser —negó Cyinder con tristeza—. Mi madre quiere que cene con ella en privado. Tiene cosas que contarme, pero yo quisiera saberlas antes, por vosotras.

De nuevo un silencio inundó el salón.

—Mira, Cyinder —dijo Aurige—, las cosas no están bien aquí en Solarïe. No sabemos cuál ha sido la causa, pero los soles se apagaron a la vez que tú te desmayaste. La gente está desesperada y todo el mundo se está marchando de Solandis. Tu madre…

Se quedó callada, sin saber cómo decirle el resto.

—Tu madre intentó hablar con el pueblo —dijo Laila rápidamente sin tartamudear—, pero la gente estaba muy asustada. Se produjeron terremotos y muchos edificios se derrumbaron. Aunque tu madre les pidió que se quedasen, no quisieron oír sus palabras.

A Aurige y Nimphia se les dibujó la sorpresa en el rostro.

—¿Mi madre intentó que la gente no se marchase? —preguntó Cyinder con orgullo.

Nimphia tenía la boca abierta, pero inmediatamente se aprestó a afirmar con exageración.

—Ni las shilayas quisieron quedarse —inventó Aurige.

La cara de Cyinder volvió a tomar color mientras sentía que la furia la invadía.

—¡Son despreciables! Mi pobre madre… Me la imagino desesperada, tratando de

retenerles. ¡No se merecen a una reina como ella! Algún día, yo…

—No te enfades con el pueblo —susurró Nimphia, asustada por el lío que estaban formando entre todas—. La gente tiene miedo, y cuando se dieron cuenta de que la magia había desaparecido, hicieron lo primero que se les ocurrió: huir.

—¡Un pueblo de cobardes! —gritó la rubia—. ¡Eso es lo que voy a heredar!

—Tranquilízate —pidió Aurige inquieta—. Todo se solucionará, no te preocupes. Necesitas descansar.

—Mi madre ha decretado luto oficial —siguió Cyinder sin escucharla ni querer calmarse—. Ahora entiendo por qué. Solarïe se está muriendo, eso lo noto en mi interior, pero creo que el luto es por la gente. La gente de Solandis, que ya estaba muerta hace tiempo y es ahora cuando mi madre se ha dado cuenta…

—¡No hables así! —exclamó Aurige—. Espera a ver qué es lo que te dice tu madre en la cena. Estaremos en nuestras habitaciones esperándote por si luego quieres reunirte con nosotras.

Cyinder asintió. Las otras se pusieron en pie como si les hubiese entrado una prisa frenética por salir de allí.

—Estamos muy contentas de verte bien de nuevo —dijo Nimphia mientras abandonaba el cómodo sillón—. Hemos estado muy preocupadas, aunque ahora estoy segura de que todo se va a arreglar.

Laila y Aurige se despidieron cariñosamente y se dirigieron a la salida tratando de no mirar a Cyinder a la cara.

—¡Esperad! —dijo de repente la Solarïe a sus espaldas—. ¿Y el Grano de las Arenas?

Laila se quedó petrificada. Aurige ya había abierto las puertas y se volvió hacia su amiga mientras las otras se escabullían hacia el pasillo.

—No lo pudimos conseguir —contestó por fin la lunarïe. La cara de Cyinder se ensombreció—. Ya te lo explicaremos después. Tampoco es tan importante.

Después alzó la mano despidiéndose y se marchó a toda prisa detrás de las otras.

—¡Vaya mentirosa estás hecha! —increpó Aurige a Laila ya en la habitación—. A ver cómo nos las arreglamos ahora para salir de este lío…

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que pusiera verde a su madre encima de todo lo que está pasando?

—Se lo merecería —contestó la lunarïe con dureza—. Hellia no ha sabido afrontar la catástrofe de Solarïe como le corresponde. Siempre he creído que es una reina de marioneta.

A Laila le daba mucha pena la situación que estaban viviendo, aunque ella opinaba casi igual que Aurige. La única que perdía con todo aquello era Cyinder.

—No os enfadéis —intercedió Nimphia—. Esperaremos la llegada de Cyinder después de cenar. Al menos volvemos a estar juntas.

Pasaron las horas largas y tediosas. Laila miraba constantemente hacia la puerta mientras devoraba sistemáticamente un racimo de uvas azules de Krum, uno de los pocos alimentos que aún quedaban en las despensas del palacio. Nimphia paseó por la habitación durante un rato, dando vueltas nerviosamente, y después volvió a retomar sus anotaciones sobre la máscara de Acuarïe.

Laila no quiso sacar de nuevo el medallón de los Ithirïes. Contemplarlo le daba una sensación de angustia y hacía que los deseos de marcharse fuesen cada vez más fuertes.

Aurige trataba de entretenerse con un juego muy popular en Lunarïe: el laberinto de Aracnia. Creaba una gran tela de araña en la que había dos pequeños ejércitos enfrentados a cada lado de la red. Conforme las tropas avanzaban por las celdillas, asomaban nuevos peligros o enigmas que había que desentrañar. Si se resolvían satisfactoriamente, el ejército avanzaba con un nuevo miembro arácnido, y si no era así, la celda se tragaba a todos los soldados que estuviesen a su alrededor.

Laila intentó jugar con ella, pero apenas lograba avanzar un par de filas antes de que las arañas de Aurige se lanzaran sobre su ejército, envolviéndolo en capullos de seda negra. Después de cuatro fracasos seguidos, desistió.

En ese momento sonaron en la puerta unos golpecitos y el picaporte giró. Las tres miraron hacia la entrada mientras la telaraña del juego desaparecía en el aire. Cyinder apareció vestida de rojo sangre, con la cara marcada por los regueros purpúreos verticales del luto y todas se levantaron de sus asientos corriendo hacia ella.

Se notaba que había estado llorando por los surcos blancos sobre las marcas rojas. La acompañaron hasta los grandes sillones. La rubia permaneció en silencio unos segundos y luego ahogó un gemido.

—¡Han robado las Arenas de Solarïe! —exclamó de repente, sollozando. Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

—¡¿Cómo?! —gritó Aurige violentamente poniéndose en pie.

—¿Cómo que han robado las Arenas? —repitió Nimphia con cara de incredulidad —. ¿Cuándo? ¿Quién?

—No sabemos quién ha sido —lloró la Solarïe—. Ocurrió durante el concurso en la Torre de Cálime. Entraron hasta la cámara del tesoro mientras toda la ciudad estaba pendiente de nosotras.

—¡Pero nadie conoce los secretos del palacio! —exclamó Aurige—. ¡Es imposible alcanzar los subterráneos y llegar hasta el tesoro! Tú misma nos lo has contado cientos de veces.

—¡Pues lo hicieron! —insistió Cyinder con la voz quebrada—. Esquivaron a los guardias y anularon todas las trampas. Se llevaron las Arenas antes de que alguien pudiera darse cuenta.

Todas permanecieron en silencio asimilando la terrible noticia. Laila sabía que las

Arenas de Solarïe ya no tenían influencia mágica sobre todo el reino porque Aurige les había advertido que algo había ocurrido con aquellas perlas, pero nunca imaginó que un robo fuese la causa de la destrucción del mundo dorado de Cyinder. Sintió que el corazón se le agarrotaba de rabia y de tristeza mientras intentaba pensar en algún responsable de aquel horrible crimen.

—¿No tenéis ninguna pista sobre los ladrones? —preguntó.

Cyinder negó con la cabeza y se secó las lágrimas, manchándose las manos de rojo como si hubiese llorado sangre. —Las de Acuarïe —acusó Nimphia con voz tenebrosa. La rubia volvió a negar.

—Eso mismo le dije yo a mi madre cuando me lo contó. Pero todo es mucho más horrible aún. En estos días mi madre ha intentado enviar emisarios a Acuarïe y ha escrito a Tritia, pues todo el palacio sabe ya que el gremio del agua consiguió llevarse el último Grano de Solarïe en la Torre de Cálime.

Volvió a sollozar y Nimphia le pasó un brazo por los hombros para consolarla.

—¿Y qué ha contestado la reina Tritia?

—Dice que no sabe de qué le habla mi madre. Niega toda responsabilidad sobre los hechos y ha declarado que no va a tolerar que la insultemos a ella o a su reino, llamándoles ladrones. Además, niega que exista ningún gremio que participe en algún concurso, y dice que nadie ha salido de Acuarïe en miles de años.

—¡Miente! —gritó Aurige dando vueltas por la estancia—. Todas sabemos que Atlantia se llevó el Grano.

—¡Y yo puedo atestiguarlo! —añadió Laila de repente, pálida por la ira.

—Tu palabra no vale nada contra la de la reina Tritia. No te enfades, pero eres una nemhirie. Nadie te creerá.

Laila abrió la boca para protestar, pero Nimphia la interrumpió.

—Entonces, ¿habéis pedido a Tritia la devolución del Grano de las Arenas?

—Mi madre le ha suplicado —exclamó Cyinder—. ¡Suplicado! Y esa bruja se niega a admitir que el Grano de Solarïe esté en su reino. Además, nos advierte que no va a permitir la entrada de nadie en Acuarïe, ni emisarios ni embajadores. Acuarïe se ha cerrado, incluso a las sacerdotisas de Lunarïe.

—Quizás no lo tenga la reina —dijo Nimphia—. A lo mejor Atlantia no se lo ha entregado a nadie… Ella es la única que quedó con vida, y quién sabe lo que quiere hacer con él.

—Puede hacer cualquier cosa que desee mientras no sea con afán de destruir —explicó Cyinder—. Un solo Grano basta para devolver la vida a todo un reino. Si Atlantia decide gastarlo, solo quedará mi madre en todo Solarïe con poder para mantener el último resquicio de vida que existe, que es aquí, en el palacio. Ella es ahora la única que sostiene la poca magia que queda.

—Entonces, ¿el resto de las Arenas no está aquí, en Faerie? —preguntó Laila,

asombrada.

—No. Esa es otra de las cosas terribles que agravan la situación. Solo pueden haberlas llevado al mundo de los nemhiries. Mi madre no siente la presencia de las Arenas en todo Ïalanthilïan, solo un pequeño destello: la perla que aún existe en Acuarïe. ¡Si yo pudiese entrar, podría localizarla fácilmente! —exclamó con rabia.

Laila se quedó mirándola sin saber qué decir. Se sentía ahora terriblemente culpable por haber dejado el Grano en manos de Atlantia en el último momento, y la implicación de su propio mundo en el robo de las Arenas no le gustaba en absoluto. De repente, una figura vestida de negro se coló en su mente como una premonición.

—Jack Crow —susurró a sus amigas.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Aurige sin entenderla.

—¡El hombre de negro! Jack Crow —repitió Laila.

—Imposible —negó la lunarïe con rotundidad—. Y un nemhirie, menos que nadie, podría entrar en el palacio y llegar hasta el tesoro por sus propios medios.

—¿Y si le hubiesen ayudado? —advirtió Nimphia levantando una ceja, dispuesta a creer cualquier posibilidad.

—Es una locura —dijo Cyinder moviéndose alrededor de la habitación. Tenía fuego en los ojos. Cogió un racimo de uvas y se puso a comérselas como en los mejores tiempos—. Creo más en la probabilidad de las acuarïes. Mi madre ha tenido una idea, pero no me gusta en absoluto…

—¿Tú crees que las acuarïes se llevarían las arenas a mi mundo? —la interrumpió Laila, defendiendo su teoría a pesar de ser completamente descabellada.

—¿Y para qué las querría un nemhirie? —terció Aurige con desprecio.

—¿Que para qué las querría? —se sorprendió Cyinder—. No os podéis imaginar todo lo que podría hacer con ellas. Tendría un poder ilimitado. Podría dominar todo el mundo de Faerie y el mundo de los nemhiries sin oposición. Nadie podría enfrentarse a aquel que fuese el dueño de las Arenas de Solarïe. El poder de los granos solo funciona en el reino donde se encuentren. No sirven para destruir, pero podrían crean un ejército invencible, un ejército de monstruos, por ejemplo…

Laila se sintió aterrorizada por aquellas palabras. Imaginar al hombre de negro poseyendo semejante poder le inquietaba más aún que la propia muerte de Solarïe.

—No me lo creo —le espetó Aurige—. No es posible que el nemhirie consiguiese robar las Arenas.

—Pues si él no fue, ¿quién? —contestó Laila—. No se me ocurre nadie más. Además, estaba merodeando la Torre de Cálime la última vez que le vimos. Dejó muy claras sus intenciones de entrar en el edificio prisión antes de marcharse.

Aurige recordó aquella escena. Ninguna notó su turbación.

—A mí tampoco termina de convencerme esa posibilidad —dijo Nimphia—. A menos que recibiera ayuda de alguien que conociese los entresijos del palacio.

—Ayuda… ¿de quién? —preguntó Cyinder—. ¿No sugerirás que mi madre le haya contado cómo bloquear las trampas y sortear a los guardias para robar las Arenas…?

—¡No seas bruta! —se asombró Nimphia—. ¡Cómo vamos a pensar una cosa así! No tiene ni pies ni cabeza.

Cyinder volvió a sentarse, agotada por el cansancio y el nerviosismo, y de nuevo se puso a llorar.

—Sea quien haya sido, tenemos que hacer algo —propuso Laila, desconsolada.

—¿El qué? —preguntó Nimphia.

—No lo sé. Por ejemplo, ir a Acuarïe y robarles el Grano a ellas. Así, Cyinder podrá devolverle la vida a Solarïe.

Se hizo un silencio abrumador. Cyinder la miró con un destello de curiosidad en los ojos.

—¡Estoy de acuerdo contigo, nemhirie! —exclamó Aurige—. ¡Vayamos para allá y quitémosles nuestro tesoro!

Se levantó del sillón nuevamente y se puso a dar vueltas, meditabunda, como un león enjaulado.

—Espera, espera —dijo Nimphia—. ¿Cómo vamos a entrar en Acuarïe? Tritia lo mantiene cerrado y no va a permitir que entren ni siquiera los embajadores de Solarïe…

—Hay una oportunidad —dijo Cyinder con voz más animada. Volvía a ser la vieja Cyinder que todas conocían.

—¿Cuál? —preguntó Aurige con impaciencia.

—No es entrar en Acuarïe —aclaró la rubia—. Hablo de la opción que propone mi madre. No os la he contado desde el principio porque no me gusta en absoluto, y supone permitir al Reino Blanco la intromisión en todos los asuntos de Solarïe. Pero con tal de ver a Tritia arrastrarse por el suelo, estoy decidida a apoyar a mi madre en todo…

Aurige y Laila sintieron una pequeña punzada de decepción al no poder poner en práctica la idea de entrar en Acuarïe a escondidas.

—Mi madre ha pedido ayuda a la reina Blanca —dijo Cyinder, desvelando el misterio—, y Maeve ha convocado un Concilio Real, aquí en Solandis, dentro de siete días. Acudirán todas las reinas de Faerie, y entonces Maeve obligará a Tritia a devolver el Grano de las Arenas, o a abrir su mundo para emprender una investigación encabezada por el Reino Blanco, a fin de conocer qué interés esconde en mantener cerrado el reino de Acuarïe.

—¡Es una idea estupenda! —alabó Nimphia—. ¿Por qué no te gusta?

—Porque entonces mi madre tendrá una deuda de honor con el Reino Blanco de por vida, y la vieja Mab podrá inmiscuirse en los asuntos de Solarïe cuando lo crea

oportuno. El Reino Blanco tiene unas ideas muy rígidas y aplica la ley de forma muy severa, y en Solarïe siempre hemos gozado de gran libertad para hacer todo lo que nos plazca… Pero ahora, con tal de ver a esa bruja de Tritia humillada, soy capaz de abrirle las puertas de mi propia habitación a la vieja Maeve.

—Entonces —se animó Nimphia—, ¿mi madre va a venir a Solarïe?

Cyinder asintió. Luego todas vieron el gesto de disgusto de Aurige.

—Pues yo no quiero ver a la mía —dijo oscuramente—. No creo que aporte nada de interés.

—No seas así, lunarïe —protestó Nimphia—. Seguro que intentará ayudar a Hellia.

—No es obligatorio que vayamos al Concilio —dijo Cyinder—, pero sería adecuado asistir. Evidentemente, estamos invitadas a participar, y le pediré a mi madre que te permita asistir a ti también —añadió mirando a Laila.

—¿Yo? —se asombró la muchacha ante aquel supuesto honor.

—Por supuesto. Eres una de mis mejores amigas —se sinceró la solarïe—. Tengo el derecho a invitar a quien quiera.

Laila se emocionó, pero de repente se dio cuenta de que no tenía ni idea de protocolo real, ni sabía cómo debía comportarse en una reunión de tal magnitud. Se puso nerviosa, y al rato confesó a sus amigas que no creía que fuese digna de presenciar una asamblea de reinas.

—No tienes que decir nada —le informó Aurige—. Solo tienes que estar sentada muy calladita. Va a ser un rollo insoportable, ya lo verás.

—Eso sí, tendréis que ir de luto —dijo Cyinder con una sonrisa traviesa.

—¿Seguro que Tritia va a asistir? —preguntó Nimphia.

—Por supuesto —intervino Aurige sin pestañear—. No puede desobedecer a la reina Maeve. Si lo hiciese, sería su fin.

—Pues yo no estaría tan segura —susurró la de Airïe—. La reina de Acuarïe guarda muchos secretos, y no me extrañaría que nos tuviese reservada alguna sorpresa.

15
El concilio de las reinas

Durante aquellos días el palacio pareció recobrar de manera efímera el bullicio y el ajetreo de costumbre. Damas y nobles trataban de realizar los preparativos para el gran Concilio como mejor sabían, solo que existía una dificultad añadida: jamás habían utilizado sus propias manos para hacer realidad sus propósitos, y el tener que limpiar habitaciones sin ayuda de la magia, cuidar de los jardines, organizar despachos y mensajes, preparar la escasa y triste comida que quedaba, etc., eran tareas que les parecían desproporcionadas e imposibles de cumplir. Muchas hadas se desesperaban por el simple hecho de tener que hacer camas o doblar la ropa, y con estas pequeñas cosas, Laila disfrutaba malévolamente al comprobar la superioridad de los nemhiries frente a Faerie cuando estaban en igualdad de condiciones.

Cyinder las visitaba a diario, hasta el punto que tres días antes del Concilio de las Reinas se mudó con ellas a las habitaciones de invitados. Aquello fue como un soplo de aire fresco, pues aunque la tristeza flotaba permanentemente en el ambiente, la presencia de la solarïe las reconfortaba en la creencia de que todo iba a salir bien.

Laila le enseñó por fin el colgante de los Ithirïes, y de nuevo todas se reunieron como cuando habitaban su cuartel general, para comentar las ideas que se les ocurrían.

—Yo creo que es una clave —dijo Aurige girándolo sobre sí mismo—. ¿Dices que estaba en una fuente llena de sal?

—Sí —respondió Laila.

—Entonces nadie en todo Faerie podría haberlo sacado de su escondite. Tiene que tener un valor muy importante para que estuviese oculto durante tanto tiempo en un sitio como la Torre de Cálime.

Todas comenzaron a imaginarse cuál podría ser el significado que los Ithirïes ocultaban en el medallón. La serpiente de dos cabezas parecía mirarlas con una sonrisa retadora. Arriba brillaban los cinco soles, que parecían dominar a la esfera única bajo el cuerpo ondulante de la misteriosa serpiente.

Se lo pasaron de una a otra, pero fue inútil. Los signos grabados en el borde eran irreconocibles y, desanimadas, lo apartaron a un lado. Entonces Cyinder le pidió a Laila que se probase su vestido de luto rojo. Las damas de la corte lo habían intentado coser con patrones de modistas, aunque el resultado final era tan horrible que Laila se negó a ponerse aquel disfraz de carnaval.

Aurige y Nimphia no tuvieron ningún problema en cambiar sus vestidos al momento, y Cyinder las observaba con pena y envidia mientras sus trajes se transformaban rápidamente, una y otra vez, en miles de diseños que cambiaban de forma y de color. La lunarïe aceptó por fin un vestido negro, y Nimphia apareció con

un largo traje violeta lleno de jirones de nubes; Cyinder se rió de ellas. Laila sintió que estaba viviendo un viejo cuento de hadas que había visto en el cine cuando era pequeña: las hadas madrinas se peleaban durante toda la película por el color del vestido de la princesa, y durante el baile final con el príncipe, el vestido iba cambiando de color mientras sonaba la música y aparecían los créditos finales. La tarde fue tan divertida que pareció que la pesadilla vivida en la ciudad de Solandis, no había sido más que eso: un horrible sueño.

Sin embargo, la ilusión desapareció con el paso de los días. La perpetua oscuridad y el silencio se infiltraban en el ánimo de todas, mermando el carácter de cada una. Aurige se enfadaba por cualquier tontería y Nimphia había perdido su entusiasmo por la máscara de Acuarïe. Laila deseaba volver a su casa, y varias veces ojeó en secreto el libro de las piedras, pensando que nadie la echaría de menos si se marchaba. Las páginas escritas de Solarïe y Lunarïe seguían allí, enigmáticas e incomprensibles, pero ya no tenía ganas ni siquiera de tratar de estudiarlas o buscarles alguna lógica, a pesar de que siempre guardaba en su interior la sensación de conocer qué decían aquellas palabras.

Cyinder por su parte se pasaba las horas sentada frente a la ventana contemplando la destruida ciudad de Solandis y a los cinco soles negros en el cielo, mientras se perdía en pensamientos llenos de amargura y de frustración.

El día del Concilio una comitiva de hadas de Solarïe acudió a buscarlas para conducirlas al salón de recepciones del palacio. Laila se había negado a vestir con aquel traje infeliz lleno de descosidos y remiendos, pero al final tuvo que llevarlo, según Nimphia, para no agraviar a las damas que lo habían realizado sin otra sabiduría que la de sus propias manos. Aunque no estaba más contenta que sus compañeras: Aurige y Nimphia habían consentido por fin vestir de rojo, pero ambas se negaron a marcarse el rostro con las señales sanguinolentas, y de esta manera se presentaron ante las puertas de la cámara de recepciones, momentos antes de la llegada de las reinas de Faerie.

Cuando entraron en el gran salón, Laila vio inmediatamente a la reina Hellia sentada sobre un trono de oro y sintió que se le encogía el alma. Vestida de riguroso púrpura parecía más vieja que cuando la vio por primera vez, corriendo por los jardines con sus pies descalzos. Las arrugas marcaban su rostro y las ojeras desfiguraban unos ojos apagados y mortecinos. Le había devuelto la vida a Cyinder, y a cambio había pagado aquel gasto de magia con cientos de años de golpe, y ahora parecía una anciana decrépita, con mechones de pelo gris brotando donde antiguamente crecían dorados cabellos. Las marcas rojas de sangre parecían auténticas, como si se hubiese arañado la cara en un rapto de desesperación, y solo una triste sonrisa animó sus rasgos marchitos cuando vio aparecer a su hija, que se abrazó a ella en un instante de dolor y esperanza.

Laila observó el gran salón de recepciones, repleto de flores rojas por todos lados, adornando las altas columnas en orlas sanguinolentas. Los ventanales acristalados permanecían oscuros, y los cinco soles negros desaparecían y aparecían entre nubes de tormenta. Cuatro grandes tronos con piedras preciosas se disponían a ambos lados de la silla de oro y más allá, casi escondidas entre las columnas, varias sillas de marfil indicaban los asientos para las hijas de reinas y sus invitados.

Entonces el viento comenzó a soplar alrededor del palacio con mucha fuerza. Los muros gimieron y varios estandartes volaron arrancados de sus mástiles, mientras grandes nubes de polvo se levantaban en Solandis cubriéndolo todo de tierra y ceniza. Laila se inquietó por la violencia desatada de aquella ventisca, temiendo lo peor. Las cuatro se acercaron a los grandes ventanales sin saber qué estaba ocurriendo. Cyinder palideció ante lo que prometía ser un nuevo desastre, y miró a su madre asustada. Los cinco soles parpadeaban más allá de los jirones de nubes, que se arremolinaban en un gigantesco huracán amenazando con arrancar de cuajo los cimientos del castillo.

Varias hadas entraron en la sala, temerosas de que a su reina le estuviese ocurriendo algo, pero la reina Hellia les mandó que volviesen a sus quehaceres. Los ventanales se combaban, y muchos cristales estallaron mientras el viento aullaba levantando pilares de roca y árboles derribados, que desaparecían en las alturas desde las grandes avenidas de Solandis.

De repente, en medio del torbellino aparecieron oscuras formas aladas que planeaban tranquilamente dentro de la tormenta, como aves monstruosas surgidas de la nada, chillando y girando en mitad de la ventisca, hasta que todo el cielo estuvo cubierto por aquellos grandes pájaros. Laila quiso esconderse, pero Nimphia dio un grito de emoción.

—¡Las águilas de Airïe! —exclamó con una gran sonrisa—. ¡Es mi madre!

Echó a correr hacia las puertas del palacio sin esperar ni un segundo. Cyinder, Aurige y Laila la siguieron, pero ya una gran comitiva de bienvenida se había formado junto a la entrada del castillo y dos guardianes abrían los pórticos dorados a la oscuridad de la ciudad.

Nimphia intentaba avanzar por entre las hadas del cortejo. Cientos de águilas gigantescas planeaban con las alas extendidas mientras el viento amainaba. Descendieron haciendo círculos perfectos. Cuando aterrizaron comenzaron a chillar, abriendo sus picos, disgustadas por tocar la tierra que tanto les desagradaba. Parecían feroces y salvajes, y varias de ellas sacudieron sus plumas, intranquilas ante tanta expectación. Del lomo de cada una de ellas descendió un hada con los cabellos del color del viento nocturno, enfundadas en armaduras plateadas formando una hilera digna de un desfile militar.

Nimphia esperaba impaciente, con la mirada clavada en el cielo. De entre las nubes apareció un gran águila real que volaba majestuosa y serena. Descendió

lentamente hasta que tocó la tierra. De aquel ser grandioso bajó un hada de cabellos violáceos, largos hasta los tobillos, vestida de rojo como requería la situación, y una corona de amatistas en su frente. Las águilas se postraron bajando sus cabezas y ella avanzó, solemne, en medio del cortejo de Airïe. Sonrió con afecto a Nimphia. Luego siguió caminando, y en la entrada del palacio hizo una leve reverencia delante de Cyinder. Laila pensó entonces en la reina Zephira como una verdadera reina de las hadas. Sus cabellos parecían moverse con vida propia, ondulando bajo un aura inexistente, y la rodeaba por todos lados el olor de la brisa de primavera. Sus ojos, completamente azules y alargados como los de los pájaros, brillaban con una sabiduría discreta y prudente, y toda ella desprendía gracia y majestad por donde pasaba. Caminó lentamente hacia el interior del palacio y en el momento en que cruzó el umbral, miles de clarines le dieron la bienvenida y los heraldos proclamaron su llegada con cantos grandilocuentes que resonaron por todas las estancias.

—Su majestad, Zephira —anunciaron las voces—. La gran reina Halcón de Airïe.

Las damas de la nobleza acompañaron a la reina de Airïe al interior, y varias doncellas la siguieron hasta el gran salón donde aguardaba Hellia. Las hadas vestidas con armaduras montaron en las águilas y partieron hacia el cielo hasta que se dispersaron en la noche de Solarïe.

Nimphia quiso buscar a su madre, pero Cyinder la detuvo y le indicó que mirase hacia el firmamento de nuevo. Miles de estrellas habían aparecido cuando las nubes se despejaron, y brillaban formando constelaciones que nunca habían existido en el reino de los cinco soles. De repente, las estrellas comenzaron a moverse, cayendo hacia Solandis mientras dejaban una estela luminosa tras ellas.

Cientos de meteoros surcaron la bóveda en una lluvia de luces azules, bajando hacia el palacio en un espectáculo de increíble belleza. Momentos después los destellos alcanzaron los muros del castillo dorado y una gran comitiva de hadas vestidas de negro hizo su aparición mientras Titania, la reina de Lunarïe, caminaba entre ellas vestida de púrpura oscuro, tan hermosa y fría como un diamante.

Laila vio que Aurige daba unos pasos hacia atrás y desviaba la mirada para no encontrarse con la de su madre. La reina avanzó como si no la hubiese visto, y detrás de ella la duquesa Geminia y las condesas Urania y Bernicatte la seguían con el mismo gesto altanero. Ninguna se inclinó ante Cyinder, aunque Geminia le dirigió a Laila una mirada cargada de odio.

Titania hizo su entrada en el palacio y los heraldos de Solarïe volvieron a proclamar la llegada de una reina con voz potente.

—Su majestad, Titania, la gran reina Araña de Lunarïe.

—¿La reina Araña? —siseó Laila dándole un codazo a Nimphia.

—No sé a qué se refieren —contestó su amiga levantando los hombros—. Nunca me habían dicho que mi madre fuese la reina Halcón. Deben ser títulos de tiempos

remotos. Ten en cuenta que hace ya miles de años que no se celebraba un Concilio de Reinas.

Cyinder se quedó pensativa.

—Mi madre es la reina Papillón —dijo con voz firme—. Me lo dijo hace mucho tiempo, en una ocasión en la cual le pregunté por qué su sello tenía forma de mariposa. Me dijo que era el símbolo de la casa real de Solarïe, y que algún día yo misma usaría aquel sello.

—Pues a mi madre le sienta muy bien eso de ser la reina Araña —dijo Aurige con cinismo.

Laila recordó el hechizo de combate que la lunarïe solía usar, la Telaraña de la Oscuridad, o de su juego favorito: el laberinto de Aracnia. «De tal palo, tal astilla», pensó, pero se abstuvo de hacer el comentario.

—¿Quién llegará ahora? —preguntó Nimphia mirando al cielo—. ¿Tritia?

Momentos después comenzaron a caer pequeños copos de nieve, danzando lentos en el aire hasta que se posaron como flores sobre la malhadada tierra de Solandis, cubriendo los suelos en un manto blanco. A lo lejos, más allá de los extintos muros de luz, divisaron una delgada línea alba, llena de lucecitas, que se acercaba cada vez más a la ciudad mientras la nieve caía embelleciendo el agostado paisaje.

Figuras fantasmagóricas cruzaron la gran avenida de Qentris en una procesión silenciosa. Cada una de ellas portaba una pequeña luz mágica en sus manos, similares a velitas de iglesias, avanzando a través de los edificios destruidos y los árboles caídos como un río luminoso que llenaba el corazón de paz y esperanza.

—Entremos —susurró Cyinder mientras se acercaban ya las primeras hadas blancas—. No quiero perderme la llegada de la reina Maeve.

Las otras la siguieron dejando atrás a las hadas encargadas de recibirla, y caminaron rápidamente al salón donde aguardaban las reinas de Faerie. Cerca de las puertas se acomodaban numerosas hadas de Airïe y de Lunarïe, formando corros silenciosos y separados. Laila reconoció a Mistra junto a otras sacerdotisas vestidas de negro para la ocasión y levantó la mano para saludarla, aunque la otra la ignoró.

Cyinder se dirigió hacia las puertas doradas igual que una gota de sangre caminando a través de la oscuridad, pero de repente una figura negra y enjuta se interpuso entre ella y el salón de recepciones.

—Dama Cyinder —habló la duquesa Geminia haciendo una cortés reverencia—. Os deseo lo mejor para vos y para vuestro reino. Sin duda todas estamos esperanzadas por los resultados que puedan derivarse de este Concilio…

Cyinder se inquietó, con sus amigas pegadas a la espalda.

—…Pero debo entregar un mensaje a la nemhirie que os acompaña —continuó con una mueca de odio y desprecio hacia Laila—. Debes saber que mi hija Núctuna desea volver a encontrarte, para compartir contigo los agradables momentos que

vivisteis en Solandis hace poco tiempo.

Laila tragó saliva.

—Cuando quiera y donde quiera —contestó Cyinder orgullosamente haciendo el ademán de abrir las puertas, y Geminia se apartó con una sonrisa desagradable. Laila se apretó a Nimphia al pasar junto a ella.

En el gran salón, la reina Hellia aguardaba de pie junto al trono de oro, y sentadas en los tronos cuajados de joyas cerca de ella, Zephira y Titania miraban hacia la entrada con impaciencia. Las cuatro fueron hacia las sillas de marfil ocultas entre las columnas, fuera del círculo principal.

Sonaron los clarines y escucharon las voces de los mayordomos y heraldos anunciando de manera grandilocuente a la reina Mab.

—Su alteza real, Maeve, la reina Blanca de Tirennon.

Momentos después se abrieron las puertas, y un cortejo de hadas blancas, con alas transparentes y níveos cabellos, atravesó el recinto real. En medio de ellas, una figura majestuosa avanzaba despacio hacia las escalinatas del trono. Sus cabellos resplandecientes caían suavemente hasta sus pies, y una pequeña diadema de diamantes resplandecía en su frente como único símbolo de su poder. Su vestido rojo contrastaba intensamente con su piel, tan pálida que parecía de alabastro, y sus grandes ojos azules recorrieron toda la estancia deteniéndose en Laila por unos instantes.

Todas las reinas se inclinaron ante ella y Hellia se arrodilló agachando la cabeza humildemente, igual que Aurige, Cyinder y Nimphia. Laila permaneció boquiabierta ante la grandeza de la reina Mab, sin atrever a moverse. La reina parecía avanzar flotando de puntillas, mientras la cola del largo vestido la seguía como un río de sangre. Caminaba erguida, despacio, acostumbrada a la obediencia que se merecería la reina de reinas. Laila seguía sobrecogida en el momento en que Maeve llegaba hasta Hellia y la invitaba a levantarse. La muchacha vio que en el rostro de la madre de Cyinder había lágrimas de emoción.

Todo el salón pareció florecer, envuelto en calidez y alegría, y Laila presintió que aquella reina sería capaz de arreglarlo todo con un simple gesto de sus dedos.

—Me alegro de verte, Hellia —dijo la reina Mab con una voz tan maravillosa que confortaba y liberaba los corazones de sus miedos y angustias.

Hellia alzó su rostro y luego cedió su sillón de oro a la invitada de honor. Bajó los peldaños y se sentó en uno de los dos tronos vacíos. La sala permaneció silenciosa. Todas aguardaban la llegada de la reina Tritia, molestas por su descortesía al atreverse a hacer esperar a la reina Blanca.

Poco después el aire dentro del gran salón comenzó a volverse húmedo. Laila sentía la mirada de la reina Mab, observándola desde el trono de Hellia continuamente, como un cazador a su presa. Mientras tanto la humedad se convirtió

en gotas, y las gotas en una lluvia suave. En medio del salón apareció una cortina de agua. El corazón de Laila palpitaba con violencia. Una figura pareció moverse dentro de la cascada, rodeada por luz azul.

El resplandor aumentó de intensidad, y saltaron gotas que permanecieron flotando en el aire como chipas eléctricas. La imagen de un rostro de largos cabellos azulados surgió parpadeando en mitad de la cortina igual que si estuviese detrás de la pantalla de un televisor. La figura titiló entre los hilos de agua y abrió los labios en dos dimensiones.

—Saludos, reina Maeve —pronunció una voz cantarina—. Y mis mejores deseos a todas las reinas de Ïalanthilïan. Disculpad mi ausencia, pero no me es posible acudir a tan importante evento.

La voz de Tritia parecía querer ser agradable, pero dejaba traslucir un indudable tono de burla, y Hellia se levantó disgustada ante aquella descortesía.

—Lamento mucho lo que ha ocurrido en Solarïe —siguió la figura, con los cabellos llenos de perlas ondulando dentro del agua—, pero ahora mismo me resulta imposible ir a un reino seco y muerto donde apenas queda rastro de vida y de humedad.

La reina Maeve también se había puesto en pie. Su etéreo rostro no dejaba traslucir más que una pequeña línea en la frente, signo de su ira.

—¡Cómo te atreves a desobedecer! —exclamó.

El aire pareció cargarse de un poder rígido y cortante, y Tritia sonrió con una mueca burlona.

—¿Desde cuándo yo, la reina Tritón, debo obediencia a la reina Blanca? —preguntó con una mueca de desprecio—. ¿Acaso no fuimos iguales hace tiempo? Cuando la reina Serpiente y la reina Salamandra…

—¡Basta! —gritó Maeve enfurecida.

Tritia abrió los labios en una amplia sonrisa, protegida por el muro de agua, escondida muy lejos de allí.

—Sí, basta de pantomimas —confirmó la reina de Acuarïe con voz calmada—. Vamos a abandonar la hipocresía de una vez. Dicen que Solarïe se muere… ¿Y a mí qué me importa?

Hellia palideció y Cyinder abrió los ojos con espanto.

—Solarïe siempre ha sido un mundo horrible —siguió—, caluroso y seco, donde no se puede vivir con tanta luz y tantos excesos imperdonables. Mejor será para todos que se hunda en el abismo.

—¡No sigas hablando, Tritia! —exigió Maeve—. Obedece y preséntate aquí de inmediato. Quizás pueda ser benevolente contigo si pides perdón a la reina Hellia.

—¿Pedir perdón a Hellia? —rió la voz de la cascada como si aquello tuviese mucha gracia—. Pero si todas sabemos que es una marioneta patética, y conocemos

el poco, o nulo valor de su reino y de los solarïes… Parecen nemhiries, viven como ellos e incluso los aceptan en su mundo como si fuesen amigos… Solarïe es corrupto y decadente, y las grandes reinas del pasado son solo reliquias, momias muertas que fueron incapaces de poner orden en la barbarie del reino de los soles.

Cyinder se levantó con el rostro tan rojo como su vestido, y se encaró con la figura del muro de agua a pesar de que Aurige tiró de ella para que volviese a sentarse.

—Mi madre será para ti una marioneta patética —exclamó llena de ira, y su voz retumbó por toda la sala—, pero no es una cobarde como tú, que se esconde en las cloacas para hacer todo el daño posible sin dar la cara. Mi madre intentó salvar Solandis desesperadamente, suplicando a los nuestros que no abandonasen la ciudad, mientras tú y tus sirenas os reíais de nuestra desgracia. Todas conocéis el poco o nulo valor de los solarïes… Bien —respiró profundamente—, todas sabemos cómo sois las de Acuarïe y si algún día está en mi mano, yo misma tiraré de la cadena para que vuestro mundo entero se vaya por el desagüe.

Tritia la miró con sorpresa y una chispa de admiración en sus acuosos ojos, mientras todas las reinas parecían haberse transformado en piedra.

—¡Ah, la dama Cyinder! —dijo burlona—. Verdaderamente vales más que tu madre. No tenía noticias de que la reina Hellia hubiese intentado ayudar al pueblo de Solandis, precisamente.

—¡Devuélvenos el Grano de las Arenas de Solarïe! —gritó ella sin escuchar sus palabras, liberándose por fin de la mano de Aurige, que estaba asombrada.

El agua pareció estallar y la reina Tritia se estremeció.

—¡Yo no tengo ese Grano del que me acusáis! —exclamó con furia mientras la cascada de agua salpicaba con fuerza contra el suelo—. Pero si lo tuviese, os aseguro que nunca os lo entregaría —y se volvió rápida hacia Maeve como una serpiente marina—. La reina Hellia no es digna de guardar algo como las Arenas de Solarïe. Ha permitido que le robasen un poder sagrado, y tuvo la indecencia de regalar uno de sus tesoros a un concurso de ladrones. ¡Exijo que se cumpla la ley de Ïalanthilïan, y que las ladronas sean castigadas en lugar de permitir que acusen a los inocentes!

—¡Tú eres la única ladrona! —chilló Cyinder fuera de sí.

Las reinas la miraron asustadas. Hellia dio unos pasos hacia su hija para protegerla. El agua bramó en la cortina, pero luego se fue apaciguando hasta convertirse en una suave imagen transparente.

—He de reconocer que tienes agallas, nunca mejor dicho —festejó su propia broma con el sonido de un remolino—. Tu madre no es digna de tener una hija como tú. Sin embargo, no tengo ese Grano de Solarïe, y como ya he dicho, si lo tuviese, lo guardaría mejor en Acuarïe que en manos de alguien tan triste y deprimente como Hellia.

Cyinder respiró intentando contenerse.

—Entonces abrirás Acuarïe a una comisión investigadora —ordenó Maeve—. Si no lo haces así, sentirás la ira del Reino Blanco.

—¡Jamás abriré mi reino! —contestó Tritia sin rastro de temor—. Ni a ti, ni a nadie. Aquel que intente llegar a Acuarïe será castigado con la pena máxima. No tengo que obedecer a nadie en todo Ïalanthilïan, y nadie puede darme órdenes. Las puertas de Cantáride han sido selladas y no permitiré que nadie profane mi mundo.

La reina Blanca palideció aún más y de repente sus manos se iluminaron sin poder contener la rabia, pero la cortina de agua desapareció mientras la figura se desvanecía, disolviéndose hasta que no quedó nada más que un pequeño charco en el suelo.

El salón permanecía silencioso, cargado de electricidad estática, y el aire era tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Nadie se atrevió a decir una sola palabra tras las funestas declaraciones de Tritia. La reina Maeve se sentó despacio, con los ojos muy abiertos, mirando hacia el lugar donde había estado la cortina de Acuarïe.

—Será castigada —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular.

Laila vio cómo Cyinder se levantaba y se dirigía a consolar a su madre, que sollozaba.

—Hay otro asunto que debemos resolver —dijo de repente Titania, con voz fría y ausente, como si lo que hubiese ocurrido no la hubiese afectado en absoluto.

Cyinder se arrodilló junto a su madre y le acarició la cara, ahora llena de arrugas.

—¿Qué asunto, Titania? —preguntó Maeve con dureza—. Espero que tu intención no sea añadir más cizaña, y que puedas aportar alguna solución al problema de Solarïe.

—El problema está en Lunarïe —corrigió ella, cortante—. Los solarïes que abandonaron este mundo, a pesar de las súplicas de su reina —añadió con cinismo—, han invadido mis dominios hasta tal punto que la convivencia se está haciendo insoportable.

Todas la miraron y Aurige apretó los puños.

—Al principio no ocurrió gran cosa —siguió Titania—. Llegaron solarïes huyendo del desastre y se les acogió sin ningún prejuicio.

Su voz sonaba un poco falsa, como si esos prejuicios hubiesen existido desde el principio.

—Poco después, a los bosques de Nictis, de Blackowls, de Eurídice y el de las Sombras llegaron grupos de gentes, molestando nuestra forma de vida, destruyendo los viejos árboles con sus artefactos con ruedas… esos automóviles que usan, haciendo ruido e invadiendo cada rincón, importunándonos hasta tal punto que han empezado a exigir que haya soles en Lunarïe. Se han producido varios disturbios, y hemos tenido que encarcelar a muchos… Yo ya no estoy dispuesta a consentir que ni

un solarïe más entre en Lunarïe bajo ningún pretexto.

Todas se quedaron mudas ante sus palabras.

—Solo es temporal —dijo Maeve tratando de suavizar la situación—. A mi reino también han llegado solarïes, incluso shilayas, y aunque no hay sitio para todos, tratamos de darles cobijo sin importarnos nuestra incomodidad.

—No es temporal —replicó Zephira en ese momento. Una brisa con olor a flores pareció moverse entre las columnas.

Maeve estaba expectante.

—Los astrónomos de Airïe han advertido que los cinco soles han salido de sus órbitas —explicó la reina Zephira—. Sin la magia de Solarïe han muerto, y han comenzado a caer sin remisión hacia este reino, atraídos por el campo gravitatorio.

Cyinder abrió la boca sin poder pronunciar ni una palabra. Su madre tenía el espanto dibujado en el rostro, aunque no había escuchado nada de lo que se había dicho.

—¿Cuándo lo han sabido? —preguntó Cyinder tomando la iniciativa.

—Hace dos días —fue la respuesta—. Al principio creyeron que se debía a un error de cálculo, pero ya no cabe la menor duda. Los soles caen lentamente; sin embargo ganan velocidad cada día que pasa y se estrellarán contra Solarïe a finales de otoño. Probablemente todo Ïalanthilïan se tambaleará, y desde luego todos los reinos se verán afectados por esta catástrofe sin precedentes.

—¡No puede ser! —exclamó Titania con un tono agudo y chillón—. ¡Hellia tiene que hacer algo! Ya es bastante malo aguantar a su pueblo, pero no puede permitir que el fin de Solarïe sea causa también de la destrucción de Lunarïe.

—¡Titania, es increíble tu comportamiento! —la amonestó Zephira, y los ojos de la reina de Lunarïe relampaguearon—. Airïe también está lleno de solarïes, muy mal cobijados, pues todas sabéis que nuestras ciudades están construidas en el aire. Incluso hemos tenido que soportar una invasión de arpías que han decidido venirse a vivir con nosotras. Lo que necesitamos son soluciones, no quejas.

Nimphia sintió su corazón lleno de orgullo al escuchar a su madre.

—Solo hay una solución, Zephira —contestó Titania, tan suave y peligrosa como el filo de un cuchillo—. Una sola posibilidad que todas conocemos, y es la que yo propongo, pero le corresponde a Hellia decidir, por supuesto.

—¡No la permitiré! —exclamó Maeve con dureza—. Prefiero que soportemos todas unidas la desgracia que se avecina antes que eso.

Laila miró a Nimphia, pero ella levantó los hombros sin saber a qué se referían las reinas.

—Sin embargo, yo considero que es muy injusto que Hellia deje que los reinos sufran las consecuencias de la destrucción de Solarïe, que además ha sido por culpa suya, sin sacrificar nada a cambio.

—¿Qué es lo que debe hacer mi madre? —sonó la voz de Cyinder, alta y clara, en medio de la discusión.

—Deberá pedir su Último Deseo —contestó Titania sin piedad.

Se produjo un silencio absoluto y Hellia levantó la cabeza. Por fin había entendido lo que se esperaba de ella. Se puso en pie despacio, con la piel tirante y el cabello revuelto.

—¡No! —dijo avanzando hacia Titania con pasos vacilantes.

Cyinder tiró de su brazo y ella se giró hacia su hija con la mirada extraviada, falta de toda cordura.

—No —repitió con ojos desquiciados y luego sonrió—. Cyinder, hija mía —le dijo mientras le tocaba los rubios cabellos con manos temblorosas—, no quiero morir. No podéis pedirme eso… ¡No quiero morir!

Cyinder veía a su madre marchitarse ante sus ojos en un espectáculo grotesco, delante de todas las reinas.

—¡Sálvame, Cyinder! —aulló arrodillándose ante su hija, abrazándose a sus vestidos y llorando.

Agachó la cabeza y después de unos segundos, todavía de rodillas, se giró y avanzó hacia Zephira y Titania con manos suplicantes, implorando misericordia. Laila estaba horrorizada ante aquella pesadilla, viendo cómo la reina Hellia se arrastraba ante las demás, hasta que sus rodillas no pudieron sostenerla y cayó al suelo.

Titania permanecía inalterable, mirándola fijamente tras sus oscuros ojos donde brillaban estrellas frías y distantes. Zephira fue hacia ella, pero Cyinder llegó antes y la levantó lentamente, acurrucándola como si fuese una niña asustada. Atravesó el enorme salón y abandonó la estancia junto a su madre sin volver la vista atrás.

—Ni siquiera en estos momentos es capaz de tener la dignidad suficiente —dijo Titania.

Aurige saltó de la silla de marfil, pálida de ira.

—Madre —dijo mirándola con odio—, has sido despreciable. Nunca imaginé que fueses capaz de exigir la vida de Hellia para que no se mueva ni una hoja de tu miserable Lunarïe, y más aún de verte ahí sentada sin sentir compasión mientras se arrastran a tus pies pidiéndote ayuda.

Titania no se molestó en replicar. Se mantuvo silenciosa, y sus pensamientos quedaron ocultos detrás de aquel rostro esculpido en hielo. Después de escuchar a su hija, ella se dirigió a Maeve como si las palabras de Aurige se hubiesen perdido en la noche.

—Reina Maeve —dijo con voz cristalina—, Hellia deberá tomar una decisión antes de la llegada del otoño. Nuestros reinos no tienen que afrontar la muerte de Solarïe ni todo lo que eso implica. Exijo que Hellia reclame su Ultimo Deseo, si no es

para salvar a su propio mundo, al menos para evitar la caída de los soles.

—¡Basta, Titania! —replicó la reina Blanca—. No es el momento ni el lugar para oír tus exigencias. A todas nos han quedado claros tus intereses. Puedes volver a Lunarïe cuando lo desees. Yo permaneceré en Solandis con Hellia y juntas buscaremos una solución sin necesidad de tu presencia.

—Yo también me quedaré —dijo entonces Zephira con el rostro lleno de angustia —. Todo el mundo será bien recibido en Airïe durante mi ausencia, y solo abandonaré Solarïe cuando llegue el último momento.

—Me complace tu decisión, Zephira —dijo Maeve—, pero preferiría que volvieses a tu reino, al igual que Titania —añadió con dureza—. Preparaos para cualquier evento y organizad Ïalanthilïan por si ocurre lo peor. Yo aconsejaré a Hellia hasta que hallemos la manera de salvar Solarïe, cueste lo que cueste.

Zephira se desanimó. Se inclinó, acatando la orden de la reina Blanca. Nimphia sintió ganas de correr hacia su madre y abrazarla por su valor, pero entonces la reina Maeve volvió a hablar.

—En cuanto a vosotras —dijo dirigiéndose a las tres amigas—, volveréis a vuestros reinos. En esta ocasión tan penosa para todos, no castigaré vuestros actos de libertinaje ni las noticias que me han llegado acerca de que pertenecéis a gremios de ladrones. No quiero creer que las princesas de Ïalanthilïan se hallan implicadas en algo así, que va contra nuestras más sagradas leyes. Volveréis con vuestras madres y de ahora en adelante os comportaréis como se espera de vosotras. Si escucho una nueva historia de pillaje, no tendré más remedio que ejecutar la ley que se aplica a los ladrones y castigaros con el exilio.

Las tres tragaron saliva. Entonces la reina fijó su atención en Laila.

—Tú, nemhirie —dijo por fin—, no volverás a Ïalanthilïan. Nuestros asuntos solo a nosotras nos conciernen y tu regreso no será jamás bien recibido. No perteneces a nuestro pueblo y por ello no mereces mi piedad, pero en estos momentos, y solo porque has sido amiga de la dama Cyinder, te concedo el privilegio de marcharte sin castigo, para no provocar más daño que el que ya ha caído sobre todas nosotras.

Laila sintió un frió que le helaba el corazón. No esperaba aquello, y las palabras de la reina le rasgaron por dentro. De repente, la voz de Maeve sonó dentro de su cabeza.

«Aquí corres peligro, nemhirie», le dijo sin mover los labios.

Laila miró a todos lados pero nadie parecía haberse dado cuenta. Aurige y Nimphia se hallaban a su lado con la cabeza baja sin atreverse a alzar la voz.

«Márchate antes de que el peligro sea mayor», volvió a escuchar.

La voz cesó. Laila miró asustada primero a la reina Blanca, y después a Titania, que permanecía altiva y distante. Regresó de nuevo a Maeve, pero la reina hablaba ahora sobre la conveniencia de que sus guardias personales patrullaran el palacio y la

ciudad de Solandis. Había escuchado que algunos seres caminaban entre las sombras o bajo tierra causando terror y muerte a los escasos solarïes que aún estaban escondidos en la ciudad.

Nimphia y Aurige se pusieron de pie. Titania abandonó el trono. Hizo una leve reverencia y se dirigió hacia su hija con firme decisión. Aurige adoptó una actitud desafiante.

—Recoge tus cosas —dijo su madre con la voz gélida—. Volvemos a Lunarïe ahora mismo.

—No voy contigo —la contradijo Aurige, retándola—. Me quedaré aquí con Cyinder hasta que se sepa lo que va a ocurrir, sea lo que sea.

—Ya has oído a la reina Maeve —dijo ignorándola—. Volverás a Nictis y aprenderás tus obligaciones como princesa de Lunarïe. No voy a repetirlo, Aurige.

—Pues me iré a Blackowls con Oberón —insistió ella—. No volveré a poner los pies en el Palacio de la Noche.

Titania crispó sus manos sobre el regio vestido púrpura y luego desvió su mirada hacia Laila unos momentos. Le daba la espalda a Maeve, y Laila creyó ver la sombra de una sonrisa en sus labios, que se desvaneció enseguida.

—Vete donde quieras —le contestó a su hija, cansada de discutir—, pero no se te ocurra aparecer en Lunarïe con ese artilugio rosa que tienes en las puertas del castillo. Me duele la cabeza de escuchar los ruidos que hacen los solarïes constantemente.

Luego abandonó el salón de recepciones con la cabeza muy alta. Todas vieron cómo su cortejo se reunía alrededor de ella y desaparecían por los corredores en dirección a las puertas doradas. Aurige se quedó pensativa mientras se mordía la uña del pulgar. Conocía a su madre perfectamente, y a pesar de lo ruin que había sido, le había indicado sutilmente que si las cosas se ponían feas, podría escapar usando el Mustang.

Zephira se inclinó ante la reina Blanca y después abrazó a su hija.

—Las cosas no han salido como esperábamos —le dijo con pesadumbre—. Hija, te estaré esperando en Silveria para cuando quieras volver. Siento mucho que todo haya terminado así.

Luego deshizo su abrazo y se encaminó a la salida manteniendo su porte regio.

Las tres amigas se miraron abatidas y se dirigieron hacia las habitaciones de invitados. Atrás quedó la reina Blanca sentada en el trono de oro de Solarïe, como si ese trono siempre le hubiese pertenecido.

Cuando llegaron a las estancias, Aurige se puso a maldecir dando zancadas de un sitio a otro.

—¡No puedo creerlo! —exclamaba una y otra vez—. ¡Sabía que mi madre era una bruja, pero nunca imaginé hasta qué punto!

—Verdaderamente ha sido horrible todo lo que ha ocurrido —dijo Nimphia—.

Cyinder debe estar destrozada. Los soles van a destruir Solarïe por completo y encima se exige la vida de Hellia como único remedio.

—Bueno, quizás Maeve aporte una solución —susurró Laila incapaz de creer que toda aquella sarta de disparates pudiese producirse algún día.

—No me gusta Maeve —dijo Aurige deteniéndose—. Ha tomado el control de Solarïe y ya ha ordenado que patrullen la ciudad los guardianes del reino Blanco. Quién sabe qué otras decisiones tomará dentro de una semana.

Laila no sabía qué decir. Por una parte le parecía que Maeve se había mostrado justa y compasiva, desde luego no como Titania, y por otra la asustaba aquella voz que le había advertido que corría peligro.

—Lo peor de todo es que nos tenemos que separar —sollozó entonces Nimphia —. Quiero volver a Airïe, pero no así. No sin saber qué va a ser de Cyinder ni qué le va a ocurrir.

—Pues yo no me voy —terció Aurige—. Y tú tampoco, ¿verdad, nemhirie?

A Laila aquella pregunta le pilló desprevenida. La orden de la reina Blanca y sus palabras misteriosas se habían grabado a fuego en su mente y desobedecerla le parecía una locura. Aurige pareció leer en sus ojos.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —inquirió molesta—. Tienes miedo a la vieja Mab…

—No tengo miedo —contestó Laila—. Pero ha dicho claramente que no debo inmiscuirme en los asuntos de Faerie.

—¿Y desde cuándo eso te ha importado lo más mínimo, si se puede saber?

Laila sabía que Aurige tenía razón. Era la rata que abandonaba el barco cuando las cosas se ponían feas. Miró su chaqueta donde se escondía el libro de las gemas y de repente una chispa de orgullo la invadió.

—Pues no me iré —dijo con un gesto de rebeldía.

Aurige sonrió.

—Así me gusta.

Entonces ambas se volvieron hacia Nimphia, esperando su decisión. Cuando la airïe abrió la boca para contestar, aguzó el oído. Laila y Aurige reconocieron su gesto y se volvieron hacia las puertas de la habitación. Alguien llegaba.

Nadie llamó, pero las grandes puertas comenzaron a abrirse solas, sin que ninguna mano las empujase. Dos hadas blancas vestidas con armaduras plateadas entraron sin molestarse en preguntar si podían pasar.

—¿Qué queréis? —preguntó Aurige con voz cortante ante aquella intromisión—. ¿Con qué derecho entráis aquí?

Las hadas no se amilanaron. Bajo sus armaduras, sus túnicas llenas de símbolos dorados indicaban un rango superior.

—Venimos a cumplir la orden de la reina Maeve —dijo una de ellas con voz

implacable—. La nemhirie Laila Winter debe abandonar Ïalanthilïan ahora.

—¿Cómo? —se asombró la lunarïe.

De repente Laila tuvo la sensación de estar dentro de un cuartel militar.

—Tenemos órdenes muy claras. No nos obliguéis a usar la fuerza.

—Se irá cuando ella quiera —contestó Nimphia poniéndose delante de Laila.

Las dos hadas la ignoraron y se colocaron ambas frente a frente. Luego unieron sus manos mientras sus cuerpos parecían dos columnas de un pórtico. Al momento una luz blanca apareció en medio de ellas, brillante y cegadora, y se fue agrandando hasta convertirse en un túnel radiante que se perdía en la distancia.

Laila se quedó muy quieta, observando con temor la luz palpitante tras las hadas. Aquello era el final de todos sus planes. Aurige y Nimphia se miraron y luego, disimuladamente, el hada del aire echó un vistazo a su alrededor calculando posibilidades. La única escapatoria eran los grandes ventanales y así se lo indicó a la lunarïe, que ya se preparaba en posición de combate. Podrían coger a Laila y salir volando de allí hasta el Mustang.

—No lo intentéis siquiera —dijo la otra hada leyéndole el pensamiento—. El palacio y la ciudad de Solandis están ahora bajo la custodia de los albanthïos. Somos la guardia de honor de la reina, y las calles serán seguras dentro de poco. Cumple las órdenes, nemhirie, y nadie sufrirá el menor daño.

La reina Maeve te asegura el regreso a tu mundo sin ningún percance.

Aurige musitó unas palabras oscuras, y las manos de Nimphia se llenaron de rayos, pero las hadas blancas reaccionaron de inmediato. La lunarïe dio un pequeño grito al ver que comenzaba a salir sangre de su boca y Nimphia sintió una descarga eléctrica que la hizo caer al suelo, gimiendo dolorida, mientras se apretaba la cabeza con las manos.

—Aquel que proclama hechizos contra el Reino Blanco es castigado —dijo la primera hada con una mueca de inocencia—. El pecado que surge de su boca y mancilla su honor, se vuelve contra él como el bien se revuelve contra el mal y lo destruye.

Aurige se llevó las manos a los labios, horrorizada, hasta que la sangre cesó.

—Solo ha sido una advertencia —siguió el hada—. La próxima vez no seremos tan clementes.

La lunarïe se preparó para atacar de nuevo; sin embargo, Laila ya había tomado una decisión. Corrió hacia su chaquetón con todos sus tesoros ocultos en los bolsillos y se giró hacia sus amigas.

—No permitiré que os hagan daño —musitó con desesperanza—. Por favor, despedidme de Cyinder cuando la veáis. Decidle que no quise marcharme…

No pudo seguir. Todo a su alrededor se nublaba invadido por la luz blanca del túnel.

—No puedes irte —exclamó Aurige mientras se restregaba la mano ensangrentada en el vestido rojo sin dejar de mirar a los siniestros guardianes.

Laila no iba a consentir, bajo ningún concepto, que Aurige y Nimphia recibiesen ninguna herida a manos de aquellas fanáticas despiadadas. Caminó despacio hacia la puerta de luz bajo la atenta supervisión de las dos hadas blancas y luego se volvió hacia sus amigas.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó mientras una lágrima bajaba por su mejilla.

—¿Acaso lo dudas? —exclamó Nimphia levantándose del suelo con una sonrisa feroz.

Laila levantó su mano. La luz la envolvió, y en sus retinas cegadas las dos figuras de sus amigas se grabaron en negativo, negro sobre blanco, hasta que no pudo soportarlo más y cerró los párpados.

❧ ❧ ❧

Los ojos le escocían terriblemente. Cuando Laila abrió los párpados, la diferencia de luz le produjo un fuerte dolor de cabeza, y se tambaleó mareada en medio de la ceguera. Todo estaba brillando a su alrededor, pero poco a poco los contornos se oscurecían. Levantó un brazo y tocó algo sólido. Tanteó hasta que sus dedos tropezaron con algo frío y redondeado: un picaporte.

Lo giró torpemente y la oscuridad le alivió los ojos abrasados. Todavía veía las dos figuras negras de pie, frente a ella, con los bordes difusos en medio del blanco cegador. Un nuevo olor inundó sus sentidos: el aroma de la vieja madera y el tabaco de cereza borraron el olor de las flores y la fragancia de Solarïe.

El oscuro corredor de su casa ganaba consistencia mientras ella caminaba vacilante dejando atrás la puerta de su habitación. Los cuadros en las paredes tomaban forma, y la adera del suelo se volvía cada vez más sólida y rojiza. Llegó hasta el rellano de la escalera y miró hacia abajo sintiendo vértigo. Toda la casa parecía moverse, pero solo era una ilusión óptica provocada por el mareo.

Bajó los escalones lentamente, mientras luchaba por no caerse contra el suelo tambaleante. Cuando llegó al recibidor, distinguió el gran reloj de pared y los ventanales llenos de pequeñas cristaleras cuadradas por los que entraba la luz de la mañana.

De nuevo tuvo que cerrar los párpados, acostumbrada a la penumbra de Solarïe, pero ya las figuras de sus amigas se desvanecían y la molesta ceguera la abandonaba dejándola sola y triste en un mundo que ya no era el suyo. Los colores volvieron de golpe y su realidad la inundó como una gran ola, devolviéndole entonces la conciencia plena de que volvía a estar en Winter Manor.

La puerta de la cocina estaba cerrada, pero la casa parecía cuidada y habitada de

nuevo. Dio un paso hacia el salón sintiendo el peso del libro en los bolsillos de su vieja chaqueta. Todavía podía volver. Leería el libro y se marcharía a Lunarïe, y una vez allí buscaría la ayuda de Oberón hasta reunirse con Aurige y con Nimphia…

En vez de eso caminó hacia la puerta de roble. La abrió de golpe. Su padre estaba allí.

Por un segundo el hombre se quedó helado, asustado ante la repentina aparición de su hija, y al momento se puso en pie como si hubiese visto un fantasma. El color volvió poco a poco a su rostro mientras Laila permanecía allí, junto a la puerta, vestida de rojo con un chaquetón viejo sobre los hombros.

—¡¿Laila?! —exclamó atónito sin terminar de creer en aquella repentina visión, vestida de manera grotesca con un traje lleno de remiendos, que le miraba desde la puerta.

Luego avanzó hacia ella y la abrazó tan fuertemente que la muchacha sintió que se asfixiaba.

—¿Laila? —volvió a repetir separándose de ella, y mirándola detenidamente como si no la reconociera.

—Sí, papá. He vuelto.

—Pero, ¿cómo? ¿Cuándo has llegado? No me has avisado ni me has llamado en todo este tiempo. Me dejaste muy preocupado allá en París… ¿Y qué es ese vestido que llevas? ¿Acaso vienes de Venecia…?

—Papá —cortó ella toda su retahíla—. Deja ya de fingir. Sabes perfectamente de dónde vengo. Acabo de perder a mis amigas y todo se está viniendo abajo. Lo menos que puedes hacer es dejar de mentirme y contarme todo lo que me has ocultado sobre Faerie desde que nací.

Su padre estaba asustado ante aquel tono de voz, tan fría y cortante. No parecía su hija. Laila había cambiado de repente. Sus ojos le decían que ya no era la niña que él cuidaba y protegía, que no era la Laila que él tenía que esconder en Winter Manor, y que las decisiones acerca de ella ya no le correspondían.

—Me encuentro bien —siguió ella notando su zozobra—. No estoy cansada ni me voy a ir a mi cuarto, así que no insistas en tratarme como una niña pequeña nunca más. ¿Está Monique aquí?

—Está en París —explicó dudoso ante aquel cambio—. Me reuniré con ella el mes que viene…

—De acuerdo —cortó ella imperturbable—. Yo también quiero volver a verla. Tengo cosas que preguntarle. ¿Qué día es hoy?

—Jueves —respondió su padre sin poder seguir su línea de pensamiento.

—Qué día del mes —repitió impaciente.

—Veintiocho de agosto. ¿Por qué, hija?

Laila asintió. Lo que imaginaba. El reloj de Nimphia tenía algún fallo en el

tiempo que marcaba, así que ya quedaba un día menos para la caída de los soles. Volvió a enfrentarse a su padre, dudando si abandonar aquella pose altanera o mantenerse distante.

—No queda entonces mucho tiempo antes de que regrese a Lomondcastle —comentó intentando parecer más alegre—. Así que vamos a sentarnos a hablar ahora mismo.

—No vas a volver al colegio —contestó Sean Winter tajante mientras se sentaba en su sillón.

Ella lo miró sobresaltada.

—No permitiré que vuelvas a Escocia otro año y te alejes de mí nunca más. Lo he pasado muy mal durante todo el verano, y más después de nuestra conversación telefónica. No me explicaste nada ni me dijiste siquiera cómo estabas. Estos últimos días han sido una tortura. Creí que te había perdido para siempre…

—Sí que voy a volver a Lomondcastle —le contradijo bruscamente. Luego suavizó sus gestos y su voz se volvió más cariñosa—. Esta vez sí quiero ir, papá. No puedes impedírmelo esta vez…

Su padre la miró asombrado.

—Durante años he detestado ese colegio con todas mis fuerzas, y nunca has querido escucharme. Ahora tengo motivos para querer volver, motivos que nunca habían existido en mi vida hasta que me regalaste el libro de mamá. Te aseguro —añadió con firmeza—, que aunque me encadenes con grilletes, volveré a Escocia dentro de dos días.

—Pero princesa…

—¡No soy princesa! —gritó ella perdiendo el control—. Pero sí quiero saber quién soy. Dímelo, papá. Dímelo de una vez o me marcharé y no volveré nunca.

Sean Winter la miró atónito ante aquella explosión y tragó saliva. Luego dirigió la vista hacia el paisaje visible desde la habitación. Los rosales y las hojas de hiedra trepadora, el camino de fresnos más allá del jardín, perdiéndose en la distancia…

Se levantó del sillón y caminó hacia las grandes estanterías que tapizaban las paredes, despacio y torpe como si hubiese envejecido mil años. Sacó un par de libros viejos y metió la mano temblorosa en el hueco al descubierto. Se escuchó un chasquido mecánico y un panel de la estantería se desplazó silenciosamente, dejando entrever una caja fuerte, cuya existencia Laila desconocía.

Miró a su padre, atónita, mientras él le daba la espalda y sacaba algo de aquel escondrijo secreto, oculto durante años. Luego se dio media vuelta. En sus manos había una caja de cristal cuajada de esmeraldas que relucían a la luz de las lámparas. La puso sobre la mesa y le hizo un gesto a su hija para que la abriera.

Laila observó el maravilloso recipiente. A continuación descorrió un pequeño pestillo de oro con manos temblorosas. Levantó la tapa de cristal y miró en su

interior.

Al principio no se dio cuenta de lo que había allí: dos pequeñas hojas transparentes, con el suave color ocre de los arces en otoño, rotas y marchitas por el tiempo, que reposaban sobre un fondo de terciopelo verde.

—¿Qué son? —preguntó.

Su padre la miró fijamente y tomó una decisión aspirando una gran bocanada de aire.

—Tus alas —respondió en un susurro—. Yo te las corté.

16
El secreto de Sean Winter

El avión atravesaba los grandes cúmulos de nubes grisáceas que amenazaban con descargar una fuerte tormenta de finales de verano. Las pequeñas islas que bordeaban la costa británica apenas eran puntos visibles en medio de un mar azul oscuro, pero Laila, con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla, era incapaz de ver nada.

Recordaba que el salón de Winter Manor se había oscurecido de golpe cuando su padre pronunció aquellas terribles palabras:

«Son tus alas… Yo te las corté.»

Le había mirado incrédula, como si estuviese delante de un perfecto desconocido, mientras un escalofrío se le congelaba en el estómago provocándole una sensación de náusea y de vacío. Durante aquel verano en Solarïe había tenido sus sospechas: los entrenamientos con Aurige —aunque la lunarïe le advirtiese una y otra vez que su poder se debía a la magia de Solarïe—, los Ithirïes encerrados en la Torre de Cálime con los cabellos del mismo color que ella, el recuerdo de Jack Crow arrojándole sal a la cara…

Había llegado a la conclusión de que ella tenía algo propio que pertenecía a Faerie, pero jamás pensó que iba a descubrirlo de aquella forma tan brutal. ¡Había tenido alas! Alas como las de sus amigas porque ella también era un hada, y aquel hombre que tenía delante se las había cortado poco después de haber nacido. Laila sintió en aquel momento que perdía el equilibrio y tuvo que sentarse para no caerse al suelo.

Durante unos minutos fue incapaz de escuchar nada. Su padre, ese mismo que la había mutilado cuando ella no podía defenderse, no paraba de excusarse con palabras que sonaban torpes y vacías. Finalmente, con la mirada borrosa, hizo una pregunta estúpida e infantil.

—¿Por qué? —balbuceó sin poder expresar nada más.

Su padre guardó silencio unos segundos.

—En aquel momento tu madre y yo decidimos que era lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí…

—Sí, Laila —siguió él, destapando su propia caja de recuerdos—. Tu madre dijo que no te dolería y que, siendo diferente, vivir con nosotros, los humanos, te traería grandes desgracias…

—Mamá era un hada —cortó ella con voz fría, mirando a un punto perdido en el infinito.

Su padre no contestó. Parecía haber envejecido y sus ojos, cargados de tristeza, reflejaban todo el dolor acumulado durante años.

—Y tenía el pelo verde —siguió ella cavilando. Sean Winter asintió.

—Entonces, nunca fuisteis al Hospital en Dublín cuando se puso enferma —advirtió la muchacha mientras sus pensamientos viajaban más rápido de lo que podía expresar. Su padre se dio cuenta hacia dónde derivaba la conversación y se quedó en silencio—. Porque la gente de Faerie no coge enfermedades nemhiries —siguió—, y si además descubrían la existencia de un hada de verdad…

—Espera, Laila, te lo contaré todo —suplicó—, pero déjame que te lo explique a mi manera…

Cerró la caja de cristal y se sentó pesadamente en su sillón, estremeciéndose como si hubiesen llegado los fríos del invierno.

—La vi por primera vez hace mucho tiempo —recordó despacio—. Yo era joven y vivía en esta casa que tus abuelos me legaron en herencia cuando murieron. Salía frecuentemente a cazar en los bosques de Killykeen para olvidar el accidente que habían sufrido dejándome solo, sin más recursos que los que produjese la tierra de Winter Manor. Tus abuelos nunca fueron ricos, pero al menos tuve un sitio donde vivir. Fueron tiempos muy difíciles para mí, e incluso viví de la caridad de algunos vecinos de Cavan, que me regalaban comida y ropas usadas a cambio de lo que yo cazaba para poder subsistir. Al menos comía caliente durante el invierno sin tener que adentrarme en los bosques. Algunos quisieron comprarme Winter Manor, porque les parecía insólito que un joven sin futuro se aferrase a estas tierras viviendo en la miseria, pudiendo alojarme cómodamente en Dublín a cambio de lo que ofrecían por la casa y sus terrenos, pero yo jamás podría haber abandonado el lugar donde nací de esa forma… Después dejaron de insistir, y se acabaron los regalos. Tuve que dedicarme a cazar durante todo el año, y a plantar patatas y legumbres en la huerta para comer algo cada día.

»En una ocasión, bien entrada la primavera, salí a cazar esperando obtener bastantes piezas, porque el tiempo era agradable y los bosques estaban llenos de vida. Anduve paseando cerca de los lagos más apartados a la caída de la tarde. Entonces escuché voces que cantaban, y me acerqué despacio, escondiéndome detrás de algunos arbustos para ver de qué se trataba. Al principio me quedé muy sorprendido. Junto a la orilla se encontraban varias muchachas, unas bañándose desnudas y otras bailando y cantando alrededor de una joven a la que le peinaban los cabellos y la adornaban con flores. Llevaban alas y yo pensé que eran un grupo de actrices de teatro que ensayaban alguna obra. Me quedé fascinado viendo la danza y escuchando aquellas canciones, que eran muy bellas, aunque sonaban tristes; algunas muchachas estaban incluso llorando. De repente, una de ellas movió aquellas alas y echó a volar para alcanzar los frutos de un árbol. Aquello me dejó tan anonadado que debí hacer algún ruido, y descubrieron mi presencia. Todas se giraron hacia mí, muy asustadas, y la joven a la que estaban peinando los cabellos me miró sobresaltada. Recuerdo que

era bellísima, y sus ojos se grabaron a fuego en mi corazón para siempre. Entonces desaparecieron como si nunca hubiesen existido y tuve la sensación de que había estado soñando.

»Volví a Winter Manor sin haber cazado nada, completamente desorientado, solo con la imagen de aquellas misteriosas jóvenes, y la de ella, que vivió en mi recuerdo durante meses hasta que el tiempo la hizo borrosa. Todos los días regresaba a los lagos, pero no volví a verla hasta un año después. Había salido a pescar y llevaba toda la mañana dando vueltas sin haber conseguido nada. Entonces me di cuenta de que había alguien cerca de la orilla que me miraba con curiosidad. Mi corazón se aceleró en cuanto la reconocí. Llevaba flores blancas en los cabellos, que tenían el mismo color de las hojas de los árboles, y aquellas alas transparentes, imposibles en cualquier muchacha normal. No estaba asustada y tuve la sensación de que había estado esperándome. Me sonrió y dijo unas palabras que no pude comprender. Al ver mi cara de asombro pareció hacer un gran esfuerzo.

»Entonces habló en mi propia lengua, y me preguntó con una voz muy suave y alegre que qué estaba mirando, que parecía un sapo con ojos saltones. Luego se rió de una forma maravillosa y se acercó para llenarme el pelo de flores. Y volvió a desaparecer. No la vi de nuevo hasta que llegó el otoño. Un día, a principios de octubre, apareció en los jardines de Winter Manor y me dijo su nombre y que se quedaría conmigo hasta que los vientos cambiasen…

—Espera un momento —cortó Laila—. ¿Dices que un hada se acercó a ti y que te buscó?

—Sí.

Sus recuerdos eran muy claros ahora, como si hubiesen ocurrido pocos días antes. El nudo que atenazaba su pecho durante años se deshacía y Sean Winter estaba dispuesto a contarlo todo. Hablar de aquello le liberaba.

—Eso es imposible —dijo Laila sin ocultar su desprecio—. La Bella Gente odia a los nemhiries. Nos consideran inferiores. Somos sus esclavos o sus mascotas.

—Ella no pensaba así —contestó él—. Me dijo que me amaba y que se había enfrentado a su gente por mí.

—¿Y te lo creíste? —se burló su hija.

—Desde luego —afirmó orgulloso—. Vivió conmigo en esta misma casa, como si fuese la suya, y yo le di todo lo que tenía. Sorprendentemente ya no tuve que volver a cazar. Siempre había comida en la despensa, pero tuve que adaptarme a sus gustos, pues apenas comía nada de los alimentos normales y se pasaba los días recorriendo los bosques y los jardines de Winter Manor, trayendo frutas y miel, que era de lo que se alimentaba. Apenas me contaba nada de su mundo, y evitaba por todos medios hablar de su naturaleza de hada. Sin embargo, le interesaba mucho lo que los humanos hacíamos y los progresos que habíamos conseguido a lo largo de nuestra

historia. Al poco tiempo me dijo que esperaba una hija mía. Nunca supe cómo sabía ella que iba a tener una niña en lugar de un varón, pero aquello fue tan sorprendente y maravilloso que le propuse casarnos, pues hasta entonces vivíamos en la clandestinidad, apartados de mundo, sin otra cosa que tenernos el uno al otro.

»Ella no aceptó. Me dijo que el matrimonio con un humano estaba prohibido, y me pidió que no volviese a nombrarlo. Desde entonces pasaba los días fuera de casa, como si me evitase, y no volvía hasta que se ponía el sol. A veces yo pensaba que un día ya no regresaría más, pero por la noche siempre volvía, llena de flores y regalos para compensar su ausencia. Pasó el invierno y después llegó la primavera. Cada día estaba más nerviosa y a veces lloraba sin querer contarme el motivo. Solo decía que lo que había hecho no estaba bien y que no sabía si valdría la pena. Yo trataba de pasar todo el tiempo junto a ella y consolarla. Le pedía que me contase lo que le entristecía, pero nunca quiso hablarme de ello. Nunca abrió su corazón por completo, ni entendí su forma de ser ni sus misteriosas desapariciones.

»E1 veintiuno de junio, hace dieciséis años, sintió un dolor espantoso y yo quise llamar a un médico; volvió a prohibírmelo. Tuvo un parto horrible, lleno de dolor, y cuando tú naciste juró que jamás en su vida volvería a tener un hijo con un humano. Al parecer, las hadas se reproducen de un modo misterioso que nunca quiso contarme. Cuando te tuve en mis manos yo pensé que eras lo más hermoso que había visto en mi vida, el regalo más preciado del mundo. Te lo aseguro, Laila.

»Eras tan bonita… Enseguida desplegaste unas alitas pequeñas, y tu madre y yo supimos que tendrías problemas para crecer como una niña normal. Así que yo me encerré aún más en Winter Manor y ya apenas visitaba a mis antiguos conocidos de Cavan. Durante aquel verano los tres vivimos felices aquí, escondidos, lejos de todo lo que era normal. Y entonces llegó el otoño, y tu madre cambió. Parecía enfadada todo el día y se molestaba por cualquier tontería. Recorría la casa, huraña, como un gato enjaulado. Un día desapareció y no volvió durante dos semanas enteras. La busqué por todos lados. Recorrí los bosques día y noche, pero no la encontré. La noche que regresó me dijo que los vientos habían cambiado…

Sean Winter se calló. Los recuerdos se habían vuelto dolorosos. Laila sintió que estaban llegando al final.

—Cuando ella volvió —siguió contando su padre—, traía en sus manos un pequeño libro con piedras incrustadas en el lomo y una bolsita de cuero. Me dijo que el libro era para ti, para cuando tuvieses la edad humana suficiente para afrontar la responsabilidad de tenerlo contigo. La bolsa era para mí. Estaba llena de piedras preciosas, diamantes, esmeraldas y perlas, y me dijo que nunca se agotaría. Era su regalo de despedida.

»Le supliqué que no se marchase. Estaba desesperado y la amaba más que a mi vida. Le rogué y lloré, pero fue inútil. Su mirada era la de un ser completamente

distinto al que yo había visto en los lagos dos años atrás, y dijo que ella ya había cumplido su misión. No entendí sus palabras, pero volví a suplicarle que se quedase con nosotros, que tú la necesitabas. Ella te cogió en sus brazos y te cantó una canción en voz baja, susurrando. Entonces yo creí que también te llevaría con ella, pero Ethera advirtió que serías muy desgraciada si conservabas las alas.

»Yo me quedé un poco sorprendido por sus palabras. Ella siguió hablando sobre los humanos. Si te descubrían, serías un objeto de laboratorio y los científicos intentarían hacerte pruebas y experimentos terribles. Sin embargo le dije que te llevase con ella. Yo estaba destrozado por la idea de perderte, pero jamás permitiría que nadie te causase el menor daño. Ethera contestó que eso era imposible. Lo que ella había hecho era una abominación entre los suyos, tener relaciones con humanos e incluso concebir una hija, una niña mitad humana. Si yo la amaba tanto como ella a mí, debía ser yo quien te cuidase sin exigirle más explicaciones. Entonces me pidió que te cortase las alas. No te dolería y las cicatrices desaparecerían enseguida. Yo quise negarme, pero los peligros a los que te enfrentarías serían muy grandes si alguien te descubría alguna vez, y a la larga era inevitable. Tu madre tenía razón. Ella esperó hasta que un día me decidí. Y se marchó. Después de aquello, nunca más la volví a ver…

El salón pareció cargarse de electricidad. Laila escuchó hasta la última palabra con los ojos muy abiertos y el corazón latiéndole con fuerza. Su padre contemplaba la caja de cristal, su último recuerdo de un sueño imposible.

—Entonces, ella no ha muerto —dijo sintiendo que un cuchillo se le clavaba en lo más profundo.

—No —respondió su padre por fin—. Está viva.

Laila ya no pudo seguir escuchando. Se levantó como un resorte y salió del salón con la cabeza embotada, sin poder oír las últimas palabras que le decía su padre. Corrió escaleras arriba llorando y cuando se tumbó en la cama apretó la cara contra la almohada.

Su madre aún vivía. Aquello era mucho peor que lo de las alas. Años de mentiras y secretos ocultos, adorando la imagen de una madre para descubrir al final que estaba viva y que además la había abandonado. Las lágrimas surgieron furiosas mientras ella trataba de entender una situación que se le escapaba. Una madre viva que nunca había regresado a verla y un hombre, al que llamaba padre, que durante dieciséis años le había mantenido oculta la historia de su vida y lo que ella era.

Odió a Sean Winter intensamente en aquel momento. Nunca le perdonaría aquello. Jamás. Los ojos se le enturbiaban mientras sentía que su vida se tambaleaba. Ahora sabía que no era una nemhirie, pero tampoco pertenecería nunca a Faerie. Su madre, además de olvidarla, había permitido… no, había insistido en cortarle las alas. Aquello que la habría hecho ser igual que Aurige, Cyinder y Nimphia nunca lo

tendría. Ahora estaba marcada para siempre, dividida por dos mundos que amenazaban con partirla en dos.

Sintió frío. Se dio cuenta de que aún vestía con el traje de luto de Solarïe. Se desnudó y lo arrojó a un rincón. No quería saber nada de nadie, ni siquiera de Faerie. Era una extraña en ambos mundos y pensó que lo mejor sería huir. Huir a un sitio lejano y olvidarse de todo. Corrió hacia el espejo y miró su imagen reflejada, llena de dudas. ¿Quién era ella? Y lo más importante… ¿Qué era ella? No era un hada, pero tampoco una vulgar nemhirie como su padre. Su madre reveló que había cumplido una misión. ¿Cuál? ¿Por qué aquel ser desconocido, sin duda una Ithirïe, había querido tener una hija lejos de Faerie para luego cortarle las alas sin ningún escrúpulo?

Odió a aquella madre ausente que nunca se había preocupado por ella, ni había querido verla ni abrazarla… Aquella que le había dejado la herencia de los cabellos verdosos y un libro como único recuerdo.

«Ethera», había dicho su padre. No Carol Winter. Carol Winter nunca había existido.

Al recordarlo, Laila notó que junto con el odio, nacía un sentimiento de pena y de lástima hacia él. Ethera también le había abandonado sin ninguna piedad, con toda la crueldad de la Bella Gente. Llegó un día y luego se marchó después de asegurarse que a ella le destruían lo más valioso que un hada podía poseer: su identidad.

Y luego… nada.

Por un momento Laila deseó bajar de nuevo al salón y regresar junto a su padre, pero no lo hizo. Odiaba sus mentiras y sus engaños. Odiaba su rostro nemhirie y todo lo que representaba. Se tumbó de nuevo sobre la cama arropándose con la colcha. Estaba sola y perdida, sin saber qué hacer. Su mente era un torbellino vacío y en medio del caos acudieron los recuerdos de los espectros de la Torre de Cálime, todos con sus cabelleras fantasmagóricas, arrodillados delante de ella. Y entonces se sentó sobre la cama de golpe, sobresaltada, porque había comprendido algo evidente que había estado allí desde que su padre empezó a contarle su historia. ¡Había Ithirïes vivos!

La sorpresa de su descubrimiento hizo que se olvidase de toda la lástima que sentía hacia sí misma. Se quedó quieta, mirando la luz que entraba por la ventana, con la sangre latiéndole en las sienes. No se extinguieron. Muchos escaparon del castigo por su traición y se escondieron en algún lugar remoto, como su madre y las otras doncellas del lago.

Laila sintió que una parte de sus fuerzas regresaba. Respiró profundamente mientras en su cabeza, despacio, comenzaba a forjarse la idea de encontrarlos. Sí. Buscaría a su madre y le pediría explicaciones. Y después se permitiría el lujo de despreciarla y llamarla traidora. Traidora hacia ella y hacia su padre. Eso es lo que

era.

Se levantó de la cama y se vistió con unos viejos pantalones vaqueros y el jersey de Lomondcastle. Volvería al colegio. Se reuniría con sus amigas y juntas buscarían a los Ithirïes hasta encontrarlos.

En ese momento escuchó por los altavoces del avión una voz femenina que anunciaba que iban a dar comienzo las maniobras de aproximación al aeropuerto de Edimburgo, y que todo el mundo debía tener los cinturones abrochados.

Los recuerdos de su casa desaparecieron y Laila vio por la ventanilla que estaba sobre la ciudad. Entonces se rió con amargura. Cinturones. ¡Ja! Si ella tuviese sus alas no necesitaría aviones ni artefactos nemhiries, aunque claro, si nunca le hubiesen faltado, ella no se habría molestado en conocer aquel mundo ni por todo el oro que fuese capaz de fabricar.

Volvió a pensar en su padre mientras sentía un molesto dolor en los oídos por la presión del descenso. Apenas habían vuelto a hablar en aquellos días finales en Winter Manor. Laila le evitaba y apenas intercambiaban unas palabras durante las comidas. Se había levantado un muro entre los dos que ya no se derribaría jamás. Su padre ya no había insistido para que permaneciese junto a él, y ella, desde luego, nunca habría aceptado. Ahora eran extraños, y tendría que transcurrir mucho tiempo para que los dos aprendiesen a conocerse de nuevo.

Cuando su padre la llevó hasta Dublín, el silencio les acompañó todo el camino. Luego, en el aeropuerto, Laila fue incapaz de mirarle a los ojos cuando él intentó abrazarla antes de salir hacia la puerta de embarque.

—Laila —le dijo con voz entrecortada—, sé que no quieres perdonarme, pero ¿intentarás comprenderme? ¿Pensarás en mí al menos?

—No lo sé, papá —respondió ella fríamente—. Necesito tiempo para todo esto. Los dos lo necesitamos.

—Te quiero, hija —soltó desesperado.

Laila apretó los labios fuertemente. Luego cogió sus maletas y se dio media vuelta sin mirar atrás. Se sentía vil y despreciable, pero las otras sensaciones de desgarro y de vacío aún la acompañaban, y no podía ni quería dar un solo paso hacia la reconciliación.

Cuando pisó por fin el país escocés, el cielo estaba gris y encapotado. Exactamente igual a como ella se sentía por dentro. Un taxi la llevó por el monótono recorrido de siempre, abandonando Edimburgo hacia el lago Lomond a través de los eternos paisajes verdes que siempre había detestado.

Se dio cuenta de que en su imaginación veía a Solarïe por todas partes, y sus sentimientos aparecían mezclados entre la tierra dorada que había llegado a amar, y el salón de su casa invadido por el frío y la oscuridad, con su padre allí, junto a la caja

de cristal, repitiendo una y otra vez las mismas palabras: «Tus alas… yo las corté… yo las corté».

Dejaron atrás la ciudad de Stirling viajando siempre hacia el oeste, recorriendo los kilómetros que a Laila le estaban pareciendo eternos. Deseaba llegar cuanto antes, y unas punzadas de nerviosismo se habían instalado en su estómago como si tuviese dentro duendes saltando. Tenía tantas ganas de volver a ver a sus amigas que no podía aguantar la lentitud del taxista. Si fuese Aurige la que condujese, habrían llegado a Lomondcastle hacía horas.

Por fin apareció la bella imagen azul del lago Lomond, rodeado por valles y montañas que se perdían en la lejanía. Los grandes castillos de tiempos remotos bordeaban sus orillas, pero nada era comparable al castillo dorado de Solandis o a la afilada silueta del Palacio de la Noche.

¿Cómo estarían Cyinder y su madre, la reina Hellia? ¿Se habría hecho ya Maeve con el control absoluto del reino? Tanto había pensado en sí misma que apenas había tenido tiempo de acordarse de la desgracia que se cernía sobre Solarïe.

Bordearon el lago hasta que apareció la silueta del castillo georgiano, tras los altos árboles que separaban los terrenos del castillo de los del colegio de Lomondfield. Los grandes torreones le dieron la bienvenida y Laila vio cómo se agrandaban mientras el taxi se adentraba por el camino de tierra hacia el edificio principal, hasta llegar a una conglomeración de automóviles de los que salían chicas de todas las edades, cargadas con maletas, y algunos padres las despedían con lágrimas en los ojos.

Al bajar buscó el Mustang rosa por todas partes, pero el coche de Aurige no estaba allí. Entonces sintió una gran punzada de temor. ¿Y si no habían podido abandonar Faerie, o la situación de Solarïe se había vuelto tan catastrófica que no se atrevían a marcharse del palacio?

Cruzó las grandes puertas y los muros del colegio sintiendo un gran desasosiego. Algunas compañeras del año pasado la saludaron; sin embargo, ninguna se detuvo a preguntarle qué tal había pasado el verano. Apesadumbrada, buscando inútilmente entre la multitud de chicas, se encaminó hacia su antigua habitación más allá de la galería acristalada que comunicaba cada torreón con el edificio principal. Abrió la vieja puerta; olía a humedad y a abandono. Exactamente tal y como lo había dejado. Laila apiló sus maletas cerca de la cama. No tenía ganas de ordenar su equipaje, pero buscó especialmente tres cosas para esconderlas de la vista de posibles intrusos: el libro de las gemas, el pergamino de sir Richard, y el medallón de los Ithirïes.

Salió de la habitación y regresó al gran vestíbulo, lleno de chicas que se apretujaban frente a los tablones con los listados de asignaturas y profesores. El griterío era enorme, y la gran mayoría se saludaban formando corros, contándose las aventuras de verano. Allí descubrió a Lizzel Sinclair y a Sandy Madison, las dos

primas rodeadas por una pequeña corte de seguidoras que trataban de hacerles la pelota. Laila se acercó a los tablones. La rutina se abatía nuevamente sobre ella, como cada año, y se dedicó a mirar las calificaciones del curso anterior. Suspenso en francés. Por supuesto. La bruja Peabody no había tenido piedad.

Las dos primas notaron la presencia de Laila al momento: un punto de color verde en medio de las monótonas cabelleras rubias y rojizas.

—¡Pelomoco! —exclamó Lizzel en voz alta por encima del bullicio general, para que todas la escucharan.

Muchas cabezas se volvieron hacia Laila, aunque ella las ignoró. Siguió pendiente de las listas sin hacerles ningún caso. No iba a molestarse por dos nemhiries estúpidas.

—Mirad, chicas —añadió Sandy, que lucía un perfecto bronceado—, a Winter se le caen los mocos por la cara. ¿Tu padre no te limpia los mocos antes de venir?

Se escucharon algunas risas y Laila apretó los puños. Sentía la furia penetrando lentamente por todos sus resquicios. Las carcajadas de adulación aumentaron y Laila se dio cuenta de que ya no estaba leyendo las listas.

—No entiendo cómo aceptan payasos en Lomondcastle —dijo Lizzel con toda crueldad—. Le diré a mi padre que me saque de este colegio cuanto antes. No es un sitio serio.

Echó a caminar orgullosamente con la cabeza levantada, dispuesta a cruzarse con Pelomoco y golpearla para provocar una nueva salva de risas, pero Laila, que tenía la mente llena de neblina furiosa, hizo un gesto imperceptible con su mano.

De repente, sin saber cómo, Lizzel Sinclair comenzó a tambalearse y cayó de bruces al suelo como si alguien le hubiese puesto una zancadilla. Su prima Sandy vio con terror la caída, tan imparable como la de un árbol talado, desplomándose con un golpe sordo que se amortiguó al lanzar un chillido histérico. Lizzel miró a todos lados, confusa e insegura, mientras las chicas a su alrededor comenzaban a taparse las manos para camuflar las carcajadas, o reían abiertamente, pues Lizzel Sinclair no les solía caer precisamente bien. Roja como un tomate se levantó en medio de la diversión general, y buscó a la posible culpable. La odiosa Laila Winter estaba demasiado lejos para haberlo hecho, y además, ni siquiera la miraba. Era la única que no reía y Lizzel tomó nota mental de cuantas había cerca de ella a fin de ajustar las cuentas más adelante. Con el rostro desencajado por la furia y los pelos greñosos, abandonó el recibidor seguida de su prima mientras la estancia se llenaba de carcajadas.

Una voz suave y oscura surgió a espaldas de Laila.

—Así que haciendo un ahamadirion a escondidas, ¿eh?

Laila se volvió sorprendida a la vez que el corazón comenzaba a latirle apresuradamente. Detrás de ella, plantadas con caras divertidas, Aurige y Nimphia la

observaban con una sonrisita. Vestían faldas y abrigos de cuero, y llevaban puestas las gafas de sol. Varias alumnas de Lomondcastle las miraban con curiosidad.

La cara de Laila resplandeció y caminó hacia ellas con la sonrisa más grande del mundo.

—¡Vaya pintas tenéis! —exclamó tan contenta como si llevase años sin verlas. Luego buscó a su amiga solarïe pero no la encontró—. ¿Y Cyinder?

Las sonrisas desaparecieron y Nimphia se colocó las gafas sobre la cabeza.

—No podrá venir —susurró—. Las cosas están muy mal en Solarïe. Nosotras estamos aquí porque no tenemos ningún otro sitio a donde ir. No queríamos dejarla sola, pero como nos negamos a obedecer a la vieja Mab tuvimos que huir.

Laila les hizo un ademán para que la acompañaran hacia los dormitorios. Necesitaba hablar con ellas a solas, pero Aurige se acercó al tablón de anuncios con decisión y se puso a leer los contenidos.

—¡Aquí estamos! —exclamó leyendo las listas de alumnas recién admitidas—: Aurige Smith, Nimphia Smith y Cyinder Smith —comprobó orgullosa.

—¿Por qué todas os habéis llamado Smith? —preguntó Laila.

—¿No es así como se llaman los nemhiries que quieren pasar desapercibidos?

La muchacha contuvo un bufido ahogando la risa. Si querían pasar desapercibidas, acababan de conseguir justo lo contrario.

—¡¿Pero esto qué es?! —siguió Aurige, que había cambiado de listas y enumeraba las asignaturas de sexto curso—. Historia… Literatura… Física… —luego se volvió a Laila—. ¡Esto es un rollo insoportable!

Muchas alumnas seguían mirándolas mientras los grupos comenzaban a dispersarse. El aspecto de las recién llegadas les resultaba un poco raro, aunque no sabrían definir qué era lo que les extrañaba. Sin duda serían extranjeras.

—¡Y pensar que nos metimos en esto por culpa de Cyinder! —concluyó con tristeza.

—¿Qué es lo que esperabais? —dijo Laila—. Aquí estudiamos cosas normales, no cómo reventar cerraduras o trepar con guantes de gato.

—Entonces, ¿qué es lo que hacéis? —preguntó Nimphia, que también se había acercado a leer las listas de los tablones—. ¡Ni siquiera hay clases de seducción!

—¿Clases de qué? —repitió Laila, asombrada.

—Seducción —le contestó la de Airïe, sin dar crédito a la falta de esa asignatura —. Cómo seducir a un nemhirie. Es fundamental si quieres llegar a lo más alto en Faerie.

Laila la observó como si estuviese loca.

—Me dejas de piedra —contestó la muchacha—. ¿No se supone que no os gusta tener tratos con los nemhiries?

—Eso es una cosa, y otra muy distinta que no sepamos cómo hacerlo —corrigió

Aurige—. Debemos aprender a seducir nemhiries para que luego hagan lo que nosotras queremos.

Laila se quedó pensativa.

—¿Y eso no sería más adecuado para shilayas? —preguntó con cinismo.

Aurige hizo una mueca.

—De acuerdo, no he dicho nada —añadió Laila—. ¿Dónde están vuestras maletas? Os acompañaré a vuestras habitaciones.

—En el Mustang —contestó Nimphia—, pero no te preocupes. Las haremos subir después. Laila se horrorizó.

—De eso nada. No podéis hacer que unas maletas se muevan solas y recorran los pasillos como si fuesen fantasmas. Todo el mundo se asustaría y querrían saber qué está pasando. Tenemos que llevarlas nosotras mismas.

Las otras pusieron cara de fastidio.

—Esto no me va a gustar nada en absoluto —gruñó Aurige caminando hacia la salida.

Llegaron al aparcamiento y Laila comprobó, como era de esperar, que Aurige había aparcado el coche bloqueando la salida de otros tres automóviles. La lunarïe abrió el maletero y sacó dos maletas. Laila cogió una de ellas y de inmediato notó que apenas pesaban.

—¿Qué lleváis aquí dentro? —preguntó con curiosidad.

—Nada —contestó Nimphia cogiendo su equipaje—. Es para despistar. Eso es lo que se hace, ¿no?

La muchacha recordó cuando fueron a buscarla a Winter Manor a mediados de julio. Laila se había marchado con una maleta vacía para disimilar delante de su padre y de Monique. Pensar en su casa y en su padre le cambió la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nimphia advirtiendo su cambio de humor.

—Os lo explicaré en la habitación —susurró ella.

Regresaron al bloque principal y Laila comprobó en las listas que Nimphia y Aurige, al ser alumnas de sexto como ella, se alojarían cerca de su habitación. Luego recorrieron las salas y rincones del castillo. Les mostró los lugares más importantes igual que si las llevase por un recorrido turístico. Atravesaron la galería acristalada cruzándose con otras chicas que las miraban sin ocultar su curiosidad, no ya por el pelo verde de Laila, al que estaban acostumbradas, sino por los cabellos de Nimphia, que los lucía orgullosamente con toda naturalidad.

Las habitaciones de las dos recién llegadas estaban juntas. Primero entraron en la de Aurige. Ella y Nimphia la inspeccionaron. La de Airïe se dedicó a examinar todos los objetos, tirando de las cintas de las cortinas varias veces seguidas, abriéndolas y cerrándolas sin descanso. Luego manoseó el interruptor de la lamparita de noche, encendiendo la luz una y otra vez hasta que Aurige le sugirió que lo dejase.

—Esta habitación es muy triste —comentó Nimphia fijándose en los bloques de piedra de los muros—, y ahí hace falta una puerta —añadió señalando la pared que separaba el cuarto de Aurige del suyo.

Chasqueó los dedos y el muro desapareció de repente.

—Vaya sorpresa se van a llevar las limpiadoras —exclamó Laila.

Aurige se sentó sobre la cama para comprobar la firmeza del colchón, y después cambió a su gusto todos los adornos. El techo se volvió negro y se llenó de pequeños puntos brillantes, y las cortinas se convirtieron en largos velos de color malva iguales a los del palacio de Nictis. Nimphia hizo aparecer una suave brisa que se instaló en su dormitorio, dando vueltas como un pequeño remolino perenne, sacudiendo los muebles y las cortinas sin parar.

—No deberíais hacer eso —advirtió Laila—. Llamareis la atención en cuanto vean vuestros dormitorios.

—Te aseguro que nadie va a entrar aquí —dijo Aurige con una sonrisa tan encantadora que resultaba peligrosa.

Si se atrevían a molestar a la lunarïe, era capaz de llenar Lomondcastle de cucarachas.

—Bueno, ya estáis instaladas —dijo cuando sus amigas terminaban de acomodarse—. ¿Por qué no ha venido Cyinder? ¿Cómo están las cosas en Solarïe?

—Mal —respondió Nimphia sentándose en un sillón de cuero que había hecho aparecer—. Un día después de marcharte, la reina Maeve, la misma que dijo que permanecería en Solarïe para ayudar a Hellia, anunció que la reina tenía de plazo hasta la entrada del otoño para pedir su Último Deseo…

—¡¿Qué?! —exclamó Laila horrorizada.

—Lo que has oído. En cuanto se marcharon las reinas, Maeve dejó de ser tan bondadosa. Ha invadido el palacio y lo gobierna todo con mano dura. Cyinder está destrozada, y no quiere abandonar a su madre ni un solo momento.

—Después de marcharte, Nimphia y yo nos negamos a abandonar Solandis —siguió Aurige—. Estamos seguras de que la vieja Mab se tuvo que enfadar muchísimo, pero claro, no podía tocarnos sin disgustar a nuestras madres. Así que sitió nuestros aposentos y puso guardianes en las entradas. No nos permitían salir ni para hablar con Cyinder. Parecíamos prisioneras.

—Decidimos marcharnos de allí cuando llegó el momento de venir a tu colegio —continuó Nimphia—. Saltamos por la ventana hasta el coche y abandonamos Solandis. Antes de irnos le envié un mensaje secreto a Cyinder a través del aire, pero no sé si lo recibió. No pudimos verla más. También ella estaba recluida junto a Hellia, por seguridad, según decían los guardianes blancos.

—¡Por seguridad! —estalló Aurige—. Es una invasión completa. Maeve ha decidido gobernar Solarïe, eso es lo que ocurre. Muchos nobles han desaparecido, y

la guardia personal de Hellia ha sido depuesta.

—No estamos seguras de eso —susurró Nimphia, inquieta—. Con los albanthïos patrullando las calles ha vuelto la tranquilidad. Incluso algunos solarïes han vuelto a sus casas, ahora que saben que Maeve está al frente. La reina Blanca ha dicho a las gentes que la reina Hellia va a solucionarlo todo.

—¡Claro! ¡A cambio de pedir el Último Deseo! —terció Aurige.

Nimphia se sentía igual de furiosa que su amiga lunarïe, pero se negaba a perder la esperanza de que todo se arreglaría en el último momento.

—¿Han intentado hablar con Tritia de nuevo? —preguntó Laila.

Aurige negó con la cabeza.

—Pienso que Maeve tiene otros planes —dijo tenebrosamente—. No va a pactar con las acuarïes. Quiere que Hellia muera, estoy segura.

—No digas eso —suplicó Nimphia—. Es imposible.

—Entonces, ¿cómo explicas su cambio de postura tan repentino, y que la retengan como una prisionera? ¿Por qué no nos han dejado hablar con Cyinder? Está planeando algo malo. A mí no me gusta.

Laila suspiró. No le gustaba ver a sus amigas discutiendo, aunque no le quedaba más remedio que darle la razón a Aurige. Después de unos momentos en un silencio incómodo, Nimphia trató de hablar con naturalidad.

—¿Y qué tal estás tú? —le preguntó a Laila—. Ya hemos visto cómo te tratan esas nemhiries. Aurige les iba a hacer algo, pero tu ahamadirion resultó estupendo.

Ella les sonrió con tristeza. Había llegado su momento.

—Tengo una cosa que contaros —dijo.

De repente sentía vergüenza de que ellas conociesen su pasado. Se acercó a la ventana y miró al paisaje. Caía la tarde y las luces brillaban sobre el lago Lomond. Aurige y Nimphia aguardaron impacientes. Laila tomó aire.

—Mi madre es una Ithirïe —soltó del tirón.

Se dio media vuelta para comprobar sus caras serias. Esperaba una reacción de asombro y de incredulidad, pero las dos la miraban, sin rastro de sorpresa.

—Yo ya lo sabía —dijo Aurige, y Nimphia asintió.

—¿Lo sabías? —exclamó Laila.

—Siempre hemos dicho que olías como nosotras —dijo Nimphia—. Pero hasta que vimos a los Ithirïes por primera vez no pudimos comprobar que existiese alguna relación.

—¿Y no me lo dijisteis? —se enfureció.

—¿Para qué? —preguntó Aurige—. Tú también podrías haber sacado tus propias conclusiones. También llevas sangre nemhirie y perdiste las alas. Perteneces más a tu mundo que al nuestro.

—¿Cómo sabes lo de las alas? —preguntó Laila.

—Cuando comenzamos los entrenamientos, al principio de todo, hiciste algo prodigioso. Entonces empezó a dolerte la espalda y a chillar. Yo te dormí con un hechizo, y Nimphia y yo estuvimos mirándote la espalda por si tenías alguna herida. En se momento descubrí que alguna vez habías tenido alas…

—¡Pues no me lo contaste! —se enfadó Nimphia.

Laila se puso en pie. Le parecía que había sido traicionada por sus propias amigas, y aquello le dolió casi tanto como lo de su padre.

—¿Dónde vas? —preguntó Nimphia.

Laila la miró incrédula y luego se dirigió hacia la puerta.

—No puedo creer que me ocultaseis esto —dijo con frialdad.

—¿Y te has enfadado? —se sorprendió Aurige—. Eres más nemhirie de lo que crees. ¿Acaso crees que a estas alturas nos importa mucho que seas Ithirïe o nemhirie?

—¡Pues a mí sí me importa! —gritó ella—. Tengo el pelo verde y todo el mundo se ríe de mí. Y ahora resulta que vosotras, mi padre… ¡Todos sabían el motivo!

—¡Pero serás tonta! —le espetó Aurige alzando la voz con un tono de furia—. ¿Se puede saber en qué cambia tu vida al conocer todo esto?

Laila se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—¡¿Que en qué cambia mi vida?! —se giró lentamente—. ¡En todo! Ninguna de vosotras entiende de insultos, ni de pasar los días aquí sola sin que nadie quiera estar contigo… Aquí me llaman Laila Pelomoco. ¿A que no lo sabíais?

—No está mal el mote —comentó la lunarïe con desdén y un destello de broma en su rostro.

—Eres increíble —le contestó Laila con amargura—. Ni siquiera ahora eres capaz de decir algo agradable.

Abrió la puerta para salir, pero esta se volvió a cerrar, dando un fuerte golpe en sus narices. Laila se volvió.

—Déjame salir, Aurige.

—Yo no he sido —se burló.

Laila leyó en sus ojos que decía la verdad y entonces se giró hacia Nimphia.

—¡¿Qué pasa?! ¿Tú también estás de su parte?

—Estoy de parte de las tres —le dijo la airïe sin inmutarse—. Y de aquí no va a salir nadie hasta que aclaremos este enfado. Así que siéntate y cuéntanos todo lo que sabes.

Laila cruzó los brazos sin querer moverse del lado de la puerta. Pasó un rato, y Nimphia hizo un gesto con la mano. Al momento aparecieron varios volcanes de frambuesa flotando en el aire.

—Esto de las shilayas está empezando a ser contagioso —declaró Aurige cogiendo uno de los pasteles.

Laila golpeó el suelo con el pie mostrando su impaciencia. No la estaban tomando en serio.

—¿Quieres uno? —le preguntó Nimphia mordiendo un volcán.

La muchacha torció el gesto enfadada, pero la boca se le hacía agua. Al final soltó un bufido y se sentó sobre la cama. Cogió un pastel y lo devoró rápidamente.

—Podrías hacer tú los batidos —señaló Aurige e hizo aparecer tres vasos de cristal.

—Oíd, lo que me ocurre es importante —dijo Laila—. Soy medio Ithirïe y vosotras estáis comiendo pasteles tan tranquilas.

Nimphia se rió.

—¿No es mejor ser medio Ithirïe que nemhirie?

Laila mordió otro volcán. Visto de aquella manera no cabía duda. Ella quería seguir con el enfado y la lástima, pero sus amigas tenían una forma de ver las cosas que…

—Veamos —dijo Aurige—, ¿quién es tu madre?

—Se llama Ethera —contestó suspirando—. Yo siempre creí que se llamaba Carol Winter, pero era otra de las mentiras de mi padre.

Y les relató toda la historia que le había contado su padre, hasta el final, cuando Ethera le había pedido a Sean Winter que le cortara las alas.

—Eso sí que es sorprendente —dijo Nimphia—. Verdaderamente incomprensible. Rompe todos los tabúes de Faerie, se convierte en una ailorïa, y después te corta las alas.

—Sería una ailorïa loca —rió Aurige.

—¿Ella es una ailorïa? —preguntó Laila, sorprendida.

Sus amigas asintieron a la vez.

—Es como un insulto —aclaró Aurige—. Ser una ailorïa no significa necesariamente pertenecer a Faerie. Es la mujer, hada o nemhirie, que tiene relaciones con un humano sin estar casada con él. Como la otra mujer rubia que está ahora con tu padre.

Laila permaneció pensativa unos momentos, sin saber a quién se refería.

—¿Monique? —intuyó.

—Sí.

—Por cierto, la he traído con nosotras —dijo Nimphia.

—¿A Monique? —repitió con los ojos abiertos sintiendo que se perdía.

—Claro —contestó ella sacando de una mochila el huevo de arpía—. Está a punto de nacer.

Laila comprendió la confusión y al momento se aterró.

—¿Pero cómo vamos a tener una arpía aquí, en Lomondcastle?

—Bah, seguro que se escapa enseguida y se esconde en las torres. No te

preocupes.

A Laila todo le daba vueltas. Solo de pensar en un buitre con cabeza humana rondando por el colegio se le ponían los pelos de punta.

—En definitiva —retomó Aurige la conversación—. Tu madre, una Ithirïe cuya raza ya no existe, desapareció misteriosamente después de nacer tú, pero te dejó un libro para que pudieses entrar en Faerie.

—Eso parece.

—Tendrás que buscarla, ¿no? —sugirió Nimphia.

—Por supuesto. Es lo que pienso hacer en cuanto se resuelva el problema de Solarïe.

Todas parecieron decaer de pronto tras estas palabras. Laila se arrepintió de haberles recordado la desgracia que pendía sobre el mundo de Cyinder.

—Ahora ya se puede ver a simple vista que los soles están más cerca —dijo Nimphia con tristeza—. Caen a gran velocidad, y se espera que Nur se estrelle contra Solarïe a principios de octubre nemhirie.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó Aurige—. Me siento muy inútil aquí sentada, en este mundo, mientras las acuarïes se ríen de nosotras.

—Ojalá pudiésemos entrar —suspiró Laila—. Les arrancaríamos el Grano de las Arenas antes de que se diesen cuenta.

—Son asquerosas —susurró Nimphia rebuscando en su mochila. Sacó la máscara Acuarïe y la contempló acercándosela a la cara.

Había pasado días investigándola por si lograban entrar en el reino prohibido, y casi tenía resuelto el mecanismo que convertía el aire en agua, respirando a través de unos filtros que se introducían por la nariz.

Cayó la noche y Laila se encontraba mucho mejor. Se le había pasado el enfado al darse cuenta de que sus problemas no parecían ser tan importantes. Tenía que aprender a enfrentarse a las cosas sin dejar que le afectasen de esa forma. ¿Por qué no podía ser ella como Aurige? Cuando se marchó a su habitación sintió pena por tener que alejarse de sus amigas. Les dio las buenas noches y abrió la puerta sin ninguna dificultad. Luego cruzó el corredor de piedra hasta su dormitorio, y al entrar comprobó que no había deshecho las maletas. Sacó las camisas arrugadas y las faldas del uniforme mientras pensaba por primera vez que quizás había sido algo dura con su padre. Después se tumbó sobre su cama pensando en él, allí solo, en Winter Manor, hasta que se quedó dormida.

Al día siguiente se despertó muy cansada. Era la primera vez que ponía en marcha el despertador desde el curso pasado, y las seis y media de la mañana le parecía una hora verdaderamente desagradable. Se aseó deprisa, recuperando una rutina que no había perdido del todo, como si el verano solo hubiese sido un corto interludio sin importancia. Había crecido un poco y ahora la falda del uniforme le quedaba por

encima de las rodillas. Se alisó su cabello verdoso y se dirigió hacia el comedor para desayunar. Por los pasillos la acompañaron decenas de estudiantes con cara de sueño que salían bostezando de sus propias habitaciones.

Aurige y Nimphia no estaban allí. O bien no se habían despertado, o no querían comer el desayuno nemhirie. Aquello podría ser un problema si los profesores advertían que las dos nuevas alumnas nunca aparecían a la hora de comer.

Masticó una insípida tostada mientras escuchaba a Lizzel en la mesa de al lado relatando sus aventuras de verano en Italia. Había conocido a un chico que se enamoró perdidamente de ella. Laila tenía sus dudas acerca de lo de «perdidamente». Entonces Sandy nombró a Daniel Kerry y ella se atragantó. Aguzó el oído, pero la voz de la otra se había convertido en un susurro lleno de risitas.

Daniel Kerry.

Los fantasmas del pasado estaban regresando a toda velocidad. En el estómago se le hizo un nudo al recordar la carta que había recibido. Algún día tendría que enfrentarse a él al igual que había decidido hacer con todos sus complejos. Abandonó el comedor, y fue al salón de actos. El director Westfield inauguraría el curso escolar pronunciando el mismo discurso largo y monótono de cada año. Después, la primera clase de ciencias.

El salón estaba casi lleno y rápidamente localizó a sus amigas, sentadas en primera fila con los cuadernos abiertos, dispuestas a tomar apuntes. Laila se acercó a ellas y les aconsejó que cerrasen las libretas. Aquello solo era un discurso de bienvenida, no tenían que estudiarlo luego. Nimphia se sintió decepcionada. Tenía mucha ilusión por comenzar sus estudios nemhiries. Laila la consoló diciéndole que no se preocupase, que ya tendría tiempo de escribir hasta aburrirse.

Escucharon al director del colegio hablando entre tartamudeos, escondido tras las gafitas redondas y el rojizo bigote, incapaz de completar una frase entera sin carraspear. Después de que el señor Westfield les diese la bienvenida a las nuevas alumnas y les desease a todas un buen curso, salieron del salón entre las alumnas que se iban repartiendo por las distintas aulas.

Aurige y Nimphia se habían vestido con el uniforme completo, aunque la lunarïe llevaba sus botas negras de tacón alto, y Nimphia se había trenzado los cabellos con plumas, sin importarle lo que pensasen de ella. Las demás chicas estaban asombradas. Cuando llegaron a la clase de ciencias, Lizzel se dispuso a lanzar un nuevo comentario. Aurige, que se acordaba de ella, le lanzó una mirada tan oscura y peligrosa que la muchacha cerró la boca sintiendo un escalofrío.

El profesor de ciencias, Mr. Campbell, les dio la bienvenida, y para hacer la primera clase amena y agradable comenzó a repasar temas muy fáciles que habían dado el curso anterior. Después de escribir la bibliografía que iban a utilizar durante el curso, dibujó en la pizarra los planetas del sistema solar.

Nimphia se extrañó ante aquel increíble conocimiento del que jamás había oído hablar, y luego empezó a dibujar en su cuaderno a gran velocidad, escribiendo además todas las palabras que el profesor decía, incluso las toses y estornudos. Aurige observó a Nimphia despectivamente y enseguida abandonó los lápices y los apuntes. Aquello era una estupidez de la que se arrepentía a cada segundo.

A continuación, el profesor Campbell pasó a detallar las fases de la luna, los solsticios y los equinoccios. Laila también se aburría y no veía la hora de terminar las clases para marcharse junto a sus amigas.

—Este año, el frío parece que va a llegar antes de tiempo —explicaba Mr. Campbell muy ufano—. Los científicos han anunciado un descenso de las temperaturas al que no encuentran justificación. Sin duda se deberá a cambios climáticos que os explicaré mañana. Parece que el otoño se va a presentar mucho antes del veintidós de septiembre.

Las tres sabían sin duda que los soles apagados de Solarïe afectaban a todo Faerie, pero al parecer también al mundo nemhirie. Nimphia dejó de escribir, abatida.

Sonó la campana del final de clase y el profesor se despidió de ellas anunciando un pequeño examen sorpresa para la semana siguiente. Antes de que pudiesen levantarse para estirar las piernas, la señorita Peabody hizo su aparición con el rostro triunfante tras las gafas de culo de vaso. El aula enmudeció de golpe.

La profesora alcanzó la tarima, y después de darles la bienvenida con una sonrisa amarillenta, anunció que volvería a dar la asignatura de francés otro año más. Luego buscó entre los bancos de alumnas hasta encontrar a Laila.

—Señorita Winter. Usted, especialmente, tendrá que presentarse a los exámenes de septiembre de quinto si quiere seguir estudiando mi asignatura en un curso más avanzado.

Laila agachó la cabeza. Sabía que aquella bruja se la tenía sentenciada, y no la dejaría en paz hiciese lo que hiciese. La iba a suspender de nuevo aunque realizase el mejor examen del mundo.

Aurige abandonó su postura distendida y se dedicó a estudiar a Mrs. Peabody con interés. Aquella mujer era la misma que había visto en una ocasión con el rostro embadurnado de crema de pepino, chillando como una loca con un ratón en la cara. La profesora recorrió toda el aula con la mirada y se quedó muy sorprendida por el aspecto de Nimphia. Se colocó las horribles gafas sobre la nariz y tomó algún tipo de nota mental para solucionar aquello. Entre la señorita Winter y la señorita… —miró el listado de alumnas—, la señorita Nimphia Smith, iban a convertir su colegio en un circo.

Sonrió a las primas Lizzel y Sandy, sus favoritas, que le parecían alumnas perfectas de un centro como Lomondcastle, y luego, sin más dilación, comenzó a escribir enormes listas de declinaciones de verbos irregulares franceses.

Laila intentó tomar apuntes a toda velocidad en medio del silencio absoluto, pero sus pensamientos iban y venían, divagando sobre algo que había dicho el señor Campbell en la hora anterior. La mente se le nublaba entre la retahíla francesa y los dibujos de los planetas medio borrados en la pizarra.

Entonces se quedó mirando el cuerpo bamboleante de Mrs. Peabody y un escalofrío comenzó a recorrerle la espalda. Se puso en pie de forma inconsciente, con la atención fija en la pizarra.

—¡Ya sé cómo lo vamos a hacer! —exclamó de repente en voz alta, como si no existiera nada de importancia a su alrededor.

Aurige y Nimphia se sobresaltaron. Mrs. Peabody se giró hacia ella con el rostro congelado por la furia. La clase entera pareció volverse de piedra pero Laila, ignorando a la profesora, se volvió a sus amigas.

—¡Sé cómo vamos a entrar en Acuarïe!

—¡Señorita Winter! —tronó la voz de la profesora.

—¿Cómo? —preguntó Aurige.

—¡Señorita Smith! —volvió a gritar—. ¡No voy a tolerar ni una sola palabra más en mi clase! ¡Laila Winter! La quiero fuera de aquí enseguida. Irá ahora mismo al despacho del director Westf…

—¡Cállese, bruja! —exclamó Aurige poniéndose de pie.

La profesora abrió la boca, incrédula ante lo que acababa de oír, y la piel de su rostro atravesó toda la gama de colores del arco iris, desde el amarillo más pálido al violeta más profundo. Una exclamación de asombro recorrió toda el aula y las horribles gafas de la profesora resbalaron por su nariz, estrellándose contra el suelo.

Nimphia también se levantó de su silla, recogiendo los lápices a toda velocidad en medio del murmullo general.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Aurige sin importarle las chicas que estaban escuchando ni el revuelo que habían armado.

—Venid —dijo Laila—. Salgamos de aquí.

Las tres se dirigieron hacia la entrada de la clase mientras la profesora, congestionada, farfullaba la palabra «suspenso» una y otra vez. Cerraron las puertas a sus espaldas y corrieron por los pasillos vacíos.

—Primero tengo que llamar a mi padre —explicó Laila, jadeando.

—¿Tu padre sabe cómo entrar en Acuarïe? —se asombró Nimphia, siguiéndola a la carrera.

—No —negó ella—, pero sabe una cosa muy importante.

—¿El qué?

—Esperad —las calmó Laila—. Dejadme hablar con él y luego os lo contaré todo. No vaya a ser que me equivoque y nos hagamos falsas ilusiones.

La acompañaron hasta el vestíbulo llenas de dudas. Laila se acercó a una de las

cabinas públicas, desiertas en medio de la hora escolar. Descolgó el auricular y escuchó el zumbido de la línea. Luego marcó los números a gran velocidad y esperó impacientemente mientras se realizaba la llamada internacional.

Un pitido… otro… Parecía que no había nadie en Winter Manor y Laila se desesperó.

—Vamos —susurró mientras se mordía los labios.

El auricular se descolgó y al otro lado de la línea escuchó la voz de su padre.

—¿Diga?

—¿Papá?

El teléfono permaneció en silencio unos segundos.

—¿Laila? —escuchó la voz asombrada de su padre.

—Sí, papá, soy yo —dijo ella a toda prisa—. Papá, esto es muy importante y necesito que me respondas sin ninguna duda. No voy a hablar de mamá ahora, ¿vale? Así que no toques ese tema.

Se volvió a producir un silencio enorme.

—Dime —dijo su padre por fin.

—Escucha, papá. Cuando me regalaste el libro en mi cumpleaños, me dijiste que habías escrito en marzo una dedicatoria debajo de una frase que se había borrado, ¿te acuerdas?

—Sí —afirmó él, todavía azorado.

—Y cuando entró la primavera, se iluminó una piedra, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, papá —dijo Laila después de una pausa en la que creía que el corazón se le iba a salir por la boca—. ¿Qué piedra se iluminó en marzo? Por favor, papá, recuérdalo bien. ¿Cuál fue?

Los segundos fueron eternos mientras el hombre trataba de recordar. Finalmente Laila escuchó su respuesta. Cerró los párpados y suspiró profundamente. Aurige y Nimphia la miraron con la expectación pintada en sus rostros.

—Dime, papá —volvió a decir Laila, contestando a una pregunta que le decía su padre desde el otro lado.

La muchacha tragó saliva.

—Sí, papá. Yo también te quiero.

Y luego colgó sin esperar más.

Aurige parecía que iba a devorarla con los ojos.

—¡¿Qué?! —preguntó en medio de la sala vacía.

Laila miró a sus amigas con los ojos encendidos por la emoción. Luego les contó lo que le estaba carcomiendo desde la clase de ciencias.

—El veintidós de septiembre, con mi libro, vamos a abrir la puerta de Acuarïe.

—¡¿Pero cómo?! —exclamó Nimphia.

—Tenía que haberme dado cuenta antes —siguió Laila con una sonrisa chispeante —. El topacio de Solarïe se encendió en el momento en que terminaba mi cumpleaños, que además coincidía con la entrada del verano. Mi padre me explicó que en marzo el libro tenía unas frases escritas que se borraron misteriosamente. La gema que se encendió en aquella ocasión fue la piedra de Lunarïe… ¡Y ocurrió en el equinoccio de primavera!

—¡Vamos a ver el libro! —soltó Aurige sin poder contener su nerviosismo.

Laila miró a todos lados. La euforia del primer momento estaba desapareciendo y entonces se dio cuenta de que acababan de cometer una falta muy grave saltándose las clases e insultando a una profesora.

—Deberíamos regresar —dudó.

—¿Pero qué importa eso ahora? —le espetó la lunarïe. —Nos podrían suspender…

—¡Pues que nos suspendan! Ya me encargaré de corregir mis notas si eso ocurre.

—Eres una tramposa, lunarïe—dijo Nimphia con una mueca.

Aurige se rió.

—Este es un colegio nemhirie. Me da igual lo que piensen de mí.

—Pues a mí, no —contestó Laila—. Tengo que conseguir buenas calificaciones para ser alguien en la vida, cuando sea mayor.

—Tú ya eres alguien, Laila. Eres una Ithirïe. Algún día vas a tener que decidir a qué mundo quieres pertenecer —dijo Aurige.

Laila se quedó muy sorprendida escuchando aquellas palabras. Nunca se le había ocurrido que alguna vez tuviese que hacer ningún tipo de elección.

—No te agobies ahora —le dijo Nimphia—. Vamos a mirar tu libro. Ya tendrás tiempo para esas decisiones tan complicadas.

La muchacha asintió y corrió junto a las otras a su dormitorio sin que las dudas la abandonasen del todo. Al llegar, abrió el armario y apartó varias mantas dobladas de una de las estanterías. Luego extrajo con cuidado una pequeña caja de cartón y la colocó sobre su cama. Dentro estaban el libro, el pergamino de sir Richard y el medallón de los Ithirïes. Aurige cogió el libro.

—La piedra de Lunarïe está encendida —dijo observando la cubierta.

—Sí. Ocurrió cuando visitamos Lunarïe —explicó Laila—. Ya no ha vuelto a apagarse, y la primera parte del libro está llena de hojas escritas.

Aurige lo abrió y pasó las páginas llenas de signos. El segundo capítulo, Solarïe, también seguía allí, intacto. Después, el libro permanecía completamente en blanco. La lunarïe volvió a cerrarlo y comprobó el orden de las piedras.

—El diamante del Reino Blanco está apagado —dijo—. Podría ser ese reino el que se abriese en el equinoccio de otoño…

—Yo creo que no —interrumpió Laila—. Es un misterio que no puedo explicar,

pero las páginas del Reino Blanco deberían estar entre las de Lunarïe y Solarïe, y no es así.

Aurige pasó las páginas lentamente, comprobando que no hubiese ninguna arrancada.

—De todas formas no podemos saber con certeza si Acuarïe es el reino que se abrirá en otoño.

—Pues yo creo que deberíamos estar preparadas —insistió Laila sin querer perder la esperanza.

—Estoy de acuerdo —añadió Nimphia—. Yo voy a seguir con la máscara de las acuarïes. Si consigo descubrir el secreto de transformar el aire en agua, podré invertir el proceso. Así crearé otras dos máscaras, por si tenemos que meternos bajo agua.

—Tres máscaras —dijo Aurige.

Las otras la miraron con curiosidad.

—Tendremos que ir a buscar a Cyinder —añadió—. Ella es capaz de sentir dónde está el Grano de las Arenas de Solarïe. No podríamos ir a Acuarïe sin ella.

Laila y Nimphia sonrieron. Por fin estaban en marcha.

17
Rescate en Solandis

La primera semana de septiembre transcurrió lenta y asfixiante. Aurige propuso ir en busca de Cyinder de inmediato, pero Laila y Nimphia se opusieron.

—No podemos arriesgarnos así como así —explicó Nimphia—. Si los albanthïos nos descubren y nos retienen en Solarïe no podremos regresar, y perderemos esta oportunidad. Además, podrían venir al mundo nemhirie a buscarnos si lográsemos escapar. Tenemos que aguantar hasta el último día y hacer un plan para rescatar a Cyinder.

Aurige hizo un gesto de desaprobación, pero no tuvo más remedio que estar de acuerdo. Además, Cyinder no querría separarse de su madre tan pronto, con los soles amenazando el reino. Nimphia comenzó a escribir las ideas que se le venían a la cabeza en pergaminos que hacía aparecer sobre la marcha, y Laila y Aurige abandonaron la habitación a toda prisa, sabiendo lo furiosa que se ponía si se le molestaba en medio de la inspiración.

La airïe apenas apareció por clase. Un día, todas fueron llamadas a presencia del director Westfield, el cual las reprendió severamente y las amenazó con la expulsión en caso de repetirse un nuevo incidente como el de Mrs. Peabody.

Aurige abrió la boca para replicar que ella no había insultado a la profesora, sino que solo hacía constatar un hecho evidente: que era una bruja, pero Laila le dio un codazo para que se callase. Cuando salieron de allí, la lunarïe decidió no volver a clase de francés. Los suspensos nemhiries no le importaban nada.

Durante los recreos nadie quería acercarse a ellas. Se había corrido la voz por todo el colegio sobre el «Asunto Peabody», y ninguna alumna deseaba verse mezclada, ni desde luego hacer amistad, con aquellas chicas tan raras. Así que apenas las miraban o les dirigían el saludo, y aunque a Laila nunca le había importado tal desprecio, ahora se sentía mucho más sola en su mitad nemhirie.

La muchacha se pasaba los días estudiando francés. El examen de recuperación estaba a la vuelta de la esquina, y no quería cometer ni un solo fallo que Mrs. Peabody pudiese aprovechar para vengarse de ella.

—No sé por qué te esfuerzas —dijo Aurige tumbada en su cama, mirando a su techo estrellado—. Te va a suspender de todos modos…

—Gracias por los ánimos —contestó ella con cinismo.

—De nada. Lo que hay que hacer es preocuparse por llegar al palacio de Solandis. Todo esto del colegio nemhirie no tiene ninguna importancia.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Laila ligeramente molesta, levantando la cabeza del libro.

—Porque Cyinder se empeñó en que debíamos conocer las costumbres nemhiries

para saber gobernar en Faerie —explicó con desdén—. Yo, por mi parte, pensé que sería buena idea tener un lugar donde vivir mientras seguíamos buscando las Piedras de Firïe. Así no tendríamos que estar viajando entre ambos mundos todo el tiempo.

—¡Callaosya!—gritóNimphia—.Nomedejáisconcentrarme.

—¡Qué pesada! —gruñó Aurige incorporándose—. ¿Acaso llevas algún adelanto?

—Poco —respondió Nimphia arrugando un nuevo papel. Luego lo tiró al suelo junto a los demás.

La habitación estaba llena de papiros con el dibujo de la ciudad y el castillo de Solandis, y miles de flechas que entraban y salían de distintos puntos marcados con «X».

—Tengo dos posibles planes —contó—. Uno es entrar a la fuerza. Destrozaríamos las puertas del palacio con el Mustang y entraríamos violentamente hasta que diésemos con Cyinder. La obligaríamos a montarse en el coche y saldríamos de allí zumbando…

—Me gusta esa idea —interrumpió Aurige con ojos soñadores—. Yo podría preparar varios hechizos de combate y…

—Espera un momento —cortó Nimphia, impaciente—. Esa es la opción de mayor riesgo. Si nos detienen ya no saldremos de allí, y los albanthïos son muy poderosos. Eso sin contar cómo quedará el Mustang, claro.

La lunarïe volvió a recostarse sobre el colchón, desilusionada, cruzando los brazos tras la nuca. En su techo las constelaciones giraban lentamente igual que en el cielo de su reino.

—La otra idea —siguió Nimphia—, es disfrazarnos.

—¡Cuenta! —dijo Laila llena de curiosidad.

—Podríamos vestirnos de sacerdotisas del Reino Blanco, como cuando robamos el perfume de Maeve, y pasaríamos desapercibidas.

—¿Y crees que se lo van a tragar por segunda vez? —preguntó Aurige con ironía.

—¿Acaso tú tienes una idea mejor? —se enfadó Nimphia, molesta porque no recibía ninguna ayuda.

—¡Pues sí! Llegar a Solandis y exigir a Maeve que nos lleve ante la presencia de Cyinder inmediatamente…

—¡Esperad, tengo una idea! —exclamó Laila y cerró el libro de francés.

Las otras la miraron y ella les sonrió enseñando los dientes.

—¡Nos disfrazaremos de shilayas!

Laila creyó que nunca en su vida olvidaría las semanas anteriores al equinoccio de otoño. Aurige se había negado rotundamente a vestirse como una shilaya, y no quería ni oír hablar del asunto, pero Nimphia había decidido que aquella era una

magnífica idea, y ambas se enfrascaron en fuertes discusiones. La airïe, que no le hacía mucho caso, planificó nuevas estrategias con todo detalle.

Disfrazadas de hadas de cuentos, viajarían hasta Solandis y dejarían el Mustang aparcado junto a la academia de Popea. Luego caminarían al palacio con toda naturalidad para rendir pleitesía a la reina Mab. Los albanthïos jamás sospecharían de ellas, incapaces de pensar que alguien con dos dedos de frente desease imitar a las shilayas sin serlo.

—¡Yo no me visto así! —gritó Aurige por enésima vez cruzando los brazos, mientras Nimphia daba los últimos retoques a tres suntuosos vestidos llenos de gasas y piedras preciosas.

—¡Claro que sí! —gritó ella—. ¡O te vistes o no vienes con nosotras!

La lunarïe gruñó y salió del dormitorio dando un fuerte portazo. No volvieron a verla en todo el día.

Durante ese tiempo, mientras el carácter de Aurige se hacía insoportable, Laila hizo su examen de francés. El día que Mrs. Peabody anunció las calificaciones, la muchacha entró en clase muy nerviosa. Todos los días había sido objeto de burlas por parte de la profesora, que la sacaba a la pizarra continuamente para ridiculizarla ante las demás, y Lizzel y Sandy no perdían ocasión para lanzar risotadas con cada ocurrencia de la bruja, haciéndole la pelota.

Mrs. Peabody sacó la lista de examinadas, y en el momento en que se disponía a leerla con gran satisfacción en voz alta, Aurige entró en el aula tan campante. La profesora se atragantó mientras la lunarïe se sentaba en su pupitre como si tal cosa, ante el asombro de todas las alumnas.

—Señorita Aurige Smith —dijo la profesora intentando no perder los nervios—, tenía entendido que no iba usted a aparecer por mis clases nunca más.

Aurige levantó los hombros con desdén.

—Hoy es un día tan bueno como cualquier otro para aprender francés —soltó con insolencia.

Mrs. Peabody se puso roja ante el descaro, y un leve murmullo recorrió los asientos. Laila se tapó la boca para no soltar una carcajada. La profesora se agarró al filo de la mesa intentando mantener la calma. Odiaba a aquella niñata con todo su ser, más aún que a Laila Winter, pero no podía evitar algo que guardaba en lo más profundo de sus entrañas: le tenía miedo. Cuando tuvo la desfachatez de insultarla de aquella forma tan grosera, la señorita Aurige Smith también le había lanzado una mirada que la había dejado sin resuello. Mary Rose Peabody se había acordado en aquel instante de cuando era niña, y de la pesadilla que la acechaba cada noche en su habitación. Debajo de su cama había lobos. Lobos que la devorarían en cuanto se descuidase y sacase un pie fuera de las sábanas.

Sintió la boca seca y tragó saliva. Nuevamente cogió la lista de calificaciones. Al

menos iba a permitirse una pequeña victoria sobre la señorita Winter. Solo la había suspendido a ella.

—Anna Baker-Merrit… —nombró despacio—. Aprobado con deficiencias.

Una chica rubia con pecas suspiró de alivio.

—Mary Jean Connors… Notable. Doreen McCallum… Aprobado. Karola Vandenmeyer… Aprobado.

Todas sonrieron con alegría y la profesora hizo una pausa. Solo quedaba una.

—Laila Winter… —abrió la boca mostrando los dientes como los lobos de sus pesadillas—. Sobresalien… te.

Mrs. Peabody bajó los ojos hacia la lista, incrédula y espantada a la vez, y se llevó la mano a los labios teatralmente, como si se le hubiese escapado un insulto. La profesora volvió a leer el papel sin creer lo que acababa de decir. Pero allí estaba la calificación bien clara, de su puño y letra: «Sobresaliente». Volvió a mirar a la muchacha con el rostro descompuesto. Aquello era un terrible error.

En ese momento, para empeorar las cosas, la señorita Aurige Smith se levantó de su silla. La maestra la miró como en una nebulosa.

—He decidido que, definitivamente, el francés no me interesa —declaró la chica antes de salir por la puerta. Luego se giró a Laila como si no hubiese nadie más en toda la clase—. Eso ha sido un regalo de las shilayas de Lunarïe.

Y se marchó.

Desde luego, Aurige no aceptó en ningún momento los agradecimientos de Laila. Había consentido por fin en vestirse de shilaya, pero se pasaba los días gruñendo y poniéndole pegas a todo.

Nimphia se dedicaba día y noche a investigar la máscara de Acuarïe, y entre los planos de Solandis y los esquemas del transformador de agua, tenía la habitación tan sucia como una cuadra. Dos días antes del equinoccio de otoño anunció que por fin había dado con la clave del sistema, y al momento hizo surgir miles de pequeñas piezas que se ensamblaron perfectamente hasta formar cuatro máscaras doradas. La lunarïe cogió una de ellas y se la acercó a la cara despacio. Por detrás estaba llena de mecanismos y ruedecitas que ponían en marcha un sistema de tubos de ventilación.

—¡Esto es un cacharro horrible! —exclamó disgustada.

—Pues no tenemos otra cosa —se contrarió Nimphia—. Y además la duración es limitada. La maquinaria original está pensada para llevarse fuera del agua. Dentro podría funcionar unas diez horas. No creo que aguante mucho más antes de empezar a oxidarse.

—¡Menudo desastre!

Nimphia la miró, seriamente enfadada.

—¡Estoy harta de tus protestas! —le dijo—. Si tienes una idea mejor, estoy dispuesta a escucharla.

—Podríamos ir dentro de burbujas sencillas…

—¡Claro! ¿Por qué no se me había ocurrido? —contestó la airïe imitando con una mueca irónica a la de la lunarïe—. Si apenas llamaríamos la atención… ¡Cuatro desconocidas moviéndose por Acuarïe dentro de burbujas! Acabaríamos entre rejas, o algo peor…

—Yo creo que diez horas bastan —trató Laila de reconciliarlas—. De todas maneras no tendremos mucho tiempo más. Recordad que Hellia tiene que tomar una decisión el primer día de otoño. Cuando la puerta de Acuarïe se abra al filo de la medianoche, no dispondremos de más tiempo para robar el Grano, volver a Solarïe, y que Cyinder lo utilice para salvar su mundo.

Aurige no tuvo más remedio que aceptar.

—Al menos deberíamos cambiar el color a las máscaras —gruñó sin darse por vencida del todo—. Con ese tono fantasmagórico relumbraremos como las llamas de una vela.

Nimphia movió la cabeza con resignación. Aurige era una lunarïe, y nunca cambiaría.

❧ ❧ ❧

El domingo veintiuno de septiembre todas abandonaron sus dormitorios bien temprano. El colegio estaba casi desierto, pues la mayoría de las alumnas aprovechaban el fin de semana para *realizar excursiones programadas, o viajaban a Stirling* o a Glasgow a casas de amigos y parientes cercanos.

El tiempo volvía a ser frío y lluvioso, y el viento mecía las ramas de los robles y los alerces, dispersando las nubes grises que tapaban el sol constantemente.

Subieron al Mustang y Aurige pisó a fondo el acelerador por el camino del colegio. Los campos de deportes quedaban atrás y Laila vio a varios chicos de Lomondfield practicando polo. El corazón se le aceleró cuando vio la figura de Daniel Kerry sobre su caballo. Por un momento quiso pedirle a Aurige que frenase, pero la lunarïe enfilaba ya hacia las altas verjas y pronto el castillo del colegio quedó atrás. Laila sintió que de nuevo se partía en dos personas. Su mitad faérica deseaba correr hacia la aventura, pero su mitad nemhirie le pedía a gritos una vida normal, y aunque ella sabía que algún día tendría que elegir, no tenía muy claro cuál de las dos opciones iba a darle la felicidad.

Las tres volaron hacia el lago Lomond y de pronto el paisaje comenzó a cambiar. Los árboles se hicieron borrosos y el reciente amanecer se convirtió en noche cerrada. Las montañas azuladas desaparecieron y los verdes prados se oscurecieron dando paso a una tierra seca y muerta. Los cinco soles de Solarïe aparecieron en el firmamento, negros y enormes, y Aurige frenó en seco mientras Laila y Nimphia contenían una exclamación de horror.

Desde lejos, en medio de un vendaval de arena y pestilencia, pudieron ver la silueta oscura de la gran urbe de Solandis, tenebrosa, con las antiguas torres doradas envueltas en tinieblas.

Los campos de flores se extendían por todos lados, negros como el paisaje de un cementerio, y los magníficos árboles de Solarïe se retorcían pudriéndose. El viento arrasaba la tierra quemada, levantando grandes nubes que viajaban a ras de suelo, arrancando trozos yermos y elevándolos a las alturas, hacia los gigantescos soles, tan próximos ya que provocaban continuos temblores sísmicos.

—¡Es espantoso! —exclamó Nimphia con un aullido ahogado.

—Parece el fin —murmuró Aurige con el rostro descompuesto—. Hellia tiene ya muy poco tiempo, si es que alguna vez pensó en pedir su Último Deseo.

—Pobre Cyinder —pronunció Laila en voz alta el pensamiento que todas llevaban dentro.

Los ojos le lloraban, tanto por la pena como por las constantes ráfagas de ventisca que se ensañaban contra el coche. Aurige volvió a acelerar y pronto dejaron atrás aquellos campos desolados. De vez en cuando tenían que detenerse mientras la tierra vibraba, pero por fin alcanzaron los edificios exteriores de Solandis, que apenas se sostenían en pie en medio de la espectacular tormenta de arena.

Se dirigieron muy despacio por la destartalada avenida de Qentris, sorteando las ruinas y las grietas que se abrían por todos lados. Ultimando planes en el colegio, habían decidido dejar el automóvil en las inmediaciones de la academia de Popea, y desde allí alcanzarían el castillo a pie. También habían puesto las máscaras y el libro bien a salvo, por si todo fallaba en el último momento. El Mustang torció hacia la derecha bajando por la silenciosa avenida de Silithe.

Si el barrio este de Solandis ya era ruinoso y gris cuando la ciudad hervía llena de luz, ahora el panorama era aún peor. Los antiguos edificios que aún permanecían en pie apenas eran sombras por donde el viento silbaba, arrancando las tablas de madera que cegaban las ventanas, levantando nubes de polvo de los escombros que se amontonaban por todas partes.

La escuela de ladrones aún se tenía en pie, blanca y espectral frente a la negrura. Los ventanales ciegos le daban un aspecto de calavera, y el viento golpeaba una y otra vez la puerta desvencijada de la entrada. Aurige apagó el motor y las tres se miraron silenciosas.

—Vamos a entrar un momento —susurró la lunarïe—. Dudo mucho que haya alguien en la escuela, pero quizás Popea se haya negado a abandonarla.

Las otras asintieron sin mucho convencimiento. Entraron en el edificio, temerosas ante la posible aparición de algún desconocido o quizás la presencia de algo peor. La casa les vigilaba con mil ojos, y el viento ululaba por los pasillos, haciendo crujir las vigas de madera o moviendo las cortinas como si alguien se ocultase tras ellas.

Inspeccionaron el aula y los salones adyacentes con el corazón palpitándoles cada vez que se escuchaba algún sonido, pero no descubrieron a nadie que se ocultase en el edificio. Estaba completamente abandonado.

Las habitaciones de la profesora Popea estaban llenas de escombros, y los preciados objetos que alguna vez habían formado parte de su museo privado se esparcían rotos por los suelos en un desorden caótico. Laila encontró encima de un aparador de caoba la caja con dos cerraduras que el gremio de Lunarïe había regalado cuando empezó el concurso de los Cinco Gremios. La cogió con cuidado. Al parecer estaba intacta. A su lado había otra pequeña caja de cristal negro y Nimphia se acercó.

—¡Es el regalo del gremio de Airïe! —exclamó. Aquello arrastraba recuerdos que ahora pesaban dolorosamente.

—¿Qué tenía en su interior? —preguntó Laila.

—El viento de Simún —recordó ella de inmediato.

—Debemos marcharnos ya —dijo Aurige—, no podemos perder más tiempo aquí. Nos llevaremos esos regalos como recuerdo antes de que el edificio se venga abajo y los sepulte, o alguien desconocido se los apropie.

Las otras estuvieron de acuerdo y Nimphia guardó las dos cajas con gran delicadeza en un bolsito. Luego salieron del deprimente edificio y se vistieron con los trajes de shilayas que habían traído en el maletero del Mustang. Los velos flotaban alrededor de sus caras, y las piedras preciosas lanzaban fríos destellos. Laila se recogió su verdosa cabellera bajo un sombrero picudo y una bufanda de seda para no dejar ver ni un solo mechón, y cuando Nimphia le entregó una varita mágica la agitó en el aire produciendo una cascada de chispitas doradas. A pesar de la miseria y la tristeza que la invadía, sintió que los sueños de su infancia acababan de cumplirse.

—¡Esto es horrible! —gritó Aurige intentando revestir un amplio cancán con una falda de color tornasol y una capa llena de lentejuelas—. ¡Y pensar que los nemhiries creen que nosotras vamos así por la vida!

—No protestes más —gruño Nimphia enfundada en un traje de oro con plumas de pavo real—. En cuanto nos reunamos con Cyinder, si quieres, hacemos una pira funeraria con los vestidos.

Aurige meneó la cabeza, contrariada, pero por fin terminó de colocarse su disfraz y agitó la varita en el aire. Luego se encaminaron al palacio, subiendo cansinamente las oscuras cuestas y luchando contra la ventisca. El Mustang quedó atrás. Un único punto de color rosa en medio de las tinieblas.

Anduvieron por la avenida de Qentris, rodeadas por el aullido de la tempestad, hacia la negra silueta del palacio recortada contra las nubes. Apenas había un par de ventanas iluminadas, y los antiguos torreones dorados no eran más que siniestras ruinas.

Las grandes puertas estaban cerradas. Laila sintió el latido de su corazón golpeando fuertemente cuando vio dos figuras blancas apostadas a cada lado. Vestían largas túnicas y armaduras plateadas, llenas de filigranas de oro. Sus rostros blancos quedaban parcialmente ocultos por unos cascos desde los que ondeaban unos cabellos tan finos y brillantes como la nieve. Eran albanthïos, la guardia personal de Maeve.

Ninguno de los dos se movió, quietos como estatuas, pero sus ojos las escudriñaron profundamente, sin abandonar en ningún momento una postura agresiva mal disimulada.

—Deteneos —dijo uno de ellos con voz suave—. ¿Quiénes sois y cómo habéis entrado en la ciudad de Solandis?

Nimphia habló rápidamente imitando la voz de una shilaya.

—Disculpadnos, nobles señores. Somos viajeras que regresamos de Airïe a nuestro amado Solarïe, pues se dice que su majestad, la reina Maeve, ha conseguido traer la paz y la luz de nuevo a estas tierras…

—¡Shilayas! —exclamó el segundo guardián con asco mientras Aurige le daba un codazo a Nimphia para que no fuese tan elocuente.

El albanthïo caminó lentamente moviendo sus alas blancas, rodeándolas, con una mirada tan intensa que parecía traspasar sus almas.

—Está prohibida la entrada al palacio —dijo dando a entender que aquella orden la cumpliría aunque tuviese que morir en el intento—. Volved por donde habéis venido.

Nimphia puso cara de espanto.

—¿No podríamos pasar al menos esta jornada aquí, en el palacio? —dijo lastimosamente—. Desearíamos tanto ver a la reina Maeve… Traemos un regalo para ella.

Y sacó la caja de Lunarïe del pequeño bolso que llevaba consigo. Los albanthïos observaron el objeto con interés mientras Aurige ahogaba una exclamación furiosa.

—Mostradnos su contenido o lo requisaremos —le dijo el primer albanthïo con una sombra de duda pintada en sus ojos.

—No es posible —terció Nimphia moviendo la varita exageradamente—. Es una sorpresa.

Y le guiñó el ojo con picardía.

—Abrid la caja o la destruiremos —amenazó su compañero con voz monótona, sin rastro de emociones.

—¡No! —exclamó Laila, y los dos albanthïos se giraron hacia ella al momento—. Es… es… un perfume. Eh… «Se… Secretos de Altaïr». Es muy, muy raro. Apenas hay dos frascos en todo Ïalan… Ïa…

—Ïalanthilïan —ayudó Aurige—. La pobre es tartamuda —añadió dándole unos golpecitos amistosos en la espalda y la muchacha asintió con una sonrisa alelada.

Los albanthïos dudaron un segundo. La gran colección de perfumes de la reina Maeve era legendaria en todos los confines de Faerie, y si ella se enteraba de que no habían dejado pasar a unas shilayas pordioseras que le traían un regalo como aquel, podrían tener problemas. Ambos parecieron leerse el pensamiento.

—Pasad —dijeron a la vez, apartándose de las puertas.

Los dorados portones se abrieron silenciosamente ante ellas y las tres parecieron suspirar de alivio. Cruzaron rápidamente antes de que los albanthïos cambiasen de idea.

El palacio estaba completamente a oscuras. Apenas una suave luz se insinuaba en el aire, y los grandes corredores permanecían desiertos. Caminaron deprisa escuchando tan solo el eco de sus pisadas, atravesando los salones vacíos en dirección a los aposentos de Cyinder. Recorrieron la galería de altos ventanales emplomados hasta las puertas de oro. Un albanthïo guardaba la entrada.

—Tenemos un mensaje para la dama Cyinder —habló Aurige con voz autoritaria —. Debemos acompañarla a presencia de la reina Maeve.

El guardián se apartó sin dudar y la morena empujó las puertas. Dentro todo estaba a oscuras. Apenas entraba luz a través de los ventanales. Una figura solitaria estaba sentada en silencio mirando hacia los enormes soles. Aurige cerró las puertas a sus espaldas. Nimphia agitó su varita y la estancia se llenó de luz violeta.

Cyinder seguía sin moverse, con su vestido de luto y la mirada perdida en un punto lejano.

—¿Qué queréis? —preguntó con desprecio.

—Pide un deseo, dulce mortal —dijo Laila con el corazón lleno de alegría.

Cyinder se giró lentamente, incrédula ante la voz que acababa de escuchar.

—¡Sshhh! —susurró Aurige mientras se llevaba un dedo a los labios.

Cyinder se levantó como si saliese por fin de una pesadilla. Sus amigas vieron que tenía el rostro macilento, surcado por las líneas rojas del luto y unas ojeras profundas. Sus ojos apenas brillaban, y su cara tenía una expresión tirante por haberse llevado mucho tiempo sin dormir. Aún así una sonrisa luminosa inundó su rostro y corrió hacia sus amigas abrazándolas.

—Pero… ¿cómo habéis llegado? —exclamó nerviosa.

—Es una larga historia —cuchicheó Aurige con voz entrecortada. No quería demostrar sus sentimientos, pero se le notaba tremendamente emocionada—. Lo importante es que hemos venido a rescatarte.

—¿A rescatarme? —preguntó Cyinder, confusa—. ¿No habéis venido a la ceremonia?

—¿Qué ceremonia? —se asombró Nimphia—. No tenemos tiempo. Hemos de marcharnos de inmediato al colegio nemhirie…

Cyinder dio un paso hacia atrás. Se había puesto seria y miraba a sus amigas

como si estuviesen locas.

—No pretenderéis que me marche de Solandis, ¿verdad?

—Pues tenemos que irnos como sea —rebatió Nimphia—. Hemos descubierto una forma de llegar a Acuarïe…

—¡Pero no puedo abandonar a mi madre! —exclamó ella levantando la voz de nuevo. Todas se fijaron con temor en las puertas—. Mañana es la ceremonia de otoño y tiene que pedir su Último Deseo. La reina Mab habló con nosotras y tiene toda la razón.

—¡¿Cómo que tiene toda la razón?! —dijo Aurige perpleja—. ¿Es que acaso te han lavado el cerebro?

—No hay otro modo de salvar Solarïe —dijo Cyinder, herida—. Cuando mi madre muera para salvarnos a todos tendremos de nuevo un Grano de las Arenas…

—¡Estás loca! —gritó Aurige enfadada—. Tenemos la solución a nuestro alcance, y tú estás ahí diciendo tonterías.

Unos golpes sonaron en la puerta y el picaporte giró varias veces.

—Escucha, Cyinder —dijo Laila a toda prisa—, podemos entrar en Acuarïe dentro de pocas horas. Te necesitamos para que descubras dónde esconden el Grano de las Arenas.

—Ya no hace falta —siguió la solarïe con una sonrisa ante el asombro de todas—. Mañana todo se resolverá. La reina Maeve va a solucionar las cosas y volveremos a ser felices.

Laila miró a sus compañeras, atónita ante aquella locura. Los golpes arreciaron en la puerta.

—¿Qué te han hecho? —exclamó Nimphia con un gemido ronco.

Cyinder las miró sin comprender, con el rostro fantasmal tras los surcos rojizos.

—Vas a venir con nosotras, quieras o no —dijo Aurige violentamente, y al momento chasqueó los dedos. Cyinder se desplomó cayendo en un sueño profundo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Laila horrorizada, observando el picaporte que se movía frenéticamente—. Están ahí fuera, y no podemos salir del palacio con Cyinder a cuestas.

—¡Abrid! —exclamó una voz furiosa. —Tendremos que marcharnos desde aquí —contestó Aurige.

—Sin el Mustang no sabremos exactamente dónde apareceremos en el mundo nemhirie —dijo Nimphia.

—Pues hay que arriesgarse —cortó Aurige viendo unos pequeños destellos que surgían de la cerradura de la puerta—. Están a punto de entrar.

Movió su varita y al momento apareció una franja luminosa. La luz se ensanchó, y Laila ayudó a Nimphia levantando a Cyinder del suelo. Tiraron de ella trabajosamente y atravesaron la puerta de luz en el momento en que la cerradura

saltaba por los aires. Varios albanthïos invadieron la estancia de Cyinder. Laila vio a Aurige en el instante en que traspasaba la franja luminosa, levantando su mano mientras les saludaba con una mueca feroz.

El resplandor las cegó durante unos instantes, pero enseguida un único sol, rojo al atardecer, apareció en el horizonte. Las casas y los edificios parecieron crecer a su alrededor y cuatro paredes las encerraron de repente. El aire se llenó de gritos de espanto y de sorpresa, y todas se sintieron abrumadas por una multitud de colores, globos y cintas colgadas del techo. Laila percibió varias decenas de ojos infantiles que las contemplaban maravillados. ¡Acababan de aparecer en medio de una fiesta llena de niños! Un gran cartel colgaba sobre una chimenea apagada:

¡¡¡FFELIZ CUMPLEAÑOS, SUSAN!!!

—¡Hadas! —gritaron los pequeños llenos de entusiasmo mientras algunos se ponían a llorar por el susto.

Entonces niños y niñas de cinco y seis años las rodearon gritando emocionados, y Aurige y Nimphia pusieron cara de horror.

—¡Silencio! —dijo Laila moviendo su varita. Varias chispitas mágicas destellaron en el aire y todas las boquitas lanzaron un «¡Oooh!» maravillado—. A ver, queridos niños —siguió Laila con una voz digna de la reina de las shilayas—, ¿qué sitio es este?

—Mi casa —soltó una voz aguda de niña, la de Susan, que ya estaba completamente convencida de que las hadas venían a concederle un regalo de cumpleaños.

—Claro, claro, tu casa —repitió Laila pensando deprisa sin parar de mover la varita. Los crios estaban hipnotizados.

Observó que todas las ventanas tenían rejas, y que la puerta tal vez conducía a un recibidor. Si tenían suerte, las madres de aquellos mocosos estarían sentadas en el salón, charlando confiadamente, y podrían escapar de allí sin que se diesen cuenta.

—¿Y dónde está tu casa? —volvió a preguntar con voz dulce.

—¿Me vas a conceder tres deseos? —preguntó la pequeña Susan con inocente malicia.

Laila dudó inquieta. Un gran reloj de sobremesa indicaba que ya eran las ocho de la tarde.

—Por supuesto —confirmó teatralmente—. Si me dices en qué ciudad estamos, te concederé un deseo…

Entonces se produjo un gran alboroto. De repente, todos empezaron a gritar queriendo deseos y se arremolinaron en torno a las cuatro tirando de sus vestidos. Aurige crispó los dedos y agarró su varita con fuerza para ponerla a salvo de aquellos monstruos.

—¡Yo quiero una bicicleta! —gritaba uno.

—Yo una… una espada láser —gimió otro con los mocos resbalándole por la nariz.

—¡Yo quiero ser princesa! —pidió una niña con la cabeza llena de tirabuzones.

Muñecas, ordenadores, pistolas y toda una algarabía de gritos mientras Susan lloraba desesperada, exigiendo que los deseos fuesen solo para ella. Aurige creyó que iba a estallar.

—¿Tú eres un hada mala? —le dijo una niña con cara de susto.

La lunarïe se mordió el labio y Nimphia ahogó una risita.

—Bueno, ya basta —dijo Laila poniendo orden. Luego se dirigió a Susan—. Primero tú. A ver, dime dónde vives y te concederé un deseo.

—Susan Taylor, calle Millroad 47, Stirling —contestó la niña automáticamente, lo que sus padres le tenían enseñado por si se perdía alguna vez.

Laila sonrió con satisfacción. Stirling. Estaban muy cerca de Lomondcastle. Con un gesto les indicó a sus amigas que ya podían marcharse.

Los niños empezaron a gritar al ver sus intenciones y las tres se sintieron nuevamente amenazadas.

—¡Mi deseo… mi deseo! —aullaba la imbatible Susan tirando de los velos de la falda de Laila.

Aurige se desesperó. De pronto movió su varita y un silencio profundo llenó la habitación. Salieron de la casa a toda prisa cerrando la puerta cuidadosamente. En la calle había varios coches aparcados y la lunarïe tocó con su varita un flamante todoterreno de color negro. Las puertas se abrieron y rápidamente introdujeron a la dormida Cyinder en los asientos de atrás.

—No me gusta el color —dijo Nimphia sentándose junto a Aurige.

—¡Deseo concedido! —gritó ella.

De inmediato el color negro azabache se convirtió en rosa chillón, de un tono que ninguna persona en su sano juicio hubiese elegido para un coche como aquel. La lunarïe tocó el contacto y el automóvil se puso en marcha.

—Son cómodas estas varitas —comentó mientras maniobraba despacio.

—Claro, al final viviremos todas en las Montañas Shilayas —dijo Nimphia.

Laila les indicó el camino que debían seguir y salieron de la ciudad de Stirling en dirección al lago Lomond.

—¡Qué silencio! —exclamaba en esos momentos Mrs. Taylor a sus amigas con una sonrisa—. Los niños deben estar encantados con la fiesta de Susan.

—¡Son tan dulces! —añadió Mrs. Church, la madre del niño que quería una espada láser.

Mrs. Taylor se levantó del sillón para echar una feliz ojeada. Todas las madres

escucharon un grito histérico que les puso los pelos de punta. Cuando llegaron junto a ella vieron con terror que todos los pequeños estaban atados y amordazados bajo una gigantesca tela negra de araña.

—¿No te has pasado un poco? —preguntó Laila recordando la escena mientras entraban por fin en el sendero de Lomondcastle.

—Yo soy el hada mala —contestó Aurige con un gruñido y Nimphia dejó escapar una risita—. Además, ¿tú crees que esas fieras nos iban a dejar salir de allí?

Laila sonrió también. Habían hecho desaparecer los vestidos de shilayas y atravesaron los pasillos cargando con Cyinder, a la que habían cambiado su vestido de luto por unos vaqueros y un jersey. El colegio volvía a estar animado tras el regreso de las alumnas, y muchas estaban extrañadas al verlas llevar el cuerpo de una desconocida, pero ninguna hizo preguntas. Sin duda, Laila Winter se metía en líos cada vez mayores, trayendo al colegio a amigas borrachas en un estado deplorable…

Entraron en la media habitación de Aurige y dejaron a Cyinder sentada sobre el sillón de cuero. Laila se fijó en el despertador que Nimphia había instalado en la mesilla y puso su reloj en hora: las nueve y cuarto.

Aurige despertó a Cyinder del hechizo y la rubia abrió los ojos despacio. Sonrió como si acabase de despertar de un mal sueño.

—¡Aurige, Nimphia! —exclamó muy contenta—. Me alegro de que hayáis venido —luego vio a Laila—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿También tú vas a asistir a la ceremonia?

—¡Basta de ceremonias! —la zarandeó Aurige.

Los ojos de Cyinder la miraron sin comprender, perdidos en una nebulosa.

—Estamos en el mundo nemhirie —explicó Nimphia señalando las paredes de su habitación.

—¡No! —gritó la solarïe, espantada—. ¡No! Mi madre…

—¡Vamos a salvar a tu madre! —le gritó Aurige sin soltarle los brazos—. ¡Despierta, Cyinder! ¡Tienes que salir de lo que te haya hecho Maeve!

La rubia se quedó inmóvil, sin comprender nada, hasta que de repente una pequeña luz pareció brillar más allá de sus pupilas. El entendimiento se abrió paso como una oleada y Cyinder parpadeó repetidamente.

—¿Aurige? —preguntó como si la viese por primera vez.

La lunarïe suspiró. Cyinder miró a Laila y a Nimphia, y entonces todos los recuerdos regresaron al mismo tiempo.

—¿Qué hago vestida así? —preguntó inquieta—. ¿Dónde estamos?

—En el colegio de Lomondcastle —volvió a explicar Aurige con paciencia—. Vamos a ir a Acuarïe en busca del Grano de las Arenas de Solarïe.

—Pero ¿cómo? —exclamó ella, confusa todavía entre la pesadilla de su mundo y

el asombro de ver a sus amigas.

—Con el libro de Laila. Si es cierto lo que ella sospecha, dentro de pocas horas se abrirá una puerta que Tritia no sabe que existe.

—Tritia… —murmuró Cyinder encajando más recuerdos.

—Voy por el libro —anunció Laila viendo que Cyinder volvía a recuperar el sentido.

Abandonó la habitación y corrió a su dormitorio. Abrió el cajón de su mesilla y apartó varios folletos y cuadernos hasta que se llevó una gran sorpresa. El libro no estaba allí. Miró a su alrededor con el pulso acelerado y luego buscó en la caja oculta en el armario. Nada. Continuó buscando entre las ropas del aparador, en las estanterías…

Volvió a la habitación de Aurige como una bala.

—¿He dejado aquí el libro de las piedras? —preguntó abriendo la puerta con la cara descompuesta.

—No —contestó Nimphia—. Lo guardaste en tu cuarto.

—No está allí. Alguien se lo ha llevado.

—¡¿Quién?! —gritó Aurige poniéndose en pie.

Laila se quedó pensativa.

—Tengo una sospecha —dijo—. Lizzel o Sandy Madison. Pero no puedo ir a sus habitaciones y pedírselo. Lo negarían todo y se reirían de mí. Luego me acusarían ante el director Westfield por calumniarlas.

—Vamos a comprobarlo.

—No podemos —insistió Laila tercamente—. ¿Y si no han sido ellas?

—Haz un delator —sugirió Nimphia—. El libro es tuyo, ¿no? El delator es capaz de descubrir dónde tienes cualquiera de tus posesiones si lo invocas. Es lo mismo que puede hacer Cyinder con el Grano de las Arenas.

—Nimphia tiene razón —concluyó Cyinder—. Tu delator encontrará el libro aunque esté escondido en lo más profundo del colegio.

—No sé cómo se hace eso —se desesperó Laila.

—Es fácil —le animó Nimphia.

Chasqueó los dedos y en el aire apareció un punto brillante de color violeta que empezó a dar vueltas por la habitación como una mosca. Al momento desapareció.

—Inténtalo —dijo Cyinder, y Laila cerró los ojos pensando en su libro.

Deseó encontrarlo con todas sus fuerzas y, de repente, una pequeña luz verde apareció entre las cuatro.

—Ha sido fácil, ¿no? —dijo confundida por la sencillez de aquella acción.

—Cada vez es más fácil realizar tus deseos —explicó Aurige como si estuviesen practicando los antiguos entrenamientos—. Tu poder se está despertando.

La luz bailó entre sus cabezas y al momento salió por la rendija de la puerta. Laila

corrió tras ella.

—Yo la acompañaré —dijo Aurige—. Nimphia, termina de poner a Cyinder al corriente de nuestros planes.

Y salió detrás de la muchacha. La luz del delator brillaba en medio de la penumbra, zumbando por el pasillo. Pasó de largo de la puerta de Laila y giró en una intersección volando como una pequeña luciérnaga. Recorrió todo un pasillo lleno de puertas y se detuvo delante de una, quieta en el aire. Laila y Aurige llegaron jadeando. No se habían equivocado. Era el dormitorio de Sandy Madison.

—¡ Lo sabía! —exclamó Laila mientras su delator desaparecía.

Aurige sonrió.

—Vamos.

Hizo un gesto con la mano y la puerta se abrió bruscamente. Lizzel Sinclair y Sandy Madison se llevaron el mayor susto de sus vidas cuando las dos chicas entraron de golpe en la habitación. El libro de las gemas estaba allí, sobre la mesa, abierto en medio del capítulo de Solarïe.

—¡¿Qué?!… ¡¿Qué queréis?! —gritó Lizzel con la cara blanca y el pánico de verse pillada con las manos en la masa.

Inmediatamente cerró el libro y lo tapó con una pila de folios.

—¡Ese libro es mío! —dijo Laila sin inmutarse—. ¡Devuélvemelo!

Ella y Aurige estaban ya dentro de la habitación cuando la puerta se cerró sola a sus espaldas de forma violenta y el pestillo se movió sin que nadie lo tocase. Lizzel y Sandy miraron aquel hecho, asombradas.

Sandy fue a poner su mano sobre la pila de folios, pero el libro salió volando y aterrizó en manos de Aurige.

—¡Sois brujas! —exclamó Lizzel con odio y miedo a la vez.

—No —replicó Aurige tranquilamente—. Somos algo mucho peor.

Se acercó despacio a las dos primas, con una sonrisa tan peligrosa que cortaba como una navaja.

—Podría hacer que os olvidéis hasta de vuestros nombres —susurró indiferente —, pero me va a gustar mucho más vigilaros y ver cómo os comportáis.

—No nos das ningún miedo —dijo Sandy temblando mientras se agarraba a la mano de su prima.

—¿No? —sonrió la lunarïe.

—Se lo diremos al director Westfield —acusó Lizzel intentando demostrar coraje —. Y… ya Mrs. Peabody.

—Me encantará —respondió Aurige—. Tengo muchas ganas de volverla a ver chillando como una loca por los pasillos, con la cara llena de mejunje verde.

Laila sonrió al recordar los efectos de su ahamadirion.

—Voy a haceros un regalo —siguió Aurige con voz encantadora—. Aquí os dejo

una criatura de mi país. Se llama Teséis, y es muy divertida.

Las dos primas observaron con terror cómo entre las manos de aquella extraña chica aparecía una araña negra del tamaño de una manzana. La criatura tanteó la mano de Aurige y después descendió suavemente hacia la mesa de madera llena de libros. Las otras dieron un brinco y al momento la araña se dividió apareciendo otra de igual tamaño. Ahora había dos.

—Si os movéis un solo palmo crecerá el número de arañas —advirtió la lunarïe —. Así que quedaos quietecitas y no os pasará nada.

Las muchachas estaban horrorizadas, sin poder apartar los ojos de aquellos monstruos. Lizzel hizo el intento de echar a correr y al momento surgieron dos arañas más, que se convirtieron en cuatro cuando su prima lanzó un grito histérico. Las arañas empezaron a bajar por la mesa.

—Si no os movéis, a lo mejor se aburren y se marchan —siguió Aurige—. O a lo mejor os muerden. Les gusta mucho la carne nemhirie.

Las primas pusieron una expresión de terror en sus caras mientras Laila y ella abrían la puerta y se marchaban.

—De verdad, eres una sádica —le dijo Laila riéndose por el pasillo.

—Bueno, yo soy el hada mala —contestó Aurige—. Pero en realidad allí solo está la vieja Teséis. El resto es una ilusión óptica.

Laila meneó la cabeza. Aurige era increíble.

Regresaron a la habitación y les contaron a las otras lo ocurrido. Cyinder estaba radiante. Nimphia le había enseñado las máscaras iguales a las de las acuarïes, y de sus ojos había desaparecido toda sombra de duda. Laila cogió su libro y pasó rápidamente las páginas escritas. Detrás de la última de Solarle comenzaba un nuevo capítulo con una sola palabra:

ACUARïE

Les mostró la página, triunfante, y Cyinder la abrazó entusiasmada. Iban a conseguir el Grano de Solarïe y su madre viviría. Algún día, ella ajustaría las cuentas con la vieja Mab por todo lo que les había hecho y cómo las había engañado.

Se enfundaron sus trajes de cuero negro, y Nimphia les cambió el color por un tono azulado. Luego llenó una pequeña mochila con todo tipo de herramientas, cuerdas, guantes de gato y la caja de cristal de Airïe que habían recogido de la academia de Popea. Dejó aparte la caja con las dos enigmáticas cerraduras de Lunarïe.

—No sabemos cómo se abre —explicó—, pero yo sí sé qué es el viento de Simún, y me lo llevo por si acaso lo necesitamos.

Los minutos pasaban. Laila miraba continuamente su reloj como si así fuese a transcurrir el tiempo más rápido. Las once y media. Doce menos cuarto… Menos cinco…

Las dudas se abatían sobre ella inexplicablemente. ¿Y si todo fallaba al final? Pero, ¿por qué? La palabra Acuarïe estaba escrita, bien visible. La muchacha se fijó en las caras de sus amigas y descubrió la misma inquietud que ella tenía. Todas estaban pendientes del libro: Nimphia se mordía las uñas de la mano; Cyinder, recuperada de sus pesadillas, mostraba una nueva fuerza para seguir adelante, y Aurige, distante, siempre dispuesta a enfrentarse a mil peligros… Y ella. Mitad nemhirie y mitad Ithirïe, inmersa en dos mundos a los que nunca había creído pertenecer, arrastrada por el destino, sin saber aún si quería escapar de él.

De repente la aguamarina se encendió con un fuego azul que iluminó todos los rincones de la habitación. El despertador lanzaba un suave timbre indicando que comenzaban los primeros segundos del veintidós de septiembre, el equinoccio de otoño. Laila pasó las páginas a toda velocidad hasta llegar al nuevo capítulo.

Unos trazos brillantes comenzaron a escribirse solos, como si una mano invisible grabase palabras de un idioma perdido miles de años atrás. Sus amigas abrieron los ojos, asombradas ante aquel portento en un libro nemhirie, y Laila fue leyendo mentalmente cada una de las palabras que aparecían de la nada.

Deliphes nu sïlbian. Naïs Phaera Accua.
Lethes naï attare. Oba Portis danu irïon
ast Spheris Acuarïe.

Después cogió aire y leyó en voz alta las enigmáticas palabras. Según su boca las pronunciaba, presentía que estaba a punto de conocer el significado. Algo así como «Obedeced mi canción…». No pudo seguir pensando. Un punto luminoso, como un delator azul, comenzaba a palpitar frente a ellas, y se estaba estirando hacia las alturas de la habitación.

Aquella puerta se ensanchó lentamente, llenándose de ondas brillantes que se arremolinaban en medio de la nada.

—¿Estáis listas? —preguntó Aurige cogiendo la máscara que le entregaba Nimphia.

Laila no contestó. Metió la mano en aquel fluido luminoso y la sacó completamente empapada. Al momento miles de gotas de agua se despegaron de sus ropas y de su piel, y volaron por el aire, redondas y densas como el mercurio, a reunirse de nuevo con el torbellino azul.

—¿Habéis visto? —exclamó emocionada.

—No hay tiempo —dijo Nimphia a la vez que le daba una máscara de Acuarïe.

Las cuatro se las colocaron ajustándoselas a los rostros y los filtros se introdujeron por los agujeros de la nariz.

Aurige atravesó la puerta desapareciendo de inmediato en el flujo palpitante, seguida por Cyinder y por Nimphia. Laila miró a su alrededor una última vez y metió

el libro de las piedras en un bolsillo de su traje. Luego avanzó sintiendo que estaban a punto de meterse en la boca del lobo.

18
El reino prohibido

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Laila se vio rodeada de agua por todas partes. La máscara se inundó por dentro y la chica se agobió horriblemente en medio de una inmensidad caótica de brazos, piernas y burbujas, y comenzó asfixiarse. En un momento de pánico, mientras la máscara convertía el agua en aire, creyó que se hundiría sin remedio, pues no sabía dónde estaba ni era capaz de distinguir las coordenadas normales: arriba y abajo, norte y sur. Movió los brazos y pataleó desesperadamente, inmersa en la profundidad azul sin nada más a su alrededor que contornos difusos.

Dio vueltas sobre sí misma sin saber en qué dirección iba, rodeada de pequeñas burbujas de aire que salían constantemente de aquella máscara que le agobiaba, y de repente, una mano la agarró con fuerza y tiró de ella hacia alguna parte. Miró a lo que ya sin duda era «arriba» y vio la figura borrosa de una de sus amigas arrastrándola hacia la superficie.

Siguió subiendo en medio del silencio, tratando de tranquilizarse, y el color azul se hizo más transparente, lleno de luces brillantes como el sol cuando destella sobre el mar. Salió del agua con violencia, derramando olas a su alrededor, y se quitó la máscara jadeando igual que si hubiese estado conteniendo la respiración allá abajo.

Al momento localizó a sus amigas cerca de ella, todas con las máscaras sobre la cabeza, moviendo los brazos constantemente para no hundirse.

—Menos mal que te he cogido —dijo Cyinder sonriente, con la cara chorreando.

—Sí, muchas gracias —respondió ella entre toses, verdaderamente agradecida—. Creí que me iba a pique.

Se apartó los cabellos mojados de la cara y probó el sabor del agua que le caía en finos hilos por las mejillas. Era agua dulce, pura y fría como el deshielo de la nieve. Miró a su alrededor mientras se mantenía a flote moviendo los pies. Por debajo se extendía una profundidad negra imposible de calcular, y sobre su cabeza, una grandiosa gruta de rocas negras brillantes cuyo techo se perdía en las alturas. Por todos lados brillaban estrellas azules, y del lago salían cúmulos de estalagmitas llenas de cristales verdosos. A lo lejos el agua terminaba en un saliente rocoso lleno de arena blanca, y todas nadaron hacia allí, sobrecogidas por aquella primera impresión del reino de Acuarïe.

—¿Qué sitio será este? —susurró Laila admirada, cuando alcanzaban ya la ensenada de arena cristalina.

—Parece una caverna escondida —dedujo Nimphia escalando la orilla—. El aire huele a rancio aquí dentro. Debe llevar miles de años dentro de la gruta sin haberse renovado.

Laila inspiró profundamente y notó un tenue olor a azufre y a metano.

—¿Qué será ese brillo en las paredes? —murmuró Aurige pisando la arenisca plateada.

Todas observaron las rocas a su alrededor mientras se sentaban a descansar. La cueva parecía tener fosforescencia propia y Aurige se alejó para inspeccionar aquellas paredes llenas de brillo azul que goteaban sin cesar. Laila permaneció pensativa, admirando aquel maravilloso escondite solitario, mientras se daba cuenta de que eran las primeras que entraban en el reino prohibido en cientos de años, quizás milenios, aparte de algunas sacerdotisas de Lunarïe, como Mistra, que ya no podrían volver.

Nadie más sabía que estaban allí, y nadie podría venir a ayudarlas si todo se complicaba. Abrió la cremallera de su traje y extrajo el libro de las gemas. La aguamarina brillaba suavemente en la cubierta que, para su asombro, estaba completamente seca. Abrió el libro por el capítulo de Acuarïe y se encontró decenas de páginas escritas con aquellos signos incomprensibles de siempre. Ya solo quedaban hojas en blanco para un reino de hadas más, sin duda el de Airïe, y Laila se volvió a preguntar dónde estaría el espacio para el Reino Blanco. Y aún tenía más dudas: ¿dónde se escribirían aquellos versículos de Firïe y de Ithirïe?

—Son aguamarinas en bruto —la sobresaltó Aurige en ese momento sacándola de sus pensamientos. Regresaba con varias piedras de color celeste en sus manos—. Y son muy fáciles de coger.

Todas miraron asombradas el tamaño de aquellas gemas, más grandes que huevos de palomas. La caverna estaba llena de ellas, formando grandes agrupaciones de cristales que brillaban desde los altos techos, y captaban la extraña luminosidad de las paredes destellando en mil colores.

—Además, las rocas están recubiertas de una especie de musgo azul que brilla en la oscuridad —siguió explicando su descubrimiento mientras se metía varias piedras en los bolsillos—. Creo que el musgo es el responsable de que haya aire aquí dentro.

Laila guardó de nuevo el libro dentro de su traje y echó un vistazo a su alrededor con interés.

—Tenemos que encontrar una salida —propuso Nimphia—. Está claro que lo que nos interesa de Acuarïe está fuera de aquí, y ya no podemos perder más tiempo. Os recuerdo que la cuenta atrás ha comenzado y que las máscaras también tienen una duración limitada. El agua debe tener una salida por algún sitio porque está fría, y eso significa que se renueva. Así que busquemos una entrada en alguna parte.

Todas miraron hacia el lago negro que llenaba la caverna. A pesar de la luz, no se veían más que rocas y piedras por todos lados, y Laila comenzó a sentir temor ante la posibilidad de haberse metido en una ratonera.

—En aquella pared el agua tiene otro color —señaló Cyinder a lo lejos, hacia un cúmulo de estalactitas que desde el techo alcanzaban la superficie del lago.

La mirada de sus compañeras atravesó casi toda la caverna y se fijaron en que junto a una pared de roca la negrura de la superficie parecía adquirir un ligero tono verdoso.

—Ahí tiene que haber un túnel —comprendió Nimphia al momento—. O entra luz desde fuera o el fondo del lago sube hasta allí y se hace visible. No tenemos más opciones que acercarnos hasta esa pared.

Todas asintieron y momentos después volvían a nadar con las máscaras ajustadas sobre sus rostros. Cruzaron toda la gruta esquivando las columnas de aguamarinas, y Aurige se sumergió unos momentos cuando alcanzaron aquella zona de color cambiante. Al instante volvió a salir, afirmando con la cabeza. Había un túnel de roca excavado en la pared, casi inundado por la arena plateada, pero sin duda conducía al exterior porque la corriente entraba fría desde algún sitio.

Volvieron a sumergirse y bucearon a través de un estrecho corredor de roca que se perdía más allá de la escasa visión que permitían las máscaras. Después de un recorrido, que a Laila se le hizo eterno y claustrofóbico, salieron de repente a una inmensidad azul abierta hasta el infinito. La gruta quedó atrás: un agujero horadado en una pared de piedra vertical que se perdía hacia abajo, hacia simas insondables.

Por un momento las cuatro se quedaron paralizadas en medio de aquel océano de agua dulce, atónitas ante aquel espacio inmenso que les transmitía sensaciones de vacío y de soledad. Solo el color azul por todos lados, sin signos de vida hasta donde alcanzaba la vista.

De pronto, algo enorme y borroso pasó a escasa distancia de las paredes de piedra y se perdió en silencio hacia las profundidades. Laila sintió el corazón desbocarse mientras sus ojos se esforzaban por descubrir qué diablos había sido aquello. Aurige le indicó con el pulgar que iban a tratar de subir a la superficie y Laila las siguió pataleando con fuerza, sin dejar de mirar a todos lados.

La negrura azul se atenuó poco a poco, y el agua se rompió en mil pedazos cuando sacó medio cuerpo fuera de aquel mar. Entonces se encontró respirando aire normal y se llenó los pulmones con grandes bocanadas de humedad y vapores acuáticos.

Era casi de noche, y en el cielo estrellado brillaba una luna azul, fría y lejana. Los riscos de las paredes de piedras sobresalían del agua como fantasmas y una ligera neblina rozaba la superficie de aquel océano infinito. Más allá de la niebla, el aire era frío y denso, cortante como el hielo.

A su alrededor las distancias eran imposibles de calcular, pues el mar de agua dulce se extendía por todos lados y se fundía con el firmamento allá donde se curvaba la visión. Laila se apoyó contra las rocas y se quitó la máscara sintiendo los primeros signos del cansancio. Tenía los brazos fríos y entumecidos, y se dio cuenta de que todavía le quedaban muchas horas que nadar en el agua antes de poder pisar tierra

firme de nuevo.

—¿Qué ha sido lo de ahí abajo? —preguntó en un susurró mirando a su alrededor.

Todas negaron con la cabeza. Lo que fuese había desaparecido sin dejar rastro, pero era muy inquietante saber que en cualquier momento algo podía sorprenderlas, y arrastrarlas hacia las profundidades.

—Yo no lo creo así —contestó Aurige cuando ella expuso sus temores—. Nadie sabe que estamos aquí, y eso significa que no nos esperan. Si hay monstruos guardianes ahí abajo, quizás no se den cuenta de nuestra presencia. Llevan miles de años sin sobresaltos. Seguro que la rutina los tiene medio dormidos.

Laila dudó. Quería creer aquella afirmación pero su mente le gritaba todo lo contrario.

—¿Veis algo? —preguntó Nimphia mirando hacia la neblina.

Aurige escudriñó en la oscuridad y luego negó con un suspiro.

—Yo siento algo —dijo entonces Cyinder. Los ojos se le habían vuelto luminosos y la piel de su cara volvía a resplandecer—. Magia de Solarïe. Está muy lejos y apenas es un suspiro de vida de mi reino, pero está aquí. El Grano de las Arenas aún está intacto.

Laila sintió que se alegraba profundamente y las fuerzas se le renovaron. Habían llegado a tiempo. Ya solo tenían que llegar hasta el escondite donde estuviera guardado y rescatarlo. Solo eso. Ni más ni menos.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Aurige girando en todas direcciones.

—Tendremos que nadar hacia el espacio abierto —confirmó la solarïe los peores temores de Laila—, hacia lo que creo que es el norte.

La muchacha siguió la dirección indicada con la mirada llena de dudas. No se veía nada y aquello estaba lleno de cosas enormes que se movían por debajo de ella en completo silencio. Ni siquiera se veían otros escollos en los que descansar, solo agua hasta el infinito. Sus amigas se ajustaron de nuevo las máscaras y se sumergieron de inmediato. Otra vez el silencio y la inmensidad de las profundidades las rodearon, y nadaron guiadas por Cyinder en total oscuridad.

Laila nunca supo cuánto tiempo transcurrió. Le dolían las piernas como nunca, y los deseos de dejarse arrastrar hacia el fondo eran cada vez mayores. Sería muy cómodo caminar sobre el suelo fangoso, pero la posibilidad de dar vueltas sobre el mismo sitio era mucho mayor que cerca de la superficie, aunque Cyinder les indicase el camino. Eso sin contar con un mayor número de criaturas que habitarían en las profundidades.

De repente, algo borroso, oscuro y sólido apareció más allá de las brumas de sus ojos, y Laila dio un respingo sintiendo que el corazón se le salía por la boca. Aquella forma gigantesca no pareció moverse ni alarmarse ante ellas, y todas subieron a la superficie. Las cuatro ahogaron una exclamación cuando se levantaron las máscaras.

Delante de ellas surgía una mano ciclópea que agarraba con fuerza el bastón de un tridente colosal, elevándolo hacia las alturas. La visión les aterró durante unos segundos, hasta que comprendieron que aquel brazo formaba parte de una estatua de piedra, de dimensiones gigantescas, que estaba sumergida en medio del océano. Solo la mano sobresalía, y Laila buscó debajo del agua. Los dedos se continuaban hacia abajo, hasta un brazo extendido que se perdía uniéndose a un hombro, y a su lado, una masa de cabellos ondulantes que en la oscuridad impedían ver más allá. Por el tamaño de la mano se veía que las proporciones del coloso eran asombrosas, y Laila se sintió como un pequeño insecto mirando desde lo alto de un rascacielos.

—Es impresionante —musitó Nimphia en voz baja, sobrecogida por la grandiosidad de aquella estatua, mientras se acercaba hacia la mano y tocaba su consistencia.

Una bruma pareció levantarse, y entonces se dieron cuenta de que muy lejos, a varias leguas de distancia, aparecía otra mano en actitud contraria portando una vara llena de serpientes.

—Estamos a las puertas de Cantáride —anunció Aurige luchando para mantenerse a flote.

A Laila aquello le hizo intuir que la parte más fácil se había quedado atrás.

—El Grano de Solarïe está cerca —dijo Cyinder intentando mirar por debajo del agua, siguiendo el brazo del gigante.

—Sí —confirmó Nimphia—. La ciudad debe estar ahí abajo.

—Deberíamos descansar un poco —jadeó Laila con un hilo de voz.

—¿Qué es aquello? —exclamó Nimphia sin darse cuenta de la súplica que se escondía en el tono de Laila.

Todas se giraron hacia el punto donde señalaba. La muchacha aguzó la vista pero no distinguió ninguna forma. La visión del aire de Nimphia era prodigiosa, y ni siquiera Aurige o Cyinder fueron capaces de detectar algo.

—Hay una torre medio sumergida —anunció emocionada.

—¿Dónde? —dijo Aurige con incredulidad.

—Está muy lejos, tanto como la distancia de Solandis a Krum…

—¿Y cómo puedes verla? Tú no ves Krum cuando estamos en Solandis.

—Si volásemos muy alto podríamos ver Krum desde cualquier sitio de Solarïe —se enfadó Nimphia—, y esto es como si lo estuviésemos haciendo. Las ciudades están sumergidas tan profundo que el paisaje desde aquí, las montañas y los bosques de coral, no me impiden ver más allá.

Aurige cerró la boca con una mueca de fastidio. Nimphia tenía razón.

—Vamos a explorarla —concluyó la Airïe y a Laila le dio un vuelco el corazón.

—Yo ya no puedo más —dijo a punto de echarse a llorar, pensando que tenía que lanzarse de nuevo a mar abierto cuando Cantáride estaba justo debajo de sus piernas

—. Nadar en agua dulce es más difícil que en agua salada, y yo creo que me muero de cansancio.

—Por favor, Laila, no puedes desfallecer ahora —le suplicó Cyinder—. Si bajamos aquí, justo en la entrada de Cantáride, seguro que nos descubren. Sigue un poco más hasta la torre. Estoy convencida de que encontraremos algún lugar donde descansar.

En los ojos de Laila se leía el cansancio, pero también se reflejaba una enorme determinación por salvar Solarïe, incluso a costa de su último esfuerzo, y algo en su interior se removió. Una vez se había jurado a sí misma que intentaría ayudar a Cyinder con todo lo que tuviese a su alcance. Y el momento había llegado. Sacó fuerzas de flaqueza y se ajustó de nuevo la máscara, que aborrecía intensamente.

—Muy bien, nemhirie —le dijo Aurige con una sonrisa mientras se colocaba la suya.

Laila suspiró, y de nuevo comenzaron a nadar en la dirección que marcaba Nimphia. El coloso quedó atrás y desde lejos pudieron ver su borrosa figura, guardando eternamente la entrada de Cantáride a sus pies.

Las fuerzas le abandonaban poco a poco, y Laila luchó por dar una nueva brazada más, un nuevo palmo más, y la visión se le enturbió. Cyinder la ayudó tirando de su mano justo cuando las piernas se le negaron a continuar. Luego Aurige durante otro tramo, y después Nimphia. De repente su amiga de Airïe se detuvo y la muchacha creyó que se hundiría si la soltaba.

De nuevo la arrastró hacia la superficie al borde del desmayo y al momento se encontró respirando aire nuevamente con los brazos apoyados en algo sólido. Abrió los ojos jadeando, y se encontró con medio cuerpo fuera del agua y la cara tocando una superficie lisa y plana. Se arrancó la horrible careta y entonces pudo ver que un camino de tablones de madera flotaba en la superficie de aquel océano agobiante, y se agarró a él con sus últimas fuerzas.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, asida como un náufrago a un tronco, pero poco a poco volvió en sí y arrastró todo su cuerpo hasta que se tumbó boca arriba, jadeando con los ojos cerrados. Sus amigas también parecían recuperarse de aquella horrible pesadilla, y yacían a su lado respirando profundamente.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con voz entrecortada.

—No —susurró Nimphia entre toses—. Todavía queda un buen tramo, pero ahora ya podéis ver la torre con vuestros propios ojos.

Laila se incorporó fatigada. Los latidos en su pecho iban frenando, y la sensación de muerte inminente ya había desaparecido. La luna azul brillaba indiferente rodeada de estrellas, y todas permanecieron en silencio largo tiempo, con el suave rumor del agua chocando contra la madera. Frente a ellas, todavía a una gran distancia, la cúpula de una torre blanca y fantasmal emergía del agua como un dedo cadavérico.

El camino de madera flotante parecía conducir en aquella misma dirección, y Laila se sintió bendecida por los dioses. Si nadaba un palmo más, sin duda los brazos se le saldrían de las articulaciones. Comenzó a soñar, no ya con su maravillosa cama de Winter Manor, sino con el camastro de Lomondcastle, tan lejos de alcanzar como el sol desde la Tierra. Cuando recuperó el aliento se dio cuenta de que otras dos pequeñas torretas más surgían al lado de la primera como los pinchos de un tenedor.

—¿El Grano está por aquí? —jadeó mirando a Cyinder.

—No —negó la solarle—. Cerca de la estatua podía sentirlo más fuerte.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo en este lugar? —quiso gritar enfadada.

—Buscando una manera de bajar sin que nos detecten —explicó Nimphia sentándose con las piernas cruzadas.

—¿Y si ahí hay cosas más peligrosas? —cuestionó ella.

Las otras la miraron dudosas y Laila sintió rabia. A veces pensaba que sus amigas no razonaban con coherencia.

—Ya no hay remedio —dijo Aurige con frialdad—, pero al menos no tenemos que seguir nadando. Siento el frío hasta en los huesos. En cuanto nos repongamos tendremos que continuar.

Laila sintió que le dolía todo el cuerpo. Quería quedarse allí sentada pero Cyinder la ayudó a incorporarse y las rodillas se le doblaron. Desde lo alto, mirando a aquel misterioso sendero de madera sobre la bruma, creyó que caminaba sobre las aguas.

La pasarela flotante seguía recta hacia la torre pero en dirección contraria se perdía entre las brumas, y por un momento Laila temió que Nimphia propusiese investigar a dónde conducía. La Airïe miraba hacia ese lado desconocido con cara soñadora.

—Algún día volveremos —prometió en voz alta y luego se giró hacia la lejana torre—, pero ahora ya no hay tiempo. Bajaremos desde allí y Cyinder nos guiará hasta la ciudad.

Laila suspiró aliviada y al momento se pusieron en marcha, caminando con rapidez sobre aquellos tablones que se movían bajo su peso, flotando sobre el agua con la misma inestabilidad de un puente colgante. La torre pareció crecer y la senda se dirigió invariablemente hacia ella hasta que distinguieron pequeñas ventanas y una puertecita labrada en la pared blanca. Pequeños balcones rodeaban su circunferencia, viejos y herrumbrosos, llenos de óxido, sin signos de vida ni de haber sido cuidados en mucho tiempo. El musgo había invadido la piedra adoptando su mismo color blanco, y toda la fachada parecía estar a punto de desmoronarse.

Las cuatro se acercaron a la entrada desde la que partía el camino de madera. Desde allí, la senda se bifurcaba hacia las otras dos torres que parecían igual de abandonadas, y más allá, nuevos senderos se alejaban hacia lo desconocido.

—¿A dónde conducirán estos caminos? —preguntó Cyinder en voz alta.

—No puedo imaginarlo —contestó Nimphia moviendo la cabeza—, pero al menos confirman una teoría que estaba sospechando desde que vimos la estatua: Cantáride debió estar hace mucho tiempo fuera del agua, y cuando comenzó a hundirse, o la hundieron a propósito, crearon caminos sobre la superficie para todos aquellos que se negaron en un principio a abandonar el aire y la tierra firme.

Laila asintió con la cabeza. Aquello tenía bastante sentido.

—Creo que poco a poco se encerraron bajo las aguas y se acostumbraron a no depender del aire —siguió Nimphia—. Fueron cambiando y ahora necesitan máscaras para respirar fuera del agua. El aire les asfixia.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando para ese cambio? —preguntó Laila asombrada.

—De miles de años. Decenas de miles de años, tal vez —hizo una pausa mirando al horizonte—. Hace unos cinco milenios comenzaron a evitar el contacto con el resto de reinos de Faerie, y se volvieron solitarias y escurridizas. Ya por entonces parecían asfixiarse cuando se las veía en algún evento o venían a Airïe como embajadores. Luego dejaron de venir y desaparecieron de la tierra de Faerie.

—Algo debieron empezar a tramar entonces —añadió Aurige mirando a todos lados—. Algo malo, seguro. Ya no pueden venir aquí ni las sacerdotisas de Lunarïe, y no es normal prohibir la entrada a este desierto de agua.

—Bueno, lo importante es que nosotras sí hemos entrado —concluyó Nimphia sonriendo, y luego miró su reloj—. Solo han transcurrido unos minutos en el mundo nemhirie. A partir de ahora tendremos que ser muy cuidadosas y escondernos a cada instante. Bajaremos cerca de la pared de la torre, que nos servirá de guía, y luego caminaremos hacia Cantáride en la dirección que Cyinder nos diga. Por cierto, ¿tendrás fuerzas suficientes para crear un delator?

La solarïe asintió contenta. Sus ojos brillaban como faros y la presencia del último Grano de las Arenas, aunque lejano, le había devuelto a la vida por completo.

Laila se asomó al borde de madera y miró hacia abajo, hacia la oscuridad reinante de aquel mar de cristal. Los músculos se le resintieron incluso antes de haber metido un pie en el agua. Se acomodaron las máscaras sobre la cara y se hundieron despacio intentando no salpicar ni hacer ningún ruido. Descendieron silenciosamente junto a la pared de la torre, rodeadas de burbujas que flotaban hacia la superficie.

Los muros eran enormes, cada vez más gruesos, y bajaban hasta el mismo suelo de Acuarïe. En medio del triángulo formado por las tres torres, varias cúpulas de cristal amarillento descansaban una sobre otra, como un gigantesco racimo de uvas, llegando hasta el fondo marino. Miles de peces pasaban silenciosos, y por todos lados crecían pequeños árboles de coral y plantas acuáticas que se mecían en la brisa de las corrientes.

El edificio más grande, una esfera también de cristal, despedía luz por todos

lados, pero era imposible saber qué había en su interior o quiénes habitaban aquel espacio. Las cuatro se acercaron a aquellas grandes bolas luminosas, pero finalmente descendieron hasta el suelo sin haber descubierto nada de interés. No había nadie en las cercanías, y una gruta oscura se hundía en la roca, cerca de la base de la última esfera gigantesca.

Aquella entrada era terriblemente siniestra. El frío era más intenso y Laila esperaba que no tuviesen que entrar allí jamás. Pusieron los pies en el fondo arenoso y una nube de tierra y lodo se levantó flotando unos momentos hasta que volvió a asentarse.

Caminaron inclinadas hacia adelante, luchando contra la densidad del agua que dificultaba el avance, dejando atrás aquellos cúmulos de cristal amarillo hasta que desaparecieron en la oscuridad azul. Cyinder las guió a través de suaves montículos llenos de algas y anémonas, bosques de rocas y arrecifes de coral, espantando bandadas de peces de todos los tamaños que se volvían a reunir de inmediato para proseguir su camino. A Laila aquello le pareció una expedición espectral: cuatro enmascaradas caminando lentamente por la negrura, levantando nubes de tierra por donde pisaban, siempre hacia delante sin saber exactamente a donde iban, detrás de Cyinder que parecía llevar una brújula en el cerebro.

Durante mucho tiempo caminaron en la oscuridad, descansando a veces en la arena, y a veces sobre rocas planas llenas de musgo y filamentos, pero no volvieron a ver ninguna sombra amenazante en todo su camino. Poco a poco resplandecieron en la distancia dispersas luces brillantes, y Cyinder aminoró el paso. Escalaron un montículo de dunas, tras el que apareció por fin la ciudad de Cantáride.

Todas contuvieron la respiración ante los grandes edificios de coral blanco llenos de luces destellantes, con increíbles cúpulas de cristal y torres finas como agujas que se unían entre sí por puentes colgantes de marfil, construidos tan delicadamente que parecían a punto de romperse. Por todos lados había templos llenos de estatuas, grandes plazas, anfiteatros, palacetes y avenidas hasta donde se perdía la vista. Y más allá, casi envueltas en tinieblas, las colosales figuras de los gigantes de piedra, que alcanzaban en la distancia la lejana superficie del mar.

Se acercaron un poco más, nadando a ras de suelo, hasta que alcanzaron los bloques de mármol de un muro de piedra exterior que rodeaba a un templete desierto. Las cuatro se miraron un momento. Por ahora todo había ido bien y Nimphia le hizo gestos a Cyinder para que crease su delator.

Al instante, una pequeña esfera luminosa apareció en medio de la oscuridad y dio unas vueltas alrededor de la cabeza de la solarïe. Enseguida se alejó flotando hacia los pequeños templos de coral y las cuatro lo siguieron despacio.

El delator no parecía entender de peligros y cruzaba indiferente por en medio de las calles, zumbando de un lado a otro como una abeja en un campo de flores. Ellas

tuvieron que ocultarse todo el tiempo tras las esquinas de los templos, en los recovecos de las avenidas, detrás de las columnas y las estatuas que iban surgiendo a su paso mientras veían figuras de acuartes con sus cabellos azules llenos de perlas, nácar y algas, yendo y viniendo tranquilamente, nadando sin esfuerzo mecidas en las corrientes submarinas.

El delator se perdía alegremente entre los bosques de coral, y las cuatro iban a adelantar un nuevo trecho cuando cinco grandes figuras aparecieron nadando en formación militar a través de una avenida. Volvieron a esconderse entre las sombras de un arrecife y contuvieron la respiración para evitar soltar burbujas de aire.

Las figuras pasaron muy cerca de ellas mirando a todos lados, inspeccionando las sombras en plena ronda de vigilancia. Al ver cómo eran, Laila dejó escapar una exclamación de horror y varias burbujas salieron de su máscara. Parecían soldados humanos y tenían brazos y piernas de hombres, pero sus rostros eran como los de tiburones deformes, con pequeños ojillos malvados separados de la nariz y varias ristras de dientes puntiagudos. Sus vestiduras, llenas de piezas metálicas y escamas, les delataban como guerreros. Miraron hacia todos lados en actitud beligerante, y alguno se llevo un brazo lleno de aletas al cinto, donde pendían varios cuchillos y espadas curvas. Las Acuarïes que paseaban cerca se apartaron de ellos y los cinco guardianes siguieron su patrulla sonriendo con crueldad.

Laila volvió a respirar sintiendo que el corazón comenzaba a acompasarse. Las figuras de los escualos humanos se perdieron de vista y las cuatro dieron un rodeo al arrecife nadando en dirección al sitio donde habían visto por última vez al delator.

Cyinder lo buscó por todos lados pero fue inútil. La pequeña luz amarillenta había desaparecido y Nimphia volvió a indicarle que hiciese un segundo delator. Al momento brilló una nueva lucecita que se alejó de ellas a trompicones. Volvieron a perseguirla evitando ser vistas en ningún momento, y al cruzar una nueva avenida llena de edificios en espiral, ante sus ojos apareció el palacio de Cantáride.

Grandes columnas de mármol y coral enmarcaban un paseo de escalinatas blancas, resplandecientes como la nieve, y entonces Laila dio gracias por no haber bajado desde la superficie a través de los colosos de piedra. Todo un destacamento militar de escualos estaba allí, guardando la entrada y las inmediaciones del palacio, y patrullaban nadando por entre los pies de uno de los dos gigantes.

Se escondieron en las sombras de un edificio lleno de columnas y contemplaron el castillo con la admiración pintada bajo sus máscaras. Cientos de torres llenas de agujas de cristal brillaban con un reflejo azulado, y miles de puentes colgantes labrados en coral blanco se unían entre sí formando un delicado bordado arquitectónico de belleza increíble. Por todos lados surgían cúpulas de árboles, jardines y templetes brillantes que parecían estar a punto de romperse, guardando un cuidadoso equilibrio con el agua y la piedra. El palacio era grandioso, imposible de

imitar fuera del océano, pues sin duda se rompería en mil pedazos en el momento en que el sol y el viento tocasen aquellas esbeltas torres llenas de filigranas.

El delator zumbaba en línea recta hacia el castillo y cuando las cuatro estuvieron completamente seguras del paradero del Grano de las Arenas, de repente la luz torció en un grupo de arrecifes llenos de algas y se perdió.

Aurige nadó frenéticamente, seguida por las otras. El delator atravesaba los majestuosos edificios que bordeaban el palacio sumergido y se dirigía a gran velocidad hacia el exterior de la ciudad de Cantáride. Las cuatro se quedaron muy sorprendidas y por un momento la inmovilidad comenzó a elevarlas de nuevo hacia la superficie. Volvieron a bracear en busca del diminuto punto brillante pero fue inútil: el segundo delator también había desaparecido.

Ahora se encontraban en una zona más solitaria y tenebrosa, con restos de edificios coralinos rotos y desperdigados, como si hubiesen sufrido una tremenda sacudida por algún maremoto. Por allí no había ni un alma, y Laila se acordó de los arrabales de Solandis, con sus calles y edificios olvidados y grises.

Un tercer delator apareció delante de Cyinder, y de inmediato voló raudo hacia un cúmulo de rocas oscuras llenas de agujeros. Todas siguieron la luz amarillenta y luego dejaron atrás aquellas formaciones de coral, hasta una nueva cadena de dunas perdida en la distancia.

Cuando las alcanzaron se sintieron nuevamente sobrecogidas. Aquello no eran dunas. Una gigantesca mano ciclópea se hallaba medio enterrada, cubierta de arena, de musgo y de algas que habían crecido sobre la piedra durante miles de años. Laila observó aquellos dedos gigantes que ahora no sujetaban nada y luego siguió con la vista la base de la mano. Más allá se descubrían los restos de un brazo hueco partido por la mitad y después, perdiéndose en la penumbra, el comienzo del hombro y el cuerpo gigantesco que en un principio habían tomado por una montaña.

Laila sintió pena por la estatua del gigante. Probablemente habría caído miles de años atrás, hundiéndose de lado durante algún cataclismo submarino, destruyendo en su caída media ciudad de Cantáride. Nadó sobre el brazo lleno de anémonas y musgo hasta encontrar una cascada de algas y filamentos que se incrustaban en unos cabellos ondeantes. Allí estaba el rostro de aquel guerrero de piedra, y la miraba medio enterrado con unos ojos enormes y vacíos por los que entraban bancos de peces plateados. La boca, tan grande como un túnel abierto en una montaña, lanzaba un grito silencioso que ya nunca proclamaría la grandeza de Acuarïe.

Más allá de la barbilla comenzaba un cuello, y luego un cuerpo tan grande como una cadena de montículos, ataviado con una armadura de placas y una túnica con pliegues que se perdía en la distancia, hasta donde se intuían unos pies descomunales.

Dentro de la boca brillaban dos delatores y el tercero se unió a ellos felizmente. Las cuatro permanecieron quietas frente a aquellos labios de piedra y Aurige le hizo

un gesto a Cyinder para que los hiciera desaparecer. Solo faltaba que las delatasen a ellas.

Laila vio que sus amigas se adentraban hacia el interior de la estatua y las siguió con intranquilidad. Caminaron a saltos sobre la lengua de piedra, hasta un agujero circular que sin duda era la garganta. El ambiente era claustrofóbico a pesar de las dimensiones de aquella especie de gruta llena de dientes, y tenía la sensación de que en cualquier momento podía cerrarse sobre ellas.

Varias rejas cruzadas les impedían el paso hacia el interior, pero el óxido del tiempo había carcomido algunos barrotes. Nimphia los forzó doblando las puntas hasta que abrió un pequeño espacio por donde pudieron pasar sin dificultad. La garganta circular seguía llena de negrura, pero al fondo pudieron captar un leve reflejo azulado que titilaba en la distancia.

Siguieron buceando despacio, sin apenas respirar, evitando incluso tocar las paredes de piedra a pesar de que la garganta tenía la anchura de una autopista. La mortecina claridad fue en aumento y al final de la garganta encontraron una nueva reja cruzada con los barrotes intactos, imposibles de atravesar. Se dieron cuenta de que solo filtrándose a través de los agujeros, como las acuarïes, podrían acceder a una sala enorme, que sin duda era el tórax del coloso.

Varias antorchas de fuego frío iluminaban las paredes soltando burbujas continuamente, y más abajo, en el suelo de piedra, varias acuarïes mantenían una reunión, al parecer de gran trascendencia. Laila reconoció a una de ellas como Atlantia, la Acuarïe de la Torre de Cálime, y su corazón comenzó a latir apresuradamente. Miró a sus compañeras pero todas advirtieron la situación: acababan de descubrir el escondrijo secreto del gremio de Acuarïe.

No eran más de quince, quizás veinte, pero todas se hallaban inmersas en una fuerte discusión, llena de voces chirriantes distorsionadas por el agua. Sus cabellos filamentosos flotaban por encima de sus cabezas, y todas permanecían frente a Atlantia, que estaba sentada en un banco de piedra más grande que el de las otras. Laila comprendió al momento: ella había logrado robar el Grano de Solarïe, y Mármara yacía muerta en la Torre de Cálime. Atlantia era ahora la nueva capitana del gremio de ladrones de Acuarïe.

En medio de todas ellas, cerca de Atlantia, flotaba una pequeña perla nacarada que lanzaba suaves destellos iridiscentes, y Cyinder abrió unos ojos enormes tras la máscara. El Grano de Solarïe estaba allí. El enfrentamiento subió de tono. La gran mayoría del gremio se oponía a Atlantia por algún motivo, y ella agitaba los brazos enfadada y señalaba al Grano de las Arenas una y otra vez, alegando algún tipo de explicaciones que el resto no aceptaba.

La discusión parecía no tener fin, y Laila miró a Nimphia por si al hada del aire se le había ocurrido algún plan para entrar de golpe y apoderarse del tesoro de Solarïe,

pero tanto ella como Aurige permanecían absortas en la escena. Tan solo Cyinder parecía intentar hacer algo y estiraba la mano llamando a la perla como si pudiese atraerla, pero el Grano de las Arenas no se movió ni un milímetro a pesar de sus esfuerzos.

De repente Atlantia, enfurecida, cogió la perla de Solarïe con sus propias manos y la guardó dentro de una pequeña bolsita que escondió en uno de los pliegues de su vestido. Estaba claro que daba por terminada la discusión y la reunión, y las cuatro amigas se dieron cuenta de que en breve todas las acuarïes iban a abandonar su escondite en la estatua de piedra.

Se dieron media vuelta y bucearon frenéticamente hacia la salida, subiendo por la garganta con toda la velocidad que les permitían sus brazos y sus piernas. Atravesaron la primera verja rota y Laila se arañó con los barrotes oxidados. Un pequeño rasguño se abrió en el traje pero no tuvo tiempo para comprobar si se había herido. Detrás de ella se notaba el agua vibrando por el movimiento de las acuarïes que subían ya por el túnel de la garganta.

Alcanzaron la boca monstruosa y salieron de aquellos labios de piedra, refugiándose en los agujeros de la nariz del coloso justo en el momento en que varias acuarïes salían nadando a gran velocidad y se perdían en la distancia. Otros grupos salieron más despacio y se dispersaron en solitario hacia la ciudad de Cantáride. Finalmente apareció la figura de Atlantia y por un momento se quedó allí flotando junto a la estatua, mirando a las figuras borrosas de sus compañeras con un gesto de desafío y de incomprensión. Echó un vistazo a la cara del coloso y las cuatro se apretujaron aún más contra el tabique nasal.

Momentos después la Acuarïe iniciaba un buceo rápido y decidido, y en cuanto se alejó las otras salieron de su escondrijo y comenzaron a seguirla. Atlantia nadaba demasiado rápido, impulsándose con alas membranosas que habían ido cambiando, a lo largo de miles de años y generaciones de acuarïes que lucharon contra el agua y las corrientes marinas.

A pesar de que casi llegaron a perderla de vista, a todas les quedó muy claro que su enemiga se dirigía hacia una sola dirección: el palacio de la reina Tritia. Aurige intentó nadar más rápido para alcanzarla, pero la velocidad de Atlantia era insuperable y pronto las dejó atrás. La Acuarïe llegó hasta las escalinatas del castillo y se enfrentó a los guardianes con cara de tiburón que inmediatamente le permitieron pasar.

Todas se miraron indecisas y Cyinder levantó los hombros como diciendo «¿Y ahora, qué?» El silencio fantasmal de las profundidades las rodeó junto con el desánimo. Habían estado tan cerca que les resultaba increíble que el Grano se les escapase en el último momento.

De repente un sonido hizo vibrar el agua, y entonces tres grandes objetos cayeron

desde las alturas igual que un bombardeo, bajando a toda velocidad por entre los cuerpos de las estatuas de los colosos. Tres formas gigantescas descendieron rodeadas por una masa de burbujas, hundiéndose en el océano de Acuarïe en picado, como tres aviones que hubiesen chocado contra la superficie y cayesen dispuestos a destruirlo todo. Laila cerró los ojos y se llevó las manos a los oídos, incapaz de soportar aquel sonido agudo. La serena atmósfera de Cantáride se tambaleó llenándose de explosiones de burbujas, barro y arena que subían desde el suelo.

Cuando abrió los ojos de nuevo creyó que el pulso se le detenía y sus pupilas se le dilataron ante un espectáculo que jamás en su vida pensó que existiese.

Tres enormes dragones se habían zambullido de golpe desde las alturas, hundiéndose como flechas, hasta que desplegaron unas gigantescas alas negras y frenaron en seco la caída. Laila creyó que iba a gritar de terror y el cuerpo se le descompuso en temblores de miedo ante aquella visión de pesadilla, pero Nimphia, con los ojos llenos de admiración, tiró de ella ocultándole la imagen de aquellos monstruos de leyenda.

Los enormes dragones bucearon tranquilamente moviendo unas alas que provocaban pequeñas turbulencias y la muchacha se arriesgó a echar un nuevo vistazo, superada ya la primera impresión. Entonces advirtió que jamás había visto algo tan bello y tan terrible a la vez. Al menos debían medir quince metros de longitud, pero la envergadura de sus alas tenía que ser más grande. En sus cabezas reptilianas brillaban unos ojos como carbones encendidos y sus fauces abiertas mostraban cientos de colmillos y una lengua bífida y malévola.

Pasaron muy cerca de ellas y Laila siguió con la vista los largos cuellos llenos de crines ondulantes y los cuerpos majestuosos cubiertos de escamas pétreas hasta las colas que terminaban en puntas de flecha. Eran exactamente igual que los cientos de dibujos e ilustraciones de los libros de cuentos, y de nuevo un golpe de irrealidad se abatió sobre ella, incrédula ante lo que veía. Quiso frotarse los ojos pero la máscara se lo impidió.

Los dragones siguieron descendiendo hacia el palacio y entonces Laila pudo ver que sobre el lomo de uno de ellos, el más grande, viajaba una figura con la cara oculta tras una máscara Acuarïe original, negra como la obsidiana. Siguió embelesada la trayectoria del grandioso dragón y de su jinete, y entonces sintió a Aurige dándole un codazo.

La Lunarïe le indicaba que los tiburones humanos habían dejado de patrullar y se estaban agrupando en dos largas hileras frente a la entrada del palacio, mientras los dragones extendían sus patas y descendían para tomar tierra. De esta forma los muros y los edificios posteriores del castillo de Cantáride habían quedado desiertos, y las cuatro abandonaron su refugio nadando despacio entre las columnas y los corales hasta que perdieron de vista aquel impresionante espectáculo.

Atravesaron jardines llenos de flores acuáticas por donde bailaban pequeños hipocampos, templetes de cristal cuajados de aguamarinas y perlas, alamedas y puentes colgantes, con agujas blancas, afiladas, cubiertas de piedras preciosas. Por todos lados descubrían galerías de columnas envueltas en flores y senderos flotantes hechos de delicadas filigranas que atravesaban aquella maravilla arquitectónica.

Nimphia miró su reloj y luego lo volvió a guardar sin decir nada. Señaló hacia los altos ventanales de la torres y todas asintieron. Tomaron impulso y nadaron dejando atrás los jardines, las cristaleras y los puentes colgantes, y alcanzaron la celosía de un balcón de mármol blanco como la nieve. Atravesaron los arcos de las ventanas por donde nadaban pequeños bancos de peces y se adentraron en una estancia solitaria llena de objetos extraños.

De inmediato Nimphia se dedicó a inspeccionarlos, sin dejar de sorprenderse con cada nuevo descubrimiento. Redomas llenas de anémonas se repartían caprichosamente por cada rincón, mesitas de coral llenas de velas que brillaban con fuego frío, cajitas labradas cerradas a cal y canto, y un gran centro de mesa lleno de flores que dejaba escapar burbujas de color verdoso y que debía oler a esencias misteriosas. En un rincón había un mueble lleno de esferas de cristal y teclas blancas y negras iguales que las de los pianos. Laila tocó una tecla, y al momento una nota brillante y pura les puso los pelos de punta. Las otras miraron inquietas a todos lados y Aurige le hizo una señal de que si volvía hacer algo así acabaría con ella.

Abandonaron la pequeña habitación y llegaron a un corredor circular que descendía con una escalera de caracol. Otras puertas estaban cerradas a lo largo del muro de la torre, y por fin llegaron a un descansillo del que partían varías escaleras más.

Una Acuarïe inspeccionaba varios jarrones llenos de algas, y de repente notó una extraña turbulencia a sus espaldas. Se volvió hacia ellas y se quedó paralizada por la sorpresa. Los ojos se le dilataron y su boca se abrió en una «O» perfecta. Ya no tuvo tiempo de nada más. Aurige chasqueó los dedos y el hada del agua cayó desplomada en un sueño profundo.

Por un momento todas se quedaron quietas mirando el cuerpo de la Acuarïe sin saber qué hacer, y entonces la lunarïe agarró las piernas de la sirvienta y la arrastró hacia las escalinatas de la torre por la que habían descendido. Laila nadó hacia las puertas cerradas y las fue comprobando una a una hasta que encontró una habitación vacía. Depositaron a la Acuarïe allí dentro y cerraron la puerta mirando a su alrededor con inquietud. La cosa se estaba volviendo cada vez más peligrosa y la probabilidad de ser descubiertas aumentaba a cada paso que daban.

Finalmente llegaron a un rellano del que descendían de nuevo varias escalinatas más. Por la balaustrada veían ir y venir a los sirvientes y a las damas de compañía, muy conmocionadas y alborotadas por la visita de los dragones. Después de varios

intentos fallidos escondiéndose continuamente, consiguieron alcanzar la bóveda de un enorme salón lleno de columnas que llegaban hasta el techo y se curvaban como las crestas de las olas congeladas en el tiempo. La inmensa sala del palacio de Cantáride era tan majestuosa que provocaba en todo el mundo un poderoso sentimiento de admiración y de temor.

Multitud de acuarïes engalanadas con vestidos de seda y flores formaban un gran círculo en torno a las escalinatas que conducían al trono real, aún vacío, y detrás, escondidos entre las sombras de las columnas, grupos armados de escualos tenebrosos vigilaban constantemente el lento fluir de los vasallos de Tritia.

Entonces Laila se dio cuenta de una asombrosa anomalía que no había detectado antes por encontrarse a gran altura. Todos los sirvientes próximos al trono llevaban máscaras puestas sobre sus rostros, iguales a las que portaban las del gremio de Acuarïe cuando se presentaron en Solandis. Las cuatro permanecieron perplejas durante unos minutos y Aurige les indicó que la siguieran.

Nadaron bajo las sombras de las enormes cúpulas hasta las grandes vigas curvas de mármol, y descendieron por la rompiente de aquellas olas congeladas, aproximándose sin ser vistas a la multitud de acuarïes. La ola se arqueaba uniéndose a una de las columnas centrales y de repente se encontraron que sus pies salían fuera del agua y pisaban la pulida superficie de piedra. La sorpresa hizo que perdieran el equilibrio y durante unos instantes de terror creyeron que caerían hacia abajo sin remedio.

Nimphia sujetó a Cyinder, que movía ya los brazos frenéticamente para mantener el equilibrio, y la arrastró de nuevo hacia el interior de la masa de agua. Laila y Aurige, que habían caído de rodillas sobre la viga, gatearon rápidamente hacia las sombras de la columna y miraron con ansiedad hacia sus amigas. Las dos flotaban en medio de la oscuridad, pero ellas se encontraban dentro de una espectacular burbuja de aire que englobaba el trono y casi todo el recibidor.

De nuevo Cyinder sacó un pie fuera del agua y lo puso con cuidado sobre aquel puente de mármol. Luego el otro pie, y echó a caminar con más seguridad, seguida de Nimphia, hasta que salió por completo del fluido acuático. Se quitó la máscara violentamente y respiró con normalidad. Alcanzaron a Laila y a Aurige y todas se apretujaron contra la columna mirando incrédulas hacia las alturas. A pocos palmos de sus cabezas, la superficie de agua brillante como un espejo ponía el límite a aquella enorme campana de aire.

—¿Por qué hay una burbuja de aire en medio del palacio? —cuchicheó Laila mirando hacia abajo para no perder detalle.

Las otras levantaron los hombros sin saber qué responder. De pronto sonaron miles de clarines, puros y diáfanos en medio de la estancia y los tres dragones entraron en la sala de audiencias, caminando lentamente con sus cuellos estirados. De

sus ollares salía vapor de agua, y miraban con desprecio a aquellos viles insectos de Acuarïe. Cuando llegaron a la escalinata del trono, el dragón de en medio inclinó su magnífica testa, y el jinete que lo montaba descendió de su lomo con gran parsimonia. Luego se arrodilló ante la plataforma vacía y el resto de vasallos le imitaron, con la mirada prendida en el suelo detrás de sus máscaras.

Los dragones se tumbaron sobre el pulido mármol y agacharon las cabezas en actitud indolente, cerrando los ojos, dispuestos a dormirse de aburrimiento.

—¿Quién será? —susurró Cyinder.

—No lo sé —respondió Aurige—, pero tiene mucho poder para ser capaz de montar en un dragón.

Como si las hubiese escuchado, la enorme bestia levantó su cuello de serpiente y las miró directamente, sin disimulo. Todas se apretaron aún más contra las sombras de la columna y el dragón sonrió enseñándoles los dientes en una mueca feroz. Luego volvió a recostarse y cerró los ojos como si no le importasen en absoluto.

El dragón marino, cuyo verdadero nombre era Udronsanthïl, era la montura de Lady Angaïl, la dama Acuarïe que permanecía postrada frente a las escalinatas. En realidad soportaba a su dueña porque no tenía nada mejor que hacer, pero consideraba —al igual que sus compañeros—, que los habitantes de Ïalanthilïan no eran dignos ni de servir como alimento. Su maldad y su vileza eran más grandes aún que su tamaño, y si no había delatado ya a las cuatro extrañas —una solarïe, una lunarïe, una Airïe y una medio ithirïe— era porque sin duda aquello le parecía una novedad en su rutina, y la presencia de cuatro hadas ajenas a Acuarïe tenía que deberse a algún plan desconocido. Aquella situación le pareció tremendamente divertida y volvió a abrir un ojo para mirarlas. Luego observó con odio a Lady Angaïl y volvió a cerrar el reptiliano párpado con pereza.

—El dragón nos ha visto —susurró Cyinder atemorizada—. Sabe que estamos aquí.

—Parece que no le importamos demasiado —afirmó Aurige con la cabeza.

—A mí me parecen grandiosos —siseó Nimphia, admirada por la presencia de aquellos seres legendarios, completamente desaparecidos del resto de la faz de Faerie.

La gran sala permanecía en silencio, y de repente brilló una nebulosa de chispitas azules en lo alto de las escalinatas. Las luces se unieron entre sí y una figura majestuosa hizo su aparición. Las cuatro observaron la llegada de la soberana de Acuarïe, y entonces se dieron cuenta de que Tritia llevaba su rostro al descubierto, respirando tan tranquila el mismo aire que ellas.

—Ya sé por qué hay una burbuja —comentó Nimphia después de analizar detenidamente a la reina—. Esa bruja es capaz de respirar dentro y fuera del agua, pero el resto de sus vasallos no. De esta forma les obliga a tener que usar máscaras y les demuestra su superioridad.

—¡Qué miserable! —exclamó Cyinder apretando las manos con rabia—. Ni siquiera tiene piedad con su propia gente.

—Hay una explicación menos dramática —habló Aurige después de unos segundos—. Las sacerdotisas de Lunarïe eran invitadas al palacio muy de vez en cuando. Debe haber burbujas de aire en ciertos lugares para que puedan respirar.

Cyinder y Nimphia se miraron sin querer dar su brazo a torcer. La idea de la reina Tritia como un monstruo malvado les convencía mucho más.

—¿Y los hombres tiburón? —susurró Laila.

—Están fuera de la burbuja —señaló Aurige—. Son la guardia personal de Tritia y no pierden detalle de todos los visitantes.

—¡Bienvenida, Lady Angaïl! —habló Tritia por primera vez, en voz alta y clara, y las cuatro dejaron su charla.

La reina hizo un gesto a la figura postrada bajo las escalinatas y esta levantó la mirada. Luego se puso en pie y se acercó a ella subiendo algunos peldaños. El resto de la sala permanecía con la mirada puesta en el suelo, y más allá, casi al borde de la campana de aire, una sombra apartada se mantenía en solitario por detrás de las damas de compañía. Laila intuyó que era Atlantia.

—Tenemos buenas noticias, majestad —dijo Lady Angaïl con una voz susurrante y sibilina, rasposa como la de las serpientes—. Mis últimas investigaciones confirman que estamos llegando al final. Los voluntarios escasean —añadió con una nota de tristeza—, y aunque los últimos de los que se disponía no han resistido las pruebas finales, los adelantos son muy satisfactorios.

Las cuatro amigas ocultas en las sombras lo escuchaban todo sin perder detalle. ¿A qué voluntarios y a qué pruebas se refería aquella siniestra mujer? Algunas de sus palabras les llegaban raras y distorsionadas, pero el hilo de la conversación se mantenía claro y firme. Tritia sonrió con frialdad. Sus cabellos ondeaban cubiertos de perlas a pesar de no estar inmersa en el agua.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, querida Angaïl? —preguntó con una mueca cínica.

—De meses o un año…

—Impresionante —alabó la reina—. Después de milenios de esfuerzo, queda ya tan poco…

Lady Angaïl hizo una reverencia halagada.

—Y sin embargo, quizás hoy mismo tengamos en nuestras manos la solución a todos nuestros problemas —siguió Tritia buscando con la mirada por encima de las acuarïes agachadas.

Lady Angaïl pareció sorprenderse tras la máscara y se puso rígida mirando a la reina. Tritia hizo un pequeño gesto con su mano y al momento varias damas de compañía se acercaron a la figura oculta de Atlantia y la condujeron hasta las

escalinatas. Lady Angaïl observó a la muchacha desconocida con un gesto de desconfianza.

—La joven Atlantia dice poseer algo que sin duda nos otorgaría el máximo triunfo sin esperar un solo día más —sonrió de una forma tan encantadora que a Laila se le pusieron los pelos de punta—. Un Grano de las Arenas de Solarïe… el último de ellos.

Un murmullo recorrió la sala y varias acuarïes levantaron sus rostros.

—¡Entonces, es cierto! —exclamó Lady Angaïl, asombrada—. El tesoro de Solarïe estaba realmente aquí, entre nosotras…

Tritia torció la boca en una mueca desagradable e hizo un leve ademán con sus dedos. Las damas de compañía comenzaron a abandonar el salón de audiencias, y poco después solo quedaron ella, Lady Angaïl y Atlantia. La reina y su tenebrosa aliada miraban a la muchacha con fijeza.

—¡Muéstranos el trofeo! —exigió Tritia.

Lentamente, Atlantia sacó la bolsita de cuero y de su interior extrajo la pequeña perla nacarada que quedó flotando en medio de las tres. Lady Angaïl estiró la mano, ansiosa por tocarla, pero luego la retiró, pensando quizás que se precipitaba.

—¿Y esto es realmente el último Grano de las legendarias Arenas de Solarïe? —preguntó con desprecio.

Atlantia se quedó muy sorprendida por aquel comentario, pero Tritia sonrió.

—Entiendo lo que quieres decir, vieja amiga. ¡Es tan insignificante! Podría ser cualquier perla de río en lugar de esa asombrosa joya. Quizás esta joven está tratando de engañarme…

—¡Pero yo misma lo robé en la Torre de Cálime! —exclamó Atlantia, atónita, sin darse cuenta de su imprudencia—. Ya os lo he contado, majestad…

—¡Tú no me has contado nada! —gritó la reina de repente con el rostro convertido en una máscara de furia—. ¡Nada!

Los cabellos se le movieron como serpientes y Atlantia dio un paso atrás.

—¡Acabas de confesar un delito muy grave, muchacha! —siguió, echando fuego por los ojos—. No solo has robado un tesoro sagrado de otro reino, sino que además has quebrantado todas las normas de Acuarïe.

—Pero… —balbuceó ella, apabullada por el cariz que tomaban los acontecimientos.

—¡No hay excusas! Has robado a los solarles, has salido de este mundo sin mi permiso, perteneces a un gremio de ladrones, y por encima de todo, me has puesto en una situación muy comprometida…

—Yo… yo creí que… —Atlantia tragó saliva—. Creí que mi regalo os agradaría.

Desde las alturas, Laila hubiese jurado que Lady Angaïl sonreía tras su máscara.

—¿Agradarme? Todas las reinas de Ïalanthilïan creen que yo he robado el Grano

de Solarïe. El equilibrio que he tardado milenios en conseguir se derrumba por tu culpa. La reina Maeve quiere abrir Acuarïe a una investigación, y si lo hiciese, entonces descubriría…

Se calló bruscamente y miró a Lady Angaïl, que permanecía impasible. Luego volvió a observar a la muchacha.

—Se te condena a la pena máxima. Desde este momento quedas desterrada de Acuarïe —Atlantia dio un alarido de terror y cayó postrada a los pies de la reina, pero Tritia no se alteró—. El Grano de Solarïe queda confiscado. Tendré que convocar un Concilio Real para explicar tan alto desagravio que nos has causado a todas…

—¡Pero teníamos un trato! —aulló la chica con los ojos desencajados comprendiendo que había caído en una trampa—. ¡Me prometisteis… me jurasteis!…

—No pacto con ladrones —anunció Tritia con orgullo—. Fuera de mi vista, muchacha. Te doy la oportunidad de elegir morir donde te plazca. Si no lo haces, los akshaïrs se encargarán de ti de inmediato.

Atlantia miró con terror hacia las columnas donde se ocultaban los escualos humanos y Laila siguió su mirada. La palabra Akshaïr se grabó en su mente mientras observaba las sombras. Luego volvió a la escena porque la figura de Lady Angaïl acababa de entrar en la conversación.

—Majestad, os pido que me concedáis una gracia —siseaba en ese momento—. En lugar del exilio, que es un castigo terrible para una joven tan insensata pero tan valerosa a la vez, Atlantia podría venir conmigo a Ålisenthel. Quizás el destierro sea algo muy duro para ella. Tened en cuenta, majestad, que esta muchacha insolente y sus compañeras han quebrantado la ley, pero pensaban que era por una buena causa.

Atlantia miró a Lady Angaïl con ojos enloquecidos y negó lloriqueando.

—¡Extraordinaria idea! —exclamó la reina—. Agradece a Lady Angaïl tu destino, muchacha. Serás su esclava a partir de este momento, y recuerda para siempre que yo nunca hubiese sido tan misericordiosa.

—¡Piedad majestad! —gritó Atlantia, horrorizada—. ¡Prefiero el destierro!

—¿Así agradeces que te haya salvado? —gritó Lady Angaïl golpeándola—. Si vuelvo a oír tu voz, ni siquiera un susurro, te regalaré a Udronsanthïl para que te coma.

El dragón levantó la cabeza y miró a su supuesta víctima. Luego echó a su dueña una mirada de odio y de desprecio tal que Lady Angaïl se hubiese tambaleado si la hubiese visto. Atlantia se acarició el brazo dolorido y permaneció acurrucada como un perrito lastimoso. Su figura demostraba infelicidad por todos lados, y desde las alturas Laila tuvo la sensación de haber asistido a una especie de pantomima. La suerte de aquella chica estaba decidida mucho antes de haberla recibido en audiencia. Miró a sus amigas pero todas seguían la escena sin parpadear.

En aquel momento, la soberana de Acuarïe hizo un gesto con la cabeza y varios

tiburones humanos surgieron de las sombras. Uno de ellos lanzó una red desde la pared de agua y atrapó a Atlantia, que parecía haberse quedado en trance. En cuanto sintió la malla de nudos comenzó a gritar y a patalear, pero fue inútil. Los Akshaïrs la arrastraron hasta las profundidades acuáticas del palacio, donde desapareció.

Cuando todo hubo acabado y de nuevo la reina y su siniestra amiga se quedaron a solas, Lady Angaïl se dirigió a Tritia y le hizo una nueva reverencia.

—Gracias, majestad —siseó con aquel tono rasposo y desagradable—. Los voluntarios escasean tanto que tengo que recurrir a viejas artimañas para proseguir con nuestras investigaciones.

—No es nada, amiga mía. La muchacha suponía un incordio importante. Deshazte de ella como gustes.

—A propósito, señora —siguió la otra calculando sus palabras—. ¿En qué consistía el pacto que teníais con ella?

—Le prometí el reino de Acuarïe para cuando abandonásemos Ïalanthilïan.

Lady Angaïl dio un respingo, pero no mayor que el de Aurige, Cyinder y Nimphia, cuando escucharon aquellas palabras. Las tres se atrevieron a asomarse aún más, espantadas ante lo que acababan de oír.

—Pero eso es lo mismo que me habéis prometido a mí —siguió la extraña Acuarïe tras la máscara negra.

Tritia no se dignó a contestar y se produjo un silencio maléfico.

—¿Vais a devolver el Grano de las Arenas de Solarïe? —preguntó Lady Angaïl con voz profunda.

—En absoluto. Jamás entregaría algo así a esa demente de Hellia. Lo guardaré en la cámara del tesoro junto con todo lo demás. Nadie sabrá nunca que la última Arena de Solarïe ha estado aquí.

Cyinder apretó los puños con furia y Laila temió que intentase abalanzarse sobre sus enemigas. La chica Solarïe estaba fuera de sí y entre sus dedos comenzó a brillar una pequeña esfera de luz. Nimphia miró a Aurige asustada y luego arrastró a Cyinder hacia la masa de agua. Iba a sacarla de allí para que no cometiese una locura y al final ambas se perdieron en la oscuridad del palacio.

Laila las siguió con la vista y se volvió hacia su amiga Lunarïe.

—Es mejor que se despeje —cuchicheó Aurige—. No tiene nada que hacer frente a Tritia y tres dragones. Luego las buscaremos.

Volvieron a observar a las dos mujeres conversando sin que se hubiesen percatado de nada.

—¿Vais a utilizar la Arena de Solarïe para dar fin a nuestros proyectos? —musitó Angaïl, insegura.

Una luz de maldad brilló en los ojos de la reina.

—Podría hacerlo —dijo levantando las cejas—, pero en principio prefiero

guardarlo. Dices que la solución está próxima, ¿no? Has hablado de meses —repitió viendo el asentimiento de la otra—. Pues bien, si antes de un mes consigues que podamos soportar el agua salada del mar y vivir en ella, te entregaré el reino de Acuarïe tal y como te prometí. Pero si no es así, utilizaré el Grano y nuestro pacto se romperá.

—¿Un mes? —exclamó Lady Angaïl, furiosa—. ¡Pero eso es imposible! Las acuarïes de mi laboratorio apenas resisten dos o tres horas antes de que se les queme toda la piel…

—Ya estoy cansada, Angaïl —la interrumpió la reina—. Has tenido miles de años para conseguirlo. Miles de años viviendo a mi costa y ocupando una situación de privilegio dentro de mi palacio. Lo único que veo a mí alrededor es una absoluta incompetencia. Tienes un mes para que los habitantes de Acuarïe podamos vivir en los océanos nemhiries. Si lo logras te regalaré este reino patético y agobiante, y yo dominaré el mundo de los humanos. Pero si no lo consigues…

Lady Angaïl miró profundamente a su reina tras la máscara. Tritia tenía todas las cartas en su mano y la detestaba aún más por ello. Crispó las manos sobre su túnica y luego hizo una profunda reverencia. Subió al lomo de su dragón, y lo espoleó para salir de allí inmediatamente.

Udronsanthïl abrió los párpados legañosos saliendo de su disimulado aburrimiento y miró una vez más a las intrusas ocultas en las alturas. Ahora solo había dos, y el dragón entendió por qué. Al igual que ellas, también se había enterado de los planes de Tritia, y estaba seguro que a la muchacha Solarïe aquello no le había hecho mucha gracia. Sin embargo lo que más le intrigaba era la presencia de aquella medio ithirïe. ¿Cuánto hacía que no veía a un hada de la tierra? Udronsanthïl rebuscó en su memoria, y por lo que recordaba casi treinta mil años, si no más. Apenas había nacido cuando se desataron las Guerras Faéricas y la hecatombe del Nuïtenirïan.

El dragón estuvo a punto de sentir nostalgia pero todo rastro de tristeza desapareció en cuanto notó las espuelas de su odiosa ama. No perdería de vista a las cuatro desconocidas. Aquello prometía ser tremendamente interesante. Los otros dos dragones lo siguieron pesadamente, y momentos después la reina Tritia desaparecía en una nebulosa de burbujas brillantes.

Laila y Aurige permanecieron ocultas en los altos pilares mientras la sala de audiencias se oscurecía.

—¡Es increíble! —susurró Laila horrorizada—. Pretenden invadir mi mundo adueñándose de los mares y los océanos.

—Están locas —exclamó Aurige—. ¿A quién le puede interesar algo así?

Laila la miró con maldad.

—Vale, vale, no he dicho nada.

—¿Por qué estarán tan interesadas? Según lo que han hablado, llevan miles de

años haciendo pruebas y experimentos para abandonar Acuarïe…

—Por el Poder —contestó la otra, vehemente—. Tritia ha dejado claro que Faerie ya no le interesa. Incluso va a dejar Acuarïe en manos de esa mujer tan misteriosa. Miles de años de servidumbre y obediencia al Reino Blanco podrían ser la causa de esta traición. Está cansada de ser una simple súbdita de Maeve y ansia gobernar por encima de todo y de todos, incluso de los nemhiries… Nïhalïae Acuarïe.

Laila la miró sorprendida y entonces recordó la inscripción que pesaba sobre la puerta que guardaba la celda de los espectros ithirïes. «Nïhalïae Acuarïe», pensó dándole la razón. Traidores de Acuarïe.

En ese momento llegó Nimphia de nuevo. Se quitó la máscara de la cara y caminó despacio sobre la piedra.

—Los dragones se van —anunció con ojos brillantes—. Fuera están reuniendo grandes burbujas de aire con prisioneros en su interior. Hay solarles, Airïes… ¡incluso nemhiries! Son prisioneros de las mazmorras de Cantáride que esa Lady Angaïl se está llevando hacia algún sitio.

—¡Para sus experimentos! —exclamó Laila.

—¿Y Cyinder? —preguntó Aurige mirando a todos lados.

—Estoy aquí —respondió la rubia saliendo del agua detrás de Nimphia.

Se la veía algo más calmada, pero la furia aún brillaba en sus pupilas.

—Bien —habló Aurige con voz profunda—. Esa bruja está experimentando con todo aquel que cae en sus manos, pero el Grano está aquí. Ha dicho que lo guardará en la cámara del tesoro y ese es el lugar al que debemos llegar.

—Eso podría ser muy peligroso —terció Cyinder negando con la cabeza—. Si las trampas son la mitad de mortíferas que las del palacio de Solandis, nunca lo alcanzaremos.

—¿Qué creéis que van a hacer con Atlantia? —dijo Laila.

—Ni lo sé, ni me importa —contestó Aurige con brusquedad—. Además de ladrona, es una traidora. Seguro que la discusión que presenciamos en el escondrijo del gremio de Acuarïe era por el Grano de las Arenas. Atlantia se ha enfrentado a todas las otras para vendérselo a Tritia. Olvidémonos de ella. Lo importante ahora es alcanzar la cámara del tesoro.

—Podríamos volver a Solarïe —propuso Cyinder—. Si le contamos a Maeve todo lo que sabemos, de inmediato ordenará la detención de Tritia. El Grano de Solarïe está en su poder ahora, y encontrarlo dentro de Cantáride provocará que la exilien de inmediato…

—¡No vuelvas a decir eso! —estalló Aurige—. Lo primero que hará la vieja Mab es detenernos a nosotras. Te digo que su actitud no me gusta. ¡Si crees que invadiendo Acuarïe dejará libre tu reino es que estás loca!

Cyinder bajó la cabeza. Sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a asomar por

sus ojos. Nimphia le pasó un brazo por los hombros y miró a Aurige con furia.

—Yo… yo solo quiero salvar a mi madre —gimió la Solarïe.

—No tienes que darnos explicaciones —la consoló Nimphia—. Todas sabemos cómo te sientes, pero a veces Aurige es tan bestia…

Y la miró echando chispas. La lunarïe se avergonzó y durante unos segundos se produjo un tenso silencio.

—Vamos a calmarnos —susurró Laila mirando a cada una de sus amigas—. Todas sabemos que Aurige daría su vida por Cyinder, igual que todas nosotras —la lunarïe asintió en silencio—, pero los nervios están consiguiendo descentrarnos. Tenemos el Grano tan cerca que estamos perdiendo nuestro objetivo.

Hizo una pausa para resumir la situación.

—La reina Maeve ya nos ha demostrado cómo es y qué cosas son las que le importan. No debemos esperar su ayuda ni confiar en nadie. Aunque la idea de regresar a Solarïe es muy coherente, Aurige tiene razón. Podría ser fatal —respiró profundamente y siguió—. Hemos llegado a Acuarïe, cosa que nadie ha podido hacer jamás, y desde luego no nos vamos a ir de aquí con las manos vacías. No pediremos ayuda a nadie. Esto lo vamos a hacer nosotras, y además se me está ocurriendo una idea…

Las volvió a mirar y vio que todas levantaban su rostro hacia ella. Laila se preguntó cómo demonios lograba ayudar a sus amigas mientras ella misma era incapaz de resolver sus propios problemas.

—Vamos a conseguir el Grano de Solarïe, Cyinder —dijo totalmente arrepentida Aurige—. Te lo prometo. Aunque tenga que enfrentarme a cientos de Akshaïrs, a dragones, e incluso a la mismísima Tritia, te aseguro que lo conseguiremos.

Cyinder suspiró sonriendo un poquito. Las lágrimas cesaron y luego, sin poder enfadarse ni un solo minuto, se abrazó a todas fuertemente.

—¿Y qué idea se le ha ocurrido esta vez a la señorita nemhirie? —preguntó Aurige con una media sonrisa—. ¿Disfrazarnos de pixis y entrar por la cerradura de la sala del tesoro?

—No es mala idea —contestó Laila, pensativa, ante el susto de las otras—, pero se me ha ocurrido algo mejor. Todas la miraron, expectantes.

—Vamos a rescatar a Atlantia —dijo con los ojos brillantes.

—¿Por qué? —exclamó Aurige, sorprendida.

—Porque nos puede ayudar. Tiene una deuda de vida conmigo y además, aunque nos pese, ella es una Acuarïe. Y el gremio de Acuarïe siempre gana.

19
La torre de Örgothil

La extraña caravana estaba a punto de partir. Cientos de Akshaïrs iban y venían, nadando por entre las docenas de esferas que se agolpaban en el paseo de las columnas. Los escualos humanos unían las burbujas amarillentas como si fueran ristras de perlas. De vez en cuando se divertían golpeando las paredes de las prisiones con crueldad, amedrentando a los aterrorizados cautivos, enseñándoles los dientes puntiagudos como si tuviesen intenciones de devorarlos.

Laila observó a un grupo de humanos aterrorizados. Los Akshaïrs se ensañaban especialmente con ellos, simulando romper las esferas de aire, y se llevaban las espadas al cuello señalando que los degollarían sin piedad.

Por fin apareció Lady Angaïl saliendo del castillo. No había tenido aún tiempo de quitarse la máscara por la furia y las ganas de marcharse de allí. Sus modales rígidos demostraban el gran disgusto que tenía, y golpeó a varios escualos salvajemente antes de partir sobre su dragón.

Espoleó a Udronsanthïl con furia y la caravana se puso en marcha. Los Akshaïrs arrastraron grandes cadenas de metal y algas trenzadas, levantando las raras esferas que flotaron en el agua. Las ristras de burbujas se movieron lentamente y los prisioneros se tambalearon dentro de ellas, con las caras desfiguradas por los gritos silenciosos que daban.

Las cuatro siguieron a la comitiva despacio, tratando en todo momento de no llamar la atención de los tenebrosos guardianes. Desde la distancia apenas eran sombras borrosas nadando a ras de suelo, y seguir el rastro de los dragones y los Akshaïrs les resultó bastante sencillo.

Dejaron atrás la ciudad de Cantáride, cruzando por extensas planicies y montes de dunas, agrupaciones rocosas y selvas de corales, siempre en dirección a las tres torres sumergidas. Después de tanto tiempo las máscaras comenzaron a tener dificultades para transformar el agua, y pronto una película de sudor se les adhirió a la piel. Eso y el cansancio les hicieron sentir como si hubiesen recorrido un camino largísimo, hasta que por fin, en la distancia, aparecieron los contornos oscuros de las tres torres, y poco a poco, las luces de la extraña estructura de burbujas de cristales amarillos, enganchadas unas a otras como los hilos de capullos de gusanos de seda.

La caravana aminoró la marcha hasta detenerse en la base de aquellos dedos de piedra que llegaban hasta la lejana superficie. Los Akshaïrs arrastraron las ristras de prisioneros hasta el interior de aquella caverna que antes les había llenado de temor. Lady Angaïl y los dragones entraron detrás hasta desaparecer en las profundidades de la gruta. La arena que se había levantado del fondo terroso se fue aposentando de nuevo y las cuatro permanecieron escondidas hasta que tuvieron la completa

seguridad de que nadie aparecía súbitamente por los alrededores.

Se acercaron despacio, conteniendo el aliento. El agua era extremadamente fría y oscura, y una sensación de ser vigiladas las asaltó de repente. Sobre sus cabezas las misteriosas estructuras de cristal brillaban indiferentes, lanzando destellos apagados que se difuminaban en la inmensidad azul, y un único camino, negro y siniestro como la boca del lobo, se abría ante ellas. Laila sintió que se le ponían los pelos de punta al cruzar el umbral.

Aurige se adentró tomando la iniciativa y las otras la siguieron despacio. Inmediatamente la oscuridad las envolvió, y nadaron sin saber en qué dirección iban, sin tocar paredes ni tener formas por las que guiarse. De repente se escuchó un susurro maligno que habló en una lengua imposible de pronunciar con una garganta normal. El agua pareció partirse en dos con un *crack* y un estallido de luz las cegó durante unos instantes.

Cuando Laila recuperó la visión sintió que el corazón se le salía por la boca.

Delante de ellas, sentados tranquilamente sobre sus patas, los tres dragones las estaban esperando. Las miraban con aquellos ojos llenos de carbones encendidos, y un brillo de diversión destelló en sus pupilas rasgadas. Udronsanthïl abrió las fauces y soltó un chorro de vapor incandescente. Las cuatro amigas dieron un respingo y se apretujaron. El solo hecho de mirarlos infundía pánico, pero era aún peor comprobar que sus zarpas estaban tan cerca que era imposible apartar la vista de ellas.

—¡Bienvenidas a Ålisenthel! —tronó la voz cavernosa del dragón dentro de sus cabezas.

—Sabíamos que vendríais —siseó otra voz serpentina—. Claro que sí, ¿verdad, hermanos?

—Verdad —confirmó el tercer dragón con maligna alegría. Abrió la mandíbula y enseñó sus colmillos—. Y yo me pregunto… ¿qué querrán de nosotros estas cuatro maripositas?

Laila sintió náuseas por el terror. La mirada se le quedó prendida en los dientes del dragón y por un momento creyó que sería capaz de contarlos. Sus amigas permanecían igual de aterradas, incapaces de mover ni un solo músculo.

—No pueden hablar en el agua —siseó el segundo dragón con un guiño.

—Ah, es cierto, hermano Kidrolebh —rió Udronsanthïl—. Menos mal que eso tiene fácil arreglo.

Abrió las fauces con ferocidad y por un momento Laila vio venir la muerte. Entonces aulló unas palabras guturales y el agua comenzó a apartarse a su alrededor, separándose hacia las paredes de roca hasta formar un enorme espacio de aire que los envolvió a todos. De inmediato el aliento caliente y apestoso las rodeó y el dragón levantó una uña indicando que se quitasen las máscaras.

Aurige se arrancó la suya de golpe. Sus ojos brillaban llenos de orgullo.

—¡Dejadnos pasar de inmediato! —exclamó con ferocidad intentando ocultar una nota de miedo.

—¡Ah, las lunarïes! —susurró Udronsanthïl poniendo los ojos en blanco—. Siempre tan correosas.

El dragón se relamió chasqueando la lengua.

—¿Y qué quieren estas ratoncitas de Lady Angaïl y de Ålisenthel? —preguntó el tercer dragón con amable voz de falsete.

—¿Lady Angaïl? —fingió Aurige su sorpresa—. ¿Y esa quién es?

Udronsanthïl rugió con rabia y todas dieron un paso hacia atrás. Laila tenía la carne de gallina bajo su traje.

—Las mentiras son a las lunarïes como las uñas a la carne —parafraseó el tercer dragón—. No se pueden separar sin un dolor extremo.

—No nos mintáis, maripositas —dijo el dragón llamado Kidrolebh.

Las cuatro notaron que aquello no era un consejo generoso, sino una peligrosa advertencia.

—Venimos a rescatar a una Acuarïe —se atrevió a decir Nimphia, maravillada ante aquellos seres grandiosos.

—¡No es posible! —dijo Udronsanthïl incrédulo. Por un momento pareció desanimarse exageradamente—. ¿No venís a matar a Angaïl?

Todas negaron con la cabeza despacio. Aquello parecía una pregunta trampa.

—No puedo creer que vengan a salvar a una Acuarïe —terció Kidrolebh arrugando su cara como si estuviese pensando—. Y menos aún que lo haga una ithirïe.

—¡Cierto! —rió el tercer dragón—. No son más que mentiras. ¡Vamos a comérnoslas!

—¡Espera! —exclamó el otro frenando el avance de su cuello lleno de escamas. Las cuatro suspiraron de alivio y Cyinder se secó el sudor de la frente—. Podría ser divertido conocer sus planes, ¿no, hermanos?

—¡Oh, sí! —exclamó Udronsanthïl con rabiosa alegría—. Buena idea, Kidrolebh.

Luego se dirigió a las cuatro levantando su cabeza hacia las alturas.

—Contadnos vuestros proyectos —exigió—. Si lo que decís nos agrada a Kidrolebh, a Meësh y a mí, quizás os dejemos vivir. Si no…

Por increíble que pareciese, los dragones comenzaron a reírse con una risa que helaba la sangre.

—Veamos —susurró el dragón llamado Meësh, preguntando al aire como si empezase un juego de adivinanzas—, ¿para qué queréis salvar a una Acuarïe?

Todas permanecieron en silencio. Aquello les parecía absurdo.

—¡Responded! —rugió Udronsanthïl demostrando que no estaba de broma.

—Nos ayudará a entrar en la cámara del tesoro del palacio —dijo Laila con una

vocecita histérica.

Los dragones la observaron un momento y luego se miraron entre sí con complicidad.

—¡Aahh! Eso lo explica casi todo —habló Kidrolebh.

—Claro, el Grano de Solarïe —comentó Udronsanthïl encajando las piezas.

Ellas asintieron mecánicamente.

—Lo hacemos para salvar Solarïe —añadió Cyinder con la esperanza de ablandar a los dragones—. Nunca hemos tenido la intención de robar a la reina Tritia.

—¡Y eso qué nos importa a nosotros! —gruñó Meësh, y Cyinder cerró la boca como si la hubiesen abofeteado.

—Calma, calma —pidió Udronsanthïl haciendo de juez—. Calma, hermano. ¿No ves que la pobrecita se ha quedado sin casita? Solarïe está muerto. La mariposita quiere salvar lo que queda y pedir un deseo, ¿no es así?

Cyinder levantó una mirada cargada de furia y apretó las manos.

—Y si permitimos que la Acuarïe os ayude, ¿quién sale perdiendo? —inquirió Meësh.

Ellas se miraron dudosas. Nunca se habían parado a pensar que alguien tuviese algo que perder si Solarïe se salvaba, y les pareció que la pregunta tenía muchos significados ocultos.

—Tritia —aventuró Nimphia.

—Bah —bostezó Udronsanthïl—. Lo único que ella pierde es su tiempo. No tiene verdadero interés.

—Maeve —susurró Aurige, más preocupada por tirar de la lengua a los dragones que por la respuesta.

Los tres se volvieron hacia ella y se quedaron mirándola.

Luego parecieron encerrarse en sí mismos. Les brillaban los ojos, pero no dijeron una palabra.

—No tiene sentido —dijo por fin Kidrolebh—. La respuesta no nos convence.

El miedo volvió a sus estómagos y una sensación de estar siendo manejadas como marionetas las invadió.

—Bueno, calma, otra oportunidad —terció Meësh, que era el que parecía tener más ganas de devorarlas—. ¿Cómo habéis regresado los ithirïes a Ïalanthilïan?

Laila se quedó muda. El color desapareció de sus mejillas sudorosas sin saber qué responder.

—¡Buena pregunta! —festejó Udronsanthïl—. Sí. ¿Cuántos sois y cómo habéis evitado la maldición?

—¿Qué maldición? —preguntó Aurige.

Los tres dragones no respondieron. Se miraron entre sí leyéndose el pensamiento y sonrieron.

—Entonces, ¿aún no ha llegado la reina Serpiente? —quiso saber Kidrolebh.

Aquel diálogo cada vez resultaba más confuso y sorprendente. El nombre de la reina Serpiente ya lo habían oído con anterioridad. Laila recordó que fue en Solarle, en el Concilio de las Reinas.

—¡Contesta, ithirïe! —bramó Udronsanthïl.

—No… no lo sé —balbuceó Laila aterrorizada —. No sé de qué me habláis…

—Es curioso —meditó Meësh—, parece sincera.

—Sorprendente.

—Divertido.

—Apasionante —concluyó Udronsanthïl la retahíla de adjetivos—. ¡Y no tiene alas! Esto podría tener relación con el asunto del Grano de Solarïe.

—¡Ooohh! —exclamó Meësh con satisfacción—. Si eso fuera cierto, querido hermano Udronsanthïl, solo podría significar una cosa…

El otro dragón movió la cabeza sonriendo con alegría insana.

—Y si las dejamos recuperar su tesoro, ¿el resultado final será bueno o malo?

Los tres se pusieron a pensar un buen rato. Parecían calcular jugadas misteriosas en un gran tablero de ajedrez.

—Será bueno —respondió por fin Udronsanthïl—. Bueno para nosotros.

Se miraron con los ojos entrecerrados, y el viejo dragón se encaró con ellas.

—De acuerdo —accedió por fin—. Os dejamos pasar. Es más, os ayudaremos… con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Aurige de inmediato.

—La mariposita medio Ithirïe debe relatarnos los versos de un pequeño poema que nos encanta y que nadie ha dicho en miles de años…

—¡Un poema! —Laila estaba tan aturdida por aquello que no daba crédito.

—¡Nos gusta mucho! —añadió Kidrolebh estirando su cuello con salvaje alegría.

—Y los versos son muy sencillos —habló Meësh con malignidad—. Solo tiene que repetirlos mientras nosotros se lo vamos diciendo.

Laila dudó. Ponerse a recitar poesía a tres dragones le parecía una locura.

—¡Yo lo haré! —dijo Nimphia leyendo la duda en su cara.

—¡No! —rugieron los tres dragones a la vez y Nimphia dio un paso atrás.

—¡Tiene que ser ella! —bramó Udronsanthïl enseñando los colmillos—. Si no es así os usaremos como palillos para limpiarnos los dientes.

Levantó una zarpa dispuesto a aplastarlas.

—¡De acuerdo! —gritó Laila muerta de miedo—. Lo haré. Por favor…, por favor… no os enfadéis.

—¡Bien dicho! —contestó el dragón volviendo a poner su pata en el suelo.

Miró a sus compañeros con expresión triunfante y luego se volvió hacia la muchacha.

—Repite conmigo:

Sobre el viento de los siglos…
Sobre el fuego de la codicia…
Sobre la luna y los soles…
Más allá de las aguas traicioneras…
Mi canto es sincero y mi deseo es puro…
Yo reclamo ante los dioses el regreso de Ithirïe.

Laila repitió cada verso hasta el final. El poema no tenía rima ni consonancia alguna, pero la espalda le empezó a doler terriblemente. Con cada frase, sentía una fuerza extraña que se podía cortar con una navaja, llenando el aire de la caverna. Presintió que aquello estaba terriblemente mal. No sabía por qué, pero no le gustaba nada lo que estaba recitando. Antes de susurrar la última frase se quedó un momento en silencio: «…Yo reclamo ante los dioses el regreso de Ithirïe…». Algo le decía que no debía terminar el poema, que aquello era una trampa, pero por otro lado… ¿acaso no deseaba ver a aquellos que habían sido tachados de traidores? ¿No deseaba ver a su madre y exigirle explicaciones? Aquel deseo se coló en su mente y se enroscó como una culebra. Laila sintió que no era capaz de pensar en otra cosa que en el regreso de los Ithirïes y el dolor de su espalda se intensificó. Inspiró aire profundamente y abrió los labios. La última frase del poema salió sola de su boca, y sonó como un grito desesperado que retumbó por la caverna.

Laila se tapó los labios, sorprendida. No ocurrió nada, pero el dolor de la espalda desapareció. Los dragones parecieron suspirar expulsando pequeñas riadas de vapor.

—¡Está hecho, hermanos! —aulló Udronsanthïl con un rugido triunfante.

Y todos empezaron a reír con gruñidos sobrenaturales.

—¿Qué has dicho? —cuchicheó Nimphia, asustada.

Laila levantó los hombros sin saber qué responder.

—Bien, maripositas —tronó la voz del dragón—. Habéis conseguido convencernos. Podéis pasar a Ålisenthel.

Las cuatro miraron atónitas el rostro orgulloso de los dragones. Aquellos seres se apartaron dejando ver un pequeño pasadizo excavado en la roca, que se internaba en la oscuridad. Entonces el agua se abatió sobre ellas y la burbuja de aire desapareció. Manotearon frenéticas para ajustarse las máscaras sobre la cara y la marea las envolvió arrastrándolas hacia el techo de la cueva. Bracearon con fuerza intentando recuperar el equilibrio en medio de la asfixia momentánea, escuchando dentro de sus cabezas las risas de los dragones que se perdían en la distancia.

Bucearon por el corredor sin querer mirar atrás hasta que se sintieron seguras fuera del alcance que aquellos seres. El pasadizo comenzó a subir, y de golpe

apareció una luz amarilla al final. Se acercaron despacio, tanteando las paredes, hasta llegar al umbral de una enorme burbuja de cristal, tan grande como un hangar, donde las pequeñas esferas de prisioneros se disponían en grupos separados.

Lady Angaïl les daba la espalda, moviéndose entre los cautivos escoltada por varios Akshaïrs, inspeccionando el contenido de cada una de las esferas. Luego indicaba a los guardianes diferentes pasadizos por donde se los llevaban de uno en uno.

Atlantia estaba allí en medio, postrada en el suelo sin querer mirar hacia ningún sitio. Angaïl terminó su ronda y se volvió hacia ella. Entonces Laila dio un respingo y se agarró a la mano de Nimphia, que también se había quedado paralizada.

El rostro de aquella Acuarïe era horrible. Estaba deformado por una delgadez extrema como si fuese un cadáver, con unos ojos estrechos y amarillos que se le separaban hacia las sienes dándole un aspecto de reptil. De su cabeza nacían mechones ralos de pelos grises y azulados, y sus finos labios sonreían con crueldad. Lo único que le faltaba era sacar una lengua bífida por entre los dientes.

Gritó algo incomprensible dentro del agua y Atlantia negó temblando. Lady Angaïl la golpeó con furia y luego varios Akshaïrs la arrastraron hacia el interior de otro túnel. Momentos después aquella serpiente de Acuarïe terminaba de decidir el destino de sus prisioneros y abandonaba el hangar seguida por sus sirvientes.

La gran nave se quedó vacía y las cuatro salieron cuidadosamente de su escondrijo inspeccionando la sala. Más allá de las grandes cristaleras amarillentas se podían ver otras pequeñas esferas de cristal conectadas entre sí por galerías tan finas como los hilos de seda de una telaraña, y todas se enganchaban a las paredes de las tres torres blancas formando una estructura inquietante.

Alcanzaron la entrada del túnel por donde se habían llevado a Atlantia, y nadaron a través del corredor que conectaba con otras tantas burbujas. De repente, la galería se bifurcó en dos ramales, y todas se miraron indecisas. Los pasadizos terminaban en luces distantes, y eligieron uno de ellos por puro azar. Llegaron a otra sala acristalada de dimensiones más reducidas, llena de cámaras donde los Akshaïrs estaban metiendo las burbujas de prisioneros nemhiries en cada una de ellas. Cuando todos estuvieron encerrados, un grupo de acuarïes vestidas con túnicas plomizas entró en la sala e inspeccionó el contenido de cada habitáculo.

Laila observó la cara de pánico de aquellos humanos, lejos de su mundo sin saber dónde se hallaban ni qué se estaba haciendo con ellos. Una de las extrañas sacerdotisas accionó los instrumentos de un pequeño panel de control, y de repente las cámaras se llenaron de un gas verdoso que los envolvió por completo. Cuando el humo desapareció, vieron cómo los nemhiries tosían y jadeaban. Uno de ellos, el más cercano a las cuatro amigas, comenzó a tener pequeñas convulsiones. De pronto se encogió como si le hubiesen golpeado y se llevó las manos a la cara, que empezaba a

temblarle y a cambiar de forma.

Laila, espantada, desvió la mirada. La boca del hombre se ensanchó y comenzaron a salirle ristras de dientes puntiagudos. El cuerpo se le llenó de escamas mientras aullaba de dolor. Poco a poco el resto de las cámaras ofrecieron la misma imagen, y todos los nemhiries se transformaron en Akshaïrs en un espectáculo horripilante. Las acuarïes permanecían impasibles y la sacerdotisa accionó otro botón. De inmediato el agua penetró en los nichos, y los desgraciados prisioneros, que perdieron la consciencia, flotaron como peces moribundos.

Laila sintió que tiraban de su mano. Era Nimphia, que le indicaba que iban a salir de allí, pero la muchacha no podía hacer ni un movimiento. La rabia y el asco la estaban consumiendo, y lo único que deseaba era atacar a las sacerdotisas y destruir aquel laboratorio del terror. Un nuevo tirón la obligó a salir de sus pensamientos, y apretó las manos con furia antes de volver al corredor.

Llegaron de nuevo a la bifurcación y tomaron la segunda galería. Al final, el túnel llegaba a un laboratorio más grande, lleno de cámaras de tortura con multitud de instrumentos: redomas, elevadores con sistemas de poleas, calderos por donde burbujeaban líquidos espesos que no se mezclaban con el agua…

Atlantia estaba en medio de aquella sala rodeada de varias burbujas con hadas de distintos reinos. Laila notó que había un mayor número de solarles que de otras razas, seguramente porque al huir de Solandis acabaron por desgracia, y sin saber cómo, en manos de aquella bruja del mar.

Aurige salió del conducto y buceó rápidamente hasta quedar oculta tras uno de los gruesos calderos. Algunos Akshaïrs que debían vigilar la zona estaban distraídos amenazando con sus armas a los prisioneros, metían sus espadas dentro de las esferas, lo que les obligaba a apartarse y a encogerse para no ser atravesados. Las demás también se atrevieron a abandonar las sombras de la galería y llegaron junto a Aurige, que no perdía detalle de todo lo que pasaba.

Al poco rato apareció Lady Angaïl acompañada de otro séquito de acuarïes, vestidas de sacerdotisas con túnicas gruesas, guantes y vendajes hasta el cuello. Todas tenían un aspecto siniestro, como Lady Angaïl, con un rostro deforme y cruel que parecía reír eternamente. Alrededor del cuello lucía un único colgante con una gran aguamarina, y el resto de su cuerpo estaba enfundado también en aquellas ropas que parecían harapos.

Varias ruedas dentadas se pusieron en marcha y unos garfios levantaron las burbujas de prisioneros introduciéndolos en las cámaras de cristal. Desde fuera pudieron ver a varias solarles aterrorizadas que se ponían de pie lentamente y tanteaban las paredes de su prisión. Iban a asistir de nuevo a la conversión de aquellos desdichados en espantosos Akshaïrs.

Atlantia lo miraba todo con el rostro descompuesto, y de repente, una de las

sacerdotisas la agarró por un brazo y le inyectó una sustancia de color rojizo. La chica aulló convulsionándose de dolor y miedo, pero todo fue inútil. Dos Akshaïrs la arrastraron hacia el interior de una cámara llena de agua.

Lady Angaïl sonrió con fatiga y accionó varios botones y resortes de otro panel lleno de instrumentos que estaba a su lado. Las cámaras de las hadas se llenaron de gas amarillento y todas empezaron a toser y a jadear igual que los nemhiries. Laila vio espantada cómo las preciosas alas comenzaban a resquebrajarse. El humo era espeso y apenas dejaba ver nada, pero pudo comprobar que las solarles habían caído al suelo, inconscientes o quizás muertas.

Mientras aquella pesadilla tenía lugar ante los ojos despiadados de Lady Angaïl, el agua de la cámara de Atlantia cambió de color como si un calamar hubiese expulsado dentro su bolsa de tinta. La muchacha miró alrededor de su cuerpo sin comprender y luego siguió las evoluciones de las otras prisioneras. De repente la mano de una de las solarles golpeó el cristal con fuerza y todas vieron que aquel brazo dorado perdía su forma, volviéndose blanco y carnoso. El humo gaseoso seguía sin dejar ver qué ocurría dentro, pero la carne se llenó de ventosas y la mano se convirtió en el extremo de un tentáculo gigante.

Laila intentó llevarse una mano a la boca, pero tropezó con la superficie de su máscara, y sintió el corazón palpitándole desbocado. Iba a cerrar los ojos, pero vio una intensa luz brillante que la hizo sobrecogerse.

A su lado, Cyinder, con el rostro oculto tras la máscara, sostenía en su mano una bola de luz incandescente que chirriaba de energía dentro del agua. Aurige intentó detenerla, pero en el momento en que otra cámara se llenó de tentáculos, la muchacha salió de detrás del caldero mientras la esfera crecía hasta hacerse cegadora.

Lady Angaïl, las sacerdotisas y los Akshaïrs se giraron hacia ella al unísono, completamente boquiabiertas. Antes de que la horrible Acuarïe pudiese pronunciar una sola palabra, Cyinder lanzó su bola contra ella, y Lady Angaïl se encogió protegiéndose el rostro del impacto de luz. Hubo un gran estallido, y Aurige salió de su escondrijo seguida de Laila y Nimphia.

La Acuarïe se convulsionó mientras su rostro de serpiente se secaba como una momia, pero tuvo fuerzas para gritar algo que sonó como un chirrido agudo, y de inmediato varias puertas se abrieron y comenzaron a entrar decenas de escualos humanos. Los Akshaïrs se agruparon de inmediato sacando espadas y sables de cada recoveco de sus armaduras. Cyinder no se amedrentó e hizo aparecer dos esferas más que al momento lanzó, impactando contra ellos.

Cientos de dagas y cuchillos volaron cortando el agua. Sin tiempo para pensar en lo que hacía, Laila extendió su mano de manera automática mientras sentía otra vez aquel cosquilleo en la espalda. Los cuchillos se detuvieron en seco y cayeron lentamente al suelo del laboratorio.

En las manos de la lunarïe surgieron aspas de luz negra zumbando hacia la primera línea de Akshaïrs, que se acercaban mostrando sus dientes. Varias hélices solo arañaron la superficie de sus gruesas armaduras, pero muchas los hirieron haciendo grandes cortes y tajos de los que empezó a manar sangre. El agua se tiñó de negro.

Los Akshaïrs detuvieron su ataque y parecieron pensárselo mejor. Aquellas no eran hadas estúpidas que se asustaban con tan solo sacar una espada. Más escualos seguían entrando por todas las galerías, y pronto pudieron reorganizarse. En ese momento Lady Angaïl se revolvió en el suelo con los ojos llenos de furia, y con sus dedos tanteó la puerta de una de las cámaras hasta que dio con un pequeño resorte. Lo apretó con fuerza y se apartó enseguida. El agua inundó la cámara abierta, y cientos de tentáculos salieron de entre los cristales, palpando los bordes mientras la criatura del interior advertía el movimiento a su alrededor, y el sabor de la sangre de los Akshaïrs despertó su hambre.

Las cuatro observaron la masa de tentáculos del monstruo con pavor, y Aurige desencadenó una nueva tormenta de aspas negras que volaron por todo el laboratorio, cercenando todo aquello que encontraba a su paso. Las sacerdotisas habían huido presas del pánico, y Atlantia lo contemplaba todo aterrorizada, con las manos pegadas al cristal. Uno de los tentáculos se deslizaba sinuosamente por la superficie de su cámara, y entonces una nueva bolsita de sustancia volvió a teñir el interior del habitáculo. La Acuarïe pareció resentirse con aquel color y empezó a frotarse la piel, como si le picara.

Al lado de Laila, Cyinder y Nimphia parecían haberse puesto de acuerdo, y el hada del aire se sumió en una profunda concentración. Abrió sus manos y el agua comenzó a separarse de ella dejando un pasillo de aire seco que llegaba hasta la misma criatura, que había logrado formar un ojo y una enorme boca llena de dientes en medio de la masa de carne. Entonces la Solarïe descargó una gigantesca bola de luz que voló por aquel corredor hasta que explotó directamente en medio de los tentáculos. El monstruo se encogió de dolor y varios pedazos quemados saltaron por el aire. Al momento el agua volvió a invadirlo todo, y Nimphia se desmayó, exhausta.

Al ver aquello, Lady Angaïl gateó desesperadamente, alcanzó una de las salidas, y empujó frenéticamente a los guardianes escualos, que no paraban de entrar. Los Akshaïrs creyeron que el engendro estaba muerto y se enfrentaron a las cuatro chicas con sonrisas victoriosas. Aurige intentó enredar a varios de ellos con una gigantesca tela de araña y Cyinder, que comenzaba a resentirse por el esfuerzo, envió una salva de dardos luminosos que apenas hizo mella en los guardianes.

De repente una furia de tentáculos salió de golpe de la cámara de cristal y atrapó a varios Akshaïrs, cogiéndoles por sorpresa. Los guardianes se revolvieron intentando clavar sus espadas en el monstruo enfurecido, pero varios de ellos desaparecieron en

el interior del cubículo lanzando chillidos de pánico.

Viendo que el engendro apenas se resentía, los escualos dejaron de luchar y comenzaron a huir en todas direcciones, aplastándose unos contra otros en un intento por escapar por las puertas que daban a los corredores acristalados. El caos se hizo indescriptible ante la desbandada. El monstruo devoraba todo lo que encontraba a su paso arrasando con los instrumentos del laboratorio, derribando mesas con cientos de redomas y frascos llenos de pociones, destruyendo el trabajo de miles de años de investigaciones perversas llevadas a cabo por Lady Angaïl y sus siniestras sacerdotisas.

Las aspas de luz negra volaban clavándose en la carne llena de ventosas del engendro, pero uno de los tentáculos recorrió el suelo y se enroscó en la pierna de Laila tirando de ella. La muchacha cayó al suelo aterrorizada, y en ese momento, Cyinder, incapaz de pronunciar ni un solo hechizo más, cogió una de las espadas de los Akshaïrs y cercenó violentamente el tentáculo que la aprisionaba. Aurige vio que aquella solución era más efectiva que sus aspas y de inmediato se apoderó de dos sables curvos y se enfrentó al monstruo con un arma en cada mano.

Laila, que tenía una fe ciega en su amiga lunarïe, pensó que estaban a salvo, pero enseguida se dio cuenta de que los cristales de las otras cámaras estaban a punto de estallar, y lo que había en su interior luchaba por salir rápidamente.

Lady Angaïl nadó con fuerza dejando atrás su laboratorio hecho añicos. La furia y el miedo la consumían, y todavía no era capaz de comprender cómo habían entrado allí aquellas desconocidas. Quizás era una jugada de Tritia, que quería destruirla para no cumplir con el pacto que habían sellado. Sí, era una traición propia de ella. El odio y la venganza se adueñaron de su corazón y nublaron su entendimiento mientras buceaba hacia las cámaras superiores. Se tranquilizó cuando dejó de escuchar los gritos de los Akshaïrs, y pensó que a pesar de todo la jugada de la reina le había salido mal. Las desconocidas habían caído presas del engendro descontrolado y salvaje, y ahora tenía en su mano un motivo para revolverse contra la soberana de Acuarïe.

En las esferas más ocultas de su laboratorio, Lady Angaïl guardaba su pequeño ejército de creaciones, convenientemente preparados y adiestrados para cuando llegase el momento. Desde luego no solo había experimentado con acuarïes. Durante milenios, todos aquellos desdichados que cayeron en sus manos fueron sometidos a investigaciones más secretas, modificándolos a su antojo, y luego torturándolos hasta doblegarlos a sus deseos. Los seres nacidos de los solarles eran su último descubrimiento, pero arriba había otros peores, y ahora iba a liberarlos en aquella especie de golpe de suerte.

La furia que lanzaría contra Cantáride sería imparable y por fin terminaría el

servilismo hacia Tritia. Se acabarían las humillaciones y las amenazas. Un mes le había concedido la reina para lograr el cambio genético de las acuarïes y que pudiesen soportar la sal de los océanos nemhiries. ¡Un mes!

Lady Angaïl sonrió. En menos de ese periodo ella gobernaría todo el reino de Acuarïe y tendría tiempo para experimentar con agua salada. Ya sabía quien iba a ser la primera de sus conejillos de indias. La propia Tritia.

Lo único que fallaba en su nuevo plan era la aparición de las cuatro enviadas de Tritia. ¿Pero cómo habían podido sortear a sus dragones?

En ese momento un gran temblor tambaleó los cimientos de todo el laboratorio. La estructura entera pareció resentirse en medio de las tres torres blancas y Angaïl se quedó quieta un momento mirando hacia el exterior. Desde su pasadizo de cristal podía ver los tres edificios elevándose indiferentes hacia la superficie y de pronto, tres formas oscuras bajaron en picado desde las alturas lanzándose furiosamente contra todas las esferas de Ålisenthel.

Entonces obtuvo respuesta a su pregunta: ¡Los dragones la habían traicionado! Estaban destruyendo su preciado laboratorio sumergido sin ninguna compasión, y Lady Angaïl se debatía entre la furia que sentía contra aquellos traidores y el deseo de venganza contra Tritia, sin duda la artífice de todo aquel desastre. Nadó hacia la cúspide mientras las primeras galerías se soltaban de sus sujeciones y caían al fondo marino. En medio del seísmo sus sueños de invadir Cantáride desaparecieron, y solo quedó el instinto de supervivencia. Nadó hacia la burbuja más próxima cuando los cristales se rompían ya en miles de pedazos y toda la telaraña de esferas se deshacía, chocando entre sí o reventando contra los muros de las torres blancas.

Salió a la inmensidad del mar de Acuarïe justo cuando todo Ålisenthel se rompía y se desmembraba, y los dragones atacaban con alegría insana a los engendros ocultos sin darles tiempo a sobrevivir. Enferma de rabia, vio que todos sus experimentos de milenios se perdían en pocos minutos.

Entonces agarró su medallón con violencia y pronunció unas palabras. La aguamarina brilló y los tres dragones se quedaron paralizados en medio del ataque. Sus fauces se abrieron en un rictus de dolor y rugieron furiosos, pero al momento olvidaron el regocijo que habían sentido momentos atrás y se dirigieron nadando mansamente hacia ella mientras la piedra destellaba.

Aun sabiendo el doloroso castigo que le esperaba, Udronsanthïl, lleno de satisfacción, no pudo evitar sonreír. La muchacha medio Ithirïe había pronunciado las palabras adecuadas, completamente convencida. Ahora la guerra estaba próxima.

Cuando se produjo el primer temblor, la esfera de cristal del gran laboratorio se tambaleó. El engendro pareció encogerse y Laila aprovechó aquel momento de incertidumbre para sacar a Atlantia apretando el mismo botón que había visto a Lady

Angaïl pulsar en la cámara del monstruo. Había tentáculos cortados por todas partes, pero el engendro parecía no tener fin. Cuando los dragones se abalanzaron sobre la cúpula de cristal rompiéndola en miles de fragmentos, Atlantia, con la piel llena de quemaduras, intentó aprovechar la confusión para escapar hacia arriba. Poco después su cuerpo se desplomaba inerte en el suelo del laboratorio y Aurige meneaba la cabeza con alegría.

Udronsanthïl y sus hermanos hundieron sus garras en la carne fláccida del engendro y de los otros que ya habían logrado salir de sus prisiones, y pronto se enzarzaron en una lucha en la que los monstruos recién creados apenas tuvieron posibilidades.

Salieron de allí a toda prisa mientras las cúpulas de cristal caían una tras otra. Cientos de Akshaïrs se dispersaron en todas direcciones en el mismo momento en que una figura perdida en la negrura borrosa del océano hacía destellar en su cuello un colgante con una aguamarina.

❧ ❧ ❧

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Atlantia, temerosa, con un hilo de voz.

Todas se hallaban ya en el escondrijo del gremio de Acuarïe, dentro del cuerpo del coloso de piedra caído milenios atrás. El viaje de retorno había sido largo y penoso, arrastrando el cuerpo desvanecido de la Acuarïe. También ayudaron a Nimphia, que se fue recuperando poco a poco del gasto de energía mágica que le había costado su magnífico hechizo de aire en medio del agua.

Entraron por la boca del gigante, y Cyinder consiguió calentar los barrotes transversales que cerraban el paso de la garganta hacia la sala del gremio. Después los pateó con fuerza hasta que rompió las soldaduras. Dentro no había ninguna otra Acuarïe y Aurige chasqueó los dedos despertando a Atlantia de su sopor.

Al momento las miró aterrada, y Nimphia, restablecida, le indicó, señalándose la cara, que buscase una máscara Acuarïe. Atlantia nadó hacia uno de los bancos de piedra, donde había un pequeño cofre semioculto del que sacó una de aquellas caretas fantasmales.

De las manos de Nimphia surgió una burbuja de aire que creció hasta envolverlas a todas. El agua se apartó formando remolinos y Aurige obligó a la Acuarïe a permanecer junto a ellas. Nimphia se sentó en el suelo y se quitó su máscara, jadeando de cansancio.

—Cada vez te sale mejor —exclamó Aurige quitándose la suya.

Cyinder y Laila la imitaron, y Atlantia las reconoció sorprendida: sus enemigas del gremio de Solarle.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó atónita.

—Sorpresa, sorpresa —contestó Aurige con una sonrisa—. Vas a explicarnos

muchas cosas, Acuarïe, y si intentas escapar te dormiré de nuevo y te arrancaremos la máscara para que te asfixies, así que no dudes en intentarlo, porque para mí sería una gran satisfacción acabar contigo.

Atlantia miró a Aurige tras la máscara y vio que a pesar de su sonrisa, la lunarïe no estaba bromeando. Se sentó con los hombros hundidos en una de las sillas de piedra.

—Sabemos que has traicionado a tu gremio —la siguió acusando—, y has vendido el Grano de las Arenas de Solarle a Tritia a cambio de algo que también podría pasar por traicionar a toda tu gente.

—Pero…, ¡¿cómo lo sabéis?! —exclamó sorprendida.

—Eso no importa —habló Cyinder—. ¡Lo que cuenta es que mi mundo ha muerto y ese Grano, que nunca debió ser tuyo, es lo único que me queda para poder salvar Solarle!

Entonces, Atlantia lo comprendió todo de golpe.

—Yo no tengo la culpa —se defendió susurrando—. Gané el concurso en el último momento. Lo conseguí antes que la nemhirie sin hacer trampas, y me pertenece porque es el trofeo que la propia reina Hellia cedió. Si ella no hubiese sido tan inconsciente nada de esto habría…

—¡No te atrevas a hablar de mi madre! —gritó la solarle—. ¡Tú no sabes nada de ella, ni de nosotras!

La Acuarïe se encogió ante su furia. Cyinder estaba fuera de sí.

—Lo importante es que tienes una deuda conmigo —dijo entonces Laila, intentando calmar las cosas—. Te salvé la vida y ahora vas a ayudarnos a robar el Grano de la cámara del tesoro del palacio.

—¡No! —gritó Atlantia.

—¡Claro que sí! —la corrigió Aurige—. Vas a hacerlo, porque si no te prometo que te vas a reunir muy pronto con tus amigas que se quedaron en la Torre de Cálime.

—¡Es imposible entrar allí! —gimió—. Hay trampas insalvables, y un örgothil guarda la propia cámara del tesoro.

—¿Y tú cómo lo sabes? —siseó la lunarïe.

Atlantia tragó saliva y guardó silencio unos momentos.

—Entrar en la cámara del tesoro es el examen final de nuestro gremio —susurró enfadada por desvelar aquel secreto—. Casi todos los que lo intentan mueren víctimas de las trampas o del örgothil. Si consigues volver, nuestra profesora te hará una serie de preguntas acerca de lo que hay en el interior de la Torre del tesoro. Si contestas correctamente formarás parte del gremio de Acuarïe. Si no…

—¡Entonces tú sabes cómo llegar allí! —exclamó Cyinder, rebosante de satisfacción.

—Sí, pero nunca más volveré. Lo prometo, aunque tengáis que matarme.

—Claro que vendrás —replicó Aurige, tajante.

Atlantia se puso en pie con orgullo, y de golpe se arrancó la máscara dejando ver su rostro. Segundos después comenzó a jadear presa de la asfixia, pero tuvo el coraje de arrojar la máscara al suelo. Laila se lanzó contra ella en el momento en que la Acuarïe caía sobre la superficie de piedra agarrándose el cuello. Los ojos se le pusieron en blanco, pero la chica cogió la careta y se la incrustó en el rostro violentamente.

Al momento el agua comenzó a burbujear devolviéndole una respiración tranquila y acompasada. Atlantia abrió los ojos y la miró con odio.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió Aurige.

—No me das miedo, lunarïe —tosió la otra—, y no voy a volver allí nunca más. Ya sabes de lo que soy capaz.

Aurige apretó los puños con frustración.

—Al menos nos dirás cómo entrar —le dijo Laila ayudándola a levantarse.

Atlantia la miró de nuevo bajo la oscuridad de aquella porcelana blanca y fantasmal, y luego asintió. Volvió a sentarse en la silla de piedra e inspiró profundamente el agua que se filtraba por su nariz.

—El examen se realiza por parejas —reveló—. Lo habitual es hacer el recorrido desde el principio hasta el fin, es decir, intentar entrar en el palacio y desde allí buscar los pasadizos que conducen a la cámara del tesoro, la cual está dentro de una torre sumergida…

De repente pareció perderse en un recuerdo doloroso y permaneció en silencio un instante.

—Mi compañera de examen conocía una entrada alternativa que casi nadie más sabe —siguió—. Cerca del palacio se encuentran las cloacas de agua. Son dos grandes filtros por donde se purifica constantemente la corriente acuática que llena el palacio, manteniéndolo limpio en todo momento. Entrando por allí conseguimos evitar a los guardianes y el laberinto lleno de trampas donde casi todo el mundo muere. Una parte de esas cloacas está prácticamente abandonada y desde allí se accede a la cámara del tesoro…

—¡Entonces tu examen fue muy fácil! —exclamó Nimphia con cinismo.

—No será una trampa, ¿verdad? —preguntó Cyinder, desconfiada.

Atlantia negó con la cabeza.

—Las cloacas no tienen mayor dificultad. Lo importante viene después. La Torre del tesoro está inmersa en una enorme caverna sumergida, llena de cúmulos de pirañas —siguió explicando después de una pausa—. El olor de la sangre de sirenas las vuelve furiosas, y se abalanzarán sobre vosotras si…

—¿Tú crees que olemos a sirenas? —se burló Aurige.

Atlantia la miró con odio y se dirigió a Laila con intención de decirle algo más.

Entonces pareció pensárselo mejor y sonrió malignamente dentro de su máscara.

—¡Por supuesto que no oléis a sirenas! —exclamó con desdén—. Oléis igual que las ratas de tierra. No tendréis ningún problema con las pirañas.

—¿Y después de eso? —preguntó Nimphia, atemorizada.

—La Torre se ve inmediatamente. Está en medio de la caverna donde nadan las pirañas. Es una estructura de mármol con una puerta de oro en su base. Abrirla no cuesta mucho si habéis llegado hasta allí, pero dentro está el örgothil…

—¿Y eso qué es? —quiso saber Laila.

—No tiene forma. Es un ente que nada entre las columnas de tesoros y se esconde en los rincones más oscuros. Vencerle requiere una enorme fuerza de voluntad… que yo no conseguí —terminó con un suspiro casi inaudible.

Luego levantó la cabeza con orgullo.

—Pero desde luego logré sobrevivir y respondí a la pregunta del examen. Nuestro gremio es muy escaso por este motivo, pero desde luego, somos las mejores.

—¿Y tu amiga? —quiso saber Cyinder, intrigada por la historia.

Atlantia se perdió de nuevo en los recuerdos.

—¡Qué os importa! —gritó con rabia—. ¡Ninguna de las dos olíamos a sirenas!

Y cerró la boca dispuesta a no contar nada más. Laila miró a sus amigas y Nimphia sacó su reloj de tiempo.

—Ya no quedan ni dos horas —anunció.

—¡Vamonos! —exclamó Aurige ajustándose la máscara sobre la cara.

Todas la imitaron y Nimphia hizo desaparecer la burbuja de aire. De inmediato la masa de agua se cerró sobre ellas y Cyinder agarró a Atlantia de un brazo, obligándola a nadar con ellas hacia la garganta del gigantesco coloso de piedra antes de que pudiese escaparse.

Dejaron atrás los barrotes rotos y alcanzaron la descomunal boca llena de dientes. Aurige le indicó a la Acuarïe que las llevase hasta la entrada de las cloacas y ella se dirigió sin dudar hacia los muros posteriores del castillo. Cientos de Akshaïrs llegaban de todas partes, tan nerviosos y excitados ante lo ocurrido en Ålisenthel que apenas repararon en las cinco figuras que nadaban ocultándose por entre los bancos de coral.

Llegaron hasta el jardín de los hipocampos. Miles de pequeños caballitos de mar nadaban y bailaban entre las flores y las columnas, y entonces se dieron cuenta de que en una zona más alejada se concentraban muchos de aquellos seres. Cuando se acercaron, ocultas entre filamentos llenos de algas, descubrieron dos enormes trampillas redondas por las que salía una corriente de agua caliente. Además del cambio de temperatura, diminutos restos de desperdicios microscópicos fluían continuamente hacia el océano, y los hipocampos buscaban allí su comida sin tener que preocuparse.

Atlantia señaló las trampillas, y entre Aurige y Nimphia levantaron una de las dos grandes rejas removiendo una capa de légamo que se dispersó en el agua. Cyinder creó un pequeño sol luminoso y lo envió al interior de la cloaca para iluminarla. La Solarïe las miró a todas por un momento y entonces se metió dentro de aquel agujero. Nimphia la siguió y Aurige agarró a la Acuarïe para obligarla a entrar también. Atlantia se revolvió y pataleó furiosa, resbalándose de su mano como una serpiente y agarró a la lunarïe por el cuello. De inmediato Aurige comenzó a sentir que los labios se le agrietaban y la cara se le ponía seca.

Laila golpeó a la Acuarïe, que huyó perdiéndose en la distancia borrosa. Aurige tuvo la intención de perseguirla, pero Laila la retuvo y le indicó la trampilla abierta. Su amiga suspiró y varias burbujas salieron de la máscara. Luego se metieron en el pasadizo y la rejilla se cerró sobre ellas.

Avanzaron impulsándose con las manos sobre las paredes de roca. Iban contracorriente, y el agua parecía estar bastante limpia, aunque conforme se adentraban en los subterráneos del castillo se fue enturbiando y volviéndose más densa. Delante de ellas, Cyinder y Nimphia seguían el rastro de la luz amarilla, que cada vez iluminaba más pobremente una red de túneles que se extendía decenas de kilómetros.

En la primera bifurcación que encontraron todas dudaron un instante, pensando que cualquier desliz las haría perderse en aquel entramado de alcantarillas, pero Nimphia recordaba bien las palabras de Atlantia. Esta les había contado que la entrada hacia la cámara del tesoro estaba cerca de una galería de cloacas abandonadas. Así que el agua tendría que estar allí más sucia y estancada de lo normal. Con gran pesar abandonaron los túneles de agua limpia y se adentraron en los más sucios y oscuros.

Después de nadar un trayecto lleno de pasadizos alcanzaron un nuevo túnel al que llegaban muchos desperdicios. El sol de Cyinder apenas iluminaba más allá de unos palmos, y por entre sus piernas se arrastraban cosas vivas, sinuosas y desagradables, que no se atrevían a comprobar.

Las paredes llenas de moho y de suciedad se estrechaban peligrosamente, y después de entrar en un corredor aún más oscuro, Laila temió quedarse atascada allí dentro para siempre, y comenzó a angustiarse entre aquellas paredes claustrofóbicas. Avanzó a duras penas arañando la roca, y de repente una corriente de agua sucia la cogió por sorpresa y la arrastró junto con las otras hacia delante, deslizándose por un tobogán de lodo a gran velocidad, hasta que salieron a una gran cueva donde la porquería de cientos de años se acumulaba en una enorme piscina negra.

Se hundió de barro hasta la cintura, y sintió que estaba a punto de vomitar. Sus amigas se encontraban en la misma situación y hacían esfuerzos por arrastrarse sobre la superficie densa de aquella masa y poder sacar las piernas. Cuanto más se movían,

más se hundían y Laila pronto sintió el lodo a la altura del pecho. Miró hacia arriba por entre las nubéculas de fango volátil, hacia el sol amarillo que flotaba en medio del agua, cada vez más pequeño.

De pronto el sonido de un mecanismo retumbó en medio de la caverna y a varios chasquidos metálicos siguieron una cadena de acontecimientos inesperados: la piscina de barro se puso en movimiento, el lodo comenzó a hundirse girando en remolino y varios trozos de desperdicios desaparecieron, atraídos por aquella fuerza que se había puesto en marcha.

Laila, aterrorizada, braceaba y pataleaba por salir de aquellas tierras movedizas sin fondo. Nimphia había conseguido arrastrarse hacia un saliente, y sacó su cuerpo del lodo lleno de suciedad. Aurige ayudó a Cyinder, empujándola detrás de Nimphia, y luego se volvió para agarrar a Laila de una mano. Pero el remolino la había desplazado varios metros hacia el interior, y la muchacha ya estaba fuera de su alcance.

Las tres vieron con horror cómo la muchacha se debatía impotente en medio de la marea de légamo y desperdicios. La corriente iba a arrastrarla en pocos segundos hacia el fondo y Aurige creó una gran tela de araña justo encima de la cabeza de Laila. Los hilos de seda brillaron durante unos segundos y ella se agarró a las hebras pegajosas.

El torbellino tiraba de sus piernas hacia abajo, y la telaraña se combaba cada vez más. El barro le llegaba al filo de la máscara, y Laila sintió que ya no le quedaban fuerzas. Se iba a soltar sin remedio, y lo último que vio antes de cerrar los ojos fue a sus tres amigas, que gesticulaban desesperadas para que hiciese un último esfuerzo.

Entonces sintió que una mano tiraba de ella hacia arriba y la arrastraba con fuerza sacándola de aquella mugre. Su cuerpo pareció volverse más ligero, y siguió con la vista aquel brazo desnudo que acababa en un rostro con una masa de pelos azules y filamentosos.

Atlantia la condujo hasta el saliente donde estaban las otras, que habían seguido toda la escena y la aguardaban con los brazos abiertos. Laila se sentó sobre el suelo rocoso jadeando, y por un momento solo pudo mirar hacia el torbellino, que rugía tragándose los restos de desperdicios en los que había estado. Luego miró a su salvadora para agradecérselo, pero la Acuarïe se mantenía fría y distante.

Poco a poco las fuerzas le volvieron y se incorporó diciendo que estaba lista para continuar. A sus pies el remolino seguía moviéndose con más lentitud, como si supiese que ya no había víctimas dentro de él. Atlantia les indicó que la siguieran hacia una de las paredes más alejadas de la gruta. Allí había otro pequeño túnel por el que entraba una corriente de agua fría, y más allá, una luz celeste que parpadeaba al fondo. Nadaron en silencio, cada una perdida en profundos pensamientos, sin dejar de observar a la recién llegada y su extraño y valiente comportamiento.

El corredor desembocó de golpe en un inmenso espacio abierto, donde el agua tenía el mismo color que los mares poco profundos, de un celeste luminoso, y en medio de aquella grandiosa caverna, cuyas paredes se alejaban cientos de metros en todas direcciones, una torre de mármol blanco, tan reluciente que parecía un faro.

Laila la observó embelesada y cuando fue a dar una brazada más sintió la mano de Atlantia que la retenía. La Acuarïe le señalaba algo en su traje y ella se miró extrañada. El barro que la cubría tenía un color rojo oscuro que antes no habían podido detectar, y no se disolvía en la nueva masa de agua limpia. Aurige, Cyinder, Nimphia y ella estaban llenas de aquella sustancia hasta los cabellos, y solo Atlantia permanecía limpia, sin rastro de lodo.

Entonces lo comprendió de golpe. Aquello que las cubría, además de desperdicios, era sangre de sirena, y la probabilidad de alcanzar la torre si llegaban nubes de pirañas era absolutamente imposible. Todas observaron la torre impotentes y Laila miró a Atlantia como suplicándole que la ayudase una vez más, pero la Acuarïe negó con la cabeza.

De repente apareció un gran banco de peces acercándose desde la lejanía y todas permanecieron quietas. La nube de pirañas nadaba indiferente, errando por todo el espacio abierto, dando vueltas en un indolente paseo. Ninguna se movió, pero aquellos seres se detuvieron un instante, y el banco de pirañas entero se giró hacia ellas.

No tuvieron tiempo para nada más. El cúmulo grisáceo se lanzó sobre ellas a gran velocidad, y todas nadaron con rapidez hacia la torre de mármol, que parecía mirarlas con insolencia. No había más opciones, porque regresar al corredor que llevaba al remolino sería meterse en una trampa mortal. Solo quedaba la posibilidad de alcanzar, como fuese, la cámara del tesoro.

Nadaron con toda la fuerza de sus piernas, y aunque Atlantia las aventajaba, el terror les hizo volar dentro del agua.

Los peces se acercaban más rápido de lo que hubiesen imaginado. De pronto un nuevo banco de pirañas hizo su aparición delante de ellas y se abalanzó sobre las cinco chicas como una marea asesina.

Cyinder lanzó bolas y dardos de luz, pero los peces los esquivaban y se volvían a unir en una jauría furiosa y hambrienta. La torre estaba cerca, pero la masa de pirañas no parecía tener fin. Llegaban por todas partes dispuestas a rodearlas y acabar con ellas en segundos. Aurige envió cientos de aspas de luz negra que rompieron a muchas de ellas por la mitad, pero la marabunta, imparable, se devoraba entre sí con frenesí y volvía a la carga, arrasando con todo lo que encontraba a su paso.

Cuando la primera línea de pirañas las alcanzó, Laila sintió miles de pequeños mordiscos en su traje, que desgarraron el cuero hasta llegar a la piel. La visión se le enturbió, con miles de formas que aleteaban pegadas a su máscara, chocando contra

ella.

El dolor se hacía insoportable. Sentía pellizcos y heridas en las manos y en las piernas y vio a sus amigas luchando, lanzando bolas de luz y hélices negras, convulsionándose de terror en un esfuerzo desesperado por apartar a aquellas bestias, y dar una brazada más hacia la torre.

Y entonces, justo cuando abandonaba toda esperanza, la mente se le quedó en blanco y sintió una furia tremenda. La misma que había sentido la primera vez que se enfrentó a Aurige y a sus piedras, antes de toda aquella pesadilla. Aquella fuerza le recorrió la espalda y por un momento la vista se le puso roja, sin saber si era por el odio o por su propia sangre que salía de decenas de pequeñas heridas abiertas. Extendió su mano a la masa de pirañas y una onda de luz verde se abrió paso entre los peces.

Gritó dentro de la máscara y la luz explotó con violencia, haciendo que todas tuviesen que apartar la vista por el destello. Los bancos de peces comenzaron a vibrar y de repente, una tras otra, las pirañas explotaron convirtiéndose en pequeñas bolsas de arena.

Cientos, miles de pirañas se convertían en barro instantáneamente, y sus cuerpos arenosos se dispersaban en el agua de la enorme caverna creando nubes de arena que caían al fondo. Las explosiones siguieron sucediéndose, y Laila creyó que perdería el conocimiento justo cuando los últimos peces se deshacían en miles de granos, formando cúmulos densos y sucios como el humo de las chimeneas.

Cerró los ojos y se dejó arrastrar hacia el fondo sin fuerzas. Aurige la agarró de un brazo en el momento en que su mente se hundía hacia el olvido, y la zarandeó con fuerza hasta que ella parpadeó sin saber dónde estaba. Quiso decirle que la dejara dormir, que le permitiese deslizarse hacia el fondo y quedarse allí para siempre, pero la máscara se lo impidió y la lunarïe la arrastró hacia la torre de mármol.

Nimphia, Cyinder y Atlantia las seguían a toda velocidad. Alcanzaron la puertecita de oro y Nimphia sacó de un bolsillo de su traje destrozado una nueva ganzúa modificada y mejorada. La puerta tenía una cerradura redonda y la introdujo por ella dándole vueltas a unos pequeños cilindros que se ajustaron solos hasta que, con un pequeño temblor, la puerta se abrió.

Al fin el tesoro de Acuarïe estaba al alcance de sus manos. La puerta giró hacia dentro y Atlantia se quedó mirando la oscuridad con el rostro pálido y descompuesto. Nimphia la cogió amablemente de una mano, pero ella se soltó y negó con la cabeza. Les había guiado hasta allí, incluso había salvado la vida de aquella nemhirie tan rara y poderosa, pero no iba a entrar en la torre. El örgothil vivía allí dentro y las estaba esperando.

Negó firmemente una y otra vez, y fueron incapaces de convencerla para que entrase. Al final, Aurige levantó los hombros en señal de impotencia y cruzó las

puertas de la cámara del tesoro seguida por las otras.

El interior de aquella torre era grandioso. Cientos de columnas altísimas, labradas con filigranas, sostenían arcos y bóvedas de cristal hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Igual que en la Torre de Cálime, era más grande por dentro que por fuera, y todo el suelo estaba recubierto de montañas de tesoros: oro y piedras preciosas, cofres llenos de joyas, collares de perlas, rubíes, esmeraldas, diamantes…

Los cúmulos de tesoros subían por las columnas enterradas en oro, y en medio de la estancia, un gran pedestal sostenía una estatua de un hada de Acuarïe, blanca como la nieve, con sus membranosas alas extendidas, formadas por miles de cristales transparentes. En sus manos tenía una gran caracola cuajada de piedras preciosas de la que salía constantemente un fluido azul que se deshacía y se dispersaba.

Laila contempló aquel objeto maravillada. Sin duda era el tesoro sagrado de Acuarïe, y alzó una mano para tocarlo, pero Aurige la detuvo. Luego miró a su alrededor con desconfianza y ella la imitó. Allí dentro había algo vivo. Algo que se había despertado de su sueño eterno y las estaba espiando. Atlantia había dicho que era un örgothil, pero no les había explicado qué clase de peligro representaba, y la Acuarïe no había querido volver a entrar en aquella estancia.

Las montañas de oro y joyas brillaban por todas partes, y de repente el interior de la torre se volvió desagradable y amenazante. Algo se movía, invisible, haciendo tintinear las monedas y arrastrando las piedras preciosas por el suelo. A pesar del calor del agua, Laila sintió que se le ponía la carne de gallina.

Bucearon despacio con mucho cuidado, escrutando desconfiadas las estatuas de oro, los cofres cerrados y abiertos, las esferas mágicas llenas de humo que hacían ver cosas maravillosas, los cuernos de la abundancia, las diademas de piedras preciosas, los cetros, vestidos y joyas de reinas de otros tiempos…

Encontrar allí el Grano de las Arenas de Solarïe era como buscar una aguja en un pajar, y Cyinder creó un delator que al momento brilló y cruzó como una flecha toda la torre sumergida hasta detenerse frente a la estatua de una sirena, que estaba hecha con tal perfección que parecía que estaba viva.

Todas se acercaron a contemplarla y durante unos momentos no pudieron hacer otra cosa que admirar su perfección. Los ojos, dos aguamarinas perfectas, brillaban azules con un destello misterioso. El cuerpo estaba cubierto de collares de perlas y piedras preciosas, y en la cabeza, una corona negra con cinco piedras que parecían obsidiana, muertas y apagadas. En una mano llevaba un cetro de oro macizo y en la otra, con la palma extendida, el Grano de las Arenas de Solarïe.

Cyinder lo cogió y la perla se volvió brillante como el fuego ante el contacto de sus dedos. Lo levantó en señal de triunfo, pero sus amigas no le hacían caso: seguían mirando a la estatua de la sirena, hipnotizadas.

Laila miró a la Solarïe con desdén y fue a coger la corona negra para ponérsela,

pero Aurige le detuvo y le apartó el brazo extendido con violencia. Entonces la lunarïe acercó su mano a la corona y de repente Nimphia se interpuso entre ella y la estatua. Cyinder no sabía lo que ocurría, pero sus amigas estaban empezando a pelearse por una joya vieja y apagada, y cada vez con mayor agresividad.

Laila le dio un manotazo a Nimphia y cogió el cetro de oro, blandiéndolo como un mazo. Los ojos de la solarïe se desorbitaron cuando Aurige se preparó para lanzar cientos de aspas oscuras hacia sus amigas sin ningún motivo.

«Se han vuelto locas», pensó horrorizada.

Y entonces, por un momento, el rostro de la estatua se volvió hacia ella y sonrió con malignidad. Cyinder sintió que el corazón le palpitaba dolorosamente. Aquello debía ser el örgothil, e iba a hacer que sus amigas se matasen entre sí. Nimphia detuvo varias hélices mortíferas pero otras tantas le hirieron en los brazos y en las piernas. Una de las aspas abrió un pequeño surco en la máscara de Laila y el agua comenzó a invadirle el rostro lentamente. La muchacha contraatacó con una agresividad tan grande que parecía que todas estaban deseando acabar las unas con las otras.

Desesperada, Cyinder creó una gran bola luminosa y la lanzó contra la estatua. Ante el impacto, las tres se revolvieron y la miraron como si no la conociesen. Laila se dirigió hacia ella para golpearla, mientras el agua se filtraba peligrosamente llegando ya a la altura de sus labios.

Cyinder nadó a gran velocidad hacia la salida y las otras tres se olvidaron por un momento de la siniestra corona y se lanzaron en su persecución. Las aspas asesinas de Aurige pasaron justo a su lado, silbando junto a su oreja, y acabaron estrellándose contra las montañas de tesoros, mientras ella volaba hacia la puerta de oro. Ahora sabía lo que le había ocurrido a la amiga de Atlantia, pero si ella lograba salir y pedir ayuda a la Acuarïe, podrían acabar con esta locura.

La puerta comenzó a cerrarse despacio, y Cyinder se impulsó con sus últimas fuerzas atravesando la rendija. Una hélice negra salió disparada y se perdió en la inmensidad celeste, pero la Solarïe no se dio cuenta. Cientos de Akshaïrs la estaban esperando afuera, apuntándola con sus espadas. A pesar de la terrible sorpresa Cyinder rogó para que sus amigas pudiesen salir a tiempo de allí. Si se quedaban encerradas, el hechizo del örgothil acabaría con ellas.

Miró con pavor a los escualos humanos y cuando escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas hundió los hombros sin querer mirar atrás. De repente cientos de hélices negras volaron a su alrededor, estrellándose contra los guardianes y Cyinder se volvió, sobrecogida. Aurige, Laila y Nimphia estaban allí, impresionadas por la desagradable sorpresa, pero al parecer libres del örgothil y de su influjo. La puerta de la torre estaba cerrada y, persiguiéndola, sus amigas habían conseguido escapar de su horrible influencia.

La muchacha quiso abrazarlas pero la nueva perspectiva tenía muy poco de alegre, y los escualos, aún heridos, les indicaron con sus armas que no opusieran resistencia. Entraban por todos lados, y su número se hizo tan grande que todas comprendieron que había llegado el fin. Un akshaïr con un casco lleno de algas indicó que lo siguieran y nadó hacia arriba.

Laila iba a llorar. Recuperada la cordura, recordó que Cyinder había conseguido el Grano de Solarïe, pero ahora estaba todo perdido. Aun con el agua llegando a sus fosas nasales, buscó a Atlantia pensando que les había traicionado, pero la Acuarïe estaba allí, encadenada y vigilada por un grupo de Akshaïrs que la obligaban a nadar hacia las alturas.

La torre de mármol se oscureció, perdida en la distancia, y tras un trayecto largo y desesperante salieron a la superficie de un gran lago negro. Laila descubrió con sorpresa que el aire la rodeaba por todos lados y se quitó su máscara. Más allá, en la orilla del agua, la reina Tritia y toda su corte las estaban esperando.

Se encontraban en una sala inmensa y acristalada. Todas las sacerdotisas y damas de compañía de la reina llevaban puestas sus máscaras, y las miraban como espectros. Las sacaron a la fuerza del lago, y las acuarïes las obligaron a arrodillarse. A Atlantia le entregaron una máscara para que pudiese respirar y la empujaron a golpes contra las otras cuatro. Entonces les obligaron a mirar a la reina y les arrancaron las falsas máscaras, rompiéndolas en pedazos.

Tritia sonrió con sorpresa y satisfacción al reconocer a Cyinder, a Aurige y a Nimphia, pero cuando reparó en Laila, su rostro se puso blanco como la nieve.

—¡Una ithirïe…! —exclamó sin querer, perdiendo la compostura.

Se calmó mirando a la chica fijamente durante unos segundos. Se sumió en profundos pensamientos con los ojos entrecerrados y por fin se encogió de hombros como si hubiese resuelto todas sus dudas.

—¿Qué tenemos aquí? —exclamó con cínica alegría volviendo su mirada hacia las otras—. ¡La hija de Hellia robando en mi castillo! Y no solo ella, la hija de Titania y la de Zephira la acompañan.

—¡No hemos robado nada! —gritó Cyinder, rabiosa, poniéndose de pie—. Baja a tu torre y compruébalo tú misma. No falta nada de tu tesoro.

—De mi tesoro no, por supuesto, pero estoy casi segura de que mi última adquisición ha caído en vuestras manos, y no estoy dispuesta a consentir que cuatro mocosas, una además es una… una… traidora de ithirïe —dijo por fin con esfuerzo— vayan por ahí descubriendo mis pequeños secretos.

—Tú eres la única traidora —exclamó Aurige—. Sabemos todo lo de los experimentos en Ålisenthel y lo que quieres hacer, abandonando Ïalanthilïan…

—¡Razón de más para no dejaros salir con vida de aquí! —repuso Tritia—. Ya ha llegado a mis oídos el pequeño desastre de Lady Angaïl… ¡Bah, peor para ella! Con

el Grano de Solarle no la necesito para nada. Ahora devolvédmelo y seré piadosa. Os daré una muerte rápida, aquí mismo, en lugar de servir de diversión a mi pequeño örgothil.

—¡No lo tenemos! —contestó Aurige de inmediato—. No lo hemos encontrado.

La reina miró a Aurige con sorpresa.

—¿Me tomas por una idiota, lunarïe? Incluso vencida te las arreglas para insultar mi inteligencia. Eres igual que tu madre. Pero por supuesto que lo tenéis. Dádmelo ahora mismo o mis damas os lo arrebatarán por la fuerza.

Las cinco chicas permanecieron quietas y silenciosas, y la reina se enfureció. Varias acuarïes se acercaron y todas dieron un paso hacia atrás, llegando al borde del lago. Algunos Akshaïrs daban vueltas en él, dispuestos a lanzarse sobre la primera que cayese.

—Tengo una pequeña duda —dijo la reina mirándolas divertida—. ¿Cómo habéis entrado en Acuarïe? ¿Acaso ha sido esta traidora? —señaló a Atlantia con odio—. Todo mi reino está cerrado, y los solarles capturados solo rondaban por las inmediaciones. Nadie puede entrar aquí sin mi permiso.

No contestaron, y al ver su negativa la reina indicó a sus damas que las tirasen al lago.

—¡Esperad! —gritó Laila con el rostro descompuesto por el miedo—. He sido yo.

La reina se volvió hacia ella con interés.

—Tengo… tengo un libro que permite entrar en Acuarïe —balbuceó mientras Aurige le daba un codazo para que se callase.

La reina la miró, dudando de sus palabras. —¡Tráemelo enseguida! —exigió.

Laila dudó, pero al ver el rostro de Tritia se acercó lentamente por entre las sacerdotisas. Un solo gesto sospechoso y todas irían a parar a las fauces de los Akshaïrs. Llegó ante la reina y sacó de su traje lleno de mordeduras y de manchas de sangre el libro de las gemas. La reina se lo quitó de las manos con ansiedad, contempló cada una de las piedras, y luego abrió las páginas recorriendo los capítulos escritos.

—¡Por supuesto! —exclamó con la satisfacción de haber resuelto un misterio—. Un libro de Hiria. No podía ser de otro modo. *¿Y* cómo has conseguido tú este libro, traidora de Ithirïe?

Laila se sintió insultada.

—Es un regalo de mi madre —exclamó llena de orgullo.

Tritia asintió despacio. Acarició la cubierta de cuero y de repente arrancó salvajemente la piedra de aguamarina. Laila abrió la boca para lanzar un grito de protesta pero al ver el rostro de la reina se calló y cerró los puños con furia.

—Nadie puede entrar en Acuarïe sin mi permiso —repitió Tritia su letanía—. Es muy peligroso que este libro ande suelto por ahí ya que podría caer en malas manos.

A partir de ahora formará parte de mi tesoro junto con el Grano de Solarïe.

Laila la miró con asco, pero la reina le sonrió.

—Y ahora, ithirïe, entrégame tú el Grano de las Arenas. Nadie mejor que una traidora para que Solarle llegue a su fin.

Cyinder abrió la boca con espanto y miró a Laila, que agachaba la cabeza, cabizbaja. Permaneció quieta unos segundos eternos y de repente la muchacha le devolvió la mirada sonriendo un fugaz segundo. La Solarïe se sintió aterrorizada. Laila iba a cumplir el mandato de Tritia y se puso rígida, dispuesta a salvar la codiciada perla hasta el final.

Pero en lugar de acercarse a ella, Laila se dirigió a Nimphia con decisión. El hada del aire la miraba boquiabierta, y más aún cuando, con un guiño que nadie más pudo ver, abrió la cremallera de la mochila que portaba en su espalda y sacó despacio la caja de cristal negro que todavía llevaba consigo, la caja que guardaba el viento de Simún.

Se volvió a la reina Tritia, que la miraba expectante, y entonces se dio cuenta de que tanta docilidad no la estaba engañando. La soberana la observaba incrédula por su obediencia. De repente Aurige se puso a gritar como una loca para que no se lo diese, que se arrepentiría, y se lanzó hacia ella siendo detenida de inmediato por las sacerdotisas de Acuarïe.

Todas las dudas de la reina desaparecieron en ese momento, y cogió la caja de cristal con tanta ansiedad que se diría que se la iba a comer. Sus ojos brillaron con un destello victorioso, y de un golpe abrió la tapa para mirar en su interior. Se quedó atónita unos segundos mirando el contenido vacío, luego, furiosa, desvió la vista hacia Laila, y estrelló la caja contra el suelo.

Cuando abrió la boca para ordenar que las arrojasen a los Akshaïrs, se escuchó un sonido susurrante que inundó toda la sala acristalada. La reina miró a todos lados inquieta. Los pedazos de cristal negro se removieron crepitando en el suelo y de repente una ola de aire caliente surgió de la nada y empezó a crecer con violencia. La reina Tritia se cubrió el rostro mientras millones de granos de arena volaban dentro de una tormenta huracanada que comenzó a sacudir los cimientos de toda la sala.

Aquel viento arreció soplando con furia descabellada, levantando columnas de agua y jirones de vapor. Los Akshaïrs se dispersaron hacia las profundidades, y las sacerdotisas y las damas acuarïes huyeron despavoridas mientras el aire se hacía más tórrido, secando la humedad de las piedras y llenándolo todo de arena del desierto. Laila corrió hacia Atlantia, que comenzaba a resentirse del calor de aquella tormenta, y la empujó con fuerza hacia las aguas del lago. La Acuarïe salió un momento a la superficie y la miró por última vez antes de perderse en la negrura.

En medio de la tempestad, la reina Tritia se encogía mientras las arenas la azotaban. De repente algo salió volando de sus manos y aleteó hacia las alturas, en

medio del huracán.

Laila vio que su libro desaparecía sin remedio en mitad de la ventisca, y entonces una estela violácea voló rauda, sin dudar en ningún momento. La mano de Nimphia agarró la cubierta de cuero cuando ya alcanzaba la bóveda de cristal, que empezaba a resquebrajarse. En pocos segundos el océano de Acuarïe inundaría toda la sala y la batalla entre el agua y el viento destrozaría los muros del palacio.

Nimphia luchó contra el torbellino, y sin apenas mover las alas voló hacia Laila entregándole el libro. La muchacha abrió las páginas rápidamente. El capítulo de Acuarïe se estaba borrando a gran velocidad pero en la última página todavía se podían leer las frases para regresar, que empezaban a desvanecerse.

Abrió los labios y gritó con todas sus fuerzas contra las arenas y el viento, sintiendo que le escocían los ojos y la furia del Simún se ensañaba con ella:

Idsitas nu Nansali.
Portie danu irion ast Spheris Nemhiria.

El techo se resquebrajó, y cientos de toneladas de agua entraron de golpe inundándolo todo. Las grandes columnas cayeron mientras todo el castillo de Cantáride temblaba a punto de destruirse. Una luz azul brillante creció hacia las alturas y la puerta empezó a abrirse justo cuando la masa de agua se lanzaba contra ellas.

Con su último aliento Laila atravesó la franja luminosa. Aurige, Cyinder y Nimphia la siguieron antes de que todo quedase inundado, y las furias desencadenadas de Acuarïe y de Airïe midiesen sus fuerzas en una batalla cuyas consecuencias quedaron ocultas bajo la superficie del océano.

20
El último Grano de Solarïe

La reina Hellia contemplaba el horizonte de Solarïe, oscuro y marchito como los cinco soles, tan grandes y tan amenazadores que se diría que se podían coger con una sola mano. Solo con mirarlos el vello se ponía de punta, pero la reina no parecía sentirse atemorizada.

La soberana de Ïalanthilïan, Maeve, había hablado con ella muchas veces. Al principio con preocupación, pero después con ánimos y nuevos planes para devolverle la vida a su reino. Y la reina Mab le había explicado con detalle que Hellia tenía la solución en sus manos.

La reina de Solarïe apenas recordaba aquellas conversaciones, perdida en una nebulosa blanca y soporífera, pero la idea de pedir su Ultimo Deseo permanecía en su mente. Hellia salvaría Solarle y no moriría. Quedaría para siempre en el recuerdo de todos los habitantes del reino. Las gentes la adorarían como a una diosa y elevarían grandes templos y estatuas en su honor.

Volvió a fijarse en las afueras Solandis, en los campos ennegrecidos y azotados por la tormenta de oscuridad, y por un instante los vio dorados y radiantes. Recuperó una sonrisa en su marchito rostro. El viento hizo revolotear sus cabellos canosos, que nunca recuperarían ya el antiguo brillo de los soles, y por un solo momento, sintió una gran tristeza.

Unos golpecitos suaves resonaron en las puertas de su alcoba y alguien entró sin anunciarse.

—¡Majestad!, es la hora.

Hellia se volvió lentamente. En la entrada aguardaba una de sus damas de compañía más fieles, y detrás de ella esperaban dos albanthïos blancos y puros. La reina sonrió y se acercó a su tocador. No iba a permitir que en su momento más grandioso alguien la viese desarreglada. Se peinó los largos cabellos de nieve y miró su rostro, ahora lleno de arrugas. Ya nunca más sería joven ni bella, pero al menos su hija Cyinder estaba viva, y la imaginó en sus aposentos, arreglándose primorosamente para aquella magnífica ceremonia.

Cyinder sería una gran reina. Y Maeve la ayudaría a organizar Solarïe en los primeros momentos hasta que pudiese valerse por sí misma como nueva soberana. Eso se lo había prometido sin dudar. Maeve aconsejaría a Cyinder sobre todos los asuntos que fuesen necesarios.

Se miró comprobando que le gustaba su apariencia, pero le pareció que faltaba un detalle, algo que realzase más su atuendo de luto. Se dirigió al vestidor y cogió el boa de plumas del que nacían fresas constantemente. Sintió la suavidad del adorno al cruzárselo en el cuello y se miró al espejo por última vez. Entonces salió de la

habitación con paso firme y orgulloso, y recorrió los grandes salones y los pasillos de su palacio, escoltada por los albanthïos, que nunca habían dejado de vigilarla.

Numerosas hadas blancas se unieron a la comitiva, además de algunas shilayas y las pocas damas solarles que quedaban en el castillo. Maeve también había prometido que la gente regresaría. Todos volverían y reconstruirían Solarle, engrandeciéndolo y haciéndolo más poderoso que nunca.

Y todo gracias a ella, a Hellia, que iba a pedir su Último Deseo sacrificándose por todos.

Recorrió los jardines llenos de fuentes y cruzó las puertas doradas del palacio hasta donde aguardaba la reina Mab. Hellia contempló su rostro, blanco y querido como el de una madre que le hubiese aconsejado y animado en todo momento. Desprendía serenidad y paz, y le hacía sentir que todo estaba bien. Además del recuerdo de su hija, Hellia se llevaría la imagen dulce y sonriente de Maeve antes de partir.

Delante de ella, la ciudad de Solandis la recibía en ruinas oscuras, pero Hellia la vio dorada y resplandeciente bajo la luz de los soles. Alzó la vista hacia el cielo negro mientras el viento recorría las calles y las llenaba de polvo y arena. De repente un relámpago cruzó todo el firmamento y se quedó un poco extrañada. Le pareció que el sol Nur tenía ahora un extraño color rojizo, como si se hubiese encendido de golpe, y sin saber porqué, aquello le alegró. También la reina Blanca miraba al cielo extrañada.

Las shilayas cantaban con voces tristes, elevando notas agudas que flotaban hacia las alturas. Las sacerdotisas blancas se les unieron en un murmullo lento y suave, y sus voces puras y frías hacían saltar las lágrimas. No había nadie más allí. Los solarïes todavía no habían regresado, pero Hellia sabía que la noticia de su sacrificio se conocería, y en cuanto los soles brillasen de nuevo toda la ciudad se llenaría con el bullicio y la alegría de siempre.

Avanzó hacia la noche de Solarïe bajo los cuatro soles negros y el quinto rojo, y extendió los brazos dejando que el viento hiciese flotar sus cabellos. Buscó a su hija entre las sacerdotisas y al no encontrarla miró a la reina Mab, que le sonreía haciéndole olvidar aquella última preocupación. Entonces abrió los labios dispuesta a proclamar su deseo. El más grande de todos, el más magnífico.

Iba a cerrar los párpados cuando vio algo por el rabillo del ojo. Era algo que subía por la devastada avenida de Qentris y se acercaba al palacio a velocidad vertiginosa, dejando una estela polvorienta tras de sí. Algo rugiente con los ojos en llamas, que parecía dispuesto a devorar la tierra.

Decenas de albanthïos avanzaron para proteger a ambas reinas, y Maeve, con los ojos muy abiertos, se lanzó sobre Hellia, zarandeándola para que proclamase su Último Deseo. La reina de Solarïe seguía con los ojos aterrorizados, prendidos en el

monstruo sin escucharla, y vio cómo los guardianes blancos tenían que apartarse en el último segundo para no ser arrollados.



Antes de todo esto, Laila, Aurige, Cyinder y Nimphia se encontraron de golpe en los dormitorios de Lomondcastle. La puerta llena de luz azul se cerró a sus espaldas y por un momento todas se tambalearon perdiendo el equilibrio. Laila se cayó al suelo mientras miraba a todos lados, dudando todavía de que lo hubiesen conseguido. Aún podía escuchar la avalancha rugiente de agua desplomarse sobre sus cabezas, y en su cara sentía el azote de la horrible ventisca arenosa provocada por el viento de Simún. Pensó que en cualquier momento escucharía la voz de Tritia a sus espaldas, pero en el dormitorio de Aurige solo estaban ellas cuatro. Luego vio su libro sin la piedra de aguamarina, tan horriblemente arrancada, y por un momento tuvo ganas de llorar.

Sus amigas también acusaban el tremendo cansancio, pero entonces Cyinder las miró a todas un instante y luego sacó de su bolsillo el último Grano de Solarïe. Empezó a reír y a llorar a la vez, y se abrazó con ellas gritando de entusiasmo.

Laila olvidó la pena por el libro que su padre le había regalado y quiso gritar también, pero la garganta le dolía por el esfuerzo que había tenido que hacer para enfrentarse al viento de Simún, mientras veía la cara de espanto de la reina Tritia, y el palacio de Cantáride se tambaleaba victima del huracán del desierto.

La perla de Solarïe brillaba como una llama de fuego en la mano de Cyinder, y ella quería decirles entusiasmada cientos de cosas a sus amigas. Aurige, que ocultaba sin éxito una enorme sonrisa, se sintió algo azorada.

—¡No tenemos tiempo para esto! —exclamó queriendo parecer indiferente—. Debemos marcharnos corriendo a Solarïe sin tardanza.

—Pero Cyinder podría desear ahora recuperar todas las Arenas de golpe —objetó Laila con voz afónica—. Si están en mi mundo, su deseo se verá cumplido.

La solarïe las miró y luego al Grano en su mano.

—Aún no sé si mi madre está viva —dudó sin saber qué decidir—. ¿Y si está a punto de morir ahora mismo y todavía puedo salvarla? ¿Y si las Arenas no están en este mundo y yo pierdo esta oportunidad? Es extraño, pero no puedo sentirlas aquí, y en Acuarïe sí que pude.

—Podría ser —habló Aurige—. Vamos a Solarïe. Si lo peor ya ha ocurrido, regresaremos de nuevo con el Grano y pedirás aquí el deseo, aunque no notes el influjo. Si las Arenas aparecen, las gastaremos en hacerle la vida imposible a la reina Maeve y en vengarnos de ella.

Todas vieron su sonrisa llena de cinismo, y no tuvieron más remedio que echarse a reír. Aurige era una lunarïe, y nunca cambiaría.

Salieron del dormitorio a toda velocidad, cruzándose con la mirada atónita de las

alumnas del colegio a primera hora de la mañana, que las vieron pasar enfundadas en trajes de cuero destrozados, apestando a algo horrible y con la pinta de haber sido atacadas por un vendaval.

En el aparcamiento estaba el todoterreno teñido de rosa y todas se subieron en él de golpe. Aurige lo arrancó bruscamente y maniobró de forma temeraria. Luego aceleró a fondo hasta alcanzar las grandes verjas de hierro del colegio. De inmediato se dirigieron hacia el lago Lomond y todo a su alrededor comenzó a difuminarse.

Los árboles se fundieron y el sol del amanecer pareció volverse negro. Detrás de él aparecieron cuatro gigantescos soles más, y el horrible paisaje de Solarïe creció a su alrededor. El viento aullaba arrastrando las grandes nubes de arena, y Aurige pisó aún más el acelerador aplastando la hierba quemada en su frenética carrera.

De repente un enorme relámpago cruzó el cielo y el quinto sol se encendió con un brillo rojizo como la sangre. Laila miró aquel prodigio con los ojos muy abiertos a la vez que la ciudad de Solandis se acercaba a pasos agigantados. Sin duda aquello era obra de la presencia de la última perla en Solarïe.

Subieron por la avenida de Qentris forzando salvajemente el motor del automóvil. El viento parecía estar en su contra, y la tierra vibraba con pequeños seísmos que les desviaban a cada trecho. En las puertas del palacio se congregaban docenas de hadas blancas mirándolas con terror y vieron que un grupo de albanthïos se disponían a cortarles el paso.

Cyinder abrió la ventanilla y comenzó a vociferar llamando a su madre, y pronto Nimphia la imitó ocasionando una algarabía terrible. Laila quería ayudar, pero de su garganta arrasada solo salía un susurro cavernoso.

Los guardianes blancos parecieron concentrarse en algún hechizo, pero aquello solo sirvió para que Aurige abriese los labios en una sonrisa feroz.

—¡Hoy voy a hacer puré de albanthïo! —exclamó enfilando directamente contra ellos.

Los guardianes perdieron la concentración y vieron con horror cómo un monstruo rugiente se les echaba encima. Cuando el todoterreno se detuvo salieron disparadas del coche y Cyinder se abalanzó sobre su madre, gritando y riendo, y la reina Hellia, que hasta ese momento estaba aterrorizada, la reconoció poco a poco como si despertase de un sueño.

—¡Cyinder! —exclamó con disgusto—. ¿Qué clase de vestido es ese? ¡No estás arreglada para la ceremonia…!

—¡Ya no hace falta ninguna ceremonia! —gritó llena de felicidad, abrazándola—. Mamá, he traído el último Grano de las Arenas de Solarïe. Mira…

Y entonces sacó la perla brillante del bolsillo y se la mostró en la palma abierta. Todos los que la rodeaban se quedaron asombrados, y solo Laila se dio cuenta de que la reina Maeve se llevaba las manos a la boca con horror. Inmediatamente cambió su

gesto por una mueca de asombrada alegría.

Hellia extendió la mano con los ojos muy abiertos y rozó el Grano con la punta de los dedos. Al momento una luz brillante pareció envolverla y sus ojos destellaron, dorados y luminosos. Miró a Cyinder, incrédula, sin poder pronunciar ni una sola palabra.

—Es para ti, mamá —exclamó radiante—. El último Grano de las Arenas, para que puedas salvar nuestro reino.

Su madre tomó la perla entre los dedos y luego la miró llena de admiración. Las brumas de su mente desaparecieron y la reina parpadeó unos segundos. Se giró hacia Solandis y contempló toda la destrucción de la ciudad con nuevos ojos. Maeve sonreía con una mueca beatífica. Permaneció en silencio durante unos segundos y cogió la mano de su hija, depositando el Grano en ella.

—No, Cyinder —negó—. Eres tú quien ha salvado a Solarïe. Y no solamente a nuestro reino. También a mí. A ti te corresponde pedir lo que quieras con este tesoro.

Cyinder la miró llena de orgullo y asintió. Y entonces, delante de toda la corte de hadas blancas, se volvió hacia la reina Maeve con el Grano de las Arenas entre sus dedos.

—Todo se lo debo a mis amigas —exclamó en voz alta para que la escucharan—, pero hay alguien en Faerie a quien yo tengo que agradecerle especialmente que haya logrado rescatar el Grano de donde estaba escondido —siguió mirando a la reina Blanca directamente a los ojos.

Maeve sonrió, halagada, y extendió su mano blanca para recibir la perla luminosa.

—… Y ella es una ithirïe —siguió con una sonrisa cínica.

La reina Blanca se encogió al escuchar aquello como si la hubiesen abofeteado, y su sonrisa se congeló en una mueca en la que Cyinder vio un ligero rastro de… ¿miedo? Sin prestarle más atención le dio la espalda y miró a Laila, que escuchaba todo aquello completamente sorprendida.

—Laila Winter será la que decida el destino de Solarïe por todos nosotros —concluyó con una enorme sonrisa.

Laila se sintió empequeñecer ante la mirada de todas las hadas. Su rostro estaba rojo de sorpresa y de emoción y Cyinder caminó hacia ella como una reina. Luego puso el Grano en su mano y le cerró los dedos con fuerza. La muchacha miró a su amiga solarïe, que asentía llorando de alegría, y luego a Aurige y a Nimphia mientras la mano le cosquilleaba como si la perla estuviese viva.

De repente tuvo un deseo muy poderoso, y unas voces reptilianas se enroscaron en su cerebro susurrándole los últimos versos de un extraño poema: «Deseas ver a tu madre… Deseas ver a los Ithirïes…».

Las apartó a un lado con gran esfuerzo, y miró al lago dorado en la lejanía, todavía negro como las simas profundas de Acuarïe. Recordó la primera vez que pisó

Solarïe, y todo lo que sintió al ver aquella tierra de campos de oro, la suave brisa llena de dulces olores, los vilanos volando entre la neblina de árboles dorados, los cinco soles en el firmamento… Recordó la risa de Cyinder cuando ella les dijo, en aquel primer encuentro, que venía del planeta Tierra, y después la recordó vestida de shilaya, llenando de papelillos dorados el cuartel general mientras creaba miles de pasteles para celebrar la primera victoria del gremio de ladrones. Los recuerdos la invadieron y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Acalló definitivamente la voz de los dragones en su cabeza y apretó el Grano entre sus dedos. El deseo escogido se abrió paso sin llegar a su boca, y tuvo verdadera necesidad de ver vivo otra vez el reino de Solarïe, tan dorado y poderoso que jamás volviese a depender su existencia de un solo grano de arena.

La perla se deshizo en la mano y abrió los dedos para mirarla por última vez. Un polvillo de oro se dispersó en el aire, flotando como una ráfaga brillante hasta que desapareció.

De repente hubo un estallido de luz, y todo el mundo tuvo que cerrar los ojos y desviar la mirada de la figura de Laila. El calor barrió la ciudad como una ola, y cuando abrió los párpados, tuvo que hacer un gran esfuerzo por recuperar la visión hasta que sus pupilas se acostumbraron a una claridad cegadora.

Los cinco soles se habían encendido de golpe, brillantes como millones de antorchas, y comenzaron a alejarse de Solarïe moviéndose hacia la línea del ocaso. El aire se volvió dorado y los últimos jirones de viento dispersaron las nubes grises hasta hacerlas desaparecer.

La ciudad de Solandis seguía arrasada, pero ya nada parecía importar. El aire se llenó de aplausos y vítores, y Cyinder abrazó a Laila llorando. Las shilayas, e incluso las hadas blancas, aplaudían llenas de entusiasmo, y la reina Hellia se inclinó ante ella en señal de respeto. Laila miró por un momento a Aurige, que con una sonrisa parecía decirle: «¡Bien hecho, nemhirie!».

Dos días después comenzaron las celebraciones en Solandis. Todo el día anterior, las nuevas heroínas de Solarïe habían dormido en las habitaciones de invitados del palacio. Cuando despertaron, las damas de compañía de la reina habían preparado un festín de dulces y pasteles en su honor, y después de tantas horas de sueño, Laila creyó que no dejaría nunca de comer. Los volcanes de frambuesa y los bizcochos con alas se sucedían sin parar, y todo el tiempo recibían felicitaciones de los habitantes del palacio y regalos de la reina Hellia y de sus damas de compañía.

Solo hubo un momento en el que todas sintieron un nudo de terror: cuando para asearse, tuvieron que bañarse en una piscina llena de agua. Laila creyó que nunca más podría sentirse segura metida en el fluido azulado.

Al día siguiente, al amanecer de Cálime, miles de flores llegaron con las

corrientes de aire, y las calles se inundaron de corpúsculos dorados que flotaban embelleciendo la desventurada ciudad. Las hadas blancas y las shilayas terminaban los preparativos del gran banquete a las afueras de Solandis, y entonces, primero como un murmullo y después formando un gran estruendo, miles de solarles comenzaron a aparecer ante las puertas de la ciudad.

Llegaban de todas partes, volando con sus alas transparentes, caminando en grandes grupos o montados en sus coches estrafalarios. Regresaban de todos los reinos de Faerie, y subían por las grandes avenidas en dirección al castillo, en medio de gritos de júbilo.

La muchedumbre regresaba a Solarïe, a sus casas de Solandis, recuperando sus vidas y sus hogares, y pronto comenzaron a aclamar a la reina Hellia a las puertas del palacio. Después se corrió la voz de que había sido la princesa Cyinder la verdadera salvadora de todos, y su nombre brilló radiante, aclamada por la multitud como la verdadera reina de Solarle.

Laila veía todo aquello desde los altos ventanales, y a su lado, Aurige y Nimphia sonreían cansadas y silenciosas, dejándose llevar por el griterío de la multitud.

—¿Cyinder va a ser reina? —preguntó con el leve temor de que su amiga se alejase de ellas.

—No lo creo —contestó Aurige sin apartar los ojos del gentío—. Ella nunca abandonará nuestro club de Las Coleccionistas.

Nimphia y Laila se miraron dubitativas. A Cyinder siempre le había gustado la posibilidad de reinar y convertir Solarïe en el reino poderoso que su madre no había logrado nunca.

—De todas formas sería una buena reina —dijo Nimphia expresando también su temor.

—No hablemos más de ello —dijo Aurige con seriedad—. Cuando llegue el momento, si llega, ya nos las arreglaremos para que no se olvide de nosotras.

Las miró con una sonrisa maliciosa y Laila no tuvo más remedio que echarse a reír.

Cuando empezó el atardecer de Qentris, los solarles abandonaron la ciudad y se dirigieron a los campos dorados. La gente dejó para otra ocasión la reconstrucción de sus casas y de sus vidas. Ahora lo único que importaba era celebrar el renacimiento de todo Solarïe y la felicidad de estar juntos otra vez.

Miles de lucecitas brillaban por todas partes, y el cielo se llenaba de fuegos artificiales. En medio de los campos, que aún permanecían casi completamente quemados, se habían instalado cientos de mesitas blancas, llenas de flores y lámparas con luciérnagas, y los solarles se reunieron en grupos de amigos que cantaban las hazañas de la princesa Cyinder y de sus amigas.

De todos lados llegaron emisarios y embajadores con regalos y felicitaciones. De

todos lados excepto de Acuarïe. Tritia no dio señales de vida, pero nadie pareció echarla de menos. A Laila lo que más le gustó fue el regalo que le enviaron Arissa y Silfila: unas botas de cuero negro con pequeñas alas en los tacones.

Las tres estaban sentadas, juntas, en una pequeña mesa de honor, cerca de la mesa de Cyinder, que había tenido que sentarse junto a su madre y la reina Maeve, quien conversaba con ellas como si tal cosa. De vez en cuando, Cyinder las miraba y ponía gestos y muecas de aburrimiento, pero no tenía más remedio que estar allí cumpliendo con el protocolo.

En un momento pudo acercarse a sus amigas y por fin la cara de fastidio desapareció.

—¿Cómo es que hablas con esa bruja? —inquirió Aurige señalando a la reina Mab.

—No puedo hacer otra cosa —susurró—. Mi madre está convencida de que le debe mucho, que ha protegido el reino en los peores momentos, y le ha pedido que se quede aquí, en Solandis, hasta que todo vuelva a ser como antes.

—No me gusta nada —gruñó la lunarïe frunciendo el ceño.

—Ni a mí tampoco, pero por ahora no me queda más remedio que soportar su presencia.

Luego cambió la seriedad por una sonrisa. —Y vosotras, ¿estáis bien?

—Estupendamente —contestó Laila mientras a su alrededor las hadas entonaban canciones suaves y llenas de tristeza.

Muchos grupos de amigos se dirigieron al lago y depositaron pequeñas velitas sobre nenúfares, que flotaron en señal de duelo por aquellos que perdieron la vida al principio de la tragedia. Las pixis revoloteaban, chillonas, sobre las bandejas de pasteles y golosinas, y por un momento todas se dejaron arrastrar por aquella dulce melancolía que impregnaba cada rincón, recordando los momentos vividos.

De repente Laila se quedó mirando los árboles y las demás observaron su mirada de extrañeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nimphia.

—No lo sé. Me ha parecido ver algo entre los árboles…

—¿El qué?

—Una figura, no lo sé. Ha desaparecido enseguida. Pero por un momento me ha parecido que tenía los cabellos verdes…

Todas miraron hacia el lejano bosquecillo, pero más allá de las hadas junto al lago, los campos dorados permanecían desiertos y silenciosos.

—¿Estás segura? —susurró Cyinder sin dejar de escudriñar la lejanía.

—No del todo. Serán las ganas de encontrar a mi madre lo que me hace ver espejismos…

Las cuatro permanecieron silenciosas un momento.

—Tendremos que buscarles, ¿no? —sonrió Nimphia cogiendo una trufa llena de chispitas azules—. Me refiero a los Ithirïes, claro.

—¡Por supuesto! —contestó Laila, imitándola.

—Y las piedras de Firïe también —agregó Aurige.

—¡Eh! No os olvidéis del resto de las Arenas de Solarïe —dijo Cyinder—. Tienen que estar por algún lado.

Laila rió divertida. Por supuesto que las encontrarían, de eso no cabía la menor duda.

—Esa bruja no deja de mirarte —susurró Nimphia mirando a Maeve.

—Ya me he dado cuenta.

—Le hemos destrozado los planes —rió Aurige levantando una ceja—. Estoy segura de que nos odia a muerte. Ahora mismo mantiene una pose para que nadie lo note, pero apostaría mi ala derecha a que por dentro se consume de rabia.

Laila dejó escapar una risita. Se recostó sobre la silla y bajo la luz de los dos últimos soles comenzó a recordar todos los momentos vividos.

—Es increíble todo lo que nos ha pasado —comentó Cyinder en voz alta—: los espectros de la Torre de Cálime, el medallón de los ithirïes…

—El demonio que nos persigue… —agregó Nimphia bajando la voz.

Laila sintió un escalofrío. Esa parte ya la tenía olvidada y pensar en aquella bestia no le agradaba en absoluto. Para desprenderse del recuerdo se puso a pensar en su padre, y entonces se dio cuenta de que de nuevo todo le conducía otra vez a los ithirïes: el libro, las confesiones de Sean Winter, y después el medallón y el poema de los dragones de Acuarïe. Parecía que su destino tenía que ser tratar de encontrarles.

—¿Qué haremos ahora? —preguntaba Cyinder, que se levantaba ya de la silla para regresar junto a su madre.

—Cuando llegue el invierno tendremos que ir a la Universidad Blanca —repuso Aurige con fastidio.

A Laila aquello la devolvió de golpe a su rutina de Lomondcastle y a Mrs. Peabody, pero al menos se consoló pensando que no iba a estar sola. Todas sus amigas estarían con ella, y además en el reino Blanco podría buscar respuestas a tantas incógnitas que le rondaban.

—¿Maeve nos aceptará? —preguntó Nimphia mirando a la reina Blanca de soslayo.

—No le queda más remedio —contestó Aurige—. No puede hacer otra cosa que agasajar a las heroínas de Solarïe.

—¡Que somos nosotras…! —añadió Cyinder con un gritito antes de marcharse.

La despidieron saludándola con las manos y cuando el sol de Nur se puso en el horizonte, el gran Solandis comenzó a amanecer por el Este.

—Bueno, nemhirie, parece que tendremos que aguantarte un tiempo más.

Laila miró a Aurige sin saber si reírse o decirle una barbaridad.

—¿Siempre me vas a llamar nemhirie?

—Por supuesto. Nunca te perdonaré el horrible disfraz de shilaya.

Nimphia soltó una risita y Laila se llevó las manos a la boca intentando contener las carcajadas. En ese momento, en medio de la mesa apareció un último y misterioso regalo, y todas lo miraron asombradas. Una nota escrita con agua y una sencilla «A» eran las únicas referencias sobre el emisario. Delante de ellas había una bola de cristal llena de un líquido azulado que daba vueltas. Y si miraban en su interior, muy pequeña y lejana, se podía divisar una ciudad de puentes colgantes, bajo los pies de dos colosos de piedra.

Epílogo

Jack Crow, el hombre de negro, caminó impaciente dando vueltas sobre el pulido suelo de madera. Aquella mansión victoriana siempre le producía un gran desasosiego, y sobre todo las cabezas de animales disecados colgando de las paredes del salón. Había regresado de su azaroso viaje en el mundo de los cinco soles hacía un mes, y ahora esperaba encontrar allí a la persona que le había encargado aquella misión tan difícil.

La chimenea estaba encendida, y los leños crepitaban en el fuego. Llovía y el viento silbaba en medio de la noche oscura. Traía las ropas empapadas por la tormenta y, después de unos momentos mirando a las puertas del salón, Jack decidió que podía sentarse frente al fuego unos instantes.

Las ramas de los árboles golpeaban los cristales emplomados produciendo misteriosos sonidos, pero el hombre de negro no se asustaba por aquellas minucias. Recorrió con la mirada los trofeos en las vitrinas y luego se detuvo en un marco encima de una mesita de roble. La fotografía mostraba una imagen familiar: un hombre y sus dos hijos pequeños saludaban a la cámara, y Jack Crow se quedó prendido en ella unos segundos. Luego se revolvió, inquieto, al calor de la chimenea.

La persona se estaba retrasando, y él tenía mucho que hacer: cosas que planear y dinero que gastar. Se acomodó en el mullido sillón y observó las llamas de fuego mientras algunos troncos se resquebrajaban. De repente se sorprendió al darse cuenta de que sus recuerdos volaban hacia el hada de la luna de cabellos negros, tan bella y peligrosa como una daga afilada.

Entonces escuchó abrirse la puerta a sus espaldas y se puso en pie automáticamente.

—¿Y bien? —preguntó el recién llegado.

Jack Crow se sintió algo amedrentado, como siempre que se hallaba en presencia de aquel hombre. Metió la mano en un saquito y sacó una pequeña caja de oro cuajada de diamantes formando una estrella. Acarició la tapa y se la mostró al otro, levantándola a la altura de los ojos. El propietario de la mansión sonrió.

—¿Están todas?

—Falta una —contestó el hombre de negro con aplomo.

Se mantuvo firme ante la mirada de desconfianza de aquella persona. Solo había veinticuatro perlas cuando él llegó, y la última estaba guardada dentro de una torre imposible de asaltar.

El dueño de la casa victoriana se volvió hacia el fuego, escuchando cómo los troncos reventaban por el calor.

—Eres un inútil —dijo sin mirarle—. Recibiste toda la ayuda necesaria para conseguir estos granos, el plano del palacio y la localización de las trampas, incluso

la caja mágica para que ningún hada notase la presencia de las perlas por alguna parte. Y encima has fallado. ¿Cómo voy a explicar ahora tu incompetencia?

—Era imposible penetrar aquella torre —se defendió el hombre de negro—. Toda la ciudad estaba celebrando una especie de fiesta…

—¡No hay excusas! —se volvió hacia él y lo miró con sus ojos profundos e intensos—. Tendrás que esforzarte mucho la próxima vez. El mundo del agua no es tan sencillo como el de esas hadas estúpidas de la luz. Un solo fallo más y será nuestra muerte. La tuya y la mía.

Jack Crow le devolvió una mirada desafiante. Había hecho todo lo que había podido y nadie podía reclamarle nada. Sin embargo, si tenía que regresar a Faerie, necesitaría recursos… muchos recursos.

Su anfitrión le entregó un maletín cerrado y él puso sobre la mesita la caja de oro. Luego se marchó y el dueño de la casa se quedó mirando aquel recipiente como si estuviese en éxtasis. No quería abrirlo, porque las hadas de la luz podrían notar lo que había allí dentro una vez abierto. Sin embargo la curiosidad pudo más que la prudencia y al final destapó la caja con cuidado, vaciando su contenido en la palma de la mano.

El viento aulló con fuerza inusual y la lluvia arreció golpeando los cristales. Las Arenas de Solarïe brillaron intensamente y el fuego de la chimenea se reflejó cientos de veces sobre las nacaradas superficies.

El anciano las contempló una a una y luego miró al fuego, donde acababa de estallar un nuevo trozo de leña. Sus pensamientos volaban, profundos y misteriosos, y después de unos momentos, un destello de codicia brilló por fin en los azules ojos de sir Richard Armand Brown.



BARBARA G. RIVERO. Estudió medicina y ejerce como médico en Jerez de la Frontera y ha compaginado su trabajo con su pasión por la literatura fantástica. Su primer libro fue *Laila Winter y las Arenas de Solarie* que, a pesar de tratarse de su opera prima, fue acogido por los libreros de forma excepcional al lograr haber colocado la mayoría de la tirada que se editó, es decir, más de 7.500 libros en toda España. Este libro dio comienzo a una saga que continúa hasta el momento con los títulos *Laila Winter y los Señores de los Vientos*, *Laila Winter y la Maldición de Ithirie* y *Laila Winter y el Corazón de las Sombras*